

HISTORIA DEL ESPIRITISMO

Arthur Conan Doyle



HISTORIA DEL ESPIRITISMO

SIR ARTHUR CONAN DOYLE

HISTORIA_{DEL} ESPIRITISMO

SUS HECHOS Y SUS ENSEÑANZAS

Por

Sir Arthur Conan Doyle

PRESIDENTE HONORARIO DE LA FEDERACIÓN ESPIRITISTA INTERNACIONAL

PRESIDENTE DEL COLEGIO BRITÁNICO DE CIENCIA PSÍQUICA

PRESIDENTE DE LA SPIRITIST ALLIANCE DE LONDRES

Título original: *The History of Spiritualism*

Historia del Espiritismo es una nueva edición traducida, actualizada y con anotaciones por Curso Espírita de la obra original en inglés *The History of Spiritualism*. Se ha cotejado la edición en español de E.D.R.

© De la traducción de la obra original: Salvador Martín, 2026

© De esta edición: Curso Espírita, 2026

Curso Espírita

cursoespirita.com

info@cursoespirita.com

Diseño de cubierta y maquetación: Salvador Martín

ISBN: 9798180486110

Primera edición, junio 2026

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidas la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso por escrito del editor, al amparo de la legislación vigente en materia de propiedad intelectual.

ÍNDICE

PREFACIO	13
CAPÍTULO I	17
LA HISTORIA DE SWEDENBORG	
CAPÍTULO II	33
EDWARD IRVING — LOS SHAKERS	
CAPÍTULO III	51
EL PROFETA DE LA NUEVA REVELACIÓN	
CAPÍTULO IV	71
EL EPISODIO DE HYDESVILLE	
CAPÍTULO V	97
LA HISTORIA DE LAS HERMANAS FOX	
CAPÍTULO VI	127
PRIMEROS PROGRESOS EN AMÉRICA	
CAPÍTULO VII	155
EL DESPERTAR EN INGLATERRA	
CAPÍTULO VIII	175
CONTINÚAN LOS PROGRESOS EN INGLATERRA	
CAPÍTULO IX	191
LA OBRA DE D. D. HOME	

CAPÍTULO X	211
LOS HERMANOS DAVENPORT	
CAPÍTULO XI	225
LAS INVESTIGACIONES DE SIR WILLIAM CROOKES	
CAPÍTULO XII	243
LOS HERMANOS EDDY Y LOS HOLMES	
CAPÍTULO XIII	267
HENRY SLADE Y EL DOCTOR MONCK	
CAPÍTULO XIV	289
INVESTIGACIONES COLECTIVAS SOBRE EL ESPIRITISMO	
CAPÍTULO XV	309
EUSAPIA PALLADINO, SU VIDA Y SU OBRA	
CAPÍTULO XVI	327
GRANDES MÉDIUMS DESDE 1870 A 1900	
CAPÍTULO XVII	359
LA SOCIEDAD DE INVESTIGACIONES PSÍQUICAS	
CAPÍTULO XVIII	379
ECTOPLASMA	
CAPÍTULO XIX	407
FOTOGRAFÍA ESPIRITISTA	

CAPÍTULO XX	429
MODELADOS Y VOCES MEDIÚMICAS	
CAPÍTULO XXI	445
ESPIRITISMO FRANCÉS, ALEMÁN E ITALIANO	
CAPÍTULO XXII	467
ALGUNOS GRANDES MÉDIUMS MODERNOS	
CAPÍTULO XXIII	491
EL ESPIRITISMO Y LA GUERRA	
CAPÍTULO XXIV	509
EL ASPECTO RELIGIOSO DEL ESPIRITISMO	
CAPÍTULO XXV	537
LA OTRA VIDA VISTA POR LOS ESPIRITISTAS	
APÉNDICES	549
NOTAS AL CAPÍTULO IV	549
NOTA AL CAPÍTULO VI	555
NOTA AL CAPÍTULO VII	557
NOTA AL CAPÍTULO X	561
NOTA AL CAPÍTULO XVI	562
NOTA AL CAPÍTULO XXV	565

NOTA DE LA EDICIÓN

Este libro de Sir Arthur Conan Doyle es el resultado de un compromiso profundo con la verdad histórica y científica; no estamos ante una simple reedición de un texto centenario. Al abrir estas páginas, el lector no encontrará la pluma de un novelista de ficción entregado a la fantasía, sino la de un investigador incansable que dedicó décadas de su vida al estudio y la experimentación personal. Doyle presenta el Espiritismo como una «demostración viviente» concebida para rescatar a la humanidad del materialismo ciego a través de la evidencia física.

Mi vínculo personal con este legado se selló de forma indeleble en el año 2008, en Madrid. Invitado por el Círculo Holmes en su XIV Convención para disertar, precisamente, sobre la honda y a menudo incomprensible faceta espiritista del creador de Sherlock Holmes, al concluir el acto recibí un ejemplar original de esta obra editado en 1927. Aquella joya bibliográfica, que aún conservo con veneración, ha sido la brújula y el faro para esta nueva edición de *Curso Espírita*. En ella, hemos realizado una traducción cuidada y se ha co-tejado minuciosamente la clásica versión en español de E. Díaz Retg con el texto original en inglés, castellanizando el pensamiento de Doyle y anotando los contextos históricos para el lector de nuestro siglo.

Lo que hace verdaderamente asombrosa esta obra es su rigor demostrativo. Doyle documenta con precisión quirúrgica la evolución de los fenómenos, desde los rústicos ruidos de Hydesville hasta las investigaciones de laboratorio dirigidas por científicos de primera línea mundial. Es un

apabullante muestrario de gigantes intelectuales que, habiendo abordado el misterio desde el escepticismo más implacable, se rindieron ante la contundencia de los hechos.

Cuatro de los más grandes científicos británicos fueron defensores de la causa en Inglaterra y recibieron —al igual que el propio Doyle— la Orden del Mérito, el honor más alto que la Corona otorga a un civil: Sir Alfred Russel Wallace, el codescubridor de la selección natural junto a Darwin, quien afirmó que estos hechos estaban tan establecidos como cualquier otro fenómeno de la naturaleza; Lord Rayleigh, uno de los grandes físicos de la historia; Sir William Huggins, pionero de la espectroscopia astronómica; y Sir William Crookes, el insigne físico y químico, descubridor del talio y del tubo de Crookes, cuyo control sobre el espíritu materializado de Katie King demostró que médium y aparición eran entidades biológicamente independientes.

Charles Richet, Premio Nobel de Medicina y uno de los más destacados fisiólogos de la historia, aplicó el método científico para acuñar el término «ectoplasma», demostrando en rigurosos experimentos de laboratorio que esta sustancia transitoria poseía propiedades biológicas reales, reaccionando ante el tacto y la luz como un tejido vivo que servía de puente entre dos mundos. En París, Pierre y Marie Curie investigaron los fenómenos de Eusapia Palladino; mientras que el doctor Gustave Geley obtenía moldes de cera de manos espirituales (materializadas y desmaterializadas) cuyas muñecas eran tan estrechas que era anatómicamente imposible extraer una mano de carne y hueso sin destruir la fina parafina.

Sir Oliver Lodge, físico pionero de la radio y creador del término «telepatía», corroboró las extremidades suplementarias de Palladino y defendió que la supervivencia del alma es un hecho biológico natural regido por leyes universales.

En Alemania, el astrónomo Johann Zöllner y los profesores Weber y Fechner demostraron el paso a través de la materia mediante nudos en cuerdas selladas y anillos de madera maciza, retos que la ciencia de la época fue siempre incapaz de refutar. Incluso la ciencia estadounidense aportó su grano de arena con eminentes científicos como Robert Hare y James Mapes, quienes inventaron aparatos de precisión y palancas graduadas para demostrar que los movimientos de objetos no eran causados por la presión muscular de los médiums.

Más allá del laboratorio, esta obra rescata episodios olvidados o poco conocidos donde lo trascendente alteró el destino de las naciones. El lector descubrirá cómo en 1862, en mitad de la desgarradora Guerra de Secesión, Abraham Lincoln firmó el Decreto de Emancipación de los esclavos impulsado por un mensaje directo recibido a través del trance de la médium Nettie Colburn. Conocerá la historia del Juez Edmonds, magistrado del Tribunal Supremo de Nueva York, cuya intachable carrera se truncó por defender la veracidad de las comunicaciones. Emanuel Swedenborg, considerado por muchos la mayor autoridad científica de su época, mostró una clarividencia a distancia tan extraordinaria que el propio filósofo Immanuel Kant, inicialmente escéptico, investigó el célebre episodio en el que Swedenborg describió con precisión un devastador incendio en Estocolmo encontrándose a 500 kilómetros de allí, concluyendo que el hecho disipaba cualquier duda posible. O la fascinante vida de Daniel Dunglas Home, el mayor médium físico de la historia, consagrado a la misión de demostrar la inmortalidad. Multitudes lo vieron levitando ante la mirada atónita de emperadores como Napoleón III y el zar Alejandro II de Rusia. Su integridad fue tan legendaria como sus dones: jamás cobró un céntimo por sus sesiones, llegando a rechazar ofertas de miles de libras. Incluso la profecía

tecnológica halla su lugar en la figura de Andrew Jackson Davis, que describió con precisión la llegada del automóvil y las grandes autopistas décadas antes de que se concibiera el primer motor.

Esta enumeración de nombres y hechos es solo una pequeña muestra de las maravillas que encierra esta obra; no la valores por esta nota, del mismo modo que no se debe juzgar un libro por su portada. La de esta edición es una cubierta que se ha diseñado como un compendio visual de esta suerte de evidencias. La *pluma y el tintero*, que evocan la psicografía y la pneumatografía; el *manuscrito brillante*, que representa el mensaje tras el luminoso ectoplasma; el *reloj de arena*, testigo de la brevedad de la carne frente al infinito; y las *gafas junto al compás náutico*, que guían la mirada escrutadora, analítica y perenne del observador crítico que busca la ley natural detrás del fenómeno.

Al abrir este volumen, el lector se embarca en un viaje hacia el conocimiento de la realidad pasada y futura. Como bien profetizó Conan Doyle, «*Ya brilla el sol de la verdad en las cumbres; pronto lucirá también en el valle*»; como comunicaban y también profetizaban los espíritus de los *indios* a los shakers, «*invadirían el mundo*»; como escuchó Davis tras sentir un hálito fresco en su rostro la mañana del 31 de marzo de 1848 a miles de kilómetros de distancia de Hydesville, «*contempla la demostración viviente que se inicia*».

Con este libro puedes contemplar cómo se borra la penumbra en este hermoso valle, puedes sentir ese hálito fresco, puedes escuchar el tambor de los *pieles rojas* y vivir la demostración viviente que hoy, en esta edición, se despliega ante tus ojos no como una leyenda, sino como un testamento físico de nuestra propia inmortalidad.

Salvador Martín

PREFACIO

Esta obra se inició con algunos breves capítulos inco- nexos, culminando en la presente obra, que comprende la historia completa del movimiento espi- ritista. Esto requiere una pequeña explicación. Había escrito algunos estudios sin otro objeto que procurarme y procurar a los demás un concepto claro de lo que me parecían episo- dios importantes en el desarrollo espiritual moderno de la raza humana. Eran estudios acerca de Swedenborg, Irving, A. J. Davis, el caso de Hydesville, el de las hermanas Fox, el relativo a los Eddy's y el de la vida de D. D. Home. Cuando todo estuvo listo me di cuenta de que el conjunto significaba una buena parte de la historia del movimiento espiritista, más completa que la que hasta entonces había visto la luz, una historia que tenía la ventaja de estar escrita con el cono- cimiento personal e íntimo de sus protagonistas más característicos.

Ciertamente, es curioso que ese movimiento, que muchos consideramos como el más importante de la historia del mundo desde el episodio de Jesucristo, no haya tenido un historiador entre los protagonistas, alguien dotado de una amplia experiencia personal acerca de su desarrollo. El Sr. Frank Podmore¹, reunió en una obra gran número de he- chos, pero ignorando aquellos que no respondían a su objeto, procuró hacer ver la futilidad de otros, esencialmente los relacionados con los fenómenos físicos, que eran, en su concepto, principalmente resultado del fraude. Hay otra

¹ Escritor y miembro de la Sociedad para la Investigación Psíquica (SPR). Fue conocido por su enfoque escéptico, atribuyendo la mayoría de los fenóme- nos físicos a la sugestión o al fraude. *Nota de Curso Espírita*.

Historia del Espiritismo, por McCabe, en la cual todo se presenta como fraude, solo que el engaño lo constituye el propio libro, pues el público cree de buena fe al comprarlo que se trata de un relato serio y no de una mixtificación. Hay también otra historia de J. Arthur Hill, escrita desde el punto de vista de la investigación estrictamente psíquica, muy lejos de los hechos reales probados.

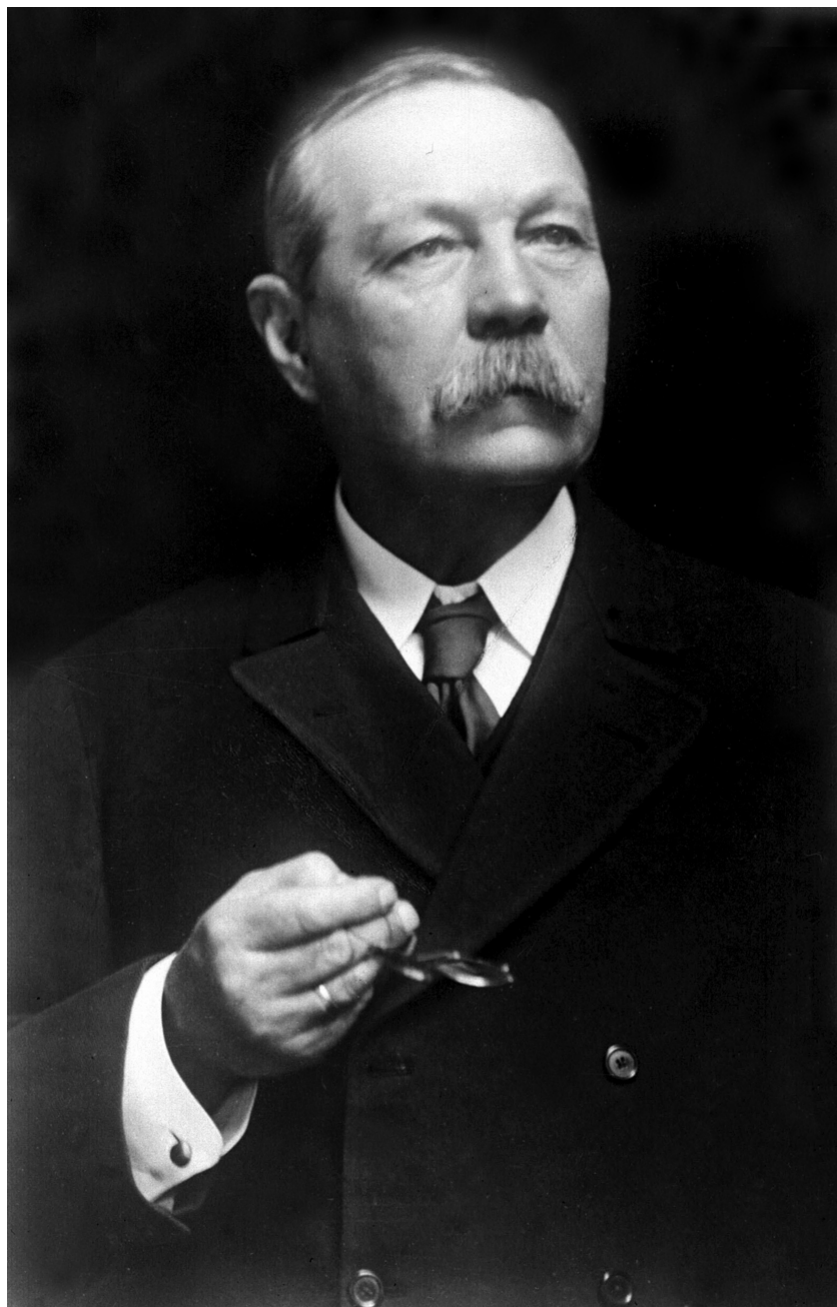
Luego están las obras: *Modern American Spiritualism: A Twenty Years' record*, y la titulada: *Milagros del siglo XIX*, escritas por la gran propagandista Emma Hardinge Britten²; pero ambas, aunque de extraordinario valor, solo se refieren a algunas fases del Espiritismo. La mejor de todas las existentes es la titulada: *Supervivencia del hombre después de la muerte*, por el reverendo Charles L. Tweedale, pero se trata más bien de una exposición de la verdad de la nueva creencia que de una historia con la debida ilación. En fin, hay historias generales del misticismo espiritista, como las de Ennemoser y Howitt, pero no hay ninguna historia clara y comprensiva de los sucesivos desarrollos de ese movimiento universal. En el momento de imprimirse este libro ha aparecido el de Campbell-Holms, que es un utilísimo compendio de hechos psíquicos, como su título, *Los hechos y filosofía de la Ciencia Psíquica*, demuestra, pero tampoco puede presentarse como una historia metódica de esos hechos.

Semejante obra necesitaba un trabajo de investigación considerable, mucho mayor que el que yo mismo con mi ocupadísima vida podía dedicarle. A ello consagré todo el tiempo de que podía disponer, pero el empeño era vastísimo.

² Emma Hardinge Britten fue una de las personalidades más fascinantes del movimiento; además de su labor como médium y conferenciante, participó en la fundación de la Sociedad Teosófica junto a Helena Blavatsky, de la que posteriormente se alejaría para centrarse en el Espiritismo. *Nota de Curso Espírita*.

En tales circunstancias solicité y obtuve la colaboración leal de W. Leslie Curnow³, cuyo conocimiento de la materia y cuya habilidad han resultado inapreciables. Leslie Curnow ha trabajado conmigo asiduamente en esta vasta obra; ha sabido darme separado el grano de la paja. Yo solo deseaba la materia en bruto, pero en muchas ocasiones me ha proporcionado el artículo ya acabado, de tal suerte que si yo lo he alterado, ha sido únicamente para tratarlo todo desde mi punto de vista personal. Si no figura el nombre de W. Leslie Curnow junto al mío en la portada de este libro, es por razones que él comprende y a las que se somete.

³ W. Leslie Curnow (1867-1926) fue un periodista australiano y secretario de la *London Spiritualist Alliance*. Su labor de archivo fue fundamental para que Doyle pudiera completar esta obra con rigor histórico. *Nota de Curso Espírita*.



ARTHUR CONAN DOYLE

CAPÍTULO I

LA HISTORIA DE SWEDENBORG

Es imposible señalar la fecha de las primeras apariciones de un poder inteligente externo, que en mayor o menor grado han influenciado los acontecimientos humanos. Los espiritistas consideran la del 31 de marzo de 1848 como el principio de todas las cosas psíquicas, porque su movimiento data de dicha fecha. Sin embargo, no ha habido época en la historia en que no se hayan encontrado huellas de interferencias sobrenaturales, aunque la humanidad haya tardado en darse cuenta de ellas. La única diferencia entre esos episodios y el movimiento moderno es que los primeros pueden considerarse como casos de vagas apariciones, mientras que el último lleva la señal de una invasión debidamente organizada.

Y así como una invasión puede perfectamente ser precedida de la aparición de exploradores en vanguardia, así también el influjo espiritista de los últimos años estuvo anunciado por una cantidad de incidentes cuyos orígenes se remontan a la Edad Media y aún más allá.

No obstante, es posible fijar un punto de partida como comienzo de nuestra narración, y tal vez ninguno mejor que la historia del gran vidente sueco Emanuel Swedenborg⁴, que

⁴ Emanuel Swedenborg (1688-1772) fue una de las mentes más brillantes de Europa, equiparable a figuras como Newton o Leonardo da Vinci. Fue una autoridad mundial en metalurgia, ingeniería, anatomía y astronomía, llegando a anticipar conceptos modernos sobre la neurona y la corteza cerebral. Su

ostenta no pocos títulos para que le reconozcamos como el padre de nuestro nuevo conocimiento de los fenómenos sobrenaturales.

Cuando los primeros rayos del sol naciente del conocimiento espiritual hirieron nuestra tierra, iluminaron la inteligencia humana más vasta y elevada antes de que penetraran entre los hombres inferiores. Esa cumbre de la mentalidad fue aquel gran reformador religioso a la par que médium clarividente, que al igual que Cristo nunca fue comprendido por sus propios seguidores.

Para comprender completamente a Swedenborg, sería preciso tener un cerebro semejante al suyo, cosa que no ocurre todos los siglos. Y aun con nuestro poder de comparación y con nuestra experiencia de hechos, que para Swedenborg fueron desconocidos, apenas si podemos comprender una parte de su vida con claridad. El objeto de este estudio no es tratar de aquel gran hombre en su conjunto, sino procurar situarle en la historia general del desarrollo psíquico.

Swedenborg fue una contradicción viviente si le juzgamos desde el punto de vista acostumbrado de los generalizadores psíquicos, los que por lo común creen que las grandes inteligencias quedan detenidas al llegar al terreno de la experiencia psíquica personal. Una pizarra bien limpia es indudablemente más adecuada para escribir en ella. La

importancia para el Espiritismo es capital, y se le considera uno de sus mayores precursores, pues fue el primero en describir el mundo espiritual no como un lugar de abstracción teológica, sino como un plano de existencia real, organizado y regido por leyes naturales. Aunque su interpretación estuvo influenciada por su formación luterana, sus revelaciones sobre la supervivencia del alma, la ley de afinidad y la vida activa tras la muerte evidencian la similitud con lo que numerosos médiums han transmitido posteriormente y de forma más universal, como fue a través de «la concordancia y universalidad de la revelación espírita (Kardec)». *Nota de Curso Espírita.*

inteligencia de Swedenborg no era una pizarra limpia, sino que había en ella cuantos conocimientos exactos era posible adquirir en su tiempo. Nunca se vio semejante suma de conocimientos en un hombre. Era un gran ingeniero de minas y una autoridad en metalurgia. Como ingeniero militar contribuyó a cambiar la fortuna de muchas de las campañas de Carlos XII de Suecia. Alta autoridad en astronomía y en física, escribió obras eruditas sobre las mareas y la determinación de las latitudes. Fue además zoólogo y anatomista. Y financiero y economista político, adelantándose como tal a las conclusiones de Adam Smith. Finalmente, fue un profundo erudito bíblico, habiéndose nutrido de teología en los mismos pechos maternos y vivido en la austera atmósfera de un pastor luterano durante los más impresionables años de su vida. Su desarrollo psíquico, ocurrido al cumplir los veinticinco años, en nada afectó a su actividad mental, y muchos de sus folletos científicos los publicó después de dicha época.

Dotado de semejante inteligencia, es muy natural que tuviese la evidencia del poder extraterreno, la cual surge sin remedio en el camino de todo hombre inteligente; pero lo que no es natural es que fuera él mismo el médium de tal poder. En cierto sentido su mentalidad fue realmente perjudicial y vició los resultados a que llegó, mientras en otro sentido fue útil en el más alto grado, cosa que comprendemos mejor considerando las dos categorías en que puede dividirse su trabajo.

La primera fue la teológica. A la mayoría de las gentes les parece que esa es la parte más deleznable y peligrosa de su obra. Por un lado, acepta la Biblia como la obra de Dios en un sentido estrictamente particular, y por otro lado sostiene que su verdadero significado difiere del conocimiento vulgar, siendo él y únicamente él quien, con ayuda de los ángeles, podía dar aquel verdadero significado. Semejante

pretensión tenía que resultar intolerable. La infalibilidad del Papa sería una bagatela comparada con la infalibilidad de Swedenborg, si se admitía aquella pretensión, porque el Papa, en último término, solo es infalible cuando da su dictamen en puntos de doctrina *ex cáthedra*, rodeado de sus cardenales, mientras que la infalibilidad de Swedenborg habría sido universal, sin restricciones. En último término, ninguna de sus explicaciones es capaz de imponerse a la razón.

Cuando para comprender el verdadero significado de un mensaje emanado de Dios, hay que suponer, por ejemplo, que un caballo significa «la verdad intelectual», que un asno equivale a «la verdad científica», que una llama quiere decir «mejoramiento», y así sucesivamente a través de incontables símbolos, nos parece entrar en el reino de lo inexplicable, y asistir a la absurda tarea de algunos ingeniosos críticos que han creído descubrir cifras en las obras de Shakespeare. No es de esa manera cómo Dios ha enviado la verdad al mundo. Si tal punto de vista fuera aceptado, la creencia swedenborgiana originaría multitud de herejías y retrocederíamos a la época de las discusiones y los silogismos de los escolásticos medievales. Todas las cosas grandes y verdaderas son sencillas e inteligibles. La teología de Swedenborg no es ni sencilla ni inteligible, y en ello reside su condenación.

Sin embargo, una vez que hemos atravesado su fatigosa exégesis de las Escrituras, donde cada término remite a un significado distinto, y cuando llegamos a alguno de los resultados generales de su doctrina, vemos que no desentonan de la idea libre moderna o de la enseñanza recibida del más allá desde que la comunicación espiritista quedó establecida.

Así, su teoría de que este mundo es un laboratorio de almas, un campo de experimentación en que lo material refina y libera lo espiritual, es cosa que ya no se discute. Rechaza la Trinidad en su sentido ordinario, pero la reconstituye en

cierto sentido extraordinario. Admite que toda religión tiene fines divinos y que la virtud no está confinada en el cristianismo. De acuerdo con la enseñanza espiritista, ve el verdadero significado de la vida de Cristo en su poder como ejemplo, y rechaza la expiación y el pecado original. Ve la raíz de todo mal en el egoísmo, pero considera esencial un egoísmo sano, según el calificativo de Hegel. En materia sexual sus teorías son libres hasta la relajación. Considera a la Iglesia de una necesidad absoluta, como si el individuo no pudiera arreglar por sí solo sus propios asuntos con el Creador.

En tal confusión de ideas proyectadas a diestro y siniestro en grandes volúmenes escritos en latín, y expresadas en oscuro estilo, puede encontrar todo intérprete una nueva religión para su uso particular. Pero no reside en esto el mérito de Swedenborg.

Su gran valía la hallamos en sus fuerzas y revelaciones psíquicas, aunque no hubiera brotado de su pluma ni una palabra de teología. Son esas fuerzas y revelaciones psíquicas lo que va a ocuparnos ahora.

Ya desde niño Swedenborg tuvo momentos visionarios, pero ese delicado aspecto de su naturaleza fue dominado por la extraordinaria energía de su edad viril. Sus facultades psíquicas aparecieron en diversos momentos de su vida, demostrando en varias ocasiones que poseía esa fuerza vulgarmente llamada *clarividencia a distancia*, en que el alma parece salir del cuerpo, adquirir informes de cosas apartadas y volver a él con noticias de lo que ocurre en aquellos lugares.

No es este un atributo raro en los médiums, pudiendo citarse varios ejemplos de ellos entre espiritistas videntes, pero sí es raro en sujetos de gran inteligencia, y más raro cuando al parecer es normal su estado al tiempo de

producirse el fenómeno. Así, en el ejemplo de Gotemburgo⁵, donde Swedenborg observó y dio informes de un incendio en Estocolmo, a 500 km de distancia, con exactitud perfecta. Swedenborg se encontraba a la sazón en una comida, rodeado de dieciséis invitados, que resultaron otros tantos testigos de gran valor. El caso mereció la atención de una persona de tan alta categoría mental como el filósofo Kant, contemporáneo suyo.

Tales episodios eran, sin embargo, meros indicios de sus fuerzas latentes, las cuales aparecieron de lleno y súbitamente en Londres, en abril del año 1744.

Hay que observar que si bien Swedenborg pertenecía a una buena familia sueca y fue educado entre la nobleza de Suecia, sus principales libros se publicaron en Londres, donde, además, se inició su revelación, y donde, finalmente, murió y fue enterrado. Desde el día de su primera visión hasta su muerte, 27 años más tarde, estuvo en contacto con el otro mundo.

Una noche —dice— el mundo de los espíritus, cielo e infierno se abrió para mí y en él hallé a varias personas conocidas, de diferente condición. Desde entonces, el Señor abría diariamente los ojos de mi espíritu para ver, en estado de perfecta vigilia, lo que ocurría en el otro mundo y conversar, con plena conciencia, con los ángeles y los espíritus.

En su primera visión Swedenborg habla de una especie de vapor que se exhalaba de los poros de su cuerpo. «Era un vapor muy visible que descendía hasta el suelo, sobre la

⁵ La confirmación de este suceso fue tan impactante que el propio Kant, inicialmente escéptico, escribió a la baronesa Von Knobloch detallando que las declaraciones de los testigos y la coincidencia horaria con el informe oficial de Estocolmo eliminaban cualquier posibilidad de duda razonable. Este caso se cita hoy como uno de los ejemplos de «clarividencia en el espacio» mejor verificados documentalmente en la historia de la fenomenología psíquica. *Nota de Curso Espírita*.

alfombra». He ahí una acabada descripción del llamado ectoplasma⁶ que se encuentra en la base de todo fenómeno físico de las materializaciones. Esa sustancia ha sido también llamada ideoplasma, porque toma en un instante la forma impresionada por el espíritu. En aquel caso se redujo, según el relato, a una señal dada por sus *guías* de que desaprobaban su régimen alimenticio, siendo acompañada esa manifestación de una advertencia, claramente perceptible, para que en adelante fuera más comedido en su alimentación.

¿Cómo acogió el público semejante relato? Se dijo que aquel hombre era un loco, pero su vida, en los años que siguieron, no dio señal alguna de desequilibrio mental. Otros dijeron que mentía, pero precisamente era un hombre que gozaba de fama por su escrupulosa veracidad. Su amigo Cuno, banquero de Ámsterdam, dice, hablando de él:

Cuando me miraba, sus risueños ojos azules parecía que expresaran la verdad por sí solos.

Tal vez —afirmaban otros— se obsesionaba a sí mismo y se equivocaba honradamente.

A eso contestaremos que la mayoría de las observaciones espiritistas que hizo han sido confirmadas desde aquella época por innumerables observadores psíquicos. La verdad es que fue el primero y por varios conceptos el mayor de todos los médiums, aunque sujeto a los errores que lleva consigo la mediumnidad, y que solo por el estudio de este pueden realmente comprenderse sus poderes.

⁶ El término «ectoplasma» fue acuñado posteriormente por el científico francés Charles Richet, premio nobel de fisiología en 1913, para definir la sustancia semimaterial que emana del cuerpo de ciertos médiums. La descripción de Swedenborg sobre este «vapor visible» es una prueba asombrosa de la objetividad de sus observaciones, anticipándose en más de un siglo a las investigaciones de laboratorio realizadas por científicos de la talla del propio Richet. *Nota de Curso Espírita*.

Es interesante notar que Swedenborg consideraba sus facultades íntimamente relacionadas con un sistema de respiración. Estando todos rodeados de aire y de éter, es —decía— como si algunos tuviéramos la facultad de absorber más éter y menos aire con objeto de llegar a un estado etéreo. Indudablemente esto es una manera vulgar y rudimentaria de interpretar el fenómeno, pero tal es la idea que ahora vemos dominando en la mayoría de las escuelas de educación psíquica. Laurence Oliphant, que no tenía ninguna conexión con Swedenborg, escribió su libro *Sympneumata*, para explicar el hecho. El sistema indio del Yoga está informado por la misma idea, pero cualquiera que haya visto un médium en trance no olvida el hondo silbido⁷ peculiar con que comienza ese proceso y las profundas espiraciones con que acaba. Hay en esto un fructuoso campo de estudio para la ciencia futura.

Ahí, como en otras materias psíquicas, se necesita desplegar mucha precaución. El autor conoce varios casos que tuvieron trágicas consecuencias por el uso imprudente en los ejercicios psíquicos de la respiración profunda. El poder espiritual, lo mismo que el eléctrico, guarda ciertas proporciones y exige ciertos conocimientos y precauciones al ponerlo en acción.

Swedenborg resume la materia diciendo que cuando él comunicaba con los espíritus, se pasaba una hora respirando fuertemente, «tomando únicamente la cantidad de aire

⁷ El estudio y la práctica de la mediumnidad —la ciencia espírita— han demostrado que ciertos clichés, atavismos y expresiones exteriores son más propios del influjo cultural que de una necesidad real para la manifestación espiritual. En esencia, la comunicación es una influencia mental y psíquica, salvo en casos menos frecuentes donde el espíritu ejerce un dominio mayor sobre el cuerpo del médium. En gran número de casos, la influencia es puramente mental y los «aspavientos» son decoraciones anímicas fruto de la propia psique del médium y no de la voluntad del espíritu. *Nota de Curso Espírita.*

necesaria para sus pensamientos». Aparte de esa peculiaridad de la respiración, Swedenborg permanecía en estado normal durante sus visiones, aunque prefería, naturalmente, estar aislado en tales momentos. Parece ser que tuvo el privilegio de ver el otro mundo a través de varias de sus esferas, y aunque sus hábitos intelectuales teológicos pueden haber influido en sus descripciones, la vasta acumulación de sus conocimientos materiales le dieron, por otra parte, un raro poder de observación y comparación.

Veamos cuáles fueron los hechos principales que registró en aquellos viajes y hasta qué punto coinciden con los que han sido obtenidos desde entonces por métodos psíquicos.

Encontró que el otro mundo consistía en un número de esferas diferentes que representaban varios grados de luminosidad y felicidad, a cada una de las cuales vamos después de la muerte, según las condiciones espirituales que tenemos en vida.

Allí somos juzgados de una manera automática por una especie de ley espiritual que determina el resultado último por el resultado total de nuestra vida, de suerte que la absolución o el arrepentimiento en el lecho de muerte son de poco provecho.

Encontró en aquellas esferas que la escena y las condiciones de este mundo estaban reproducidas con fidelidad, así como el armazón general de la sociedad. Halló casas en las cuales vivían familias, templos en los cuales se adoraba, salones en los que la gente se reunía para fines sociales, palacios en los cuales habitaban soberanos.

La muerte no era nada temible gracias a la presencia de seres celestiales que asistían al recién llegado en el tránsito hacia su nueva existencia.

Tales recién llegados pasaban por un período inmediato de reposo completo, y recobraban después, en pocos días, la

conciencia de su nuevo estado. Había ángeles y demonios⁸, pero no eran de orden distinto al nuestro. Todos habían sido seres humanos que vivieron en la Tierra con almas sin desarrollar, en el caso de los demonios, o considerablemente desarrolladas, en el caso de los ángeles.

Al morir no cambiamos en ningún sentido. El hombre nada pierde al fallecer, sino que permanece hombre en todos los aspectos, aunque más perfecto que en estado corpóreo, conservando no solo sus facultades, sino también sus modos de pensar, sus creencias y sus prejuicios.

También eran recibidos todos los niños, bautizados o sin bautizar. Crecían en el otro mundo y eran adoptados por las mujeres jóvenes hasta que se presentaba la madre real y verdadera.

No había castigo eterno. Los que estaban en los infiernos podían abrirse camino si desarrollaban el impulso necesario. Los que estaban en los cielos no era de una manera permanente, sino que trabajaban para llegar a un lugar superior.

Existía el matrimonio en forma de unión espiritual, constituyéndose una unidad humana completa cada hombre y con cada mujer. Hay que observar que Swedenborg nunca estuvo casado.

No hubo detalle insignificante para su observación en las esferas espirituales. Habla de la arquitectura, del trabajo de los artesanos, de las flores y los frutos, de los bordados, del arte, de la música, de la literatura, de la ciencia, de las escuelas, de los museos, de los colegios, de las librerías y de los deportes. Esto puede chocar a las inteligencias

⁸ En la terminología de la época, el autor utiliza palabras como «demonios» o «infiernos» para referirse a los planos de sufrimiento y a los espíritus en estado de profunda ignorancia. El Espiritismo clarifica que estos estados no son castigos eternos, sino etapas transitorias de una conciencia que aún no ha despertado al amor y a la ley del progreso. *Nota de Curso Espírita.*

convencionales, pero hay que preguntarse por qué toleramos coronas y tronos y, en cambio, negamos otras cosas menos materiales.

Los que abandonan este mundo viejos, decrepitos, enfermos o deformados, renuevan su juventud y recobran gradualmente su pleno vigor. Los casados continúan juntos si sus sentimientos mutuos siguen siendo inalterables. En caso contrario, el matrimonio queda disuelto.

Dos amantes que se adoran no quedan separados por la muerte de uno de ellos ya que el espíritu del fallecido habita junto al espíritu del superviviente, y cuando ambos vuelven a encontrarse se reúnen amándose más tiernamente que antes.

Tales son algunas muestras de la enorme masa de informes que Dios envió al mundo por medio de Swedenborg y que después también han sido referidas por la palabra y por la pluma de muchos espiritistas iluminados. El mundo no les concedió importancia estimándolas como concepciones sin sentido. Sin embargo, gradualmente, el nuevo conocimiento se ha abierto camino y, cuando sea aceptado por completo, se reconocerá la verdadera grandeza de la misión de Swedenborg, mientras va cayendo en el olvido su exégesis bíblica.

La *Nueva Iglesia*, que se constituyó para propagar las predicaciones del maestro sueco, se ha convertido en una contracorriente del Espiritismo en vez de conservar el lugar que le corresponde como fuente original del conocimiento psíquico. Cuando surgió el movimiento espiritista de 1848, y cuando hombres como Andrew Jackson Davis lo acogieron con escritos filosóficos y con poderes psíquicos que difícilmente pueden diferenciarse de los de Swedenborg, la *Nueva Iglesia* habría hecho bien en saludar esa manifestación como una de las indicadas por su jefe. En lugar de hacer esto, ha preferido, por razones que es difícil comprender,

exagerar las discrepancias y pasar en silencio las similitudes, hasta que ambos grupos han adoptado una posición de hostilidad. De hecho, todo espiritista debería honrar a Swedenborg y su efigie debería estar en todos los centros espiritistas, como el primero y más grande de los médiums modernos. Por otra parte, la *Nueva Iglesia* debería abandonar toda clase de pequeñas diferencias y unirse de todo corazón al nuevo movimiento, contribuyendo con sus templos y su organización a la causa común.

Es difícil, al examinar la vida de Swedenborg, descubrir cuáles son las causas por las cuales sus actuales prosélitos miran con recelo a las otras corporaciones psíquicas. Lo que entonces hizo el maestro es lo que ahora hacen estas. Hablando de la muerte de Polhem, el vidente dice:

Murió un lunes y habló conmigo un jueves. Vio su propio coche mortuario y cómo bajaban su féretro a la tumba. Conversó conmigo mientras se moría, preguntándome luego por qué le habían enterrado cuando aún estaba vivo. Cuando el sacerdote le anunció que resucitaría el día del Juicio Final, preguntó cómo podía ser esto si ya había resucitado.

Todo eso está de perfecto acuerdo con la experiencia de los médiums de hoy día. Si Swedenborg estaba en lo justo, lo mismo ocurre ahora con los médiums.

En otro lugar dice:

Brahe fue decapitado a las diez de una mañana y estuve hablando con él a las diez de aquella noche. Después ha estado conmigo casi sin interrupción durante varios días.

Esos ejemplos demuestran que Swedenborg no tenía mayores escrúpulos para hablar con los muertos que Cristo para hablar en el monte con Moisés y Elías.

Swedenborg ha expuesto sus ideas con toda claridad, pero al examinarlas debemos tener en cuenta la época en que

vivió y su falta de experiencia en la dirección y objeto de la nueva revelación. Su punto de vista era que Dios, con excelentes y sabios fines, había separado el mundo de los espíritus del nuestro, no consintiendo la comunicación más que por muy poderosas razones entre las que, en modo alguno, podía contarse la mera curiosidad. Los que se dedican a estudios psíquicos de una manera verdaderamente seria, estarán conformes con tal criterio, y todos los espiritistas formales han de ser enemigos de que la más solemne cosa de la Tierra se convierta en una especie de pasatiempo. Bajo el imperio de una razón poderosa nuestra labor principal, en esta edad, tan materialista como Swedenborg jamás pudo imaginar, es procurar demostrar la existencia y la supremacía del espíritu de un modo tan objetivo que los materialistas queden derrotados en su propio terreno. Es seguro que, si Swedenborg viviera en nuestros días, sería uno de los jefes del moderno movimiento psíquico.

Algunos de sus prosélitos, especialmente el doctor Garth Wilkinson, han hecho la siguiente advertencia:

El peligro de que un hombre hable con los espíritus es que si estos son espíritus del mal, pueden contaminarnos con su maldad.

A ello podemos contestar que tal afirmación es especiosa y además la experiencia demuestra que es falsa. El hombre no es naturalmente malo. Por regla general, el ser humano es bueno. El mero acto de la comunicación espiritual ofrece en su solemnidad un aspecto religioso. Así es que, las más de las veces, experimentamos la influencia buena y no la mala, como demuestran los hechos tan hermosos como morales de las sesiones espiritistas.

El autor puede demostrar que en cerca de cuarenta años de trabajos psíquicos, durante los cuales ha asistido a innumerables sesiones en distintos países, jamás, en ninguna

ocasión, ha escuchado palabras obscenas o mensajes que pudieran ofender los oídos de la más recatada señora. Los mismos testimonios pueden aportar otros espiritistas más antiguos que yo.

Por otra parte, mientras es indiscutiblemente cierto que los malos espíritus son atraídos a un círculo malo, en la práctica es muy raro ser incomodado por ellos. Cuando tales espíritus aparecen, el mejor procedimiento consiste en no rechazarlos, sino tratarlos dulcemente y procurar convencerles de su verdadera condición para que se decidan a enmendarse. Eso ha ocurrido varias veces en la experiencia personal del autor, obteniendo los más felices resultados.

Algunos datos personales acerca de Swedenborg pondrán digno fin a este examen de sus doctrinas. Fue un hombre frugal, práctico, gran trabajador y enérgico en su juventud, y sumamente amable en la vejez. La vida hubo de convertirle en una criatura bondadosa y venerable. Era plácido, sereno, bien dispuesto para toda clase de conversaciones que no versaran sobre temas psíquicos, a no ser que así lo desearan sus contertulios. El objeto de todas sus conversaciones era siempre notable, si bien se veía afligido por una tartamudez que le dificultaba la pronunciación. Era alto, delgado, de rostro espiritual, con ojos azules; usaba peluca hasta los hombros y trajes oscuros, calzón corto, hebillas en los zapatos y bastón.

Swedenborg sostenía que una nube pesada rodeaba a la Tierra debido a la grosería psíquica de la humanidad, y que solo de tiempo en tiempo tenía lugar un claro, del mismo modo que el relámpago ilumina la atmósfera material. Vio que el mundo adquiriría en sus días una posición peligrosa debido a la sinrazón de las Iglesias y a la reacción contra la falta absoluta de religión, consecuencia de aquella. Algunas autoridades psíquicas modernas, especialmente Vale Owen, han hablado de esa densa nube, existiendo la sensación

general de que no puede aplazarse por mucho tiempo el necesario proceso de la purificación religiosa.

La mejor noticia acerca de Swedenborg desde el punto de vista espiritista, puede obtenerse de un extracto de su propio diario, cuando dice:

Los prejuicios en materias de teología están y estuvieron siempre tan fuertemente arraigados, que no dejan lugar para la genuina verdad.

Fue un gran vidente, un gran explorador del conocimiento psíquico, y su debilidad como tal estriba en esas tan ciertas palabras por él escritas sobre los prejuicios teológicos.

El lector que quiera documentarse más detalladamente puede encontrar las enseñanzas características de Swedenborg en sus obras *Cielo e Infierno*, *La Nueva Jerusalén* y *Arcana Celeste*. Su vida ha sido admirablemente escrita por Garth Wilkinson, Trobridge y Brayley Hodgetts, el actual presidente de la *Sociedad Inglesa de Swedenborg*. A pesar de su simbolismo teológico, su nombre vivirá eternamente como el primero de todos los hombres modernos que han hecho una descripción del proceso de la muerte y del otro mundo, no cimentado en las vagas visiones extáticas e imposibles de las viejas Iglesias, sino correspondiente a las descripciones que nosotros mismos obtenemos de aquellos que desde el más allá procuran darnos alguna idea clara de su nueva existencia.



EMANUEL SWEDENBORG, por Carl Frederik von Breda

CAPÍTULO II

EDWARD IRVING — LOS SHAKERS

La historia de Edward Irving⁹ y de sus manifestaciones espiritistas en los años de 1830 a 1833 es del mayor interés para el estudio del psiquismo, y sirve de puente para salvar la distancia entre Swedenborg por un lado, y Andrew Jackson Davis por otro.

Edward Irving pertenecía a esa clase escocesa de pobres y sufridos trabajadores que tan grandes hombres ha producido. De la misma clase y del mismo suelo salió Thomas Carlyle.

Irving nació en Annan en el año de 1792. Después de una dura y estudiosa juventud, quedó convertido en un hombre muy singular.

Corporalmente fue un gigante, y un Hércules por su fuerza. Su espléndido aspecto físico solo era desfigurado por una fea señal en un ojo, defecto que, cual la cojera en Byron, parecía presentar cierta analogía con las intemperancias de su carácter.

Su inteligencia era vigorosa, despierta y valiente, aunque en su primera educación estuviera velada en la atrasada escuela de la Iglesia escocesa, donde las cerradas ideas de los

⁹ Edward Irving (1792-1834) es una figura clave cuya relevancia histórica reside en su papel como catalizador de una de las primeras manifestaciones mediúnicas masivas en la era moderna. Su figura permitió que fenómenos de **xenoglosia** y **trance** salieran del ámbito privado y se presentaran ante la sociedad urbana, demostrando que la comunicación con el plano espiritual es una facultad humana latente que surge con fuerza cuando encuentra una voluntad valiente y una sensibilidad desarrollada. *Nota de Curso Espírita.*

viejos Covenanters¹⁰, un imposible protestantismo en reacción contra un imposible catolicismo, continuaba aún envenenando el alma humana. Su posición mental era extrañamente contradictoria, pues así como había heredado tan estrecha teología, le faltó heredar lo que es patrimonio imprescindible de los más infelices escoceses, su oposición a cuanto fuera liberal, e incluso a las medidas elementales de justicia, como la Ley de Reforma de 1832, tuvieron en él un enemigo resuelto.

Aquel extraño, excéntrico y formidable hombre habría tenido un medio adecuado en el siglo XVII cuando sus equivalentes reunidos en las tierras pantanosas de Galloway esquivaban o a lo mejor atacaban a los dragones de Claverhouse. Pero habiendo vivido más tarde venía obligado a escribir su nombre de una manera u otra en los anales de su época.

Sabemos de su dura juventud en Escocia, de su rivalidad con su amigo Carlyle en el afecto de la perspicaz y vivaz Jane Welsh, de sus enormes gestas de fuerza, de su corta carrera de maestro iracundo en Kirkcaldy, de su matrimonio con la hija de un ministro del culto de dicha población y, finalmente, de su curato o auxiliaría junto al gran Dr. Chalmers, que era, en aquellos tiempos, el más famoso cura de Escocia, y cuya administración de la parroquia de Glasgow es uno de los principales capítulos de la historia de la Iglesia escocesa. En tal cargo adquirió el conocimiento personal con las clases más pobres, o sea la mejor y más práctica de todas las preparaciones para el trabajo de la vida.

¹⁰ Los *Covenanters* fueron un movimiento presbiteriano escocés de los siglos XVI y XVII, caracterizados por un celo religioso extremo y una interpretación literal y rígida de las Escrituras. Doyle menciona esta influencia para explicar el trasfondo de fe dogmática con el que Irving tuvo que luchar al intentar comprender los fenómenos mediúmnicos, que chocaban frontalmente con esa teología cerrada. *Nota de Curso Espírita*.

En aquel tiempo existía una pequeña iglesia escocesa en Hatton Garden, fuera de Holborn, en Londres, que había perdido a su pastor y se hallaba en precaria posición espiritual y financiera. La vacante fue ofrecida al auxiliar del Dr. Chalmers, quien aceptó después de algunas consultas consigo mismo.

Allí su sonora elocuencia y sus luminosas explicaciones de los pasajes del Evangelio comenzaron a llamar la atención, hasta tal punto que aquel extraño gigante escocés se puso de moda. La humilde calle se vio invadida de coches los domingos por la mañana, y algunos de los más distinguidos caballeros y damas de Londres se apretaban para encontrar un pequeño puesto en el reducido templo. Es evidente que tan extraordinaria popularidad no podía durar, acaso por la costumbre del predicador de hablar no menos de hora y media a auditorio tan elegante.

El escocés fue trasladado a una iglesia mayor de Regent Square donde había cabida para dos mil personas, con suficientes bancos para que pudieran acomodarse de una manera decorosa; pero ya no excitaba el interés de los primeros tiempos. Aparte de su oratoria, Irving fue un pastor concienzudo y muy trabajador, que se desvivía por satisfacer las necesidades materiales de los más humildes entre sus fieles, y que estuvo siempre dispuesto a cumplir con sus deberes a cualquier hora del día o de la noche.

Sin embargo, pronto comenzaron sus disputas con las autoridades de la Iglesia. La discusión versó sobre uno de esos temas teológicos que han hecho más daño al mundo que la viruela. Consistía en saber si Cristo tenía en sí la posibilidad del pecado, o si era una barrera absoluta contra las tentaciones. Los unos sostenían que la asociación de ambas ideas, pecado y Cristo, era una blasfemia. El clérigo escocés replicaba con cierto asomo de razón, que sin la capacidad de pecar y de resistir con éxito, la naturaleza humana de Cristo

ya no era la misma que la nuestra y sus virtudes no podían merecernos tanta admiración. El tema fue también discutido fuera de Londres con gran seriedad y por mucho tiempo, hasta que el clero declaró unánimemente que desaprobaba los puntos de vista del pastor. Sus partidarios le significaron, en cambio, una aprobación incondicional y así pudo pasar por alto la censura de sus colegas oficiales. Pero debía encontrar en su camino un obstáculo aún mayor y vencerle haciendo su nombre imperecedero como lo son los de todos los hombres que han obtenido en la vida algún éxito espiritual.

Hay que considerar ante todo que Irving estaba profundamente influido por las profecías bíblicas, especialmente por las vagas y terribles imágenes de San Juan, y los extraños vaticinios de Daniel. Reflexionó en referencia al plazo que había de preceder a la Segunda Venida del Señor. Otros hombres existían en la misma época, año de 1830 y siguientes, profundamente sumidos en las mismas sombrías especulaciones, entre otros el rico banquero Drummond, propietario de una vasta casa de campo en Albury, cerca de Guildford. En dicha casa aquellos hombres consagrados a los estudios bíblicos se reunían de tiempo en tiempo, discutiendo y comparando entre sí sus teorías con tal minuciosidad que no era raro que sus sesiones se prolongaran durante más de una semana, con días de trabajo completos, desde el desayuno hasta la cena. Los asiduos de tales reuniones eran llamados los *Profetas de Albury*. Excitados por los portentos políticos que tuvieron como consecuencia la Ley de Reforma, consideraron que se habían conmovido las bases sociales hasta lo más profundo. Asusta pensar cuál habría sido su reacción si hubieran vivido lo bastante para asistir a la Gran Guerra. De todos modos estaban convencidos de que se acercaba el final de todas las cosas, y esperaban ver señales y portentos, dando a las vagas y

sinistras palabras de los antiguos profetas fantásticas interpretaciones¹¹.

En fin, por encima del monótono horizonte de los sucesos cotidianos, aquellos hombres esperaban que se produjera una extraña manifestación. Existía la leyenda de que los dones de los primeros tiempos volverían en el día final, figurando entre ellos el don de lenguas como patrimonio de todos los hombres. Tal leyenda comenzó en las tierras occidentales de Escocia, donde hombres de espíritu tan sensible como Campbell y MacDonald, pregonaban que la sangre celta había sido siempre más propicia a las influencias espirituales que el pesado carácter teutónico.

Los «Profetas de Albury» demostraban la mayor actividad intelectual, lo cual dio lugar a que un emisario de la iglesia de Irving fuera a investigar sus actos y emitiera luego un informe.

Según este la gente allí reunida era de la mejor reputación. Entre ellos había una mujer cuyo carácter ofrecía indicios de santidad.

Se escuchaban a intervalos voces de lenguas extrañas en que los reunidos se expresaban, siendo acompañada esa manifestación de milagros curativos y otros signos de poder. Estaba claro que no existía ni fraude ni disimulo, sino el influjo efectivo de una fuerza desconocida que recordaba los tiempos apostólicos.

Esos creyentes esperaron ansiosamente ulteriores desarrollos de estos sucesos, los cuales no tardaron en presentarse en la misma iglesia de Irving: en el mes de julio

¹¹ El «milenario» o la espera de la Segunda Venida era una corriente muy fuerte en el siglo XIX. Desde la óptica espírita, estos presentimientos colectivos no anunciaban el fin del mundo físico, sino el fin de una era moral y el comienzo de una nueva etapa de revelación (la «invasión organizada» de la que habla Doyle), que finalmente se cristalizaría con la codificación de la doctrina. *Nota de Curso Espírita.*

de 1831 circuló el rumor de que ciertos miembros de la congregación habían sido presa del extraño fenómeno del don de lenguas en sus propios domicilios.

Hubo discretas experiencias del fenómeno en la sacristía y en otros lugares apartados. El pastor y sus consejeros estaban verdaderamente perplejos, no sabiendo qué partido tomar.

Pero el asunto se dilucidó por sí mismo, como todos los asuntos espirituales, porque en el mes de octubre del mismo año el servicio de la iglesia de Escocia se vio súbitamente interrumpido por los extraños gritos de aquellos poseídos.

Fue ello tan súbito y vehemente, así durante el culto de la mañana como en el de la tarde, que hubo un verdadero pánico en la iglesia, y a no ser por el gigantesco pastor, que gritó con su potente voz: «¡Oh, Señor, aplacad el tumulto del pueblo!», pudo haber ocurrido una tragedia.

También hubo silbidos y gritos de quienes se habían conservado más tranquilos. Como quiera que sea, la sensación fue considerable, los periódicos de la época hablaron del caso y sus comentarios distaban de ser respetuosos o conciliadores.

Las voces de desconocida lengua procedían de hombres y mujeres, consistiendo al principio en sonidos ininteligibles, a manera de galimatías o de lenguaje completamente ignorado¹².

«Súbitos, quejumbrosos e ininteligibles sonidos», dice un testigo. «Había una fuerza y plenitud de sonido», dice otra

¹² El fenómeno descrito como «don de lenguas» es conocido en la ciencia espírita como xenoglosia. Consiste en la facultad de un médium de hablar o escribir en idiomas que desconoce por completo. En el caso de la iglesia de Irving, la intensidad del fenómeno fue tal que incluso las voces femeninas adquirirían una potencia física extraordinaria, lo que sugiere una manipulación directa del aire y las cuerdas vocales por parte de las entidades comunicantes. *Nota de Curso Espírita.*

descripción, «de las cuales parecían incapaces los delicados órganos femeninos». «Estallaban con asombroso y terrible fragor», dice un tercero. Muchos de los que presenciaron el fenómeno quedaron profundamente impresionados por tales manifestaciones, y entre ellos el mismo Irving.

Hay un poder en la voz que parte el corazón y se impone al espíritu de una manera jamás sentida hasta entonces. Hay en ella una cadencia, una majestad y una grandeza tales, que jamás oí cosa igual. Es algo tan parecido a los más sencillos y antiguos cantos de los oficios de la catedral, que llego a creer que son reminiscencias de la remota época de Ambrosio, y de las inspiradas plegarias de la Iglesia primitiva.

No obstante, pronto se mezclaron palabras inglesas a las otras, consistentes por lo regular en jaculatorias y oraciones sin señal clara de ser un fenómeno psíquico, salvo el producirse en horas desacostumbradas e independientemente de la voluntad del sujeto.

En algunos casos, sin embargo, el escogido, bajo la influencia de tal poder, pronunciaba largas arengas, prescindía de la ley dogmáticamente sobre puntos de doctrina, y lanzaba reprimendas que, en ocasiones, se dirigían al sufrido pastor.

Pudo haber, y de hecho probablemente hubo, un verdadero origen psíquico en aquellos fenómenos, pero se habían desarrollado en un terreno de estrecha y supersticiosa teología que los desvirtuaba.

Hasta el sistema religioso de Swedenborg habría resultado demasiado reducido para recibir en su plenitud tales dones, por lo que ya puede imaginarse lo que ocurriría al ser recibidos dentro de los mezquinos límites de una iglesia escocesa, donde toda verdad ha de ser expurgada y retorcida hasta que se adapte al venerado texto.

El vino nuevo no puede guardarse en viejas e insuficientes barricas. De haber habido una revelación completa, sin duda se habrían recibido otros mensajes de distintas clases que aclarasen el fenómeno, pero allí no había más que el caos.

Algunas de aquellas manifestaciones no podían conciliarse con la ortodoxia, por lo que se consideraban como obra del diablo. No pocos iniciados condenaron a los otros como herejes, se enzarzaron en violentas discusiones, y, lo que es peor, algunos de los principales oradores se convencieron a sí mismos de que sus discursos eran diabólicos, por no estar de acuerdo con sus propias convicciones espirituales; pero precisamente por esto nosotros habríamos creído que eran inspirados por los ángeles.

Finalmente, entraron en el resbaladizo camino de las profecías y se quedaron confundidos al ver que las suyas nunca se convertían en realidades.

Algunos de los hechos establecidos por esos iniciados y que tanto chocaban con sus convicciones religiosas, podrían haber sido mejor comprendidos por los hombres de una generación más ilustrada.

Uno de los principales iniciados fue cierto Robert Baxter, que no hay que confundir con el Baxter que treinta años más tarde estuvo relacionado con ciertas profecías notables. Ese Robert Baxter parece haber sido un ciudadano que consideró las Escrituras a la manera que un abogado considera un documento legal, dando valor exacto a cada frase, especialmente a aquellas más ajustadas a sus inclinaciones. Fue un hombre honrado, dotado de una conciencia inquieta, la cual continuamente le importunaba sobre los detalles más nimios, dejándole, en cambio, completamente tranquilo en el vasto campo de sus creencias. Aquel hombre estaba bajo la influencia de los espíritus. Según él, el 14 de enero de 1832, comenzó el periodo místico de los mil doscientos sesenta días que debían preceder a la Segunda Venida y al fin

del mundo. Semejante predicción habría sido simpática a Irving dados sus ensueños milenarios. Pero mucho antes de que aquellos días hubieran transcurrido, Irving bajó a la tumba y Baxter repudió aquellas profecías que, al menos en aquella ocasión, le engañaron.

Baxter había escrito un folleto de pomposo título¹³, en el cual admitía ciertos hechos que parecían claramente paranormales, mezclados con otros más discutibles y con algunos palmariamente falsos. El objeto del folleto era principalmente atraer los guías maléficos e invisibles al regazo de la Iglesia escocesa. Es de notar, sin embargo, que un segundo miembro de la congregación de Irving escribió otro folleto de contestación, en el cual se muestra que Baxter tenía razón en tanto estaba inspirado por el espíritu, y se equivocaba cuando intervenían influencias satánicas. Ese folleto es interesante porque contiene cartas de varias personas que poseyeron el don de lenguas y una sólida mentalidad que las hacía incapaces de caer en deplorables errores.

¿Qué puede decir contra tales hechos un observador psíquico imparcial, familiarizado con los modernos fenómenos? Personalmente, el autor cree que hubo en este caso un verdadero influjo psíquico encubierto por una estrecha teología sectaria del tipo de la que provocó la reprobación contra los fariseos. Su opinión personal es que la enseñanza espiritista es propia de todo hombre serio que se ha abierto paso a través de los credos ortodoxos, y cuya inteligencia es como una superficie limpia, dispuesta a registrar una impresión exactamente como la recibe. De esta suerte se convierte en hijo y discípulo de la enseñanza del otro mundo, pudiendo la nobleza personal de carácter hacer

¹³ El folleto de Robert Baxter al que se refiere el autor es *Narrative of Facts Characterizing the Supernatural Manifestations in the Congregation of the Rev. Edward Irving* (1833). *Nota de Curso Espírita*.

del más honrado de los iniciados un tipo más elevado que el espiritista corriente. El campo del Espiritismo es infinitamente vasto, y en él pueden vivir fraternalmente todas las variedades de cristianos, así como los mahometanos, los indios y los partos. Pero no es suficiente la mera aceptación de la comunicación de los espíritus y su aparición, cosa que no ignoran muchos salvajes. Necesitamos además un código moral. Si consideramos a Cristo como predicador o divino embajador, su predicación ética es algo esencial para el mejoramiento de la humanidad, si bien debe ser contrastada por la razón, según las luces del espíritu.

Pero todo esto son digresiones. En las voces de 1831 hay señales de real fuerza psíquica. Es una ley espiritual reconocida que todas las manifestaciones psíquicas son deformadas cuando se perciben a través de un médium afiliado a una estrecha religión sectaria. También es una ley que las personas presumidas y engreídas atraen a los espíritus maléficos sugiriéndoles el uso de nombres interminables y profecías que les cubren de ridículo. Tales eran los guías espirituales de los prosélitos de Irving.

La unidad de la Iglesia, que había sido sacudida por la previa censura del presbiterado, no pudo resistir el nuevo golpe y se produjo una vasta escisión. Como el edificio fue reclamado por los administradores, Irving y sus partidarios, que le seguían fieles, anduvieron en busca de nuevo local, hasta que escogieron la sala usada por Robert Owen, el socialista, filántropo y librepensador destinado a ser, veinte años más tarde, uno de los más fervientes seguidores del Espiritismo. Allí, en Gray's Inn Road, Irving reunió a sus fieles. No puede negarse que la Iglesia, tal como él la organizó con sus ángeles, sus sacerdotes, sus diáconos y sus profecías, era la mejor reconstrucción de la primitiva Iglesia Cristiana. Si Pedro o Pablo hubieran reencarnado en Londres se habrían quedado confusos y probablemente horrorizados ante la

iglesia de San Pablo o la catedral de Westminster, pero en cambio, se habrían sentido perfectamente a sus anchas en la atmósfera familiar de las reuniones que presidía Irving. El hombre sensato reconoce que Dios puede estar rodeado por innumerables ángeles. La inteligencia de los hombres y el espíritu de los tiempos varían en virtud de su reacción sobre la gran causa central, y en lo único que perseveran es en una gran caridad hacia nosotros mismos y hacia nuestros semejantes.

Tal fue, según parece, el criterio de Irving, tomando por modelo para juzgar al universo a los que constituían una secta entre las sectas. Al menos así se desprende de sus luchas con Apolión, de las cuales se queja como Bunyan y los antiguos puritanos. Apolión era realmente el Espíritu de Verdad, y la lucha interior no era entre la Fe y el Pecado, sino entre las sombras del dogma heredado y la luz de la razón instintiva, don de Dios, siempre rebelde a los absurdos de los hombres.

Irving vivió intensamente, y las crisis sucesivas, por las cuales pasó, minaron su robusta constitución. Aquellas discusiones con teólogos ergotistas y con miembros recalcitrantes de su iglesia, nos parecen cosas triviales a nosotros que las vemos de lejos a través de los años, pero para él, con su alma inquieta, ruda, tempestuosa, eran vitales y terribles. Para la inteligencia emancipada, tal o cual secta son temas indiferentes, pero para Irving, tanto por su herencia como por su educación, la Escuela Escocesa era el arca de Dios, de la cual él y sus fieles y celosos hijos, dirigidos por la conciencia, habían salido para llamar a las puertas tras las cuales se hallaba la Salvación. Era una rama cortada del árbol, que iba secándose. Aquel gigante de mediana edad se detuvo y cayó. Su gran contextura se vino abajo. Sus mejillas se hundieron y volvieron lívidas. Sus ojos brillaron con la luz febril que le consumía. Y así, trabajando hasta el último

momento y con las palabras: «Si me muero, muero en el Señor», en sus labios, su alma pasó a esa luz más clara y dorada en donde el fatigado cerebro encuentra el reposo, y el espíritu ansioso entra en una paz y seguridad que la vida jamás le ha dado.

Aparte del incidente aislado de la Iglesia de Irving, hubo en aquellos días otra manifestación psíquica que condujo más directamente a la revelación de Hydesville. Fue la aparición de fenómenos espiritistas en las comunidades de los Shakers¹⁴ en los Estados Unidos, los cuales no obtuvieron toda la atención que merecían.

Aquellas buenas gentes parece que tuvieron concomitancias por una parte con los cuáqueros, y por otra con los videntes de los Cevennes, que pasaron a Inglaterra, huyendo de la persecución de Luis XIV.

Incluso en Inglaterra, sus vidas inofensivas no pudieron librarse de la persecución de los fanáticos, viéndose obligados a emigrar a América en los tiempos de la guerra de la Independencia. Se establecieron en distintos lugares viviendo con sencillez una vida pura basada en principios comunistas, con sobriedad y castidad. No es, pues, sorprendente que la nube psíquica de la fuerza extraterrena que envuelve nuestro

¹⁴ Las comunidades de los Shakers representan el campo de cultivo donde se gestó la fase de «preinvasión» del Espiritismo. Los Shakers (oficialmente *Sociedad Unida de Creyentes*) alcanzó su mayor actividad mediúmnica entre 1837 y 1844 en asentamientos como Watervliet y New Lebanon. Durante este periodo, conocido como la «Era de las Manifestaciones», no solo recibieron comunicaciones verbales, sino que produjeron los llamados «Regalos de Hojas» (dibujos y mensajes psicografiados) que hoy se conservan en museos como pruebas históricas de una actividad psíquica organizada que precedió por más de una década a los sucesos de Hydesville. Su estilo de vida disciplinado y su apertura espiritual permitieron que, ya en 1837, se produjeran manifestaciones colectivas de una precisión asombrosa. Lo más relevante para la historia es que estos grupos recibieron, con años de antelación, la comunicación de que el mundo espiritual estaba preparando una apertura masiva hacia la humanidad, anticipando así los sucesos de 1848. *Nota de Curso Espírita*.

globo respondiera a aquellas altruistas comunidades. En 1837 había sesenta de dichas corporaciones, las cuales respondían en distintos grados al poder en cuestión. De momento circunscribían muy estrictamente a sí mismos sus experiencias, pues como sus sacerdotes dijeron más tarde, todos habrían sido llevados al manicomio al descubrir lo que entonces les ocurría.

Los fenómenos parece que comenzaron con los usuales ruidos anunciadores. Todos, hombres y mujeres, dieron muestras de estar preparados para la posesión espiritual. Sin embargo, los invasores solo se presentaron después de pedir permiso, y a intervalos que no dificultaban los trabajos de la comunidad. Los principales visitantes eran espíritus de pieles rojas, que llegaban colectivamente en forma de tribu. Uno o dos sacerdotes estaban en el piso bajo, y después de dar un golpe a la puerta los indios preguntaban si podían entrar. Dado el permiso, toda la tribu de indios en espíritu entraba en tropel en la casa y al cabo de pocos minutos se oían los gritos de *Jup, Jup*. Tales gritos emanaban de los mismos órganos vocales de los Shakers, pero como estos se hallaban bajo el influjo y la posesión de los mismos indios, hablaban la lengua india entre sí, y bailaban sus danzas demostrando en todo que estaban realmente poseídos por los espíritus de los pieles rojas.

Se preguntará por qué esos aborígenes¹⁵ norteamericanos representaron tan importante parte, no solo en la iniciación,

¹⁵ La presencia de entidades de origen indígena en los albores del Espiritismo responde a una ley de la dinámica mediúmnica. Investigadores como el Dr. Eugene Crowell y, posteriormente, el propio William Crookes, observaron que la producción de fenómenos de efectos físicos (aportes, ruidos, movimientos de objetos) requiere de una energía vital o ectoplasma considerable, pero también de entidades muy cercanas en sintonía física y espiritual. La recurrencia de estas entidades en los albores del Espiritismo pudo no ser casual ni responder

sino en la continuación de aquel movimiento. En este país lo mismo que en Norte América hay pocos médiums físicos que no tengan un guía piel roja cuya fotografía no haya podido obtenerse por medios psíquicos, viéndose en ella los vestidos y el característico mechón de pelo en la frente. Es uno de tantos misterios que tenemos que resolver todavía.

Lo único que sabemos con certeza, según nuestra propia experiencia, es que tales espíritus son muy poderosos en la producción de fenómenos físicos, pero nunca ofrecen las elevadas enseñanzas que nos vienen de los espíritus orientales y europeos. Los fenómenos físicos son, sin embargo, de la mayor importancia, por lo que llaman la atención de los escépticos en la materia, de suerte que la parte asignada a los indios es verdaderamente capital.

Hombres rudos de entornos rurales parecen estar, en la vida espiritual, especialmente asociados a las manifestaciones más crudas de la actividad espiritista. Habiéndose repetido infinidad de veces, si bien es difícil probarlo, que su principal organizador fue un aventurero conocido en vida bajo el nombre de Henry Morgan, fallecido en el cargo de gobernador de Jamaica para el cual fue nombrado bajo el reinado de Carlos II.

Tales afirmaciones, no demostradas, carecen de valor en el actual estado de nuestros conocimientos, pero deben anotarse por si futuros progresos permiten darles un mayor crédito. John King, que es el nombre espiritista del pretendido Henry Morgan, es un ser perfectamente real y hay

solo a una necesidad de densidad energética. Estos colectivos mantuvieron en vida una relación muy directa con la naturaleza y con prácticas espirituales milenarias. Mientras el mundo occidental se sumergía en el materialismo, estos grupos conservaron el conocimiento sobre la manipulación de los fluidos vitales. Por ello, el plano espiritual aprovechó su familiaridad con el mundo invisible, resultando ser los técnicos ideales para demostrar, mediante hechos físicos, que la vida continúa más allá de la muerte. *Nota de Curso Espírita.*

pocos espiritistas de experiencia que no hayan visto su barbudo rostro y oído su potente voz.

Por lo que respecta a los indios colegas o subordinados suyos, lo único que puede conjeturarse es que son hijos de la Naturaleza, más cerca tal vez de los secretos primitivos que otras razas más desarrolladas. Puede ser que su cometido especial tenga por base una especie de expiación o arrepentimiento, parecer que yo mismo he oído de sus labios.

Estas observaciones pueden resultar una digresión del caso de los Shakers, pero las dificultades del investigador provienen sobre todo del número de hechos nuevos, sin orden ni explicación, que encuentra en su camino. Su mente no tiene compartimientos apropiados para clasificarlos. Por lo tanto, el autor procurará en estas páginas, acudir, en los límites de lo posible, a su propia experiencia, y a la de aquellos de quienes se puede fiar, para obtener las luces que le permitan hacer la materia más inteligible, y dar por lo menos una idea de esas leyes del más allá, que son tan obligatorias para los espíritus como para nosotros. Sobre todo, el investigador debe desechar para siempre la idea de que los espíritus son necesariamente entidades sabias o poderosas. Tienen su individualidad y sus limitaciones lo mismo que las tenemos nosotros, y tales limitaciones son más marcadas cuando se manifiestan a través de una sustancia impropia.

Los Shakers tenían en su seno a un hombre de superior inteligencia, llamado F. W. Evans, quien dio una interesante y clara explicación respecto de esa materia, según puede ver el curioso lector en el *New York Daily Graphic* de 24 de noviembre de 1874, copiada *in extenso* en la obra del coronel Olcott *People From the Other World*.

Evans y sus colegas, después de las primeras perturbaciones físicas y mentales producidas por aquella irrupción espiritista, se pusieron a estudiar lo que realmente

significaba, llegando a la conclusión de que tal asunto debía dividirse en tres fases. La primera se refería a la prueba efectiva para el observador, de que se trataba de algo positivamente real. La segunda fase es de condición instructiva, pues hasta el espíritu más humilde puede ilustrarnos acerca de su experiencia de la vida después de la muerte. La tercera fue llamada fase misionera, o sea de aplicación práctica. Los Shakers llegaron a la inesperada conclusión de que los indios aparecían no para enseñar, sino para aprender, de manera que los catequizaron como hubieran podido hacerlo durante su vida. Casos semejantes se han dado desde entonces en distintos círculos espiritistas, en los que ínfimos y humildes espíritus se presentaban para que se les enseñase lo que no pudieron aprender en este mundo. Alguien preguntará por qué los espíritus elevados del otro mundo no se cuidan de tal enseñanza. La contestación que recibió el autor en cierta ocasión fue esta:

Esos seres están mucho más cerca de usted que de nosotros; usted puede llegar a ellos, mientras que nosotros no.

De ello se infiere claramente que los buenos Shakers nunca estuvieron en contacto con los guías más elevados, probablemente no los necesitaban, y que sus visitantes pertenecían a un nivel inferior. Tales visitas continuaron por espacio de siete años. Cuando los espíritus se marchaban anunciaban a sus huéspedes que volverían, y que entonces invadirían el mundo entrando así en los palacios como en las cabañas. Cuatro años más tarde se producían las manifestaciones de Rochester, donde se trasladaron el Anciano Evans y otros Shakers para ver a las hermanas Fox. Su llegada fue recibida con gran entusiasmo por las fuerzas invisibles, proclamando que aquella era la obra profetizada.

Es digno de mención un detalle muy elocuente relativo a Elder Evans. Al preguntarle:

- ¿No le parece a usted que sus fenómenos son de la misma especie que los de los monjes y monjas de la Edad Media?

Respondió con una sencillez y oportunidad admirable.

- Sin duda alguna. Esa es la verdadera interpretación que deben recibir en el transcurso de las edades. Las visiones de Santa Teresa fueron de condición espiritista y semejantes a las que han obtenido los miembros de nuestra sociedad.

Seguramente otra hubiera sido su contestación si se le hubiera dicho que las visiones de los religiosos eran angélicas y todas las demás diabólicas. Preguntado posteriormente si la magia y la nigromancia pertenecían a la misma categoría, contestó:

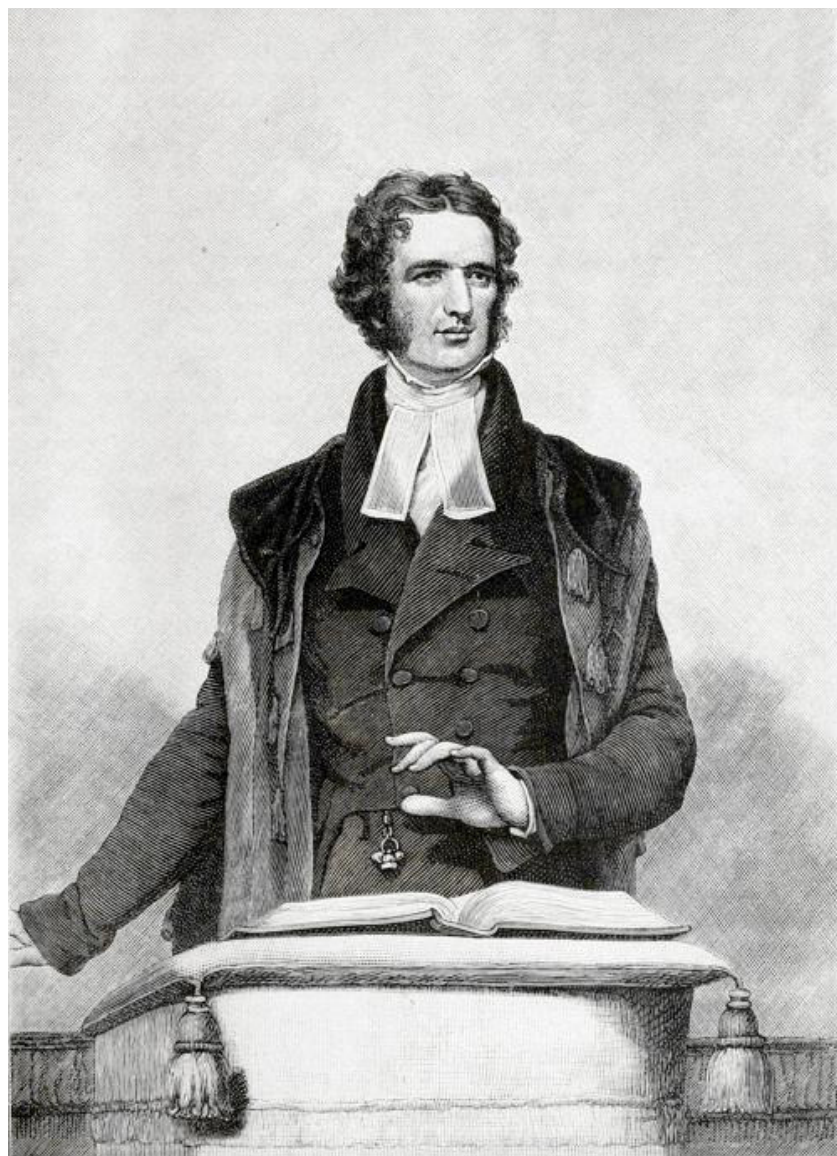
- Sí, y esto ocurre cuando el Espiritismo es usado con fines egoístas.

Resulta, pues, claro, que hubo hombres que vivieron hace cerca de un siglo capaces de enseñar a muchos sabios de nuestros días.

La notable mujer, Hardinge Britten, ha consignado en su *Modern American Spiritualism* de qué manera entró en íntimo contacto con la comunidad de los Shakers, quienes le permitieron tomar todos los datos necesarios para el relato completo de sus visitas espiritistas. En él se establece que la nueva era debía inaugurarse por medio de un descubrimiento extraordinario de tanto valor material como moral. La profecía es notabilísima, pues conocido es el hecho histórico de que los campos auríferos de California fueron descubiertos al poco tiempo de producirse aquella manifestación psíquica. Un partidario de Swedenborg, con su doctrina de correlaciones, podría argüir que lo uno venía a completar lo otro.

Este episodio de las manifestaciones de los Shakers es un eslabón bien determinado entre el trabajo de vanguardia de

Swedenborg y el período de Davis y de las hermanas Fox. Va a referir ahora la obra del primero, que está íntimamente asociada con la aurora y el progreso del movimiento psíquico moderno.



EDWARD IRVING

CAPÍTULO III

EL PROFETA DE LA NUEVA REVELACIÓN

Andrew Jackson Davis fue uno de los hombres más notables que conocemos. Nació en 1826, a orillas del Hudson. Su madre fue una mujer sin instrucción, con tendencias visionarias sinónimas de la más vulgar superstición. Su padre era un obrero curtidor con problemas de alcoholismo. Él mismo escribió los detalles de su infancia en un curioso libro, *The Magic Staff*. Esta obra nos sumerge en la dura y primitiva vida de las provincias estadounidenses de la primera mitad del siglo XIX, mostrándonos a un pueblo rudo e ignorante que, sin embargo, estaba espiritualmente pronto para asimilarse todo lo nuevo.

En aquellos distritos rurales de Nueva York se desarrollaron en el espacio de pocos años el mormonismo y el Espiritismo. Jamás hubo un muchacho con menos favorables disposiciones que Davis. Fue muy lento el desarrollo de su cuerpo y su inteligencia. Hasta la edad de dieciséis años difícilmente podía recordar los libros que leía en la escuela primaria.

Y a pesar de ello, en aquel ente desmirriado había en acecho tales fuerzas, que antes de cumplir los veinte años pudo escribir uno de los más profundos y originales libros de filosofía. ¿Se puede pedir una prueba más clara de que nada salió de él, siendo un mero conducto del conocimiento emanado de ese vasto manantial cuyas manifestaciones son tan inexplicables?

El valor de una Juana de Arco, la santidad de una Teresa, la sabiduría de un Jackson Davis, las fuerzas paranormales de un Daniel Home, todo procede del mismo manantial.

En los últimos años de su infancia comenzaron a desarrollarse las fuerzas psíquicas latentes en Davis. Como Juana, oyó voces en los campos, voces agradables que le llenaron de júbilo. La clarividencia siguió a la clariaudiencia. En el momento de la muerte de su madre tuvo una clara visión de una apacible casita en un lugar radiante, que supuso ser el punto donde su madre había ido. Sus facultades fueron reveladas al pasar por aquel lugar un feriante que exhibía las maravillas del mesmerismo, haciendo experimentos delante de Davis y de cuantos jóvenes rústicos quisieron someterse a ellos. En seguida comprobó que Davis tenía muy notables poderes clarividentes.

Estos fueron desarrollados no por el peripatético mesmerista, sino por un sastre local llamado Levingston, el cual parece haber sido un pensador de vanguardia. Se quedó tan intrigado por los maravillosos dones de aquel hombre, que abandonó su próspero negocio y se dedicó a trabajar con Davis usando su poder clarividente para diagnosticar las enfermedades. Davis tenía muy desarrollada esa fuerza, común entre los psíquicos, de ver sin los ojos, incluso objetos que era imposible distinguir por medio de la visión humana.

Al principio ese don fue usado como una especie de divertimento para leer con los ojos vendados cartas o relojes del público rústico allí reunido. En esos casos todas las partes del cuerpo asumen la función de la vista, probablemente porque el cuerpo etéreo o espiritual, que posee los mismos órganos que el físico, está desprendido total o parcialmente, siendo él quien registra la impresión. Como podía adoptar todas las posiciones y dar la vuelta completa, le era posible ver desde cualquier ángulo. Tal es la explicación que se da de tales casos, a uno de los cuales asistió el autor, en el norte

de Inglaterra, donde Tom Tyrrell, el famoso médium, admiró los cuadros colgados de las paredes situadas detrás de su cabeza. Que sean los ojos etéreos los que vean el cuadro, o que vean la duplicación etérea de dichos cuadros, es este uno de los varios problemas cuya solución dejamos a nuestros sucesores¹⁶.

Levingston empleó primero a Davis para las diagnosis médicas. Describe cómo el cuerpo humano se vuelve transparente para los ojos espiritistas. Cada órgano se presenta con toda claridad y con una radiación especial propia, la cual se oscurece en caso de enfermedad.

Para una inteligencia médica ortodoxa, que al autor le merece toda clase de respetos, aquellas fuerzas son sospechosas, porque abren la puerta a la superchería; pero no tiene más remedio que admitir que todo lo dicho por Davis ha sido corroborado por la propia experiencia de Bloomfield, de Melbourne, quien me describió la admiración que sintió cuando aquellas fuerzas se le revelaron en la calle poniéndole al descubierto la anatomía de dos personas que andaban delante de él.

Tales fuerzas han sido corroboradas hasta el extremo de utilizar comúnmente los médicos a los clarividentes como auxiliares en los diagnósticos. Hipócrates dice: «Las afecciones que sufre el cuerpo, el alma las ve con los ojos cerrados».

Al parecer, los antiguos conocían ya algo de tales métodos.

¹⁶ Aunque autores posteriores llamaron a esto «transposición de los sentidos», Allan Kardec define este fenómeno como «**doble vista**» (especialmente en los ítems 447 a 454 de *El Libro de los Espíritus*). Se explica porque el alma no está encerrada en el cuerpo como en una caja, sino que se irradia. En estado de emancipación o trance, las percepciones del espíritu son directas y globales; el alma ve sin el concurso de los ojos físicos porque la visión es una propiedad intrínseca del espíritu que se ejerce por todo su ser fluídico. *Nota de Curso Espírita*.

Los servicios de Davis no se circunscribían a quienes le rodeaban, sino que su alma o cuerpo etéreo podía ser liberado por la manipulación magnética de la persona que le empleaba, y enviado fuera cual una paloma mensajera, con la certeza de que volvería trayendo los informes deseados. Aparte de la humanitaria misión que realizaba, podía en ocasiones vagar a voluntad, habiendo él mismo descrito en magníficos pasajes de qué manera podía ver la tierra translúcida abajo, con los grandes filones de mineral brillando a través de la masa, como metal fundido, cada uno de los cuales tenía su especial radiación.

Es notable que Davis, en aquellos primeros tiempos de sus experimentos psíquicos, perdiera al salir del trance el recuerdo de las impresiones que había tenido. Sin embargo, quedaban registradas en su inteligencia subconsciente, y años más tarde las recordó con toda claridad. Al principio eran solo una fuente de conocimientos para los demás, mientras él las ignoraba¹⁷.

Hasta aquel momento el desarrollo de sus facultades se había producido de una manera nada original, puesto que estas tenían semejanza con los experimentos de todos los dedicados a la psíquica. Pero ocurrió un caso completamente nuevo y que fue descrito con todo detalle en su autobiografía. Brevemente expuestos, los hechos fueron los siguientes:

En la mañana del día 6 de marzo de 1844, Davis se sintió súbitamente poseído por tal poder, que le permitió volar desde la pequeña localidad de Poughkeepsie, donde vivía, y

¹⁷ La amnesia que experimentaba Davis tras el trance es característica de la **mediumnidad sonambúlica**. Mientras el espíritu está desprendido y actuando en el plano espiritual, el cerebro físico no siempre registra las impresiones, pues estas quedan grabadas en la memoria propia del espíritu (el periespíritu), ajenas totalmente al acceso físico de la memoria en estado de vigilia. El estado de conciencia durante el desdoblamiento está directamente relacionado con tener o no el recuerdo de lo sucedido. *Nota de Curso Espírita*.

hacer en un estado de semitrance un rápido viaje. Cuando recobró su poder perceptivo, se encontró en medio de abruptas montañas en las cuales halló a dos hombres venerables con quienes entró en íntima y elevada comunión, sobre medicina con el uno y sobre moral con el otro.

Toda la noche estuvo fuera, y cuando a la mañana siguiente preguntó dónde se hallaba, le dijeron que en las montañas de Catskill, a 60 km de su casa. Toda la narración tiene la apariencia de un experimento subjetivo, un sueño o una visión, y no podía menos que creerlo así, de no haber sido por los detalles de su recepción y por la comida que tomó a su regreso. También cabe un término medio, o sea, que el vuelo hasta las montañas fuera una realidad y las conversaciones un sueño.

Pretende que más tarde identificó en sus mentores a Galeno y Swedenborg, cosa interesante por ser el primer contacto con muertos a quienes pudo reconocerse. Todo el episodio parece visionario y nada tiene que ver con los notables sucesos futuros de aquel hombre.

Sintió fuerzas aún superiores que se agitaban en su interior y se observó que cuando le dirigían preguntas importantes durante el trance mesmérico, contestaba siempre: «Contestaré a eso en mi libro». A los diecinueve años sintió que había llegado la hora de escribir ese libro. La influencia mesmérica de Levingston no sirvió por una razón u otra, para el caso, por lo que se escogió al Dr. Lyon como nuevo magnetizador. Lyon abandonó su clientela y se fue con su protegido a Nueva York, presentándose en casa del Rev. William Fishbough para que actuara como amanuense. Tal selección intuitiva parece que estaba justificada, pues también el pastor abandonó su labor y aceptó la misión.

Lyon sometió al joven día tras día a los trances magnéticos cuyas manifestaciones eran fielmente registradas por el secretario. El asunto no era cuestión de dinero ni de reclamo,

de manera que el crítico más escéptico no podía menos que reconocer que la ocupación y el objeto de aquellos tres hombres formaban extraordinario contraste con el mundo material mercantilizado que les rodeaba: buscaban algo más allá, cosa que no podía ser más noble.

Hay que tener en cuenta que un conducto no puede dejar pasar más líquido que el permitido por su diámetro. El diámetro de Davis era muy distinto al de Swedenborg. Ambos poseían el conocimiento cuando se hallaban en estado de iluminación. Pero Swedenborg era el hombre más ilustrado de Europa, mientras Davis era un muchacho tan ignorante como el que más en el Estado de Nueva York. Las revelaciones de Swedenborg eran tal vez más grandes, pero también es probable que estuvieran influidas por su propio cerebro. La revelación de Davis era un milagro incomparablemente mayor.

El Dr. George Bush¹⁸, profesor de hebreo en la Universidad de Nueva York, uno de los que siempre estuvieron presentes hasta que se pronunciaban las fórmulas para la cesación del trance, escribe:

Afirmo solemnemente que he oído hablar a Davis correctamente la lengua hebrea en sus sesiones, y hacer gala de tal cúmulo de conocimientos de geología, que es asombroso en una persona de su edad, aunque se hubiera dedicado varios años a esos estudios.

Discutió, con la misma señalada habilidad, las más profundas cuestiones de arqueología histórica y bíblica, de mitología, del origen y afinidades del lenguaje, y del

¹⁸ El Dr. George Bush (antepasado de los futuros presidentes de EE. UU.) era en aquel momento una de las máximas autoridades académicas en lenguas orientales. Su testimonio sobre el uso del hebreo por parte de un joven analfabeto como Davis es una de las pruebas documentales más sólidas de la historia del espiritismo, ya que elimina la posibilidad de que Davis estuviera simplemente repitiendo frases memorizadas. *Nota de Curso Espírita*.

progreso de la civilización en las diferentes naciones del globo, lo cual honraría a cualquier erudito de su edad, aunque para conseguir tal resultado hubiese tenido que pasar por todas las bibliotecas de la Cristiandad.

Por lo demás, aunque hubiera adquirido todos los conocimientos puestos de relieve en sus sesiones, no en los dos años transcurridos desde que abandonó los bancos de la escuela, sino en toda su vida, con los más asiduos estudios, ningún prodigio intelectual de cuantos el mundo tiene noticia podría compararse con él ni un solo momento, puesto que jamás leyó ni un volumen ni una página.

Bush nos hace una descripción notable de Davis tal como era entonces:

La circunferencia de su cabeza es pobre. Si el tamaño es la medida del poder, la capacidad mental de aquel joven era muy limitada. Sus pulmones eran débiles y poco desarrollados. No vivió bajo influencias refinadas, pues sus maneras eran rústicas y vulgares. No conoce la gramática ni las reglas del lenguaje, ni tenía idea de los hombres de ciencia o literarios.

Tal era el joven de diecinueve años del cual fluía ahora una magnífica catarata de palabras y de ideas abiertas a la crítica no por lo sencillas, sino por lo sumamente complejas y expuestas en términos doctos con una fuerte fibra de raciocinio y método.

Está bien hablar de la inteligencia subconsciente, pero ello se había tomado hasta entonces como una apariencia de ideas recibidas y como dormidas. Cuando, por ejemplo, el mismo Davis recordaba lo ocurrido en sus trances, parecía como si saliera de un mundo de impresiones enterradas.

Parece un abuso de palabras hablar de inteligencia subconsciente, cuando tratamos de algo a lo cual jamás llegará por medios normales la más desarrollada inteligencia, consciente o no.

Tal fue el comienzo de la gran revelación psíquica de Davis que dio lugar a varios libros escritos por él bajo el título de *Filosofía armónica*. Más tarde trataremos de su naturaleza y lugar en la enseñanza psíquica.

En esa fase de su vida, Davis afirma haber estado bajo la influencia directa de la persona que más tarde resultó ser Swedenborg, nombre que entonces le era perfectamente desconocido. De tiempo en tiempo recibía las llamadas clariaudientes de «venid a la montaña». Esa montaña era una elevación en la margen más apartada del Hudson, al otro lado de Poughkeepsie.

Afirma que en aquella montaña encontró y conversó con una figura venerable. Parece que en el hecho no hubo detalle alguno de materialización. El incidente no tiene caso análogo en nuestra experiencia psíquica, salvo —y lo decimos con todo respeto— el episodio de Cristo hablando en la montaña con las formas de Moisés y Elías.

Davis no parece haber sido de ningún modo un hombre religioso en el sentido usual y corriente, aunque estuviera empapado del verdadero poder espiritual. Sus ideas, según lo que de ellas se conoce, tendían francamente a la crítica de la revelación bíblica, y ahondando en ellas se aprecia que no era un creyente de la interpretación literal. Pero era honrado, serio, incorruptible, amante de la verdad y consciente de su responsabilidad en proclamarla.

Durante dos años el Davis inconsciente¹⁹ continuó dictando sus libros sobre los secretos de la Naturaleza, mientras el Davis consciente se instruía en Nueva York con vistas a nuevas visitas a Poughkeepsie. Había comenzado a llamar la atención de algunas personas muy serias, siendo uno de sus visitantes Edgar Allan Poe.

¹⁹ Es decir, el Davis en trance o en estado sonambúlico. *Nota de Curso Espírita.*

Su desarrollo psíquico continuó progresando, y antes de cumplir los 21 años su estado era tal, que no necesitaba de nadie para entrar en trance, sino que se bastaba a sí mismo para ello. Su memoria subconsciente se despertó al fin y pudo abarcar toda la vasta perspectiva de sus experiencias anteriores.

Por ese tiempo veló a una mujer moribunda, y observó todos los detalles de la partida de su alma, cuya admirable descripción nos da en el primer volumen de la *Filosofía armónica*. Aunque su descripción ha aparecido en un folleto aparte, no se ha divulgado todo lo que debiera, por lo que puede interesar al lector conocerlo abreviadamente.

Comienza con la consoladora reflexión de que los propios vuelos de su alma le mostraron que el paso a la otra vida era «interesante y agradable, y que aquellos síntomas que parecen ser señales de dolor son realmente movimientos reflejos inconscientes del cuerpo».

Luego explica cómo habiéndose sumido en lo que él llama «condición elevada», observó las distintas gradaciones del fenómeno desde el aspecto espiritual. «Los ojos materiales solo pueden ver lo que es material, y los espirituales lo que es espiritual», pero como resulta que todo tiene una contrapartida espiritual, el resultado es el mismo. Así, cuando el espíritu viene a nosotros, no somos nosotros quienes lo percibimos, sino nuestros cuerpos etéreos, que son, no obstante, duplicaciones de nosotros mismos.

Ese cuerpo etéreo de la moribunda fue el que vio Davis surgir de la pobre envoltura externa de protoplasma, que finalmente quedó vacía sobre la cama, como la arrugada crisálida cuando queda libre la mariposa. El proceso comenzó en la mujer con una extraordinaria concentración cerebral, que se hizo cada vez más luminosa a medida que las extremidades se oscurecían. Es probable que el hombre nunca piense con tanta claridad o sea tan intensamente

consciente, como cuando se ve libre de todos los medios indicadores de sus pensamientos. Entonces comenzó a separarse el nuevo cuerpo, liberándose ante todo la cabeza. Pronto quedó completamente libre, formando ángulo recto con el cuerpo, con sus pies cerca de la cabeza, y con cierto hilo luminoso vital correspondiente al cordón umbilical. Roto el hilo, una pequeña parte volvió al cuerpo muerto para preservarle de una putrefacción inmediata. En cuanto al cuerpo etéreo, tardó algún tiempo en adaptarse al nuevo medio, hasta que al fin pasó a través de la puerta abierta.

La vi pasar a través de la habitación contigua, salir por la puerta y subir por el aire... En cuanto salió de la casa, se le unieron dos espíritus amigos venidos de la región espiritual, y, después de reconocerse y de entrar los tres en comunicación de la más graciosa manera, comenzaron a subir oblicuamente a través de la envoltura etérea de nuestro globo. Andaban juntos tan natural y paternalmente, que difícilmente podía convencerme de que pisaban el aire, parecía que andaban sobre la falda de una gloriosa montaña que les fuera familiar. Continué mirándolos hasta que la distancia les alejó de mi vista.

Tal es la visión de la muerte, según A. J. Davis, muy diferente de ese tremebundo horror que durante tan largo tiempo ha obsesionado a la imaginación humana²⁰. Si eso es verdad, simpatizamos con el Dr. Hodgson cuando exclama: «Se me hace pesado esperar tanto tiempo». ¿Será ello cierto? Lo único que podemos decir es que está corroborado por muchos hechos evidentes.

²⁰ La observación de Davis sobre los «movimientos reflejos» es de un valor incalculable para el consuelo de los familiares de agonizantes. Confirma lo que la Doctrina Espírita y la ciencia médica paliativa moderna sugieren: que en el proceso de desprendimiento final, el espíritu a menudo ya no siente el dolor del cuerpo físico, y las convulsiones o estertores son meras reacciones mecánicas del sistema nervioso al desconectarse del fluido vital. *Nota de Curso Espírita.*

Los que han llegado al estado cataléptico o entraron en el coma, han conservado impresiones que corroboran las explicaciones de Davis, si bien otros recobraron sus sentidos sin recordar impresión alguna. El autor, estando en Cincinnati en 1923, entró en relación con la señora Monk, dada por muerta por los médicos, y que durante una hora aproximadamente experimentó la existencia post-mortem hasta que un capricho de la suerte le devolvió la vida. Esa señora escribió un breve relato de su experiencia, en el cual dice recordaba su salida de la habitación en la misma forma relatada por Davis, así como el hilo plateado que continuaba uniendo su alma viviente con su cuerpo comatoso.

El periódico *Light* (25 de marzo de 1922), refiere un caso notable de cinco hijas de una mujer moribunda, todas ellas clarividentes, que vieron y relataron el proceso de la muerte de la madre. También en ese caso el proceso se describe de una manera parecida, y las diferencias que pueda haber demuestran solamente que el encadenamiento de los hechos no siempre está regulado por las mismas leyes. Otro caso de extraordinario interés lo hallamos en un dibujo ejecutado por una médium infantil, el cual representa el alma abandonando el cuerpo. Véase la descripción en la obra de la señora De Morgan, *From Matter to Spirit* (pág. 121). Ese libro, con su sustancioso prefacio escrito por el célebre matemático profesor De Morgan, es una de las obras de vanguardia del movimiento espiritista en Gran Bretaña. Cuando se piensa que fue publicado en 1863, se deplora el éxito de esas fuerzas de obstrucción, reflejadas tan intensamente en la prensa, la cual ha conseguido interponerse durante varios años como una barrera entre el mensaje de Dios y la especie humana.

El poder profético de Davis solamente puede ser pasado por alto por los escépticos que ignoren la realidad de los hechos. Antes de 1856 profetizó detalladamente la aparición de los automóviles y de las máquinas de escribir.

En su libro *The Penetralia*, se lee lo siguiente:

- ¿Podrá hacer el utilitarismo otros descubrimientos en el campo de la locomoción?
- Sí; se verán coches y salones para viajar por los caminos, sin caballos, sin vapor, sin ninguna fuerza motriz visible, moviéndose con mucha mayor velocidad y con más seguridad que ahora. Los vehículos serán impulsados por una extraña, sencilla y agradable mezcla de gases acuosos y atmosféricos, tan fácilmente condensados, tan sencillamente encendidos y de tal manera acarreados a la máquina, más o menos parecida a las nuestras, que quedarán completamente ocultos, manipulándose entre las dos ruedas delanteras. Tales vehículos pondrán fin a las molestias de todo género que hoy dificultan la vida de las personas residentes en territorios poco poblados. Lo primero que exigirán esas locomotoras sin carriles de hierro, es magníficas carreteras, en las cuales las máquinas desprovistas de caballos puedan viajar con gran rapidez. Esos vehículos se me aparecen de construcción poco complicada.

Luego se le preguntó:

- ¿Percibe usted algún plan por el cual se haga más expedito el arte de escribir?
- Sí, me siento casi inclinado a inventar un psicógrafo automático, es decir, un alma escritora artificial. Puede construirse como un piano, con una escala de llaves que representen los sonidos fundamentales; otra más baja representará una combinación, y una tercera una rápida recombinación. De suerte que la persona en vez de tocar una pieza musical escribirá un sermón o un poema.

De la misma manera, aquel vidente, contestando a una pregunta relativa a lo que se llamaba entonces «navegación atmosférica», sintió, «profundamente impresionado», que

«el necesario mecanismo —para pasar a través de las adversas corrientes de aire de modo que podamos bogar tan fácil, segura y agradablemente como las aves— depende de una nueva fuerza motriz».

Esa fuerza existirá un día, y no solamente impulsará a la locomotora sobre los rieles y al coche en las carreteras, sino también a los vehículos aéreos, que atravesarán los cielos de un país a otro²¹.

Predijo²² el Espiritismo en su *Principles of Nature* (Principios de la naturaleza), publicado en 1847, donde dice:

Es una verdad que los espíritus se comunican entre sí mientras uno se halla en el cuerpo y el otro en las esferas elevadas, aunque la persona corporal sea inconsciente de tal influjo y, por consiguiente, no pueda ser convencida por los hechos. Antes de mucho tiempo esta verdad será revelada en forma de demostración viviente. El mundo saludará con alegría la venida de esa era en que se establecerá la comunicación espiritual como ya lo está entre los habitantes de Marte, Júpiter y Saturno.

En esta materia las enseñanzas de Davis eran definitivas, pero hay que declarar que gran parte de su obra es difícil de leer a causa de las palabras que usa y hasta del vocabulario

²¹ Resulta asombroso que Davis, en 1856, no solo predijera el automóvil, sino que describiera la necesidad de una infraestructura de «magníficas carreteras» y la ubicación del motor «entre las dos ruedas delanteras», configuración estándar de la industria décadas después. Su alusión a una «mezcla de gases acuosos y atmosféricos» evoca directamente la combustión interna y anticipa con precisión el desarrollo tecnológico del siglo XX, demostrando que su visión alcanzaba los planos donde se gesta el progreso material de la humanidad. *Nota de Curso Espírita*.

²² Esta predicción, escrita un año antes de los sucesos de las hermanas Fox en Hydesville, define el Espiritismo no como una religión de fe ciega, sino como una «demostración viviente», término que Doyle recalcará para subrayar el carácter empírico y científico que el movimiento buscaba desde su origen. *Nota de Curso Espírita*.

propio que ocasionalmente inventa²³. Sin embargo, siempre se mantiene en un nivel moral e intelectual muy alto, y con una ética cual la de Cristo aplicada a los modernos problemas y completamente libre de todo rastro de dogma.

La *Documentary Religion*, como Davis llama a la de hoy, no es de ningún modo religión según él. Este nombre solo puede aplicarse al producto personal de la razón y de la espiritualidad. Tales son las líneas generales de su enseñanza mezclada con varias revelaciones de la Naturaleza, según se desprende de los sucesivos libros de la *Filosofía Armónica*, que siguieron a las *Nature's Divine Revelations* y ocuparon los siguientes años de su vida. Muchas de sus enseñanzas aparecen en un extraño periódico titulado *The Univercoelum*, o fueron difundidas en las conferencias que dio para que el público conociera los resultados de sus revelaciones.

En su visión del más allá, Davis vio una disposición del universo que corresponde muy aproximadamente a la de Swedenborg, y a lo que más tarde dijeron los espíritus y fue aceptado por los espiritistas. Vio una vida que se parecía a la de la Tierra, una vida que puede llamarse semimaterial, con placeres y objetivos adaptados a nuestras naturalezas, que la muerte no modifica en manera alguna. Vio estudio para los estudiosos, labor genial para los enérgicos, arte para los artistas, belleza para los amantes de la Naturaleza, reposo para los cansados. Vio fases graduales en la vida espiritual, a través de las cuales se asciende a lo sublime y a lo celestial.

Llevó su magnífica visión hasta más allá del universo presente y vio como este se disolvería una vez más volviendo a

²³ Davis acuñó términos complejos para describir realidades espirituales que carecían de nombre en el siglo XIX. Esta dificultad de lectura fue, irónicamente, una de las pruebas de su mediumnidad: un joven sin estudios no solo escribía sobre filosofía profunda, sino que creaba un léxico técnico consistente para explicar la cosmogonía que percibía en trance. *Nota de Curso Espírita*.

la forma de nube incandescente de la cual salió, y que, consolidándose de nuevo, habrá de formar una esfera superior en la cual tendrá lugar una evolución más elevada, con una clase más alta procedente de la inferior que antes existía. Tal proceso se renovarí­a innumerables veces cubriendo trillones de años, en un trabajo continuo de refinamiento y purificación.

Describió esas esferas como círculos concéntricos alrededor del globo, pero como declara que ni el espacio ni el tiempo están claramente definidos en sus visiones, no podemos tomar su geografía en un sentido demasiado literal. El objeto de la vida es merecer una calificación superior y el medio más adecuado para el mejoramiento humano consiste en no caer en el pecado, no solo en los pecados actualmente reconocidos, sino en los pecados de superstición y estrechez de miras, tan despreciables así en relación con la carne efímera como con el espíritu eterno.

Para conseguir ese fin, es esencial volver a la vida sencilla, a las creencias simples y a la fraternidad primitiva. El dinero, el alcohol, la lujuria, la violencia y el sacerdocio —en su sentido estrecho— son las rémoras del progreso de la raza humana.

Debemos admitir, por lo que conocemos de la vida de Davis, que este vivió de sus propias profesiones. Aunque humilde estaba hecho de la madera de donde salen los santos. Su autobiografía llega solo hasta 1857, de manera que tenía poco más de treinta años cuando la publicó, a pesar de lo cual, da una muy completa y a veces involuntaria descripción de su ser íntimo.

Era muy pobre, pero fue justo y caritativo. Era de carácter serio, pero al mismo tiempo tranquilo en la argumentación y considerado en la contradicción. Se le dirigieron graves cargos, los cuales él mismo recoge con tolerante ánimo. Describe en detalle sus dos primeros

matrimonios, raros como todo cuanto le ocurría, hablando ambos muy alto en su favor. Desde la fecha en que terminó su obra *The Magic Staff*, toda la vida la pasó leyendo y escribiendo y haciendo prosélitos hasta que murió en 1910, a la edad de ochenta y cuatro años. Durante los últimos años de su vida regentó una pequeña librería en Boston. El hecho de que su *Filosofía Armónica* ha tenido más de cuarenta ediciones en Norte América demuestra que la semilla que arrojó con tanta asiduidad, no cayó en tierras baldías.

Lo importante para nosotros es la parte representada por Davis al comenzar la nueva revelación espiritual. Él preparó el terreno a esa revelación con la cual estaba destinado a asociarse, habiendo conocido la demostración material de Hydesville desde el primer día. En sus notas aparece la siguiente frase, bajo la fecha memorable de 31 de marzo de 1848:

Esta mañana, hacia el amanecer, un hálito fresco pasó por mi rostro, y oí una voz, tierna y segura, que me decía: «Hermano, ha comenzado la buena labor, contempla la demostración viviente que se inicia²⁴». Me quedé divagando acerca del significado de tal mensaje.

Era el comienzo del poderoso movimiento en el cual debía actuar como profeta. Sus fuerzas eran paranormales en el sentido mental, así como las señales físicas lo son en el sentido material. Unas eran complemento de las otras. Era, hasta los límites de su capacidad, el alma del movimiento, el cerebro dotado de la clara visión del mensaje anunciado por tan nueva y extraña vía. Ningún hombre podía hacerse

²⁴ El 31 de marzo de 1848 marca la eclosión de los fenómenos de Hydesville, que veremos en el próximo capítulo. Que Davis, encontrándose a kilómetros de distancia, registrara esta comunicación clariaudiente en el mismo instante, constituye una de las «sincronicidades» más potentes de la historia del movimiento, vinculando la filosofía teórica de Davis con la evidencia física sucedida en la casa de la familia Fox. *Nota de Curso Espírita*.

cargo de aquella misiva por lo infinita y por pasar de los límites que podemos alcanzar con los medios humanos corrientes. Pero Davis la interpretó tan exactamente en su tiempo y en su generación, que aun hoy poco puede añadirse a su obra.

Había ido más allá que Swedenborg, aunque no tenía los dones mentales de este. Swedenborg había visto un cielo y un infierno, tal como Davis los vio y describió con todo detalle. Swedenborg, sin embargo, no pudo tener una clara visión de la situación del muerto y de la verdadera naturaleza del mundo espiritista con la posibilidad, por parte de aquel, de volver a la Tierra, según le fue revelado al vidente americano. Ese conocimiento lo obtuvo Davis de una manera paulatina. Sus extrañas conversaciones con los que llama «espíritus materializados» eran cosas excepcionales, de las cuales al principio no dedujo conclusiones importantes. Solo más tarde, cuando se puso en contacto con fenómenos espiritistas efectivos, llegó a colegir su verdadera significación. Davis hizo inteligentes recomendaciones a los espiritistas.

El Espiritismo es útil como demostración viviente de una existencia futura. Los espíritus me han ayudado durante mucho tiempo, pero no han dominado ni mi persona ni mi razón. Pueden y deben realizar los mejores servicios en provecho de quienes están en la Tierra, pero tales beneficios solo pueden procurárselos aquellos que consientan a los espíritus ser sus maestros y no sus dueños, es decir compañeros y no dioses a quienes deba adorarse.

Sabias palabras y confirmación moderna de la observación vital de San Pablo, según la cual el profeta no debe estar sujeto a sus propios dones.

Para explicarse adecuadamente la vida de Davis hay que tener muy en cuenta sus condiciones paranormales, y aun así

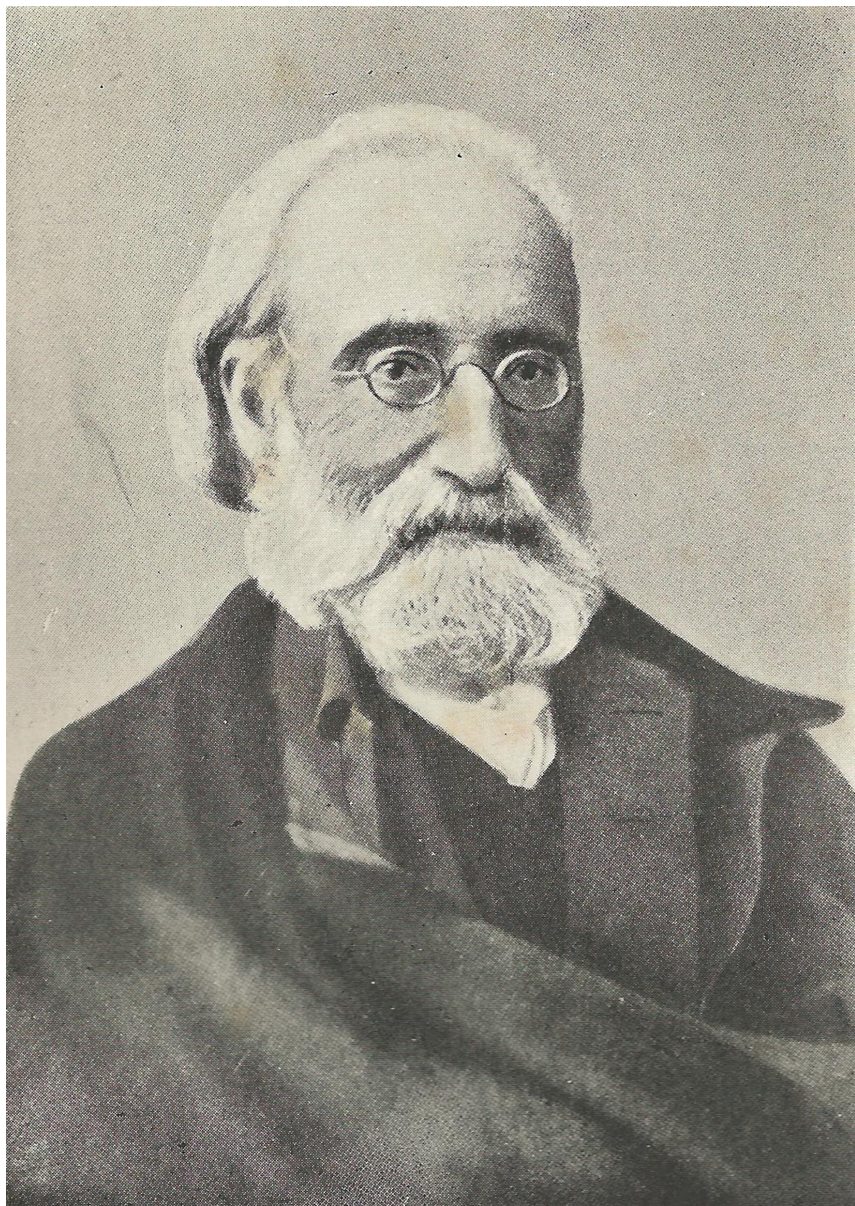
pueden obtenerse distintas explicaciones, cuando se consideran los siguientes hechos innegables:

1. Que afirma haber visto y oído a la forma materializada de Swedenborg antes de conocer ninguna de sus enseñanzas.
2. Que en su ignorante infancia poseía algo que le infundió gran perspicacia y saber.
3. Que ese conocimiento alcanzó los amplios límites universales arrolladores característicos de Swedenborg.
4. Pero que él fue una etapa más allá, habiendo aportado precisamente ese conocimiento del poder espiritista que Swedenborg solo pudo conseguir después de la muerte.

Considerando esos cuatro puntos, ¿no es una hipótesis admisible que el poder que Davis poseía fuera efectivamente Swedenborg? Sería conveniente que la estimable, pero estrecha y limitada *Nueva Iglesia*, tuviera en cuenta esas posibilidades. Pero tanto si Davis obró aisladamente, como si fue el reflejo de otro más grande que él, queda el hecho de haber sido un hombre milagroso, el inspirado e inteligente apóstol de una nueva ley.

Tan fuerte fue su influencia que el conocido artista y crítico E. Wake Cook, en su notable libro *Retrogression in Art*, califica las enseñanzas de Davis como una influencia que podía reorganizar el mundo. Davis dejó su profunda huella en el Espiritismo.

Como ha observado Baseden Butt, «incluso en nuestros días es muy difícil, si no imposible, calcular toda la extensión de su influencia».



ANDREW JACKSON DAVIS

CAPÍTULO IV

EL EPISODIO DE HYDESVILLE

Hemos expuesto hasta aquí varias manifestaciones, irregulares e inconexas, de la fuerza psíquica, llegando ahora a un episodio que se produjo en nivel inferior a los otros, pero ocurrido a la vista de personas prácticas que lo investigaron por completo a la luz de la razón y redujeron a sistema lo que hasta entonces había sido mero objeto de admiración sin fin determinado.

Es verdad que las circunstancias del caso a que aludimos eran humildes, los actores sencillos, el lugar remoto, y la «comunicación» poco elevada, puesto que obedecía a motivos de venganza. Sin embargo, cuando en los cotidianos asuntos de este mundo se quiere saber si un hilo telegráfico trabaja, se comprueba si pasa el despacho, siendo secundario si el texto del mensaje es más o menos prosaico. Se dice que el primer mensaje que pasó a través del cable trasatlántico era una pregunta vulgar hecha por el ingeniero verificador, a pesar de lo cual reyes y presidentes lo usaron después. Así puede decirse que el humilde espíritu del buhonero asesinado en Hydesville, abrió un claro por el cual se precipitaron los ángeles. Hay bueno y malo interpuesto entre este y el Otro Mundo: el ente que atraemos no depende sino de nosotros mismos y de los móviles que nos impulsan.

Hydesville es un pueblecillo típico del Estado de Nueva York, con una población primitiva, indudablemente poco culta, pero que estaba como todos esos pequeños centros de vida americanos, más libre de prejuicios y más abonado para

las nuevas ideas que cualquier otro pueblo de la época. Aquel pueblecillo, situado a unos 30 km de la ciudad de Rochester, solo constaba de unas cuantas casas de madera del tipo más humilde. En una de ellas, que apenas habría bastado para las necesidades de un veedor de condado británico, se produjeron los fenómenos que, en opinión de muchos, han sido la cosa más importante con que América contribuyera al común acervo espiritual del mundo.

Habitaba allí una honrada familia de granjeros llamada Fox, nombre que, por coincidencia curiosa, había ya registrado la historia religiosa, por ser el del apóstol de los cuáqueros. Se componía del padre, de la madre, ambos metodistas en religión, y dos hijas residentes en la casa en el momento en que las manifestaciones de ultratumba llegaron a tal punto de intensidad que atrajeron la atención general. Las niñas se llamaban Margaret, de catorce años, y Kate, de once. Había otros hijos que vivían fuera, de los cuales solo una, Leah, que era profesora de piano en Rochester, tomó parte en esta historia.

La casita tenía cierta mala reputación, según pruebas indudables recogidas y publicadas poco después del suceso. En vista de la extraordinaria importancia de todo cuanto se refiere al caso, hay que reproducir algunos extractos de las declaraciones que sobre él prestaron algunas personas, pero para evitar que el relato quede dislocado, tales pruebas se publicarán en el Apéndice.

Pasemos ahora a la época en que la familia Fox alquiló la casita, el 11 de diciembre de 1847. Hasta el año siguiente no comenzaron a escucharse los ruidos que, no obstante, otros arrendatarios habían tenido ya ocasión de oír. Esos ruidos consistían en golpes como si un visitante exterior advirtiera su presencia a la puerta de la vida humana y su deseo de que se le abriera la puerta. Iguales golpes (completamente desconocidos de aquellos granjeros incultos), se habían oído ya en

Inglaterra²⁵ en 1661, en la casa del señor Mompesson, en Tedworth. Melanchthon recuerda que hubo golpes análogos en Oppenheim, en Alemania, en 1520, y otros semejantes se oyeron en Epworth Vicarage, en 1716. Pero los golpes dados en la casita de los Fox estaban destinados más que los anteriores a hacer abrir las puertas.

Los ruidos no parece que incomodaron a la familia Fox hasta mediados de marzo de 1848. Desde aquel momento comenzaron a aumentar en intensidad. Unas veces eran un mero golpe, otras parecían producidos por el rodar de los muebles. Las niñas llegaron a alarmarse tanto que se negaron a dormir solas, por lo que los padres se las llevaron a su alcoba. Los ruidos eran tan fuertes que las camas temblaban. Se hicieron todas las investigaciones posibles, espiondo el marido a un lado de la puerta y la mujer al otro, pero los ruidos continuaban. En seguida se observó que la luz del día era enemiga del fenómeno, lo cual robusteció la idea de que todo era una tramoya, pero cuanto se hizo para comprobarla fracasó.

Finalmente, en la noche del 31 de marzo, se produjo un fuerte y continuo estallido de ruidos inexplicables. Aquella noche se llegó a un alto grado de perfeccionamiento psíquico, a causa de que la jovencita Kate Fox desafió al poder invisible a que repitiera los golpes que ella producía con los dedos. Aquellos seres rudos en paños menores, de rostro inmovilizado por un gesto de ansiedad, formando irregular círculo a la luz de unas bujías que llevaban sus propias sombras hasta los rincones de la sórdida habitación, constituían magnífico asunto para un cuadro de historia. Si se buscara por todos los palacios y cancillerías del año 1848, no se encontraría en ellos estancia más histórica que aquel pequeño dormitorio.

²⁵ *Saducisus Triumphatus*, por el Rev. Joseph Glanvil.

El reto de la muchacha fue inmediatamente atendido aun cuando fue formulado con palabras de tímida indecisión. Cada golpe tuvo su eco en otro golpe. Por humildes que fueran los operadores en cada extremo, el telégrafo espiritual había entrado en acción, quedando a la paciencia y al ardor moral de la raza humana el cuidado de determinar el valor que su uso pudiera tener en el futuro. Había en el mundo muchas fuerzas inexplicadas, pero allí se presentaba una que pretendía tener tras sí una inteligencia independiente de las demás. Tal era la suprema significación del fenómeno.

La señora Fox quedó aterrada ante aquel hecho, sobre todo al descubrir que aquella fuerza podía ver y oír, pues cuando Kate movió los dedos sin hacer ruido, los golpes continuaron contestando. La mujer hizo una serie de preguntas, cuyas contestaciones, expresadas por medio de números, demostraron mayor conocimiento acerca de las cosas de la casa que los que ella misma tenía. Por ejemplo, los golpes dijeron que había tenido siete hijos, siendo así que la mujer protestaba que solo había dado nacimiento a seis, pues no recordaba que uno había muerto nada más venir al mundo. Una vecina, la señora Redfield, fue llamada por los Fox, y su regocijo se convirtió en asombro y luego en terror al notar la exactitud de las contestaciones a ciertas preguntas de carácter íntimo que formuló.

Al esparcirse el rumor de tales maravillas, los vecinos acudieron en masa. Uno de ellos se llevó a las dos niñas a su casa, mientras la señora Fox fue a pasar la noche en la de la señora Redfield. En ausencia de ellos el fenómeno continuó desarrollándose de la misma manera que antes, lo cual hacía desechar radicalmente las teorías de los crujidos de músculos y huesos y de rodillas dislocadas aducidas con tanta frecuencia por gentes ignorantes de la realidad de los hechos mediúmnicos.

Habiéndose formado una especie de comité de investigación, aquella gente, en esa nueva moda yanqui, pasó gran parte de la noche del 31 de marzo en preguntas y respuestas con el invisible fantasma. Según este, se trataba de un espíritu que había sido herido en aquella casa. Denunciaba con golpes el nombre del que le hirió y tenía 31 años en el momento de su muerte, ocurrida 5 años antes. Había sido asesinado por dinero, y le habían enterrado en el sótano, a 3 metros de profundidad.

Al bajar al sótano empezaron a resonar fuertes golpes procedentes al parecer de debajo de la tierra, y que estallaron justo en el momento que el investigador se colocó en el centro. Allí estaba el lugar de la inhumación. Un vecino llamado Duesler, fue el hombre que por primera vez apeló al alfabeto y obtuvo respuestas en forma de golpes dados al llegar a las letras indicadas. De esta forma se averiguó el nombre del hombre fallecido: Charles B. Rosma.

Este procedimiento de los mensajes coordinados no se desarrolló hasta cuatro meses más tarde, cuando Isaac Post, un cuáquero de Rochester, señaló el procedimiento que debía seguirse. Tales fueron, en grandes líneas, los sucesos del 31 de marzo, continuados y confirmados en la noche siguiente, en presencia de al menos 200 personas congregadas alrededor de la casa. El día 2 de abril se notó que los golpes se producían tanto de día como de noche. Hemos bosquejado el cuadro sintético de los hechos de la noche del 31 de marzo de 1848, pero como se trata de rememorar la pequeña raíz que había de dar origen a un frondoso árbol, nos parece preferible ampliar el relato del suceso tomándolo de dos testigos entre los varios que tuvo. Su declaración fue hecha cuatro días después de lo ocurrido, y forma parte de un admirable informe de investigación psíquica redactado por el comité local, y al que nos referiremos más adelante. Uno de esos testigos, la señora Fox, declaró:

En la noche de los primeros ruidos todos nos despertamos, encendimos una bujía y registramos la casa, sin que cesaran por un momento los golpes, que se oían casi siempre en el mismo lugar. Aunque no muy fuerte, se producía a la vez un movimiento en los muebles y en las sillas, muy perceptible, sobre todo cuando volvimos a acostarnos. Era un movimiento trémulo más que una sacudida súbita. Continuó durante toda la noche hasta que nos quedamos dormidos. Yo no pude conciliar el sueño hasta las doce. El día 30 de marzo fuimos molestados toda la noche. Los ruidos se oían en todas las habitaciones de la casa. Mi marido salió mientras yo permanecía dentro, sonando los golpes en la misma puerta que nos separaba. Oí pisadas en la despensa y como si alguien anduviese debajo, en la escalera. No podíamos estar tranquilos. Deduje que la casa estaba visitada por algún espíritu. Muchas veces había oído hablar de ellos, pero jamás había presenciado cosa parecida ni me había ocurrido nada análogo.

La noche del viernes, 31 de marzo de 1848, habíamos decidido acostarnos más temprano y no consentir que se nos molestara con ruidos haciendo todo lo posible por dormir en paz. Pero aún no se había acostado mi marido, cuando empezaron a oírse los estrépitos, que aquella noche sonaban de modo distinto. Las niñas, que dormían en una cama instalada en nuestra alcoba, oyeron los golpes, y probaron a imitarlos golpeando con los dedos.

La menor, Kate, decía: «Señor desconocido, haga usted lo que yo hago», y daba golpecitos con los dedos. Inmediatamente contestaba el mismo número de golpes. Cuando ella se paraba, el ruido también cesaba durante corto tiempo. Luego Margaret dijo un poco como de burla: «Ahora haga lo mismo que yo: cuente uno, dos, tres, cuatro», y golpeó al mismo tiempo con los dedos; los ruidos contestaron como antes. La niña se quedó aterrada. Luego Kate, ingenuamente, exclamó: «¡Oh, madre, ya sé lo que es!

Pronto será el día de los inocentes²⁶, y hay alguien que quiere burlarse de nosotros».

Entonces pensé en hacer una prueba cuyo resultado ninguno pudiéramos poner en duda. Pregunté al de los ruidos que me indicara con golpes y de una manera sucesiva, la edad de cada uno de mis hijos, instantáneamente me dio esa edad, parándose lo suficiente entre la de uno y otro para que yo pudiera contar hasta el número de siete. Siguió a esto una pausa más larga, y luego una serie de tres golpes fuertes correspondientes a la edad de un hijo fallecido, y que era el más pequeño de todos.

Luego pregunté:

— ¿Es un ser humano quien contesta a mis preguntas?

A esto no respondió ningún golpe. Volví a decir:

— Si es un espíritu, que dé dos golpes.

Inmediatamente resonaron los dos golpes. A continuación, indiqué:

— Si se trata de un ser humano que fue herido, que dé dos golpes.

Estos se oyeron en seguida tan fuerte que la casa tembló. Continué preguntando:

— ¿Fue usted herido en esta casa?

La contestación fue la misma que antes.

— ¿Vive la persona que le agredió?

Contestación por medio de golpes, como antes. Por tal procedimiento descubrí que había sido asesinado en mi misma casa, que era un hombre de 31 años; y que sus restos habían sido enterrados en el sótano. Que su familia se componía de su mujer y cinco hijos, dos varones y tres hembras, todos los cuales vivían en el momento de ser asesinado, y que la esposa había fallecido después. Finalmente, le pregunté:

²⁶ Kate Fox se refiere al *April Fools' Day* (1 de abril), que es la tradición anglosajona equivalente a nuestro Día de los Inocentes. Dado que los sucesos de Hydesville ocurrían la noche del 31 de marzo, la niña supuso inicialmente que los golpes eran una broma pesada preparada para la mañana siguiente. *Nota de Curso Espírita.*

— ¿Continuará usted golpeando si llamo a mis vecinos para que puedan también oírle?

Los golpes contestaron con fuerza en señal afirmativa.

Mi esposo salió a buscar a la vecina de al lado, que es la señora Redfield. Se trata de una mujer muy cándida. Las niñas, sentadas en la cama, muy juntas una a otra, temblaban de miedo. Yo creo que estaba tan tranquila como estoy ahora. La señora Redfield vino enseguida (eran las siete y media), creyendo que haría reír a las niñas, pero cuando las vio pálidas, temerosas, casi mudas, se quedó cortada y empezó a creer que se trataba de algo más serio de lo que supuso. Hice algunas preguntas en nombre de mi vecina y obtuve contestaciones por el procedimiento anterior, diciéndonos su edad exactamente. La señora llamó a su marido, ante quien formulamos las mismas preguntas, obteniendo las mismas contestaciones.

Entonces el señor Redfield salió en busca del señor Duesler, de su mujer y de otras varias personas. A su vez Duesler llamó a los matrimonios Hyde y Jewell. Duesler hizo varias preguntas inmediatamente seguidas de las correspondientes respuestas. Luego hice yo venir a cuantos vecinos pude, y pregunté al espíritu si alguno de ellos había sido el agresor, pero no obtuve contestación.

Duesler preguntó: «¿Fue usted asesinado?» Los golpes fueron afirmativos. «¿Su asesino cayó en poder de la justicia?» No contestó ningún ruido. «¿Puede ser castigado por la ley?» Ninguna contestación. Luego ordenó: «Si su asesino no puede ser castigado manifiéstelo por medio de golpes», y los golpes se hicieron claros y distintos. De la misma manera Duesler logró enterarse de que el desconocido fue asesinado en la habitación situada al este de la casa, hacía unos cinco años, y que el asesino fue un tal... cometiéndose el crimen un martes por la noche, a las doce; que fue degollado con un cuchillo de carnicero; que el cuerpo se bajó al sótano; que no fue enterrado hasta la noche siguiente; que fue arrastrado escaleras abajo enterrándosele a 3 metros de profundidad. Con golpes afirmativos dio a entender que el

móvil del crimen había sido el robo. A la pregunta: «¿Cuánto fue lo robado? ¿Un centenar de dólares?» No hubo contestación, como tampoco al preguntar si fueron doscientos, trescientos, etc., pero al decir quinientos, los golpes contestaron afirmativamente.

Algunos vecinos más que estaban cerca, fueron llamados como testigos, y todos pudieron oír las preguntas y respuestas.

Varios permanecieron en mi casa toda la noche. Yo salí con mis hijas.

Al día siguiente, sábado, la casa se nos llenó de gente. No se habían oído ruidos durante el día, pero desde el anochecer comenzaron de nuevo. Estaban presentes más de 300 personas.

Por la noche, se empezó a cavar en el sótano, pero se encontró agua y tuvo que suspenderse el trabajo. El domingo no se oyeron ruidos ni por la tarde ni por la noche. Stephen B. Smith con su esposa (mi hija Marie), y mi hijo David S. Fox y su mujer, durmieron en casa ese día.

Nada volví a oír desde entonces hasta ayer, en que antes de medianoche hicimos varias preguntas a las cuales se nos contestó por el mismo conducto de los golpes. Hoy escuché los ruidos varias veces.

No creo en casas encantadas ni en apariciones. Me contraría que haya producido tanto revuelo este suceso que, para nosotros, se ha traducido en gran molestia. Considero una verdadera desgracia habitar en esta casa, y solo ansío que la verdad sea conocida y se explique claramente lo que ocurre. Ninguna intervención tengo en los ruidos. Todo lo que yo puedo decir es que se han oído repetidamente como queda anotado. He vuelto a oírlos esta mañana (martes), 4 de abril. Mis hijos los han oído también. Certifico que la declaración anterior me ha sido leída; que concuerda con la verdad, y que estoy dispuesta a jurarlo si es necesario.

(Firmado) MARGARET FOX

Declaración de John D. Fox

Conozco la anterior declaración de mi esposa, Margaret Fox; la he leído y certifico que lo declarado es cierto en todas sus partes. He oído los mismos ruidos varias veces, y siempre obtuvieron la misma contestación, sin que haya habido jamás una sola contradicción.

No conozco la causa de esos ruidos ni si fueron producidos por medios naturales. Registramos toda la casa, a horas distintas, para comprobar en lo posible si alguien se había escondido con el fin de producirlos, pero a nadie ni nada hallamos que pudiera explicar este misterio. Todo ello nos ha producido no poca molestia y ansiedad.

Centenares de personas han visitado la casa, de tal modo, que nos ha sido imposible dedicarnos a nuestras tareas cotidianas, y lo que deseo es que cuanto antes se ponga en claro por qué medios naturales o sobrenaturales se han producido los ruidos. La excavación del sótano se reanudará tan pronto como se achique el agua y entonces comprobaremos si hay allí restos humanos. Si los hubiera, no dudaría que el fenómeno tiene origen sobrenatural.

(Firmado) JOHN D. FOX

Los vecinos, como ya dijimos, se constituyeron en comité de investigación, dando con ello, por sus rectas intenciones y su interés, una lección a más de un investigador de los que luego actuaron. Comenzaron por no imponer condición alguna a nadie, es decir, se despojaron de todo prejuicio, atentos solo a registrar fielmente los hechos. No solamente recogieron las impresiones de cuantos asistieron a los sucesos, sino que más tarde, al cabo de un mes, los publicitaron. El autor ha procurado inútilmente hacerse con un ejemplar del folleto *Relación de los misteriosos ruidos oídos en la casa de John D. Fox* publicado en Canandaigua, Nueva York, pero ha logrado obtener un facsímil del original, gracias al cual ha llegado a la conclusión de que el hecho de la

supervivencia humana y de la comunicación con el más allá debe ser definitivamente admitido, a partir de la aparición de este documento, por todo cerebro capaz de apreciar la evidencia.

La declaración del señor Duesler, presidente del Comité, es un testimonio irrefutable de los ruidos que se produjeron en ausencia de las hijas de Fox, y aleja en absoluto toda sospecha de complicidad con estas. La señora Fox, según ya hemos visto, al referirse a la noche del viernes, 31 de marzo, dice: «Yo salí con mis hijas». He aquí parte de la declaración del señor Duesler:

Vivo a pocos pasos de la casa en que se produjeron los sucesos. La primera vez que oí hablar de ellos fue hace una semana, en la noche del viernes último (31 de marzo). La señora Redfield vino a casa a buscar a mi esposa para ir juntas al domicilio de los Fox. Parecía muy agitada, por lo que mi mujer me suplicó que las acompañara, y así lo hice... Eran aproximadamente las nueve de la noche. Cuando entramos habría en la casa doce o catorce personas, algunas tan asustadas, que no se atrevían a moverse. En el tiempo que estuve en la habitación, permanecí sentado en la cama, oyendo cómo el señor Fox hacía una pregunta y cómo le contestaban los golpes muy distintamente. Al mismo tiempo observé que la cama se movía al producirse los ruidos.

Robert Vale Owen, miembro del Congreso de los Estados Unidos, y antes ministro de la misma República en Nápoles, da algunos otros detalles en otra declaración, escrita después de sus conversaciones con la familia Fox. Describiendo la noche del 31 de marzo de 1848, dice:

Los padres trasladaron a su propio dormitorio la cama de las niñas, ordenándoles que no hablaran de los ruidos, aunque los oyeran. Pero al poco de haberlas dejado su madre tranquilas en la cama, y de haberse ella también dispuesto a descansar, oyó gritar a las muchachas: «¡Aquí

están otra vez!» La madre las riñó y se acostó decidida a conciliar el sueño. Pero al poco rato se repitieron los ruidos con tal fuerza y de modo tan impresionante, que las niñas se incorporaron sentándose en la cama, mientras la madre llamaba a su marido. Como reinaba fuerte viento, pensó que tal vez el ruido era producido por las maderas de las ventanas desvencijadas y batidas por el aire. El padre se acercó a estas y las sacudió para comprobar si allí estaba la causa natural de los ruidos, pero según observó Kate, la menor de las niñas, cada vez que el señor Fox hacía fuerza en las ventanas, los ruidos parecían contestarle. Como la muchacha era muy resuelta y empezaba a acostumbrarse al fenómeno, se volvió del lado del cual parecía proceder el ruido, y, golpeando con los dedos, exclamó: «¡Ea, señor desconocido, haga lo que yo hago!» *Los golpes contestaron instantáneamente.* El padre se sentó junto a su hija y «observó que el ruido contestaba exactamente a todas las llamadas». Su curiosidad no le llevó más lejos. En cambio, Kate Fox, cada vez más intrigada, juntó el índice con el pulgar, restallándolos para ver si así obtenía alguna respuesta, y, en efecto, los ruidos contestaron como antes. La niña llamó a su madre, diciéndole: «¡Mira, mamá!», y chasqueando otra vez los dedos descubrió que los ruidos siempre contestaban».

En el verano de 1848, David Fox, ayudado por Henry Bush, Lyman Granger y otras personas, reanudó las excavaciones en el sótano. A una profundidad de 1,5 metros hallaron una tabla, y continuando el trabajo, descubrieron alquitrán, cal y finalmente algunos huesos humanos, según el testimonio pericial de los médicos. Cincuenta y cinco años más tarde se hizo otro descubrimiento, que no dejaba la menor duda de que realmente alguien había sido enterrado en el sótano de la casa de los Fox.

Así lo consignó el Boston Journal (periódico que no era espiritista) el 23 de noviembre de 1904, en los siguientes términos:

Han sido encontrados en la casa que fue de las hermanas Fox en 1848, restos del hombre que se supuso fue la causa de los ruidos que se oyeron por vez primera en la citada casa, viniendo este hallazgo a desvanecer las últimas sombras de duda que pudieran abrigarse sobre la veracidad de ambas hermanas en cuanto al descubrimiento de la comunicación espiritista.

Las hermanas Fox declararon que habían establecido comunicación con el espíritu de un hombre, que dijo haber sido asesinado y enterrado en el sótano. Repetidas excavaciones llevadas a cabo para hallar el cadáver dieron un resultado incompleto, por lo que no pudo obtenerse la prueba concluyente de aquellos relatos.

El nuevo descubrimiento y la buscada confirmación lo han realizado unos escolares que jugaban en el sótano de la casa de Hydesville, donde las hermanas Fox habían oído los extraños ruidos. William H. Hyde, conocido vecino de Clyde y propietario de la casa, mandó hacer una minuciosa inspección, encontrándose el esqueleto humano casi entero entre la tierra y los escombros de los muros del sótano semiderruidos, esqueleto que, sin duda alguna, era el del buhonero errante, asesinado según se dijo, hace cincuenta y cinco años, en una habitación de la casa y luego enterrado en el sótano.

El señor Hyde ha comunicado el hecho a los parientes de las hermanas Fox, y la noticia del descubrimiento se hará llegar a la Orden Nacional de los Espiritistas, muchos de los cuales recuerdan haber visitado la «Casa Encantada», como vulgarmente se la denomina. El hallazgo de los huesos viene a corroborar la declaración jurada hecha por Margaret Fox en abril de 1848.

También fue hallado junto a los huesos un bote de hojalata perteneciente al buhonero que se ha llevado a Lilydale, centro de los espiritistas norteamericanos, donde también se han conducido los restos encontrados en la vieja casa de Hydesville.

Tales descubrimientos despejaron para siempre la incógnita, probando de manera concluyente que se cometió un crimen en la casa, y que ese crimen fue revelado por medios psíquicos. Examinando los resultados de las dos excavaciones, es fácil reconstruir los sucesos. El cadáver fue enterrado bajo una capa de cal viva en el centro del sótano, y después, alarmado el criminal por la facilidad con que podría descubrirse el emplazamiento, exhumó el cuerpo o la mayor parte del mismo, para enterrarlo de nuevo debajo del muro, o sea en lugar mucho más difícil de descubrir. No obstante, el traslado se llevó a cabo con tal precipitación, o, por lo menos, con tan escasa luz, que quedaron señales muy evidentes de la primera inhumación.

¿Existen, aparte de las citadas, otras pruebas de aquel crimen? Para contestar a esta pregunta están las declaraciones prestadas por Lucretia Pulver, mujer que sirvió al matrimonio Bell, ocupante de la casa cuatro años antes de los sucesos. La referida mujer describe cómo el buhonero llegó a la casa pasando allí la noche con su mercancía. Por su parte, ella, con permiso de sus patronos, se fue a su casa aquella noche.

Necesitaba, dijo, comprar algunas chucherías al buhonero, pero no llevaba dinero encima, y el buen hombre me dijo que iría a mi casa a la mañana siguiente para venderme lo que me hiciera falta. Pero no le vi más. Tres días después mis amos me mandaron recado y volví a la casa...

Creo que el buhonero tendría unos treinta años. Le oí hablar de su familia con el matrimonio Bell. La señora me dijo que era un antiguo conocido de ellos. Cierta noche, unos ocho días después de aquel suceso, la señora me ordenó bajar al sótano, y pude notar que hacia la parte central el suelo estaba desnivelado y como si la tierra hubiera sido removida. Al volver arriba, la señora me preguntó por qué había gritado, y al explicarle lo que había visto, se rio de mis temores, diciéndome que, sin duda, los ratones habían

minado el suelo. Pocos días después, el señor Bell bajó una cantidad de escombros al sótano en plena noche, y estuvo trabajando bastante tiempo. Mi amo dijo que había estado tapando agujeros para impedir que salieran los ratones.

Algún tiempo más tarde mi ama me regaló un dedal que, según dijo, había comprado al buhonero. Tres meses después me dijo que había vuelto el buhonero y me enseñó otro dedal y algunos otros objetos que le había comprado.

Otra declaración hecha por una tal señora Lape, que pretendía haber visto un aparecido en la casa, de mediana estatura, con pantalones grises y chaqueta y gorra negras, es de bastante valor si se tiene en cuenta que Lucretia Pulver había manifestado que el buhonero usaba pantalones de color claro y chaqueta negra.

Pero hay en este asunto uno o dos puntos que se prestan a la discusión. Uno de ellos es que del buhonero, con nombre tan poco vulgar como Charles B. Rosma, nadie supo dar antecedente alguno a pesar de la publicidad que alcanzó el hecho. Esto en aquel tiempo pudo parecer una objeción formidable, aunque hoy sabemos bien cuán difícil es que se conserven con toda fidelidad los nombres a través del tiempo. Un nombre es una cosa convencional, y como tal muy diferente de una idea. Todos los espiritistas practicantes han recibido mensajes de absoluta autenticidad, mezclados con nombres equivocados. Es posible que el nombre real del buhonero fuera Ross o Rosmer, y que ese error dificultara su identificación. Más singular es que no supiera que su cuerpo había sido trasladado desde el centro del sótano hasta el muro, donde más tarde fue hallado. Nos limitamos a hacer constar el hecho sin intentar explicarlo.

Además, dando por sentado que las niñas fueran médiums y que la fuerza psíquica radicara en ellas, ¿cómo continuaron los fenómenos cuando ya no estaban en la casa? La única contestación que podemos dar a esto es que, según

había de demostrarse en lo sucesivo, si bien esa fuerza emanaba, en efecto, de las niñas, había penetrado y como si hubiera impregnado toda la vivienda, de suerte que allí estaba durante el tiempo en que las muchachas se ausentaron de la casa.

La familia Fox quedó profundamente impresionada por los sucesos hasta el extremo de que la señora Fox encaneció en ocho días. Parecía evidente que los hechos se producían merced a las dos hermanas, razón por la cual se decidió que residiesen fuera de su domicilio. Así ocurrió que, en casa de su hermano, David Fox, donde le tocó residir a Margaret, y en el domicilio de su hermana Leah, casada con el señor Fish, en el pueblo de Rochester donde fue destinada Kate, empezaron a oírse los mismos estrépitos. Se hizo lo humanamente posible para que la gente no se enterara, pero no pudo evitarse que trascendiera al exterior. La señora Fish, que era profesora de piano, no pudo continuar su profesión, pues centenares de personas iban en procesión a su casa para ser testigos de tales maravillas. Aquella fuerza era además contagiosa, pareciendo transmitirse a distintos individuos. La señora Leah Fish se sintió invadida por ella, aunque en menor grado que Kate y Margaret. Tampoco quedó circunscrita a la familia Fox, sino que, cual lluvia que descendiera de los cielos, se manifestó en algunas personas especialmente sensibles. Los ruidos fueron oídos en casa del reverendo A. H. Jervis, ministro metodista, que vivía en Rochester, así como en casa de la familia del diácono Hale, en Greece, pequeña ciudad inmediata a Rochester. Algo más tarde las señoras Sara A. Tamlin y Benedict, de Auburn, se revelaron como notables médiums. El señor Capron, que fue el primer historiador de aquellos acontecimientos, describe a la señora Tamlin como una de las más positivas médiums que había visto, declarando que aun cuando los ruidos que se producían en su presencia no eran tan fuertes como los

escuchados por la familia Fox, los mensajes eran tan exactos como los que esta recibía.

Rápidamente quedó demostrado que las fuerzas invisibles no estaban adscritas a ninguna casa determinada, sino que se habían incorporado a las niñas. En vano la familia y sus amigos metodistas rezaron para que estas se vieran libres de aquella influencia; en vano se ejecutaron exorcismos por los clérigos de distintas creencias; las fuerzas invisibles continuaron manifestándose como si nada se hiciera contra ellas.

El peligro de la atracción irresistible bajo la guía de los espíritus se puso de manifiesto con toda evidencia algunos meses después en las cercanías de Rochester, con motivo de la desaparición de un hombre en muy sospechosas circunstancias. Un espiritista entusiasta recibió mensajes por medio de golpes, anunciándole un crimen, y la mujer del desaparecido recibió orden de ir en su busca, siguiendo el canal que en aquellos días se estaba dragando. La experiencia estuvo a punto de costar la vida a la pobre mujer. Al cabo de unos meses, regresó el desaparecido, que había huido al Canadá para esquivar el cumplimiento de una condena por deudas. Como es de suponer, eso fue un golpe tremendo para la nueva fe, pues el público no comprendía entonces, como tampoco comprende hoy debidamente, que la muerte no produce cambio en el espíritu humano, que los entes espirituales malévolos abundan, y que los experimentadores deben usar de todas sus precauciones y de su sentido común en cuantas pruebas intervengan. «Probad a los espíritus». El mismo año y en el mismo lugar, hubo otras ocasiones más en que se puso de relieve la verdad de la nueva filosofía, por una parte, y sus limitaciones y peligros por otra. Tales peligros no han desaparecido en nuestros días.

Todos los experimentadores han podido observar las dificultades que espíritus limitados o pedantes presentan cuando hay que tratar con ellos.

El mismo autor temió que su fe fuera debilitada por las decepciones, hasta que se le ofrecieron pruebas para contrarrestarlas y para convencerle de que si la inteligencia puede permitirse toda clase de bromas y excentricidades mientras reside en el cuerpo humano, de la misma manera las inteligencias liberadas de su envoltura corpórea pueden también recurrir a todo género de mixtificaciones.

El movimiento fue tomando grandes vuelos, no limitándose ya a los llamamientos hechos por un ser asesinado en demanda de justicia. El buhonero fue el explorador que vino a abrir camino a los métodos de investigación psíquica, y una vez iniciado el movimiento millares de inteligencias se precipitaron tras el humilde espíritu. Isaac Post fijó el método para hablar por medio de golpes lanzando mensajes a través de la nueva vía. Multitud de inventores y de pensadores habían ideado el sistema desde el plano espiritual, siendo uno de los más ilustres Benjamin Franklin, cuya egregia inteligencia y cuyos conocimientos de electricidad con relación a la vida terrestre, le colocaban en situación excepcional para seguir los nuevos derroteros. Sea o no cierta esta afirmación es un hecho que Rosma desapareció de la escena en aquella nueva etapa, y que los golpes inteligentes que se oyeron en lo sucesivo procedían de los que en vida fueron amigos de aquellos investigadores mejor preparados para recibir los mensajes de una manera seria y reverente.

Tales mensajes venidos del más allá decían que los amigos fallecidos vivían y amaban aún, dando de sus afirmaciones pruebas materiales que robustecían la fe vacilante de los nuevos prosélitos. Cuando se les preguntaba por sus métodos de trabajo y por las leyes que les gobernaban, las contestaciones eran exactamente las mismas que ahora, o sea, que se trata de un fenómeno relacionado con el magnetismo humano y espiritual; que los seres más especialmente dotados con tal propiedad física, podían

convertirse en médiums; que tales dones no eran patrimonio necesario de la moralidad o de la inteligencia; y que la armonía entre los experimentadores y entre estos y los espíritus era la condición necesaria para la consecución de buenos resultados en las comunicaciones.

En los setenta años transcurridos desde entonces, poco más hemos aprendido, puesto que la ley primordial de la armonía queda invariablemente destruida por los escépticos en las pseudosiones de comprobación, cuyos miembros pretenden haber refutado los alegatos espiritistas al obtener resultados negativos o irregulares, cuando precisamente esos casos son los que confirman los principios espiritistas.

En una de las primeras comunicaciones de las hermanas Fox, estas fueron advertidas de que las manifestaciones no se limitaban a ellas solas, sino que iban a tener por teatro todo el mundo. La profecía tuvo muy pronto confirmación, pues las nuevas fuerzas y sus desarrollos ulteriores, en los cuales se incluían la visión y la audición de los espíritus, y el movimiento de objetos sin contacto alguno, se pusieron de manifiesto en diversos círculos completamente independientes de la familia Fox. En un espacio de tiempo increíble, el movimiento, con su acompañamiento de excentricidades y fases de fanatismo, recorrió todos los Estados de la Unión del Norte y del Este, mostrando siempre un cúmulo de hechos tangibles que, si excepcionalmente podían ser simulados por impostores inevitables, venían a dar nueva fuerza a las convicciones de los investigadores serios y emancipados de todo prejuicio. Dejando para más tarde la referencia a esos vastos progresos ulteriores, continuemos el relato histórico de los primeros círculos que se abrieron en Rochester.

Los mensajes espiritistas habían anunciado al pequeño número de los primeros prosélitos una demostración pública de las fuerzas extraterrenas en un local de Rochester situado

al aire libre, anuncio que llenó de espanto a las dos tímidas niñas campesinas y a sus amigos. Tan enfadados se mostraron los guías incorpóreos por el desvío de sus agentes terrenos, que amenazaron con suspender todo movimiento por espacio de una temporada, y en efecto, durante varias semanas dejaron de comunicarse con ellos. Al final la comunicación fue reanudada, y los creyentes, una vez purificados por aquella interrupción y después de ponerse sin reservas en manos de las fuerzas exteriores, prometieron hacer cuanto fuera necesario en bien de la causa. La tarea no era fácil. Una parte del clero, especialmente el ministro metodista, Rev. A. H. Jervis, se puso de su parte, pero eran los menos; la inmensa mayoría fulminó anatemas desde el púlpito excitando a las masas a sumarse en el cobarde propósito de combatir a los herejes.

El día 14 de noviembre de 1849, los espiritistas celebraron su primera reunión en el Corinthian Hall, la mayor sala que había en Rochester. En honor de los asistentes, hay que hacer constar que escucharon atentamente la exposición de hechos realizada por Capron, de Auburn, principal orador. Un comité de cinco ciudadanos de representación quedó elegido para que estudiara el asunto e informara la noche siguiente, que se reanudaría la reunión. Se tenía tal certeza de que el informe sería desfavorable, que el *Rochester Democrat* había preparado un artículo con el título: «Exposición completa de la engañifa de los golpes». Pero los resultados obligaron al director de aquel periódico a guardarse el artículo. El comité declaró en su informe que los golpes eran indudablemente hechos reales, aunque los datos recogidos no fueran del todo exactos, es decir, que las contestaciones a las preguntas «no eran ni del todo verdaderas ni del todo falsas». El informe añadía que los ruidos se oían en las paredes y en las puertas a alguna distancia de las niñas Fox, causando una vibración sensible.

Todos los trabajos para poner en claro por qué medios eran producidos los ruidos, habían fracasado.

El anterior informe fue desaprobado por la concurrencia, la cual nombró un segundo comité escogido entre los incrédulos. La investigación estaba dirigida esta vez por un abogado, y Kate fue excluida, admitiéndose solamente a Margaret y a la señora Fish. Con todo, los ruidos continuaron como antes, a pesar de la presencia de un doctor, Langworthy, encargado de certificar la posibilidad de un truco de ventriloquia. El informe final decía que «se oyeron los sonidos, y que la investigación realizada con toda conciencia permitía afirmar de una manera concluyente que no estaban producidos por máquinas ni ventrílocuos, siendo imposible determinar la causa de los mismos».

De nuevo los asistentes rechazaron el informe de su propio comité y se nombró un tercero reclutado entre los más recalcitrantes, uno de los cuales declaró previamente que si no conseguía encontrar la causa de los ruidos se echaría de cabeza al río Genesee. La investigación se llevó a cabo con un rigor casi brutal, adscribiéndose al comité algunas señoras, las cuales desnudaron por completo a las asustadas niñas, haciéndolas objeto de las más aflictivas pruebas, como atarles fuertemente el vestido al nivel de los tobillos y colocarlas encima de cristales y otras materias aisladoras. A pesar de todo, el comité no tuvo más remedio que declarar que «cuando las niñas fueron colocadas sobre las almohadas, con un pañuelo atado fuertemente en la parte superior de sus vestidos, mientras la inferior estaba atada a los tobillos, todos oímos distintamente los ruidos en la pared y en el suelo». Además, el comité declaraba que todas las preguntas, algunas de ellas mentales, habían sido contestadas exactamente.

Mientras el público consideró el movimiento como una especie de broma, mostró una tolerancia en la cual parecía

solazarse, pero cuando aquellos informes sucesivos arrojaron sobre los hechos la luz de la evidencia, se alzó en la ciudad una verdadera cruzada de iracundia, hasta tal extremo, que Willets, un valeroso cuáquero, se vio obligado a declarar en la cuarta sesión celebrada, que «la pandilla de rufianes designados para linchar a las niñas tendrían que pasar sobre su cadáver para intentarlo». Hubo un gran tumulto, las jovencitas tuvieron que ser salvadas por una puerta situada al fondo de la sala, y la razón y la justicia quedaron ahogadas de momento por la violencia y la locura. Entonces, como ahora, las inteligencias de los hombres estaban tan abarrotadas de tonterías, que no había espacio en ellas para otra cosa. Pero el destino nunca tiene prisa, y el movimiento continuó su camino, siendo muchos los que aceptaron como concluyentes los informes de los varios comités, pues no había medio de someter los hechos a pruebas más rigurosas. Era un vino nuevo que fermentaba haciendo estallar los viejos odres en los cuales una parte del público había querido conservarlo.

Algunos círculos espiritistas, serios y discretos, estuvieron durante algún tiempo casi eclipsados por ciertos energúmenos mentecatos que pretendían hallarse en contacto con las más altas entidades, apóstoles, etc., etc., y hasta hubo quien se creyó portador en la tierra del Espíritu Santo, lanzando mensajes que, por lo absurdos y burdos, no llegaban a ser blasfemos.

Una comunidad de esos lunáticos, que a sí misma se llamaba *Círculo Apostólico de la Montaña Cove*, llegó en ese terreno a los más vituperables extremos, dando con ello armas a los enemigos de las nuevas creencias. La gran mayoría de los espiritistas reaccionó condenando enérgicamente tales exageraciones, pero fue incapaz de evitarlas. En cambio, numerosos fenómenos sobrenaturales perfectamente comprobados vinieron a sostener los decaídos ánimos de

quienes por un momento se consideraron perdidos a causa de los excesos de los fanáticos. En una ocasión en que los hechos estuvieron perfectamente comprobados, dos grupos de investigadores actuando en habitaciones separadas, en Rochester, el día 20 de febrero de 1850, recibieron simultáneamente el mismo mensaje emanado de una fuerza central que se llamaba a sí misma Benjamin Franklin. El doble mensaje decía:

En el siglo XIX habrá grandes cambios; cosas que ahora parecen misteriosas y oscuras, se presentarán clarísimas ante vuestros ojos. Los misterios serán revelados y el mundo será iluminado.

Debemos admitir que hasta la hora presente aquella profecía solo se ha cumplido en parte y que, con algunas extraordinarias excepciones, los anuncios de aquel egregio espíritu no se han distinguido por su exactitud, sobre todo en lo que se refiere al elemento tiempo.

Se ha preguntado muchas veces:

¿Cuál era el objeto de tan extrañas revelaciones en aquellas fechas, admitiendo que su autenticidad fuera indudable?

El gobernador Tallmadge, reputado político de los Estados Unidos, fue uno de los primeros en convertirse a la nueva creencia, y por él sabemos que en dos distintas ocasiones, en dos distintos años, hizo aquella pregunta a dos médiums. Las contestaciones en ambos casos fueron idénticas. La primera decía:

Nuestro objeto es que la humanidad entera viva en la armonía y que los escépticos se convenzan de la inmortalidad del alma.

La segunda era:

Queremos la unión de la humanidad y convencer a las inteligencias escépticas de la inmortalidad del alma.

No se trataba, como se ve, de una ambición vulgar, por lo que carecen de justificación los duros ataques de los ministros del culto y de sus fieles, que los espiritistas vienen sufriendo desde entonces. La primera parte de aquellos mensajes tiene mucha importancia, porque permite esperar que uno de los últimos resultados del movimiento sea dar unidad a la religión sobre bases tan sólidas y suficientes que los distinguos que hoy separan a las iglesias sean al fin derribados. Hasta es de esperar que tal movimiento vaya más allá de los límites del cristianismo y destruya las barreras que mantienen entre sí separados a los más grandes núcleos de la raza humana.

De tiempo en tiempo aparecían nuevas explicaciones sobre los fenómenos. En febrero de 1851, los doctores Austin Flint, Charles A. Lee y C. B. Coventry, de la Universidad de Buffalo, hicieron pública una declaración, según la cual los ruidos que se produjeron, actuando las hermanas Fox, tenían su origen en las articulaciones de la rótula. Esto provocó inmediatamente una réplica de la señora Fish y de Margaret Fox en la prensa, en forma de carta dirigida a los tres doctores, concebida en los siguientes términos:

Como no podemos permanecer bajo la acusación de ser unas impostoras, estamos dispuestas a someternos a una honrada y severa investigación, a condición de que se nombren tres hombres y tres mujeres para que estén presentes en la prueba. Podemos asegurar al público que nadie se halla más interesado que nosotras en descubrir el verdadero origen de las misteriosas manifestaciones. Si pueden explicarse según principios «anatómicos» o «fisiológicos», el mundo merece la investigación que proponemos y que la «farsa» sea descubierta. Como el público está verdaderamente interesado en este asunto, cuanto antes se esclarezca, tanto más pronto aceptarán la conclusión las firmantes:

ANN LEAH FISH
MARGARET FOX

La investigación se llevó a cabo, pero sus resultados fueron nulos.

En un comentario a la declaración de los doctores, publicado por el *New York Tribune*, el director de este periódico, Horace Greeley, observó:

Los doctores, según ya hemos dicho en estas columnas, comienzan suponiendo que el origen de los ruidos *debe* ser físico, y su causa primera es la voluntad de las jóvenes citadas; en una palabra, que esas jóvenes son «las impostoras de Rochester».

Por consiguiente, sostienen una acusación, en la que son a la vez jueces y parte. Como comprenderán los lectores, lo probable es que tengamos que dar otra versión de esos fenómenos.

No tardaron en presentarse numerosos testimonios en favor de las hermanas Fox, de suerte que la conducta de los doctores dio por resultado redoblar el interés del público hacia aquellas manifestaciones.

Hemos de registrar también las afirmaciones de la señora Norman Culver, quien el 17 de abril de 1851, declaró que Kate Fox le había revelado el secreto de la producción de los golpes. Todo ello fue una completa invención, como demostró el señor Capron en una respuesta aplastante según la cual, en la fecha en que Kate Fox se suponía había hecho revelaciones a la señora Culver, estaba en su casa, a 100 km de distancia.

La señora Fox y sus hijas dieron sesiones públicas en Nueva York, en la primavera de 1850, en el Hotel Barnum, atrayendo multitud de curiosos. La prensa fue casi unánime al combatir las. Brillante excepción entre sus compañeros fue el ya citado Horace Greeley, quien las defendió en su periódico en un notable artículo cuyo extracto hallará el lector en el Apéndice de esta obra.

De regreso a Rochester, la familia Fox realizó una excursión a los Estados del Oeste. Después hizo una segunda visita a Nueva York, donde el interés del público fue igualmente intenso, cuando declaró que obedecía las órdenes de los espíritus al proclamar la verdad al mundo, y que la nueva era había ya comenzado. Cuando se leen los relatos detallados de las sesiones por entonces celebradas y se considera la superioridad mental de los asistentes a ellas, causa dolor pensar que el pueblo, cegado por los prejuicios, llegara a creer que todo ello era resultado de la mistificación. Poco a poco, sin embargo, el público comenzó a dar muestras de aquel valor moral de que había carecido cuando se combinaron las fuerzas reaccionarias científicas y religiosas para ahogar la nueva revelación y proclamarla como peligrosa para quienes la defendían. En una sesión ocurrida en Nueva York en 1850, sentados alrededor de la mesa, vemos al Rev. Griswold, al novelista Fenimore Cooper, al historiador Bancroft, al Rev. Dr. Hawks, a los doctores J. W. Francis y Marcy, al poeta cuáquero Willetts, al poeta Bryant, al general Lyman y al periodista Bigelow, del *Evening Post*. Todos ellos se manifestaron satisfechos de la sesión y declararon:

Las maneras y la conducta de las jóvenes (es decir las tres hermanas Fox) son tales que producen una predisposición a su favor.

Se ha progresado mucho desde entonces; se han erigido grandes obras y se han inventado terribles máquinas de guerra, pero ¿podemos decir que al mismo compás se haya avanzado en conocimiento de lo espiritual y en adhesión a lo desconocido? Bajo la guía del materialismo se ha seguido el camino equivocado, y cada día que pasa parece más claro que la gente debe retroceder o perecer.

CAPÍTULO V

LA HISTORIA DE LAS HERMANAS FOX

En aras de la continuidad de nuestro relato proseguiremos la historia de las hermanas Fox después de los hechos de Hydesville. Son hechos notables, aunque a la vez penosos para los espiritistas, pero entrañan una lección y deben ser fielmente registrados. Cuando los hombres tienen la aspiración honrada de la verdad, nada puede rebajarles, nada está fuera de lugar en el camino que se han propuesto.

Durante algunos años las dos jóvenes hermanas, Kate y Margaret, dieron sesiones en Nueva York y en otras ciudades, saliendo siempre triunfantes de todas las pruebas a las cuales fueron sometidas. Horace Greeley, candidato más tarde a la presidencia de los Estados Unidos, mostró, como hemos dicho, decidido interés por las hermanas plenamente convencido de su honradez. Se dice que él mismo les facilitó los fondos necesarios para completar su educación.

Durante aquellos años de pública mediumnidad, cuando las jóvenes hacían furor, tanto entre las personas que no tenían idea de la significación religiosa de la nueva revelación como entre aquellas que la estimaban con la esperanza de que el mundo mejorase, las hermanas estuvieron expuestas a las relajadoras influencias de unas reuniones caracterizadas por el revoltijo de los concurrentes, cosa que ningún espiritista serio podía juzgar admisible. Los peligros de tales prácticas no eran entonces tan comprensibles como hoy, ni

podía dejar de pensar el público que los espíritus descenderían a la Tierra para dar cuenta del estado de los ferrocarriles, por ejemplo, o de las consecuencias de una intriga amorosa. La ignorancia era universal, y no hubo al lado de aquellas pobres exploradoras un prudente mentor que les indicara un camino más seguro y recto. Lo peor de todo es que sus energías al agotarse eran excitadas por la bebida de que abusaban las jóvenes, una de las cuales apenas había salido de la niñez. Se dice que tenían una predisposición familiar al alcoholismo, pero aún sin esa influencia, su conducta y su régimen de vida eran muy imprudentes. Jamás hubo la menor sospecha acerca de su moralidad, pero se lanzaron por un camino que forzosamente había de conducir las a la degeneración del carácter y de la inteligencia, si bien transcurrieron varios años antes de que el mal se manifestara por entero.

Para tener alguna idea de la acción deprimente que se ejercía sobre las hermanas Fox en aquella época, basta consultar las observaciones recopiladas por la señora Hardinge Britten. Habla esta señora de «pararse en el primer piso para oír a la pobre y paciente Kate Fox en medio de una multitud de curiosos escépticos y murmuradores, repetir hora tras hora las letras del alfabeto, mientras los no menos pobres y pacientes espíritus iban contestando por medio de golpes, con nombres, edades y fechas para satisfacer a cuantos llegaban». ¿Qué de extraño tiene que las muchachas, con su mísera vitalidad, sin la buena y protectora influencia de la madre ausente, solicitadas por tantos enemigos, sucumbieran a una tentación aumentada por el uso de los estimulantes?

Un curioso folleto, *Las cartas de amor del Dr. Elisha Kane* arroja mucha luz sobre Margaret en aquella época. Era en 1852 cuando el Dr. Kane, que más tarde debía convertirse en un famoso explorador ártico, encontró a Margaret Fox,

a la sazón hermosa y atractiva muchacha, y le escribió una serie de cartas amorosas cuya colección constituye uno de los más curiosos tratados del arte de cortejar. Elisha Kane, como su primer nombre indica, era de origen puritano, y los puritanos, con su creencia de que la Biblia representa absolutamente la última palabra en la inspiración divina, se oponían instintivamente a la nueva creencia, según la cual son posibles aún nuevas fuentes espirituales y nuevas interpretaciones religiosas.

Era también doctor en medicina, y la profesión médica es al mismo tiempo la más noble y la más cínicamente incrédula del mundo. Desde el primer momento Kane se sintió inclinado a creer que la joven era juguete de un engaño, explotado por su hermana mayor Leah, con fines de lucro. El hecho de que Leah se casara poco tiempo después con un hombre rico llamado Underhill, no modificó la idea de Kane relativa al afán de la joven por las ganancias ilícitas. El doctor tuvo íntima amistad con Margaret, la puso bajo su protección para que se educara, mientras él estaba camino de las tierras Árticas, y, finalmente, se casó con ella según la curiosa ley matrimonial de Gretna Green, que entonces estaba de moda. Poco después falleció (en 1857), y la viuda, que se llamaba a sí misma señora Fox-Kane, repudió durante algún tiempo todos los fenómenos espiritistas, e ingresó en la Iglesia Católica Romana.

En sus cartas Kane reprocha continuamente a Margaret que viva de supercherías e hipocresías. Conocemos solo algunas de esas cartas, de manera que no sabemos cómo se defendía la joven de tales acusaciones. El compilador del libro, aunque no es espiritista, dice:

¡Pobre muchacha! Era tan sencilla, tan ingenua y tan tímida, que no podía, aunque tal hubiera sido su inclinación, representar la menor farsa con probabilidades de éxito.

Este es un testimonio de gran valor, puesto que el expresado compilador estuvo en íntima relación con todas las personas interesadas. Kane mismo, escribiendo a la menor de las hermanas, Kate, dice:

Seguid mi consejo y no habléis más de espíritus ni a amigos ni a extraños. Ya sabéis que después de todo un mes de pruebas no hemos podido, Margaret y yo, sacar nada en claro. En esto hay gran misterio.

Considerando que Margaret durante sus íntimas relaciones con Kane dio claramente a este toda clase de demostraciones de su poder, es inconcebible que un médico, dotado de la debida preparación, tuviera que admitir, después de un mes de pruebas, que nada había podido sacar en claro, si realmente todo estaba limitado a un simple chasquido de las articulaciones como otros médicos decían. En aquellas cartas no hay la menor prueba de que en los fenómenos hubiera fraude. Lo que en ellas encontramos es la plena demostración de que ambas jóvenes, Margaret y Kate, no tenían la menor idea del aspecto religioso de sus poderes, ni de las graves responsabilidades de la mediumnidad, ni de que hicieran mal uso de sus fuerzas al admitir a las sesiones gente de toda ralea y contestar preguntas cómicas o frívolas. Si en tales circunstancias sus fuerzas sufrían algún daño, ello no debía extrañar a ningún espiritista experimentado. No podían hacer nada mejor, y su edad y su inteligencia las disculpan hasta cierto punto.

Para comprender mejor su situación, hay que tener en cuenta que no solo se trataba de unas jóvenes, casi niñas, sino que su educación era escasísima, ignorando la filosofía que sus experimentos encerraban. Cuando un hombre como el doctor Kane aseguraba a Margaret que estaba equivocada, no hacía más que repetir lo que andaba de boca en boca por todas partes, incluso en la mitad de los púlpitos de

Nueva York. Probablemente la misma joven tenía la molesta sensación de que estaba *equivocada* sin saber por qué, lo cual explicaría el que no se sintiera herida por las observaciones de su amigo. Por lo demás, debemos admitir que, *en el fondo*, tanto Margaret como Kate tenían razón y que las precauciones tomadas contra ellas estaban injustificadas.

En aquella época eran incorruptibles, y si hubieran usado sus dones, como D. D. Home los usó, sin relación alguna con las cosas del mundo, solo en demostración de la inmortalidad y para consuelo de los afligidos, se hubieran puesto por encima de toda crítica. Era equivocado dudar de sus facultades, pero no lo era tanto mirar con recelo el uso que a veces hacían de ellas.

En algunos momentos la situación de Kane no podía ser más ilógica. Mantenía la más íntima y afectuosa relación con la madre y sus dos hijas, a pesar de creer que no eran más que unas embaucadoras que vivían de la credulidad del público. «Besa a Kate de mi parte», dice, mientras a la madre le enviaba «la expresión de su amor».

Por otra parte, las jóvenes, aun siéndolo tanto, tenían cierta sensación del peligro alcohólico al cual estaban expuestas en medio de aquel público tan mezclado. «Dile a Kate que no beba champán y tú haz otro tanto», decía el doctor. Era un buen consejo, y habría sido mejor seguirlo, tanto en provecho de las muchachas como en el del movimiento espiritista. Pero una vez más hemos de tener presente la edad inexperta y las constantes tentaciones a que las dos hermanas estaban sometidas.

Como hemos dicho, Kane resultaba un amigo incomprendible de personas a las que tenía por embaucadoras. Los ruidos del más allá, sin base alguna científica o religiosa, eran, a su juicio, superstición de ignorantes, ¿y era él, hombre de reputación, el que había de casarse con un espíritu golpeador? Tuvo grandes vacilaciones antes de decidirse, y

hasta comenzó una carta en la que rogaba a Margaret le permitiera convertirse en su hermano, y al final la enviaba «ardientes» besos. «Ahora que me has dado tu corazón, quiero ser un hermano para ti», dice. En realidad, era él quien estaba influido por una especie de superstición muy por debajo de la credulidad que afeaba en los otros.

Frecuentemente en sus cartas alude al hecho de que levantando la mano derecha tenía poder de adivinación, según aprendió «de un mago de la India». Otras veces se las da de *snob*, y otras no pasa de ser un fatuo. «He pensado mucho en ti en la misma mesa del presidente», dice en una ocasión, o bien: «Nunca te impondrás a mis pensamientos y a mis miras, como yo nunca me someteré a los tuyos».

Según esas cartas, hay cuatro puntos indiscutibles:

1. Que Kane sospechó vagamente que en los fenómenos podía haber engaño.
2. Que la joven no admitió tal acusación.
3. Que jamás pudo Kane explicar en qué consistía tal artificio.
4. Que la joven usaba sus facultades en una forma que deploran todos los espiritistas serios.

Realmente, tanto conocía ella la naturaleza de aquellas facultades como las personas que le rodeaban. El compilador de las cartas dice:

Siempre declaró Margaret que no creyó nunca por completo que los golpes fueran obra de los espíritus, sino que más bien obedecían a leyes ocultas de la naturaleza.

Esta fue su actitud en los últimos tiempos, y en sus tarjetas profesionales advertía al público que juzgara por sí mismo de la naturaleza de aquel poder.

Es natural que los que hablan del peligro de la mediumnidad, especialmente del peligro físico, presenten como

ejemplo a las hermanas Fox. Pero no hay que exagerar el caso. En el año 1871, más de veinte años después de tan agotador trabajo, vemos todavía a dichas hermanas recibiendo el apoyo y la admiración entusiasta de no pocos hombres y mujeres prominentes en aquella época.

Tan solo cuarenta años después de públicas exhibiciones, comenzó a manifestarse en la vida de las hermanas una situación penosa.

Pero sin discutir aquí las causas de su decadencia, sostenemos rotundamente que las malandanzas a que se entregaron en los últimos tiempos, de ninguna manera justifican la afirmación de quienes pretenden que la mediumnidad es una profesión que arruina moralmente al individuo.

En dicho año, 1871, Kate Fox visitó Inglaterra gracias a la generosidad de Charles E. Livermore, famoso banquero de Nueva York, agradecido por el consuelo que había recibido en diversas comunicaciones de las admirables facultades de la joven, con beneficio de la causa del Espiritismo.

Proveyó a todas sus necesidades, evitando así que, para vivir, recurriera a las sesiones profesionales. Además, arregló las cosas para que en la excursión le acompañara una mujer adaptable a su carácter.

En carta dirigida a Benjamin Coleman, conocido miembro activo del movimiento espiritista inglés, Livermore decía:

Fox es, indudablemente, la más admirable médium que existe. Su carácter es irreprochable y puro. He recibido muchos bienes a través de sus facultades mediúnicas durante los últimos diez años, lo cual es consolador, instructivo y asombroso; le estoy por ello muy agradecido y deseo la tome usted bajo su cuidado mientras permanezca en ese país.

En las cartas siguientes de Livermore parece adivinarse una velada presunción de los postreros y tristes sucesos de la vida de la joven:

Para que usted pueda comprender más fácilmente su idiosincrasia, permítame que le diga que se trata de una sensitiva en el más alto grado, distinguiéndose por una sencillez verdaderamente infantil. Siente profundamente la influencia de cualquiera que está en contacto con ella, hasta tal punto que a veces se vuelve excesivamente nerviosa y aparentemente caprichosa.

Por esta razón la he aconsejado que no dé sesiones en la oscuridad, que evite la excitación causada por las sospechas de los escépticos, por lo general meros curiosos y amantes solo de lo fantástico.

La perfección de las manifestaciones que puedan obtenerse a través de ella depende de la gente que le rodea, y cuanto mayor sea la simpatía de sus relaciones con usted, mayor será su poder receptivo. Las comunicaciones recibidas por su intervención son muy notables, habiéndolas yo tenido frecuentemente en perfecta lengua francesa, así como en español y en italiano, a pesar de que ella no conoce ninguno de estos idiomas. Le repito mi ruego *de que no dé sesiones como médium profesional*, y espero hará cuanto buenamente pueda en favor del progreso de la gran verdad, mientras Kate esté en Inglaterra.

Coleman, que había tenido una entrevista con ella en Nueva York, dice que recibió una de las más extraordinarias pruebas sobre la identidad de los espíritus entre cuantas había recibido en el curso de sus experimentos durante diecisiete años. Cromwell F. Varley, ingeniero electricista que tendió el cable transatlántico, en dictamen que presentó a la *Sociedad Dialéctica de Londres* en 1869, hizo referencia a los interesantes experimentos eléctricos realizados con aquella médium.

La visita de Kate Fox a Inglaterra fue considerada evidentemente como una importante misión, pues vemos a Coleman aconsejarle que busque testigos que no teman ver sus nombres publicados para confirmar los hechos que presenciaron. Tales medidas parece que se tomaron de una manera rigurosa, pues la masa considerable de testimonios recogidos acerca de las facultades de Kate procedía, entre otros, del profesor William Crookes, S. C. Hall, W. H. Harrison (director de *The Spiritualist*), Rosamund Dale Owen (casada más tarde con Laurence Oliphant), y el Rev. John Page Hopps.

La recién llegada comenzó sus sesiones al poco de estar en Inglaterra. A una de las primeras, celebrada el 24 de noviembre de 1871, asistió un redactor de *The Times*, el cual publicó una reseña detallada de la reunión, a la que también concurrió el célebre médium D. D. Home, gran amigo de Kate. El artículo, titulado *Ciencia y Espiritismo*, ocupaba tres columnas y media del periódico. El redactor de *The Times* refiere que Fox le recibió en la puerta de la habitación y le invitó a que permaneciera a su lado y le tuviera sujetas las manos, como así lo hizo.

Entonces se oyeron fuertes golpes, como si se dieran en las paredes y fueran producidos con el puño. Los ruidos se reproducían tantas veces como nosotros los pedíamos.

Añade que pidió cuantas pruebas se le ocurrieron, y que tanto Fox como Home se sometieron sin dificultad a toda clase de exámenes, estando atados de pies y manos.

Comentando esa reseña y la correspondencia a que dio lugar, *The Times* declaró que no había motivo para una investigación científica:

Tememos que algunos lectores piensen que les debemos una satisfacción por haber abierto nuestras columnas a la controversia sobre una materia cual el Espiritismo, tratando

como una cuestión digna de estudio lo que debería ser rechazado como engaño e impostura. Pero incluso las imposturas deben ser desenmascaradas, y las ilusiones populares, aun las más absurdas, tienen demasiada importancia para ser despreciadas por la parte más sensata de la humanidad. ¿Hay realmente en esa materia algo que merezca ser llevado ante el jurado, como dirían los abogados? Ciertamente, nos encontramos, por una parte, con una abundancia de pretendidos experimentos que difícilmente pueden llamarse pruebas, y algunas declaraciones de carácter más serio o impresionante. Y, por otra parte, tenemos informes de impostores convictos y confesos, y muchas referencias auténticas de esos engaños y pretendidos descubrimientos.

El 14 de diciembre de 1872, la señorita Fox se casó con H. D. Jencken, abogado de Londres, autor de un *Compendio de Derecho romano moderno* y otras obras, y secretario general honorario de la *Asociación para la Reforma y Codificación del Derecho Internacional*. Fue uno de los primeros espiritistas de Inglaterra.

The Spiritualist, al dar la noticia de la ceremonia, conigna que los espíritus tomaron parte en el acto, pues durante el banquete de bodas se oyeron sordos ruidos procedentes de distintas partes de la habitación, y la mesa en la cual se hallaba el pastel nupcial, se levantó varias veces sobre el suelo.

Un contemporáneo dice que la señora Fox-Jencken (como se llamó en adelante) y su marido frecuentaron los Círculos distinguidos de Londres en los primeros años de la década de 1870:

John Page Hopps traza su retrato en aquella época diciendo:

Era pequeña, delgada y muy inteligente, pero estaba siempre riendo tontamente; sus maneras eran graciosas y

delicadas, y el placer que sentía en el curso de sus experimentos, le ponía a cubierto del menor asomo de petulancia o afectación de misterio.

Su mediumnidad consistía principalmente en la comunicación por golpes (generalmente muy fuertes), luces mediúmnicas, escritura directa y la aparición de manos materializadas. Solo muy raramente obtuvo en Inglaterra formas completas materializadas, que habían sido una de las manifestaciones de sus sesiones en América. Varias veces hubo movimientos de objetos en la sala de experimentación, y traslado de estos de una habitación a otra.

Por aquel tiempo el profesor William Crookes estudió las facultades de esta médium y publicó la sincera declaración que veremos más adelante al tratar de las relaciones de Crookes con el Espiritismo.

Según las observaciones de Crookes, los ruidos constituían solo una pequeña parte de las facultades psíquicas de Kate Fox, y si estas hubieran tenido que explicarse debidamente por medios normales, aún permanecerían envueltas en el misterio. Crookes se expresa en los siguientes términos sobre lo ocurrido en una sesión en la cual estaban presentes, además de él y de Kate, su esposa y una pariente:

Yo tenía sujetas las dos manos de la médium con una de las mías, mientras sus pies descansaban en uno de los míos. Sobre la mesa había papel, y yo, con mi mano libre, me servía del lápiz.

Entonces apareció una mano luminosa que bajaba desde lo alto de la habitación, y después de oscilar junto a mí unos segundos cogió el lápiz de mi mano, escribió rápidamente en la hoja de papel, arrojó el lápiz y se remontó sobre nuestras cabezas, desvaneciéndose en la oscuridad.

Muchos otros observadores describen fenómenos semejantes ocurridos con esta médium en diversas ocasiones.

Una fase muy extraordinaria de la mediumnidad de la señora Fox-Jencken, consistió en la producción de sustancias luminosas. En presencia de la señora Makdougall Gregory y W. H. Harrison, director de un periódico de Londres, y otros varios, se vio aparecer una mano que llevaba una materia fosforescente, de unos 10 centímetros cuadrados, con la cual fue frotado el suelo y rozado el rostro de los asistentes. La luz era fría. La señorita Rosamund Dale Owen, en su relato del fenómeno, describe el objeto como si fuesen «cristales iluminados» y dice que jamás vio materialización que diera una sensación más real de la proximidad de un espíritu, que aquellas luces. El autor puede corroborar también el hecho de que esas luces son ordinariamente frías, como tuvo ocasión de comprobar en cierta ocasión con otra médium, cuando la luz en cuestión se detuvo unos momentos en su rostro. Owen habla también de libros y pequeños cachivaches que eran sacados de su sitio, y hasta de una caja de música, de unos 11 kilos, que fue trasladada sin contacto alguno del bufete donde se hallaba a otro lugar de la habitación. Pero lo más raro fue que el instrumento estaba desarreglado hacía mucho tiempo, sin poder usarse, y las fuerzas invisibles lo recompusieron y le dieron cuerda y tocó.

La mediumnidad de la señora Jencken intervenía en todos los actos de su vida cotidiana. El profesor Butlerof dice que al hacer una mañana una visita de cumplido a ella y a su esposo en compañía de Aksakof, oyó algunos golpes en el suelo. Una tarde que estaba en casa de los Jencken, los ruidos se hicieron más numerosos a la hora de tomar el té. Rosamund Dale Owen refiere también el incidente ocurrido con la médium, en plena vía pública. Iba acompañada de dos señoras amigas, cuando en el momento de detenerse ante los escaparates de una tienda, los golpes vinieron a mezclarse con la conversación, y el pavimento vibró bajo sus pies. Los ruidos eran tan fuertes que llamaron la atención de los

transeúntes. El señor Jencken relata otros varios casos de fenómenos espontáneos acaecidos en el seno de la vida doméstica.

Podría llenarse un volumen con detalles de las sesiones de esta médium, pero, con excepción de un nuevo caso, nos contentaremos con reproducir las palabras del profesor Butlerof, de la Universidad de San Petersburgo, el cual, después de una investigación de las facultades de Kate, en Londres, escribió en *The Spiritualist* (4 de febrero de 1876):

De todo lo que he observado en presencia de la señora Jencken, deduzco que los fenómenos peculiares a esta médium son de naturaleza sólidamente objetiva y convincente, y los creo suficientes para que los más recalcitrantes escépticos, si son honrados, rechacen la sospecha de ventriloquia, acción muscular y cualquier otra explicación artificial del fenómeno.

H. D. Jencken falleció en 1881, dejando a su esposa con dos huérfanos, los cuales demostraron una admirable mediumnidad desde la más tierna edad, según consta en los relatos de la época.

S. C. Hall, literato muy conocido, y espiritista distinguido, describe en los siguientes términos una sesión tenida en su domicilio de Kensington, el día de su santo (9 de mayo de 1882), en la cual su esposa, fallecida, manifestó su presencia:

Por medio de la escritura corriente de la señora Jencken recibí varios mensajes interesantes. Habíamos obedecido su recomendación de estar apartados de la luz. La serie de manifestaciones que tuvieron lugar fueron tales, que pocas veces vi nada parecido, y nunca nada que lo superase... Cogí una campanilla que estaba sobre la mesa, y sin dejarla de mi mano, sentí que otra mano me la arrebató haciéndola sonar por toda la habitación durante cinco minutos lo menos. Luego coloqué un acordeón sobre la mesa, de la cual fue

transportado a una distancia de un metro, y el instrumento empezó a tocar al mismo tiempo que la campanilla sonaba en varios lugares de la habitación. Aunque sobre la mesa había dos bujías encendidas, que a veces se apagaban, no se trataba de lo que se llama sesión oscura. Durante todo el rato, Stack sujetaba una de las manos de la señora Jencken, mientras yo le tenía cogida la otra, diciéndonoslo de tiempo en tiempo el uno al otro.

Se pusieron luego cinco pensamientos silvestres sobre un papel, delante de mí. Había recibido por la mañana un ramo de dichas flores, pero el jarro en el que las había colocado no estaba en la habitación. Mandé por él y vi que se hallaba intacto. El ramo no había sido tocado. En lo que se llama «escritura directa» he hallado estas palabras escritas con lápiz y letra muy diminuta, en una hoja de papel colocada ante mí: «Le envío a usted mi felicitación». En una reunión celebrada días antes, a solas, con la señora Jencken, había ya recibido el siguiente mensaje: «En el día de su cumpleaños le enviaré mi felicitación».

Hall añade que marcó la hoja de papel con sus iniciales, y como una precaución más, dobló uno de los ángulos de tal manera, que no hubiera más remedio que reconocerlo.

Tan considerablemente impresionado quedó Hall, que no vaciló en escribir:

He presenciado y comprobado varias manifestaciones sorprendentes; dudo haber visto nada más convincente y con seguridad nada tan admirable, nada capaz de dar una prueba más evidente de que únicamente espíritus puros, buenos y santos, estaban en comunicación con nosotros.

Añade que consintió en convertirse en el «banquero» de la señora Jencken, sin duda para que esta pudiera recoger fondos, destinados a la educación de sus hijos. Ante lo que más tarde ocurrió a esta médium tan bien dotada, tienen un triste interés las siguientes últimas palabras:

Tengo confianza, casi la seguridad, de que obrará bajo todos los conceptos de modo que no mengüe, antes bien se fortifique, su poder como médium, y que continuará teniendo la amistad y la confianza de los que solo pueden mirarla con los mismos ojos (puesto que el origen es el mismo) con que la *Nueva Iglesia* considera a Emanuel Swedenborg, y los metodistas a John Wesley. No hay duda de que los espiritistas deben a esta señora una gran parte de los bienes que se han conseguido por su mediación, como instrumento escogido por la Providencia para hacérselos disfrutar.

Hemos dado ese relato con algún detalle porque revela que las facultades de esta médium eran entonces de orden muy elevado. Pocos años antes, en una sesión celebrada en su casa el 14 de diciembre de 1873, con ocasión del primer aniversario de su matrimonio, fue enviado por medio de golpes un mensaje así concebido: «Cuando las sombras vengan a envolverte al acabar tus días, piensa en el lugar de la luz», mensaje profético, pues el fin de su vida estuvo envuelto en sombras.

Margaret (la señora Fox-Kane) se reunió con su hermana Kate en Inglaterra, en 1876, y continuaron juntas algunos años, hasta que ocurrió entre ellas un penoso incidente. Parece ser que estalló una agria disputa entre la hermana mayor Leah (entonces señora Underhill) y las dos más jóvenes. Es probable que Leah se hubiera dado cuenta de la inclinación de estas al alcoholismo y hubiera intervenido con más energía que tacto. También se entrometieron en el asunto algunos espiritistas, quienes se granjearon la mala voluntad de las dos hermanas, tal vez por haber intentado separar a Kate de sus hijos.

Buscando armas, cualesquiera que fuesen, con las cuales poder atacar a quienes tan profundamente aborrecían, parece habérseles ocurrido —o, según otra versión, habérseles

sugerido con promesas de recompensa pecuniaria— que si asestaban un golpe mortal a la creencia espiritista confesando que todo era una farsa, el golpe heriría también directamente a Leah y a sus secuaces en la parte más sensible. Al paroxismo de la excitación alcohólica y de la rabia se mezcló el fanatismo religioso, pues Margaret había sido educada en el espíritu de la Iglesia de Roma y fue persuadida — de la misma manera que lo fue Home durante cierto tiempo— de que sus facultades eran un maleficio. Ella misma habla del cardenal Manning como de la mayor influencia ejercida sobre su inteligencia a ese respecto, si bien sus declaraciones no pueden ser tenidas muy en cuenta. Sea como quiera, todas aquellas causas juntas la pusieron en un alarmante estado, que lindaba con la locura. Antes de salir de Londres escribió al *New York Herald* denunciando la nueva creencia.

Al llegar a Nueva York, en donde, según sus ulteriores declaraciones, había de recibir una cantidad de dinero por el escándalo que había prometido provocar, tuvo una verdadera explosión de ira contra su hermana mayor.

Es un estudio psicológico muy curioso, como lo es igualmente la actitud del público, que supone que las afirmaciones de una mujer desequilibrada, movida no solo por el odio, sino por la esperanza de una recompensa pecuniaria, como ella misma declaró, pueden echar por tierra las investigaciones críticas de una generación de observadores.

A pesar de todo, existe el hecho de que volvió a provocar ruidos, o facilitó que los ruidos se produjeran durante la conferencia que dio en la Academia de Música de Nueva York para denunciar el Espiritismo. Hay que desechar la idea de que en una sala de tan vastas proporciones se hubiera establecido previamente un medio de producir los ruidos en connivencia con la conferenciante. Más importancia tiene la prueba aportada por el redactor del Herald, a quien había

concedido una sesión privada. En la reseña de esta sesión se lee:

Primeramente, oí un golpe bajo el suelo, cerca de mis pies, luego bajo la silla en la que estaba sentado, y luego bajo la mesa en que me apoyaba. Margaret me llevó ante la puerta y allí oí el ruido, que parecía proceder del lado opuesto. Luego, cuando se sentó en la silla del piano, este vibró sordamente y la vibración resonó a través de la caja.

Este relato demuestra que los ruidos se producían con independencia de su voluntad, y que aquel periodista estaba menos influenciado que otros que yo conozco, al no suponer que aquellos ruidos tan distintos en calidad y en situación pudieran tener origen en una tramoya previamente dispuesta por la médium. Estaba clarísimo que no sabía cómo se producían los ruidos, y el autor cree que Margaret tampoco lo sabía. Que esta seguía estando realmente dotada de las facultades que negaba, es cosa probada no solo por la experiencia del periodista, sino por la de Wedgwood, espiritista de Londres, ante quien hizo la médium una demostración antes de regresar a América. Ahora bien, es inútil sostener que no había base en las manifestaciones de Margaret. Lo que vamos a procurar explicar es en qué consistía esa base.

La honda sensación que produjo Margaret Fox-Kane con su carta al *New York Herald*, divulgada en los meses de agosto y septiembre de 1888, produjo grandes beneficios al periódico que se cuidó de explotarla. En octubre Kate fue a reunirse con su hermana. La verdadera disputa parecía mantenerse entre Kate y Leah, pues esta había querido separar a los hijos de la madre por entender que la conducta de Kate no podía hacerles ningún bien. Por eso, aunque Kate no se irritara ni diera escándalos en público o en privado, se puso de acuerdo con su hermana en el complot para reducir a Leah a toda costa.

Fue ella la que me mandó detener en la primavera última —dice— y la que formuló los absurdos cargos de que yo maltrataba a mis hijos. No me explico por qué ha estado siempre celosa de mí y de Margaret. Supongo que es porque podemos hacer en Espiritismo cosas que ella no puede.

Kate se halló presente en la sesión del Salón de Música, el 21 de octubre, donde Margaret afirmó nuevamente su reputación con la producción de los ruidos. Su hermana estuvo callada en aquella sesión, pero su silencio puede interpretarse como una adhesión a los hechos de que había sido testigo.

En el mes de noviembre cuando apenas habían transcurrido treinta días de la sesión, escribió a la señora Cottell, de Londres, habitante en la vieja casa de Carlyle, la siguiente notable carta (*Light*, 1888, pág. 619):

Le hubiera escrito a usted antes, pero mi sorpresa fue tan grande a mi llegada al conocer las declaraciones de Margaret sobre el Espiritismo, que no tuve humor para escribir a nadie.

El empresario de las conferencias arrendó el salón de la Academia de la Música, el local más amplio de Nueva York, a pesar de lo cual se llenaba a rebosar.

Se hicieron mil quinientos dólares de beneficio. Muchas veces he deseado haberme quedado al lado de usted, y si mis medios me lo permitieran volvería ahí para olvidar todo esto.

Tantas personas vienen a mí para preguntarme acerca de la declaración hecha por Margaret, que doy excusas yo misma para sincerarme.

De todos modos, trabajo tendrán si quieren convencer a la gente de fraude, seguramente les será imposible.

Margaret está dando sesiones en todas las ciudades importantes de América, pero yo solo la he visto una vez desde que llegué.

Con todo, Margaret vio enseguida que sus ganancias serían muy cortas, y que no resultaba provechoso contar embustes sin ser bien pagada, sobre todo cuando el movimiento espiritista era ya tan fuerte, que poco podía sufrir con su traición. Por esta u otra razón —y es de creer que, con remordimiento de conciencia por la parte que en aquella mala obra le cabía— lo cierto es que no tardó en afirmar que había divulgado falsedades por motivos inconfesables. Sus nuevas declaraciones aparecieron en la prensa de Nueva York el 20 de noviembre de 1889, aproximadamente un año después del escándalo.

Quiera Dios, decía con voz que temblaba de intensa emoción, que pueda reparar el daño causado al movimiento espiritista cuando, bajo el poderoso influjo de sus adversarios, me permití acusaciones que no se apoyan en hechos reales. Esta retractación la hago no solo inspirada en mis propios sentimientos de verdad y justicia, sino merced al impulso de los espíritus que usan mi organismo a despecho de la banda de traidores que me hicieron promesas de felicidad y de riqueza a cambio de mis ataques contra el Espiritismo, promesas que han resultado engañosas...

Antes de hablar con nadie de este asunto, fui continuamente aconsejada por el espíritu que me guía acerca de lo que debía hacer, llegando a la conclusión de que era inútil diferir por más tiempo mi retractación.

— ¿No ha habido ahora oferta de una compensación metálica para hacer esto? —le preguntó el periodista.

— Absolutamente ninguna.

— ¿De manera que usted en este momento no persigue ningún beneficio pecuniario?

— Indirectamente sí. Usted sabe que, como instrumento mortal de los espíritus, he de subsistir en mi vida. Y esto espero lograrlo con el producto de mis nuevas conferencias. Nadie me ha dado un céntimo por la norma de conducta que yo misma me he impuesto.

— ¿Qué razón la llevó a usted a denunciar el fenómeno de los ruidos espiritistas?

— A la sazón me encontraba muy necesitada de dinero y algunas personas, cuyos nombres prefiero callar, se aprovecharon de mi situación. De aquí vino todo el mal, lo cual, unido a la excitación que me dominaba, contribuyó a mi desequilibrio mental.

— ¿Qué objeto perseguían las personas que la indujeron a confesar que tanto usted como los demás médiums traficaban con la credulidad del público?

— Se proponían varios fines. El primero y principal, asesinar un golpe de muerte al Espiritismo, hacer algún dinero en su beneficio personal y despertar gran excitación en los ánimos, pues tal era la condición del éxito.

— ¿Había algo de verdad en las acusaciones que hizo usted contra el Espiritismo?

— Mis acusaciones eran completamente falsas en todas sus partes. No vacilo un momento en declararlo... No, mi creencia en el Espiritismo sigue incólume. Cuando hice aquellas declaraciones, no era responsable de mis palabras. Los fenómenos se apoyan sobre hechos incontrovertibles. Ningún Herrman viviente puede reproducir las maravillas que han tenido efecto a través de algunos médiums. Ciertamente que con dedos diestros y viveza de imaginación se pueden trazar escritos sobre el papel o la pizarra, pero la falsedad de tales pruebas no puede resistir a una seria investigación. Está fuera de las fuerzas de los falsarios producir una materialización cualquiera, y desafío a quienquiera que sea a que produzca un «golpe» en las mismas condiciones en que yo lo hice. No hay ser humano en la Tierra capaz de producir los «golpes» de la misma manera que se produjeron por mi mediación.

— ¿Se propone usted dar sesiones?

— No, me propongo dedicarme enteramente a trabajos de propaganda desde la tribuna pública, porque así podré refutar mejor las calumnias lanzadas por mí misma contra el Espiritismo.

— ¿Qué dice su hermana Kate de la actitud que usted ha adoptado?

— Simpatiza completamente conmigo. Lo que no aprueba es mi actitud pasada...

— ¿Tendrá usted un empresario para su gira de conferencias?

— De ningún modo, les tengo horror, pues no en balde me trataron indecorosamente. Fue una vergüenza la manera cómo procedió conmigo Frank Stechen quien, después de haber hecho a mi costa tanto dinero, me dejó en Boston sin un céntimo. Todo lo que gané con él fueron quinientos cincuenta dólares, que me dio al comenzar el contrato.

Para dar más autenticidad a la anterior entrevista y, a indicación de ella misma, se publicó la siguiente carta con su firma:

128, West Forty-third Street
Nueva York, 16 de noviembre de 1889

Para *The Public*:

Habiendo leído la anterior reseña de esta entrevista no encuentro en ella nada que no sea fiel expresión de mis palabras y de mis sentimientos. No he dado cuenta detallada de los medios por los cuales se me quiso someter y arrancarme una declaración de que los fenómenos espiritistas revelados a través de mi organismo eran un fraude. Pero ya diré por qué no soy ahora más explícita cuando hable desde la tribuna pública.

La exactitud de la entrevista fue comprobada por gran número de testigos, entre ellos J. L. O'Sullivan, ministro de los Estados Unidos en Portugal durante veinticinco años. «Si en alguna ocasión una mujer dijo la verdad ha sido ahora», declaró el citado diplomático.

Así debió ser, pero la conferencia anunciada por Margaret se desarrolló de un modo equívoco. Si nos atuviésemos solamente a las palabras de la conferenciante, sería indudable que el fin que se propuso quedó logrado, pero el autor

está obligado a recoger lo dicho por Isaac Funk, investigador imparcial e infatigable, quien, estando sentado al lado de Margaret, oyó los ruidos «alrededor del local», sin que pudiera descubrir su origen, los cuales indicaron un nombre y una dirección correctas y lejos totalmente del conocimiento del médium. Bien es cierto que, en cambio, la médium reveló facultades extraordinarias leyendo el contenido de una carta que Funk guardaba en uno de sus bolsillos. Tales resultados contradictorios dieron lugar a la confusión del público.

Hay un factor que apenas ha sido tratado en este examen. Es la personalidad y labor de la señora Underhill, Leah, la hermana mayor, que representó un papel tan importante en el curso de estos acontecimientos. La conocemos, sobre todo, por su libro *The Missing Link in Modern Spiritualism* (Knox & Co., New York, 1885). El libro está escrito por un amigo, pero los hechos y documentos fueron aportados por la señora Underhill que además revisó el texto. Los espiritistas que lo lean no tienen más remedio que reconocer que las entidades con las cuales el círculo de las Fox estuvo en contacto durante los primeros tiempos, no eran siempre de una clase superior. Tal vez, en el otro plano como aquí, sean los plebeyos y humildes los que llevan a cabo un trabajo espiritual pionero, y en el áspero camino abren paso a otros más refinados. Aparte de esto puede decirse que el libro en cuestión da una impresión de candor a la vez que de buen sentido, y como relato personal de quien intervino tan directamente en aquellos emocionantes sucesos, está destinado a sobrevivir a toda nuestra literatura corriente, y a ser leído con gran atención y hasta con reverencia por las generaciones futuras.

En cuanto a la gente humilde que velaba por el nuevo nacimiento: Capron, de Auburn, el primero que habló en público sobre la materia; Jervis, el animoso ministro metodista, que gritó: «Siento que todo es verdad, y voy a

predicarlo por todo el mundo»; George Willets, el cuáquero; Isaac Post, que convocó la primera reunión pública espiritista; el magnífico público congregado ante la tribuna de Rochester. Todos ellos merecen ver sus nombres perpetuados por la historia.

De Leah puede decirse que percibió la significación religiosa del movimiento con mucha mayor claridad que sus hermanas, y se negó a hacerlo servir para fines puramente humanos, por juzgar que ello constituía un descrédito contra lo celestial. El siguiente párrafo de su libro es de gran interés porque expresa la manera cómo la familia Fox consideró al principio los sucesos de que era protagonista:

El sentimiento general de nuestra familia fue resueltamente contrario a aquellos hechos extraños y comprometedores. Los considerábamos como un gran infortunio caído sobre nosotros, sin saber ni cómo, ni de dónde ni por qué. Nos resistimos, luchamos, y constantemente rogábamos para vernos libres de aquella pesadilla, incluso bajo la extraña fascinación de aquellas maravillosas manifestaciones que se nos imponían contra nuestra voluntad, por medios invisibles y por agentes a quienes no podíamos resistir, contrastar ni comprender. Si nuestra voluntad, nuestros deseos vehementes y fervientes oraciones, hubieran surtido efecto, allí habría acabado todo para siempre, y el mundo, situado fuera del círculo de nuestras relaciones, jamás habría oído hablar de los «Ruidos de Rochester» ni de la desgraciada familia Fox.

Las anteriores palabras dan una impresión completa de sinceridad, y, por otra parte, Leah destaca en todo su libro, y en la evidencia de los muchos testigos citados, siendo merecedora de desempeñar un papel en el gran movimiento.

Las hermanas Kate Fox-Jencken y Margaret Fox-Kane, fallecieron a principios de los noventa (1890), y su muerte fue harto triste. La actuación de ambas ha sido expuesta por

nosotros con toda la posible claridad, condenando por igual las exageraciones de algunos espiritistas y las de los escépticos que solo conceden importancia a la parte de hechos que favorece sus puntos de vista y rechazan todo lo demás.

Veamos, a costa de truncar nuestro relato, si podemos hallar una explicación que responda por igual a estas dos cuestiones: si todo lo hecho por las hermanas fue anormal e independiente de su voluntad o no lo fue en su mayor parte. No es un problema sencillo, sino de los más arduos averiguarlo dados los escasos conocimientos psíquicos que en aquella época existían.

De todos modos, las explicaciones de los espiritistas de aquel tiempo no deben ser en modo alguno desestimadas. En efecto, se sostenía que un médium que hace mal uso de sus facultades y cuyo carácter se distingue por la relajación moral de sus costumbres, es accesible a perniciosas influencias que se aprovechan de él para transmitir informes falsos o para desacreditar la causa pura. Esto puede ser cierto como una *causa causans*; pero vamos a explorar más de cerca el cómo y por qué de los hechos logrados por las hermanas Fox, desde el punto de vista de los descubrimientos posteriores.

El autor opina que la verdadera explicación se obtendrá acoplando todos aquellos hechos a las recientes investigaciones del Dr. Crawford acerca de los medios con los cuales se producen los fenómenos físicos. El ilustre doctor ha demostrado con toda claridad, según exponemos en otro capítulo, que los golpes (y ahora nos ocupamos solo de ellos) son causados por una especie de lanzamiento de la persona médium, de una larga proyección compuesta de cierta sustancia, dotada de propiedades que la distinguen de toda otra clase de materia. Esta sustancia ha sido atentamente examinada por el gran fisiólogo francés, el Dr. Charles Richet, que le ha dado el nombre de *ectoplasma*.

Las líneas o proyecciones ectoplásmicas son invisibles para la vista normal de nuestros ojos, y parcialmente visibles en la placa fotográfica, y tienen por sí la energía necesaria para producir sonidos y dar golpes a distancia.

Ahora bien, si Margaret producía los ruidos de la misma manera que el médium estudiado por Crawford, no tenemos que hacer más que dos suposiciones muy probables, y que la ciencia futura aclarará definitivamente. Una es que hay un centro de fuerza psíquica que se forma en cierta parte del cuerpo y desde el cual se proyecta la línea de ectoplasma. Si tal centro estaba situado en los pies de Margaret, ello arrojaría mucha luz sobre las pruebas recogidas en la información de Seybert, pues en efecto, en aquella ocasión, uno de los miembros del comité, al examinar a Margaret e intentar que produjese golpes, pidió permiso a la médium para ponerle la mano sobre uno de sus pies. Hecho esto, inmediatamente se oyeron los golpes, lo cual hizo exclamar al investigador:

Esto es lo más asombroso de todo, señora Kane. Percibo la sensación en su pie. No hay en este el menor movimiento, pero sí una pulsación anormal.

Tal experimento alejaba la idea de una dislocación articular de los dedos o de un golpe producido físicamente por estos; en cambio, confirma la existencia de un centro desde el cual es proyectada la fuerza psíquica. La índole de esa fuerza es material, y procede del cuerpo de la médium, a través de un nexo que puede variar, y que en el caso de Margaret era el pie. Los doctores de Buffalo observaron que en el momento de producirse el golpe había un movimiento sutil por parte del médium. La observación era exacta, pero la deducción resultó equivocada. El autor vio en un médium aficionado producirse una ligera pulsación general al sonar el golpe, una especie de retroceso después de la descarga de la fuerza.

Aceptando que la fuerza de Margaret actuara de la manera dicha, solo nos queda ver si las líneas ectoplásmicas pueden ser proyectadas a voluntad en cualquier circunstancia. Según lo que el autor conoce, no existen observaciones que permitan sostener esa tesis. El médium de Crawford hizo siempre sus manifestaciones en estado de trance, o sea de modo ajeno a su voluntad. En otros fenómenos físicos hay razones para creer que en su forma más sencilla están íntimamente relacionados con el médium, pero a medida que progresan, se liberan de su dominio y entran bajo el de fuerzas externas.

Así, las fotografías de ectoplasma obtenidas por la señora Bisson y el doctor Schrenck-Notzing (según se desprende de su reciente libro), pueden referirse en su primera forma a los pensamientos del médium o a ideas que toman una forma visible en el ectoplasma, pero como ideas y pensamientos se desvanecen durante el trance, y adquieren entonces otras formas o figuras que, en la mayoría de los casos, hay que referir a una vida independiente de él.

Si existiera analogía entre las dos clases de fenómenos, habría sido muy posible en Margaret algún dominio sobre la expulsión del ectoplasma causante del ruido; pero cuando el sonido transmitía mensajes fuera del alcance de su conocimiento, como en el caso citado por Funk, la fuerza ya no era usada por la médium, sino por alguna inteligencia independiente de ella.

No debe olvidarse que nadie ignora tanto la manera de producirse los efectos como el mismo médium, aunque este sea el centro de estos.

Uno de los más grandes médiums del mundo, dijo una vez al autor, que jamás había visto fenómeno físico alguno, por la sencilla razón de estar en trance en el momento de producirse; la opinión de cualquiera de los circunstantes es de más valor que la del médium. Asimismo, las hermanas

Fox, que eran casi niñas al iniciarse los fenómenos, poco sabían de la entraña del problema, y la misma Margaret decía frecuentemente que ella nada comprendía de aquellos resultados. Si hubiera visto que tenía en sí misma el poder de producir los ruidos, por muy vago que hubiera sido su conocimiento, se habría encontrado en sólido terreno para impugnar las acusaciones que le dirigía el Dr. Kane. Sus confesiones y las de su hermana podían ser exactas hasta el punto de que permitían sus conocimientos de la materia, pero ellas mismas confesaban que existían no pocos fenómenos que les era imposible explicarse por no emanar de ellas.

Queda, sin embargo, un importantísimo punto que discutir, el más importante de todos para quienes aceptan el significado religioso del movimiento espiritista. El argumento más corriente de aquellos que no están versados en la materia es preguntar:

¿Son estos vuestros resultados? ¿Puede ser buena una filosofía o una religión que surte semejantes efectos en las personas que han tenido participación tan grande en la existencia de esa religión?

No hay que preocuparse por semejante objeción, a la que contestaremos claramente, aunque repetidas veces se haya ya refutado.

Comencemos por dejar bien sentado que no existe la menor conexión entre la moralidad y la mediumnidad física, como no la hay, por ejemplo, entre un oído refinado para la música y la moralidad. Ambos son dones físicos. El músico puede interpretar los más exquisitos trozos y excitar en sus oyentes las más elevadas emociones, y ser, a pesar de todo, un alcohólico, un drogadicto o un pervertido, como también puede hermanar sus altas facultades musicales con un carácter personal angélico. No hay, sencillamente, conexión entre ambas cosas, salvo que ambas tienen su centro en el mismo cuerpo humano.

Algo parecido ocurre con la mediumnidad física. Todos o casi todos exudamos de nuestro cuerpo cierta sustancia que tiene muy peculiares facultades. En la mayoría de nosotros, según se evidenció en el peso de las sillas con la experiencia de Crawford, la cantidad de tal sustancia es insignificante. Pero de cada cien mil personas una puede contenerla en cantidad importante. Tal persona así dotada será un médium físico. Él o ella podrán emitir materia prima que aprovecharán otras fuerzas externas sin que para ello influya en nada el carácter de la persona. Tal es el resultado de dos generaciones de observadores.

Ahora bien, si ello fuera exactamente así, el médium físico no se sentiría influido en su carácter por tan excepcionales facultades. Desgraciadamente no es así. El médium físico está sujeto a ciertos riesgos morales a los cuales procura resistir denodadamente con su naturaleza bien protegida; pero en ocasiones sucumbe. En tales casos, los males de personas tan útiles y abnegadas pueden compararse a esas lesiones físicas (pérdidas de dedos y manos), sufridas por los que han trabajado con los rayos X antes de que fueran bien conocidas todas las propiedades de estos. Se han tomado medidas para evitar esos peligros físicos después que cierto número de investigadores pagaron su tributo a la ciencia, y del mismo modo se encontrarán medios que eviten los peligros morales, después del daño sufrido por los primeros experimentadores cuando quisieron forzar las puertas del conocimiento. Tales peligros residen en la debilidad de la voluntad, en el extremado desfallecimiento subsiguiente a las sesiones, en la creencia de que pueden repararse las pérdidas fuerzas abusando del alcohol, en la tentación de engañar cuando las facultades se desvanecen y en las interferencias y hasta malévolas influencias espirituales propias de las reuniones abigarradas a las que va la gente más por curiosidad que por convicción religiosa. El remedio para ese

mal es aislar a los médiums, darles un sueldo en vez de pagarles según los resultados obtenidos, regularizar el número de sus sesiones, examinar el carácter de los concurrentes, en una palabra, suprimir las influencias que dominaron a las hermanas Fox, como ya habían hecho médiums más fuertes del pasado. Por otra parte, existen médiums físicos que obran bajo motivos tan poderosos y trabajan bajo impulsos tan religiosos, que constituyen lo más excelso en su clase. Su fuerza es igual a la que desplegaron Buda y la mujer de Endor. Los métodos que cada uno emplea es lo que determina su carácter.

Hemos afirmado que es muy escasa la conexión entre la mediumnidad física y la moralidad. Esto puede llevar a suponer que el flujo ectoplásmico igualmente activo en un santo que en un pecador, afecta por igual a los fines materiales y produce, por ejemplo, el magnífico resultado de convencer a un materialista de la existencia de fuerzas invisibles. Pero advertiremos que en lo relativo a las enseñanzas, a los mensajes enviados, sea por la voz del espíritu, por la escritura automática o por otro medio, el continente corresponde siempre al contenido, y no cabe que una naturaleza exigua sirva de asiento a un gran espíritu. Se debería ser una Dale Owen antes de obtener los mensajes de Dale Owen. Si un elevado médium degenera en carácter, es seguro que los mensajes cesen o lleven su parte de degeneración. De ahí que los mensajes de un espíritu divino, enviados periódicamente para purificar al mundo, de un santo medieval, de una Juana de Arco, de Swedenborg, de Andrew Jackson Davis, o del más humilde médium psicógrafo de Londres, obedecen al mismo impulso, lo mismo, pero en diferentes grados. Cada uno es un aliento genuino del más allá, pero cada intermediario determina con el valor de su personalidad la calidad del mensaje que por su intervención nos llega. Tal es cómo se revela ese maravilloso misterio, tan vital, y, no obstante,

tan indefinido, porque su propia grandeza nos impide definirlo. Algo se ha hecho y adelantado para esclarecerlo, pero aún hay en su esencia muchos problemas cuya solución queda para los que nos sigan. Para estos resultarán muy elementales nuestras especulaciones más avanzadas, porque verán ante sí amplias perspectivas, extendidas hasta los más lejanos límites de la visión mental.



KATE Y MARGARET FOX

CAPÍTULO VI

PRIMEROS PROGRESOS EN AMÉRICA

Después de relatada la historia de la familia Fox y de los problemas que en ella nacieron, volvamos a América para estudiar los primeros efectos que aquellos acontecimientos causaron.

Tales efectos no fueron en verdad muy satisfactorios. Hubo locuras por parte de los individuos y extravagancias por parte de las agrupaciones.

Una de estas, fundada sobre la base de las comunicaciones recibidas a través de la mediumnidad de la señora Benedict, fue el *Círculo Apostólico* donde unos cuantos individuos, creyentes entusiastas en un segundo advenimiento de Jesús, esperaban ver confirmada dicha creencia a través de la comunicación espiritista.

Estos individuos pretendían haber obtenido comunicaciones de los apóstoles y profetas de la Biblia. En 1849, James L. Scott, ministro bautista del *Séptimo Día*, en Brooklyn, ingresó en aquel *Círculo*, establecido en Auburn, el cual se denominó desde entonces «Movimiento Apostólico», siendo su jefe espiritual, según los prosélitos decían, el apóstol San Pablo. A Scott se le unió Thomas Lake Harris, fundando ambos en Monte Cove una Comunidad religiosa que atrajo muchos fieles, hasta que al cabo de algunos años la gente comenzó a percatarse del engaño y se separó de los fundadores y del régimen autocrático a que estos los habían sometido.

Thomas Lake Harris es, sin duda, una de las más curiosas personalidades de que tenemos noticia. Era una personalidad de extremos opuestos, de suerte que cuanto hacía era determinadamente o para mal o para bien. Primero fue ministro universalista, lo que le valió el «Reverendo», que usó durante largo tiempo como prefijo. Rompió después con sus colegas, adoptó las enseñanzas de Andrew Jackson Davis, se convirtió en fanático espiritista, y por fin, como ya dijimos, fue uno de los jefes autocráticos de las almas y de los bolsillos de los colonizadores de Monte Cove. Llegó, no obstante, un momento en que los tales colonizadores se convencieron de que eran suficientes por sí mismos para ocuparse de sus propios negocios materiales y espirituales, y esto puso fin a la vocación apostólica de Harris.

Se trasladó a Nueva York y allí se unió al movimiento espiritista, predicando en la Sala Dodworth, sede central del culto, y haciéndose en seguida una envidiable reputación de orador elocuente. Pero su megalomanía —es posible que fuera su obsesión— estalló muy pronto, llevándole a cometer extravagancias que los cuerdos y mesurados espiritistas que le rodeaban no podían tolerar. Pretendía estar dotado de una inspiración profética. Y lo cierto es que él o algún espíritu a través suyo, produjo *A Lyric of the Golden Age* y *The Morning Land*, entre otros poemas de alta elevación. Pero los espiritistas de Nueva York se negaron rotundamente a reconocer facultades sobrenaturales de ningún género en Harris, y este, herido en lo más vivo de su amor propio, marchó a Inglaterra (1859), donde no tardó en cobrar fama de elocuente dando conferencias, en las cuales se dedicó a denigrar a sus primitivos colegas de Nueva York.

Un año después, en 1860, la vida de Harris adquirió súbitamente especial interés para los ingleses, particularmente para los que tenían inclinaciones literarias. Mientras Harris daba una conferencia en la Sala Steinway de Londres, Lady

Oliphant, que se encontraba entre el público quedó tan impresionada por su elocuencia, que puso en relación al profeta americano con su hijo Laurence Oliphant, uno de los hombres más brillantes de su generación. Es difícil apreciar en qué consistía el atractivo de Harris, pues por aquel tiempo, sus predicaciones no tenían nada de extraordinario desde el punto de vista doctrinal, salvo el haber adoptado la idea del Dios Padre y de la Madre Naturaleza concebida por Davis. Oliphant introdujo a Harris en el mundo intelectual presentándole como el más grande poeta de la época, aunque todavía desconocido para la Fama. Oliphant no era un crítico sin importancia, y por eso, en una época en que brillaban Tennyson, Longfellow, Browning y tantos otros, parece más inexplicable su entusiasmo.

El episodio tuvo su desenlace cuando después de algunas vacilaciones, madre e hijo se sometieron de tal manera a Harris, que por introducción de este se consagraron a los trabajos manuales en una nueva colonia que creó en Brocton (Nueva York), donde permanecieron en una condición que equivaldría a la esclavitud si no fuese voluntaria. Dejemos a los ángeles el cuidado de decidir si semejante abnegación era santa o necia. Más bien parece lo último si se considera que Laurence Oliphant quiso casarse y no pudo lograrlo hasta que convenció a Harris para que el tirano le diera su permiso. Entonces Oliphant quedó en libertad de escribir su obra sobre la guerra franco-prusiana de 1870, cosa que hizo de la brillante manera que le caracterizaba. Pero fuera de eso, volvió a su rara servidumbre y entre una de las tareas que desempeñó estaba la de vender canastas de fresas en las paradas del ferrocarril, mientras su joven esposa, arbitrariamente separada de él, era enviada a California del Sur. Hasta el año 1882, o sea veinte años después de su primera sumisión, no pudo Oliphant, ya fallecida su madre, romper aquellos lazos incomprensibles, y tras ruda lucha, en el curso

de la cual Harris hizo gestiones para encerrarlo en un asilo, pudo reunirse de nuevo con su esposa, recobrar una parte de sus bienes, y reanudar su vida normal. Oliphant, en los últimos años de su vida, hizo una descripción del profeta Harris en el libro *Masollam*, escrito de manera tan interesante, tanto por la brillantez de la forma propia de Oliphant, como por lo singular del personaje descrito, que al lector tal vez le satisfaga encontrar una referencia de él en el Apéndice de esta obra.

El caso de Harris y algunos otros eran solo escorias del movimiento espiritista principal que, considerado en conjunto, merece ser calificado de sano y progresivo. Las extravagancias quedaron aisladas, aunque ideas tales como la de amor libre y otras de índole comunista que profesaban algunas de las más burdas sectas, fueron explotados sin escrúpulos por los opositores de la nueva creencia como típicos del conjunto.

Ya vimos que, si bien las manifestaciones espiritistas obtuvieron vasta divulgación, merced a la obra de las hermanas Fox, eran conocidas muy anteriormente. Entre los varios testimonios que lo confirman, figura el del juez Edmonds, quien dijo:

Hace cinco años que este asunto atrajo la atención pública, pero hoy sabemos que diez o doce años antes se habían registrado ya fenómenos de esa índole en diferentes lugares del país, permaneciendo ignorados ya por temor al ridículo o por no saberse de lo que se trataba.

Eso explica el extraordinario número de médiums que comenzó a revelarse inmediatamente después de la publicidad hecha alrededor de la familia Fox. El don de las facultades mediúmnicas comenzaba por primera vez a desarrollarse. Los médiums aumentaban cada vez más. En abril de 1849 hubo manifestaciones de este orden en la familia del

reverendo A. H. Jervis, ministro metodista de Rochester, en la de Lyman Granger, también de Rochester, y en casa del diácono Hale, de la cercana ciudad de Greece, Nueva York. Por el mismo tiempo, otras seis familias de la inmediata ciudad de Auburn, comenzaron a revelar su mediumnidad. En ninguno de tales casos tuvo la menor intervención la familia Fox. Sencillamente había otros que seguían el camino abierto por las dos hermanas.

Hecho principal de los años siguientes fue el continuo desarrollo de los médiums en todas partes, y la conversión al Espiritismo de gran número de hombres públicos, como el juez Edmonds antes citado, el exgobernador Tallmadge, el profesor Robert Hare y el profesor Mapes. La adhesión de personas tan conocidas dio enorme popularidad al nuevo movimiento, mientras aumentaba la virulencia de sus detractores, que veían claramente que ya no tendrían que habérselas con un puñado de iluminados o de bobos. Hombres eminentes como los citados, podían hacerse oír e imponerse. Por otra parte, se inició un cambio en el carácter del fenómeno espiritista. En los años 1851-2, dos notables médiums, la señora Hayden y D. D. Home, fueron los instrumentos de numerosas conversiones. De la labor de ambos nos ocuparemos más adelante.

En una comunicación, titulada «Para el público», inserta en el *New York Courier*, y fechada en Nueva York el 1.º de agosto de 1853, el juez Edmonds, hombre de gran carácter y de clara inteligencia, hizo un convincente relato de sus propias experimentaciones. Es curioso que los Estados Unidos, que en aquella época dieron pruebas de tanto valor moral por parte de sus ciudadanos de primera línea, hayan decaído en los últimos años a ese mismo respecto, pues el autor, en sus recientes viajes a dicho país, conoció a muchas personas convencidas de la verdad psíquica que, ante la actitud de una prensa hostil, no se atrevían a declarar sus convicciones.

El juez Edmonds, en el trabajo aludido, comienza detallando el desarrollo de los sucesos que dieron origen a sus opiniones. Vamos a reproducirlo íntegro, porque es importante para hacer ver en qué fundamentos apoyó sus convicciones persona tan culta:

Me llamó la atención el fenómeno del «intercambio espiritual²⁷», en enero de 1851. Era una época en que yo me había sustraído a las relaciones sociales y en que trabajaba bajo una gran depresión de espíritu. Empleaba mi tiempo libre en lecturas acerca de la muerte y de la existencia del hombre después de haber fallecido. En el curso de mi vida había oído predicar desde el púlpito tantas opiniones contradictorias acerca de tal tema, que apenas sabía qué creer. No hubiera podido, aun queriéndolo, creer lo que no comprendía, y sentía verdaderas ansias por conocer si, después de muertos, podemos encontrar de nuevo a aquellos seres a quienes hemos querido en la Tierra, y en qué circunstancias. Fui invitado por un amigo a asistir a una de las sesiones de los «Ruidos de Rochester».

Acepté más bien para complacerle y matar el tiempo durante una hora. Reflexioné mucho sobre lo que había visto y decidí investigar el asunto para ver en qué consistía. Si era un engaño o una ilusión, pensaba en que bien podría descubrirlo, así es que, por espacio de cuatro meses, dediqué por lo menos dos tardes cada semana a estudiar aquellos fenómenos en todas sus fases. Tomé nota de todo cuanto presenciaba, y de tiempo en tiempo comparaba mis notas para ver si descubriría contradicciones o incongruencias. Leí cuanto cayó en mis manos sobre el asunto, y especialmente cuanto se refería al descubrimiento de «charlatanerías». Fui de un punto a otro, estudiando a diferentes médiums en compañía de personas a las que no había visto jamás, unas veces en plena oscuridad y otras a plena luz; en ocasiones, acompañado de incrédulos inveterados, y otras, las más, de celosos creyentes.

²⁷ La comunicación con los espíritus obtenida con el auxilio de los médiums.

En una palabra, aproveché cuantas oportunidades se me presentaron hasta agotar la materia. Durante todo ese tiempo me mantuve incrédulo, y puse a prueba la paciencia de los creyentes por mi escepticismo, mi suspicacia y mi tenacidad en aferrarme a mis ideas. Vi alrededor mío personas que al cabo de una o dos sesiones abrazaban las nuevas ideas; otras, en las mismas circunstancias, persistían en su incredulidad, y otras, en fin, sin proceder a ninguna investigación, continuaban impertérritamente incrédulas. Yo no podía imitar ni a los unos ni a los otros, pero estaba resuelto a no darme por vencido hasta tener ante mi vista pruebas irrefutables. Al fin pude obtener dichas pruebas, y con un carácter de evidencia tal, que no había más remedio que rendirse.

Como se ve, este personaje, uno de los primeros en convertirse a la nueva revelación, tomó las más grandes precauciones y buscó toda clase de pruebas para convencerse de la autenticidad de la comunicación espiritista. La experiencia corriente demuestra que la aceptación inmediata y fácil de tal realidad, es muy rara entre los pensadores serios, y que apenas existe un creyente de primera línea cuyo estudio e investigación no hayan sido precedidos de un noviciado de varios años.

Eso ofrece un singular contraste con la abundancia de opiniones negativas fundadas tan solo en los prejuicios y en los relatos tendenciosos de autores sectarios.

El juez Edmonds, en la excelente narración de sus vicisitudes —narración que debería haber convencido a todos los americanos si estos hubieran estado mejor preparados— muestra la base sólida de sus creencias al hacer resaltar que jamás estuvo solo en las manifestaciones a las cuales concurría, sino rodeado de varios testigos.

Describe en los siguientes términos las minuciosas precauciones que tomaba:

Después de fiar a mis propios sentidos las diversas fases de los fenómenos, apelaba a la ciencia, y con la colaboración de un experto electricista y de sus aparatos, y otras ocho o diez personas serias, cultas e inteligentes, llevaba mi examen hasta los últimos extremos. Proseguimos nuestra investigación en Rochester durante varios días, hasta que quedó bien determinado, primero, que los ruidos no eran producidos por persona alguna allí presente o cercana a nosotros, y segundo, que no se producían por nuestro gusto o voluntad.

Se ocupa luego de las acusaciones de «charlatanería» lanzadas por periódicos, acusaciones contra algunos embaucadores, a veces fundadas, pero por lo general, injustas y causantes de decepciones que producen mayor daño que los males que pretenden evitar. Dice así:

Estando en esta situación las cosas, aparecieron en los periódicos denuncias de «escándalos y charlatanerías», según los calificaban. Los leí con atención, esperando que vinieran en apoyo de mis investigaciones, pero no pude menos de reírme de la futilidad de tales denuncias. Por ejemplo, mientras ciertos profesores de Buffalo se enorgullecían por haber descubierto en el dedo grueso del pie y en las rodillas de un médium la causa de los ruidos resultó que esas manifestaciones se transformaron en el sonido de una campanilla colocada debajo de la mesa. Es como la solución dada más tarde por un ilustre profesor de Inglaterra, que atribuía los golpes oídos en las mesas a una fuerza especial de las manos colocadas encima del tablero. Pero el hecho es que casi siempre las mesas se mueven cuando no hay manos sobre ellas.

Después de haber hablado de la objetividad de los fenómenos, el juez se ocupa de la cuestión más importante, de su caso. Comenta el hecho de que, en las contestaciones a sus preguntas mentales, veía revelados sus pensamientos más secretos y sus propósitos más íntimos. Afirma, finalmente,

haber oído a médiums hablar en griego, latín, español y francés, a pesar de ignorar en absoluto tales lenguas.

Esto le hace preguntarse si tales cosas no podrían explicarse como reflejo o sugestión de estos que presencian los fenómenos. Duda que prueba en el caso del juez Edmonds, como en el de otros investigadores, que los espiritistas no aceptan su propia doctrina de un solo golpe, sino que proceden por etapas, con la más minuciosa verificación de cada una. La tarea emprendida por el juez Edmonds, es igual a la seguida por otros. He aquí las razones que más adelante acaba por dar contra la probabilidad de la sugestión ajena sobre el médium.

Hechos completamente desconocidos por este fueron después comprobados; por ejemplo, el siguiente:

Cuando el pasado invierno me hallaba en la América Central, mis amigos de la ciudad de donde yo procedía tuvieron por un médium noticias mías, y del estado de mi salud, repetidas veces; y a mi regreso, comparando sus informes con las notas de mi diario, los hallé absolutamente conformes. De la misma manera, durante mi viaje al Oeste, mis acciones y mi estado de salud fueron comunicados a un médium de esta ciudad, en el tiempo en que yo viajaba en ferrocarril entre Cleveland y Toledo. Muchas ideas me fueron reveladas sobre asuntos en los que yo no pensaba, y absolutamente distintas de mis propias opiniones.

Esto me ha ocurrido con frecuencia igual que a mí a otros, lo cual plenamente demuestra que no es la inteligencia del que asiste a la sesión quien provoca o influye en las comunicaciones.

Tratando de ese sorprendente tema llama la atención sobre su extraordinaria significación religiosa con arreglo a las líneas generales que se definen en otro capítulo de esta obra. El juez Edmonds era un cerebro de primera línea, y de claro juicio; poco es, pues, lo que podemos añadir a lo por él aducido, y tal vez jamás mejor expresado en tan pocas palabras.

Como ya hemos tenido ocasión de decir, puede proclamarse que el Espiritismo se manifestó potente desde un principio sin que maestros y guías lo enturbiasen con sus polémicas.

Por el contrario, no deja de ser gracioso que aquella ciencia arrogante que intentó contener los primeros movimientos de 1850, con meras palabras, se ha manifestado esencialmente equivocada y contradictoria en su propio terreno. Apenas existen hoy axiomas científicos, como el fin último de los elementos, la indivisibilidad del átomo, el origen de las especies por separado, que no haya sido controvertido, al paso que el conocimiento espiritista, tan menospreciado entonces, se ha mantenido firme, fortaleciéndose con nuevos hechos y nunca se ha debilitado por causa de otros que los contradigan.

Escribiendo sobre los benéficos efectos de ese conocimiento, el juez Edmonds dice:

En él está todo lo que consuela al triste y conforta al decaído. Todo lo que dulcifica nuestro paso a la tumba y priva a la muerte de sus temores. Todo lo que ilumina al ateo y no puede menos que reformar al vicioso. Lo que premia y anima al virtuoso en medio de las pruebas y de las vicisitudes de la vida. Y lo que muestra al hombre su deber y su destino, apartándole de la vaguedad y de la incertidumbre.

Jamás fue mejor sintetizada nuestra doctrina.

Hay, no obstante, un pasaje final en ese notable documento que causa cierta tristeza. Hablando de los progresos hechos por el movimiento en los Estados Unidos en cuatro años, dice:

Hay diez o doce periódicos consagrados a la causa, y la bibliografía espiritista comprende más de un centenar de obras diferentes, algunas de las cuales alcanzaron tiradas de más de diez mil ejemplares. Al lado de la multitud anónima hay muchos hombres de alta significación y gran talento, entre ellos doctores, abogados, sacerdotes en gran cantidad,

un obispo protestante, el ilustre reverendo presidente de un Colegio, jueces de Tribunales Supremos, miembros del Congreso, embajadores extranjeros y ex miembros del Senado de los Estados Unidos.

En cuatro años la fuerza espiritista hizo todo eso. ¿Cuál es hoy la situación? La «multitud anónima» se mantiene briosamente y el centenar de publicaciones se han vuelto muchas más. ¿Pero dónde están los hombres de primera fila que marchen a la cabeza? Desde la muerte del profesor Hyslop es difícil encontrar un hombre eminente en los Estados Unidos capaz de jugarse su carrera y su reputación proclamando abiertamente ante todo el mundo sus ideas espiritistas. Los que nunca temieron la tiranía de los hombres, se han encogido ante la mala cara de la prensa. La máquina de imprimir ha vencido donde los demás poderes fracasaron. La pérdida que en su reputación y en sus intereses sufrió el juez Edmonds, obligado a dimitir de su cargo en el Tribunal Supremo de Nueva York, así como las sufridas por otros muchos que profesaron valientemente la verdad, dieron origen a este reinado del terror que mantiene a las clases intelectuales alejadas del movimiento espiritista.

En aquellos tiempos no toda la prensa estaba mal dispuesta, de modo que el famoso y emocionante escrito del juez Edmonds fue acogido con respeto.

El New York Courier, escribió:

La carta del juez Edmonds, que publicamos el sábado, respecto a las pseudo manifestaciones espiritistas, por ser de jurisconsulto tan erudito, de hombre tan notable por su claro sentido en las cuestiones de la vida práctica, y de caballero tan irreprochable, ha llamado la atención de la gente y es considerada por muchos como uno de los más notables documentos de la época.

Por su parte, el *Evening Mirror*, de Nueva York, decía:

John W. Edmonds, primer juez del Tribunal Supremo de este distrito es un habilísimo abogado, un juez sagaz y un excelente ciudadano. Ha ocupado durante los últimos ocho años los más elevados cargos judiciales, y cualesquiera que hayan sido sus faltas, nadie puede acusarle con fundamento, de carecer de talento, de perspicacia, de honradez y de valor. Nadie puede dudar de su claridad de juicio ni puede creerse por un solo momento en claudicaciones de su rectitud e inteligencia. Todos los abogados y hombres de leyes que han pasado por su tribunal le sitúan a la cabeza del Tribunal Supremo de este distrito, así por sus hechos como por sus méritos.

La experiencia del Dr. Robert Hare, profesor de Química de la Universidad de Pensilvania, es también interesante, por haber sido uno de los primeros hombres eminentes de ciencia que, proponiéndose revelar los engaños del Espiritismo, finalmente se hizo espírita. Era en 1853 cuando, según sus propias palabras, «se sintió obligado, por deber hacia su prójimo, a dedicar toda su influencia en atajar la corriente de locura popular, favorable a la gran farsa llamada Espiritismo». Una carta acusadora que publicó en los periódicos de Filadelfia, donde residía, fue copiada por otros diarios del país y sirvió de tema a numerosos sermones. Pero a semejanza de lo que ocurrió con Sir William Crookes muchos años más tarde, el júbilo resultó prematuro. El profesor Hare, aun cuando era un escéptico, acabó por experimentar por sí mismo, y tras un período de minuciosas pruebas se convenció completamente del origen extraterreno de las manifestaciones. Como Crookes, ideó un aparato comprobador de los médiums. La señora S. B. Britten, da el siguiente sucinto relato de algunos de los experimentos de Hare:

Primeramente, para convencerse a sí mismo de que los movimientos no eran obra del fraude, cogió unas bolas de billar, las colocó sobre unas planchas de zinc y sobre las

bolas pusieron las manos los médiums, y con gran asombro por su parte las mesas se *movieron*.

Luego preparó una mesa movediza en todos los sentidos, a la cual adaptó un dispositivo para hacer girar un disco conteniendo las letras del alfabeto, disco *oculto a la vista de los médiums*.

Las letras estaban diversamente dispuestas, fuera de su orden correlativo, requiriéndose del espíritu que las colocara en el lugar que les correspondía, es decir, consecutivamente. Inmediatamente las letras fueron apareciendo en su orden alfabético. Luego siguieron frases inteligentes que el médium no podía ver ni conocer.

Finalmente, se llegó a la prueba definitiva. Se colocó el brazo largo de una palanca en un círculo graduado con el indicador marcando un peso conocido, mientras la mano del médium descansaba en el brazo corto, de tal manera, que siéndole imposible hacer presión hacia abajo, obtenía, en cambio, el efecto opuesto de levantar el brazo largo de la palanca. Pues bien, lo *asombroso* fue que el peso aumentó varios kilos en la escala.

El profesor Hare resumió esas minuciosas investigaciones y sus opiniones sobre el Espiritismo en un importante libro publicado en Nueva York en 1855, con el título de *Investigación experimental de las manifestaciones espiritistas*. En la pág. 55 compendia como sigue los resultados de sus primeros experimentos:

La evidencia de las manifestaciones arriba descritas, no se limitará únicamente a mí, ya que hubo varias personas presentes al producirse, y fueron repetidas en presencia de todos con cuantas modificaciones se propusieron.

Esa evidencia puede ser considerada bajo diversos aspectos: primero, los golpes y otros ruidos se produjeron de una manera ajena a toda intervención humana; segundo, los sonidos producidos para indicar letras que a su vez constituían frases gramaticales perfectamente expresadas demostraban estar bajo la dirección de un espíritu inteligente; tercero,

quedó probado que el ente que producía esos sonidos era conocido, amigo o pariente del investigador.

Por otra parte, se han presentado casos de movimientos hechos por cuerpos ponderables de naturaleza apropiada para la producción de comunicaciones intelectuales parecidas a las obtenidas por medio de golpes, como arriba indicamos.

Aunque los aparatos por medio de los cuales se han obtenido las distintas pruebas *con las mayores precauciones y precisión posibles*, las modificaron en cuanto a la manera de producirse, esencialmente todas ellas conducen a las conclusiones arriba enunciadas, refrendadas por el testimonio de gran número de observadores. Muchos que jamás pensaron en ninguna comunicación espiritista ni han sentido la necesidad de ingresar en el Espiritismo, afirman, sin embargo, la realidad de los ruidos y de los movimientos, y admiten además su naturaleza inexplicable.

James J. Mapes, de Nueva York, químico agrónomo, miembro de varias sociedades científicas, comenzó sus investigaciones acerca del Espiritismo para salvar, según su expresión, a los amigos, que estaban «cayendo en la imbecilidad». A través de las facultades mediúmnicas de Cora Hatch, más tarde señora de Richmond, recibió las contestaciones a sus preguntas, y terminó por ser un completo creyente, y su esposa se convirtió en médium dibujante y pintora, a pesar de carecer de todo talento artístico.

Su hija, sin que él se diera cuenta, fue médium escribiente, y cuando le anunció tales facultades, su padre le pidió que se las demostrara. Entonces la joven cogió una pluma y escribió rápidamente un mensaje que decía proceder del padre del profesor Mapes. Este pidió pruebas de la autenticidad del mensaje, escribiendo entonces la joven las siguientes palabras:

Recuerda que te di entre otros libros una Enciclopedia, mira la pág. 120 de dicho libro y encontrarás escrito mi nombre, cosa que jamás habías visto.

El libro en cuestión estaba guardado junto a varios otros en un desván. Cuando el profesor Mapes abrió la caja, que nadie había tocado en el espacio de veintisiete años, vio con enorme asombro el nombre de su padre escrito en la pág. 120. Tal incidente le impulsó a llevar a cabo serias investigaciones a semejanza de su amigo el profesor Hare, dejando de ser como este un acérrimo materialista.

En abril de 1854, el diputado James Shields presentó una Memoria suscrita con trece mil firmas, a la cabeza de las cuales figuraba la del gobernador Tallmadge pidiendo al Parlamento de los Estados Unidos que se hiciera una investigación acerca de los fenómenos espiritistas.

Después de una frívola discusión en la que Shields, que presentaba la petición, aludió a la creencia de los peticionarios de que se trataba de un engaño, obra del desequilibrio mental o de la incultura, se decidió que la demanda quedara sobre la mesa. E. W. Capron puso al hecho el siguiente comentario:

Es probable que ninguno de los firmantes esperara mejor solución. A los carpinteros y pescadores de todo el mundo es a los que toca investigar la nueva verdad para que la respeten los Senados y los Tronos. Es en vano esperar tal respeto de hombres colocados en lugares tan altos.

La primera organización espiritista regular se formó en Nueva York el 10 de junio de 1854. Se denominó *Sociedad para la difusión del conocimiento espiritista*, y figuraban entre sus miembros hombres tan eminentes como el juez Edmonds y el gobernador Tallmadge, de Wisconsin.

La Sociedad fundó un periódico titulado *The Christian Spiritualist*, y acordó contratar a Kate Fox para que diera sesiones diarias, a las cuales era admitido el público gratuitamente, de once a una de la mañana.

En 1855, Capron escribía:

Es imposible detallar la difusión del Espiritismo en Nueva York actualmente. Se ha esparcido por toda la ciudad, dejando de objeto de curiosidad o extravagancia prodigiosa. Las reuniones públicas se celebran a diario y las investigaciones se llevan a cabo de una manera constante; pero han pasado ya los días de excitación producida por la nueva causa y en todas partes se la considera como algo más que una farsa. Ciertamente que la santurronería la fustiga aún, pero sin discutir los resultados, aunque a veces denuncie, con fines partidistas, algún pretendido embaucamiento. Lo positivo es que el intercambio espiritista se ha convertido en un hecho corriente en esta ciudad.

Tal vez lo más significativo de todo el período que estamos revisando es el desarrollo de la mediumnidad entre personas eminentes, tales como el juez Edmonds y el profesor Hare. Este último escribe:

Habiendo adquirido últimamente las facultades de médium en grado suficiente para cambiar ideas con mis espíritus amigos, ya no estoy en la necesidad de defender a los médiums contra la imputación de falsedad o engaño. Ahora ya solo se trata de mí mismo.

Aparte de las hermanas Fox, nos encontramos en aquel momento con la mediumnidad privada del Rev. A. H. Jervis, del diácono Hale, de Lyman Granger, del juez Edmonds, del profesor Hare, de la señora y de la señorita Mapes y de la mediumnidad pública de las señoras Tamlin, Benedict, Hayden, de D. D. Home y otros más.

No entra en la esencia de este libro tratar del gran número de casos individuales de mediumnidad, algunos de ellos verdaderamente emocionantes, registrados en aquel primer período del movimiento espiritista. El lector puede consultar a este respecto las dos importantes compilaciones de la señora Hardinge Britten *Espiritismo moderno americano* y *Milagros del siglo XIX*, los mejores libros en la materia de

aquellos tiempos. La serie de los fenómenos fue tan importante, que la señora Britten contó hasta quinientos distintos, referidos en la prensa en los primeros años, lo cual representa probablemente algunos cientos de miles no registrados públicamente.

La pseudo Religión y la pseudo Ciencia, unidas para desacreditar y perseguir a la nueva verdad y a sus defensores, encontraron, desgraciadamente, apoyo en una prensa interesada en fomentar los prejuicios de la mayoría de sus lectores. La labor era tanto menos difícil cuanto que en el vital movimiento no faltaron fanáticos que desacreditaban sus propias opiniones con sus actos, mientras otros se aprovechaban del interés general para imitar con más o menos éxito los dones reales del espíritu. Estos viles embaucadores daban muchas veces su timo a sangre fría, mientras que en otras ocasiones se trataba de médiums verdaderos de los cuales había desaparecido el poder psíquico. Hubo escándalos y denuncias sobre hechos reales y supuestos. Eran denuncias, entonces como ahora, debidas a los mismos espiritistas, quienes objetaban con vehemencia que las ceremonias sagradas a que se entregaban los impostores eran como una pantalla para las hipocresías y blasfemias de aquellos miserables que, cual hienas humanas, intentaban vivir fraudulentamente a costa de los muertos. El resultado de todo fue embotar los primeros entusiasmos, rechazar lo que era verdadero y continuar incensando *per in aeternum* lo que era falso.

El valiente relato del profesor Hare le hizo caer en desgracia, provocando la persecución de este sabio que, con Agassiz, era entonces el hombre de ciencia más famoso de América. Los profesores de la Universidad de Harvard adoptaron el acuerdo de denunciarle por su «loca adhesión a una farsa gigantesca». No pudo perder su cátedra de la Universidad de Pensilvania por haber ya dimitido, pero sufrió mucho su reputación.

El caso más grande y absurdo de intolerancia científica, intolerancia que siempre fue tan violenta e irracional como la de la Iglesia de los siglos pasados, lo dio la *Sociedad Científica Americana*. La docta corporación abucheó al profesor Hare cuando intentó hablar sobre el tema espiritista, y acordó hacer constar que aquel tema era indigno de ser tratado en ella. Llamó, no obstante, la atención de los espiritistas, que dicha corporación, en la misma sesión, se empeñara en un animado debate acerca de por qué los gallos cantan entre las doce y la una de la madrugada, llegándose a la conclusión de que a dicha hora pasa por la Tierra una onda eléctrica de Norte a Sur, y las aves, alarmadas en sus sueños, y «estando en una disposición natural de cacarear», señalan el fenómeno con su canto. No se sabía entonces, y tal vez no se sabe aún, que un hombre o un círculo de hombres pueden ser muy doctos sobre algunas materias, y mostrar, no obstante, una extraordinaria falta de sentido común en presencia de una nueva idea o un nuevo hecho. La ciencia británica y la de todo el mundo, han mostrado la misma intolerancia e ineptitud que caracterizaron a la americana en los primeros días del movimiento espiritista.

Tan bien descritos fueron los acontecimientos de aquellos días por la señora Hardinge Britten, que cuantos se interesen en ellos deben seguirlos a través de las admirables páginas que les dedicó. En este lugar recogeremos nosotros algunas notas acerca de dicha señora. No sería completa la historia del Espiritismo sin una referencia a tan notable mujer, que ha sido llamada el San Pablo femenino del movimiento. De nacimiento inglés, fue a Nueva York aún joven, formando parte de una compañía teatral, y allí vivió con su madre. En su calidad de rigurosa evangelista, le repugnaban las ideas reputadas heterodoxas del Espiritismo, y abandonó con horror la primera sesión a que asistió. Más tarde, en 1856, volvió a ponerse en contacto con el movimiento, y entonces

obtuvo las primeras pruebas que le impidieron dudar de la verdad.

Pronto descubrió sus propias facultades de médium, y uno de los más probados y más sensacionales casos de la historia del Espiritismo en sus primeros tiempos, fue aquel en que recibió aviso de que el trasatlántico *Pacific*²⁸ se había hundido en medio del Atlántico con la pérdida de todos los pasajeros y tripulantes, en tales términos, que fue amenazada con un proceso por los propietarios del buque por revelar lo que acababa de anunciarle el espíritu de uno de los ahogados.

Pronto se demostró que la revelación era exacta y jamás volvió a tenerse noticia del buque hundido. Emma Hardinge, por su segundo matrimonio señora Hardinge-Britten, puso todo su vehemente temperamento al servicio de los nuevos ideales, dejando en ellos una huella aún hoy visible.

Fue una propagandista admirable por los variados dones de que estaba dotada. Era una médium poderosa, oradora, escritora, pensadora muy ponderada y una viajera infatigable. Año tras año recorrió los Estados Unidos de Norte a Sur y de Este a Oeste proclamando la nueva doctrina en medio de una gran oposición, dado el carácter militante y anticristiano de las opiniones que pretendía poseer directamente de sus espíritus directores.

Como, según sus opiniones, la moral de todas las iglesias estaba muy relajada y debía aspirarse a algo más elevado, no es de suponer que el Fundador del Cristianismo estuviera entre sus adversarios. Las ideas de la señora Hardinge Britten

²⁸ El SS Pacific desapareció en febrero de 1856. La revelación de Britten fue escandalosa porque ocurrió semanas antes de que se confirmara oficialmente la pérdida del buque, lo que en la época se consideró o una premonición genuina o una imprudencia financiera que afectaba a las aseguradoras. *Nota de Curso Espírita.*

guardaban más relación con el amplio punto de vista de los círculos espiritistas que aún existen, que con cualquier otro.

En 1886 regresó a Inglaterra, donde trabajó infatigablemente, publicando el *Espiritismo moderno americano* y más tarde *Milagros del siglo XIX*, obras que revelan una asombrosa cantidad de trabajos de investigación, además de una inteligencia despejada y lógica. En 1870 se casó con el doctor Britten, también fervoroso espiritista. Aquel matrimonio fue idealmente feliz. En 1878 marcharon juntos como misioneros del Espiritismo a Australia y Nueva Zelanda, donde permanecieron varios años, fundando varias iglesias y sociedades, las cuales existían aun cuando el autor visitó aquellas tierras cuarenta años más tarde. En Australia la ilustre escritora llevó a imprenta *Fe, hechos y engaños de la historia religiosa*, un libro que aún ejerce con razón poderosa influencia sobre muchas inteligencias.

En aquella época había indudablemente una íntima conexión entre el librepensamiento y la nueva revelación espiritual. El fiscal del Tribunal Supremo de Nueva Zelanda, Robert Stout, era al mismo tiempo presidente de la *Sociedad del Librepensamiento* y fervoroso espiritista. Fácilmente se comprende que las enseñanzas de la comunicación espiritista son demasiado vastas para estar contenidas en un sistema, sea positivo o negativo, mientras que el espiritista puede profesar cualquier credo si no abandona las condiciones esenciales de reverencia hacia lo invisible y de desprendimiento hacia el prójimo.

La señora Hardinge Britten dio otra muestra notable de su celo fundando el periódico espiritista *Two Worlds*, de Manchester, que todavía tiene una gran circulación. La admirable propagandista falleció en 1899, dejando una profunda huella en la vida religiosa de tres continentes.

Hemos hecho una larga, pero necesaria digresión en la narración de los primeros días del movimiento americano.

Fueron días señalados por el gran entusiasmo, por los muchos éxitos, pero también por una sañuda persecución. Todos los jefes de aquel movimiento que tenían algo que perder lo perdieron. La señora Hardinge, dice:

Al juez Edmonds le señalaban en las calles como a un estulto espiritista. Hombres de carrera, comerciantes e industriales, se vieron poco menos que reducidos a la ruina. Una persecución perseverante, provocada por la prensa y desde el púlpito, descargaba sus golpes contra la causa y sus prosélitos. Muchas casas en las cuales se habían domiciliado los círculos espiritistas fueron objeto de manifestaciones hostiles de la multitud, que con sus gritos, silbidos y rotura de cristales, intentaban amedrentar a los pacíficos investigadores en su trabajo impío de «resucitar a los muertos», como piadosamente llamaba uno de los periódicos al acto de invocar al «Ministerio de los Ángeles».

Aparte las altas y bajas naturales del movimiento, la aparición de nuevos médiums auténticos, la denuncia de algunos que resultaban falsos, los resultados negativos frecuentemente, de muchos comités de investigación por falta de percepción de los inquirentes (ya que en un círculo psíquico el éxito depende de las condiciones psíquicas de *todos* sus miembros), el desarrollo de nuevos fenómenos y la conversión de nuevos iniciados, pocos fueron los incidentes de importancia que pueden ser anotados ocurridos por entonces.

Sobresaliente entre todos fue la mediumnidad de D. D. Home y el de los dos Davenport, episodios importantes que atrajeron la atención pública hasta tal punto y durante tanto tiempo, que serán objeto de otro capítulo. Hubo, no obstante, ciertas mediumnidades de menor importancia que merecen una breve noticia.

Una de ellas fue la de Linton, un herrero casi analfabeto y que, no obstante, como A. J. Davis, escribió un libro

notable, dictado al parecer por un espíritu. Este libro, de 530 páginas, titulado *The Healing of the Nations*, es indudablemente una producción notable, cualquiera que sea su origen, y resulta absolutamente imposible que haya podido ser producto normal de semejante autor. Se publicó avalorado por largo prefacio del gobernador Tallmadge, en el cual demostró el digno senador que conocía a fondo la antigüedad clásica. Difícilmente podía escribirse nada mejor desde el punto de vista de los clásicos y de la Iglesia primitiva.

En 1857, la Universidad de Harvard dio nueva muestra de su intolerancia con la persecución y la expulsión de un estudiante llamado Fred Willis, por practicar la mediumnidad. Parecía que el espíritu de Cotton Mather y de los perseguidores de brujas de Salem había descendido sobre aquel gran centro de sabiduría, pues en aquellos días se le vio constantemente en lucha con las fuerzas invisibles. El incidente se inició con un intemperante intento llevado a cabo por el profesor Eustis para probar que Willis era un embaucador, siendo así que está demostrado que fue un verdadero médium que huyó de todo uso público de sus facultades. El asunto causó enorme excitación y escándalo en aquellos días.

Además de este se podrían citar otros casos de violencia, pero bastará consignemos que el afán de lucro, por una parte, y por otra la efervescencia pública causada por las arbitrarias persecuciones, provocaron tan inmoral reacción en algunos sediciosos médiums, tan fanáticos excesos y tan grotescas afirmaciones en otros, que tuvo que renunciarse al éxito inmediato que esperaban los espiritistas más sanos y serios.

Una curiosa fase de mediumnidad que por entonces llamó poderosamente la atención fue la del campesino Jonatan Koons y su familia, habitantes en un agreste lugar de Ohio.

Más adelante narraremos los fenómenos obtenidos por los hermanos Eddy, de igual naturaleza que los de la familia Koons, por lo que prescindiremos de detalles al referirnos a esta.

El uso de instrumentos musicales caracterizó las demostraciones de los espíritus en el caso de los Koons, cuya choza adquirió pronto fama en las haciendas vecinas, tanto, que siempre se vio concurridísima, aunque estaba a unos 70 km de la ciudad más próxima. Se trataba de un caso de mediumnidad física, de índole vulgar, propia de un rudo y casi analfabeto campesino y en ninguna de las varias investigaciones que se llevaron a cabo pudo la crítica invalidar cualquiera de los hechos presenciados. No obstante, Koons y su familia tuvieron que abandonar su barraca forzados por la persecución de la gente ignorante entre la cual vivían.

La dura vida al aire libre de los campesinos parece propicia al desarrollo de la mediumnidad física. Las primeras manifestaciones de este género tuvieron lugar en el domicilio de un campesino americano; luego los Koons en Ohio, los Eddy en Vermont, los Fox en Massachusetts²⁹ y tantos otros, en diversos lugares, pusieron de manifiesto la misma clase de fuerza.

Antes de terminar esta breve reseña de los primeros días del movimiento en América, referiremos un suceso en el cual la intervención espiritista fue de suma importancia para la historia del mundo. Aludimos a los inspirados mensajes que determinaron la actitud de Abraham Lincoln en el momento supremo de la guerra civil. Los hechos están por encima de toda discusión, y constan con evidencia insuperable en el libro que publicó la señora Maynard sobre Abraham

²⁹ Aunque Doyle menciona Massachusetts, los hechos históricos sitúan a la familia Fox en Hydesville, el estado de Nueva York, es posible que se tratase de una errata. *Nota de Curso Espírita.*

Lincoln³⁰. El nombre de soltera de la señora Maynard era Nettie Colburn y ella misma fue la heroína de la historia.

Esta señora, a la sazón joven, que era una poderosa médium en sus momentos de trance, durante el invierno de 1862 fue a Washington con el fin de visitar a su hermano que estaba enfermo en el hospital del Ejército Federal.

La señora Lincoln esposa del presidente y a la que interesaba todo lo relacionado con el Espiritismo, obtuvo una sesión con Colburn, quedando profundamente impresionada del resultado. Al día siguiente, mandó su coche a la médium para que acudiera a exhibir sus facultades ante el presidente.

La médium describe el afectuoso modo con el que fue recibida por el gran hombre en la sala de la Casa Blanca, y cita los nombres de las personas que estuvieron presentes al acto.

Después de sentarse cayó en el éxtasis y ya no recordó más. Luego continúa:

Durante más de una hora me hicieron hablar con Lincoln, y según me dijeron mis amigos, estuve conversando de cuestiones que él comprendía perfectamente, y que para ellos apenas tenían sentido, hasta llegar a lo relacionado con el *Decreto de Emancipación*³¹. El presidente recibió por mi conducto un mensaje con el encargo solemne de no renunciar a sus propósitos de dar aquel decreto sin aplazar su aplicación con fuerza de ley más allá del nuevo año, porque eso sería la obra culminante de su mandato presidencial y de toda su vida. Y, en contra de los consejos de algunos fuertes partidos para que difiriese la aplicación de aquella

³⁰ *Was Abraham Lincoln a Spiritualist? Nota de Curso Espírita.*

³¹ También llamado *Proclamación de Emancipación*, fue una proclama presidencial y una orden ejecutiva emitida por el presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, el 1 de enero de 1863. Por la que se ordenó la libertad de todos los esclavos en diez estados. Y se aplicó a más de 3,5 millones de esclavos de los 4 millones que había. *Nota de Curso Espírita.*

ley sustituyéndola por otras medidas, que resistiese el presidente tales sugerencias y se mantuviera firme en sus convicciones realizando sin miedo la misión que le había confiado la Providencia.

Los que estaban presentes a la sesión declararon que casi perdieron la noción de la presencia de la tímida joven por la majestad de sus declaraciones, el vigor y fuerza de su lenguaje, y la importancia del mensaje que transmitía, pareciendo como si en su lugar vieran una potente fuerza espiritual masculina de la que emanaban aquellas órdenes casi divinas.

Nunca olvidaré la escena que se desarrollaba a mi alrededor cuando recobré los sentidos. Estaba de pie frente a Lincoln que se hallaba sentado en la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome intensamente. Retrocedí naturalmente confusa por aquella situación, no recordando de momento en donde me encontraba y mirando a mi alrededor al grupo de personas entre las cuales reinaba absoluto mutismo.

Durante un rato tuve que hacer esfuerzos para recordar lo que había dicho.

Un caballero de los allí presentes rompió el silencio diciendo en voz baja:

«Señor presidente, ¿tiene usted algo que decirnos respecto al modo de implantar el decreto?» Lincoln se levantó como si saliera de un sueño. Contempló rápidamente el cuadro de tamaño natural de Daniel Webster, colgado encima del piano, y contestó con pronunciado énfasis: «¡Sí, mucho!»

Somes dijo: «Señor presidente, ¿sería muy atrevido preguntarle si se le ha hecho presión en el sentido de aplazar la aplicación del decreto?» A lo que el presidente contestó: «En las presentes circunstancias la pregunta es perfectamente correcta puesto que aquí todos somos amigos». (Todos los presentes sonreímos). «Se me han hecho esas presiones y solo reprimiendo mis nervios pude soportarlas». Todos los caballeros rodearon entonces al presidente, hablándole en voz baja, él callaba.

Al fin, volviéndose hacia mí y pasándome la mano por la cabeza, pronunció las siguientes palabras, que jamás olvidaré:

«Hijita, posee usted un don muy singular, que no hay duda procede de Dios. Gracias por haber venido aquí esta noche; lo ocurrido es más importante de lo que ninguno de estos señores puede comprender. Ahora debo dejarles a todos, pero tal vez volvamos a vernos de nuevo».

Me estrechó afectuosamente la mano, se inclinó saludando a los demás y desapareció. Yo me quedé una hora más hablando con la señora Lincoln y sus amigos, y por fin regresé a Georgetown. Tal fue mi primera entrevista con Abraham Lincoln, y hoy su recuerdo es para mí tan claro y vívido como la noche en que tuvo lugar.

Aquel fue uno de los momentos más importantes en la historia del Espiritismo, y tal vez uno de los más importantes en la historia de los Estados Unidos, pues no solo fortaleció la situación del presidente, obligándole a dar un paso que levantó el espíritu de los ejércitos del Norte, sino que, por efecto de un mensaje subsiguiente, Lincoln salió con urgencia a visitar los campos con el más saludable efecto sobre el espíritu de las tropas.

Y, sin embargo, el lector puede buscar en todas las historias de las luchas y la vida del presidente y no encontrará mención alguna de tan notable episodio. Todo ello por culpa de ese desleal trato que el Espiritismo ha sufrido durante tanto tiempo. Es imposible que los Estados Unidos, si son amantes de la verdad, permitan que una creencia que ha demostrado su valía en el más aciago momento de su historia sea perseguido y reprimido como lo es por magistrados santurriones y gente ignorante, así como que la prensa continúe mofándose del movimiento que produjo la Juana de Arco de su nación.



EL JUEZ EDMONDS

CAPÍTULO VII

EL DESPERTAR EN INGLATERRA

Los primeros espiritistas han sido comparados frecuentemente con los primeros cristianos, y en verdad hay entre ellos anchos puntos de contacto, aunque, en cierto aspecto, los espiritistas les lleven ventaja. Las mujeres cristianas de los primeros tiempos tomaron parte noblemente en la lucha, viviendo como santas y muriendo como mártires, pero no figuraron como predicadoras ni como misioneras. En cambio, siendo el poder y el conocimiento psíquicos tan grandes en uno como en otro sexo, fueron mujeres los mejores paladines de la revelación espiritista. Ello puede decirse especialmente de Emma Hardinge Britten, cuyo nombre gana en fama a medida que los años pasan. Pero no fue la única. Otras mujeres misioneras hubo de gran relieve, siendo la más importante de ellas, desde el punto de vista británico, la señora Hayden, por ser la que en el año 1852 trajo por vez primera los nuevos fenómenos a nuestras costas. Teníamos nosotros la fe religiosa de los antiguos apóstoles; pero entonces se presentaba aquí el apóstol.

La señora Hayden fue mujer muy notable y una médium excelente. Era esposa de un respetable periodista de Nueva Inglaterra, que la acompañó en su misión, organizada por el señor Stone, que había experimentado sus facultades en América.

En el momento de su visita, se le describe «joven e inteligente, a la par que sencilla y cándida en sus maneras».

Un biógrafo inglés, añade:

Desvanecía toda sospecha con la natural ingenuidad de sus palabras, y muchos que venían a pasar el rato a su costa quedaban avergonzados, acabando por tratarla con respeto y hasta con cordialidad ante la mansedumbre y el buen carácter de que daba muestra. La impresión que dejaba invariablemente una entrevista con ella era que, si los fenómenos que se manifestaban por su intervención podían atribuirse a una superchería, resultaba entonces (según observó Dickens) la más perfecta artista que pudiera imaginarse.

La ignorante prensa británica trató a la señora Hayden como a una vulgar aventurera americana. Pero de su capacidad mental júzguese por el hecho de que algunos años más tarde, a su regreso a los Estados Unidos, se doctoró en medicina y ejerció esta profesión durante quince años. El doctor James Kodes Buchanan, el famoso precursor de la psicometría, habla de ella como de «uno de los médicos más familiarizados con el éxito y más hábiles que he conocido». Tuvo a su cargo una cátedra de medicina en un Colegio americano, y la Compañía de Seguros *The Globe* la empleó para protegerse de las pérdidas que venía experimentando en los seguros de vida. Un aspecto de su personalidad, según Buchanan, fue su genio psicométrico. Y el mismo Buchanan rinde tributo solemne a su nombre diciendo que casi lo había olvidado la Junta de Sanidad porque durante varios años no tuvo que dar parte de una sola muerte.

Todo esto era, sin embargo, desconocido por los escépticos de 1852, si bien no hay que vituperarles demasiado sus dudas, ya que, lo repetimos una vez más, las manifestaciones del Más Allá deben contrastarse con el mayor rigor antes de ser aceptadas. Nadie puede oponerse a esa actitud crítica. Pero lo que sí parece extraño es que una propuesta, cierta o no, que descubre el velo de los muertos, de la comunicación con los santos, provoque no una crítica serena, sino una

tempestad de insultos y abusos, siempre inexcusables, pero mucho más cuando se dirigen contra una dama que nos visita para curar nuestra ceguera. La señora Hardinge Britten dice que en cuanto la señora Hayden se exhibió en la escena, levantó en periódicos, púlpitos y centros de todas clases una nube de injurias, de persecuciones y de insultos, tan violentos como humillantes para el pretendido liberalismo y suficiencia científica de la época. Añade que su bondadoso espíritu femenino sufrió hondamente, y que la armonía intelectual indispensable para la producción de buenos resultados psíquicos quedó desequilibrada por el cruel e insultante trato recibido por parte de aquellos que se las daban de investigadores, y en realidad ardían en el deseo de anularla, armándole lazos y artimañas para falsear la verdad de la que la señora Hayden se decía instrumento. Profundamente sensible a la violencia de sus detractores sufrió, en efecto, grandes torturas bajo la fuerza aplastante de aquel feroz antagonismo que gravitaba sobre sus hombros, sin que, al menos en aquellos días, supiera cómo rechazarlo o resistirlo.

Afortunadamente, no toda la nación sentía aquella hostilidad irracional de la que aún tenemos diarios ejemplos. Hombres animosos surgían para compartir sin temor al descrédito de una causa impopular guiados tan solo por el móvil de su amor hacia la verdad, y por su caballerosidad indignada ante el espectáculo de una mujer perseguida. El Dr. Ashburner, médico de la Real Academia, y Sir Charles Isham, figuraron entre ellos defendiendo a la médium públicamente, en la prensa.

La mediumnidad de la señora Hayden parece, juzgada a la luz de los últimos descubrimientos, que estaba limitada solo a ciertos fenómenos. Aparte de los ruidos, poco conocemos de los fenómenos físicos provocados por ella, quedando totalmente excluidos de su mediumnidad los

casos de luces, de materialización y de voces directas. En cambio, las contestaciones que obtenía por medio de golpes eran exactísimas y convincentes.

Como todos los médiums verdaderos era tan sensible que le afectaba la gente que estaba a su alrededor, hasta convertirse en víctima propiciatoria de cuantos iban a visitarla con el solo fin de divertirse con sus experiencias en vez de estudiarlas seriamente. Pero el engaño es pagado con el engaño y el necio era correspondido según su necesidad, sin que el ente que inspiraba las palabras de la médium se preocupase de que el instrumento pasivo empleado para la transmisión resultara responsable o no de sus contestaciones.

Aquellos seudo investigadores llevaron a la prensa sus humorísticos relatos, pretendiendo haber burlado a los espíritus cuando eran ellos los burlados.

George Henry Lewes, marido más tarde de George Eliot (seudónimo de la escritora Mary Ann Evans), fue uno de aquellos cínicos investigadores. Cuenta con ironía cómo habiendo preguntado por escrito: «¿Es la señora Hayden una impostora?», había obtenido por medio de golpes la respuesta «Sí». Lewes aducía ese hecho a título de confesión de culpabilidad por parte de la señora Hayden, en lugar de deducir que los golpes eran absolutamente independientes de ella y que las preguntas frívolas no podían merecer de ningún espíritu una contestación seria.

Pero materias como esta deben juzgarse positiva y no negativamente, debiendo al efecto reproducir el autor con mayor extensión que la acostumbrada, algunos testimonios, para que el lector vea cómo se sembraron en Inglaterra las primeras semillas destinadas a producir árboles vigorosos. Ya se ha aludido a la defensa del Dr. Ashburner, el médico famoso, pero no estará demás añadir aquí algunas de sus palabras. Así, en *The Leader* de 14 de marzo de 1853, decía:

El sexo debería haberla protegido contra toda clase de ultrajes, y más si ustedes, señores de la prensa, poseen los debidos sentimientos de hospitalidad y compañerismo hacia uno de sus colegas, pues la señora Hayden es esposa del antiguo director y propietario de un diario de Boston de gran circulación en toda Nueva Inglaterra. Yo declaro que la señora Hayden no es una embaucadora, y el que se atreva a afirmar lo contrario, lo hace faltando a la verdad.

Por otra parte, en una carta dirigida a *The Reasoner* (junio de 1853), después de reconocer que visitó a la médium con gran escepticismo, esperando sorprender en ella «la misma clase de imposibilidades» que había ya sorprendido en otros pretendidos médiums, Ashburner escribe: «Por lo que se refiere a la señora Hayden, tengo la firme convicción de su perfecta honradez, tanto, que me asombra pueda haber quien le acuse seriamente de engaño». Y a continuación relata algunas de las verídicas comunicaciones por él recibidas.

Entre los investigadores figuraba el célebre matemático y filósofo, profesor De Morgan, el cual da noticia de algunos experimentos y conclusiones en extenso y luminoso prefacio, escrito para el libro de su esposa, *From Matter to Spirit* (1863), de la siguiente manera:

Hace diez años la famosa médium americana, la señora Hayden, vino a mi casa sola. La sesión comenzó inmediatamente después de su llegada. Había presentes ocho o nueve personas que creían, en mayor o menor grado, que en los hechos había engaño. Los golpes empezaron a producirse de la manera usual: nítidos, claros, distintos, como si fueran llamadas de un timbre eléctrico. Los comparé entonces al ruido que producirían unas agujas de hacer calceta cayendo de punta desde poca altura sobre un mármol grueso, y que fueran instantáneamente sofocados por una especie de extintor acústico adecuado; y, en efecto, una prueba que luego hicimos demostró que mi comparación no era errónea. A última hora de la noche, después de cerca de tres horas de

experimentación, la señora Hayden se levantó y se sentó a otra mesa, hablando con nosotros mientras tomaba un refresco. Un niño preguntó súbitamente: «¿Querrían golpear juntos todos los espíritus que hay aquí esta noche?» Y apenas pronunciadas tales palabras, oyó como una granizada «de agujas de hacer calceta» por espacio de un par de segundos, ruidos fuertes los de los hombres y más débiles los de las mujeres y los niños, claramente perceptibles dentro de su desorden.

Después de una observación sobre sus deseos de conocer si los golpes eran obra directa de los espíritus, el profesor De Morgan continúa:

Solicitado para que dirigiera una pregunta al primer espíritu, le rogué que me permitiera interrogarle mentalmente, es decir, sin hablar, sin escribir, sin indicar yo mismo las letras en el alfabeto, y que la señora Hayden tuviera ambas manos extendidas mientras yo formulaba mi pregunta. Mis deseos fueron inmediatamente satisfechos por medio de un par de golpes. Hice mi pregunta, deseando que se me contestara con una sola palabra, que yo mismo indiqué, todo ello mentalmente. Cogí luego el alfabeto impreso, coloqué detrás de él un libro y fui indicando con mi vista las letras de la manera habitual. La contestación fue la palabra «ajedrez» que yo había pensado, indicada por un golpe para cada una de sus letras. Desde aquel momento no había más que dos explicaciones del enigma: o la existencia de una inteligencia lectora de carácter completamente inexplicable, o de una percepción sobrehumana por parte de la señora Hayden, que le permitía conocer la letra en que yo pensaba, aunque ella, estando como estaba sentada a 2 metros del libro que ocultaba mi alfabeto, no podía ver ni mis ojos ni mis manos, ni darse cuenta de la velocidad con la que yo indicaba las letras.

Antes de que la sesión terminase, no tuve más remedio que desechar la segunda suposición.

Otro episodio relata Morgan con detalle en una carta escrita diez años antes al Rev. W. Heald, y que figura en la obra de su esposa *Memoir of Augustus De Morgan* (págs. 221-2):

Ahora estaba presente mi padre (fallecido en 1816), y nuestra conversación se desarrolló de la forma siguiente:

- ¿Recuerdas la revista que tenía en proyecto?
- Sí.
- ¿Recuerdas los títulos que para ella me propusiste?
- Sí.
- ¿Puedes darme sus iniciales?
- Sí.

Y comencé las indicaciones recorriendo con la vista el alfabeto, oculto por un libro, a los ojos de la señora H., la cual estaba en el extremo opuesto de la mesa, que era redonda, grande, con una lámpara interpuesta entre ambos. Recorrí con el pensamiento letra por letra, hasta que llegué a la F, la cual creí que era la primera inicial de dichos títulos. No se oyó golpe alguno. Las personas que me rodeaban me dijeron: «Se ha pasado usted, pues hubo un golpe al comenzar». Retrocedí entonces y oí muy distintamente el golpe en la letra C. Esto me desorientó un tanto, pero pronto me di cuenta de que era yo el equivocado. Luego indicaron los golpes las letras D T F O C, iniciales de las palabras consecutivas que recuerdo facilité a mi padre para epígrafes de una revista proyectada en 1817, de la que solo yo había oído hablar entre cuantos estábamos en la habitación. Las letras C D T F O C, eran exactas, por lo que quedé muy satisfecho, viendo que algo, alguien, algún espíritu, podía leer mis pensamientos. Esta y otras cosas parecidas se sucedieron por espacio de cerca de tres horas, mientras la señora H. leía atentamente *Key to Uncle Tom's Cabin*³², que jamás había

³² *La clave de la cabaña del Tío Tom* (*A Key to Uncle Tom's Cabin*) Se refiere a la obra publicada por Harriet Beecher Stowe en 1853 para documentar la veracidad de los hechos narrados en su famosa novela, proporcionando las

visto antes, pudiendo asegurarnos de que devoraba la lectura con toda la avidez que es de suponer en una americana que no la conocía, mientras nosotros estábamos entretenidos con los ruidos. Declaro que todo esto es literalmente exacto. Después de tales sucesos, tuve ocasión de volverlos a presenciar en mi casa junto a varias personas. Las contestaciones eran casi siempre dadas en la mesa, posando en ella suavemente una o las dos manos para indicar las letras. A veces hay confusión en las contestaciones, pero siempre se ofrece algo que nos sorprende. No tengo aún ninguna teoría formada acerca del particular, pero acaso pronto pueda levantarse el velo de este misterio.

A pesar de ello, estoy satisfecho de la realidad de los fenómenos. Otras muchas personas están tan convencidas de ellos como yo mismo, por haberlos presenciado también en sus casas. Pensad al respecto lo que queráis si sois filósofo.

Cuando el profesor De Morgan dice que algún espíritu leía sus pensamientos, omite notar que el incidente de la primera letra era una revelación de algo que *no* estaba en su mente. Asimismo, de la actitud de la señora Hayden en el curso de la sesión, se deduce claramente que era su aura lo que estaba en juego antes que su personalidad consciente. Otras pruebas importantes aducidas por De Morgan, se han reservado para el Apéndice de esta obra.

La señora Fitzgerald, figura relevante de los primeros días del Espiritismo en Londres, describe en *The Spiritualist* del 22 de noviembre de 1878 la siguiente asombrosa experiencia con la señora Hayden:

Mi ingreso en el Espiritismo comenzó con ocasión de una visita a la conocida médium señora Hayden, que vino a este país hace cerca de treinta años. Me invitaron a verla en una sesión organizada por un amigo en Wimpole Street (Londres). Aquella noche tenía una cita previa por lo que llegué

pruebas y testimonios reales sobre la crueldad de la esclavitud que inspiraron su relato. *Nota de Curso Espírita.*

tarde a la reunión, y allí me encontré una escena extraordinaria en la cual todos hablaban con gran animación. Percibieron mi extrañeza y la señora Hayden, a quien veía por primera vez, salió a mi encuentro amablemente, invitándome a sentarme a una mesa, separada de los demás asistentes, en tanto preguntaba a los espíritus si querían comunicarse conmigo. Todo ello me parecía tan nuevo y sorprendente que apenas comprendí lo que me decía ni lo que yo tenía que hacer. Me puso delante un alfabeto impreso, un lápiz y una hoja de papel. Mientras hacía esto, sentí golpes extraordinarios en la mesa, cuyas vibraciones repercutían en la planta de mis pies, que reposaban sobre las patas de la mesa. Me sugirió luego que anotara cada letra a la cual correspondiera un golpe distinto, y con tan breve explicación, me dejó abandonada a mí misma. Indiqué algunas letras, respondiéndome un golpe a la E, y así sucesivamente con otras que fui indicando, hasta aparecer un nombre para mí muy conocido. De la misma manera fue transmitida la fecha del fallecimiento de la persona a que el nombre se refería, junto con un mensaje que venía a recordarme sus últimas palabras en el momento de expirar: «Velaré por ti». Toda la escena se me representó vivamente. Confieso que quedé estupefacta y ligeramente aterrada.

Me llevé el papel en el cual figuraba cuanto había dictado el espíritu de mi amigo y se lo mostré al que había sido su abogado, asegurándome este que nombre y fecha eran exactos. Yo ya no la recordaba.

La señora Fitzgerald asegura que a aquella sesión con la señora Hayden, en Inglaterra, asistieron Lady Combermere, su hijo el comandante Cotton y Henry Thompson, de York.

En el mismo volumen de *The Spiritualist* (pág. 264), aparece el relato de otra sesión con la señora Hayden, en vida de Charles Young, el célebre actor, escrito por su hijo el Rev. Julian Young:

19 de abril, 1853. Vine a Londres hoy con objeto de visitar a mis abogados sobre un asunto de importancia para

mí, y habiendo oído hablar de la señora Hayden, de América, como médium espiritista, decidí ver lo que había de cierto en sus facultades como tal, juzgando de ello por mí mismo. Encontré por casualidad a un amigo mío, H., a quien pregunté si sabía la dirección de la vidente, enterándome entonces de que vivía en el número 22 de la calle de Queen Anna, Cavendish Square. Tenía también mi amigo verdaderos deseos de conocerla, pero no estaba dispuesto a pagar la guinea de la consulta, por lo que le invité a acompañarme. Aceptó con sumo gusto. Los golpes tiptológicos y otros dados en diversos sitios invisiblemente eran cosa tan corriente en 1853, que no creo sea necesario describir este modo usual de comunicación entre vivos y muertos.

Desde la fecha arriba apuntada he visto mucho de cuanto se relaciona con esos ruidos, pero a pesar de mi debilidad por todo lo místico y sobrenatural, no había presenciado fenómeno alguno espiritista que en realidad no fuera explicable por medios naturales, con excepción del caso que voy a relatar, en que toda suposición de farsa debía excluirse, puesto que el amigo que me acompañaba jamás había visto a la señora Hayden ni la conocía más que de nombre. He aquí el diálogo que mantuve con la señora H. y yo:

Señora H.: ¿Desea usted comunicar con el espíritu de algún amigo ausente?

J. C. Y.: Sí.

Señora H.: Haga entonces sus preguntas del modo que le he indicado y obtendrá contestaciones satisfactorias.

J. C. Y.: (Dirigiéndome al ser invisible, que supuse presente): Dime el nombre de la persona con quien quiero comunicar.

Las letras escritas al dictado de los golpes, puestas unas al lado de otras, decían: «George William Young».

J. C. Y.: ¿En quién están ahora fijos mis pensamientos?

E.: En George William Young.

J. C. Y.: ¿De qué sufre?

E.: De un tic nervioso.

J. C. Y.: ¿Puede usted prescribirle algo?

E.: Mesmerismo enérgico.

J. C. Y.: ¿Quién debe administrárselo?

E.: Alguien que sienta una poderosa simpatía por el paciente.

J. C. Y.: ¿Podría hacerlo yo con éxito?

E.: No.

J. C. Y.: ¿Quién entonces?

E.: Joseph Ries. (Era un caballero muy querido de mi tío).

J. C. Y.: ¿He perdido últimamente a alguna persona querida?

E.: Sí.

J. C. Y.: ¿Quién es? (Pensaba en mi joven prima).

E.: Christiana Lane.

J. C. Y.: ¿Puede usted decirme en dónde dormí anoche?

E.: En casa de James B., calle de Clarges, 9.

J. C. Y.: ¿Y dónde dormiré mañana?

E.: En casa del coronel Weymouth, calle Upper Grosvenor.

Estaba tan asombrado por la exactitud de las contestaciones que quise intentar nuevas pruebas y comuniqué al caballero que estaba conmigo que iba a hacer una pregunta cuya naturaleza deseaba ocultarle, rogándole pasara a la habitación contigua durante unos minutos. Hecho esto reanudé mi diálogo con la señora Hayden.

J. C. Y.: He dicho a mi amigo que se retirara porque no quiero que oiga la pregunta que voy a formular, pero deseo igualmente que tampoco usted la conozca, aunque si no estoy mal enterado, la contestación solo se me puede transmitir por mediación de usted. ¿Qué debo hacer para lograr mi deseo?

Señora H.: Haga la pregunta de tal suerte que la contestación represente por medio de una letra la idea fundamental en su mente.

J. C. Y.: Voy a probar. ¿Ocurrirá lo que estoy temiendo?

E.: No.

J. C. Y.: Esto no me satisface. Es muy fácil decir sí o no, pero el valor de la afirmación o de la negación solo puede

depender de la convicción que yo tenga de que usted sabe lo que pienso. Deme una palabra que me demuestre que posee usted el secreto de mis pensamientos.

E.: Voluntad.

Ahora bien, era cierto que mi voluntad corría peligro de flaquear bajo el deseo de saber si mis temores se realizarían. Por consiguiente, la contestación fue satisfactoria.

Hay que añadir que M. Young no creyó ni antes ni después de aquella sesión en los espíritus, lo cual, después de semejante experimento hablaba muy poco en favor de su inteligencia y su capacidad para aprovechar nuevos conocimientos.

La siguiente carta publicada en *The Spiritualist* por John Malcom de Clifton, Bristol, menciona a personas muy conocidas como concurrentes a sesiones mediúmnicas. Discutiendo la cuestión sobre dónde se había celebrado la primera sesión en Inglaterra y quiénes fueron los testigos presentes en ella:

No recuerdo la fecha; pero visitando a mi amiga la señora Crowe, autora de la obra *The Night Side of Nature*, me invitó a que la acompañara a una sesión espiritista con la señora Hayden, que vivía en la calle de Queen Anna, Cavendish Square. Me comunicó que esta señora acababa de llegar de América con objeto de evidenciar los fenómenos del Espiritismo a las personas de Inglaterra que pudieran estar interesadas. Estaban presentes las señoras Crowe y Milner Gibson, y los señores Colley Grattan (autor de la obra *High Ways and Bye Ways*), Robert Chambers, los doctores Daniels y Samuel Dickson, y varios otros cuyos nombres no recuerdo. En aquella ocasión ocurrieron manifestaciones muy notables.

Más tarde tuve varias ocasiones de visitar a la señora Hayden, y aunque al principio era propenso a dudar de la veracidad de los fenómenos, me infundió al fin tal convencimiento, que me convertí en un ferviente creyente de la comunicación espiritista.

La lucha en la prensa británica fue ruda. En las columnas del *London Critic*, Henry Spicer (autor de *Sights and Sounds*), combatió las críticas de *Household Words*, *The Leader* y *The Zoist*. El mismo periódico publicó también un largo trabajo escrito por un sacerdote de Cambridge, firmado con las iniciales M. A. y que se supuso era del Rev. A. W. Hobson, de St. John's College, Cambridge.

El artículo de este señor es muy expresivo y enérgico, y demasiado extenso para que lo transcribamos por completo. Sin embargo, resulta de suma importancia por ser su autor el primer sacerdote británico que se ocupa de aquellas cuestiones. Raro y tal vez característico de los tiempos, es el hecho de la poca preocupación de los concurrentes a las sesiones espiritistas del aspecto religioso, habiéndoles interesado mucho más preguntar el nombre de sus abuelos o el número de sus tíos. Hasta los más sesudos se mostraron siempre fútiles en sus preguntas, sin comprender la transcendencia espiritual de las comunicaciones con el más allá y la sólida base religiosa de las mismas. Aquel sacerdote vislumbró este aspecto del Espiritismo. Su artículo termina con el párrafo siguiente:

Pocas palabras más he de dirigir a los numerosos clérigos lectores de *Critic*. Siendo yo también sacerdote de la iglesia de Inglaterra, considero que la cuestión es de aquellas que mis hermanos deberían tomar con interés por muchos que sean los escrúpulos que tengan para hacerlo. Y mis razones para creerlo así son las siguientes: Si el movimiento se generaliza en este país como en los Estados Unidos, ¿y por qué no ha de ocurrir?, el clero del reino será instado de todas partes y deberá dar su opinión con la obligación, dimanante de sus deberes, de intervenir en ese movimiento con el objeto de evitar los engaños a que se presta este «misterio».

Uno de los más notables escritores con que cuenta el Espiritismo en América, Adin Ballou, ha puesto en guardia a sus lectores para que no se fíen de todos los espíritus

comunicantes ni abduquen de sus propias opiniones y de sus credos religiosos (como han hecho miles de adeptos). Todavía no hemos llegado a eso en Inglaterra, pero, en las pocas semanas que lleva aquí el matrimonio Hayden, el movimiento se ha extendido rápidamente como un incendio en pleno campo, y tengo buenas razones para creer que solo estamos en los comienzos.

Personas que al principio consideraban el Espiritismo con el desprecio que merecen todos los engaños y las charlatanerías, al presenciar sus extraños fenómenos quedan atónitas, llegando a las más locas conclusiones. Unos, por ejemplo, dicen que todo es obra del demonio; otros, por el contrario, que se trata de una revelación del cielo. He visto a muchos hombres cultos e inteligentes convertidos por los fenómenos. Por mi parte confieso que yo también estoy bajo su influjo. No se trata de una farsa, estoy perfecta y plenamente convencido de ello. Además de las pruebas y experimentos que antes he descrito, tuve largas conversaciones por separado con el señor y la señora Hayden, y aseguro que todo cuanto me han dicho se distingue por la sinceridad y buena fe. Esto no serán pruebas para los demás, pero lo son para mí. Si hay engaño, tan engañados están ellos como cualquiera de nosotros.

No fue el clero sino los librepensadores quienes supieron darse cuenta de la significación verdadera de los mensajes, y de que debían luchar contra esa prueba de la vida eterna, o confesar honradamente, como han hecho muchos desde entonces, que su filosofía se derrumbaba y eran vencidos en su propio terreno.

El más noble de todos los que así lo declararon fue Robert Owen, tan famoso por sus obras humanitarias como por su inflexible independencia en materia religiosa. Aquel hombre honrado y valiente confesó públicamente su deslumbramiento ante los primeros rayos del sol que nacía. He aquí sus palabras:

He referido minuciosamente la historia de esas manifestaciones, investigando los hechos a ellas relativos (atestiguados en casos numerosos por personas de gran significación). Tuve, catorce sesiones con la señora Hayden, médium, durante las cuales me dio cuantas facilidades quise para comprobar si existía engaño por su parte.

Estoy no solo convencido de que no hay mentira en los médiums, sino que están destinados a realizar la más grande revolución moral en el modo de ser y condición de la raza humana.

La señora Emma Hardinge Britten comenta el asombro que produjo la conversión de Robert Owen, cuyas creencias materialistas ejercían los más perniciosos efectos en la religión. Añade que uno de los más eminentes estadistas de aquel tiempo, declaró que «la señora Hayden merecía un monumento, aunque solo fuese por la conseguida conversión de Robert Owen».

Poco después, el famoso Dr. Elliotson, presidente de la Sociedad Secular, se convertía también al Espiritismo, después de haberlo combatido obstinadamente. El Dr. Ashburner y él habían sido los dos más eminentes defensores del mesmerismo en los días en que aquel fenómeno tan evidente luchaba también por su existencia, tanto que el médico que se atrevía a afirmarlo corría peligro de pasar por un charlatán. Unidos desde entonces, resultó penoso para ambos que en tanto el doctor Ashburner se entregaba en cuerpo y alma al Espiritismo, su amigo no solo se consideró obligado a repudiarlo, sino a atacarlo vigorosamente. Pero pronto cesó la divergencia con la completa conversión de Elliotson, y la señora Hardinge Britten relata cómo en sus últimos años fue a verle, y cómo le encontró convertido en «partidario acérrimo de aquello que el venerable personaje ahora consideraba como la más excelsa revelación que se había dignado iluminarle; la que dulcificaba el sombrío paso

a la vida del más allá, y hacía de esa transición un acto de fe triunfante y de seguras bienaventuranzas».

Como era de esperar, no pasó mucho tiempo sin que la rápida difusión de los fenómenos obligara a los escépticos de la ciencia a reconocer su realidad o al menos a tomar medidas para hacer ver el engaño de aquellos que atribuían los movimientos de las mesas a una causa exterior. Braid, Carpenter y Faraday, manifestaron públicamente que esos movimientos se debían sencillamente a la acción muscular inconsciente. Faraday ideó ingeniosos aparatos con los que creía poder demostrar definitivamente sus asertos. Pero lo que ocurrió a Faraday, como a otros muchos críticos, es que no dispuso de un buen médium, y el hecho, perfectamente demostrado del movimiento de las mesas, sin contacto alguno, es suficiente para destruir sus menguadas teorías. Si uno pudiera imaginarse a un profano sin telescopio contradiciendo con burlas y desprecios las conclusiones de aquellos astrónomos que han usado telescopios, encontraría alguna analogía con aquellas personas que se han aventurado a criticar las cuestiones psíquicas sin haber tenido ninguna experiencia psíquica personal.

Sir David Brewster fue quien mejor reflejó el estado de los ánimos en aquel tiempo. Hablando de la invitación de Monckton Milnes para visitar al Sr. Galla, el explorador africano, «que le aseguraba que la señora Hayden le había citado nombres de personas y lugares de África, que nadie más que él conocía», Sir David contestó con el siguiente parecer: «Indudablemente el mundo se está volviendo loco».

La señora Hayden permaneció en Inglaterra aproximadamente un año, regresando a América hacia finales de 1853. Algún día, cuando los temas psíquicos tomen las proporciones debidas en la conciencia pública, su visita será considerada como un acontecimiento histórico. Otras dos médiums americanas estuvieron en Inglaterra por la misma

época, la señora Roberts y la señorita Jay, pero, según parece, ejercieron poca influencia en el movimiento y contaban con fuerzas psíquicas muy inferiores.

Acertadamente pinta el cuadro de la época el siguiente extracto de un artículo sobre Espiritismo publicado en *The Yorkshireman* de 25 de octubre de 1856, periódico no espiritista.

Los fenómenos de movimientos de mesas eran familiares entre nosotros. Hace dos o tres años apenas si había velada en la que no se intentase reproducir el milagro espiritista. En aquellos días se invitaba al «té y a las mesas danzantes», como un nuevo pasatiempo, y los invitados revolvían en las casas, como locos, queriendo probar con todos los muebles.

Después de declarar que el ataque de Faraday tuvo por efecto «alejar a los espíritus», de tal modo que por cierto tiempo ya no volvió a hablarse de ellos, el periódico continúa:

Tenemos, sin embargo, sobradas pruebas de que el Espiritismo, como creencia vital y activa, no está confinado en los Estados Unidos, sino que también obtiene el favor y la aceptación de una considerable masa de entusiastas en nuestro propio país.

Pero la actitud de la prensa más influyente fue, en general, casi la misma que la de ahora, es decir, consistió en ridiculizar y negar los hechos, o si los aceptaba, en preguntar qué servicio podían prestar. *The Times*, por ejemplo, (periódico tan mal informado, como reaccionario en materias psíquicas) en un artículo de fecha posterior, dijo:

Esto es algo así como si el sombrero viniera a nuestras manos desde el perchero por un acto de nuestra voluntad, sin necesidad de ir a por él, ni de molestar a los criados.

Si la fuerza que hace mover una mesa pudiera también dar vueltas a un molinillo de café, eso que saldríamos ganando.

Sería mejor que nuestros médiums y clarividentes, en vez de indagar quién murió hace cincuenta años, averiguasen la cotización de la Bolsa dentro de tres meses.

Leyendo tales enormidades en un gran periódico, cabe reflexionar si el movimiento no era prematuro, y si en una época tan tosca y materialista era posible que arraigara la idea de la comunicación con el más allá. Sea como quiera, hay un hecho cierto y es que tal actitud se debió en gran parte a la frivolidad de los investigadores que no comprendían el verdadero significado de las señales de ultratumba, y las tomaron, según indicaba *The Times*, como una especie de recreo y un nuevo aliciente para los hombres ya cansados de otras diversiones de salón.

Sin embargo, mientras a ojos de la prensa se había dado un golpe de muerte al desacreditado movimiento, la investigación proseguía tranquilamente en muchas partes. Personas de buen sentido como Howitt indica, «ponían a prueba a los ángeles hasta convencerse de su realidad», ya que «los médiums públicos no habían hecho más que inaugurar el movimiento y abrir el camino que habían de seguir los demás».

Si juzgamos por los públicos testimonios de la época la influencia de la señora Hayden, resultó limitada en extensión. Sembró a los cuatro vientos la semilla que paulatinamente había de germinar. Inició el tema y la gente, dando los primeros pasos por la senda trazada, empezó a experimentar y a descubrir la verdad por sí misma, aunque con precaución, hija de la experiencia, guardó casi siempre para sí la mayor parte de sus descubrimientos. Era indudable que la señora Hayden había logrado plenamente su objetivo.

La historia del movimiento puede ser comparada a un mar que avanza en sucesivas ondas, las primeras más crecidas que las que siguen. Entre una y otra el espectador podía creer que el movimiento había acabado, hasta que una nueva

ola le convencía de lo contrario. El tiempo transcurrido desde la partida de la señora Hayden en 1853 hasta la aparición de D. D. Home en 1855, representa el primer período de calma en Inglaterra. Los críticos superficiales creyeron que todo había ya terminado. Pero en mil hogares esparcidos por todo el país los experimentos continuaban; muchos que habían perdido la fe en las cosas del espíritu, comenzaron a examinar las pruebas y a darse cuenta con complacencia o zozobra que la edad de esa fe desaparecía, pero en su lugar llegaba la edad del conocimiento, que San Pedro dijo ser mejor. Los devotos de las Escrituras recordaban las palabras del Maestro: «Tengo aún muchas cosas deciros, pero no podéis todavía comprenderlas», y se preguntaban si aquella extraña agitación de las fuerzas exteriores formaba parte del nuevo conocimiento prometido.

Mientras que la señora Hayden había plantado así sus primeras semillas en Londres, una serie de sucesos había traído los fenómenos espirituales a la gente de Yorkshire. Gracias a que el americano David Richmond visitó, en la ciudad de Keighley, a David Weatherhead interesándole en la nueva revelación. Hubo manifestaciones por medio de mesas, y se descubrieron médiums locales, con lo que se creó un centro floreciente, que aún hoy existe. Desde Yorkshire el movimiento se propagó a Lancashire, y es un vínculo interesante con el pasado que del Sr. Wolstenholme, de Blackburn, (fallecido en 1925 a edad avanzada), que tuvo un asiento de primera, debajo de una mesa desde donde presencié los fenómenos (aunque esperamos que no ayudase en su producción). El periódico *Yorkshire Spiritual Telegraph* nació por entonces en Keighley, fundado por David Weatherhead, cuyo nombre merece ser honrado como uno de los primeros que de todo corazón ingresaron en el movimiento. Keighley continúa siendo un activo centro de enseñanzas y trabajos psíquicos.



EMMA HARDINGE BRITTEN

CAPÍTULO VIII

CONTINÚAN LOS PROGRESOS EN INGLATERRA

El libro sobre diez años de experimentos del Espiritismo, de la señora De Morgan, comprende desde 1853 a 1863. Su aparición fue una de las primeras señales de que el nuevo movimiento se extendía ya tanto entre las clases elevadas como entre las masas. Luego vinieron a propagarlo más los trabajos de D. D. Home y de los Davenport, que más adelante detallaremos. El examen que llevó a cabo la Sociedad Dialéctica en 1869 será también objeto de otro capítulo. El año 1870 es el de las famosas investigaciones que realizó William Crookes después del escándalo a que dio lugar la negativa de los hombres de ciencia a investigar la naturaleza de los hechos corroborados por muchos testigos competentes y dignos de crédito.

Crookes publicó sus creencias en el *Quarterly Journal of Science*, afirmando que eran las de millones de personas y añadió:

Deseo fijar las leyes que gobiernan la realización de los notables fenómenos que están teniendo lugar estos días en proporciones casi increíbles.

El relato de las investigaciones de William Crookes fue dado *in extenso* en 1874, y causó tal tumulto entre los fossilizados hombres del saber, que hasta llegó a hablarse de darle de baja en la Real Sociedad. En medio de la tempestad, Crookes luchó valientemente contra ella, y hasta que su

posición no fue inexpugnable, puso la mayor cautela en la pública declaración de sus ideas.

En 1872-73 surgió un nuevo elemento de valía, el Rev. Stainton Moses, cuyos escritos hicieron, subir considerablemente el nivel de difusión del movimiento.

Por entonces dieron conferencias sobre Espiritismo las señoras Emma Hardinge Britten y Cora I. V. Tappan, y J. J. Morse, pronunciando una serie de elocuentes discursos que impresionaban profundamente a los numerosos auditorios.

Gerald Massey, conocido escritor, y el Dr. George Sexton, dieron también conferencias públicas que alcanzaron gran renombre.

La fundación de la Sociedad Británica Nacional de Espiritistas en 1873 impulsó grandemente el movimiento, ingresando en la causa buen número de prosélitos de ambos sexos muy conocidos del público.

Entre ellos la condesa de Caithness, la señora Makedougall Gregory (viuda del profesor Gregory, de Edimburgo), el Dr. Stanhope Speer, el Dr. Gully, Sir Charles Isham, el Dr. Maurice Davies, H. D. Jencken, el Dr. George Sexton, la señora Ross Church (Florence Marryat), Newton Crosland y Benjamin Coleman.

Se destacan en aquella época la mediumnidad de orden superior en la esfera de los fenómenos físicos, de la señora Jencken (Kate Fox) y de la señorita Florence Cook, así como la del Dr. J. R. Newton, famoso médium curandero que llegó de América en 1870, haciendo un número extraordinario de curaciones en tratamientos completamente gratuitos.

También por entonces se hicieron públicas la admirable mediumnidad de la señora Everitt, D. D. Home, Herne y William, señora Guppy, Eglinton, Slade, Lottie Fowler y otros cuyas experiencias atraían numerosos prosélitos. Las fotografías espiritistas de Hudson causaron en 1872 un interés

enorme, y en 1875 el doctor Alfred Russel Wallace publicó su famoso libro *Miracles and modern spiritualism*.

Un buen procedimiento para apreciar el desarrollo que tuvo el Espiritismo en aquel período, consiste en examinar los informes de testigos contemporáneos, especialmente los de aquellos mejor dispuestos por su posición y experiencia para dar una opinión. Pero antes, veamos cuál era la situación en 1866, según la pinta William Howitt en estos admirables párrafos:

La situación presente del Espiritismo en Inglaterra resulta poco halagüeña dada la influencia contraria y omnipotente de la prensa. En efecto, después de haber hecho todo lo posible para perjudicar y desacreditar el Espiritismo; después de haberle abierto sus columnas solo con la esperanza de que sus locuras dieran motivo a los enemigos para aplastarlo; después de haberle difamado y perseguido tercamente al ver que todos los medios para acabar con él fracasaban, resolvió amordazarlo y encadenarlo para que de esta suerte fuera más fácil darle el golpe de gracia.

Realmente el trato que le dieron la prensa y los Tribunales de justicia; el odio que contra él se exteriorizó desde los púlpitos de todas las iglesias y credos; sus mismas divisiones internas; en una palabra, su extraordinaria impopularidad, debieran ya haber puesto fin a su existencia. Pero ha ocurrido lo contrario, es decir, que jamás estuvo más fuertemente arraigado entre las inteligencias avanzadas; sus adeptos jamás aumentaron tan rápidamente; sus verdades jamás fueron afirmadas con más elocuencia; las investigaciones nunca fueron más abundantes ni más concienzudas. A pesar de la animadversión y desprecio de la prensa, jamás se vieron tan concurridas las elocuentes conferencias de Emma Hardinge. Al mismo tiempo, los Davenport, denunciados mil veces como impostores, demostraron otras mil la realidad de sus fenómenos.

¿Qué significa todo ello? El fracaso de la prensa y el púl-pito, de los magistrados y los Tribunales de justicia, unidos

con todas sus fuerzas. Agotaron todos sus recursos contra lo calificado por ellos de loco, vacuo, falso e insustancial, y si el Espiritismo es esto, ¿cómo se explica que, con toda su inteligencia, con todas sus denuncias, con todos sus grandes medios de ataque y los no menores para impedir la defensa, con sus procedimientos para tapar los oídos y acaparar las opiniones de las multitudes no lograran sus propósitos? Como que lejos de desbaratar el movimiento, no lograran siquiera desviarlo o detenerlo.

Todas esas huestes combinadas de sabios, científicos, eruditos, líderes de los senados, universidades, tribunales de justicia, miembros elocuentes del Parlamento, magnates de la prensa, provistos con la artillería de un gran sistema nacional de educación, y el gran sistema nacional de la Iglesia, del Estado y la aristocracia están acostumbradas a proclamar lo que todos los hombres y mujeres honorables deben considerar verdadero y de honorable reputación. Todo esta gran y espléndida élite de ingenio y sabiduría debería comenzar a reflexionar que algo se levanta en medio de su camino, algo firme y vital, en lo que han tratado como un fantasma.

No quiero perder el tiempo pidiendo a esas grandes entidades y corporaciones de universal dominio que abran los ojos, que consideren que sus esfuerzos son baldíos y que admitan su fracaso; pero diré a los espiritistas que por turbia que les parezca la situación, nunca estuvo tan llena de promesas. Frente a la alianza de todos los poderes nunca ha aparecido más clara nuestra victoria. Es lo que caracteriza a todas las conquistas de nuestro tiempo. Todas las grandes reformas, sociales, morales, intelectuales o religiosas tuvieron que luchar, pero finalmente todas se impusieron.

En prueba del cambio ocurrido después de las palabras de Howitt, vemos en *The Times* de 26 de diciembre de 1872, un artículo titulado *Ciencia y Espiritismo*, de tres columnas y media de extensión, en el cual se expresa el parecer de «que ya es tiempo de que manos expertas desaten el nudo gordiano del Espiritismo», ya que las de Crookes, Wallace o De Morgan no supieron hacerlo.

Hablando de la obrita de Lord Adare, impresa con carácter privado, sobre sus experimentos con D. D. Home, dice el articulista del Times, impresionado por la condición social de los testigos que tuvieron esas sesiones:

Este libro prueba la difusión que ha alcanzado la locura espiritista entre todas las clases sociales. Nos lo ha prestado un adepto bajo la solemne promesa de que no divulguemos los nombres de los interesados. Consta de 150 páginas con el relato de las sesiones, y fue impreso con carácter privado a expensas de un noble conde, que dejó vacante su puesto en la Cámara de los Lores, al fallecer recientemente, abandonando las sillas y mesas, animadas por los espíritus, a las cuales tanto cariño tuvo en vida. En ese libro se relatan las cosas más maravillosas de manera tan natural, como si fueran vulgares.

No fatigaremos al lector recordando cuanto allí se relata. Bastará indicar, para que quede orientado, que en la obra se habla de toda clase de «manifestaciones», de profecía para abajo.

Lo que queremos advertir especialmente es que en su portada figura el testimonio de cincuenta respetables testigos. Entre ellos, los de una duquesa viuda y otras damas de elevada posición, el de un capitán de la guardia, un barón, un caballero, un miembro del Parlamento, varios miembros de corporaciones científicas, un abogado, un comerciante y un doctor. Las clases aristocráticas y las clases medias más distinguidas están representadas en todos sus grados por personas que por su condición social y por los títulos que las adornan, tiene que suponerseles muy provistas de cultura, inteligencia y perspicacia.

El eminente naturalista Dr. Alfred Russel Wallace, en una carta a *The Times* (4 de enero de 1873), dice describiendo su visita a un médium profesional:

Considero que no hay exageración en afirmar que los hechos principales del Espiritismo están hoy tan perfectamente

establecidos y son tan fácilmente comprobables como cualquiera de los fenómenos de la Naturaleza, aunque aún no están reducidos a conocidas leyes. Además, esos hechos tienen significación muy importante así en la interpretación de la historia, que está llena de relatos de hechos similares, como en la naturaleza de la vida y del intelecto, sobre los cuales la ciencia arroja muy escasa e incierta luz, siendo mi creencia firme y bien reflexionada, que cada una de las ramas de la filosofía debe ser honrada y seriamente investigada como parte esencial de los fenómenos de la naturaleza humana.

Es cosa que desorienta ver, por ejemplo, cómo los fenómenos del ectoplasma y los experimentos de laboratorio a que más adelante nos referiremos con la extensión debida, han apartado a las inteligencias del objeto esencial de la investigación.

Wallace, en cambio, con su mentalidad grande, avasalladora, libre de prejuicios, vio y aceptó toda la verdad desde las humildes pruebas físicas de las fuerzas externas hasta la más alta enseñanza moral de que esas fuerzas nos hablan, enseñanza que supera en belleza y veracidad a todo lo que la mentalidad moderna conoce.

La pública aceptación y el decidido apoyo de aquel gran hombre de ciencia, una de las primeras inteligencias de su tiempo, fueron tanto más importantes cuanto que venía a reconocer con su talento la completa revolución religiosa que entrañaban aquellos fenómenos. Sin embargo, es chocante que así en nuestros días como en los pasados, y con raras excepciones, el buen sentido haya sido patrimonio de los humildes después de ser rechazado por los eruditos.

El corazón y la intuición triunfan allí donde los grandes cerebros fracasaron, y eso a pesar de ser la cuestión de las más sencillas, tanto que, a la manera de Sócrates, puede expresarse por una serie de preguntas del tenor siguiente:

¿Hemos establecido alguna relación con la inteligencia de los que han muerto? Los espiritistas contestan: Sí.

¿Nos dan informes de la nueva vida en que han entrado, y de si esta última depende de su anterior vida terrenal? Sí.

¿Corresponden sus enseñanzas a las que sustentan las distintas religiones que hay en la Tierra? No.

En vista de ello, ¿no es evidente el alcance religioso que tienen esas comunicaciones? El espiritista humilde lo ha comprendido así, adaptando su fe a esos hechos.

Sir William Barrett (entonces profesor), llevó el tema del Espiritismo ante la Sociedad Británica para el Progreso de la Ciencia, en 1876. Su artículo se tituló: «Algunos fenómenos relacionados con las anormales condiciones de la mente». Le fue difícil conseguir que le escucharan; el Comité de Biología se negó a acoger la comunicación y acordó trasladarla a la Subsección de Antropología, que la aceptó únicamente por el voto decisivo del presidente, el Dr. Alfred Russel Wallace. El coronel Lane Fox contribuyó a superar a la oposición preguntando por qué, si se había discutido el año anterior la brujería antigua, no debería examinarse en ese año la brujería moderna.

La primera parte de la comunicación del profesor Barrett se refería al mesmerismo, pero en la segunda, relataba sus experimentos de los fenómenos espiritistas, pidiendo que se emprendieran otras investigaciones científicas acerca del particular.

Los detalles más convincentes que aportaba se referían a un notable experimento relacionado con los golpes transmitidos por la mediación de un niño³³.

En la discusión que siguió, Sir William Crookes habló de las levitaciones que había presenciado con D. D. Home, y dijo de la levitación:

³³ *The Spiritualist*, 22 de septiembre de 1876.

La evidencia a favor de ese fenómeno es más fuerte que la evidencia a favor de casi cualquier fenómeno natural que la Sociedad Británica pueda investigar.

Y a continuación expuso diversas manifestaciones sobre sus métodos propios de investigación psíquica:

Me pidieron que investigara cuando el Dr. Slade vino por primera vez y precisé mis condiciones. Nunca he investigado excepto en estas condiciones. Debe ser en mi propia casa, y con mi propia selección de amigos y espectadores, bajo mis propias condiciones, y puedo hacer lo que quiera con respecto a los aparatos. Siempre he tratado, donde ha sido posible, de hacer que el aparato físico pruebe las cosas, y no he confiado más de lo posible en mis propios sentidos. Pero cuando era necesario confiar en mis sentidos, debo disentir por completo del Sr. Barrett, cuando dice que el investigador físico no es un reto para un prestidigitador profesional. Yo sostengo que el investigador físico es más que un reto.

Lord Rayleigh, el distinguido matemático, aportó a la discusión la declaración siguiente:

Creo que debemos estar reconocidos al Dr. Barrett por su valor, pues valor requiere afrontar esa materia y darnos los frutos concienzudos de sus experimentos. Mi interés sobre el asunto data de hace dos años, cuando empecé a leer el informe de las investigaciones de Crookes. Aunque no he tenido oportunidades tan favorables como las que ha aprovechado el profesor Barrett, he visto lo bastante para convencerme de que están equivocados cuantos quieren impedir estas investigaciones cubriendo de ridículo a los que las llevan a cabo.

Groom Napier fue recibido con risas cuando describió pruebas psicométricas verificadas con personas cuyos escritos se habían encerrado previamente en sobres lacrados; y cuando empezó a describir las luces mediúmnicas que el mismo había visto, se formó tal alboroto que tuvo que volver a su asiento. El profesor Barrett, contestando a sus críticos, dijo:

Ciertamente es muestra del inmenso avance que se ha producido de este tema en los últimos años, que un artículo sobre los fenómenos del llamado espiritismo, del que alguna vez se rieron, debería haber sido admitido en la Sociedad Británica, y se le debería permitir una completa discusión como la de hoy.

El *Spectator* de Londres en un artículo titulado *La Sociedad Británica y la comunicación del profesor Barrett* comenzaba con la siguiente abierta opinión.

En vista de la comunicación del profesor Barrett y de la discusión que le siguió, esperamos que la Sociedad Británica siga ocupándose del tema a pesar de las protestas del que llamaremos partido de la incredulidad supersticiosa.

Decimos incredulidad supersticiosa porque es pura superstición, y nada más, pretender que se desechen como indignos de crédito hechos cuidadosamente examinados y probados por un observador de grandísima experiencia, simplemente porque, en apariencias, no se ajustan a lo conocido hasta ahora.

Las opiniones de Sir William Barrett fueron concretándose cada vez más hasta que aceptó el Espiritismo de una manera inequívoca antes de su llorada muerte, en 1925. Vivió, afortunadamente, lo bastante para ver cómo menguaba el antagonismo del mundo entero hacia la nueva creencia, no pudiendo decirse otro tanto del oscurantismo de la Sociedad Británica, tan completo ahora como entonces.

Conviene referir aquí que, hablando Sir William Barrett con el autor, recordó que los cuatro hombres que le apoyaron en aquella histórica y difícil ocasión, todos llegaron a obtener la Orden del Mérito, el mayor honor que la Nación puede otorgar a un ciudadano. Fueron Lord Rayleigh, Crookes, Wallace y Huggins.

Pero en el rápido crecimiento del Espiritismo no todo fue puro. Frecuentemente se oyeron alegatos contra médiums

embaucadores, si bien hoy, a la luz de los últimos conocimientos, puede afirmarse que mucho de lo que se consideró entonces como engaños, no lo eran en modo alguno. No hay duda, sin embargo, que la ilimitada credulidad de muchos espiritistas fue campo abonado para la explotación de los charlatanes. En el curso de una conferencia leída en la Sociedad de Investigación Psicológica, de la Universidad de Cambridge, en 1879, el presidente de dicha Sociedad, J. A. Campbell, decía:

Desde la llegada de Home, el número de los médiums aumenta anualmente, lo cual ha dado lugar a no pocas exageraciones e imposturas. Más de un farsante se ha convertido a los ojos de los necios en un ángel divino; y se ha visto a algún pillastre envuelto en una sábana para hacerse pasar por un «espíritu» materializado. Así se ha fundado una pseudo religión en la que se utilizaron nombres muy sagrados para sacar el dinero a los tontos. Sobre el carácter de tales divinidades y sus doctrinas no quiero hablar para no ofenderos. Afortunadamente, el movimiento tiende a liberarse de ellos. Gradualmente el movimiento se está limpiando de tales comportamientos, gradualmente se está volviendo más sobrio, puro y fuerte, y a medida que más hombres sensatos y cultos estudien, oren y trabajen, esforzándose por hacer un buen uso de su conocimiento, se volverá más sobrio.

La segunda característica fue el aparente aumento de lo que puede llamarse espiritismo anticristiano, aunque no antirreligioso. Esto llevó a William Howitt y otros partidarios incondicionales a dejar su conexión con el movimiento. Howitt y otros contribuyeron con poderosos artículos contra esta tendencia en *The Spiritual Magazine*.

Una sugerencia de la necesidad de cautela y equilibrio se brinda en los comentarios del Sr. William Stainton Moses, quien dijo en un documento leído ante la *British National Association of Spiritualists*, el 26 de enero de 1880:

Necesitamos enfáticamente disciplina y educación. Apenas nos hemos asentado después de nuestro rápido crecimiento. El niño, nacido hace apenas treinta años, ha aumentado en estatura (si no en sabiduría) a un ritmo muy rápido. Ha crecido tan rápido que su educación se ha descuidado un poco. En la fraseología expresiva de su país natal, ha sido *arrastrado* bastante promiscuamente; y su fenomenal crecimiento ha absorbido todas las demás consideraciones. Ahora ha llegado el momento de que aquellos que lo consideraron como un feo monstruo de la naturaleza que murió prematuramente, comiencen a reconocer su error. El joven engendro vive; y bajo su fealdad la mirada menos compasiva detecta un propósito coherente en su existencia. Es la presentación de un principio inherente a la naturaleza del hombre, un principio que su sabiduría ha eliminado hasta casi eliminarlo por completo, pero que aflora una y otra vez a pesar de él.

El principio del Espíritu en oposición a la Materia, del Alma actuando y existiendo independientemente del cuerpo que lo consagra. Largos años de negación de todo lo que no sean las propiedades de la materia han arrojado las luces principales de la ciencia moderna en el materialismo puro. Para ellos, por tanto, este Espiritualismo es un presagio y un problema. Es un regreso a la superstición; una supervivencia del salvajismo; una mancha en la inteligencia del siglo XIX. Burlado, devuelve la burla; desprestigiado, devuelve desprecio por desprecio³⁴.

En 1881 comenzó a publicarse el importante semanario espiritista *Light*, y en 1882 se fundaba la *Society for Psychological Research*, la Sociedad de Investigación Psíquica.

Puede decirse que la actitud de la ciencia oficial fue durante los primeros treinta años tan irracional y poco científica como lo fueron los cardenales que condenaron a Galileo, y si hubiera existido una Inquisición Científica,

³⁴ *The Psychological Review*, Vol. II, p. 546.

habría decretado las crueldades del terror contra los paladines del nuevo conocimiento.

Hasta la creación de la Sociedad de Investigación Psíquica no se había intentado nada serio para comprender o explicar un problema que ocupaba la atención de millones de inteligencias.

Faraday había expuesto en 1853 la teoría de que el movimiento de las mesas era causado por la presión muscular, lo cual, si puede ser cierto en algunos casos, nada tiene que ver con la levitación en general, y como quiera que sea, tal hecho pertenece a una clase muy limitada de fenómenos psíquicos. La objeción «científica» corriente era que todo aquello no tenía nada de extraordinario, por lo que importaba poco el testimonio de miles de fidedignos y veraces testigos. Otros sostenían que los pretendidos fenómenos podían ser obra de un escamoteador cualquiera, y para probarlo, se realizaron ciertas burdas imitaciones, como la parodia hecha por Maskelyne de las sesiones de los Davenport.

Por otra parte, los elementos «religiosos», irritados porque se intentaba separarlos del camino tradicional, se encontraban bien dispuestos para aceptar todas aquellas novedades como otras tantas obras del diablo. Por una vez los católicos romanos y los evangelistas se unieron en su campaña de oposición.

Está fuera de toda duda que se puede llamar a los espíritus inferiores y recibir de ellos mensajes de orden inferior y pasivo, ya que nos rodean toda clase de espíritus y lo similar atrae a lo similar. Pero las enseñanzas filosóficas, sublimes, recibidas por los investigadores serios y de cultivada inteligencia, demuestran que lo que está a nuestro alcance y nos afecta no es el diabolismo, sino el angelismo.

Doctores hinchados de suficiencia encontraron a los ruidos espiritistas una explicación fundada en el crujido de las

articulaciones, pero esa explicación resulta cómica para cuantos tienen conocimiento personal de dichos sonidos, cuya intensidad va desde el tic-tac de un reloj al choque de un martinete. Otras explicaciones proceden de la doctrina teosófica, la cual acepta los hechos, pero repudia la intervención de los espíritus, suponiéndolos originados por entidades astrales dotadas de una especie de semiconsciencia soñadora, de una conciencia atenuada que las hace subhumanas en inteligencia o en moralidad.

Es cierto que la calidad de la comunicación espiritista varía mucho, pero la más superior lo es tanto, que nos es difícil imaginar que estemos en contacto solo con una fracción del ser pensante. Sin embargo, como es cosa sabida que el mundo transcendental es muy superior a nuestra individualidad normal, parece claro que el mundo de los espíritus no nos muestre más que una pequeña parte de sus fuerzas.

Otra teoría es la del *Anima Mundi*, ese vasto depósito o masa central de inteligencia, como una cámara de compensación, en la que se atienden todas las consultas. Pero los detalles precisos y claros que recibimos del Otro Mundo resultan incompatibles con una teoría tan grandiosa como vaga. Finalmente, queda esa alternativa verdaderamente formidable, según la cual el hombre es un cuerpo etéreo dotado de ciertos dones desconocidos, entre ellos de un poder de manifestación externa. Esa teoría de la «criptestesia», la sustentaron Richet y otros, y hasta cierto punto los argumentos militan en su favor.

El autor ha podido convencerse de que hay un grado preliminar y elemental en todo trabajo psíquico, que depende del poder innato, y posiblemente inconsciente, del médium. La lectura de un escrito oculto, la producción de golpes, la descripción de visiones a distancia, los efectos tan notables de la psicometría, las primeras vibraciones de las voces directas, todos y cada uno de esos fenómenos registrados en

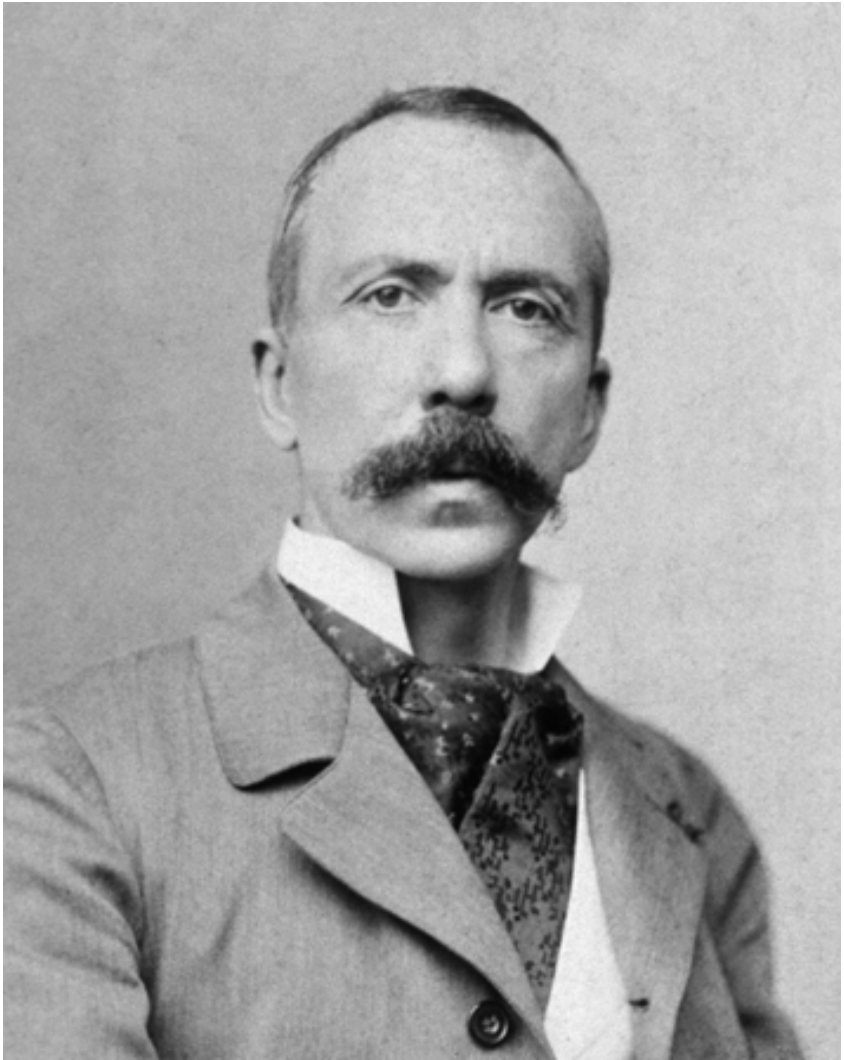
diversas ocasiones, parecen emanar de las facultades del mismo médium. Pero en la mayoría de los casos, aparece luego una inteligencia independiente que se apropia dicha fuerza y la usa para sus especiales fines.

Una prueba de lo que decimos se halla, como más adelante veremos, en los experimentos de Bisson y de Schrenck-Notzing con Eva, en los que las formas ectoplásmicas eran indudablemente al principio reflejos de imágenes mentales tomadas de ilustraciones de periódicos, algo modificados por su paso a través del cerebro del médium. Pero a esta siguió una fase más elevada en que la forma ectoplásmica desarrollada fue capaz de movimiento y hasta de emitir palabras.

La mente poderosa de Richet y sus dotes extraordinarias de observación se concentraron en los fenómenos físicos, mucho más que en los mentales y espirituales, los cuales es muy probable que hubieran modificado su manera de pensar.

Sólo queda la hipótesis de la personalidad compleja, que bien puede influir en ciertos casos, aunque al autor le parece que tales casos podrían explicarse igualmente bien por la obsesión³⁵. Estos casos, sin embargo, solo pueden tocar la periferia del tema e ignorar todo el aspecto fenoménico, por lo que no es necesario tomar el asunto muy en serio. Sin embargo, nunca se repetirá suficientemente que el investigador debe agotar todas las explicaciones normales posibles hasta su completa satisfacción antes de adoptar el punto de vista espiritista. Si así lo hace pisará sobre terreno firme. El autor puede ratificar que año tras año se aferró a todas las líneas de defensa hasta que finalmente se vio obligado a abandonar la posición materialista, si quería conservar alguna pretensión de honestidad mental.

³⁵ En el contexto espírita, el término **obsesión** se define como la influencia negativa que algunos espíritus logran ejercer sobre ciertas personas. Ver *El Libro de los Médiums* de Allan Kardec. *Nota de Curso Espírita*.



CHARLES RICHET
Premio Nobel de Medicina en 1913

CAPÍTULO IX

LA OBRA DE D. D. HOME

Daniel Dunglas Home nació en 1833 en Currie, pueblo cercano a Edimburgo. Acerca de su origen hay algo de misterio, afirmándonos unos y negando otros que estaba más o menos relacionado con la familia del conde de Home. Sin duda era hombre que había heredado costumbres de elegancia, delicadeza de maneras, sensibilidad y exquisitez de gustos. En cuanto a sus facultades psíquicas y a la seriedad que infiltraron en su carácter, pudo considerarse como el verdadero tipo de esos hijos menores aristócratas que heredan los hábitos y tendencias ya que no la fortuna de sus padres.

Home pasó de Escocia a Nueva Inglaterra a la edad de nueve años, con la tía que le había adoptado y que constituye otro de los misterios que rodean su existencia. A los trece años comenzó a dar señales de las facultades psíquicas heredadas, pues su madre, descendiente de una vieja familia de las altas tierras escocesas, tenía la típica segunda vista de su raza. Sus tendencias místicas se pusieron de manifiesto en una conversación con su amigo Edwin, a raíz de un pequeño cuento que relataba que un amante después de su muerte manifiesta su presencia a su amada según lo habían pactado. Ambos muchachos se habían prometido que el que muriera antes vendría a visitar al otro desde el más allá.

Home se marchó a otro lugar alejado, a unos cientos de kilómetros, y un mes más tarde, en el preciso momento de ir a acostarse, tuvo la aparición de Edwin que venía a

anunciarle su fallecimiento. Y, en efecto, dos o tres días más tarde Home recibió la noticia de la muerte. En 1850 tuvo una segunda visión relativa al fallecimiento de su madre, que se había ido a vivir a América con su marido. El niño estaba enfermo guardando cama en ese momento, y una noche pidió ayuda a gritos y su tía lo encontró muy angustiado. Dijo que su madre había muerto ese día a las doce; que ella se le había aparecido y se lo había dicho. La visión resultó ser totalmente cierta. Pronto fuertes golpes comenzaron a perturbar la tranquila casa, y los muebles se movieron por una fuerza invisible. Su tía, una mujer de estrechas convicciones religiosas, empezó a acusar al joven de haber traído al diablo a su casa y le echó de la casa sin más contemplaciones.

Lo primero que hizo fue buscar asilo con amigos, y durante un par de años anduvo con ellos de ciudad en ciudad. Su mediumnidad se había desarrollado extraordinariamente, dando frecuentes sesiones en los sitios donde paraba. A veces las sesiones eran seis o siete diarias, no se conocían en aquella época las limitaciones de poder ni las reacciones entre lo físico y lo psíquico. Esto minó sus fuerzas y fue causa de que cayera enfermo frecuentemente. La gente acudía de todas partes a presenciar las maravillas que provocaba la presencia de Home. Entre los que le hicieron objeto de estudio, figuraron el poeta americano Bryant y el profesor Wells, de la Universidad de Harvard. En Nueva York experimentaron con él los profesores Hare y Mapes, y el juez Edmonds. Los tres se convirtieron, según ya vimos, en espiritistas convencidos.

Durante aquellos primeros años aumentó el encanto de la personalidad de Home, lo que unido a la impresión profunda que causaban sus facultades, le atrajo valiosas adhesiones. El profesor George Bush le invitó a permanecer a su lado para hacer estudios swedenborgianos.

El matrimonio Elmer, rico y sin hijos, le propuso adoptarle y hacerle su heredero a condición de cambiar su nombre por el de Elmer.

Sus notables facultades curativas que provocaban la admiración de sus amigos le impulsaron a estudiar la carrera de medicina. Pero su delicada salud, juntamente con una afección pulmonar bien declarada, le obligaron a abandonar este proyecto y siguiendo las prescripciones facultativas, vino de Nueva York para establecerse en Inglaterra.

Llegó a Liverpool el 9 de abril de 1855. Era entonces joven, alto, esbelto, de maneras elegantes, sumamente pulcro en su modo de vestir y revelando en su semblante los estragos de la tuberculosis. Tenía los ojos azules y los cabellos castaños, la extremada debilidad de su organismo denotaba sus pocas fuerzas para resistir a la terrible enfermedad. Un buen médico que le hubiera examinado atentamente le supondría solo algunos meses de vida en nuestro clima húmedo, pero de todas las maravillas que rodeaban a Home la prolongación de su existencia fue tal vez la más extraordinaria. Llevaba en el rostro impresos los rasgos emotivos y religiosos que distinguían su carácter, siendo digno de mencionarse acerca de este punto que antes de desembarcar había bajado a su camarote para rezar fervorosamente. Al considerar la extraordinaria obra de su vida y la parte considerable que representó en el movimiento religioso del Espiritismo, puede afirmarse que nuestro visitante era uno de los más notables misioneros que jamás arribaron a estas costas.

Por aquellos días su situación era muy singular. Apenas sostenía relaciones sociales. Su pulmón izquierdo estaba deshecho. Sus rentas eran modestas, aunque suficientes. No tenía oficio alguno, pues su educación se había visto trunca por la enfermedad. Era de carácter sentimental, delicado, artístico, afectuoso y profundamente religioso.

Tenía fuerte inclinación hacia el arte y el teatro, sus facultades como escultor eran notables, y como actor de verso demostró en los últimos años de su vida que pocos podían igualarle. Pero por encima de todo esto, amén de una honradez tan inflexible que hasta molestaba por su intransigencia, tenía una cualidad superior que oscurecía a todas las demás. Consistía en aquellas facultades, completamente independientes de su voluntad, que aparecían o desaparecían con rapidez desconcertante, demostrando a cuantos le veían, que existía algo en el aura de aquel hombre que atraía a las fuerzas a él extrañas para manifestarse dentro de la esfera material.

En resumen, era un médium, el mayor médium físico que el mundo había visto hasta entonces.

Un hombre de calidad inferior se habría valido de aquellas facultades extraordinarias para fundar alguna secta de la cual hubiera sido el sumo sacerdote indiscutible, viviendo rodeado de una aureola de poder y de misterio. No hay duda de que cualquier otro en su lugar, habría tenido la tentación de explotar sus facultades para hacer dinero. Pero hay que hacer constar acerca de ese punto que jamás en el curso de los treinta años de su misión extraordinaria se hizo pagar un céntimo en la manifestación de sus dones. Es un hecho perfectamente comprobado que cuando el *Union Club* de París, en 1857, le ofreció dos mil libras esterlinas por una sola sesión, él, pobre e inválido, las rehusó rotundamente. «He sido enviado para realizar una misión», se contentaba con decir. «Esa misión es demostrar la inmortalidad. Jamás cobré dinero por ello y jamás lo cobraré». Recibió algunos regalos procedentes de príncipes y reyes que no podía rechazar sin incurrir en falta de respeto y cortesía: sortijas, alfileres, etc., que más que recompensas eran muestras de amistad. Pocos monarcas hubo en Europa con quienes no se hubiera relacionado. Napoleón III tomó bajo su amparo a la única

hermana de Home. El emperador de Rusia apadrinó su matrimonio. ¿Qué novelista se atrevería a inventar semejante carrera?

Pero hay otras tentaciones más atrayentes que las de la riqueza. Contra ellas estaba protegido por su acrisolada honradez. Ni por un momento perdió la noción del carácter y proporciones de su obra ni faltó a su norma de humildad. Decía:

Poseo estas facultades y me congratula tanto poder demostrarlas a quienes se acerquen sin dobles intenciones, como el hecho de que los demás puedan aportar nueva luz a mi obra. Para ello estaré siempre dispuesto a ayudar a todas las experimentaciones serias. No tengo dominio alguno sobre mis fuerzas; ellas se valen de mí, no yo de ellas. Me abandonan durante varios meses y luego vienen de nuevo a mí con redoblada energía. Soy un instrumento pasivo y nada más.

Tal era su actitud invariable. Era el hombre más sencillo y amable del mundo, sin sombra ni aire de profeta o mago. Como casi todos los hombres verdaderamente grandes, carecía de afectación. Una prueba de su delicadeza es que siempre que era necesario testimoniar sus hechos se guardaba mucho de dar los nombres de los presentes hasta estar seguro de que ningún perjuicio habían de sufrir apareciendo asociados a un culto impopular. Y aun en este caso y a pesar de la autorización de los interesados, continuaba ocultando nombres si llegaba a sospechar que la publicidad podía lastimar a algún amigo. Cuando comenzó a publicar la primera serie de *Incidentes de mi vida*, el *Saturday Review* habló sarcásticamente de las «anónimas pruebas de la condesa O, del conde B, del conde K, de la princesa de B, de la señora S», citados por él como otros tantos testigos de las manifestaciones relatadas. En el segundo volumen, llenó los blancos con los nombres de los concurrentes: condesa Orsini, conde

de Beaumont, conde de Komar, princesa de Beauveau y la conocida americana señora Henry Senior. En cambio, no citó ninguno de los nombres de sus augustos amigos, a pesar de ser notorio que el emperador Napoleón, la emperatriz Eugenia, el zar Alejandro, el emperador William I de Alemania y los reyes de Baviera y de Wurtemberg fueron testigos de sus extraordinarias facultades. Jamás fue sorprendido en engaño alguno, ni en sus palabras ni en sus obras.

Al desembarcar en Inglaterra se alojó en el Hotel Cox, de la calle de Jermyn, siendo probable que, a decidirle en la elección, contribuyera el hecho de que el propietario era un partidario de la causa, según le había dicho la señora Hayden. Como quiera que sea, Cox pronto comprobó que su joven huésped era un médium notable e invitó a algunas de las más poderosas inteligencias de la época para que acudiesen a investigar los fenómenos que Home producía. Lord Brougham concurreó a una de las primeras sesiones acompañando a su amigo, el hombre de ciencia, Sir David Brewster. Estudiaron los fenómenos en pleno día y asombrado Brewster, parece que exclamó: «Esto echa por tierra toda la filosofía de cincuenta años». Si hubiera dicho de mil quinientos quizá resultara más exacto. Lo que allí ocurrió lo explica en carta a su hermana, publicada mucho después³⁶. Las personas presentes fueron Lord Brougham, Sir David Brewster, Cox y el médium.

Los cuatro —dice Brewster— nos sentamos a una mesa de medianas dimensiones, a la que previamente se nos hizo examinar con la mayor atención. Pronto la mesa retembló transmitiéndose a nuestras manos un movimiento trepidante que, obedeciendo a nuestras órdenes, aparecía y desaparecía. Incontables golpes sonaban al mismo tiempo en distintos puntos de la mesa, hasta que esta se levantó del

³⁶ *Home Life Of Sir David Brewster*, por la Sra. Gordon (su hija), 1869.

suelo en el instante que no había mano alguna encima. Trajeron entonces una mesa mayor y se reprodujo el fenómeno.

Se puso una campanilla en el suelo, sobre la alfombra, y al cabo de un rato, empezó a sonar sin que nadie la tocara.

Añade que la campanilla se desplazó por sí misma y fue a colocarse en su mano, haciendo luego otro tanto con la de Lord Brougham, y concluye:

Tales fueron los experimentos principales. De ellos no podemos dar ninguna explicación, ni tenemos sospecha alguna de que los produjera ningún mecanismo oculto.

El conde de Dunraven contó asimismo que fue presentado a Home para presenciar los fenómenos de que le había hablado Brewster. Describe la reunión afirmando que este último consideraba las manifestaciones inexplicables, tanto si obedecían a una farsa como si se basaban en cualquiera de las leyes físicas conocidas. Home hizo una reseña de aquella sesión en carta enviada a un amigo suyo de América, donde se publicaría con algunos comentarios. Cuando estos fueron reproducidos por la prensa inglesa, Brewster se mostró alarmadísimo, pues una cosa era tener una opinión determinada en el terreno estrictamente privado, y otra arrostrar la inevitable pérdida de prestigio en los círculos científicos de los que formaba parte. Sir David no tenía vocación de mártir. Así es, que escribió al *Morning Advertiser*, haciendo constar que era cierta su asistencia a distintos fenómenos mecánicos que no podía explicarse, pero reconocía que todos ellos podían producirse con pies y manos de modo natural.

Hemos relatado el incidente Brewster porque fija típicamente la actitud científica de aquella época, y porque su primer efecto fue despertar el interés del público por los fenómenos de Home, dando lugar a centenares de trabajos de nuevos investigadores. Los hombres de ciencia se dividieron en partidos; a un lado los que no habían investigado cosa alguna sobre aquella materia (lo cual no obstaba para que

sustentaran en contra las más virulentas opiniones); a otro los que reconocían que todo aquello era verdad, pero sin atreverse a proclamarlo; y finalmente, al otro, la valiente minoría de los Lodges, los Crookes, los Barretts y los Lombrosos, que admitían la verdad y se atrevían a proclamarla.

Desde Jermyn Street, Home se fue a vivir con la familia Rymer, en Ealing, donde hubo varias sesiones. Allí le visitó Lord Lytton, el célebre novelista, que aun cuando obtuvo pruebas asombrosas, nunca confesó su creencia en el poder del médium, si bien en sus cartas particulares y aún en sus novelas, hay vislumbres de la verdadera impresión que le causó. El mismo caso se repitió con no pocos hombres y mujeres de los más conocidos. Entre los primeros concurrentes a las sesiones de Home, figuraron Robert Owen, el socialista, T. A. Trollope, el escritor, y el Dr. J. Garth Wilkinson, el psiquiatra.

En nuestros días, cuando el hecho de los fenómenos psíquicos es ya familiar a todo el que no es un ignorante, apenas podemos darnos cuenta del valor moral de un Home, al manifestar públicamente sus facultades. Por regla general, el británico de aquella época, que se atreviese a proclamar su don de trastornar la ley de la gravedad de Newton, y que revelase la acción de una mente invisible sobre la materia visible, era considerado en principio como un impostor y un pícaro. La opinión sobre el Espiritismo exteriorizada por el vicecanciller Giffard, al conocer la solución del litigio Home-Lyon, litigio al que en este mismo capítulo nos referiremos, fue digna de la clase a que pertenecía. No sabía nada de cuestiones mediúmnicas, a pesar de lo cual dio por indiscutible que todo aquello era una mentira. Ciertamente que semejantes hechos estaban consignados en libros antiguos y que habían ocurrido en distantes países, pero que ocurrieran en la prosaica Inglaterra, la Inglaterra de las tasas bancarias y del

libre comercio, era una cosa absurda e indigna de toda mentalidad verdaderamente seria.

Se refiere que, en aquel proceso, Lord Giffard, volviéndose al abogado de Home, le preguntó: «¿Quiere decir esto que su cliente ha sido levantado en el aire?» Ante la contestación afirmativa, el juez volvió a los jurados con un movimiento solo comparable al de aquellos sumos sacerdotes de los días de la antigua ley, que rasgaban su túnica como protesta contra la blasfemia.

En 1868 había pocos jurados suficientemente cultos para rebatir las objeciones de un juez, siendo natural que en cincuenta años hayamos hecho muchos progresos en ese camino. El trabajo ha sido muy lento, pero recuérdese que el cristianismo necesitó más de trescientos años en hacerse realidad.

Fijémonos en el fenómeno de la levitación como prueba de las facultades de Home. Se asegura que varias veces se elevó en el aire en presencia de testigos de la mayor reputación, veamos las pruebas. En 1857, estando en un castillo de las inmediaciones de Burdeos, se elevó hasta el techo de una habitación bastante alta, en presencia de la señora Ducos (viuda del ministro de Marina) y del conde y la condesa de Beaumont.

En 1860 Robert Bell publicó en *Cornhill* el artículo *Más extraño que una novela*, que decía: «Se elevó desde la silla en que estaba sentado hasta 1 metro del suelo. Vimos su cabeza pasar de un lado de la ventana a otro, con los pies hacia atrás, tendido horizontalmente en el aire». El doctor Gully, de Malvern, médico muy conocido, y Robert Chambers, autor y editor, figuraban entre los testigos. Hay que suponer que todos esos hombres se habían confabulado para mentir, o de lo contrario no es posible que se atrevieran a afirmar que un semejante suyo flotara en el aire no siendo cierto. Aquel mismo año Home se elevó en casa de la señora Milner

Gibson, en presencia de Lord y Lady Clarence Paget, el primero de los cuales pasó la mano por debajo del cuerpo del médium para asegurarse de la realidad del fenómeno.

Algunos meses después, Watson, abogado de Liverpool, fue testigo de los mismos fenómenos en unión de otros siete amigos. «Home, dice, cruzó la mesa por encima de la cabeza de las personas que estábamos sentadas a su alrededor». Y añade: «Le alcancé la mano a unos 2 metros de altura y avanzó cinco o seis pasos por el aire, flotando encima de mí». En 1861 la señora Parkes, de Cornwall Terrace, Regent's Park, relató que estaba presente con Bulwer-Lytton y Hall, cuando en su propio salón Home se elevó hasta tocar el techo con la mano, quedando luego flotando horizontalmente. En 1866 los señores Hall, Lady Dunsay y la señora Senior, vieron en casa de los primeros a Home, quien, con la cara transfigurada, radiante, se elevó dos veces hasta el techo, dibujando a lápiz la segunda vez una cruz para demostrar a los presentes que no eran víctimas de una alucinación.

Tantos fueron los casos de levitación de Home, que podría escribirse un largo capítulo dedicado exclusivamente a esta fase de su mediumnidad. El profesor Crookes fue testigo repetidas veces del fenómeno, hablando de él en cincuenta distintas ocasiones. Acaso el lector se pregunte si queremos hacerle retroceder a la edad de los milagros. Pero no se trata de milagrerías. Nada hay en esto de sobrenatural. Lo que ahora vemos y lo que hemos leído respecto al pasado, es el efecto de una ley que no había sido ni estudiada ni definida. Hasta ahora no podemos darnos cuenta de algunas de sus posibilidades y de sus limitaciones, tan exactas como las de cualquier otra fuerza física. Hay que guardar el justo equilibrio entre quienes se obstinan en no creer nada y quienes creen demasiado. Paulatinamente se va aclarando la bruma y distinguiendo la costa sombría. Cuando por primera vez

se movió la aguja imantada, no hubo ninguna infracción de las leyes de la gravedad, sino la sencilla intervención local de una fuerza más poderosa. Y eso es lo que ocurre con las fuerzas psíquicas al actuar sobre la materia. Si la fe de Home en sus facultades hubiera desfallecido, o si el ambiente que le rodeaba durante su experimento hubiera sido perturbado, sus prodigiosos dones se hubieran debilitado y habrían desaparecido. Es el mismo caso de Pedro, que se hundió al perder la fe. A través de los siglos las mismas causas produciendo los mismos efectos. La fuerza espiritual perdurará en nosotros si tenemos fe en ella, pues nada se le concedió a Judea que no pueda permitírsele a Inglaterra.

Toda la actuación de Home fue de suprema importancia como confirmación de la existencia de las fuerzas invisibles y como argumento definitivo contra el materialismo. Fue una afirmación incontrovertible de los llamados «milagros», pesadilla de tantas mentes esclarecidas, milagros que vinieron a probar la exactitud de los primeros relatos acerca de los fenómenos espiritistas. Millones de almas escépticas ya en la agonía de los conflictos espirituales, clamaban porque se les dieran pruebas concluyentes de que no todo era espacio vacío a nuestro alrededor; de que había otras fuerzas fuera de nosotros; de que el Yo no es una mera secreción de nuestro tejido nervioso, y de que los muertos realmente se llevan al más allá su vida incólume. Todo eso era lo que venía a demostrar el más grande de nuestros misioneros a las personas capaces de observar y razonar.

Son innumerables las pruebas del valor psíquico de la obra de Home, admirablemente resumida por la señora Webster, de Florence, con estas palabras:

Es el misionero más maravilloso de la más grande de todas las causas, siendo incomprensible la excelsitud de cuanto ha realizado. Cuando Home desaparezca, dejará tras

de sí el mayor de todos los bienes, la certeza de una vida futura.

Home refirió la misión que trajo al mundo en una conferencia que dio en la Sala Willis, de Londres, el 15 de febrero de 1866:

Creo de todo corazón, dijo, que esa fuerza misteriosa se desarrolla más y más cada día acercándonos a Dios. Si me preguntáis si con ello nos hacemos más puros, os contestaré solamente que somos mortales, y como tales estamos sujetos a error; que los más puros de corazón verán a Dios; que Él es el amor, y que la muerte no existe. Para los hombres de edad avanzada, esa fuerza será un consuelo al fin de los tormentos de la vida. A los jóvenes, les enseñará los deberes que tienen con el prójimo, y que según sea lo que siembren, así será lo que cosechen. A todos nos enseñará la resignación. Disipa las nubes del error y trae la espléndida aurora de un día sin fin.

Leyendo el relato de la vida de Home, escrito por su viuda (el más convincente de los documentos, pues su autora fue el único mortal que conoció al hombre como realmente era) se ve la impresión que causó a sus contemporáneos. Tuvo el apoyo y el aprecio de muchos aristócratas de Francia y de Rusia, con quienes había entrado en relaciones. Difícilmente podría hallarse en ninguna biografía tan cálidas expresiones de admiración y hasta reverencia como las que se encuentran en las cartas de aquellos aristócratas. En Inglaterra hubo un círculo de fervientes partidarios suyos, algunos de las clases más elevadas, como los Halls, los Howitts, Robert Chambers, Milner Gibson, el profesor Crookes y otros. En cambio, fue deplorable la falta de valor de aquellos otros que, admitiendo los hechos en privado, escurrían el bulto en público. Se distinguieron en tal sentido Lord Brougham y Bulwer-Lytton, especialmente este último, como buen intelectual, y casi toda la «intelectualidad» le

imitó. Hubo hombres de ciencia como Faraday y Tyndall, increíblemente anticientíficos en sus métodos de investigación a la que iban imponiendo previamente sus prejuicios. Los secretarios de la Real Sociedad se negaron a admitir las demostraciones de los fenómenos físicos que Crookes les ofreció, prefiriendo pronunciarse rotundamente contra ellas.

En cuanto al clero, no puede citarse el nombre de ningún sacerdote británico que demostrase el menor interés en el asunto, y cuando en 1872 comenzó a aparecer en *The Times* la reseña de las sesiones celebradas por Home en San Petersburgo, fue cortada en seco, según H. T. Humphreys, «en virtud de las acerbos quejas formuladas a su director, Delane, por algunos de los más elevados dignatarios de la Iglesia de Inglaterra.

La caridad figuraba entre los más hermosos sentimientos de Home. Como toda caridad verdadera, era secreta, manifestándose solo indirectamente y por acaso. A su amigo Rymer le dio cincuenta libras para salvarle de un apuro, lo que representaba en aquella ocasión casi todo su caudal.

Más tarde se le ve rondando los campos de batalla inmediatos a París, muchas veces al alcance del fuego de los combatientes, con los bolsillos llenos de cigarros para los heridos. Un oficial alemán le escribe emocionado para recordarle de qué manera le salvó de morir desangrado, llevándole sobre sus débiles espaldas para alejarle de la zona de fuego.

Pero no se crea, por lo que precede, que Home fuera un hombre de carácter impecable. Débil de temperamento, era algo femenino y de ello dio muestras en diferentes ocasiones. Hallándose el autor en Australia, pudo enterarse de una correspondencia cruzada en 1856 entre Home y el hijo mayor de Rymer. Viajando juntos por Italia, Home abandonó a su amigo en circunstancias que revelaban su inconsecuencia y su ingratitud. Conviene decir que su salud estaba entonces muy quebrantada.

Tenía todos los defectos del hombre emotivo —decía Lord Dunraven— con una vanidad muy desarrollada, tal vez convenientemente para poder resistir la campaña de ridículo desencadenada a la sazón contra el Espiritismo y contra él. Estaba sujeto a grandes depresiones y a crisis nerviosas difíciles de comprender, pero al mismo tiempo su trato y maneras eran tan sencillas, afables y cariñosas, que causaban el embeleso de cuantos le rodeaban. Mi amistad con él fue inalterable hasta el fin.

Pocos dones existen de los que nosotros llamamos mediúmnicos y San Pablo llama «del espíritu», que Home no poseyera, si bien la característica de sus facultades psíquicas fue su gran versatilidad. Es fácil hallar un médium de «voz directa», un interlocutor en trance, un clarividente o un médium físico, pero Home era las cuatro cosas a la vez. Sabemos que era muy escasa la importancia y valor de realidad que concedía a los demás médiums y que no estaba exento de esos celos psíquicos que constituyen el rasgo común entre los hombres de su clase.

La señora Jencken, antes Kate Fox, fue la única médium con la cual estuvo en buenas relaciones. Se disgustaba profundamente al menor engaño y llevó tan buena cualidad hasta el extremo de considerar con malos ojos todas las manifestaciones no realizadas por él mismo. Esta opinión, expresada con toda claridad en su último libro *Lights and Shadows of Spiritualism*, constituía una ofensa para los demás médiums que pretendían ser tan honrados como él.

Protestó contra toda sesión efectuada en la oscuridad, protesta que debe tomarse como un consejo de perfección, pues los experimentos sobre el ectoplasma, base física de toda materialización, son de ordinario afectados por la luz, a menos que esta sea de un color rojizo. Home no fue muy experto en materializaciones completas como las obtenidas por Florence Cook y Madame d'Espérance, o en nuestros

tiempos por la médium Bisson. De modo que su opinión no resulta justa en relación con los demás. Por otra parte, Home pretendía que la materia no podía pasar a través de la materia, pues sus fenómenos nunca evidenciaron semejante maravilla, a pesar de lo cual, hoy es de una evidencia completa que en determinados casos el hecho se efectúa positivamente. Se ha llegado incluso a la aparición de aves de las más raras especies en las sesiones espiritistas, en circunstancias tales, que parecían implicar un verdadero fraude, y en cuanto a los experimentos del paso de la madera a través de la madera, ocurridos en presencia de Zöllner y de otros profesores de Leipzig, fueron tan concluyentes, que aquel famoso físico los hizo constar al reseñar en su *Transcendental Physics* sus experimentos con Slade.

Algunos también pueden criticar que llevó su mensaje a los líderes del mundo y de la sociedad más que a la clase trabajadora. Es probable que Home con su debilidad y natural sentido artístico se encontrase más a gusto y feliz en un ambiente de elegancia y refinamiento, con una repulsión personal hacia todo lo que era sórdido y feo. Si no hubiera otra razón el precario estado de salud le incapacitaba para llevar a cabo una misión más dura y sus repetidas hemorragias le impulsaron a buscar la agradable y refinada vida de Italia, Suiza y la Costa Azul. Pero para el enjuiciamiento de su misión además de su autosacrificio personal no puede haber duda de que llevar su mensaje al laboratorio de un Crookes o la Corte de un Napoleón fue más útil que mostrarlo a la multitud. Se necesitaba el consentimiento de la ciencia y la sanción de la alta sociedad para que el público tuviese garantías de que tales cosas eran ciertas. Si bien no era un hombre de ciencia él era el crudo material para la ciencia, dispuesto y ansioso de transmitir todo lo que podía aportar al mundo. La ciencia debe dar fe de la religión mientras que la religión debe buscar refuerzo en la ciencia.

Los esfuerzos realizados por Home para hallar un credo con el cual se sintieran satisfechas sus convicciones religiosas tenían algo de patético, pero confirma el parecer de algunos espiritistas de que se puede tener el conocimiento espiritual aunque no se pertenezca a ninguna religión o credo. Y también llevan razón aquellos que aseguran que la perfecta armonía con el conocimiento espiritual solo se puede conseguir con el conocimiento que hoy en día aporta el Espiritismo. Home fue en su juventud wesleyano, pero respiró luego la atmósfera más liberal del congregacionalismo. Durante su estancia en Italia, saturado de la atmósfera artística de la Iglesia Católica Romana y en presencia de tantos fenómenos parecidos a los suyos, quiso convertirse para ingresar en una orden religiosa, intención que su buen sentido le hizo abandonar. Tal intento de cambiar de religión coincidió con la época en que sus facultades psíquicas le abandonaron por espacio de un año. Su confesor le aseguraba que aquellas facultades eran de origen diabólico, y ya no volverían a inquietarle en cuanto se acogiera al seno de la Iglesia verdadera. Al año justo las facultades volvieron con mayor fuerza aún. Desde entonces Home ya no fue católico más que de nombre, y después de su segundo matrimonio —con una señora de nacionalidad rusa, lo mismo que su primera esposa— se inclinó definitivamente hacia la Iglesia Griega, bajo cuyo rito fue enterrado en Saint Germain en 1886. «A otro que vio los Espíritus» es la inscripción que se lee en su tumba.

Si fuera necesaria una prueba de la irreprochable vida de Home, la encontraríamos en el hecho de que sus numerosos enemigos, siempre en acecho para caer sobre él, jamás encontraron nada serio que echarle en cara, como no sea el caso inocente llamado de Home-Lyon. Cualquier hombre imparcial que lea sus declaraciones —reproducidas literalmente en la segunda serie de *Incidentes de mi vida*—,

reconocerá que Home fue en aquella ocasión más digno de conmiseración que de reproche. No hay mayor prueba de la nobleza de su carácter que sus relaciones con aquella mujer tan caprichosa como comprometedora que, después de haberle entregado una cantidad por presentarle en la alta sociedad además le exigía cambiar su nombre. Si se hubiera limitado a pedirle sencillamente la devolución, no hay duda de que Home la habría complacido, aunque le hubiese costado un gran sacrificio, pero se trataba nada menos que de cambiar su nombre por el de Home-Lyon para satisfacer el capricho de aquella señora empeñada en hacerle su hijo adoptivo, y su pretensión llevaba consigo tales condiciones, que Home no podía honradamente aceptarlas.

Leyendo las cartas relativas a aquel asunto se ve a Home, a su representante S. C. Hall y a su abogado Wilkinson, implorando de aquella señora que moderara su poco razonable intransigencia, convertida luego en una malevolencia aún menos razonable. Aquella mujer estaba absolutamente decidida a que Home guardara el dinero y se dispusiera a heredarla; pero este demostró entonces su desprendimiento, y quiso hacerla desistir de su manía rogándole que pensara en sus parientes. Ella contestó que el dinero era suyo, que podía hacer con él lo que mejor le pareciera, y que no tenía familia. Desde el momento en que Home aceptó la adopción, se condujo como un hijo cumplidor de sus deberes, y aunque ello no tenga nada de caritativo es fácil suponer que aquella actitud verdaderamente filial, en modo alguno correspondía a la que la vieja señora había imaginado. Como quiera que fuese, la mujer se cansó pronto y reclamó el dinero con el pretexto —verdaderamente monstruoso para quienes lean las cartas y se fijen en las fechas— de que los espíritus le impulsaban a tomar semejante resolución.

El caso fue fallado por el Tribunal de Chancery, cuyo juez aludió a «las innumerables falsedades de la señora Lyon, las

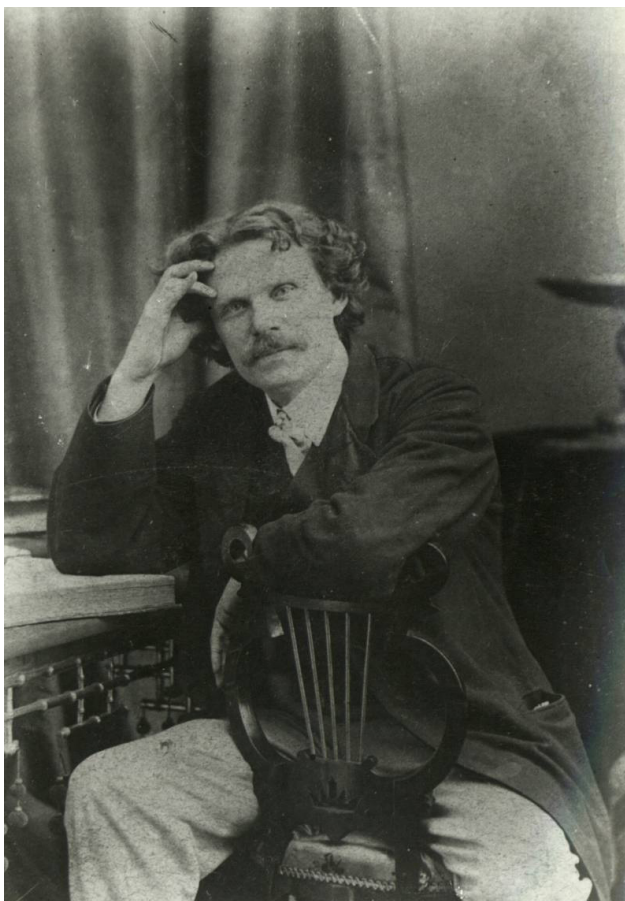
cuales ofendían al Tribunal y desacreditaban el propio testimonio del querellante». No obstante, y a pesar de lo que imponía la justicia más elemental, el fallo fue adverso a Home. El juez habría indudablemente dado un fallo distinto, si no hubieran entrado en juego sus prejuicios contra las fuerzas psíquicas, que en su concepto eran manifestaciones absurdas. Sin embargo, hasta los peores enemigos de Home habrían tenido en cuenta que el hecho de conservar el dinero en Inglaterra en vez de ponerlo a buen recaudo, en otra parte, es una prueba de las rectas intenciones que le guiaron en aquel episodio, el más desdichado de toda su vida.

Las facultades de Home estuvieron atestiguadas por tantos y tan famosos observadores y en condiciones tan claras que ningún hombre razonable podía ponerlas en duda, y hubiera bastado para ello las realizadas por William Crookes, que resultaron verdaderamente definitivas. Hay también otras pruebas evidentes en un libro notable, recién reimpresso, de Lord Dunraven, en el que este narra sus primeras relaciones con Home. Pero además existen muchos otros testimonios de personas que en Inglaterra hicieron investigaciones valiéndose de Home y consignaron los resultados en cartas o declaraciones públicas, demostrando que no solo estaban convencidas de la realidad de los fenómenos, sino que también del origen espiritual de estos. Entre ellas merecen particular mención la duquesa de Sutherland, Lady Shelley, Lady Gomm, el Dr. Chambers, Lady Otway, la señorita Kate Sinclair, la señora Milner Gibson, los señores William Howitt, la señora De Burgh, el Dr. Gully (de Malvern), Sir Charles Nicholson, Lady Dunsany, Sir Daniel Cooper, la señora Adelaide Senior, los señores de S. C. Hall, la señora Makdougall Gregory, el señor Pickersgill, el señor E. L. Blanchard y el señor Robert Bell.

Otros hubo que declararon insuficiente lo presenciado por ellos para aducir que existía fraude. Fueron estos

Ruskin, Thackeray (director del *Cornhill Magazine*), John Bright, Lord Dufferin, Sir Edwin Arnold, Heaphy, Durham (escultor), Nassau Senior, Lord Lyndhurst, J. Hutchinson (ex presidente de la Bolsa), y Dr. Lockhart Robertson.

Tales fueron los testigos y tal la obra. Y cuando aquella vida tan útil y desinteresada pasó a otro mundo, apenas hubo periódico —hay que decirlo, para eterno baldón de nuestra prensa— que no tratara a Home de impostor y de charlatán. Pero se acerca el tiempo en que habrá de reconocerse que aquel hombre fue uno de los paladines en el progreso lento y arduo de la Humanidad a través de la ignorancia.



DANIEL DUNGLAS HOME

CAPÍTULO X

LOS HERMANOS DAVENPORT

Para relatar la obra de los hermanos Davenport, tenemos que volver a los primeros días del movimiento en América. Home y los Davenport representaron un papel verdaderamente internacional, ya que su vida señala los progresos del movimiento en Inglaterra a la vez que en los Estados Unidos.

Los Davenport actuaron en un nivel muy inferior al de Home, haciendo de sus notables dones una profesión, y por la naturaleza de sus procedimientos impusieron sus resultados a las multitudes en una forma que no hubieran podido hacer los médiums más refinados.

Si consideramos todo el conjunto de los sucesos como obra de una inteligente y omnipotente fuerza del más allá, se nota que cada hecho tiene su instrumento apropiado, y que, si una demostración no produce resultado, hay otra que viene a ocupar su lugar para producirlo.

Los Davenport fueron afortunados con sus propagandistas. Dos escritores publicaron libros (*Biografía de los hermanos Davenport*, por T. L. Nichols, Londres, 1864, *Hechos supramundanos de la vida del Rev. J. B. Ferguson*, por T. L. Nichols, Londres, 1865 y *Experimentos Espiritistas: siete meses con los hermanos Davenport*, por Robert Cooper, Londres, 1867), acerca de los sucesos principales de su vida, a los cuales, por otra parte, prestó gran atención la prensa periódica de su época.

Ira Erastus Davenport y William Henry Davenport nacieron en Buffalo, Estado de Nueva York, el 17 de septiembre de 1839 el primero, y el 1 de febrero de 1841 el segundo. Su padre, descendiente de los primeros colonos ingleses, que fueron a América, tenía un cargo en el departamento de policía de Buffalo. Su madre era inglesa, natural de Kent, y fue a América de niña. En 1848, toda la familia fue sorprendida a medianoche por una serie de «golpes, puñetazos, ruidos sordos, roturas, crujidos». Ocurría esto dos años antes de los sucesos en casa de la familia Fox. Pero en aquel caso, como en tantos otros, fue el ejemplo de los Fox lo que impulsó a los Davenport a realizar investigaciones hasta cerciorarse de sus facultades mediúmnicas.

Los dos muchachos Davenport y su hermana Elizabeth, la menor de los tres, comenzaron los experimentos colocando sus manos sobre una mesa. Se oyeron entonces profundos y violentos ruidos entre los cuales se insinuaron los mensajes. La noticia trascendió al exterior, y al igual que en el caso Fox, acudieron a la casa centenares de curiosos y de incrédulos. Ira manifestó sus dones de médium escribiente, mostrando a los circunstantes mensajes escritos con extraordinaria rapidez, conteniendo noticias para él absolutamente desconocidas. En seguida siguieron los fenómenos de levitación, siendo el muchacho elevado en el aire, por encima de la cabeza de los circunstantes y a una altura de 3 metros del suelo. El otro hermano y la hermanita realizaron los mismos fenómenos, siendo testigos los presentes de cómo los tres ascendían por el aire hasta tocar el techo. Centenares de respetables ciudadanos de Buffalo presenciaron tan extraordinarias maravillas. Una vez, estando toda la familia sentada a la mesa, las cucharas, los cuchillos y los platos empezaron a bailar mientras la mesa se elevó quedando en vilo. En una sesión celebrada poco después se vio un lápiz escribir solo en pleno día. Las sesiones se celebraron a partir de aquel

momento de una manera regular, con aparición de luces y de instrumentos musicales que tocaban en el aire por encima de la cabeza de los reunidos. Siguieron luego las voces directas y otras manifestaciones tan numerosas, que es imposible detallarlas todas. Obedeciendo a los dictados de los espíritus comunicantes, los dos hermanos se trasladaron a otros puntos para dar sesiones públicas. A petición de los circunstantes se sometían a toda clase de pruebas. Al principio operaban con personas escogidas entre los presentes, pero estimándose luego que esto no era del todo satisfactorio por temerse que aquellas personas estuvieran de acuerdo con los hermanos, se apeló al procedimiento de atarles con cuerdas. Al leer la lista de los arbitrios ingeniosos a que se apeló para comprobar la verdad de las manifestaciones, se ve cuán imposible es convencer a los obstinadamente escépticos. En cuanto una prueba tenía éxito, se proponía otra, y así sucesivamente. Los profesores de la Universidad de Harvard en 1857 sometieron a ambos hermanos y sus fenómenos a un riguroso examen. Su biógrafo escribe: (*Biografía de los hermanos Davenport*, por T. L. Nichols, págs. 87-88):

Los profesores emplearon todo género de precauciones en las pruebas. Les pusieron esposas en las manos; les sujetaron hasta la inmovilidad. Se aceptaron hasta una docena de proposiciones, rechazándolas luego los mismos que las hacían. Si los hermanos aceptaban una prueba de las propuestas, los mismos proponentes la retiraban, por considerarse que la aceptación por los médiums era motivo suficiente para no intentarla, por sospecharse que estaban preparadas para ella.

Finalmente, los profesores trajeron 150 metros de cuerda nueva, abrieron una cabina colocada en una de las habitaciones, y metieron en ella, fuertemente atados, a los dos jóvenes. Todos los nudos de la cuerda se habían reforzado con ataduras de bramante de lino, y uno de los verificadores,

el profesor Pierce, se encerró en la cabina con los dos hermanos. A pesar de tales precauciones, apareció fuera de la cabina una mano de la aparición, mientras el profesor encerrado oía y sentía que pasaban sobre su cabeza y su rostro varios objetos. A cada movimiento tocaba a los dos jóvenes para convencerse de que continuaban sólidamente atados. Finalmente, los operadores libertaron a los jóvenes de sus ataduras, y cuando la cabina fue abierta, se vio que la cuerda estaba arrollada al cuello del profesor.

Después de prueba tan concluyente, los profesores de Harvard no redactaron ningún informe. Es también curiosa la descripción de un ingenioso aparato de verificación, consistente en una especie de mangas y pantalones, fuertemente ajustados, ideado por un tal Darling, de Bangor. Resultó como los demás procedimientos, incapaz de impedir las misteriosas manifestaciones de los dos médiums. Es de advertir que eso acaecía en una época en que los hermanos eran casi niños, demasiado jóvenes para intentar farsa alguna.

No es de extrañar que los fenómenos levantaran violenta oposición en todas partes, ni que los hermanos fueran denunciados como embaucadores. Después de diez años de actuación pública en las principales ciudades de los Estados Unidos, los hermanos se trasladaron a Inglaterra. Se habían sometido con éxito a todas las pruebas que el ingenio humano podía concebir, sin que nadie pudiera decir de qué manera obtenían los resultados. Habían conquistado una gran reputación. Sin embargo, tenían que volver a empezar.

Ambos hermanos, Ira y William, contaban entonces veinticinco y veintitrés años, respectivamente. He aquí cómo los describe el *World*, de Nueva York:

Se parecían extraordinariamente, siendo ambos de bello aspecto, con cabellos largos, negros y rizados, frente despejada, ojos oscuros y vivos, pobladas cejas, labios gruesos, bigote abundante y cuerpo musculoso y bien

proporcionado. Vestían de negro con largos abrigos, llevando uno de ellos reloj con cadena.

El Dr. Nichols, su biógrafo, experimentó esta primera impresión al verlos y tratarlos:

Los jóvenes, con quienes tuve una breve relación personal y a quienes jamás había visto antes de su llegada a Inglaterra, me parecieron por encima del nivel medio de sus compatriotas en carácter e inteligencia. Era más notable en ellos la habilidad que la viveza, en Ira había algún talento artístico. Parecían ambos jóvenes perfectamente honrados, singularmente desinteresados, nada mercantilistas, más atentos a que la gente quedara satisfecha de su sinceridad y de la realidad de sus manifestaciones que en hacer dinero. Tenían una ambición tan solo: la de servir de instrumento para lo que creían ser el bien más grande a que podía aspirar la humanidad.

Fueron acompañados en Inglaterra por el Rev. Dr. Ferguson, pastor que fue de una importante iglesia de Nashville, en el Tennessee, a la cual había asistido Abraham Lincoln; M. Palmer, conocido empresario, que actuaba como secretario de ambos jóvenes, y William M. Fay, que actuaba también como médium.

La primera sesión que dieron en Londres, el 28 de septiembre de 1864, tuvo carácter privado y se celebró en la residencia ocupada en Regent Street por Dion Boucicault, el famoso autor y actor, en presencia de distinguidos periodistas y hombres de ciencia. La prensa publicó largas reseñas de la sesión, en general benévolas.

Días después se celebró otra sesión en casa de Dion Boucicault, que se publicó en el Daily News y en otros varios periódicos. Asistieron a ella, entre otros, el Vizconde de Bury, M.P., Sir Charles Wyke, Sir Charles Nicholson, el Canciller de la Universidad de Sydney, Robert Chambers, el

novelista Charles Reade y el capitán Inglefield, explorador del ártico.

Decía así el relato de Boucicault:

Ayer tuvo lugar en mi casa una sesión de los hermanos Davenport y el señor Fay, en presencia de (aquí veinticuatro nombres además de los citados)

A las tres, ya estábamos todos reunidos. Mandé a buscar a una tienda de música cercana seis guitarras y dos tambores, para que no todos los instrumentos fueran de la clase empleada y conocida de los médiums.

A las tres y media llegaron los hermanos Davenport y el señor Fay y vieron que habíamos alterado sus disposiciones, destinando para la realización de las manifestaciones una habitación distinta a la que ellos habían escogido.

La sesión comenzó con un examen de los hermanos Davenport y sus ropas, comprobándose por los presentes que no escondían ningún aparato ni dispositivo alguno. Entraron en el gabinete que habíamos preparado, sentándose uno frente al otro. Luego el capitán Inglefield, con una cuerda nueva facilitada por nosotros mismos, ató a W. Davenport de pies y manos, estas últimas a la espalda, y, finalmente, le amarró fuertemente a la silla. Lord Bury hizo lo propio con I. Davenport. Los nudos de las ligaduras fueron protegidos con lacre en el que se estampó un sello especial. En el suelo se depositaron una guitarra, un violín, un tambor, dos campanillas y una trompeta. Se cerraron luego las puertas, no dejando entrar más que una luz muy tenue pero suficiente para que pudiéramos ver lo que ocurría.

Omito detallar el fenómeno de los ruidos que se oyeron en la estancia, y la violencia con que las puertas retemblaron y los instrumentos se movieron, así como la aparición de manos en la forma conocida, ante un orificio en forma de trapecio que se veía en la puerta del gabinete. Más dignos de notar fueron los siguientes hechos. Estando Lord Bury de pie en el interior del gabinete, se abrió la puerta y vimos entonces a los dos médiums sentados, atados y sellados,

mientras una mano perfectamente clara, descendía sobre el primero, golpeándole en la espalda y obligándole a volverse. Nuevamente, a la luz de un candelabro de gas, y durante un intervalo de la sesión, estando las puertas del gabinete abiertas y mientras examinábamos las ligaduras de los hermanos Davenport, una mano femenina, muy blanca y delgada, osciló breves segundos en el aire. Semejante aparición provocó una exclamación de asombro en todos los circunstantes.

Sir Charles Wyke entró entonces en el gabinete y se sentó entre los dos hombres, poniendo sus manos sobre cada uno de ellos. Las puertas fueron cerradas e inmediatamente comenzaron los ruidos. En seguida aparecieron varias manos en el orificio, entre ellas la de un niño. Al cabo de un rato, Sir Charles volvió a nuestro lado y manifestó que mientras tenía asidos a los hermanos, varias manos le habían tocado el rostro y levantado el pelo, a la vez que los instrumentos puestos a sus pies se movían y empezaban a tocar alrededor de su cuerpo y encima de su cabeza, parándose uno de ellos en su hombro. En tanto se desarrollaban esos fenómenos, las manos que habían aparecido, fueron tocadas y apretadas por el capitán Inglefield, quien afirmó que, a juzgar por el tacto, eran manos humanas, que pudieron desasirse y desaparecer.

La siguiente fase de la sesión se desarrolló en la oscuridad. Uno de los Davenport y W. Fay se sentaron entre nosotros. Se les pasaron dos cuerdas por los pies quedando atadas dichas extremidades y las manos, estas últimas a la espalda y a la silla, y esta a su vez a la mesa contigua. Entre tanto la guitarra se levantó de la mesa y empezó a flotar alrededor de la habitación por encima de la cabeza de los reunidos, a algunos de los cuales tocó ligeramente. Una luz fosfórica apareció corriéndose de un extremo a otro sobre todos nosotros. Sentíamos que nos tocaban y nos golpeaban en las manos, en los hombros y en el pecho, mientras la guitarra rondaba por la habitación, tan pronto cerca del techo, como dando en la cabeza y los hombros de los presentes. Al mismo tiempo sonaban las campanillas y vibraba el violín.

Los dos tambores redoblaban tan pronto en un lado como en otro del suelo, ora violentamente, ora rozando las rodillas y las manos de los circunstantes, siendo todas esas acciones simultáneas. El señor Rideout, tomando uno de los tambores, preguntó si podrían arrebatársele de las manos, e inmediatamente sintió que se lo quitaban.

Lord Bury hizo una pregunta parecida, y notó que una fuerza pugnaba por arrebatarle el tambor y vencer su resistencia. Fay pidió entonces que le despojaran del abrigo. Instantáneamente oímos un violento tirón y presenciamos el más extraordinario de los fenómenos al resplandor de una luz que brilló antes de que el abrigo se desprendiera de la persona de Fay. La prenda se separaba de su dueño, flotaba en el aire, se dirigía al candelabro, se paraba en él un momento y caía después al suelo. Vimos en el mismo instante a Fay atado de pies y manos como antes. Uno de los presentes se quitó entonces su propia americana, que colocó encima de la mesa. La luz se extinguió y la prenda se trasladó con máxima velocidad a la espalda de Fay.

Tales sucesos habían ocurrido en la oscuridad, habiendo previamente colocado una hoja de papel debajo de los pies de los médiums, y dibujado con lápiz el contorno, para comprobar si se habían movido. Ellos mismos nos habían propuesto tiznarles las manos con harina u otra sustancia que nos permitiera comprobar que no hacían uso de ellas, pero tal precaución nos había parecido innecesaria. En cambio, les pedimos que contaran repetidamente de una a doce, para demostrarnos con sus voces que continuaban en el mismo sitio donde les dejamos atados. Cada uno de nosotros tenía asidos fuertemente a uno de los médiums de modo que no podían moverse sin que dos de los presentes, por lo menos, se dieran cuenta de ello.

Al terminar la sesión comentamos todo lo que habíamos visto u oído. Lord Bury manifestó que, en resumen, la opinión de los reunidos parecía estar de acuerdo en declarar que los hermanos Davenport y Fay, después de una rigurosísima prueba, y de la más meticulosa vigilancia de todas sus

acciones, procedían de modo que no podíamos por menos que reconocer que en todo ello no había rastro de trampa de ninguna especie, que indudablemente no estaban convenidos para representar farsa alguna, y que todos los testigos de lo ocurrido declararíamos espontáneamente en el círculo social a que cada uno pertenecíamos y dentro de los límites en que las propias investigaciones nos permitieran formar opinión, que los fenómenos ocurridos en nuestra presencia no eran obra de escamoteo. Todos estuvimos conformes con aquellas manifestaciones.

Esta admirable, completa y clara reseña, la damos en extenso porque es la contestación a muchos reparos, y la seriedad del autor y de los que con él fueron testigos, no puede ser discutida. Hay que aceptarla como documento definitivo y honrado. Toda objeción que se la ponga será caprichosa y no puede significar más que una supina ignorancia en la apreciación de los hechos.

En octubre de 1864, los Davenport comenzaron a dar sesiones públicas en las Salas de Conciertos de Queen, situadas en la plaza de Hanover. Entre los que asistían a ellas, se elegían algunos de los más resueltos a hacer lo imposible por averiguar la causa de los fenómenos, pero todo resultaba inútil. Aquellas sesiones, alternadas con otras de carácter privado, continuaron casi todas las noches hasta finalizar el año. La prensa diaria las describió en amplias reseñas, y el nombre de los hermanos anduvo de boca en boca. A principios de 1865, hicieron viajes por provincias, y en Liverpool, Huddersfield y Leeds, el público los trató con violencia. En Liverpool, dos individuos les ataron las manos tan brutalmente, que sangraron, siendo preciso que Ferguson cortara las ligaduras para evitarles tal suplicio. Los Davenport se negaron a continuar la sesión, lo cual fue causa de que el populacho se arrojara al estrado y destrozara aparatos y muebles. Lo mismo ocurrió en Huddersfield, y más tarde en

Leeds como resultado de una bien organizada campaña de oposición. Aquellos escándalos obligaron a los Davenport a anular todos sus contratos en Inglaterra.

De allí pasaron a París, siendo invitados a dar una sesión en el palacio de Saint Cloud, a la que asistieron el emperador, la emperatriz y cincuenta invitados. Estando en París, Hamilton, discípulo del célebre prestidigitador Robert-Houdin, fue a visitarles, presenciando algunos de sus experimentos y envió seguidamente a los periódicos una carta en la cual decía:

Los fenómenos superan todo cuanto yo podía esperar, presentando todos los experimentos el mayor interés para mí. Tengo además el deber de declarar que los encuentro del todo inexplicables.

Después de un nuevo viaje a Londres, pasaron a Irlanda a principios de 1866. En Dublín asistieron a sus sesiones personas de gran significación, como el director del Irish Times y el Rev. Dr. Tisdal, quien proclamó públicamente su creencia en las manifestaciones que presenció.

En abril del mismo año, los Davenport partieron a Hamburgo y de allí a Berlín, pero la guerra que se esperaba (y que sus guías les habían anunciado) fue causa de que la excursión resultara poco remuneradora. Los empresarios teatrales les ofrecieron espléndidas retribuciones para que se exhibieran, pero obedeciendo a los dictados de sus consejeros espirituales (según los cuales aquellas manifestaciones, por el hecho de ser sobrenaturales, debían alejarse de todo cuanto pareciera o fuera una diversión teatral), declinaron las ofertas contra los deseos del propio administrador del negocio. Durante el mes que permanecieron en Berlín, dieron algunas sesiones ante varios miembros de la real familia. A las tres semanas, marcharon a Bélgica, y en Bruselas y en otras ciudades, obtuvieron resonantes éxitos. De allí pasaron

a Rusia, llegando a San Petersburgo el 27 de diciembre de 1866. El 7 de enero de 1867, celebraron su primera sesión pública ante una concurrencia que no bajó de mil personas. La sesión siguiente tuvo lugar en el domicilio del embajador de Francia, en presencia de unas cincuenta personas, entre las que figuraban dignatarios de la Corte Imperial, y el día 9 de enero dieron una velada en el propio Palacio de Invierno en honor del zar y de la familia imperial. Inmediatamente después, visitaron Polonia y Suecia. El 11 de abril de 1868, reaparecieron en Londres, en las Salas de la plaza de Hanover, logrando una acogida entusiasta por parte de la numerosa concurrencia. Benjamin Coleman, espiritista eminente, que organizó sus primeras sesiones públicas en Londres, escribió lo siguiente, resumiendo sus impresiones respecto de los cuatro años de permanencia de los Davenport en Europa:

Quiero dar a los amigos de América que me los presentaron, la seguridad de que la misión de los hermanos Davenport en Europa ha sido muy provechosa para el Espiritismo y que su conducta pública como médiums —pues únicamente como a tales yo les he tratado— ha sido absolutamente correcta.

Y a continuación afirma que no ha conocido otra forma de mediumnidad superior a la de los hermanos más a propósito para conseguir la atracción de grandes concurrencias. Desde Londres, los Davenport regresaron a América. Ambos hermanos, visitaron Australia en 1876, y el 24 de agosto dieron su primera sesión pública en Melbourne. William falleció en Sydney en julio de 1877.

La actuación de los hermanos Davenport despertó la envidia y la maldad de todos los enemigos del Espiritismo. El prestidigitador Maskelyne, con asombroso descaro, pretendió haberles puesto en evidencia en Inglaterra, si bien tuvo la contestación debida por parte del Dr. George Sexton,

director del *Spiritual Magazine*, el cual, describiendo en conferencia pública, a la que asistió el mismo Maskelyne, en qué consistían los trucos de este último, y comparándolos con los resultados obtenidos por los Davenport, dijo: «La similitud entre unos y otros es como la que pueda existir entre las producciones de un poeta desconocido y los dramas sublimes y gloriosos del inmortal bardo de Avon». A pesar de todo, los escamoteadores de profesión hicieron más ruido en público que los espiritistas, y con la ayuda de la prensa hicieron creer que los hermanos Davenport habían sido desenmascarados.

Ira Davenport murió en América el año 1911. Con tan triste motivo, el *Daily News*, refiriéndose a los dos hermanos, dijo: «Cometieron el error de presentarse como hechiceros en vez de trabajar como escamoteadores sinceros. Si, imitando a su adversario Maskelyne, hubieran mostrado al público la ingeniosidad de sus espectáculos, diciéndole: «Señores, esto se hace sencillamente así», no solo habrían ganado una fortuna, sino un gran respeto». En contestación a esto, el periódico espiritista *Light* preguntó «por qué, si eran meros prestidigitadores y no unos creyentes sinceros en su mediumnidad, arrostraron los Davenport insultos, ataques y toda clase de indignidades, cuando con solo renunciar a sus pretensiones paranormales podían haber sido respetables y ricos».

Es muy triste pensar que habiendo sido probablemente los Davenport los más grandes médiums en su clase que el mundo ha visto sufrieran una brutal oposición y no pocas persecuciones, llegando a correr sus vidas grave riesgo en más de una ocasión.

Es de notar también que los Davenport jamás pretendieron que sus fenómenos tuvieran origen paranormal, distinguiéndose así de muchos de sus amigos y colegas.

Escribiendo al gran mago americano Houdini, Ira Davenport decía en sus últimos años:

Jamás hemos afirmado en público nuestra creencia en el Espiritismo. Considerábamos que ello no era asunto de la publicidad, y que no debíamos dar nuestras manifestaciones como fenómenos espiritistas. Dejábamos a nuestros amigos y enemigos que se explicaran los fenómenos como mejor les acomodara, aunque muy a menudo, por desgracia, fuéramos víctimas de unos y otros.

Houdini ha pretendido que los Davenport juzgaban que los resultados por ellos obtenidos eran normales, pero Houdini estampa tantos errores en su libro *Un mago entre los espíritus*, y ha demostrado tan extraordinarios prejuicios en materia de Espiritismo, que sus manifestaciones carecen en absoluto de valor. Falsa completamente es la declaración que atribuye a Ira Davenport relativa a que los instrumentos musicales en una sesión a la que asistió un redactor de *The Times* no se movieron, siendo así que el propio periodista manifestó haber sentido que le golpeaba el rostro una de las guitarras flotantes en el aire, que fue lastimado en una ceja y que cada vez que se encendía la luz los instrumentos caían al suelo. Si Houdini falta a la verdad por lo que se refiere a este fenómeno, otro tanto puede decirse respecto a las demás afirmaciones suyas (*véase Apéndice*).

Se dirá, y así se ha dicho por varios espiritistas, lo mismo que por no pocos escépticos, que toda esa clase de manifestaciones psíquicas son contraproducentes y poco serias. Muchos así lo creen, pero también hay muchos que hacen suyas estas palabras de P. B. Randall:

La culpa no es de los espíritus, sino nuestra, pues aquellos dan según lo que se les pide. Si no se les puede comprender de una manera, es forzoso comprenderlos de otra, y precisamente, la sabiduría del más allá consiste en hacer ver a los ciegos y oír a los sordos lo que pueden ver y

oír y no otra cosa. Intelectualmente somos apenas unos niños y nuestro estómago mental no debe contener más de lo que es capaz de digerir, hasta que nuestra capacidad aumente. Y si el vulgo se convence mejor de la inmortalidad del alma por medio de ese género de manifestaciones, no es menester apelar a otras. La vista de un brazo espectral en una reunión de tres mil personas hace una impresión más profunda, hierde más fuertemente los corazones y convierte a más gente a la creencia en el más allá, en diez minutos, que todo un batallón de predicadores, en cinco años por elocuentes que sean.



IRA DAVENPORT MR. FAY MR. COOPER WILLIAM DAVENPORT

CAPÍTULO XI

LAS INVESTIGACIONES DE SIR WILLIAM CROOKES

La investigación de los fenómenos espiritistas, llevada a cabo por Sir William Crookes en los años 1870 a 1874, es uno de los principales hechos en la historia del movimiento, tanto más si se tiene en cuenta el alto nivel científico del investigador, el serio y justo espíritu que le animó, los resultados extraordinarios conseguidos y su declaración de fe como consecuencia final de ellos. Empeño favorito de todos los enemigos del movimiento es atribuir una debilidad física o senil a cada nuevo testigo de la verdad psíquica, pero nadie puede negar que en este caso las investigaciones fueron realizadas por un hombre que estaba en el cénit de su desarrollo mental, y que los famosos trabajos científicos que más tarde emprendiera constituyeron prueba más que suficiente así de su vigor como de su integridad intelectual. El célebre sabio investigó con la médium Florence Cook, y antes con Home y Kate Fox, sometiendo a todos a las más duras pruebas.

Sir William Crookes nació en 1832 y falleció en 1919, siendo una de las figuras más eminentes del mundo científico inglés. Elegido miembro de la Real Sociedad, en 1863, recibió de dicha corporación en 1875 la Medalla Real de Oro, en 1888 la Medalla Davy, y en 1904 la Medalla de Sir Joseph Copley, como justo premio a sus descubrimientos en química y física. Fue nombrado Caballero por la reina Victoria en 1897, y condecorado con la Orden del Mérito en 1910.

Ocupó varias veces el cargo de presidente de la Real Sociedad, de la Sociedad de Química, del Instituto de Ingenieros Electricistas, de la Sociedad Británica, y de la Sociedad de Investigación Psíquica. Su descubrimiento de la nueva sustancia química, a la que dio el nombre de talio, sus inventos del radiómetro, del espintariscopio y del tubo de Crookes, no son más que una pequeña parte de la obra de este hombre extraordinario. Fundó en 1859 el *Chemical News*, que él mismo dirigió, y en 1864 fue nombrado director del *Quarterly Journal of Science*. En 1880, la Academia Francesa de Ciencias le concedió la Medalla de Oro y un premio en metálico como recompensa a sus importantes trabajos.

Crookes declara que comenzó sus investigaciones de los fenómenos psíquicos, creyendo que era necesario demostrar el engaño que en ellos se encerraba. Sus colegas científicos sostenían la misma teoría, de manera que experimentaron gran satisfacción al conocer el propósito del maestro. Era tanto mayor esta satisfacción cuanto que el asunto iba a ser investigado por hombre de tantísima autoridad. No había duda de que las que se consideraban como vergonzosas pretensiones del Espiritismo iban a ser, merced al trabajo de Crookes, denunciadas y desvanecidas para siempre.

Si hombres como Crookes se ocupan del asunto, pronto —decían— sabremos a qué atenernos en lo que a esa farsa se refiere.

El Dr. Balfour Stewart puso muy de relieve en una comunicación al periódico *Nature*, el tesón y la honradez que guiaban a Crookes en su determinación. Crookes mismo declaró que lo inspiraba su deber como hombre de ciencia acometer aquel estudio.

Se ha echado en cara a los hombres de ciencia —dijo— haberse negado durante mucho tiempo a llevar a cabo una investigación científica sobre la existencia y naturaleza de

hechos afirmados por tantos testigos competentes y dignos de crédito, los cuales han venido inútilmente reclamando un libre examen donde y cuando se quisiera, de esos hechos. Por lo que a mí se refiere, concedo demasiado valor a la investigación de la verdad y al descubrimiento de cualquier hecho nuevo de la Naturaleza, para negarme a esa investigación, bajo pretexto de que choca con el parecer general.

Tal fue la intención que le animaba al empezar sus investigaciones.

Hay que hacer constar, sin embargo, que aun cuando el profesor Crookes desplegaba una rigurosa crítica respecto a los fenómenos de mediumnidad física, parece que aceptaba algunos de índole intelectual y es posible que esa simpatía espiritual le facilitara la obtención de los notables resultados a que llegó, pues no nos cansaremos de repetir —ya que a menudo se echa en olvido— que el éxito de la investigación psíquica depende de las condiciones de quien la plantea. No es el hombre testarudo y soberbio que juzga en materias espirituales con una lamentable falta de condiciones para ello, quien puede conseguir buenos resultados. En cambio, no tardan en establecerse la armonía y simpatía necesarias entre el investigador y su objeto cuando aquel demuestra corrección y seriedad en su trabajo, convencido de que la razón y la observación estrictas no están reñidas con la modestia.

Las primeras investigaciones de Crookes comenzaron en 1869, año durante el cual tuvo sesiones con la conocida médium, la señora Marshall, y con otro famoso médium, J. J. Morse. En julio de aquel año, D. D. Home, regresó de San Petersburgo a Londres y se presentó a Crookes con una carta del profesor Butlerof.

Hay un hecho muy interesante consignado en el diario privado que llevaba Crookes durante el viaje que realizó a España en diciembre de 1870, con la expedición encargada

de observar el eclipse de dicho año. Con fecha 31 de diciembre escribe:

No puedo menos que recordar esta misma fecha del año pasado. Nelly (su esposa) y yo estábamos en comunicación con queridos amigos muertos, y al tiempo de dar las doce, nos desearon un feliz año nuevo. Siento que también ahora están mirando, y como el espacio no es un obstáculo para ellos, creo que dirigen sus miradas sobre mí y sobre mi querida Nelly al mismo tiempo. Creo que por encima de nosotros hay un ser ante el cual todos —espíritus y mortales— nos inclinamos reverenciándole como a Padre y Señor, y mi más humilde ruego es que siga dispensándonos su protección a Nelly, a mí y a nuestros hijos. Quiera también permitirnos que podamos continuar recibiendo las comunicaciones espirituales de mi hermano, que desapareció de este mundo en el naufragio de un barco hace más de tres años.

Expone luego sus deseos de felicidad para su esposa y sus hijos en el nuevo año, y concluye:

Y que, al finalizar nuestros años sobre la Tierra, podamos gozar de otros más felices en la región de los espíritus, cuyos resplandores percibo a veces.

Florence Cook, con la cual Crookes emprendió una serie de experimentos, era una joven de quince años, dotada de grandes facultades psíquicas bajo la rara forma de materializaciones completas. Toda la familia de aquella médium tenía dotes parecidas y también su hermana, Kate Cook, fue muy famosa. Parece que en cierta ocasión se comentó mucho una supuesta farsa atribuida por un tal Volckman a Cook, y esta, en su deseo de sincerarse, se puso bajo la protección de la señora Crookes, rogándole que su esposo la sometiera a toda clase de experimentos en comprobación de sus facultades y en las condiciones que él mismo dictara, y sin otra recompensa que la declaración de su cualidad de médium comprobado cuando diera a conocer al mundo los

resultados de su estudio. Afortunadamente, había dado con un hombre de acrisolada honradez intelectual. En estos últimos tiempos hubo también médiums que se entregaron sin reservas a la investigación científica y fueron defraudados por los investigadores, a quienes faltó el valor moral de admitir los resultados y pregonarlos públicamente.

El profesor Crookes refirió en el *Quarterly Journal of Science*, cuyo director era a la sazón, sus experimentos con Florence Cook. Se realizaron en su propia casa. Un pequeño estudio de ella daba a un laboratorio de química, separando ambas habitaciones una puerta y una cortina. Cook descansaba, sumida en trance, en un diván colocado en la habitación interior. En la exterior, en una semioscuridad, se hallaba sentado Crookes en unión de otros observadores, a quienes había invitado. Al cabo de un rato, que oscilaba entre veinte minutos y una hora, apareció una figura materializada por el ectoplasma³⁷ de la médium. La existencia de tal sustancia y el procedimiento de su producción eran desconocidos en aquellos días, pero las investigaciones sucesivas han arrojado mucha luz sobre el particular, según veremos en el capítulo que más adelante le dedicamos. El efecto entonces fue que, al descorrerse la cortina, apareció en el laboratorio una mujer completamente distinta de la médium. Aquella aparición, que podía andar, hablar y accionar

³⁷ Es importante señalar que, en sus informes originales de 1874, Sir William Crookes no utilizaba el término «ectoplasma», sino que se refería al fenómeno como «fuerza psíquica» o «materia organizada». Doyle emplea aquí la terminología acuñada décadas después por Charles Richet para dotar al relato de una coherencia técnica con los avances de la ciencia metapsíquica de principios del siglo XX. El término ectoplasma acuñado aproximadamente en 1894; fue propuesto por el fisiólogo francés y Premio Nobel de Medicina, Charles Richet, tras observar las sesiones de la médium Eusapia Palladino. Richet buscaba una palabra con base científica (del griego *ektos*, «fuera», y *plasma*, «sustancia moldeable») para describir esa materia blanquecina y semisólida que emanaba del cuerpo de los médiums y que, hasta entonces, se describía de forma más vaga. *Nota de Curso Espírita*.

en todos los sentidos, como un ser independiente, es conocida en la historia del Espiritismo con el nombre de «Katie King», que ella misma se atribuyó.

La explicación natural de los escépticos es que las dos mujeres eran realmente una sola, y que Katie no era más que una hábil representación de Florence. Tal explicación podía ser reforzada con la observación hecha por Crookes, por Marryat y otros de los reunidos acerca de que Katie resultaba a veces muy parecida a Florence.

Aquí surge uno de los misterios de la materialización, que exige un atentísimo estudio en vez del desdén con que muchos lo consideran. El autor, en una sesión con la famosa médium americana Besinnet, ha observado el mismo fenómeno, es decir que, al surgir el espíritu, comenzaba a parecerse el rostro de este al de la médium, y al final eran completamente distintos. Algunos investigadores han imaginado que la forma etérica del médium, su cuerpo espectral es liberado durante el trance, en cuyo momento otros entes forjan su propio simulacro. Como quiera que sea, es preciso aceptar el hecho. Un caso paralelo es el del fenómeno de la voz directa, en que la Voz del espíritu se parece, muchas veces, a la del médium al principio para diferenciarse de ella completamente al final, o bien se divide en dos voces que hablan al mismo tiempo.

No obstante, Crookes estaba en su derecho al sostener que Florence Cook y Katie King eran el mismo individuo, hasta que pruebas más convincentes vinieron a demostrarle que ello era imposible. Tales pruebas las consigna el propio Crookes de un modo muy concienzudo. Describe así las diferencias que observó entre Cook y Katie:

La estatura de Katie varía, la he visto con 15 centímetros más que la señorita Cook. La última noche, descalza y sin ponerse de puntillas, era 11 cm más alta que la señorita Cook. La última noche también, Katie aparecía con el cuello

desnudo, su piel era perfectamente lisa al tacto y a la vista, mientras que en el cuello de Cook hay una verruga muy visible, siendo la piel áspera al tacto. Las orejas de Katie no están perforadas, al paso que Cook usa pendientes. La tez de Katie es muy blanca, mientras que la de Cook es muy morena. Los dedos de Katie son bastante más largos que los de Cook, y su rostro también es más ancho. En sus actitudes y maneras de expresión hay también entre ambas varias diferencias radicales.

En un nuevo estudio añade:

Habiendo últimamente observado mucho mejor a Katie a la luz de una lámpara eléctrica, puedo fijar con mayor precisión las diferencias entre ella y la médium. Tengo la más absoluta certeza de que Cook y Katie son dos entes distintos, por lo que a sus cuerpos se refiere. Algunas pequeñas señales en el rostro de Cook faltan en el de Katie. El cabello de Cook es tan oscuro, que casi parece negro. Una guedeja de Katie que tengo ante mi vista y que ella misma me permitió cortar de su abundante cabellera (después que hube comprobado que esta era natural y bien suya), es de un espléndido color de oro.

Una noche tomé el pulso a Katie. Latía normalmente a 75, mientras que el pulso de Cook, tomado poco después, latía a un ritmo de 90. Aplicando el oído al pecho de Katie, sentía los latidos rítmicos de su corazón, mucho más fuertes que los del corazón de Cook, cuando esta me permitió realizar el mismo experimento después de la sesión. En otra prueba semejante, comprobé que los pulmones de Katie eran más robustos que los de la médium. Esta última, por aquellos días estaba sometida a tratamiento médico a consecuencia de un fuerte resfriado.

Crookes sacó cuarenta y cuatro fotografías de Katie King, valiéndose de la luz eléctrica. En *The Spiritualist* (pág. 270, año 1874), describe así los métodos que adoptó:

Durante la semana anterior a la partida de Katie, apareció en mi casa casi todas las noches para que yo pudiera

fotografiarla con ayuda de la luz artificial. Para ello empleé cinco aparatos fotográficos distintos: una cámara de placa entera, una de media placa, una de un cuarto de placa y dos cámaras binoculares estereoscópicas. Se usaron cinco baños reveladores y fijadores, y los juegos de placas se prepararon de antemano para que no mediara espacio alguno de tiempo entre las distintas operaciones fotográficas, realizadas todas ellas por mí mismo, secundado por mi ayudante.

Mi biblioteca fue utilizada como cámara oscura, adaptándosele puertas de muelle que se abrían en dirección del laboratorio. Una de las puertas fue sacada de sus goznes, y en su lugar se adoptó una cortina para que Katie pudiera pasar fácilmente de un punto a otro. Los amigos que asistían a la sesión estaban sentados en el laboratorio, de cara a la cortina, y los aparatos se dispusieron algo detrás de ellos, preparados para fotografiar a Katie cuando esta saliera, así como cuanto ocurriese en el gabinete una vez corrida la cortina. Cada noche había tres o cuatro exposiciones de placas en las cinco cámaras, obteniendo, por lo menos, quince pruebas distintas de cada sesión. Algunas de ellas se echaron a perder en el revelado, y otras al regular la intensidad de la luz. De todos modos, tengo cuarenta y cuatro negativas, algunas malas, otras medianas y varias excelentes.

Algunas de aquellas sensacionales fotografías están en mi poder y declaro que no existe, seguramente, fotografía que cause mayor impresión que esa en la que Crookes, en pleno apogeo de su fama, es tomado del brazo por aquel ángel. Y si la palabra «ángel» pareciera una exageración, considérese que cuando un espíritu del otro mundo se somete a las molestias de la existencia temporal para demostrar la inmortalidad a una generación materialista, no puede usarse otra palabra más adecuada.

Mucho se discutió sobre si Crookes pudo ver a la médium y a Katie al mismo tiempo. Crookes dice en el curso de su

informe que siguió muy a menudo a Katie hasta el gabinete, «y pudo ver varias veces juntas a ella y a la médium tumbada en el suelo, sumida en el trance, desapareciendo Katie instantáneamente con sus vestiduras blancas».

En carta al *Banner of Light* (de Estados Unidos), reproducida en *The Spiritualist* (de Londres), de 17 de julio de 1874, dice Crookes lo siguiente:

Contestando a su pregunta, tengo el honor de manifestarle que, en efecto, vi a Cook y a Katie juntas en el mismo momento, a la luz de una lámpara fosfórica, más que suficiente para observar distintamente todo cuanto he descrito.

El ojo humano puede normalmente abarcar un gran espacio bajo su amplio ángulo visual, por lo que ambas figuras caían dentro del campo de mi visión al mismo tiempo, pero como la luz era difusa y los dos rostros estaban a 1 metro de distancia uno de otro, no tenía más remedio que dirigir alternativamente la lámpara y mi vista de una a otra, cada vez que quería que el rostro de Katie o el de Cook entraran en la parte de mi campo visual donde la visión era más perceptible.

Además, en la fecha en que tuvo lugar el fenómeno que describo, Cook y Katie fueron vistas juntas por mí y por otras ocho personas de mi propia casa, iluminadas por el resplandor intenso de la luz eléctrica. En tal momento el rostro de Cook no era visible, porque su cabeza aparecía cubierta con un espeso chal, pero pude convencerme por mí mismo de que continuaba en su sitio. Un intento de lanzar hacia su rostro descubierto la luz directa estando en pleno trance, tuvo muy serias consecuencias para su salud.

Respecto a la manera cómo la cámara fotográfica determinaba las diferencias existentes entre la médium y la aparición de Katie, Crookes dice:

Una de las fotografías más interesantes es en la que aparezco yo al lado de Katie que está con los pies descalzos descansando en determinado punto del suelo. Vestí a Cook

de la misma manera que Katie, nos colocamos ella y yo en la misma posición y fuimos fotografiados con las mismas cámaras, situadas exactamente como en el retrato que me hice con Katie, e iluminadas por la misma luz.

Cuando se colocan esas dos pruebas, una encima de otra, mis fotografías se corresponden exactamente en lo que se refiere a la mirada, estatura, etcétera, pero Katie es media cabeza más alta que Cook, y tiene la apariencia de mujer mucho más desarrollada. En cuanto a la expresión del rostro y a otros muchos detalles, las fotografías al ser comparadas revelan notables diferencias.

Admitiendo que se hubiera obtenido una forma a base del ectoplasma de Florence Cook, y que tal forma hubiese sido ocupada y empleada por un ente que se llamaba a sí mismo «Katie King», cabe preguntar: «¿Quién era Katie King?». A esto no podemos más que contestar lo mismo que ella contestó, haciendo constar que de ello no tenemos ninguna prueba. Afirmó que era hija de John King, conocido desde hacía tiempo por los espiritistas como el espíritu que —presidía muchas sesiones en las que se obtenían diversos fenómenos materiales y al que volveremos a referirnos en el capítulo que más adelante consagramos a los hermanos Eddy y a la señora Holmes. Su nombre terrenal había sido De Morgan. King era más bien el título genérico de cierta clase de espíritus, que no un nombre corriente. Su vida se había extinguido hacía doscientos años, en la isla de Jamaica, durante el reinado de Carlos II.

Una de las hijas del profesor Crookes escribió al autor aludiendo a los cuentos españoles que el amable espíritu de Katie King solía narrar a los pequeñuelos de la casa. A dicho espíritu se refiere también el siguiente episodio:

En una sesión celebrada en nuestra casa con Cook, el espíritu materializado de Katie King demostró el interés que sentía por uno de los niños, que a la sazón no tendría más

de tres semanas. Como nos rogara que le dejáramos ver a la criatura, esta fue llevada al salón y se la puso en los brazos de Katie, la cual después de haberla sostenido de la manera más natural, nos la devolvió sonriendo.

El profesor Crookes nos habla también de la belleza y del encanto de aquel espíritu, único entre todos los de la larga serie de sus experimentaciones.

El lector objetará tal vez que la luz mitigada que empleó Crookes en sus sesiones vició los resultados impidiendo una visión exacta. En efecto, dice Crookes que a medida que las sesiones iban sucediéndose, la luz proyectada sobre la forma espiritual fue aumentando, pero sin pasar nunca de cierto límite.

Una vez se quiso probar a plena luz, en un atrevido experimento descrito por Florence Marryat ³⁸ (señora Ross Church) en ausencia de Crookes. Afirma Marryat que estuvo presente en aquella prueba Carter Hall, y que Katie consintió con la mayor benevolencia que se comprobara el efecto de la luz fuerte lanzada directamente hacia su figura:

Se situó de pie contra la pared del salón, con los brazos extendidos, como si estuviera crucificada. En esta posición, se dirigió hacia ella la luz de tres mecheros de gas en una habitación que no tendría más que 5 metros cuadrados. El efecto que ello produjo en Katie King fue maravilloso; durante un segundo a lo sumo, conservó su forma, pero en seguida comenzó a desvanecerse gradualmente. Yo comparo la desmaterialización de su forma a algo parecido al derretimiento de una muñeca de cera. Las alteraciones se sucedían de una manera indistinta, pareciendo perseguirse una a otra. Los ojos se hundieron en sus órbitas, la nariz desapareció y la frente huyó hacia atrás. Luego las

³⁸ Florence Marryat (1833-1899), prolífica escritora y colaboradora de la prensa de la época, fue una de las testigos más cercanas a las sesiones de Florence Cook. Su testimonio detallado en la obra *There is No Death* complementa los informes científicos de Crookes. *Nota de Curso Espírita*.

extremidades parecieron como absorbidas por el cuerpo y este fue descendiendo hacia la alfombra cual un edificio que se hunde. Por fin, quedó solo la cabeza emergiendo del suelo sobre un montón de lienzo blanco, que desapareció también de un golpe, como si una mano hubiera tirado de él. Y allí quedamos todos ensimismados, contemplando a la luz de los tres mecheros de gas, el lugar donde momentos antes se hallaba Katie King.

Los resultados obtenidos por Crookes en su propia casa fueron honradamente y sin el menor temor relatados por él en su Diario, causando la más profunda conmoción en el mundo científico. Solo muy pocos, pero elevados espíritus, como Russel Wallace, Lord Rayleigh, el joven y notable físico William Barrett, Cromwell Varley y alguno más, veían en aquel relato la confirmación de ideas propias o motivo suficientemente serio para continuar por el camino de investigaciones semejantes a las de Crookes. Hubo, en cambio, un grupo furibundamente intolerante capitaneado por el fisiólogo Carpenter, que ridiculizó aquellos hechos y acusó a sus ilustres colegas de todo, desde la locura al fraude. Como tantas veces, la ciencia organizada se desentendió de la cuestión. Crookes publicó las cartas en las cuales había rogado a Stokes, secretario de la Real Sociedad, que fuera a presenciar los hechos por sus propios ojos. Stokes se negó colocándose en la misma situación de aquellos cardenales que se negaban a contemplar los satélites de Júpiter a través del telescopio de Galileo. La ciencia moderna ante un nuevo problema no titubeó para mostrarse tan reaccionaria como la teología medioeval.

La misma naturaleza sensacional que tuvieron los experimentos con Cook, daba a estos la apariencia de más vulnerables ante el ataque, y contribuyó a oscurecer los positivos resultados que el mismo Crookes consiguió con Home y con Fox, resultados a los que dieron mucho realce

las extraordinarias facultades de estos dos médiums. Por lo demás, Crookes encontró en sus experimentos las dificultades corrientes para todos los investigadores, pero tenía el buen sentido de comprender que en materia tan nueva y desconocida era preciso adaptarse a las circunstancias, y no abandonar los estudios por el hecho de que tales circunstancias no respondiesen a sus deseos. Así, hablando de Home, dice:

Los experimentos que he hecho con Home han sido muy, numerosos, pero debido a nuestro imperfecto conocimiento de las condiciones que favorecen o entorpecen las manifestaciones de su fuerza, debido también a la, al parecer, caprichosa manera en que esta es ejercida, y al hecho de que el mismo Home está sujeto a los flujos y reflujos de ella, rara vez se ha dado el caso de que el efecto obtenido en una ocasión se haya confirmado en otra sucesiva y contrastado con los aparatos que especialmente disponía para tal objeto.

El más notable de los resultados que obtuvo fue la alteración en el peso de los objetos, más tarde confirmada completamente por el Dr. Crawford en sus trabajos del círculo Goligher, así como en las investigaciones con la médium «Margery» en Boston. Los objetos pesados se vuelven ligeros y los ligeros pesados por la acción de una fuerza invisible que parece estar bajo la influencia de una inteligencia independiente. Los medios por los cuales se hacía imposible cualquier fraude fueron descritos en la reseña de aquellos experimentos de forma que deben convencer a todo lector libre de prejuicios. El doctor Huggins, verdadera autoridad en espectroscopia, el eminente abogado Serjeant Cox, y otras personas respetables asistieron como testigos a las comprobaciones.

Lo que no pudo encontrar Crookes fue un miembro de la ciencia oficial que quisiera dedicar una hora a convencerse de aquella verdad.

Otro de los fenómenos perfectamente comprobado por Crookes y sus distinguidos colaboradores, fue el de los instrumentos musicales, especialmente el acordeón, tocando por sí mismos en condiciones tales que imposibilitaban al médium establecer contacto material con ellos.

El autor, no obstante, no puede admitir que el fenómeno sea la prueba absoluta de que en su producción actúa una inteligencia independiente. Probada como está la existencia de un cuerpo etéreo con miembros correspondientes a los nuestros, no hay razón que se oponga a una proyección parcial por la cual los dedos etéreos del médium vayan a posarse en las clavijas de los instrumentos, mientras sus dedos materiales descansan sobre las rodillas.

Así se explica el fenómeno: el cerebro del médium manda a sus dedos fluídicos los cuales tienen bastante fuerza para accionar las clavijas del instrumento.

Otros fenómenos psíquicos: la lectura con los ojos vendados, el tacto de objetos a distancia, etc., pueden en opinión del autor, ser obra del cuerpo etéreo y entrar mejor en el terreno de un sutil materialismo que en el del Espiritismo.

De orden completamente diferente son los fenómenos mentales, que forman la verdadera entraña del movimiento espiritista. Hablando de Katie Fox, el profesor Crookes dice:

He notado diversos hechos que parecen demostrar que la voluntad y la inteligencia de la médium tienen mucho que ver con los fenómenos. En cambio, otros hechos permiten asegurar la acción de una inteligencia exterior ajena a la médium y a todos los presentes. (*Researches in the Phenomena of Spiritualism*, pág. 95).

Tal es el punto importantísimo que el autor deseaba poner de relieve por medio de una autoridad mayor que la suya.

Entre otros fenómenos que fueron comprobados en la investigación realizada por Crookes sobre Katie Fox, figuraron principalmente el movimiento de objetos a distancia y la producción de percusiones o golpes. Todos los que hemos visto cómo se producen esos ruidos, nos hemos preguntado hasta qué punto están bajo el dominio del médium. El autor ha llegado a la conclusión, ya indicada más atrás, de que quedan, hasta cierto punto, bajo la dominación del médium, pero que, traspasado aquel límite, el dominio desaparece. No puedo olvidar la angustia y el malestar demostrados por un gran médium de un país septentrional, cuando en presencia mía comenzaron a oírse sobre su cabeza, estando en el café de un hotel de Doncaster, sordos ruidos parecidos a los que se produjeran con los dedos. En cuanto a la objetividad de esos ruidos, Crookes dice de Katie Fox:

Basta con que ponga la mano sobre un objeto cualquiera para que se oigan en él sordos ruidos, como una triple pulsación, pero a veces tan fuertes, que se perciben desde dos o tres habitaciones más allá.

Así, yo he oído los ruidos en un árbol, en un espejo, en un alambre tendido sobre mi cabeza, en un tambor, en el techo de un gabinete y en el suelo de un teatro. Y no siempre es indispensable el contacto efectivo. He oído los mismos ruidos procedentes del suelo, de las paredes, etc., teniendo la médium sus extremidades fuertemente atadas, estando suspendida en un columpio amarrado al techo, o encerrada en una jaula de alambre o tendida sin sentido en un sofá. He oído los golpes en una caja armónica y los he sentido bajo mis propias manos y en mis propios hombros. Los he oído en una hoja de papel sujeta entre los dedos por medio de un hilo atravesado en uno de los extremos.

Conociendo las numerosas teorías que se han dado, sobre todo en América, para explicar aquellos ruidos, los he comprobado por todos los medios posibles e imaginables,

hasta que me he convencido de que se trata de verdaderos hechos objetivos ajenos a todo truco o medio mecánico.

Esto desvanece la leyenda de los crujidos de los dedos de los pies y de las demás absurdas versiones que se han ideado para explicar los fenómenos de esta clase.

Se ha supuesto por algunos que Crookes modificó las opiniones que acerca de las cuestiones psíquicas expuso en 1874. Lo cierto es que la violencia de sus adversarios, la timidez y hasta la pasividad de aquellos que estaban en el deber de sostenerle llegaron a alarmarle, y Crookes advirtió que su reputación científica peligraba. Y entonces, sin recurrir a bajos subterfugios, procuró ponerse en guardia y tomó precauciones. Prohibió que sus artículos fueran reproducidos, y retiró de la circulación las extraordinarias fotografías en que se le veía del brazo de Katie King materializada. También se mostró excesivamente parco en definir su posición en el asunto. En carta citada por el profesor Angelo Brofferio, escribe (*Für den Spiritismus*, Leipzig, 1894, pág. 319):

Todo lo que yo puedo decir es que hay seres invisibles e inteligentes que afirman ser los espíritus de personas que murieron. Pero yo jamás he recibido la prueba de que sean realmente lo que pretenden ser, prueba que yo necesito para decidir, aunque admito que muchos de mis amigos confiesan poseer tales pruebas, y yo mismo estuve muchas veces a punto de llegar a los umbrales del convencimiento.

A medida que pasaban los años, esa convicción fue haciéndose más sólida, o tal vez Crookes tuvo más clara conciencia de las responsabilidades morales que sobre él pesaban a consecuencia de sus excepcionales experimentos.

En su discurso presidencial ante la Sociedad Británica, en Bristol, en 1898, aludió brevemente a sus primeras investigaciones de carácter psíquico y se expresó en esos términos:

No he tocado otro punto de mayor interés y, para mí, el de más peso y de mayor alcance. En toda mi carrera

científica no hay episodio más generalmente conocido que la parte que tomé, hace ya muchos años, en ciertas investigaciones psíquicas. Han transcurrido treinta años desde que publiqué el relato de aquellos experimentos encaminados a demostrar que fuera de nuestros conocimientos científicos existe una fuerza ejercida por una inteligencia distinta de la inteligencia común de los mortales. No tengo que retractarme de nada de lo que entonces dije. Sigo fiel a los hechos que publiqué. Y aún podría añadir en corroboración de ellos mucho más.

Bastantes años después, su creencia seguía tan firme como antes. En el curso de una entrevista, declaró:

- Jamás he tenido motivo para cambiar de opinión acerca del particular. Me siento satisfecho de lo que afirmé en los primeros días de mis investigaciones. Es perfectamente cierto que hay una conexión entre este mundo y el más allá.

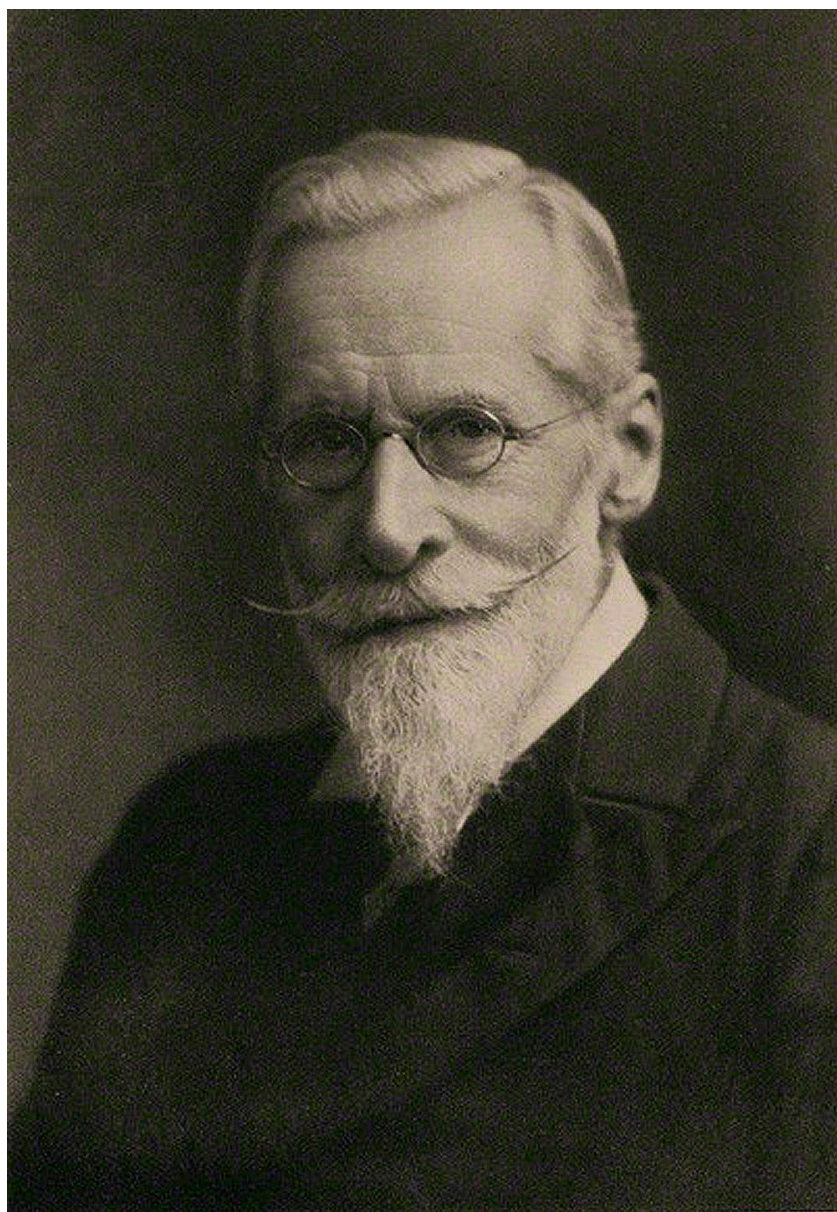
Contestando a la pregunta de si el Espiritismo ha matado al viejo materialismo de los hombres de ciencia, añadió:

- Así lo creo; o, al menos, eso ha convencido a la gran mayoría de la gente de alta cultura, de la existencia de Otro Mundo.

Últimamente el autor, gracias a la cortesía de Thomas Blyton, ha tenido la oportunidad de ver la carta de pésame escrita por Crookes con ocasión del fallecimiento de la señora Corner. Está fechada el 24 de abril de 1904, y dice así:

Sírvase expresar la más viva simpatía de la señora Crookes y mía a la familia por la irreparable pérdida sufrida. Espero que la creencia de que nuestros más queridos seres continúan velando por nosotros después de muertos — creencia a la cual tanto debe la mediumnidad de la señora Corner (o Florence Cook, como perdurará siempre en nuestra memoria)— confortará y consolará a quienes ha dejado tras de sí.

Su hija, al anunciar el fallecimiento del sabio venerable, dijo: «Murió en profunda paz y felicidad».



SIR WILLIAM CROOKES

CAPÍTULO XII

LOS HERMANOS EDDY Y LOS HOLMES

Es difícil seguir en sus menores detalles la historia y actuación de los diferentes médiums en los Estados Unidos, por lo que nos contentaremos con referir aquí dos casos de los más notables y típicos.

Los años de 1874 y 1875 fueron en aquel país de gran actividad psíquica, para convencimiento de muchos y escándalo de otros. Más de escándalo, con razón o sin ella, que de otra cosa.

Los adversarios de la verdad psíquica tenían a su favor al clero de las distintas iglesias, a la ciencia oficial y a la muchedumbre sobre la que influía con sus grandes medios la prensa, donde todo cuanto resultaba favorable a la causa era suprimido o desfigurado, y lo que viniese a apoyar su descrédito alcanzaba los honores de la máxima publicidad. Esto originaba un continuo tejer y destejer de los adeptos para dar valor con nuevas pruebas a lo que pretendían invalidar sus enemigos. Más o menos ocurría lo que ahora que el ambiente está tan lleno de prejuicios, que si un ciudadano de cierta consideración entra en la redacción de un periódico a denunciar que ha sorprendido a un médium en plena trampa, el hecho será acogido de mil amores y dado a los cuatro vientos de la publicidad. Pero si el mismo ciudadano proclama como incuestionable la verdad de los fenómenos, dando incluso pruebas irrefutables de ellos, es casi seguro que no obtendría el favor de una línea siquiera.

En América, donde en la práctica no hay una ley contra la difamación, y donde la prensa suele cultivar todo lo violento y sensacional, ese estado de cosas era entonces —y sigue siendo— lo más usual y corriente.

Uno de los sucesos que más resonancia tuvieron por aquel tiempo fue la mediumnidad de los hermanos Eddy, a quienes probablemente nadie superó en cuanto a materializaciones o formas ectoplásmicas, como en adelante las llamaremos.

Por entonces se aceptaban con dificultad tales fenómenos en vista de que no estaban regulados por leyes conocidas. Los trabajos de Geley, Crawford, señora Bisson, Schrenck-Notzing y otros, allanaron después aquella dificultad, dándonos por lo menos una hipótesis científica completa de los expresados fenómenos, robustecida por prolongadas y meticulosas investigaciones. Ello es que en 1874 no existía tal hipótesis, lo que explica la vacilación de las mentes más sinceras y honradas cuando se les pedía que creyeran en los resultados que dos rudos campesinos eran capaces de producir contra la opinión del resto del mundo y de un modo completamente inexplicable para la ciencia.

Aquellos campesinos eran los hermanos Eddy, Horace y William, habitantes en el lugar de Chittenden, cerca de Rutland, Estado de Vermont. Un contemporáneo los retrató diciendo de ellos que:

Eran sensitivos, secos y huraños con los desconocidos, pareciendo lo que eran, unos bastos labriegos, más que profetas o sacerdotes de una nueva creencia. De tez morena, con cabello y ojos negros, su aire era de lo menos simpático que puede imaginarse, poco a propósito para hacer adeptos. Parecían indiferentes a la opinión de las gentes, las cuales, por otra parte, no estaban poco preparadas, ni deseosas de estudiar los fenómenos ya fueran de orden científico o como revelaciones del otro mundo.

Transcendió el rumor de los hechos raros que ocurrían en casa de los Eddy provocando los más encontrados juicios. Los Eddy dieron acogida en su casa a los que a ella llegaban atraídos por aquel rumor, reuniéndolos en una vasta pieza en que todo era de una ruda sencillez. Por la entrada hacían pagar una modesta suma, pero no parece probado que sus demostraciones psíquicas les procuraran beneficio alguno.

En Boston y en Nueva York las noticias de aquellas ocurrencias despertaron no poca curiosidad y hasta un periódico neoyorquino, el *Daily Graphic*, envió a presenciarlas al luego famoso coronel Olcott. Este, que no se había dedicado hasta entonces a ningún trabajo psíquico y hasta se puede decir que estaba prevenido en contra de tales cuestiones, fue a realizar su misión en la actitud del que va a descubrir alguna patraña. Pero era hombre de clara inteligencia y de gran habilidad, con un profundo sentimiento del honor. Nadie que lea los detalles íntimos de su vida, según se relatan en su *Old Diary Leaves*, dejará de sentir un gran respeto a aquel hombre, tan leal, tan desinteresado y con ese raro valor mental que impulsa a seguir la verdad y obliga a aceptar los hechos aun cuando sean contrarios a nuestros deseos y esperanzas. No era ningún soñador sino un hombre de espíritu práctico. Muchas de sus ideas sobre la investigación psíquica, no han conquistado toda la atención que merecían.

Olcott permaneció diez semanas en Vermont, lo cual por sí solo suponía una gran fuerza de voluntad si se considera la diferencia de educación y de cultura existente entre él y la gente con quienes convivió. Al marcharse, sus simpatías por aquellos hombres rudos no eran grandes, pero en cambio, iba completamente convencido de las facultades mediúmnicas de que estaban dotados. Como todo investigador sensato, se negó a dar certificados en blanco y no respondió de cosas en las cuales no estuviera presente, ni de la conducta

que en el futuro pudiesen seguir aquellos a quienes acababa de estudiar. En los quince notables artículos que publicó en el *Daily Graphic*, en octubre y noviembre de 1874, se limitó a expresar los resultados que había obtenido y los trabajos llevados a cabo para conseguirlos.

Lo primero que hizo fue recoger los antecedentes de los hermanos Eddy. Era un buen punto de partida, aunque no sin inconvenientes, pues debemos recordar una vez más que el médium es un mero instrumento y que el don de que está dotado nada tiene que ver con su historia y carácter. Eso puede ser útil en relación con los fenómenos físicos, pero no con los intelectuales.

Nada falso había en la actuación de los hermanos Eddy, pero adolecía de ostentación y del gran bombo con que se rodeaban como si en lugar de fenómenos mediúmnicos se tratara de un espectáculo de escamoteo, aunque tal vez lo hacían así para que cambiara la opinión en su favor congraciándose con los santurrones, a los que soliviantaban aquellos fenómenos considerados como tales. Como quiera que fuese, es natural que Olcott fuera muy circunspecto en sus tareas y estuviera siempre atento a descubrir cuanto pudiera apoyarse en una farsa.

Tuvo mucho interés la recopilación de antecedentes de los hermanos Eddy porque revelaron la existencia continuada de facultades psíquicas en varios miembros de su familia en el transcurso de varias generaciones, y tanto fue así que su abuela había sido quemada por bruja, o al menos sentenciada como tal en el famoso juicio de Salem en 1692. Muchos de nuestros contemporáneos no tendrían escrúpulos para ser tan implacables con nuestros médiums como fue Cotton Mather en Salem, si no existieran los equivalentes procesamientos policiales. El padre de los Eddy fue desgraciadamente uno de esos fanáticos. Olcott declara que los muchachos habían sido señalados para toda su vida con los

golpes que recibieron para que abandonaran lo que el padre consideraba como cosas del diablo. La madre, en cambio, era una psíquica muy desarrollada y estaba, por lo tanto, en condiciones de estimar cuán injustamente les trataba aquel «bruto religioso» que era quien convertía el hogar en un verdadero infierno.

Los niños no podían encontrar fuera de casa un refugio, pues sus fenómenos psíquicos se manifestaban hasta en la escuela, excitando contra ellos el bárbaro furor de los compañeros de clase. Cuando el más joven de los Eddy caía en trance, su padre y los vecinos le arrojaban agua hirviendo y le ponían en la cabeza brasas ardientes que dejaban en la carne huellas indelebles. ¿Se comprende ahora por qué después de los sufrimientos de su infancia los Eddy se convirtieron al correr de los años en hombres recelosos y huraños?

Cuando los muchachos crecieron, el desnaturalizado padre cambió de sistema, intentando sacar dinero de aquellas facultades de sus hijos que antes castigara tan brutalmente, y no tuvo inconveniente en alquilarlos como médiums profesionales. No es posible imaginarse los sufrimientos que aquellos desgraciados soportarían en manos de investigadores idiotas y a merced de crueles escépticos. Olcott certifica que sus manos, dedos y brazos estaban surcados por las huellas de gruesas ligaduras, y señalados con las quemaduras del lacre, mientras que en las muñecas se veían desprendidos colgajos de piel, efecto de las esposas. Muchas veces fueron aporreados, quemados, apedreados y arrojados a la calle, en tanto que el soez público destrozaba la cabina de los experimentos. En otras ocasiones, a causa de la compresión brutal de las arterias, la sangre brotaba bajo las uñas de sus dedos. Tal era el espectáculo que dio América en los primeros días del movimiento, si bien Gran Bretaña no le fue en zaga, como demuestra lo ocurrido con los hermanos Davenport y

las estúpidas violencias de que les hizo víctimas el populacho de Liverpool.

Los Eddy descollaron en todos los grados de la mediumnidad física. Olcott los enumera en la siguiente lista: golpes, movimiento de objetos, pintura al óleo y al agua bajo influencias exteriores, profecías, conversación en lenguas extrañas, curaciones, levitaciones, escritura mediúmnica, psicometría, clarividencia y, finalmente, producción de formas materializadas.

El método seguido en las sesiones consistía en hacer sentar al médium dentro de una cabina colocada en un lado de la habitación, mientras los circunstantes se sentaban en el opuesto, en bancos alineados longitudinalmente. El lector preguntará probablemente por qué había una cabina, puesto que la experiencia ha demostrado que puede ser suprimida salvo en el fenómeno de las materializaciones. Home jamás usó cabina, y nuestros principales médiums ingleses raramente la usan hoy. Sin embargo, está justificada por una razón de gran valor. Sin ser muy categóricos en este punto, todavía sujeto a discusión, podemos afirmar como hipótesis muy aceptable, que el vapor ectoplásmico convertido en la sustancia que es base de las formas, es más fácil de condensar en un espacio reducido. Ahora bien, se ha demostrado que no es indispensable la presencia del médium en dicho espacio. En las sesiones en que el autor ha presenciado las más grandes materializaciones, sesiones donde aparecían en una sola noche hasta veinte formas de varias edades y tamaños, el médium se sentaba a la puerta de la cabina de la cual emergían las formas. Sin duda, su vapor ectoplásmico era conducido al espacio limitado independientemente de la posición del cuerpo físico del médium. Pero esto no se conocía en la época de aquellas experimentaciones, de ahí que en ellas se empleara siempre la cabina.

Está claro que la tal cabina constituía un buen medio para intentar cualquier fraude, y por eso era tan cuidadosamente escudriñada por los investigadores. Estaba provista de un ventanillo. Olcott había adaptado a ese ventanillo una tela mosquitera reforzada por la parte exterior. A la cabina, de sólida madera, no podía llegarse más que por la habitación en que estaba congregado el público, de manera que resultaba imposible abrirla mediante trampa alguna. Olcott hizo registrarlo y comprobarlo todo por medio de un perito cuyo certificado consta entre sus escritos.

Primero en sus artículos periodísticos, y después en su notable libro *People From the Other World*, Olcott refiere que vio en el curso de diez semanas, por lo menos, cuatrocientas apariciones fuera de la cabina de todas clases, tamaño, sexo y raza, vestidas con las más abigarradas indumentarias: bebés en brazos, guerreros indios fumando, caballeros trajeados, un kurdo con una lanza de casi 3 m, señoras elegantemente vestidas, etc. De todo ello presentaba Olcott las más convincentes pruebas. Sin embargo, sus relatos fueron acogidos con la mayor incredulidad, cosa que ocurriría hoy también. Pero Olcott dominaba el asunto en el cual se había aventurado con todo género de precauciones y tenía descontada la crítica de los que no estuvieron presentes en las sesiones y que daban por cierto que los que a ellas asistían fueron objeto de una farsa y de un engaño. Olcott dice:

Si se les habla de bebés sacados de la cabina por sus madres; de jóvenes de formas flexibles, cabello rubio y buena estatura; de mujeres de edad y de hombres que os miran fijamente y os hablan; de niños ya crecidos vistos simultáneamente con otra forma; de vestidos de distintos modelos; de cabezas calvas; de cabellos grises; de chocantes cabezas negras y pelo crespo; de fantasmas reconocidos en el acto por sus amigos, y de otros que hablan en una lengua extranjera desconocida por los médiums —su escepticismo

no se conmueve ni experimenta la menor perturbación. Y es que la credulidad de algunos hombres de ciencia resulta ilimitada, y admiten que un niño puede levantar una montaña antes que creer que un espíritu pueda levantar el peso de una onza.

Pero además de los escépticos, irreductibles a quienes nada ha de convencer, y que son capaces de considerar al Ángel Gabriel como una ilusión óptica, existen objeciones que pueden ocurrírsele al novicio de buena fe, y que el creyente honrado tiene obligación de contestar. ¿Son posibles esas vestiduras a que se refiere Olcott? ¿Puede aceptarse que una lanza de casi 3 metros resulte un objeto espiritual? La contestación se basa en las extraordinarias propiedades del ectoplasma. El ectoplasma es la más protea de todas las sustancias, susceptible absolutamente de tomar instantáneamente una forma cualquiera, y ese poder de modelación depende de la voluntad del espíritu, ya sea dentro o fuera del cuerpo. Todo puede formarse de dicha sustancia si así lo decide una inteligencia externa. En todas esas sesiones está presente una entidad espiritual dominante que fragua las figuras y dirige los hechos. Muchas veces habla y dispone las cosas abiertamente. Otras veces se calla y se manifiesta solo por medio de actos.

William Eddy, que era el médium mejor para la obtención de estos fenómenos, no sufría en su salud ni en la fuerza de sus facultades durante este proceso que, sin duda, es el más agotador de todos los de carácter mediúmnico. Crookes fue testigo de que Home, en casos tales, «permanecía tendido en el suelo, desvanecido, pálido y sin palabra». Pero Home no era un campesino rudo, sino casi un inválido, débil y sensible. En las sesiones había música y se cantaba, pues está demostrado que hay una íntima conexión entre las vibraciones musicales y los resultados psíquicos. Igualmente está comprobado que la luz blanca dificulta o impide los

resultados, produciendo, sobre todo, devastadoras acciones sobre el ectoplasma. Para evitar la oscuridad completa, se han probado en muchas circunstancias colores de varias clases, pero si se tiene confianza en el médium, nada hay mejor que la oscuridad, especialmente para la obtención de luces fosforescentes y ráfagas luminosas que constituyen los fenómenos mediúmnicos más hermosos. Si hay que usar una luz, la mejor tolerada es la roja. En las sesiones de Eddy se usó la luz disminuida de una lámpara con pantalla.

Cansaríamos al lector si detalláramos todas las apariciones que hubo en aquellas notables reuniones. La ucraniana, H. P. Blavatsky, que entonces era persona desconocida en América, fue a presenciar el espectáculo. En aquella época aún no habían nacido sus ideas teosóficas y era una ardiente espiritista.

El coronel Olcott la encontró por vez primera en la granja de Vermont, empezando con ella una amistad que con el tiempo tuvo las más extrañas consecuencias. En honor de aquella señora, hubo la aparición de toda una cohorte de imágenes rusas, las cuales entablaron conversación con ella y en su propia lengua. No obstante, las principales apariciones fueron la de un gigante indio piel roja, llamado Santum³⁹ y la de su mujer, llamada Honto, que se materializaron tan completamente y tan a menudo, que los circunstantes llegaron a perder la noción de que se las habían con espíritus. Olcott llegó a medir a Honto en una escala dibujada en la puerta de la cabina: 1,60 metros. Una vez mostró el pecho y pidió a una de las señoras presentes que escuchara los latidos

³⁹ Se mantiene la grafía «Santum» por ser la utilizada por Doyle en su obra original de 1926. No obstante, es preciso señalar que en las crónicas de 1874 del Coronel Olcott, fuente primaria de estos sucesos, la entidad es identificada como «Sento». Esta variación es un ejemplo de cómo los nombres de las entidades guías a menudo sufrían ligeras modificaciones fonéticas al ser transcritos por diferentes autores de la época. *Nota de Curso Espírita*.

de su corazón. Honto era mujer aficionada a bailar, a cantar, a fumar y a mostrar sus abundantes cabellos negros al público. Por el contrario, Santum era un guerrero taciturno, de 1,90 metros. La estatura del médium era de 1,75 m.

Claro es que, entre los numerosos visitantes de la casa de Vermont, los hubo que tomaron una actitud hostil. Entre ellos destacó el Dr. Beard, médico de Nueva York, el cual, apoyándose en lo que había visto en una sola sesión, pretendía que las figuras eran personificaciones simuladas por el propio William Eddy, aunque no dio prueba alguna de sus afirmaciones. En cambio, el Dr. Hodgson, de Stoneham, (Massachusetts) firmó, junto con otros cuatro testigos, el documento siguiente:

Certificamos que Santum estaba fuera de la cabina, cuando otro indio, casi tan alto como él, salió también de ella, pasando ambos de un lado para otro de la estancia. Al mismo tiempo se entabló una conversación entre George Dix, el anciano Morse y la señora Eaton, en el interior de la cabina. Todos reconocimos la voz habitual de cada uno de ellos.

Hay otros varios testigos, aparte de Olcott, que quitan toda fuerza a la acusación del Dr. Beard respecto a las supuestas personificaciones de Eddy. Podría añadirse que muchas de las formas eran niños y bebés. Olcott midió la estatura de uno de ellos: 71 centímetros. Lo que llama la atención es la reserva y la vacilación del propio Olcott en muchas ocasiones, si bien las explica el detalle de que, siendo nuevo en el movimiento, le asaltaban frecuentes dudas y tomaba toda clase de precauciones por temor a equivocarse. Así dice:

Las formas que vi en Chittenden, aunque aparentemente no tienen otra explicación que la de su origen sobrenatural, deben considerarse como un hecho no demostrado desde el punto de vista científico.

Horatio Eddy dio sesiones de un carácter muy diferente a las de su hermano William. Generalmente se sentaba ante una especie de cortina, a plena luz y en compañía de un espectador que sujetaba sus manos. Detrás de la cortina se colocaba una guitarra y otros instrumentos, los cuales empezaban a tocar por sí solos, en tanto que por encima de la cortina aparecían manos materializadas. Era un fenómeno parecido al de los hermanos Davenport, pero aún más impresionante, por cuanto el médium era totalmente visible y estaba sometido a la fiscalización de un espectador. Lo explica la hipótesis de la ciencia psíquica moderna, fundada sobre varios experimentos, especialmente los del Dr. Crawford, según la cual ciertas masas invisibles de ectoplasma, que son más bien conductoras de fuerza que generadoras de ella, se desprenden del cuerpo del médium y entran en contacto con los objetos levantándolos o haciéndoles ejecutar un fragmento musical, a voluntad de una fuerza invisible.

Según las ideas actuales del profesor Charles Richet, esas fuerzas invisibles son como una extensión de la personalidad del médium, y según una escuela más avanzada, son una entidad independiente de este. Nada se sabía de esto en tiempo de los Eddy, de modo que los fenómenos presentaban la dudosa apariencia de una serie de efectos sin causa. En cuanto a la realidad de los hechos es imposible ponerla en duda leyendo las detalladas descripciones que de ellos hizo Olcott. El movimiento de objetos a distancia del médium, o telequinesis, es hoy un fenómeno raro a plena luz. Pero, en una sesión de espiritistas expertos, el autor vio un gran círculo de madera en forma de plato levantarse sobre el borde a la luz de una bujía, y contestar a las preguntas que se le dirigieron a 2 metros de distancia de nosotros.

Algunos de los experimentos que relata Olcott fueron tan precisos y claros, que merecen la más respetuosa consideración, por lo mucho que se adelantan a la labor de no pocos

investigadores modernos. Por ejemplo, se llevó de Nueva York una balanza que antes se cuidó de contrastar debidamente, según certificado en regla. Luego se convenció a una de las formas, la mujer piel roja Honto para que se sentase en la balanza, mientras Pritchard, ciudadano de gran prestigio y desligado completamente del asunto, tomaba nota del peso.

Olcott refiere con todo detalle aquella prueba acompañando el certificado de Pritchard, dado bajo juramento ante un magistrado. Honto fue pesada⁴⁰ once veces. Se trataba de una mujer de 1,60 metros, que debía normalmente pesar unos 60 kilos. Pues bien, los cuatro pesos hechos en la misma noche dieron 39, 26, 26 y 29 kilos, lo cual demuestra que su cuerpo era un mero simulacro que variaba en densidad de minuto en minuto.

Demuestra también lo que más tarde había de poner de relieve Crawford, es decir, que el peso total del simulacro no puede depender del médium. En efecto, es inconcebible que Eddy, que pesaba 81 kilos, se desprendiera de 39.

La mayor pérdida registrada hasta el día fue la sufrida por Goligher, en los experimentos de Crawford, 23 kilos, pero cada miembro de la reunión contribuyó en relación con su capacidad, (según evidenció la escala graduada de las sillas donde estaban sentados durante el experimento), con una parte de su propia sustancia para la obtención de las formaciones ectoplásmicas.

El coronel Olcott preparó así mismo dos balanzas de muelles para probar la fuerza de presión de las manos de los espíritus, mientras las del médium estaban sujetas por uno de los circunstantes. La mano izquierda de uno apretó el

⁴⁰ Este experimento con la balanza es un hito en la investigación psíquica. Al registrar pesos que variaban drásticamente (de 60 a 26 kilos), los investigadores propusieron la teoría de que las formas materializadas «toman prestada» masa del médium y de los asistentes, confirmando que el espíritu no es una ilusión óptica, sino una estructura biológica transitoria. *Nota de Curso Espírita.*

platillo con fuerza de 18 kilos, mientras su mano derecha hacía una presión de 22, todo ello en medio de una luz tan clara, que Olcott pudo darse cuenta de que a la mano derecha le faltaba un dedo, al mismo tiempo que se enteraba por el propio espíritu de que había sido marinero y que el dedo lo había perdido en un accidente del trabajo. Leyendo semejantes cosas, resulta más incomprensible la afirmación de Olcott de que sus resultados no eran definitivos, y que las pruebas no se habían realizado en condiciones perfectas. Sin embargo, resume sus conclusiones con las siguientes palabras:

Es inútil que los escépticos vengan a descargar sus golpes sobre esos hechos graníticos por lo sólidos; es inútil que un grupo de «acusadores» cante victoria al son de sus trompetas porque este Jericó es inconmovible.

Una observación hecha por Olcott es que aquellas formas ectoplásmicas estaban prontas a obedecer cualquiera orden mental de un concurrente de inteligencia poderosa. Otros investigadores en distintas reuniones observaron el mismo hecho, que constituye un factor bien conocido del arduo problema.

Hay otro punto curioso que probablemente pasó inadvertido para Olcott. Los médiums y los espíritus que estuvieron con él en las más amistosas relaciones durante su larga visita, se le volvieron súbitamente ariscos y malhumorados. Parece que el cambio ocurrió precisamente a raíz de la llegada de la señora Blavatsky, con quien Olcott estableció las más cordiales relaciones. Como ya hemos dicho, aquella señora fue una ardiente espiritista, pero es posible que los espíritus, con su visión del futuro, presintieran el peligro que había de engendrar la actuación sucesiva de la dama rusa. Sus enseñanzas teosóficas iban a divulgarse uno o dos años después, y si bien en ellas se afirma la realidad de los fenómenos, los espíritus quedan reducidos a una especie de entes

astrales vacíos, sin vida propia. Cualquiera que sea la verdadera explicación del cambio ocurrido, ello es que la alteración de los espíritus fue notoria poco después de la llegada de la señora Blavatsky.

El coronel Olcott relató varios casos en que los asistentes reconocieron a algunos de los espíritus, pero no debe fiarse mucho en esto, pues con luz difusa y en medio de la emoción natural, fácil pudo ser al observador de buena fe equivocarse. El autor ha tenido ocasión de fijarse muy bien en más de un centenar de apariciones, y solo recuerda dos ocasiones en que vio con toda certeza caras conocidas. En ambas, los rostros estaban iluminados por sí mismos, independientemente de la luz roja de la lámpara. En otras dos, y con ayuda de la lámpara roja su certeza fue solo moral. Suele ocurrir en la inmensa mayoría de los casos que, debido a la influencia de la imaginación, crea uno ver en aquellos vagos moldes algo que le recuerde a un ser conocido. Algo así debió suceder en las sesiones de Eddy. En una de ellas, en 1875, un testigo de mayor excepción, C. C. Massey, ya se dolía de ese hecho. Pero el verdadero milagro estriba no en el reconocimiento de la figura, sino en la presencia de esta.

Parecía natural que el interés despertado por los relatos de la prensa acerca de los fenómenos de los Eddy provocase un cambio de trato por parte de la ciencia, animándola a contribuir con sus trabajos al progreso de la verdad. Desgraciadamente, en el momento preciso en que la pública atención era solicitada de aquella suerte, vino a malograr la fe naciente el real o imaginario escándalo de Holmes en Filadelfia, explotado ampliamente por los materialistas, ayudados por la exagerada delicadeza de Robert Dale Owen. He aquí cómo ocurrieron los sucesos a que aludimos. Dos médiums de Filadelfia, el matrimonio Nelson Holmes, habían celebrado una serie de sesiones en las cuales aparecía un pretendido espíritu bajo el nombre de Katie King, o sea

el mismo a que había dado fama el profesor Crookes en Londres. Tal afirmación parecía dudosa, ya que la verdadera Katie King había declarado a Crookes que su misión estaba acabada. No obstante, aparte la idealidad del espíritu, parece que existió la prueba plena de que el fenómeno era real y no fraudulento, según las investigaciones llevadas a cabo por Dale Owen, el general Lippitt y otros varios, contra los cuales era imposible lanzar la menor acusación de impostura.

Había entonces en Filadelfia un tal Dr. Child, que representó un papel muy sospechoso en los sucesos subsiguientes. Child se había pronunciado contra la existencia de los fenómenos, y Katie King, que él había visto en la sala de reuniones de aquellos médiums, fue a su propio despacho particular y le dio varios detalles de su vida terrenal. Tal declaración debía haber suscitado graves dudas en la mente de los hombres dedicados a los estudios psíquicos, pues las formas espirituales solo pueden manifestarse a través de un médium, y no había indicio alguno de que Child lo fuera. En todo caso lo que resulta es que Child, después de aquel relato, era quien menos podía declarar fraudulentas las sesiones de los Holmes.

El interés por estas aumentó considerablemente con motivo de un artículo que les dedicó el general Lippitt en el *Galaxy*, del mes de diciembre de 1874, y otro sobre el mismo tema de Dale Owen, publicado en el *Atlantic Monthly*, de enero de 1875.

Inmediatamente después vino el desastre. Fue anunciado por una noticia de Dale Owen días después, según la cual había recibido pruebas suficientes para retirar la confianza que hasta entonces tuvo en los Holmes. El Dr. Child declaró lo mismo. Escribiendo a Olcott, reconocido por una autoridad a partir de la investigación de los fenómenos de los Eddy, Dale Owen dijo:

Creo que últimamente los Holmes nos han engañado, o por lo menos han mezclado lo real con lo falso, y como esto pudiera invalidar las manifestaciones del verano último, probablemente prescindiré de ellos para mi próximo libro sobre Espiritismo. Es una pérdida, pero usted y Crookes la subsanarán con exceso.

La actitud de Dale Owen se explica claramente: hombre de honor muy sensible, le aterraba la idea de que se supusiera por un instante que había certificado como verdadero lo que era una impostura. Su error consiste en haber procedido desde el primer asomo de sospecha en vez de esperar a que los hechos la confirmaran. La actitud del Dr. Child era, en cambio, más discutible, pues si las manifestaciones eran fraudulentas, ¿cómo es posible que celebrara entrevistas con los mismos espíritus en su casa particular?

Se aseguró que una mujer, cuyo nombre no se decía, había personificado a Katie King en aquellas sesiones; que había consentido que le hicieran fotografías y las vendieran en la calle como si fueran de Katie; que se procuró vestiduras y adornos semejantes a los que llevaba Katie King, y que estaba dispuesta a confesar todas las incidencias del fraude. En tal punto comenzaron las averiguaciones de Olcott, quien llegó a la conclusión de que el fallo adverso a los Holmes fue justo.

Pero la investigación de Olcott reveló también algunos hechos que arrojaron nueva luz sobre el asunto y demostraron que, en las informaciones de aquel género, para ser exactas, deben acogerse las «denuncias» con las mismas precauciones críticas que los fenómenos. La persona que afirmó haber personificado a Katie King, era Eliza White. En el informe que se publicó sobre la cuestión, declaraba, sin dar su nombre, que había nacido en 1851, tenía entonces veintitrés años. Casada a los quince, tenía un hijo de ocho. Su marido había fallecido en 1872, razón que la obligaba a ganarse la vida y la de su hijo. Los Holmes habían vivido en la misma

casa que ella desde 1874. En mayo la contrataron para personificar un espíritu, a cuyo fin la cámara tenía un doble bastidor al fondo por donde podía deslizarse cubierta con un traje de muselina. Dale Owen fue invitado a las sesiones y se mostró completamente convencido de la verdad de la aparición.

Más tarde aprendió a «desvanecerse» y a «transformarse» con ayuda de vestidos negros y, finalmente, a fotografiarse cual si fuera la misma Katie King.

Según su relato, un día asistió a la sesión un hombre llamado Leslie, contratista de ferrocarriles. Aquel individuo exteriorizó sus sospechas, y en una reunión subsiguiente, afeó a la mujer el engaño a que se prestaba y le ofreció dinero si lo divulgaba. Ella aceptó, y reveló a Leslie los procedimientos de que se valía para sus personificaciones. El día 5 de diciembre tuvo lugar una sesión fraudulenta en la cual representó su papel como si se tratara de un verdadero espíritu, lo cual impresionó hasta tal punto a Dale Owen y al doctor Child, ambos presentes en la sesión, que publicaron la rectificación de sus primeras convicciones, rectificación que era un rudo golpe para aquellos que habían aceptado las seguridades anteriores de Dale Owen, y que se las echaron en cara argumentando que antes de hacer público su cambio opinión, debía de haber procedido a una minuciosa averiguación. Resultaba aquella conducta tanto más deplorable cuanto que Dale Owen contaba ya setenta y tres años y había sido uno de los más elocuentes y de los más abnegados adeptos de la nueva causa.

El primero de los cuidados de Olcott fue destruir el anonimato de la autora. No tardó en descubrir que su nombre, según hemos dicho, era Eliza White, y aunque se encontraba en Filadelfia, se negó a recibirle. En cambio, los Holmes procedieron de una manera sincera y expedita, dándole toda clase de facilidades para examinar y verificar los fenómenos

en las condiciones que tuviera a bien fijar. Un examen de la vida pasada de Eliza White demostró que era un tejido de falsedades lo que había contado. Tenía mucha mayor edad que la confesada —por lo menos treinta y cinco años— y parecía dudoso que se hubiera casado con el llamado White. Durante varios años había sido cantante de feria en una compañía ambulante. Como White vivía aún, era imposible que fuera viuda, y a tal efecto, Olcott publicó el certificado que sobre el caso expidió el jefe de Policía.

Entre otros documentos presentados por el coronel Olcott, figuraba uno emanado de Allen, juez de paz de Nueva Jersey. Según ese testimonio, Eliza White era «tan embustera que quienes hablaban con ella no sabían cuándo podían creerla, y en cuanto a su condición moral, era todo lo mala que podía ser». El mismo juez Allen aportó otro testimonio que concernía más directamente a la materia en cuestión. Declaró que había visitado a los Holmes en Filadelfia, y ayudado al Dr. Child a colocar la cabina para las sesiones, viendo que estaba sólidamente preparada para evitar que alguien pudiera entrar por la parte posterior, como aseguraba que ocurría la señora White.

Además, estuvo presente a una sesión en la cual se presentó Katie King, y mientras tanto no cesó de oírse el canto de la señora White desde otra habitación, lo que hacía completamente imposible que dicha señora pudiera, según decía, llevar a cabo la suplantación de aquel espíritu. Como la declaración estaba firmada por un juez de paz, constituyó un instrumento de prueba de primera calidad.

Pero además tenemos las cartas escritas a los Holmes por la señora White en 1874, en las cuales difícilmente se hubiera podido ocultar cualquier secreto comprometedor para ellos. En una de esas cartas se aprecian las amenazas para confesarse la propia Katie King. A fines de aquel año, la señora White asumió un tono más amenazador, anunciando a los

Holmes que, si no le pasaban una renta mensual, había muchos señores ricos, incluso miembros de la Asociación de Jóvenes Cristianos, dispuestos a pagarle una fuerte cantidad de dinero, con lo cual ya no tendría necesidad de molestar más a los Holmes.

La suma exacta prometida a Eliza White para que declarase que había suplantado a Katie King, era de mil dólares⁴¹.

Queda aún otro hecho de la mayor importancia. En el mismo momento en que se celebraba la sesión de esclarecimiento, y en la que la señora White trataba de demostrar su transformación en Katie King, los Holmes dieron una sesión real y verdadera, en presencia de veinte personas, en la cual aparecía aquel espíritu como en otras ocasiones.

El coronel Olcott recogió varios testimonios de varias personas, de modo que no puede abrigarse la menor duda acerca del hecho. En el del Dr. Adolphus Fellger, por ejemplo, se declara bajo juramento que:

Vio aquella noche y otras, en total quizá hasta ochenta veces, el espíritu conocido por Katie King, habiéndose familiarizado perfectamente con sus rasgos distintivos, al extremo de no poder confundirlo con otro, pues mientras tal espíritu apenas se presentó en dos noches sucesivas con los mismos rasgos y la misma estatura, su voz era siempre la misma, y la expresión de sus ojos y los temas de su conversación, le daban la seguridad de que se trataba siempre de la misma materialización.

⁴¹ Este episodio es crucial para entender la guerra mediática de la época. En 1874, la suma de mil dólares poseía una fuerza adquisitiva casi inalcanzable para la mayoría. Representaba el fruto de dos años de trabajo ininterrumpido de un obrero medio. Con esa cantidad, una familia podía aspirar a la propiedad de una pequeña casa o una granja modesta en gran parte de los Estados Unidos. Este enorme soborno sugiere la existencia de intereses económicos y religiosos muy poderosos decididos a financiar falsos testimonios para hundir el movimiento espiritista. *Nota de Curso Espírita*.

El señor Fellger fue un médico muy conocido y respetado de Filadelfia, cuya sola palabra, dice Olcott, «valía más que todas las aseveraciones, dadas por Eliza White».

También se demostró claramente que Katie King apareció constantemente cuando la señora Holmes estaba en Blissfield y la señora White en Filadelfia, y que la señora Holmes había escrito a la señora White sobre el éxito de sus apariciones, lo que pareciese una prueba definitiva.

Pero falta aún un punto importante que en opinión del autor hace «zozobrar el barco», el de las fotografías. Los Holmes afirmaron en una entrevista con el general Lippitt —cuyas palabras tienen un carácter de verdad y precisión que contrastan en aquel enredo de falsedades— que el Dr. Child pagó a Eliza White para que sirviera de modelo en una fotografía, haciéndose pasar por Katie King. Ciertamente es que Child representó un papel muy dudoso, haciendo en varias ocasiones afirmaciones contradictorias, y demostrando cierto interés pecuniario en el asunto. Sin embargo, yo me siento inclinado a creer que los Holmes tendrían participación en el fraude. Concediendo que la imagen de Katie King fuera real, pudieron poner en duda la posibilidad de fotografiarla, puesto que para ello era precisa la luz más o menos mitigada. Por otra parte, no hay duda de que las fotografías constituían una saneada fuente de ingresos puesto que se vendían a medio dólar entre los concurrentes. El coronel Olcott reproduce en su libro una fotografía de la señora White frente a otra que se supone de Katie King, y sostiene que no hay parecido entre ellas. Pero el fotógrafo pudo, si se lo pidieron y pagaron, retocar el negativo para disimular el parecido, pues de otro modo el fraude habría sido más fácil de descubrir. El autor tiene la impresión, ya que no la certeza, de que los dos rostros son los mismos, sin otros cambios que los que puede producir la manipulación. Además, sospecha que la fotografía era fraudulenta, pero esto

de ningún modo corrobora el resto de las revelaciones de la señora White, aunque hace vacilar nuestra fe en la seriedad de los Holmes y en el Dr. Child. Bien es cierto que la personalidad moral de los médiums físicos tiene solo una influencia indirecta sobre sus poderes psíquicos tan efectivos ya sea el médium un santo o un pecador.

La prudente conclusión a que llegó el coronel Olcott fue que como las pruebas eran tan contradictorias, prescindiría de ellas para proceder a la verificación de los médiums en su propio terreno sin tener en cuenta lo que había pasado. Así lo hizo de la manera más convincente, y cualquiera que lea la narración de sus investigaciones (*People From the Other World*, pág. 460 y siguientes) no podrá negar que tomó las precauciones posibles contra todo fraude. La cabina fue vigilada por todas partes para que nadie pudiera entrar, como la señora White pretendía haber hecho. La señora Holmes fue metida en un saco atado al cuello, y como su esposo estaba ausente era imposible la complicidad con él. En tales condiciones se vieron aparecer numerosas cabezas, algunas de ellas semi-materializadas y de terrible aspecto. Las cabezas aparecían a una altura a que la médium no podía llegar en modo alguno. Dale Owen presenció aquella prueba tal vez comenzando entonces a lamentar su precipitada declaración anterior. Nuevas sesiones y con resultados idénticos, se celebraron en la misma residencia de Olcott, para alejar toda posibilidad de ingeniosos mecanismos que la médium pudiera poner en juego. En una ocasión, al aparecer en el aire la cabeza del espíritu de John King, Olcott, recordando que Eliza White había afirmado que aquellos rostros eran meras mascarillas, pidió y obtuvo permiso para atravesarla con su bastón, con lo cual se convenció de que no existía tal trampa. Resultaba perfectamente claro que cualquiera que fuese la historia de la fotografía famosa no había el menor asomo de duda de que la señora Holmes era una médium poderosísima

para los fenómenos de materialización. Hay que añadir que la cabeza de Katie King fue vista repetidamente por Olcott y los investigadores que le acompañaban, entre ellos el general Lippitt, que se adhirió públicamente (*Banner of Light*, 6 de febrero de 1875) a las conclusiones de Olcott.

Nos hemos detenido con cierta extensión en este caso, porque caracteriza la típica manera en la que se engaña al público sobre el Espiritismo. Se ven los periódicos llenos de esas «exposiciones», que cuando se investigan son bastante falsas o muy parcialmente ciertas. Aún hoy, cuando se habla de Katie King, se oye decir a algunos: «¡Oh! en Filadelfia se demostró que todo era un engaño», y por natural confusión del pensamiento se ha hecho de ello un argumento contra los clásicos experimentos de Crookes.

Se ha mencionado que John King⁴² era algo así como el espíritu que presidía las sesiones de los Holmes. Esta extraña entidad figura en *todos* los fenómenos físicos de los primeros años del movimiento, y aún se la ve y se la oye hoy en algunas ocasiones. Su nombre se asocia con la sala de música de Koons, con los Davenport, con William, de Londres, con la señora Holmes, y con muchos otros. Una vez materializado, su apariencia es la de un hombre alto, con tez morena, cabeza noble y una completa barba negra. Su voz es fuerte y profunda y sus golpes son muy característicos. Domina todas las lenguas, pues en todas ellas ha sido requerido, incluso en las menos conocidas, como por ejemplo el georgiano. Tan

⁴² John King es quizá la entidad más recurrente en la historia de los fenómenos mediúmnicos de efectos físicos. Aunque se identificaba como el pirata Henry Morgan (1635-1688), muchos investigadores —incluido el propio Doyle— dudaban de esta identidad histórica. A veces espíritus desconocidos adoptan nombres que nos son familiares sin ser ellos mismos; tras estos nombres puede existir no ya uno sino varios espíritus con características parecidas a la personalidad que dicen representar, y que en este caso dirigirían los fenómenos. *Nota de Curso Espírita*.

formidable entidad tiene bajo su dominio a todos los espíritus inferiores, pieles rojas y otros de baja condición que le prestan su concurso en todos los fenómenos. Afirma que Katie King es su hija, que en vida fue Henry Morgan, el pirata perdonado y hecho caballero por Carlos II, y que murió siendo gobernador de Jamaica. Si esto fuera verdad, resultaría que fue el más cruel de los rufianes y que debió ser muy grande su expiación. Pero el autor debe declarar que tiene en su poder un retrato de Henry Morgan (puede verse en la obra de Howard Pyle *Corsarios*, pág. 178), y que si es fiable en nada se parece a John King. Todas esas cuestiones de la identidad terrena son muy oscuras. La hija de un reciente gobernador de Jamaica asistió a una sesión verificada en Londres, en la que, habiéndose aparecido John King, le dijo: «Has traído de Jamaica algo mío». «¿Qué es?» «Mi testamento». Y, en efecto, era un hecho cierto, aunque ignorado por los circunstantes, que el padre de la aludida señorita había traído consigo dicho documento.

Antes de poner fin al relato de los experimentos de Olcott en aquel período, hemos de dar alguna noticia del caso llamado la transfiguración de Compton. El cual demuestra que, en el dominio de la investigación psíquica, hay mares profundos jamás sondeados. Nada puede ser más claro que los hechos o más satisfactorio que la evidencia. La médium, la señora Compton, fue encerrada en una reducida cabina y por medio de un hilo pasado a través de los orificios de sus orejas, se la sujetó al respaldo de la silla, sellando con lacre las ataduras. Poco después salía de la cámara una esbelta figura blanca. Olcott había preparado una báscula en la cual se posó la figura, acusando el peso una vez 34 y otra 26 kilos. Seguidamente Olcott entró en la cabina mientras la figura seguía fuera de ella: la médium había desaparecido; la silla estaba allí, pero vacía. Olcott volvió para tomar de nuevo el peso de la aparición, que fue entonces de 23 kilos.

El espíritu regresó a la cabina, de donde surgieron sucesivamente otras figuras. En fin, Olcott prosigue la narración de aquel suceso de la manera siguiente:

Volví al interior de la cabina con una lámpara y hallé a la médium exactamente como la dejé al comenzar la sesión, con el hilo intacto, lo mismo que todos los sellos. Estaba sentada, con la cabeza inclinada hacia la pared, con la carne fría y blanca como el mármol, con los ojos en blanco y la frente cubierta de un sudor de muerte, sin respiración en sus pulmones, ni pulso en sus muñecas. Cuando todos los presentes examinaron los hilos y los sellos, corté con una tijera las ligaduras y levantando la silla por el respaldo y el asiento, saqué a la cataléptica mujer al salón para que le diera el aire fresco.

Allí permaneció inanimada por espacio de dieciocho minutos. Pero la vida fue volviendo poco a poco a su cuerpo, hasta que la respiración, el pulso y la temperatura, se hicieron normales. Entonces la pesé y la báscula señaló 54 kilos.

¿Qué hay que pensar de tal resultado? Había once testigos con Olcott. Los hechos parecen indiscutibles. Pero ¿qué debemos deducir de ellos? El autor ha visto una fotografía, tomada directamente a un médium sumido en trance, en la que se aprecian los menores detalles de la sala, pero él sujeto, en cambio, no aparece por ninguna parte. ¿Es la desaparición de ese médium análoga a la de Olcott?

Si la figura ectoplásmica pesaba únicamente 34 kilos y la médium 54, resulta claro que esta había perdido 20 kilos en el momento de aparecer la entidad. Si 20 kilos no eran suficientes para proseguir el proceso de la vida, ¿no es presumible que sus guías usaran una sutil química oculta para desmaterializar a la médium y salvarla de todo peligro hasta que la desaparición del espectro le permitiera reponerse? Es una suposición extraña, pero que explica los hechos mejor que la mera e irracional incredulidad.

CAPÍTULO XIII

HENRY SLADE Y EL DOCTOR MONCK

Es imposible pasar revista a todos los médiums que en sus diversos grados de poder demostraron los efectos que las inteligencias invisibles pueden producir cuando las condiciones materiales les permiten manifestarse. Sin embargo, los pocos que han sobresalido y que fueron al mismo tiempo muy discutidos por el público, merecen que la historia del movimiento no los deje en el olvido, aun cuando su obra no haya sido siempre irreproachable bajo todos los conceptos. En este capítulo nos ocuparemos de Slade y de Monck, los cuales representaron en su época un papel de primer orden.

Henry Slade, el célebre médium que despuntó en los fenómenos de escritura directa, se exhibió ante el público americano por espacio de quince años, después de los cuales pasó a Inglaterra el 13 de julio de 1876. El coronel Olcott, más tarde presidente de la Sociedad Teosófica, dice que a él y a la señora Blavatsky se debió la visita de Slade a Inglaterra. Parece que el gran duque Constantino de Rusia, deseoso de llevar a cabo una investigación acerca del Espiritismo, dio el consiguiente encargo a una comisión de profesores de la Universidad Imperial de San Petersburgo, que a su vez rogó al coronel Olcott y a la señora Blavatsky que escogieran entre los mejores médiums americanos uno con quien pudiesen realizar los experimentos. Fue designado Slade después de someterlo durante varias semanas a rigurosas pruebas en

presencia de un comité de escépticos, cuyo informe decía que:

Habían sido escritos mensajes entre dos pizarras previamente atadas y selladas entre sí, colocadas sobre la mesa a la vista de todo el mundo, o encima de la cabeza de alguno de los circunstantes, o sujetas por uno de los presentes sin que el médium pudiera tocarlas.

Slade se detuvo en Inglaterra algún tiempo para continuar después su viaje a Rusia.

Un redactor del *World*, de Londres, que tuvo una entrevista con Slade, le describe con estas palabras:

Es un hombre alto, esbelto, de temperamento nervioso, de aire soñador y místico, de rasgos regulares y ojos brillantes y expresivos, con una sonrisa ligeramente triste y una cierta gracia melancólica en sus maneras.

También hizo su retrato la Comisión Informativa Seybert en la siguiente forma:

Mide aproximadamente 1,80 metros, su rostro es de una regularidad poco común, y atrae en seguida la atención por su belleza extraordinaria. Es un hombre notable en todos los sentidos.

Inmediatamente después de la llegada a Londres, Slade comenzó a dar sesiones en su domicilio del número 8 de Upper Bedford Place, en Russell Square, siendo rápidos y sonados sus éxitos. No solo patentizó sus dones en los fenómenos de escritura en las pizarras de los mismos asistentes, sino con la levitación de objetos y las materializaciones de manos producidas a plena luz. El director del *Spiritual Magazine*, el más prestigioso y sensato de todos los periódicos espiritistas de aquella época, escribió:

No vacilo en afirmar que el doctor Slade es el médium más notable de los tiempos modernos.

J. Enmore Jones, investigador psíquico muy conocido en aquel tiempo y que más tarde dirigió el *Spiritual Magazine*, dijo que Slade venía a ocupar el puesto vacante de Home. La relación que hace de sus sesiones indica, no obstante, procedimientos de mero mercantilismo por parte de Slade. Home rechazó toda remuneración, y, por regla general, sus sesiones tenían lugar por la noche en la calma de la vida familiar. Slade, en cambio, operaba según Enmore Jones a cualquier hora del día y en las mismas habitaciones de la pensión donde estaba. Se hacía pagar veinte chelines por sesión, prefiriendo siempre recibir a una persona sola en la vasta habitación destinada a sus experimentos. No perdía el tiempo, es decir, que en cuanto el visitante había tomado asiento comenzaban los fenómenos para terminar quince minutos después. Stainton Moses, más tarde primer presidente de la Alianza Espiritista de Londres, expresó el mismo juicio que Enmore Jones acerca de Slade.

En su presencia —escribe en *The Spiritualist*, vol. IX, pág. 2— los fenómenos ocurren con toda regularidad y precisión, con tal indiferencia por su parte respecto a las «condiciones», y con tantas facilidades para su observación, que mis deseos quedaron plenamente satisfechos. Es imposible concebir circunstancias más favorables para la investigación minuciosa, que aquellas bajo las cuales presencié los fenómenos verificados con la más sorprendente rapidez. No había en Slade vacilaciones, ni tentativas frustradas, todo era rápido, breve y decisivo. Los operadores invisibles sabían exactamente lo que iban a hacer, y lo hacían con prontitud y precisión⁴³.

⁴³ El fenómeno aquí descrito se conoce técnicamente como pneumatografía (o escritura directa). A diferencia de la psicografía, en la pneumatografía el mensaje se produce sin que ninguna mano humana toque el instrumento de escritura, apareciendo los trazos directamente en el soporte. Fue calificado por Kardec en *El Libro de los Médiums* de fenómeno de *efectos físicos*, mientras que la psicografía la encuadró en *efectos intelectuales*. *Nota de Curso Espírita*.

La primera sesión dada por Slade en Inglaterra tuvo lugar el día 13 de julio de 1876, en presencia de Charles Blackburn, espiritista de primera línea; y de W. H. Harrison, director de *The Spiritualist*. A plena luz solar el médium y los dos concurrentes ocuparon los tres lados de una mesa ordinaria de 120 centímetros cuadrados. En el cuarto lado se colocó una silla. Slade puso sobre la pizarra un pedacito de lápiz no mayor que un grano de trigo, y la metió debajo de la mesa sujetándola con la mano por una esquina. Se oyó entonces el rasgueo del lápiz en la pizarra, y, al examinarla después, se vio escrito un mensaje. Mientras se producía el fenómeno, las manos de los concurrentes y la mano libre de Slade descansaban sobre la mesa. De pronto la silla de Blackburn se elevó 10 o 12 centímetros, sin que nadie más que él la tocara. La silla desocupada se elevó también lo suficiente para que su asiento chocara con el borde de la mesa. Una mano aparentemente viva, pasó por dos veces delante de Blackburn, hallándose en aquel momento sobre la mesa las dos de Slade. Este agarró después con una mano un acordeón, lo metió debajo de la mesa y teniendo la otra encima del mueble, se oyeron las notas de «Hogar, dulce hogar». Blackburn cogió el acordeón de la misma forma, y también sonaron las notas, mientras Slade tenía ambas manos puestas sobre la mesa. Finalmente, las tres personas levantaron sus manos y la mesa subió hasta tocar con ellas. En otra sesión dada el mismo día, una silla se elevó en el aire hasta la altura de más de un metro, sin que nadie la tocara, y a renglón seguido, mientras Slade tenía una de sus manos apoyada en el respaldo de la silla de Blackburn, esta, y su ocupante se elevaron hasta 1 metro del suelo. Durante seis semanas todo fue bien, mostrándose Londres lleno de curiosidad por Slade. Pero no tardó en producirse un desdichado incidente.

A principios de septiembre, el profesor Ray Lankester y el Dr. Donkin tuvieron dos sesiones con Slade, y en la segunda, al coger la pizarra, vieron en ella un escrito, cuando nada permitía suponer que la sesión hubiese comenzado. No tenía el profesor Ray experiencia alguna en cuestiones de investigación psíquica, e ignoraba que es imposible decir en qué momento de la sesión comienza el fenómeno de la escritura. Unas veces empieza precipitadamente y con gran extensión, en tanto que otras se oye claramente el rasgueo del lápiz y cómo pasa de una línea a otra. Para Ray Lankester, sin embargo, aquello era un engaño y escribió una carta a *The Times* (16 de septiembre de 1876), denunciando a Slade, y hasta llegó a perseguirle judicialmente por estafa. Contestaron a la carta de Lankester, y vinieron en apoyo de Slade, el profesor Barret, el Dr. Alfred Russel Wallace y otros.

El Dr. Wallace, dijo:

El profesor Lankester tenía la firme convicción de que todo lo que iba a presenciar era un engaño, a tal extremo que todo cuanto sus ojos vieron creía que era efecto de una trampa.

Lankester puso al descubierto sus prejuicios porque aludiendo a la comunicación leída el 12 de septiembre ante la Sociedad Británica por el profesor Barret, en la cual este habló de los fenómenos espiritistas, decía en su citada carta a *The Times*: «Los debates de la Sociedad Británica se han envilecido al ocuparse del Espiritismo».

Barrett refiere que Slade al preguntarle contestó sin vacilaciones que ignoraba en qué momento se producía la escritura. El mismo Barrett describe la prueba concluyente obtenida en una sesión, en la cual la pizarra permaneció sobre la mesa, mientras él tenía el codo apoyado en ella. Con su otra mano sujetaba fuertemente una de las de Slade, el cual apoyaba ligeramente sobre la pizarra los dedos de su mano libre. En tales condiciones comenzó a aparecer la

escritura en la pizarra. El profesor Barrett habla también de un eminente hombre de ciencia amigo suyo que obtuvo la escritura en una pizarra que tenía sujeta con ambas manos, mientras las del médium reposaban sobre la mesa.

El proceso de Slade se vio ante el Tribunal de Policía de Bow Street, el 1º de octubre de 1876, presidiéndolo el magistrado Flowers. Actuaban de acusador George Lewis y de defensor el señor Munton.

La prueba en favor de la autenticidad de la mediumnidad de Slade fue suministrada por el doctor Alfred Russel Wallace, Serjeant Cox, profesor George Wyld y otro, pues solo fueron admitidos cuatro testigos. El presidente consideró los testimonios como de «primera fuerza» para la prueba de los fenómenos, pero al dar su fallo, excluyó todo cuanto no fuesen las declaraciones de Lankester y de su amigo el Dr. Donkin, diciendo que debía basar su determinación exclusivamente en las «consecuencias que se deducían de los hechos naturales conocidos»⁴⁴.

El prestidigitador Maskelyne declaró que la mesa usada por Slade tenía una trampa oculta, pero tal declaración quedó invalidada con la prueba aportada por el ebanista que la fabricó. Aquella mesa puede verse hoy en el local de La Alianza Espiritista, de Londres, siendo asombrosa la ligereza de un testigo, que con su falsa declaración ponía en peligro la libertad de un hombre, contribuyendo poderosamente a torcer el curso del juicio. Con todo, frente a las pruebas aportadas por Ray Lankester, Donkin y Maskelyne era

⁴⁴ El juicio contra Slade bajo la «Ley de Vagabundia» (*Vagrancy Act* de 1824) era una herramienta legal de la época georgiana diseñada para limpiar las calles de mendigos. En los juicios contra médiums, la justicia británica utilizaba esta ley para evitar el debate sobre la existencia del alma, centrándose únicamente en castigar el uso de «artificios» para obtener dinero. El proceso contra Slade fue el caso más famoso y polémico de su aplicación en el siglo XIX. *Nota de Curso Espírita*.

difícil la situación de Flowers, el que alegaba en verdad y con razón que «lo que tenía ante sí el Tribunal no era lo que en otras ocasiones había ocurrido, y por convincentes que fueran algunos eminentes testimonios la realidad era que solo había dos testigos por una parte y únicamente el acusado por otra». Probablemente, lo de la mesa con trampa, decidió la cuestión y el fallo fue condenatorio.

Slade, con arreglo a la ley de vagos y maleantes, fue condenado a tres meses de cárcel con trabajos forzados; pero apeló la sentencia y quedó en libertad bajo fianza. Cuando se vio el juicio en apelación, fue sobreseída la sentencia por falta de pruebas desde el punto de vista técnico. Quedaron suprimidas las palabras «por escamoteo o de otro modo» que figuraban en la primera sentencia, pero estuvo a punto de volver a salir mal librado.

Slade, cuya salud se quebrantó a consecuencia del lance, salió de Inglaterra para el continente uno o dos días más tarde. Pasó varios meses de descanso en La Haya, y desde allí escribió al profesor Lankester ofreciéndole regresar a Londres y darle particularmente pruebas concluyentes de sus facultades a condición de no ser molestado de nuevo. No recibió contestación a su ofrecimiento, que sin duda no era el de un hombre culpable.

En favor de Slade, los espiritistas de Londres firmaron en 1877 un iluminado escrito, al que pertenecen los siguientes párrafos:

En vista del final deplorable de la visita de Henry Slade a este país, los abajo firmantes deseamos que conste nuestra elevada opinión acerca de su mediumnidad y nuestra reprobación por el trato de que se le ha hecho víctima.

Consideramos a Henry Slade como uno de los médiums vivientes de más valía. Los fenómenos que tienen lugar en su presencia se suceden con una rapidez y una regularidad raramente igualados.

Al dejarnos, no solo se va con su reputación intachable desde el punto de vista del proceso que se ha visto ante nuestros Tribunales, sino que se lleva tal cúmulo de pruebas a su favor como probablemente no hubiera podido conseguir por otros medios.

Aquella declaración estaba firmada por Alexander Calder (presidente de la Sociedad Nacional Británica de Espiritistas) y buen número de espiritistas de los más conocidos. Mas, por desgracia, es la nota negativa y no la positiva la escuchada con más favor por la prensa, y aun hoy, cincuenta años después de aquellos sucesos, difícilmente se encontraría un periódico bastante ecuánime para hacer la debida justicia a aquel hombre.

Con todo, los espiritistas desplegaron el mayor interés y actividad en pro de Slade. Antes del juicio se reunió entre ellos un fondo para la defensa, y los espiritistas de América se sumaron a los ingleses en documento que dirigieron al embajador americano en Londres. Entre la primera sentencia y el juicio siguiente, se envió una solicitud al ministro del Interior protestando contra la acción del Gobierno por la actuación de la fiscalía en la apelación. Se remitieron copias de dicha solicitud a todos los miembros del Parlamento, a todos los magistrados de Middlesex, a varios miembros de la Real Sociedad y a otras corporaciones públicas. Kislbury, secretaria de la Sociedad Nacional de Espiritistas, envió otra copia a la reina.

Después de dar con gran éxito varias sesiones en La Haya, Slade se trasladó a Berlín en noviembre de 1877, donde también despertó el mayor interés. Decían que ignoraba el alemán a pesar de lo cual aparecieron mensajes en alemán, trazados en las pizarras con caracteres del siglo XV. El *Berliner Fremdenblatt* de 10 de noviembre de 1877, escribió:

Desde la llegada de Slade al Hotel del Kronprinz, la mayoría del mundo ilustrado de Berlín ha venido sufriendo una epidemia que podríamos llamar de fiebre espiritista.

Describiendo sus experimentos en Berlín, Slade refirió que empezó por convertir al propietario del hotel en que se hospedaba, empleando para ello las pizarras y las mesas de su propia casa. El propietario invitó al jefe de Policía y a varios ciudadanos distinguidos a presenciar aquellas manifestaciones, todos los cuales quedaron asombrados de las pruebas. Luego escribe:

Samuel Bellachini, prestidigitador de la corte del emperador de Alemania, estuvo experimentando conmigo durante una semana completamente gratis. Le di dos o tres sesiones cada día, una de ellas en su propia casa. Después de dichas sesiones se encaminó a casa de un notario, ante quien declaró, bajo juramento, que los fenómenos eran auténticos y no producto de fraudes.

Slade partió luego para Dinamarca y volvió en diciembre, comenzando sus históricas sesiones con el profesor Zöllner, en Leipzig, que las relató en su obra *Transcendental Physics*. Zöllner era profesor de Física y de Astronomía en la Universidad de Leipzig, y para sus experimentos con Slade se aseguró la colaboración de otros hombres de ciencia, entre ellos William Edward Weber, profesor de Física; el profesor Scheibner, matemático distinguido; Gustave Theodor Fechner, profesor de Física y eminente filósofo. Todos los cuales, dice el profesor Zöllner, «llegaron a un convencimiento completo de la realidad de los hechos observados, con exclusión de toda trampa y prestidigitación».

Los fenómenos en cuestión comprendían, entre otros, «la producción de nudos en una larguísima cuerda, la desaparición de una mesita y su reaparición, bajando del techo a plena luz, en una casa particular y en circunstancias de las

que todo el mundo podía darse cuenta, siendo la más notable de ellas la pasividad del Dr. Slade durante tales hechos».

Algunos críticos han tachado de insuficientes las precauciones tomadas en aquellos experimentos. El Dr. J. Maxwell, crítico francés, da una excelente réplica a tales objeciones, asegurando a este propósito que «los diestros y concienzudos investigadores omitieron indicar explícitamente en sus informes que habían estudiado y previsto toda hipótesis de fraude, porque creían que su afirmación de la realidad de los hechos se consideraría suficiente».

Zöllner dio también una contestación digna a la suposición de que había sido engañado respecto del fenómeno de la cuerda anudada:

Si, a pesar de todo, se niega el fundamento de ese hecho, que deduzco de un amplio concepto del espacio, solo quedara otro género de explicación con arreglo al código de consideración moral corriente. Quiero decir que entonces habría que suponer que yo y los honorables ciudadanos de Leipzig, testigos de aquel experimento, somos unos embaucadores vulgares, o que no nos encontrábamos en posesión de nuestros cinco sentidos para podernos dar cuenta de las trampas de Slade. Pero la discusión de tal hipótesis saldría del dominio de la ciencia para entrar en el de la decencia social.

Como ejemplo de los insensatos alegatos de los enemigos del Espiritismo, diremos que Joseph McCabe⁴⁵, que, después del americano Houdini, es quien más se destaca por sus estúpidas inexactitudes en estas cuestiones, habla de Zöllner (*Spiritualism. A Popular History from 1847*, pág. 161), como de un profesor chocho y miope, aunque al fallecer en 1882 solo tenía cuarenta y ocho años y sus experimentos con

⁴⁵ Joseph McCabe fue un exmonje franciscano que se convirtió en uno de los más prolíficos escritores ateos y críticos del espiritismo de su época, lo que explica la dura opinión de Conan Doyle sobre su obra. *Nota de Curso Espírita*.

Slade se realizaron entre 1877 y 1878, estando el distinguido hombre de ciencia en todo el vigor de su vida intelectual.

El asombroso poder de que Slade daba muestra cuando las condiciones eran favorables, se puso de manifiesto una vez más en presencia de Zöllner, Weber y Scheibner, los tres profesores de la Universidad. En aquella ocasión dio que pensar una sólida mampara de madera que dividía la habitación:

Se oyó un violento estampido como el de la descarga de una gran batería de botellas de Leyden. Al volverme alarmado hacia el lugar de donde partió aquel ruido, la mampara cayó partida en dos pedazos. Los tornillos que la sujetaban, de más de 1 centímetro de grosor, se arrancaron de cuajo sin el menor contacto visible de Slade con la mampara, de la que le separaba una distancia de 1,5 metros, y encontrándose de espaldas a la mampara. Pero aun cuando hubiera intentado accionarla por medio de un movimiento lateral muy habilidoso, hubiera sido necesario que el lado opuesto se encontrara sólidamente fijo. Como la mampara estaba casi intacta y la veta de la madera era paralela al eje de los tornillos, solamente podía arrancarla, separándola en dos partes, una fuerza que obrara longitudinalmente a la parte en cuestión.

Todos nos quedamos asombrados ante tan inesperada y violenta manifestación de fuerza mecánica, y al preguntarle a Slade qué significaba aquello, se encogió de hombros diciendo que tales fenómenos ya habían ocurrido en su presencia, aunque muy raramente. Al decir esto colocó un lápiz en la superficie pulimentada de la mesa, puso sobre él una pizarra comprada, por mí mismo, y apoyó en ella los cinco dedos de su mano derecha mientras su mano izquierda descansaba a distancia sobre la mesa. La escritura comenzó entonces en la parte posterior de la pizarra, y cuando Slade volvió esta del otro lado, leímos la siguiente frase escrita en inglés: «Nuestra intención no era hacer daño alguno. Olvidad lo que ha ocurrido». Nos quedamos sorprendidos por

la ejecución de tal escritura bajo tales circunstancias, porque habíamos tenido gran cuidado en observar que ambas manos de Slade permanecieron absolutamente inmóviles durante la escritura.

Perdiendo la cabeza para explicar lo ocurrido, McCabe dijo que indudablemente la mampara estaba previamente rota y sus dos partes sujetas solo por un débil bramante. Realmente la credulidad de los incrédulos es ilimitada.

Después de una serie de sesiones en San Petersburgo, celebradas con gran éxito, Slade regresó a Londres algunos días, en 1878, y de allí marchó a Australia, volviendo luego a América. En 1885 apareció ante la Comisión Seybert, en Filadelfia, y en 1887 visitó de nuevo Inglaterra con el nombre de «Doctor Wilson». Es de suponer que el falso apellido obedecía al temor de que se reprodujeran las persecuciones contra él.

Slade, en la mayoría de las sesiones, demostró sus facultades clarividentes, siendo, por otra parte, cosa corriente en él la materialización de manos. En Australia, donde las condiciones psíquicas son tan buenas, produjo también materializaciones completas. Curtis dice que el médium ponía reparos a aquel orden de manifestaciones porque le dejaban muy debilitado por algún tiempo, prefiriendo las sesiones a plena luz. Sin embargo, ofreció a Curtis una prueba de aquel género en la sesión que se verificó en Ballarat, Victoria:

Nuestra primera prueba de la aparición de espíritus tuvo lugar en el hotel Lester. Coloqué la mesa a 1,5 metros de distancia de la pared izquierda de la habitación. Slade tomó asiento en el extremo de la mesa más alejado de la pared, a la vez que yo me sentaba en el lado norte. Se redujo la luz del gas, pero no tanto que no pudieran distinguirse claramente todos los objetos que había en la estancia. Nuestras manos las colocamos una sobre otra formando pila. Después de estar muy quietos durante diez minutos, observé algo como una neblina interpuesta entre mí y la pared. La

niebla se desarrolló rápidamente transformándose en una dama, que se elevó desde el suelo hasta la altura de la mesa, de modo que pude observarla perfectamente. Sus brazos y manos estaban perfectamente formados, su frente, boca, nariz y mejillas, así como sus hermosos cabellos negros, aparecían perfectamente delineados. Solo los ojos se mostraban velados por una imperfección de la materialización. Sus pies llevaban unos zapatos de raso blanco. Su vestido parecía como iluminado, y resultaba de una hermosura como jamás hubiese yo visto. Era de color gris plata, o grisáceo tirando a blanco. En conjunto, la figura era graciosa y la manera de vestir correcta. Aquel espíritu materializado se deslizó y anduvo por la estancia, produciendo sacudidas, vibraciones, inclinaciones de la mesa. Se percibía el roce de su vestido cuando la visitante celeste pasaba de un lugar a otro de la estancia. La forma espiritual, a una distancia de unos 60 centímetros de nuestras manos inmóviles, empezó a encogerse y a disolverse hasta desaparecer gradualmente de nuestra vista.

Las condiciones de tan hermosa sesión —en la que las manos del médium estaban perfectamente sujetas, y había luz suficiente para la visibilidad— no podían ser mejores para demostrar la ausencia de todo fraude, a no ser que se niegue la honradez del testigo. En la misma sesión apareció de nuevo la figura al cabo de un cuarto de hora.

La aparición flotó en el aire, se posó en la mesa, se deslizó por encima de ella rápidamente y por tres veces inclinó su bella cara mientras nos saludaba graciosamente. Sus inclinaciones eran profundas y deliberadas, llegando a estar su cabeza a unos 15 centímetros de mi rostro. A cada movimiento se oía el roce de su vestido de seda. El rostro permanecía semivelado como al principio. Seguidamente se hizo confuso y toda ella desapareció gradualmente como la primera materialización.

Curtis describió otras sesiones semejantes, celebradas con Slade posteriormente.

Ante pruebas tan duras como aquellas por las que pasó Slade con éxito, resulta de valor harto escaso la pretendida «acusación» que contra él se formuló en América en 1886, pero nos referiremos a ella movidos por razones históricas, y como prueba de imparcialidad. El *Boston Herald*, del 2 de febrero de 1886, publicó una información titulada así:

El célebre Dr. Slade es sorprendido en Veston, escribiendo en pizarras que descansan sobre sus rodillas, debajo de la mesa, y moviendo mesas y sillas con los dedos de los pies.

Algunos concurrentes a la sesión a que se refería el periódico se habían quedado en la habitación contigua, y, mirando por debajo de la puerta, sorprendieron aquellos actos de agilidad realizados por el médium, y de los que no se dieron cuenta los que habían quedado en la sala donde tenía lugar la sesión. Casos semejantes de fenómenos con todas las apariencias de engaño ocurrieron siempre, y los mismos espiritistas los denunciaron. En una sesión pública posterior, organizada en el Justice Hall (Palacio de Justicia), de Veston, para que Slade demostrase la «escritura espiritista directa», E. S. Barret, «espiritista convencido», se adelantó a denunciar que en el experimento había trampa. Slade, puesto en el trance de hablar, quedó confundido, limitándose a decir, según la información abierta al respecto, que si sus acusadores habían sido engañados, él también lo fue, ya que si el engaño fue cosa suya, lo ignoraba por completo.

J. Simmons, administrador de Slade, hizo sobre el caso una franca declaración, explicando la operación relativa a extremidades ectoplásmicas, corroborada años más tarde con los experimentos de la famosa médium italiana Eusapia Palladino.

No digo, manifestó, que esos señores no vieran lo que afirman, pero al mismo tiempo, estoy convencido de que Slade es inocente de lo que se le acusa, como lo sería usted

mismo (el director del Boston Herald), caso de encontrarse en las mismas circunstancias. No obstante, sé que mi explicación no tendría valor ninguno ante un tribunal de justicia. Lo cierto es que yo vi una mano, que habría jurado ser la de Slade, si hubiera sido posible a la mano encontrarse en aquella posición. A la vez que una de esas manos estaba sobre la mesa y la otra sujetaba la pizarra bajo uno de los ángulos de este mueble, una tercera mano apareció, llevando un cepillo (con el que momentos antes se estuvo limpiando Slade) desde la rodilla abajo, hacia la mitad del lado opuesto de la mesa, que tendría algo más de un metro.

Slade y su administrador fueron detenidos y luego puestos en libertad bajo fianza, y no parece se dictase contra ellos ninguna providencia ulterior. Truesdell en su libro «Espiritismo, hechos culminantes», manifiesta haber visto a Slade efectuando el movimiento de objetos con sus pies, y que el propio médium le describió con todo detalle la manera cómo se producían todas sus manifestaciones. Si eso fue exacto, no se explica más que por una gran ligereza por parte de Slade, que, por lo visto, engañaba a cierto tipo de investigadores, confirmándoles con sus palabras lo que ellos estaban interesados en descubrir. Consignaremos, en relación con la posibilidad de fraudes, el juicio del profesor Zöllner, acerca de la denuncia de Lankester: «Los hechos observados por nosotros en tan asombrosa variedad, invalidaban, bajo todos los conceptos, la suposición de que Slade hubiera podido hacer trampas en un solo caso».

Es de toda evidencia, que, al mismo tiempo, la personalidad de Slade fue degenerando hacia los últimos años de su vida. Las sesiones con fines lucrativos, el cansancio que le producían los estimulantes alcohólicos, todo ello actuando sobre organismo tan sensible y débil, produjo efectos fatales. Sus facultades psíquicas menguaron y surgió la tentación de recurrir a las trampas. Pero la fragilidad humana es una cosa y el poder psíquico otra. Los que deseen la prueba de este

último, la encontrarán abundantemente a través de aquellos años en que el hombre y sus facultades se hallaban en su cénit.

Slade murió en 1905, en un sanatorio de Michigan, en donde ingresó merced al auxilio de los espiritistas americanos, y la noticia de su muerte fue seguida de los comentarios de rigor en la prensa de Londres. El *Star*, que tan mala tradición tiene en lo que se refiere a cuestiones psíquicas, publicó bajo el título de «Timos vulgares», un indigno artículo, dando la reseña truncada del juicio de Lankester ante el tribunal de Bow Street. *Light* (1886, pág. 433) protestó contra el *Star* del modo siguiente:

Todo el artículo es un cúmulo de ignorancia, de mala fe y de prejuicios. No nos interesa discutirlo ni refutarlo. Sería inútil para convencer a los ignorantes, a los hombres de mala fe y a los que solamente se guían por los prejuicios, y no es necesario para los que conocen la verdad. Baste señalar lo hecho por él como prueba de lo que es capaz un periódico que no respeta la verdad.

Volvía a repetirse el caso de los hermanos Davenport y de tantos otros.

Si es difícil juzgar la obra de Slade, y estamos obligados a admitir que en ella, al lado de una enorme preponderancia de resultados psíquicos, hay algo que deja la desagradable impresión de que el médium mezclaba la verdad con el engaño, lo mismo tenemos que decir del médium Monck, el cual representó un importante papel entre los años 1870 y 1880. Monck fue el más difícil de juzgar de todos los médiums, porque, por una parte, muchos de sus resultados están fuera de toda duda y, sin embargo, en otros hay la absoluta certeza del fraude. Como en el caso de Slade, causas físicas determinaron la degeneración moral y psíquica de dicho médium.

Monck era un clérigo disidente, discípulo predilecto del famoso Spurgeon. Según lo que cuenta él mismo, estuvo desde su niñez sujeto a influencias psíquicas, las cuales

aumentaban a medida que iba creciendo. En 1873 se adhirió al Espiritismo. Poco después comenzó a dar sesiones, a plena luz y gratuitamente. En 1875 hizo una excursión a través de Inglaterra y de Escocia, llamando sus exhibiciones poderosamente la atención y provocando animadas discusiones. En 1875 visitó Irlanda, donde dedicó sus facultades a fines curativos. Allí se presentó con el nombre de «doctor Monck», lo cual dio lugar, naturalmente, a algunas protestas de la clase médica.

El Dr. Alfred Russel Wallace, observador honrado y competente, ha descrito una de las sesiones de materialización, en las que fue sometido a exhaustivas pruebas, al extremo que ninguna sospecha posterior puede desvirtuar el hecho incontrovertible del poder psíquico que en aquella ocasión demostró el médium. Hay que hacer constar la concordancia de los efectos ectoplásmicos logrados por Monck en aquella sesión con posteriores demostraciones del mismo género de Eva y de otros médiums modernos. Acompañaron al Dr. Wallace en aquella sesión Stainton Moses y Hensleigh Wedgwood. El Dr. Wallace la describe así:

Era una radiante tarde de verano y todo el fenómeno se desarrollaba a plena luz diurna. Después de una corta conversación, Monck, vestido con su traje habitual de clérigo, cayó en trance. Después se levantó, a una distancia de pocos centímetros, delante de nosotros, y señalando a su lado, dijo: «Mirad». Entonces vimos un confuso montoncito blanco a la izquierda de su levita, montoncito que cada vez se hacía más brillante, extendiéndose hacia ambos extremos hasta formar como una columna nebulosa junto a su cuerpo, desde los hombros hasta los pies.

El Dr. Wallace afirma que la figura nebulosa fue tomando la forma de una mujer perfectamente cubierta con vestiduras, hasta que al cabo de poco rato fue absorbida por el cuerpo del médium. Y añade:

Todo aquel proceso de formación de una figura cubierta de ropa fue presenciado por nosotros a plena luz.

Wedgwood asegura haber asistido con Monck a otras manifestaciones aún más notables de ese género, estando el médium sumido en profundo trance y a plena luz.

Después de tales testimonios, es imposible dudar de las facultades del médium en aquella época. El archidiácono Colley, que había presenciado exhibiciones semejantes, ofreció un premio de mil libras esterlinas⁴⁶ a Maskelyne, el famoso prestidigitador, si realizaba el mismo fenómeno. El reto fue aceptado por Maskelyne, pero la prueba demostró que la imitación en nada igualaba al original. El prestidigitador intentó obtener un fallo a su favor en los Tribunales, pero el veredicto fue en su contra.

Es interesante comparar el relato de Russel Wallace con el del experimento posterior, presenciado por un conocido americano, el juez Dailey, quien escribe:

Mirando a uno de los costados del Dr. Monck, observamos que surgía una, al parecer, compacta masa de vapor opalescente, precisamente debajo de su corazón. La masa aumentó de volumen y se alargó por ambos extremos, tomando la parte superior la forma de una cabeza de niño cuyo rostro tenía parecido con el del hijo que yo perdí hace veinte años. La forma estuvo visible breves momentos; después se desvaneció de súbito, desapareciendo sobre el costado del doctor. Tan notable fenómeno se repitió cuatro o cinco veces, siendo cada vez la materialización más perfecta. Todos los que nos encontrábamos en la habitación pudimos contemplarla, pues las luces de gas iluminaban lo suficiente para que los objetos resultaran perfectamente

⁴⁶ El reto de las 1.000 libras (una fortuna en la época) simboliza la rivalidad entre ilusionistas y espiritistas. El veredicto judicial contra Maskelyne fue un triunfo moral, pues se consideró que el mago no logró replicar las condiciones del fenómeno de Monck, desacreditando la idea de que toda mediumnidad es simple prestidigitación. *Nota de Curso Espírita.*

visibles. Se trataba de un fenómeno muy raro que nos permitió a todos certificar el notable poder del Dr. Monck como médium materializador, así como la manera admirable en que surgió el espíritu al ser evocado.

Después de semejante testimonio, es inútil negar que Monck poseyera grandes fuerzas psíquicas. Monck fue también un notable médium en la escritura sobre pizarra.

El Dr. Russel Wallace, en una carta al *Spectator*, dice que en sesión celebrada con Monck en una casa particular de Richmond, limpió por sí mismo las pizarras y después de colocar un fragmento de lápiz entre ambas, las ató fuertemente con un grueso bramante por sus cuatro lados, de modo que era imposible se moviesen:

Las puse luego encima de la mesa, sin perderlas de vista un instante. El Dr. Monck colocó sobre ellas los dedos de ambas manos, al tiempo que yo y una señora que estaba sentada en el lado opuesto, colocábamos nuestras manos en las esquinas de las pizarras, sin moverlas de tal posición, hasta que desatamos estas para ver el resultado.

Monck preguntó a Wallace qué palabra quería que se escribiese en la pizarra. Escogió la palabra «Dios», pidiendo que apareciera escrita a lo largo. Se oyó entonces el rasgueo del lápiz, y en cuanto el médium apartó las manos, el Dr. Wallace desató las dos pizarras y vio en la inferior la palabra escogida escrita en la forma que había pedido.

El Dr. Wallace continúa:

Yo mismo limpié las pizarras y las até; mantuve sobre ellas mis manos durante todo el tiempo que duró el fenómeno; nunca aparté de ellas la vista; en fin, yo mismo escogí la palabra y la forma en que debía ser escrita.

Edward T. Bennett, secretario de la Sociedad de Investigación Psíquica, añade por su parte:

Estuve presente en aquella ocasión y certifico la exactitud del relato que Wallace hace de lo ocurrido.

Otro testimonio de valor es el de W. P. Adshead, de Belper, investigador muy conocido, el cual describió así una sesión verificada en Derby el 18 de septiembre de 1876:

Había ocho personas presentes, tres señoras y cinco caballeros. Una dama, a la que jamás había visto Monck, cogió la pizarra que le entregó otro de los concurrentes, la examinó y certificó que estaba limpia. El lápiz que pocos minutos antes de sentarnos estaba encima de la mesa, no hubo manera de encontrarlo, por lo que otro de los asistentes sugirió que la mejor prueba sería usar un lápiz corriente.

De acuerdo con ello, se colocó el lápiz de uno de los presentes sobre la pizarra, sujetando ambos útiles la indicada señora, debajo de la mesa. Instantáneamente se oyó el rasgueo de la escritura y al cabo de unos segundos, quedó escrito un mensaje que llenaba todo un lado de la pizarra. La escritura trazada con aquel lápiz era pequeña y clara y hacía alusión a un asunto de carácter estrictamente privado.

El fenómeno comprendía tres hechos:

1. La escritura se había obtenido sin que el médium ni otra persona fuera de la señora aludida tocara un solo momento la pizarra.

2. Se hizo con un lápiz corriente por la espontánea indicación de otro de los concurrentes.

3. La comunicación se refería a un asunto estrictamente privado.

El Dr. Monck no tocó la pizarra durante el desarrollo del fenómeno.

También Adshead habla de los fenómenos físicos obtenidos con ese mismo médium, estando sus manos sujetas por un aparato que les impedía hacer el menor movimiento.

En 1876 sucedió en Londres el proceso de Slade, como ya hemos referido, poniéndose de moda las denuncias. El papel de acusador daba popularidad, y si por acaso el denunciante era un escamoteador, no cabe duda de que se hacía un magnífico reclamo a costa de su víctima.

Tal fue el caso del prestidigitador Lodge⁴⁷, que en una sesión celebrada en Huddersfield el 3 de noviembre de 1876, pidió bruscamente que se registrase a Monck. Este, acaso porque temiera verse atacado o denunciado, corrió escaleras arriba y se encerró en su habitación. Desde ella se descolgó por la ventana y buscó amparo en la Comisaría de Policía. Se abrió entonces la puerta de su cuarto, se registró por todas partes y se encontró un par de guantes rellenos. Monck afirmó que tales guantes los había utilizado en una conferencia para demostrar la diferencia entre la prestidigitación y la mediumnidad. Un periódico espiritista de la época observó, además:

Los fenómenos de la mediumnidad no tienen relación alguna con la probidad del médium. Aunque se hubiera tratado del mayor de los granujas y del más perfecto prestidigitador, nada puede invalidar el hecho de sus manifestaciones mediúmnicas, perfectamente comprobadas.

Monck fue sentenciado a tres meses de cárcel, y está acusado de haber hecho una confesión a Lodge. Después de cumplida la sentencia, Monck dio nuevas sesiones con Stainton Moses, en las cuales se registraron notables fenómenos.

Acerca de estas indicó el periódico *Light*:

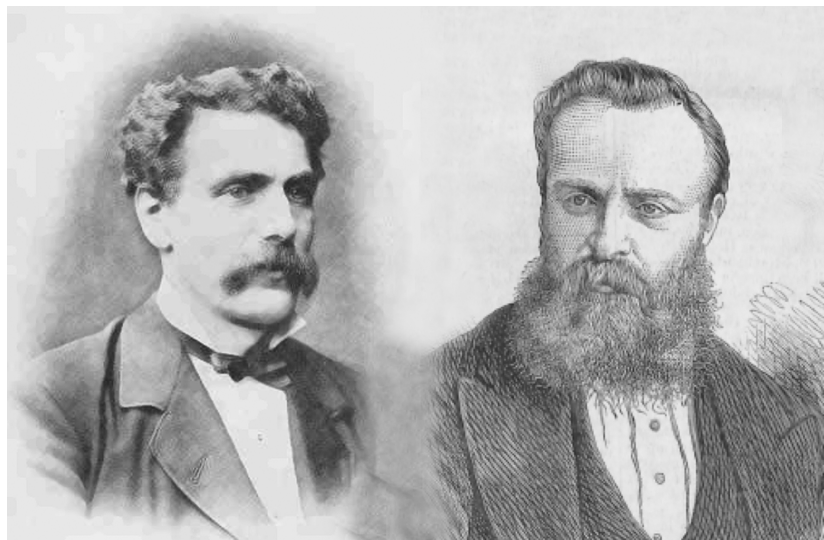
Las personas que han asistido como testigos de la indudable mediumnidad del Dr. Monck, son bien conocidas de los viejos espiritistas como rectos y escrupulosos experimentadores. Hensleigh Wedgwood figura entre los más notables por ser hombre de ciencia reconocido y cuñado de Charles Darwin.

⁴⁷ Se trata de H. B. Lodge, no confundir con el eminente físico y pionero de la radio Sir Oliver Lodge. Que entre otros hitos fue el inventor del cohesor, un dispositivo fundamental para detectar ondas de radio antes de que existieran las válvulas de vacío. Sin su trabajo, Marconi no habría podido perfeccionar la telegrafía sin hilos. Mientras que H. B. Lodge fue un detractor que buscaba notoriedad denunciando médiums, Sir Oliver Lodge fue uno de los investigadores psíquicos más rigurosos y respetados de la historia, cuya defensa del espiritismo se basaba en décadas de experimentación científica. *Nota de Curso Espírita*.

En el caso de Huddersfield hay motivo para la duda por no ser el acusador persona imparcial. Pero lo cierto, según asegura Sir William Barrett, es que Monck a veces se rebajó a engaños deliberados, llevados a cabo con la mayor sangre fría. He aquí lo que Sir William escribe sobre el particular:

Sorprendí al «doctor» en una burda trampa consistente en colocar una muselina blanca sobre un armazón de alambre, y sobre la muselina una red negra, gracias a lo cual el médium podía simular un espíritu parcialmente materializado.

Semejante denuncia, viniendo de fuente tan segura, causa verdadero enojo y dan ganas de arrojar a la papelera todas las pruebas relativas a aquel hombre. Pero procediendo con más calma no hay forma de desconocer que en las primeras sesiones de Monck, realizadas a plena luz, jamás se vio fraude o tramoya alguna. Y del hecho probado de que un hombre haya sido falsificador, no debe deducirse que nunca puso su firma en un cheque auténtico. Admitimos, pues, que Monck hizo trampas; pero acaso solo cuando las cosas empezaron a tomar mal cariz para él y vio que sus facultades decaían.



HENRY SLADE

DR. MONCK

CAPÍTULO XIV

INVESTIGACIONES COLECTIVAS SOBRE EL ESPIRITISMO

Muchos son los comités que se constituyeron en diversas épocas para investigar los fenómenos del Espiritismo. Los dos más importantes fueron la Sociedad Dialéctica en 1869-70, y la comisión Seybert en 1884, el primero británico y americano el segundo. A estos hay que añadir la sociedad francesa, *Institut Général Psychologique* (1905-8). De sus diversas investigaciones, trataremos en este capítulo.

Saltan a la vista las dificultades que un centro de ese género ofrece a las investigaciones psíquicas, dificultades a veces tan grandes que casi son invencibles. Cuando es un Crookes o un Lombroso el que opera con el médium, está solo con él o tiene a su lado a personas cuyo conocimiento de las condiciones psíquicas pueden ayudarle en su obra. Muy distinto es el caso corriente en aquellos centros. No se dan cuenta algunos de sus miembros de que son parte del experimento, y que pueden crear tan intolerables vibraciones y rodearlo de una atmósfera tan negativa, que las fuerzas externas gobernadas como están por leyes muy bien definidas sean incapaces de penetrar a través de ella. No en vano las tres palabras «de común acuerdo» figuran en la convocatoria de las sesiones. Si basta un trocito de metal para trastocar toda una instalación eléctrica, también una corriente psíquica adversa puede neutralizar un círculo psíquico. Por tal razón y no por la de una credulidad

superior, los espiritistas practicantes obtienen resultados que nunca alcanzan los experimentadores que proceden de otro campo. Así también solo un centro en el cual estén bien acordes los espiritistas conseguirá buenos resultados. Esto ocurrió con el comité elegido por la Sociedad Dialéctica de Londres, que actuó desde principios de 1869 hasta 1871. Si el informe que presentó como fruto de sus estudios se hubiera acogido como corresponde a todo testimonio autorizado, el progreso de la verdad psíquica se habría acelerado al menos cincuenta años.

Treinta y cuatro señores dignos de consideración y todos ellos de reconocida dignidad moral compusieron aquel comité, siendo su objeto investigar los fenómenos alegados como manifestaciones espiritistas. No hay duda de que la mayoría de los miembros estaban imbuidos por la idea y el propósito de desenmascarar a los impostores pero se hallaron ante tal cúmulo de pruebas, que no pudieron pasarlas por alto, acabando por afirmar que «la materia era digna de una consideración más profunda y de una investigación más seria de las que hasta entonces había merecido». De tal modo sorprendió esta conclusión a la sociedad a la que representaban que no se atrevió a publicitarla, por lo que el propio comité hubo de publicarla resueltamente, dando con ello estado y fuerza a la más interesante de las causas.

Los miembros del comité procedían de las más variadas profesiones. Había un doctor en teología, dos médicos, dos cirujanos, dos ingenieros civiles, dos miembros de sociedades científicas, dos abogados y otras personas notables. Una de ellas el racionalista Bradlaugh. El profesor Huxley y C. H. Lewes, el consorte de George Eliot, fueron invitados a prestar su colaboración al comité, pero ambos rehusaron, diciendo Huxley en su contestación: «Suponiendo que los fenómenos sean ciertos, no me interesan», frase que demuestra que aquel hombre inteligente tenía sus limitaciones.

El comité se subdividió en seis secciones, reuniéndose cuarenta veces en condiciones cuidadosamente contrastadas, con frecuencia sin la intervención de un médium profesional, estando todos de acuerdo en que había quedado demostrado:

1. Que los ruidos del carácter más diverso, al parecer procedentes de varios muebles, del suelo y de las paredes de la habitación —las vibraciones que acompañan a los ruidos son a menudo perceptibles al tacto— no fueron producidos por la acción muscular, ni por efectos mecánicos.

2. Que se produjeron movimientos de objetos pesados sin causa mecánica de ningún género ni intervención de la fuerza muscular de alguna de las personas presentes, y las más de las veces sin contacto o conexión con persona alguna.

3. Que tales ruidos y movimientos se producían con frecuencia cuando y de la manera que lo solicitaban los presentes, por medio de un sencillo código de señales, contestando preguntas y pronunciando frases coherentes.

4. Que las contestaciones y las frases de tal modo formuladas son, en la mayoría de los casos, de carácter común; pero a veces se trata de hechos exactos conocidos por alguno de los concurrentes.

5. Que son varias las circunstancias bajo las cuales se producen los fenómenos, siendo el hecho más propicio para que se produzcan el de la presencia de ciertas personas, mientras que la de otras resulta adversa; pero esa diferencia parece que nada tiene que ver con la credulidad o la incredulidad relativa a los fenómenos mismos.

6. Que, sin embargo, la producción de los fenómenos es cosa ajena a la presencia o ausencia de tales personas.

El informe resumía brevemente los testimonios orales y escritos que se obtuvieron de varias personas sobre estos fenómenos y otros de carácter más variado y extraordinario:

1. Trece testigos declaran que han visto cuerpos pesados —algunas veces de hombres— elevarse pausadamente en el aire y permanecer en él durante algún tiempo sin sostén alguno visible o tangible.

2. Catorce testigos certifican haber visto manos o figuras no pertenecientes a ser humano alguno, pero con movilidad y apariencias de vida, las cuales tocaron y apretaron algunas veces, estando convencidos de que no son producidas por trampas o ilusión.

3. Cinco testigos declaran que fueron tocados por un ente invisible en varias partes del cuerpo, a veces en la misma por ellos indicada y en ocasión en que todas las manos de los concurrentes eran perfectamente visibles.

4. Trece testigos declaran que han oído piezas musicales ejecutadas por instrumentos manipulados por medios imposibles de determinar.

5. Cinco testigos manifiestan haber visto brasas ardientes aplicadas en las manos o en la cabeza de varias personas, sin producirles daño ni quemaduras, y tres de los testigos afirman haber experimentado por sí mismos la expresada prueba gozando de la misma inmunidad.

6. Ocho testigos declaran haber recibido informes precisos por medio de ruidos, golpes, y otros, sobre hechos desconocidos por ellos y demás personas presentes, hasta que en sesiones subsiguientes quedaron confirmados los informes a la vista de esos hechos.

7. Un testigo declara que recibió otro informe preciso y detallado y que, no obstante, resultó ser completamente equivocado.

8. Tres testigos afirman haber estado presentes en el momento en que se produjeron, en breve tiempo, dibujos a lápiz y en color, en circunstancias que impedían toda intervención humana.

9. Seis testigos declaran haber recibido noticia de acontecimientos futuros, y que en determinados casos resultaron exactos, a la hora y al minuto, a pesar de haber sido vaticinados días y semanas antes.

Además de los testimonios arriba transcritos, hubo otros relativos a conversaciones con espíritus, a curaciones, a escritura automática, a la aparición de flores y frutos en habitaciones cerradas, a voces en el aire, a visiones en cristales y espejos y a prolongaciones del cuerpo humano.

El informe termina con las observaciones siguientes:

Al presentar su informe, nuestro comité, teniendo en cuenta la seriedad e inteligencia de los testigos respecto de los hechos más extraordinarios, así como la ausencia de toda prueba de engaño o de trampa; habida consideración, por otra parte, del carácter excepcional de los fenómenos, del gran número de personas de toda categoría social que en todo el mundo civilizado creen en su origen sobrenatural, y atendido a que todavía no se ha dado una explicación suficiente de tales fenómenos, juzga su deber expresar su convicción de que el asunto es digno de que se le preste la más seria atención y que se investigue con más cuidado que hasta ahora.

Entre los que aportaron pruebas o leyeron comunicaciones ante el comité, figuraban: el Dr. Alfred Russel Wallace, Emma Hardinge, H. D. Jencken, Benjamin Coleman, Cromwell F. Varley, D. D. Home y el maestro de Lindsay. Y se recibieron cartas de Lord Lytton, Robert Chambers, Dr. Garth Wilkinson, William Howitt, Camille Flammarion y otros.

En los registros de las pruebas de más de cincuenta testigos avalando la realidad de los hechos, un gran volumen de testimonios de hombres y mujeres en perfecto estado mental.

Uno de los testigos —Grattan Geary— declaró que el más notable de los fenómenos obtenidos con el trabajo del comité, fue el número extraordinario de hombres eminentes que se revelaron como firmes creyentes en el Espiritismo.

La médium Emma Hardinge, refiriéndose al desarrollo alcanzado en aquella época (1869) por la nueva causa, dijo

que solo conocía a dos médiums profesionales en Londres, pero los no profesionales conocidos suyos eran numerosos. Por su parte, Cromwell Varley aseguró que, aunque en todo el Reino Unido había más de un centenar de médiums conocidos, muy pocos estaban debidamente desarrollados. Tales datos prueban la gran labor realizada en Inglaterra por D. D. Home, pues la mayoría de los convertidos lo fueron a causa de su mediumnidad.

William Howit, escritor muy conocido, afirmó que el Espiritismo contaba entonces con veinte millones de adeptos en todos los países del mundo, según sus propias averiguaciones.

Las que podríamos llamar pruebas de los adversarios, no fueron en verdad formidables. Lord Lytton dijo que, según su experiencia, los fenómenos debían atribuirse a influencias materiales cuya naturaleza ignoramos; el Dr. Carpenter habló de la «cerebración inconsciente», y el Dr. Kidd supuso que se trataba de fenómenos subjetivos. Tres testigos más, aunque convencidos de la realidad de los hechos, los atribuyeron a influencias satánicas. A todas las objeciones contestó cumplidamente Thomas Shorter, autor de *Confessions of a Truth Seeker* (Confesiones de un buscador de la verdad) y secretario del Colegio de Obreros, en una admirable reseña que publicó en el *Spiritual Magazine*. Gran parte de la prensa de Londres se dedicó a ridiculizar el informe del comité, una excepción fue el honorable *Spectator*.

The Times lo consideraba:

Un galimatías de conclusiones impotentes, adornadas con una masa monstruosa de basura como jamás hemos tenido la desgracia de encontrar al formular un juicio.

El *Morning Post* dijo:

El informe publicado no tiene ningún valor.

El *Saturday Review* expresó su esperanza de que el informe sirviera para «desacreditar las más degradantes supersticiones que jamás hayan podido suceder entre seres razonables».

El *Standard* hizo una sana crítica que merece ser recordada. Oponiéndose a la observación de los que no creen en el Espiritismo, pero dicen que «puede haber algo en él», el periódico señala sabiamente:

Si hay algo dentro del Espiritismo que no sea impostura e imbecilidad, no puede ser más que el otro mundo.

El *Daily News* consideró el informe:

Como una importante contribución a la literatura de un tema que, tarde o temprano, por la gran cantidad de sus partidarios, exigirá una investigación más extensa.

El *Spectator*, después de calificar el informe de curioso como pocos, añadía:

Sin embargo, pocos han apreciado en las pruebas recogidas en él una expresión de la fe firme en la realidad de los supuestos fenómenos espiritistas que posee un buen número de individuos de honorable y recto carácter. Lo cual justifica la recomendación de que esa materia sea sometida a una investigación más rigurosa.

Estos son el extracto de algunos de los extensos artículos aparecidos en algunos periódicos de Londres —hubo otros muchos—, que por malos que fueran, indicaban, a pesar de todo, un cambio de actitud por parte de la prensa, que tenía la costumbre de ignorar el tema por completo.

Debe recordarse que el informe se refería únicamente al aspecto fenoménico del Espiritismo, y en opinión de algunos destacados espiritistas, ese es su aspecto menos importante. Tan solo en el informe parcial de uno de los subcomités, se consignaba que el sentido general de los mensajes era que la

muerte física podía considerarse solo como un accidente trivial porque el espíritu renacía en nuevas existencias; que las relaciones entre los espíritus eran tan corrientes como en la vida terrenal; que aun mostrando los espíritus gran interés por los asuntos del mundo, ningún deseo sentían en volver a su primer estado de existencia; que la comunicación con los amigos de la Tierra era del agrado de los espíritus y por ellos deseada, como prueba ofrecida a los primeros de la continuación de la vida a pesar de la disolución del cuerpo.

Con lo expuesto, se reconocerá que el comité de la Sociedad Dialéctica realizó en su día y en su generación un trabajo excelente.

Como ya dijimos, la mayoría de sus miembros eran enemigos de las cuestiones psíquicas, pero ante la evidencia de los hechos y con raras excepciones —entre ellas la del Dr. Edmunds— se sometieron al testimonio de sus sentidos. Hubo algunos ejemplos de intolerancia, como las desgraciadas palabras de Huxley y la declaración de Charles Bradlaugh, de que no quería examinar ciertas cosas porque pertenecían a la esfera de lo imposible, pero en conjunto el trabajo en equipo del comité resultó excelente.

Párrafo aparte merece la declaración del Dr. Edmunds, a quien más arriba citamos. Este doctor era enemigo del Espiritismo y lo fue asimismo de las conclusiones de sus colegas. Vale la pena leerla como representativa de ciertas mentalidades. El digno doctor, aunque se imaginaba imparcial, estaba en realidad tan lleno de prejuicios, que jamás pudo penetrar en su cerebro la idea de que los fenómenos podían ser sobrenaturales.

Al presenciarlos, no se le ocurría otra cosa que preguntar: «¿En qué consistirá la trampa?» Y no pudiendo contestarse a la pregunta, hacía constar sencillamente que no le fue posible descubrirla. En su declaración perfectamente acorde a los hechos, habla de cierto número de flores y frutas frescas,

todavía húmedas, que cayeron sobre la mesa, fenómeno de aporte presenciado varias veces por todos los presentes. El comentario del buen doctor es que *habrían* sido cogidas del aparador y puestas en la mesa. Solo que, de haber estado la cesta de frutas en el aparador, es de suponer que habría llamado mucho la atención de todos y, por otra parte, el doctor no se aventura a decir que viera allí tal cosa. En otra ocasión se encerró con los Davenport en su cabina, y declara que nada pudo ver, pero cree que allí *debía* haber alguna trampa de escamoteo.

En fin, cuando ve que los médiums, convencidos de que su actitud mental no tiene remedio, se niegan a continuar trabajando con él, aporta eso como un testimonio de culpabilidad. Hay cierto tipo de mentalidades científicas que en su especialidad son astutos, pero, cuando se salen de ella, actúan de la forma más tonta e ilógica del mundo.

Hablemos ahora de la comisión Seybert, compuesta, por desgracia, de personas entre las cuales solo Hazard era espiritista, lo cual hizo que dicho señor quedara aislado, influyendo contadas veces en la obra de aquella.

La comisión tuvo este origen: un tal Henry Seybert, ciudadano de Filadelfia, dejó al morir la suma de sesenta mil dólares, con mandato de que se fundara una cátedra de Filosofía en la Universidad de Pensilvania, a condición de que dicha Universidad nombrara una comisión encargada de «llevar a cabo una completa e imparcial investigación de todos los sistemas de moral, religión o filosofía, que hoy pretenden representar la verdad, y particularmente, del Espiritismo».

Las personas elegidas para formar parte del comité eran indiferentes en asuntos de esta índole. Debían su cargo a estar en relaciones en la Universidad, con el Dr. Pepper, rector de la misma y presidente honorario de la comisión, con el Dr. Furness, presidente efectivo, y el profesor Fullerton,

secretario. Aunque la misión de la comisión era «hacer una completa e imparcial investigación» sobre el Espiritismo, el acta preliminar dice fríamente:

La comisión se halla formada por hombres cuya atención está ya embargada por diversas ocupaciones, y como les es imposible descuidarlas, solo pueden dedicar una pequeña parte de su tiempo a las investigaciones en cuestión.

Este hecho demuestra por sí solo cuán poco identificados estaban los miembros de la comisión con la naturaleza de la misión que se les encomendaba. De aquella suerte el fracaso era inevitable. Los trabajos comenzaron en marzo de 1884, publicándose en 1887 lo que la comisión llamó un informe «preliminar». Como luego quedó demostrado, el informe resultó definitivo, pues aun cuando fue reeditado en 1920, no se le adicionó más que un prefacio insípido en tres párrafos debido a un descendiente del primer presidente. La sustancia del informe es que en conjunto el Espiritismo está constituido, por una parte, de engaño, y por otra, de credulidad, no existiendo nada serio realmente donde basarse para emitir un informe. El documento, aunque largo, vale la pena de ser leído por cuantos se dedican al estudio de las cuestiones psíquicas. La impresión que deja es que los distintos miembros de la comisión procuraban, dentro de todas sus limitaciones, llegar a los hechos, pero sus inteligencias eran como la del Dr. Edmunds, de tal naturaleza, que cuando, a pesar de su actitud recelosa, ocurrían fenómenos psíquicos indudables que venían a desalojarlos de sus propias trincheras, se negaban en absoluto a aceptar su autenticidad, y los pasaban por alto como si no existieran. Así en los experimentos con la señora Fox-Kane, obtuvieron ruidos mediúmnicos bien claros, a pesar de lo cual supusieron que procedían del interior del cuerpo de la médium, pasando sin comentario alguno el hecho de obtener de la misma médium largas comunicaciones rápidamente escritas; y que solo

podían leerse de derecha a izquierda. Tal escritura rápidamente trazada, contenía una abstrusa frase latina, que estaba evidentemente muy por encima de la capacidad de la médium. Sin embargo, el fenómeno se pasó en silencio y nadie intentó explicárselo.

En la investigación con la señora Lord, la comisión presencié el fenómeno de voz directa y el de las luces fosforescentes después de bien escudriñada la médium. El informe dice que en otra ocasión la médium estuvo casi todo el tiempo «restregándose una mano con otra», a pesar de lo cual algunos de los concurrentes fueron tocados, hallándose a cierta distancia de ella. Puede juzgarse del estado de ánimo de los investigadores por la observación del presidente, el cual dijo que «no se contentaría con menos que la fotografía de un espíritu con un querubín sobre la cabeza, otro en cada hombro y un ángel recostado sobre su pecho». Para todo espiritista resultará sorprendente que puedan conseguirse buenos resultados con investigadores que se permiten tener ocurrencias de esa clase. De toda suerte, en el informe flota la sospecha de que la médium hace lo que podría hacer cualquier escamoteador. Ni por un momento consideran los miembros de la comisión que el favor y asentimiento de los operadores invisibles eran esenciales para la obtención de los fenómenos y menos que aquellos operadores podían humillarse ante los más modestos creyentes y desvanecerse en respuesta a los pedantes que aprovechan la investigación para sus chanzas.

A la vez que resultados verdaderos, pero omitidos, en el informe hubo episodios lamentables para todo espiritista, pero cuya mención debemos hacer. La comisión registró un caso evidente de fraude por parte de la señora Patterson, médium especializada en la escritura sobre pizarra, y otros por parte de Slade. Los últimos días de este médium estuvieron envueltos en el misterio, y falto de las facultades que, en un

principio, eran verdaderamente notables, apeló a las trampas. El doctor Furness, las describe de modo prolijo, pero la anécdota, tal como se explica en el informe, más bien parece fruto del despecho personal contra el médium. Pudo muy bien ser que Slade quisiera burlarse del doctor, contestando a sus pesadas guasas, pero de ahí a creer que toda su vida habría sido una estafa es más de lo que uno puede creer fácilmente.

No siempre la comisión —o alguno de sus miembros— procedió ingenuamente. Así, declaran al principio que basan su informe en sus propios trabajos, prescindiendo de todo el material que habían recopilado. A pesar de ello, insertan un largo y adverso informe de su secretario acerca del testimonio de Zöllner en favor de Slade. Tal informe estaba amañado, como se deduce de la declaración de Zöllner a que nos hemos referido en el capítulo relativo a los experimentos de Slade, en Leipzig. Se suprimió también con gran cuidado el certificado que dio el más notable de los prestidigitadores de Alemania, según el cual, los fenómenos de Slade no eran resultado de trampas. Siempre que el testimonio de un prestidigitador era contrario a la causa espiritista, como uno de Kellar, lo estampaba la comisión *in extenso*, pero pasaba en silencio el caso de otro médium, Eglinton, en que el mismo Kellar declaró que los hechos obtenidos eran incomprensibles para él.

Al principio de su informe, decía la comisión:

Hemos tenido desde el principio la fortuna de contar como consejero al hoy difunto Thomas R. Hazard, amigo personal de Seybert, y muy conocido como espiritista.

Hazard comprendía evidentemente la importancia de cumplir las condiciones requeridas para las investigaciones experimentales. Describiendo la entrevista que tuvo con Seybert, pocos días antes del fallecimiento de este último, y en

la que le prometió actuar como representante suyo en la futura comisión, Hazard dice que si aceptó fue únicamente:

...entendiendo que había de tener facultades para prescribir los métodos que debían seguirse en la investigación, designar los médiums que debían ser consultados y rechazar la presencia de cualquier persona o personas que estimara podían turbar la armonía y buen orden del círculo de los espíritus.

Pero aquel representante de Seybert no fue complacido suficientemente por la Universidad. Después de pertenecer a la comisión durante algún tiempo, Hazard se mostró descontento con algunos de los miembros y con sus métodos. Así al menos lo declaró en el *North American*, de Filadelfia (18 de mayo de 1885), sin duda después de vanos intentos para entenderse con las autoridades universitarias:

Sin poner en duda la rectitud de todos y cada uno de los miembros de la Universidad, ni la alta posición social e intelectual que ocupan, debo decir que, por error o por lo que sea, han llevado a la comisión para la investigación del Espiritismo, a una mayoría de miembros cuya ilustración, hábitos mentales y prejuicios, descalifican su labor. Si el objeto perseguido ha sido desacreditar, hacer aborrecer y atraer el desprecio general hacia una causa que me consta fue simpática al difunto Henry Seybert, los miembros de la Universidad no pudieron elegir, entre todos los ciudadanos de Filadelfia, señores más a propósito que los que constituyen la comisión. Y, repito, no por causas que afecten a su reputación social, moral e intelectual, sino sencillamente por sus prejuicios en contra del Espiritismo.

Posteriormente, pidió a la comisión que eliminara de su seno a los señores Fullerton, Thompson y Koenig. Hazard, refiriéndose al citado profesor Fullerton, en una conferencia dada en la Universidad de Harvard reveló su parcialidad, en cuestiones de Espiritismo, con estas palabras:

Es posible que el relato del médium que cuenta la vida de una persona no sea más que un proceso de transmisión del pensamiento, pues toda persona que ha recibido tales comunicaciones está cerca del médium y el médium dice algo que la persona piensa. Cuando uno está resfriado siente un zumbido en los oídos, y las personas lunáticas oyen constantemente ruidos imaginarios. De modo que tal vez una afección mental o del oído o alguna emoción extraña, pueda ser la causa verdadera de gran número de fenómenos espiritistas.

Cuando expuso tales juicios, el profesor llevaba ya más de un año perteneciendo a la comisión.

Hazard recogió también las siguientes opiniones del doctor George A. Koenig, publicadas en la *Philadelphia Press*, un año después de su nombramiento como miembro de la comisión:

Debo confesar, francamente, que me inclino a negar la realidad del Espiritismo, tal como hoy la admite el elemento popular. Mi creencia es que todos los pseudo médiums son unos charlatanes. Jamás he visto hacer trampas a Slade, pero según deduzco de lo que acerca de él he oído, es el más listo de todos los impostores. No creo que la comisión considere con mucho mayor favor a los otros médiums espiritistas. El más sabio de todos los hombres puede ser sorprendido. Un hombre puede inventar en una hora más trampas que las que puede descubrir el sabio en un año.

En fin, Hazard llevó también a la comisión este juicio del profesor Robert E. Thompson, publicado en febrero de 1880, por el *Penn's Monthly*:

Aunque fuera el Espiritismo todo cuanto sus defensores le atribuyen, no tiene la menor importancia para los que poseen la fe cristiana. El Espiritismo se presta a maquinaciones y a equívocos, de las cuales debe huir todo creyente cristiano.

Semejante miscelánea de opiniones da idea de lo capacitados que estaban los miembros del comité para llevar a cabo lo que Seybert deseaba; es decir, «una completa e imparcial» investigación sobre el tema.

Un periódico espiritista americano, *The Banner of Light*, aludiendo a las protestas de Hazard, escribió:

Según nuestras noticias, no se hizo ningún caso de la petición de Hazard, y desde luego no se tomó ninguna providencia, ya que los miembros en cuestión continuaron formando parte de la comisión, figurando sus nombres al pie del informe provisional. El profesor Fullerton fue y continúa siendo secretario; ciento veinte, de las ciento cincuenta páginas del informe que tenemos ante nosotros, fueron escritas por él y revelan toda su falta de percepción espiritual y de conocimiento de lo oculto, y hasta podemos decir que de las leyes naturales, como lo prueba el haber declarado ante un auditorio de estudiantes de Harvard, que «cuando un hombre está resfriado tiene un zumbido en los oídos», «que los locos oyen constantemente ruidos que no existen», y «que los fenómenos espiritistas pueden proceder de tales causas».

The Banner of Light, continúa:

Consideramos que el no seguir la comisión Seybert el consejo de Hazard, como indudablemente debió hacer, es la clave de su fracaso. La pobreza de los resultados a que llegó es mayor de lo que el más escéptico podía esperar. Es más un informe de lo que no se hizo que de lo que se hizo. En la reseña de los trabajos de cada sesión, se ve claro que el profesor Fullerton ha forzado las cosas para dar protagonismo a lo que se podía considerar como prueba de trampas por parte del médium, y para ocultar cuanto pueda ser favorable al mismo. Además, se declara en el informe que cuando estaban presentes todos los miembros de la comisión, cesaban los fenómenos. Esto justificaba las previsiones de Hazard, y nadie que haya tenido cierta experiencia en cuestión de

médiums, lo desconoce. Los espíritus sabían la clase de elementos con quienes trataban; quisieron eliminar aquellos que hacían inútiles las experimentaciones, y como no lo consiguieron ni pudieron vencer la ignorancia, mala fe y prejuicios de la comisión, los experimentos fracasaron, con lo que la comisión, muy «prudente en sus opiniones», decidió que todo ello era un engaño.

Light también comentó el informe (1887, pág. 391), siendo cuanto dijo tan oportuno ahora como lo fue en 1887:

Tomamos nota con satisfacción, pero sin hacernos ilusiones acerca de lo que puede resultar en vista de los malos métodos de investigación hasta ahora empleados, de que la comisión se propone continuar sus investigaciones «con el propósito sincero y honrado que hasta aquí ha demostrado de llegar a un convencimiento». Por si ello es así, vamos a darle algunos consejos hijos de una larga experiencia. La investigación de esos fenómenos ofrece siempre serias dificultades y cuantas instrucciones se den para practicarla, corren el riesgo de no ser útiles en todos los casos. Pero sabemos que la condición *sine qua non* consiste en la paciente y prolongada experimentación dentro de un círculo constituido como es debido. No todo depende del médium, sino que debe formarse el círculo experimentador, variándose de tiempo en tiempo las personas que lo componen, hasta que se reúnan los elementos más adecuados. No podemos decir a la comisión Seybert cuáles deben ser esos elementos; ha de descubrirlos ella misma. Lo primero que debe hacer es un estudio de la literatura espiritista y de las variadas características de la mediumnidad, antes de entregarse a los experimentos personales. Y después de hecho esto, cuando vean lo fácil que es obtener resultados negativos, se hallarán en buena situación para que sus estudios lleguen a buen fin.

Por desgracia, es innegable que el informe de la comisión Seybert constituyó durante algún tiempo una rémora en el desenvolvimiento de la causa de la verdad psíquica. Pero

mayor fue el daño que cayó sobre la docta institución de dónde había salido. En estos días, que el ectoplasma como base física de los fenómenos psíquicos, ha sido determinado sin la menor sombra de duda para todos aquellos que investigan la evidencia, es demasiado tarde para pretender que ya no hay nada que estudiar. A pesar de ello, la comisión Seybert declaró que no hallaba suficiente materia para sus investigaciones. Si, por el contrario, esa comisión hubiera hecho que la Universidad de Pensilvania se pusiera al frente del movimiento psíquico, inspirándose en la gran tradición del profesor Hare, ¡qué gloria hubiera podido alcanzar! Así como el nombre de Newton va unido al de Cambridge con la ley de la gravitación, Pensilvania pudo haberse vinculado con el más importante progreso del conocimiento humano. Y lo mismo puede decirse de otras doctas instituciones europeas que tampoco supieron ver la gran misión a que estaban llamadas.

Hubo otras investigaciones colectivas, pero menos importantes, por referirse únicamente a médiums aislados. Tal la emprendida por el Institut Général Psychologique, de París. Consistió en tres series de sesiones con la famosa Eusapia Palladino, durante los años 1905, 1906 y 1907, componiendo un total de cuarenta y tres. No tenemos la lista completa de asistentes, ni hubo informe colectivo propiamente dicho, pues el único que se conoce es el muy imperfecto del secretario M. Courtier.

Sabemos, no obstante, que entre los investigadores figuraron personas tan distinguidas como Charles Richet, el matrimonio Curie, los señores Bergson, Perrin, profesor d'Arsonval, del Colegio de Francia, y presidente de la Sociedad, el conde de Gramont, el profesor Charpentier y el rector Debiérne, de la Sorbona. El resultado obtenido fue desastroso para la médium, porque si bien el profesor Richet garantizó la realidad de sus facultades psíquicas, hubo

extrañas artimañas de Eusapia que causaron el efecto que puede suponerse en aquellas personas para la cuales el asunto era una novedad.

En el informe de M. Courtier figura una especie de diálogo entre los asistentes que pone de relieve su estado de espíritu harto confuso e impropio de un comité investigador. Así, los resultados no dan nuevos argumentos, ni para los escépticos ni para los creyentes. Sin embargo, el Dr. Geley, que probablemente profundizó más que ninguno en la ciencia psíquica, afirma que las experiencias —no dice que el informe— constituyeron una valiosa contribución en favor de la materia *l'Ectoplasmie et la Clairvoyance*, 1924, pág. 402). Se basaba en el hecho de que algunos resultados confirmaban los que él había obtenido en su propio *Institut Metapsychique*, trabajando con Kluski, Guzik y otros médiums. Las diferencias, dice, están más en los detalles de lo ocurrido que en lo esencial de la cuestión.

Los experimentadores tomaron grandes precauciones para impedir todo movimiento a los médiums, lo que se realizó fácilmente, especialmente con Kluski cuando estaba en trance. Eusapia era también una médium muy tranquila. Parece que lo característico en ella era una condición intermedia (cosa que el autor ha observado también en Frau Silbert, Evan Powell y otros médiums), en que la persona parece en estado normal, y resulta que es singularmente susceptible de sugestión y de otras influencias mentales. En tales condiciones es muy fácil suscitar la sospecha de fraude, pues el deseo de la mayoría de los concurrentes es que ocurra algo que reaccione con fuerza sobre la mente del médium incapaz de razonar en aquellos momentos. Sin embargo, en el informe leemos:

Después que las dos manos, los pies y las rodillas de Eusapia fueron atentamente examinados, la mesa se levantó súbitamente, despegándose del suelo las cuatro patas a la

vez. Eusapia cerró sus puños dirigiéndolos hacia la mesa, la cual se levantó completamente hasta cinco veces seguidas, oyéndose al mismo tiempo cinco golpes. También se levantó completamente estando las manos de Eusapia sobre la cabeza de uno de los concurrentes. Igualmente volvió a elevarse a la altura de un pie del suelo y quedó suspendida en el aire por espacio de siete segundos, mientras Eusapia tenía una de sus manos sobre la mesa y se había colocado debajo de esta una bujía encendida.

Figuran así mismo en el informe otras pruebas no menos concluyentes con la mesa, y el relato de fenómenos de diversa índole.

El gran espiritista francés Gabriel Delanne criticó la timidez del informe con estas palabras:

Su autor se contenta con decir «parece» y «al parecer», como un hombre que no está seguro de lo que relata. Los que resisten cuarenta y tres sesiones con buena vista y buenos aparatos de verificación, deben tener una opinión hecha, y estar en condiciones de decir, por lo menos, si consideran ciertos fenómenos como fraudulentos, y si en tal o cual sesión vieron al médium haciendo trampas. Pero no hay nada de esto. El lector queda siempre en la incertidumbre y una vaga sospecha se cierne, sobre todo, aunque no haya nada serio que la justifique.

El *Light* (1909, pág. 356), agregaba:

Delanne dice que algunos de los experimentos tuvieron éxito en medio de las enormes precauciones adoptadas, como el uso de la lámpara negra para descubrir si Eusapia había tocado realmente los objetos movidos. Pero el informe pasa por alto deliberadamente esos hechos, relatando, en cambio, casos ocurridos en otros tiempos y lugares en los cuales Eusapia se dice o se cree que influyó indebidamente en los fenómenos.

También puede considerarse como investigación colectiva de una médium —la señora Crandon, esposa de un doctor de Boston— la que se llevó a cabo en los años 1923

a 1925 por un comité designado por el *Scientific American* y posteriormente por un limitado comité de hombres de la Universidad de Harvard con el astrónomo Dr. Shapley a su cabeza. Todavía dura la controversia que provocaron esas investigaciones, y de ello tratamos en el capítulo relativo a los grandes médiums modernos. Pero podemos anticipar que uno de los resultados de ellas fue la conversión al Espiritismo de dos de sus miembros: Malcolm Bird y el Dr. Hereward Carrington. Los demás no llegaron a ninguna decisión clara, pues tras numerosas sesiones que se celebraron con arreglo a las condiciones que ellos mismos fijaron y en presencia de constantes fenómenos, declararon que no podían decir si habían sido engañados o no.

Tenía el comité del *Scientific American* la sombra de que no formaba parte de él ningún experto espiritista familiarizado con las cuestiones psíquicas. Además, uno de sus miembros, el Dr. Prince, era sordo, y otro, el Dr. McDougall, ocupaba tan elevada posición académica que sin duda temió salir perjudicado si aceptaba una explicación impopular. El mismo reparo puede ponerse al comité del doctor Shapley, todo él compuesto de sabios. Sin que ello signifique que acusamos a los interesados de mala fe, leyendo su informe y las actas en que aceptaron los resultados de cada sesión, no puede comprenderse cómo pudieron llegar a un veredicto final de culpabilidad por fraude. Fueron frecuentes los sambenitos lanzados contra la médium sin razón alguna. Por lo pronto, el doctor Mark Richardson, de Boston, que asistió a más de trescientas sesiones, declaró que jamás le asaltó la menor duda respecto de la autenticidad de los resultados.

El autor ha visto numerosas fotografías de las emisiones ectoplásmicas de la médium durante aquellas sesiones, y al compararlas con otras semejantes, hechas en Europa, no vacila en decir que son incuestionablemente auténticas, y que el porvenir la rehabilitará contra sus injustos detractores.

CAPÍTULO XV

EUSAPIA PALLADINO, SU VIDA Y SU OBRA

Eusapia Palladino señala una etapa importante en la historia de la investigación psíquica, porque fue la primera médium utilizada en los fenómenos físicos por gran número de eminentes hombres de ciencia. Las principales manifestaciones de Eusapia Palladino fueron el movimiento de objetos sin contacto, la levitación de mesas y otros objetos, la de la propia médium, la aparición de rostros y manos materializados, la de luces y la ejecución de trozos musicales con distintos instrumentos sin contacto alguno humano. Como ya hemos visto, todos esos fenómenos los había producido en fecha anterior el médium D. D. Home, pero Sir William Crookes invitó a sus colegas científicos a comprobarlos y estos no aceptaron la invitación.

Por primera vez tan extraños hechos iban a ser objeto de prolongadas investigaciones por parte de hombres de gran reputación científica. Excusado es decir que todos aquellos experimentadores se mostraron al principio escépticos y las «precauciones» (esas precauciones frecuentemente necias que suelen ir contra el mismo objeto que se persigue) estuvieron a la orden del día. Ningún médium del mundo ha sido más rígidamente tratado que Eusapia Palladino y como esta logró convencer a la inmensa mayoría de los que la estudiaron, puede decirse que su mediumnidad fue realmente excepcional. Como en tantos casos muchos de los investigadores que asistieron a sus sesiones carecían de los

conocimientos más elementales de la mediumnidad y de las condiciones necesarias para su ejercicio, lo que es factor esencial en el éxito de los experimentos. De cada mil hombres de ciencia, no hay uno que reconozca esto, y el hecho de que Eusapia saliera airosa a pesar de tan tremendas condiciones desfavorables, es una prueba indiscutible de sus poderes. Aquella mujer iletrada de Nápoles es otro ejemplo más de que los seres humildes son los llamados a deshacer los sofismas de los hombres cultos.

Eusapia nació el 21 de enero de 1854, y falleció en 1918. Sus facultades comenzaron a manifestarse cuando tenía catorce años. Su madre falleció al darla a luz y su padre cuando Eusapia no tenía más que doce años. En la casa de los amigos con los que vivía observaron que estando todos sentados a la mesa esta se levantaba, las sillas comenzaban a bailar, las cortinas de la habitación se descorrían y los vasos y las botellas entraban en movimiento. Intentando descubrir quién era el causante de tales cosas se averiguó que Eusapia era médium. No mostró el menor interés en el desempeño de su papel como tal y, si aceptó celebrar algunas sesiones, fue por dar gusto a los amigos que la habían acogido y evitar que la enviaran a un convento. Al cumplir veintidós años comenzó su educación psíquica bajo la dirección, según Flammarion, de un ardiente espiritista llamado Damiani.

Eusapia refiere un hecho muy singular ocurrido en ese primer período. Había en Nápoles una señora inglesa que se casó con el señor Damiani, a la cual en una sesión espiritista el espíritu que dijo ser John King le mandó que fuera a ver a una joven llamada Eusapia, a cuyo fin el espíritu le dio el nombre, la calle y el número de la casa, añadiendo que dicha joven era una médium muy poderosa a través de la cual él se manifestaba. La señora Damiani fue donde le decían y encontró a Eusapia Palladino, de quien jamás había oído

hablar hasta aquel momento. Las dos mujeres llevaron a cabo una sesión, durante la cual John King controló a la médium, convirtiéndose desde entonces en su guía o director. La primera aparición de Eusapia Palladino en el mundo científico europeo, fue bajo los auspicios del profesor Chiaia, de Nápoles, el cual publicó, en 1888, en un periódico de Roma, una carta dirigida al profesor Lombroso, detallando sus experimentos con la médium e invitando al célebre psiquiatra a examinarla por sí mismo. Hasta 1891 no aceptó Lombroso⁴⁸ aquella invitación, celebrando en febrero de dicho año dos sesiones con Eusapia. Lombroso quedó tan convencido que escribió:

Me siento confundido y apenado por haber combatido tantas veces la posibilidad de los hechos llamados espiritistas.

Su conversión determinó a importantes hombres de ciencia de Europa a emprender diversos trabajos de investigación psíquica, y Palladino quedó sometida por espacio de varios años a sesiones encaminadas a demostrar la realidad de los fenómenos. Las sesiones de Lombroso fueron seguidas por la de la comisión de Milán en 1892, asistiendo a ellas el profesor Schiaparelli, director del Observatorio de Milán; el profesor Gerosa, catedrático de Física; Ermacora, doctor en Filosofía; Aksakof, consejero de Estado del

⁴⁸ Cesare Lombroso (1835-1909) fue un eminente médico y criminólogo italiano, considerado el padre de la criminología moderna y uno de los máximos exponentes del positivismo científico en el siglo XIX. Su fama mundial se cimentó en el estudio biológico del criminal y la creación de la antropología criminal. Al ser la autoridad máxima en el análisis de anomalías físicas y el detector de fraudes más respetado de su tiempo, su conversión al espiritismo tras investigar a Eusapia Palladino supuso un cisma en el mundo académico: significó que el observador más escéptico y materialista de Europa admitía, por primera vez, que los fenómenos mediúmnicos eran una realidad física incuestionable que la ciencia oficial no podía seguir ignorando.

emperador de Rusia; Charles Du Prel, doctor en Filosofía de Múnich, y el profesor Charles Richet, de la Universidad de París.

Hubo diecisiete sesiones, tras las cuales siguieron las investigaciones de Nápoles, en 1893; de Roma, en 1893-4; de Varsovia y Francia, en 1894, la última de las cuales bajo la dirección del profesor Richet, Sir Oliver Lodge, F. W. H. Myers y el Dr. Ochorowicz; en Nápoles en 1895; y el mismo año, en Cambridge, en casa de F. W. H. Myers, con la presencia del profesor y la señora Sidgwick, Sir Oliver Lodge y el Dr. Richard Hodgson. La serie continuó en 1895, en Francia, en casa del coronel De Rochas; en 1896, en Tremezzo, en Auteuil y en Choisy Yvrac; en 1897, en Nápoles, Roma, Montfor y Burdeos; en 1898, en París, en presencia de un comité científico, compuesto de los señores Flammarion, Charles Richet, A. de Rochas, Victorien Sardou, Jules Claretie, Adolphe Bisson, G. Delanne, G. de Fontenay y otros; también, en 1900, en el Club Minerva, de Génova, en presencia de los profesores Porro, Morselli, Bozzano, Venzano, Lombroso, Vassalo y otros. Hubo otras muchas sesiones de experimentación con la asistencia de científicos, tanto de Europa como de América.

El profesor Chiaia, en su carta al profesor Lombroso, ya citada, da la siguiente pintoresca descripción de los fenómenos obtenidos con Eusapia:

Se trata de una mujer casi inválida que pertenece a la clase más humilde de la sociedad. Tiene cerca de treinta años y es muy ignorante. Su aspecto no tiene nada de fascinador ni parece dotada del poder que los criminólogos modernos llaman irresistible. Pero cuando así lo desea, lo mismo de día que de noche, puede tener cautivo a un auditorio una o dos horas con los más sorprendentes fenómenos.

Ya atada a una silla o con las manos fuertemente cogidas por uno de los asistentes, atrae hacia sí los muebles que le

rodean, los levanta, los mantiene suspendidos en el aire como el sepulcro de Mahoma, y hace que vuelvan a sus puestos con movimientos ondulatorios, como si obedecieran a su voluntad. Aumenta el peso de los mismos o los disminuye a su gusto. Produce ruidos en las paredes y el suelo, con cadencia y ritmo sutil. Contestando a las preguntas de los espectadores, a veces emite efluvios de electricidad que surgen de su cuerpo y la envuelven, así como a los espectadores de tan maravillosas escenas. Revela el contenido de tarjetas boca abajo que señaláis con vuestras propias manos, ya sean números, nombres, figuras, frases.

Si colocáis en un rincón de la habitación una vasija conteniendo escayola, al cabo de unos momentos notáis en ella la impresión de una mano o la imagen de un rostro (de frente o de perfil), de forma que os permite sacar después el molde. De esta manera se han obtenido retratos de diferentes dimensiones.

Esa mujer se eleva en el aire, a pesar de todas las ligaduras con que se la ate. Reposa en el aire como en un lecho, contra todas las leyes de la gravedad, toca instrumentos musicales —órganos, tambores, campanillas—, sin que sus manos se posen en ellos, como si fueran accionados por el aliento de gnomos invisibles. A veces, esa mujer aumenta de estatura más de 10 centímetros.

El comité de Milán (1892), que investigó a Eusapia después de Lombroso, dice en su informe:

Es imposible calcular el número de veces que apareció la mano y fue tocada por nosotros. No cabe duda alguna. Era una mano viviente, que veíamos y tocábamos, viendo al mismo tiempo el pecho y los brazos de la médium, cuyas manos sujetaban las personas que estaban a cada uno de sus lados.

Muchos fueron los fenómenos que se registraron a la luz de las bujías y de una lámpara de petróleo. Muchos también los ocurridos a plena luz, estando la médium en trance. El

doctor Ochorowicz persuadió a Eusapia para que visitara Varsovia, en 1894. A esos experimentos asistieron eminentes hombres y mujeres pertenecientes a círculos científicos y filosóficos, obteniéndose parciales o completas levitaciones de mesas y muchos otros fenómenos físicos. En tales levitaciones, fueron visibles a plena luz los pies de la médium, estando sujetos por alguno de los asistentes, arrodillado debajo de la mesa.

Con referencia a las sesiones celebradas en casa del profesor Richet, en 1894, en Roubaud, Sir Oliver Lodge, dice en comunicación dirigida a la Sociedad Inglesa de Investigación Psíquica:

Como quiera que se juzguen los hechos, estoy obligado a admitirlos. No hay en mi mente espacio para la duda. Toda persona exenta de prejuicios que los presencie llegará a la misma conclusión, o sea que ciertas cosas, que hasta ahora parecían imposibles, pueden ocurrir. El resultado de mis experiencias ha sido convencerme de que ciertos fenómenos que habían pasado por anormales pertenecen al orden natural, y como corolario de ello, que tales fenómenos deben ser investigados por las personas y las sociedades interesadas en el progreso de la ciencia.

Revista, S. P. R., vol. VI, nov. 1894, págs. 334-360.

En la reunión en que fue leída la comunicación de Sir Oliver Lodge, Sir William Crookes, llamó la atención del auditorio acerca de la semejanza de los fenómenos obtenidos por Eusapia Palladino con los de Home.

La comunicación de Lodge fue duramente criticada por el doctor Richard Hodgson, en los Estados Unidos, y como consecuencia de ello, Eusapia Palladino y el Dr. Hodgson fueron invitados a Inglaterra a una serie de sesiones que se verificaron en Cambridge, en casa de F. W. H. Myers, durante los meses de agosto y septiembre de 1895.

Los «Experimentos de Cambridge», según fueron llamados, no tuvieron éxito en su mayoría, pretendiéndose que se sorprendió a la médium repetidamente en fraude. Mucho se escribió por unos y otros en la aguda controversia que siguió a las sesiones. Baste decir que los observadores más competentes rechazaron el veredicto lanzado contra Eusapia, condenando, decididamente, los métodos adoptados por el grupo de los experimentadores.

Conviene recordar a este propósito que un periodista americano, con ocasión de la visita de Eusapia a aquel país, preguntó atrevidamente a la médium si había sido sorprendida alguna vez haciendo trampas. He aquí la franca contestación de Eusapia:

Muchas veces me han preguntado lo mismo. Hay personas que, al sentarse alrededor de la mesa, aguardan siempre trampas y, en resumidas cuentas, las ansían. Yo me encuentro en trance, y como nada ocurre, los otros se muestran impacientes, pensando en las trampas, nada más que en las trampas, con todo el cerebro concentrado en esa idea. Yo, es claro, contesto automáticamente, pero no siempre. Los impacientes esperan que realice lo que desean, y de ahí su descontento. Eso es todo.

Con respecto a la acusación de fraude lanzada por los experimentadores de Cambridge, hay que observar: primero, que como indicó el Dr. Hereward Carrington, varios experimentos llevados a cabo con el fin de repetir los fenómenos por medios fraudulentos, terminaron en el más completo fracaso casi siempre; segundo, que los asistentes a aquellas sesiones ignoraban en absoluto la existencia y producción de lo que pudiera llamarse «extremidad ectoplásmica», fenómeno ya observado antes en el caso de Slade y de otros médiums.

Carrington dice:

Todas las objeciones hechas por la señora Sidgwick se vienen abajo si se supone que Eusapia materializa durante un cierto tiempo *un tercer brazo*, que es el que produce aquellos fenómenos y que luego es absorbido por su propio cuerpo al finalizar el experimento.

Por extraño que pueda parecer, esa es la conclusión a que conducen abundantes pruebas. Ya en 1894, Sir Oliver Lodge vio lo que llama una «apariencia de extremidades suplementarias» que surgían del cuerpo de Eusapia o muy cerca de él. Con la seguridad que da a veces la ignorancia la revista de la *Society for Psychical Research*⁴⁹, que publicó la comunicación de Sir Oliver, se comenta la observación de este de la forma siguiente:

Apenas es necesario decir que esos brazos «espirituales» saliendo del cuerpo de la médium es *prima facie* una circunstancia que hace pensar enseguida en la trampa.

Pero posteriores investigadores científicos confirmaron plenamente la conjetura de Sir Oliver Lodge. Así, el profesor Bottazzi declaró:

En otra ocasión, la misma mano se colocó en mi antebrazo derecho, sin apretarlo. Esta vez no solo puse mi mano izquierda sobre ella, sino que miré, con lo cual pude ver y sentir al mismo tiempo: era una mano humana de color natural y sentí en la mía los dedos y el dorso de ella tibios, nerviosos, ásperos. *La mano se disolvió, y (lo vi con mis propios ojos) se hundió en el cuerpo de la señora Palladino, describiendo una curva.* Confieso que sentí dudas acerca de si la mano izquierda de Eusapia se había soltado de mi mano derecha para tocar mi antebrazo, pero me di cuenta en

⁴⁹ *Sociedad para la Investigación Psíquica*. Fundada en Londres en 1882, fue la primera organización científica dedicada a examinar de manera sistemática y crítica los fenómenos que desafiaban las explicaciones científicas de la época. Entre sus miembros se encontraban figuras de la talla de William James y Sir Oliver Lodge. *Nota de Curso Espírita*..

seguida de que esa duda no tenía fundamento, porque nuestras dos manos estaban aún en contacto como antes. Aunque todos los fenómenos que observé en las siete sesiones se borraron de mi mente, aquel resultaría siempre inolvidable para mí.

El profesor Galeotti, en julio de 1908, vio claramente lo que llamó «duplicación de la mano izquierda de la médium», exclamando:

¡Mirad, veo dos brazos izquierdos idénticos en apariencia! Uno sobre la mesita, y es el que toca el señor Bottazzi, y otro que parece surgir del hombro de la médium siendo absorbido nuevamente por su cuerpo. ¡Ved que no se trata de una alucinación!

En la sesión que se celebró en julio de 1905 en casa de M. Berisso, estando las manos de Eusapia bien vigiladas y visibles para todos los reunidos, el Dr. Venzano y otros de los presentes, «vieron distintamente una mano y un brazo cubierto por una oscura manga, salidos de la parte anterior y superior del hombro derecho de la médium». Podríamos aportar aquí otros testimonios parecidos sobre el mismo fenómeno.

Como dato para el estudio de las complejidades de la mediumnidad, especialmente la de Eusapia referiremos este caso: En una sesión con el profesor Morselli, Eusapia fue sorprendida al desasir la mano que le tenía cogida el profesor y extenderla para alcanzar una trompeta que estaba encima de la mesa. Se le impidió realizar el acto, diciendo el informe acerca de este incidente:

En aquel momento, cuando la fiscalización era más rigurosa que nunca, la trompeta se levantó de la mesa y desapareció en la cabina, pasando entre la médium y el Dr. Morselli. Era indudable que la médium había intentado realizar con su mano lo que después hizo mediúmicamente.

Resultó inexplicable aquel inútil y tonto intento de trampa. No hay duda acerca del caso: la médium no pudo llegar con su mano hasta la trompeta, y aunque hubiera llegado, no le habría sido posible llevar esta hasta la cabina, que estaba a sus espaldas.

Hay que observar que uno de los ángulos de la habitación tenía un cortinaje para formar lo que se llama la cámara o cabina (es decir, el espacio limitado donde el médium recoge la «fuerza») y que Eusapia, al revés de los otros médiums, se situaba fuera de dicho espacio a unos 30 centímetros de distancia del cortinaje, colocado detrás de ella.

La Sociedad de Investigación Psíquica decidió en 1895, que todos los fenómenos de Eusapia eran fraudulentos, de modo que no tenía ya por qué ocuparse más de ellos. Pero en el continente, grupo tras grupo de investigadores científicos, que adoptaban siempre las más rigurosas precauciones, siguieron avalando las facultades de Eusapia.

Más tarde, en 1908, la Sociedad de Investigación Psíquica decidió proceder a nuevas comprobaciones con esa médium, designando para ello a tres de sus más escépticos miembros. Uno de ellos, W. W. Baggally, vocal del Consejo, había investigado los fenómenos psíquicos durante más de treinta y cinco años, y durante dicho tiempo —con excepción tal vez de algunos lances en una sesión con Eusapia, pocos años antes— jamás, según se dijo, presenció un solo fenómeno verdadero. «A través de todas sus investigaciones solo descubrió trampas y nada más que trampas». Era además un experto prestidigitador.

Otro de los miembros, Everard Feilding, secretario de la Sociedad, había también investigado durante diez años, pero «durante todo aquel tiempo jamás presenció un solo fenómeno que le pareciera definitivamente probado» con excepción, tal vez, de un caso en una de las sesiones con

Eusapia. En fin, el tercero, Dr. Hereward Carrington, aunque había asistido a innumerables sesiones, podía decir también que «jamás había visto una sola manifestación de orden psíquico verdaderamente auténtica».

A primera vista, esta coincidencia entre los tres investigadores parece aplastante contra el Espiritismo. Pero lo cierto es que, en la investigación con Eusapia Palladino, aquel trío de escépticos encontró su Waterloo. El relato de sus largas y pacientes investigaciones con la médium en Nápoles, lo hallará quien lo desee en la obra de Carrington *Eusapia Palladino y sus fenómenos* (1909).

Todas las investigaciones llevadas a cabo por los hombres de ciencia en el continente se distinguieron por su escrupulosidad. Ejemplo de ello es que el profesor Morselli anotó nada menos que treinta y nueve distintos tipos de fenómenos registrados en las sesiones con Eusapia Palladino.

Merecen ser mencionados algunos de los hechos ocurridos en aquellas sesiones, hechos que pueden clasificarse bajo la denominación de «pruebas irrefutables».

Hablando de una sesión celebrada en Roma en 1894, y a la que asistieron el profesor Richet, el Dr. Schrenck-Notzing, el profesor Lombroso y otros, dice el informe correspondiente:

Con el deseo de obtener el movimiento de un objeto sin contacto, colocamos un trozo de papel doblado en forma de A debajo de un vaso, y sobre un disco de cartón ligero. No habiendo tenido éxito en esta prueba no quisimos fatigar a la médium, y dejamos el aparato sobre la mesa grande, alrededor de la cual estábamos; luego nos sentamos cada cual en su puesto, alrededor de la mesa pequeña, no sin haber cerrado cautelosamente todas las puertas, cuyas llaves pedí a mis invitados que guardaran en sus bolsillos, para que no fuéramos acusados de no haber tomado todas las precauciones necesarias.

La luz se apagó. En seguida oímos resonar el vaso de cristal en nuestra mesa, y habiendo entonces encendido la luz, lo encontramos en medio de nosotros, pero invertido y cubriendo el trozo de papel; solo había desaparecido el cartón. Fue en vano que lo buscamos. La sesión había terminado. Acompañé a mis invitados hasta el recibidor. M. Richet abrió la puerta —perfectamente cerrada por la parte interior— y cuál no sería su sorpresa viendo cerca del umbral al otro lado de la puerta, en la escalera, el disco que habíamos buscado durante tanto rato. Lo recogió y todos pudimos convencernos de que se trataba del mismo cartón que habíamos colocado debajo del vaso de cristal.

Otra sólida prueba es la que obtuvo M. de Fontenay fotografiando varias manos que aparecieron sobre la cabeza de Eusapia, y en una de esas fotografías pueden verse las manos de la médium fuertemente sujeta por los investigadores. Reproducciones de esas fotografías figuran en los *Anales de la Ciencia Psíquica* (abril, 1908, págs. 181 y sig.).

En la sexta y última sesión de la serie de Génova, con el profesor Morselli, en 1906-7, se imaginó un procedimiento de los más eficaces contra toda posibilidad de fraude. La médium fue atada en un lecho con vendas fuertes y anchas, como las que se usan en los asilos para sujetar a los locos, insustituibles para ligar fuertemente sin cortar la carne. Morselli, con su experiencia de psiquiatra, realizó la operación, asegurando, sobre todo, los tobillos y las muñecas de Eusapia. Después de haber encendido una lámpara eléctrica de diez bujías, la mesa —que estaba libre de todo contacto— empezó a moverse apareciendo al propio tiempo luces y una mano. Luego se abrió la cortina de la cabina, viéndose a la médium que seguía tendida y atada con toda seguridad.

Los fenómenos —dice el informe— eran inexplicables, considerando que la posición de la médium hacía imposible todo movimiento por su parte.

Podríamos referir aquí muchos casos de materializaciones realizados por Eusapia. Citaremos dos bien convincentes. Tomamos la primera de la obra del Dr. Joseph Venzano, *Anales de la Ciencia Psíquica*. (Vol. VI, pág. 164, septiembre 1907). La luz de una bujía permitía ver el rostro de la médium:

A pesar de la escasez de la luz, podía ver a la señora Palladino y a todos los presentes. Súbitamente, noté que detrás de mí había una forma bastante alta, que inclinaba la cabeza sobre mi hombro izquierdo, sollozando tan fuertemente, que todos la oímos; la forma me besó repetidas veces.

Observé claramente las líneas de su rostro y sentí su hermosa y abundante cabellera en contacto con mi mejilla izquierda: tuve, pues, la certeza de que se trataba de una mujer.

Luego empezó a moverse la mesa, y por medio de la tipología, dio el nombre de una persona perteneciente a la familia de uno de los presentes, totalmente desconocido para mí. Había muerto hacía algún tiempo y a causa de incompatibilidad de carácter con su familia, su vida se vio llena de disgustos.

Hasta tal punto no esperaba yo aquella contestación tipológica que, al principio, creí que se trataba de una coincidencia de nombres, pero mientras me hacía mentalmente esta reflexión, sentí una boca y un hálito caliente rozar mi oreja izquierda y murmurar en voz baja, en dialecto genovés, una serie de frases cuyo susurro podían oírlo los demás concurrentes. Eran frases entrecortadas por la congoja y con las que pedía perdón por el daño que había hecho, dando prolijos detalles relativos a las aludidas cuestiones de familia, que solo podía reconocer la persona interesada.

El fenómeno parecía tan real, que me vi obligado a contestar a aquellas frases. Pero apenas había pronunciado las primeras sílabas, cuando dos manos se posaron con delicadeza exquisita en mis labios para impedir que continuara.

La forma me dijo entonces: «Gracias», me abrazó, besó y después desapareció.

El otro caso ocurrió en París, el año 1898, estando presente en la sesión Camilo Flammarion. M. Le Bocain, dirigiéndose a un espíritu materializado en lengua árabe dijo:

Si eres realmente tú, Rosalie, la que estás entre nosotros, levántame el cabello tres veces seguidas.

Diez minutos después, cuando M. Le Bocain había olvidado lo pedido, sintió que le levantaban el pelo tres veces, tal como había deseado.

Certifico —dice— este hecho, que constituyó al mismo tiempo para mí la prueba más convincente de la presencia de un espíritu familiar entre nosotros.

Añade que huelga decir que Eusapia Palladino no conocía una palabra de árabe.

Muchos adversarios del Espiritismo objetan que los testimonios en pro de los fenómenos ocurridos en las sesiones tienen poco valor porque los observadores ignoran, por lo general, los recursos de los embaucadores. En Nueva York, el año de 1910, en una sesión dada por Eusapia, el Dr. Carrington se hizo acompañar por Howard Thurston, considerado el mago más famoso de toda América. Thurston, que ató los pies y manos de la médium y dispuso de buena luz durante el experimento, escribe:

Vi la elevación de la mesa y estoy plenamente convencido de que los fenómenos que presencié no son obra de trampa alguna, ni fueron ejecutados con ayuda de pies, manos o rodillas.

Thurston ofreció regalar mil dólares a una institución benéfica si alguien probaba que aquella médium levantaba la mesa recurriendo a fraudes de cualquier especie.

Se preguntará cuál fue el resultado de tantos años de investigación realizada con aquella médium. Cierta número de hombres de ciencia sostienen que el «espíritu» es la última hipótesis a que hay que apelar cuando se busca la causa de los fenómenos obtenidos con Eusapia, y acuden a ingeniosas razones para explicarlos, sin negarlos.

El coronel De Rochas los atribuye a la que llamó «exteriorización de la motricidad». M. de Fontenay habló de la teoría dinámica de la materia. Otros creen en la «fuerza ec-ténica», en la «conciencia colectiva» y en la acción de la mente subconsciente, pero todos los casos que demostraron ser auténticos, en los que la actuación de una inteligencia independiente se reveló con toda claridad, hacen insostenibles todas aquellas explicaciones. Por ello otros experimentadores se vieron obligados a aceptar la hipótesis espiritista como la única que podía explicar todos los fenómenos de una manera racional. El Dr. Venzano dice:

En la mayor parte de las formas materializadas que comprobamos con la vista, el oído o el tacto, hemos podido reconocer semejanzas con personas fallecidas, generalmente parientes nuestros, desconocidos para la médium y conocidos tan solo por los que presenciábamos los fenómenos.

El Dr. Hereward Carrington habla con rotundidad. Y refiriéndose a la opinión de la señora Sidgwick, según la cual es inútil hablar de si los fenómenos tienen carácter espiritista o dependen de «alguna ley biológica desconocida», o suceden por sí mismos, escribe:

Debo decir que antes de organizar mis sesiones, participaba de la opinión de la señora Sidgwick. Pero ahora estoy plenamente convencido de que los fenómenos ocurren, y siendo esto así, surge, naturalmente, ante mí, la necesidad de saber interpretarlos. Creo que la hipótesis espiritista, no

solo está justificada, sino que es la única capaz de explicar racionalmente los hechos.

Eusapia Palladino y sus fenómenos, por Hereward
Carrington, págs. 250-1.

La mediumnidad de Eusapia Palladino no fue más patente que la de otros, pero aventajó a todos en lo tocante a atraer la atención de hombres de responsabilidad moral y de renombre cuyos escritos acerca de los fenómenos obtenidos tienen, naturalmente, mayor fuerza de convicción que los relatos de personas menos autorizadas.

Con Eusapia quedó demostrada la realidad de muchos hechos que la ciencia ortodoxa no aceptaba. Pero ya se sabe que es más fácil negar los fenómenos que explicarlos, lo que justifica perfectamente tan cómoda actitud.

Muchos consideraron que la mediumnidad de Eusapia era tan solo fruto de sus fraudes, conscientes o inconscientes. Con eso no hacen más que engañarse a sí mismos. Está, sí, fuera de duda que hubo simulaciones, y el mismo Lombroso las describe de la manera siguiente, a pesar de certificar y garantizar la validez de la mediumnidad de Eusapia:

Muchas son las ingeniosas trampas de que se vale, tanto en estado de trance (inconscientemente) como fuera de él. Por ejemplo: desprendiendo una de sus dos manos, sujetas por los investigadores, para mover objetos que están a su alcance; levantando lentamente las patas de la mesa con una de sus rodillas y uno de sus pies, y haciendo como que se arregla el cabello para arrancarse uno y dejarlo furtivamente en el platillo de un pesacartas a fin de que baje. Faifofer la sorprendió antes de comenzar una sesión, cogiendo solapadamente unas flores del jardín para fingir que eran «aportes», aprovechando para ello la oscuridad de la habitación.

Con todo, su más profunda pena consiste en que la acusen de fraude durante las sesiones, acusación, que, en efecto,

es muchas veces injusta, porque estamos bien seguros ahora de que, por ejemplo, las extremidades fantasmales se añaden a su cuerpo contra la creencia que se abrigaba de que eran sus propias extremidades sorprendidas en el momento de hacer trampa.

En su visita a América, hacia el fin de su vida, es decir, estando ya muy en decadencia sus facultades, fue sorprendida en tan burdas trampas, ofendiendo de tal modo a los espectadores que estos protestaron, pero Howard Thurston, el famoso prestidigitador, cuenta cómo en más de una ocasión se le perdonó y continuó las sesiones, hasta obtener indudables materializaciones.

Otro testigo de episodios de ese género refiere que en el momento de echarle en cara que movía con la mano los objetos que estaban a su alcance, otro objeto, al que le era imposible llegar, se movió solo.

Este es un caso muy peculiar, pues puede decirse con toda certeza que, si ningún médium demostró nunca mejor que ella tener fuerzas psíquicas, tampoco ninguno aprovechó tanto las ocasiones para embaucar a la gente.

Eusapia padecía una depresión del hueso parietal, debida, según parece, a un accidente sufrido en su niñez.

Tales defectos físicos son muchas veces correlativos con una fuerte mediumnidad, como si el defecto corporal produjera lo que podría llamarse una dislocación del alma, con la facilidad de quedar libre esta para una acción independiente.

Así se explica también que la mediumnidad de la señora Piper fuera consecutiva a dos operaciones, y la de Home a una diátesis tuberculosa, aparte otros casos que podríamos citar. Su naturaleza era histérica, impetuosa y poco dócil; lo que no quiere decir que careciese de buenas cualidades. Lombroso afirma que:

Tenía una particular bondad de corazón que la impulsaba a gastar lo que ganaba con los pobres y los niños, y a sentir las desventuras de muchos desgraciados, al extremo de no dormir muchas noches pensando en ellos. Esa misma bondad de corazón le lleva a proteger a los animales maltratados.

Brindamos esas palabras del ilustre criminólogo a la atención de aquellos que creen que las fuerzas psíquicas son cosas del diablo.

CAPÍTULO XVI

GRANDES MÉDIUMS DESDE 1870 A 1900

**Charles H. Foster, Madame
d'Espérance, William Eglinton y Stainton
Moses**

Hubo muchos médiums notables y conocidos en el período de 1870 a 1900. Ya hemos mencionado a D. D. Home, Slade y Monck. Otros cuatro cuyos nombres perdurarán en la historia del movimiento, son el americano C. H. Foster, Madame d'Espérance, Eglinton y el Rev. W. Stainton Moses. Vamos a dar una breve referencia de ellos.



CHARLES H. FOSTER

Charles H. Foster tuvo la fortuna de contar con un biógrafo que al mismo tiempo era un admirador, tanto que le llamó «el más grande médium espiritista desde Swedenborg». Se da la tendencia, en parte de los escritores, de exagerar las facultades de los médiums con quienes estuvieron en contacto. No obstante, George C. Bartlett, el autor a que aludimos, prueba en su libro *The Salem Seer* que Foster, con quien tuvo amistad, fue realmente un médium muy notable. Su fama no se limitó a América, pues viajó intensamente, visitando Australia y Gran Bretaña. En este último país hizo amistad con Bulwer-Lytton, estuvo en Knebworth, y quedó convertido por el novelista en el protagonista de su obra *A Strange Story*.

Foster parece ser que fue un clarividente con un gran potencial, estando dotado del don especial de obtener el nombre o las iniciales de los espíritus evocados, en su propia piel, generalmente en el antebrazo. Aquel fenómeno lo repitió tantas veces y fue tan meticulosamente examinado, que no puede ponerse en duda. Cuál pueda ser su causa, es ya otra cuestión. Había varios puntos en la mediumnidad de Foster que sugerían la existencia de una vasta personalidad mediúmnica, mejor que la de una sola inteligencia exterior. Por ejemplo, es francamente increíble que los espíritus de los grandes desaparecidos como Virgilio, Camoens y Cervantes, estuvieran esperando la llegada de aquel iletrado ciudadano de Nueva Inglaterra para romper su silencio, y no obstante tenemos la autoridad de Bartlett a favor del hecho, ilustrado con muchas citas, de que mantuvo conversación con tales entidades, que estaban siempre listas para dictarle pasajes escogidos de sus numerosas obras.

Tal caso de familiaridad con la literatura, completamente en desacuerdo con la capacidad del médium, se parece al de los libros de consulta tan frecuentes en las bibliotecas estos últimos años, en los que vemos una cita de una línea por

cada uno de los volúmenes. No es precisa la presencia efectiva del autor de cada volumen; basta un indefinido poder para desprender el yo etéreo del médium, u otra entidad capaz de reunir los informes rápidamente de alguna forma. Los espiritistas han extremado tanto el caso, que realmente no es posible atribuir a todos los fenómenos psíquicos el valor que ellos les dan. El autor confiesa que con mucha frecuencia ha podido apreciar ese fenómeno dónde se nos transmite algo ya impreso sin que el médium pudiese, en condiciones normales, consultar ese escrito.

La facultad peculiar de Foster relativa a los nombres de los espíritus trazados en sus brazos tuvo algunos resultados cómicos. Bartlett describe la consulta hecha por un tal Adams a Foster:

Al salir, le dijo Foster que jamás en toda su larga experiencia mediúmnica había conocido individuo que haya traído tantos espíritus hasta el punto de que su sala de estar estaba llena de ellos, yendo y viniendo de un lado para otro. A eso de las dos de la madrugada del día siguiente, Foster vino a visitarme diciéndome:

«George, ¿quiere usted hacer el favor de encender el gas? No puedo dormir; todavía tengo mi habitación llena de la familia de Adams y parece que están decididos a poner sus nombres sobre mí».

Y para mi asombro apareció ante mi vista toda una serie de nombres de la familia Adams estampados sobre su cuerpo. Conté hasta once nombres distintos, uno escrito en la frente, otros en los brazos y varios en la espalda.

Tales acontecimientos sin duda servirán para alimentar a los que se burlan de todo. Aunque por cierto tenemos muchas evidencias de que el sentido del humor se intensifica en lugar de embotarse en el otro lado.

Ese don de la aparición de letras rojas como sangre en la piel de Foster, puede compararse al conocido fenómeno de

los estigmas que aparecen en los pies y las manos de los fieles devotos. En el caso de estos, la concentración del pensamiento sobre un punto determinado da esos resultados. En el de Foster pudiera ser que la concentración de una entidad invisible produjera el mismo efecto. No hay que olvidar que todos somos espíritus, y como tales tenemos las mismas fuerzas, ya sea dentro o fuera del cuerpo, aunque en grados diferentes.

Las opiniones de Foster acerca de su propia condición fueron muy contradictorias, pues frecuentemente declaró, como Margaret Fox-Kane y los Davenport, que él no aseguraba que sus fenómenos fueran obra de entes espirituales, mientras, por otra parte, todas sus sesiones se realizaban con la clara presunción de que era así. Lo mismo que D. D. Home, abundó en críticas contra los demás médiums, y, por ejemplo, jamás creyó en las facultades fotográficas de Muller, a pesar de que tales facultades estaban tan demostradas como las suyas propias. Tuvo en grado exagerado el espíritu inconstante de los médiums típicos, fácilmente sometidos a toda clase de influencias. Su amigo Bartlett, que tan bien le conocía, dice hablando de él:

Había en él un dualismo extravagante. No era únicamente el Dr. Jekyll y Mr. Hyde a la vez, sino que encarnaba al mismo tiempo media docena de Jekylls y de Hydes. Junto a maravillosas dotes tenía horribles deficiencias. Era un genio desequilibrado y diría que hasta un loco a veces. Por otra parte, tenía un gran corazón; lloraba por cualquier contrariedad, daba su dinero a los pobres, y todas las fibras de su sensibilidad vibraban con la desgracia ajena.

Otras veces ocurría todo lo contrario y se mostraba un perfecto desalmado. Se volvía displicente, y con la inconsciencia de un niño abusaba de sus amigos sin la menor consideración. Disgustó a muchos de ellos, como un caballo indómito a su jinete; en este sentido puede decirse que Foster era un caballo sin riendas.

Si por un lado no tenía vicios, por otro era absolutamente imposible de dirigir. Escogía el primer camino que se presentaba a su vista, aunque fuera el peor. No tenía la menor previsión, por lo que vivía al día, sin preocuparse del mañana.

Hacía exactamente lo que le venía en gana, sin reparar en las consecuencias. Jamás tomaba consejo del prójimo, sencillamente porque le era imposible seguirlo. Parecía impenetrable para los demás, aunque a veces se acomodaba al menor deseo ajeno. Su salud se conservó buena hasta el final de sus días. Cuando se le preguntaba: «¿Cómo va esa salud?», su contestación favorita, era: «Excelente. Simplemente estoy rebosante de salud». La misma naturaleza dual que demostró en sus trabajos.

Algunos días trabajaba desde por la mañana hasta altas horas de la noche, bajo un tremendo esfuerzo mental. Haciendo esto día tras día y noche tras noche.

Y otras veces estaba semanas enteras en la inacción, sin hacer nada absolutamente, gastando cientos de dólares y decepcionando a la gente, sin razón aparente alguna, sencillamente porque se sentía holgazán.

El segundo médium a que nos vamos a referir es Madame d'Espérance, cuyo verdadero nombre fue señora Hope, la cual nació en 1849, cultivando la mediumnidad durante treinta años, y extendiendo sus actividades a todo el continente europeo y a Gran Bretaña. Quien primero la dio a conocer al público fue T. P. Barkas, conocido ciudadano de Newcastle. En aquella época, la médium era una joven de mediana ilustración. Sin embargo, cuando estaba en semi-trance, llegaba a un alto grado de sabiduría y conocimiento. Barkas relata cómo preparaba él largas listas de preguntas referentes a todos los ramos del saber, siendo las contestaciones rápidamente escritas por la médium generalmente en inglés, pero también a veces en alemán y hasta en latín. Barkas, al describir aquellas sesiones, dice:

Debe admitirse por todo el mundo que nadie por medios normales puede contestar con todo detalle a cuestiones abstrusas pertenecientes a los más difíciles ramos de la ciencia completamente desconocidos por parte del que contesta. Debe además admitirse que nadie puede normalmente ver y dibujar con precisión minuciosa en una oscuridad completa. Que nadie, con los medios naturales de la visión puede leer el contenido de cartas cerradas, en plena oscuridad. Que nadie que desconozca absolutamente el alemán, puede escribir con rapidez y propiedad largas comunicaciones en alemán. Pues bien, todos esos fenómenos los realizó la médium, y están tan bien demostrados, como los sucesos corrientes de la vida diaria.



MADAME D'ESPÉRANCE

Sin embargo, no siendo aún conocidos los límites a que puede llegar la fuerza que produce la liberación total o parcial del cuerpo etéreo, no podemos atribuir tales manifestaciones a la intervención de los espíritus. Es posible que no sean más que una manifestación notable de la individualidad psíquica.

Pero la fama de Madame d'Espérance como médium tiene por base varios dones que eran de naturaleza más indudablemente espiritista. Ella misma nos da su descripción en el libro que escribió con el título de *El País de las Sombras*, obra que figura, junto con la de A. J. Davis, *Dirección mágica* y la de Turvet, *The Beginnings of Seership*, entre las más notables autobiografías psíquicas de nuestra literatura. La obra da una firme impresión de sinceridad.

En ella se narra de qué manera desde su más tierna niñez jugaba con los espíritus infantiles, que se le aparecían con tanta realidad como si estuvieron vivos. Tal poder de clarividencia lo conservó durante toda su vida, con el aditamento del raro don de las materializaciones.

El libro citado contiene fotografías de Yolande, una hermosa joven árabe, que fue para esa médium lo que Katie King para Florence Cook. El espíritu de aquella joven se materializaba, a veces, estando Madame d'Espérance sentada fuera de la cabina, en presencia de todos los concurrentes, de manera que la médium podía ver su propia emanación, tan íntima y, sin embargo, tan distinta. He aquí su propia descripción:

Su ligera vestidura permitía ver claramente el color acen-tunado de su cuello, sus hombros, brazos y caderas. La larga y ondulada cabellera negra caía por su espalda hasta más abajo de la cintura. Era pequeña, esbelta y graciosa, con grandes ojos negros y vivos. Recuerdo muy bien sus graciosos movimientos una vez que la vi medio transparente,

medio corpórea, deslizándose entre las cortinas como una cervatilla.

Hablando de sus sensaciones durante las sesiones, Madame d'Espérance dice que parecía como si una telaraña se tejiera entre su rostro y sus manos. Cuando penetraba la más leve luz entre las cortinas de la cabina, veía una masa blanquecina, confusa, flotando como el vapor de una locomotora, y de la cual emanaba una forma humana. En cuanto aparecía lo que llama telaraña, comenzaba a sentir en su cuerpo una sensación de vacío y parecía que se le disolvían brazos y piernas.

El ruso Alexander Aksakof, famoso investigador psíquico y director de los Estudios Psíquicos, ha descrito en su libro *Un caso de desmaterialización parcial* una extraordinaria sesión en la cual el cuerpo de esta médium fue parcialmente desmaterializado. Comentándolo, observa:

El hecho frecuentemente registrado de la semejanza de la forma materializada con la del médium, tiene aquí su explicación natural. Como esa forma no es sino una duplicación del médium es natural que tenga todos sus rasgos.

Como dice Aksakof, esto puede ser natural, pero es igualmente natural que ello provoque las burlas de los escépticos. Sin embargo, una larga experiencia de casos de ese género debería convencerles de que es cierto lo que el sabio ruso afirma. El autor ha asistido a sesiones de materialización en las cuales vio duplicaciones del rostro del médium con tanta claridad, que estuvo a punto de denunciarlas como fraudulentas, pero con paciencia y a fuerza de acumulación de energía psíquica, vio después el desarrollo de otros rostros que no había manera de confundir. En algunos casos le pareció también que las potencias invisibles (que a menudo producen sus efectos sin cuidarse de las falsas interpretaciones a que puedan dar lugar) utilizaban el rostro físico del

médium inconsciente y lo adornaban con apéndices ectoplásmicos para transformarlo. En otros casos puede creerse que el desdoblamiento etéreo del médium es base de una nueva creación. Así pudo ocurrir con Katie King, que a veces su cara se parecía a la de Florence Cook, mientras que se diferenciaba totalmente de ella en la estatura y color.

Otras veces los rostros materializados son completamente distintos. El autor ha presenciado las tres fases de la construcción de un espíritu con la médium americana Ada Besinnet, cuyo rostro ectoplásmico tomó el aspecto de un piel roja musculoso y bien desarrollado. La historia de Madame d'Espérance corresponde exactamente a tales variedades de poder. William Oxley, compilador de la notable obra en cinco volúmenes *Angelic Revelations*, describe en ella la producción de veintisiete rosas en una sesión de esta médium y de la materialización de raras plantas. He aquí sus palabras:

Al día siguiente pude obtener la planta (*ixora crocata*⁵⁰), de la que saqué una fotografía, y pude llevar a mi casa, colocándola en el invernadero bajo el cuidado del jardinero. Vivió por espacio de tres meses y, al cabo de ese tiempo, se marchitó. Guardé varias hojas y regalé otras, de las que el jardinero cortó de la extremidad del tallo, al trasplantarla.

En sesión que se celebró el 28 de junio de 1890, en presencia de Aksakof y del profesor Butlerof, de San Petersburgo, fue materializado un lirio dorado de 2 metros de altura. Se conservó por espacio de una semana durante la

⁵⁰ Los «aportes» de plantas y flores frescas en habitaciones cerradas eran fenómenos comunes con Madame d'Espérance. La mención de la *ixora crocata*, una planta tropical, subraya la imposibilidad de que fuera obtenida de forma natural en el clima del norte de Europa donde se realizaban las sesiones. El Vizconde Torres-Solanot, destacado espiritista tuvo la oportunidad de presenciar este fenómeno en numerosas ocasiones, gracias a las experiencias llevadas a cabo junto a la denominada médium de las flores. *Nota de Curso Espírita*.

que se tomaron seis fotografías, después de lo cual se desvaneció. Una de las fotografías se reprodujo en la obra *El País de las Sombras* (pág. 328).

Otro fenómeno que provocó la mayor admiración de cuantos lo presenciaron, fue la producción de una forma femenina algo menor que la médium, y conocida bajo el nombre de Y-Ay-Ali. Acerca de ella dice Oxley:

He visto muchas materializaciones de espíritus, pero por la perfección, la simetría del conjunto y belleza, jamás vi cosa igual.

La figura entregó a Oxley una planta que también había sido materializada, y luego se echó hacia atrás el velo. Le besó la mano y le tendió a su vez la suya, que Oxley besó igualmente.

Como se había interpuesto entre los rayos de luz, pude ver perfectamente su rostro y sus manos. Causaba deleite contemplar el conjunto; las manos, sobre todo, eran suaves, cálidas y perfectamente naturales, y a no ser por lo que ocurrió a continuación, habría creído que tenía entre las mías la mano de una dama encarnada permanentemente, del todo natural, y además exquisitamente hermosa y pura.

Luego explica cómo se retiró, a dos pasos de la médium, «a la vista de todo el mundo», desmaterializándose gradualmente, como si se disolviera empezando por los pies hasta quedar solo la cabeza emergiendo del suelo. La cabeza, a su vez, fue desvaneciéndose y dejando una nubecilla blanca que, al cabo de uno o dos segundos, también desapareció.

En la misma sesión se materializó la forma de un niño que vino a colocar tres dedos de su manecita sobre Oxley. Este cogió la mano del niño y la besó.

Oxley registra así mismo otro experimento notable y de alto valor probatorio. Mientras Yolande, la joven árabe, estaba hablando con una señora presente en la sesión, «la

parte superior de su vestidura blanca se desprendió y dejó al descubierto sus formas. Parece que eran imperfectas, pues el pecho estaba sin desarrollar y la cintura sin curva, lo cual constituía una prueba más de que la forma no era una simulación». Y pudo añadir que tampoco era la del médium.

Escribiendo acerca de «Cómo se siente un médium durante las materializaciones», Madame d'Espérance arroja alguna luz sobre la curiosa simpatía que se establece entre el médium y la forma espiritual. Describe una sesión en la cual estuvo actuando fuera de la cabina, y dicen *Medium and Daybreak*, 1893, pág. 46):

Y ahora aparece otra forma pequeña y delicada, con sus bracitos extendidos. Alguien, situado al extremo del círculo de los presentes, se acerca a ella y se abrazan. Oigo gritos de «¡Anna, oh, Anna, mi hija, mi querida hija!». Luego se levanta otra persona y echa sus brazos al cuello del espíritu, mientras oigo sollozos y exclamaciones mezcladas con bendiciones. Siento mi cuerpo movido de un lado a otro; todo se oscurece a mi vista. Siento unos brazos sobre mis hombros y el latir de un corazón sobre mi pecho. Percibo que algo raro ocurre. Y nadie está junto a mí, nadie repara en mí lo más mínimo. Todas las miradas se concentran en aquella pequeña figura, blanca y esbelta, que está en los brazos de dos señoras de las presentes.

Sin duda es mi corazón el que late tan distintamente, y son los brazos de otro ser los que me abrazan; jamás he sentido un abrazo tan efusivo. Comienzo a desvariar. ¿Quién soy yo? ¿Soy la aparición blanca o soy la persona que está sentada en la silla? ¿Son míos los brazos que están al cuello de esa niña o los que, están sobre mi pecho? ¿Soy yo el fantasma, y en ese caso cómo hay que llamar al ser que está en la silla?

Mis labios han sido besados, con toda seguridad. Mis mejillas están húmedas de las lágrimas abundantemente derramadas por las dos mujeres. Pero ¿cómo puede ser esto?

Esa sensación de la duda acerca de la propia identidad es espantosa. Deseo alargar una de las manos que descansan sobre mi seno, y no puedo. Deseo tocar a alguien para estar perfectamente segura de si soy yo o únicamente es un sueño. Si Anna soy yo o si yo me he desvanecido en ella, pero no lo logro.

Mientras la médium se halla en tal estado de duda, otro espíritu infantil que se ha materializado aparece y desliza sus manos entre las de Madame d'Espérance:

Me siento feliz percibiendo ese contacto, aun viniendo de un niño. Mis dudas acerca de quién soy y dónde estoy, han desaparecido. Y mientras estoy bajo esa impresión, la forma blanca de Anna desaparece en la cabina, y las dos mujeres vuelven a sus sitios, llorosas, temblando de emoción, pero intensamente felices.

Nada tiene de sorprendente que cuando uno de los asistentes a otra de las sesiones de Madame d'Espérance, asió la figura materializada, declarara que era la misma médium. Acerca de este particular es interesante conocer la opinión siguiente de Aksakof (*Un caso de desmaterialización parcial*, pág. 181):

Se puede asir la forma materializada y mantenerla cogida creyendo con seguridad que se coge a la médium misma en carne y hueso; y, no obstante, no puede decirse que esto sea una prueba de fraude. Puede ocurrir el desdoblamiento de la médium hasta el grado de que solo quede en la silla, detrás de la cortina, un *simulacro invisible* de ella. Es obvio que ese simulacro —pequeña parte fluida y etérea— será inmediatamente absorbido por la forma ya densamente materializada, a la que nada falta puesto que es la propia médium más que el dicho fluido invisible.

Aksakof, en la Introducción que puso al libro *El País de las Sombras*, de Madame d'Espérance, paga a esta un preciado tributo como mujer y como médium, diciendo que

estaba tan interesada como él mismo en el hallazgo de la verdad, por lo que se sometió a todas las pruebas que él le pidió.

Un episodio interesante en la vida de Madame d'Espérance, fue haber conseguido reconciliar al profesor Friese, de Breslau, con el profesor Zöllner, de Leipzig. Se había roto la relación entre ambos amigos a causa de la profesión de fe en el Espiritismo hecha por Zöllner, pero la médium inglesa logró dar tales pruebas a Friese, que este ya no impugnó las ideas de su amigo.

En el curso de los experimentos de Oxley con Madame d'Espérance, se tomaron moldes de manos y pies de figuras materializadas con las partes de las muñecas y de los tobillos, muy ceñidas para que no pudieran salir del molde las extremidades si no era por desmaterialización.

En vista del gran interés suscitado por los moldes de parafina que se realizaron en París (1922) con el médium Kluski, es curioso notar que el mismo experimento ya se realizó por este estudiante de Manchester, en 1876, pasando desapercibido para la prensa.

La última etapa de la vida de Madame d'Espérance transcurrió casi siempre en Escandinavia, amargada por su mal estado de salud, que fue provocada originalmente por la conmoción que sufrió cuando trataron de apresar a Yolande unos incautos investigadores en Helsingfors en 1893.

Nadie ha pintado mejor que ella el sufrimiento de los médiums ante la ignorancia del mundo que les rodea. El último capítulo de su libro lo dedica a ese tema, diciendo:

Hoy el mundo es ya mejor que antes, y creo posible que los continuadores de mi labor en la próxima generación no tengan que combatir, como yo, contra el fanatismo y los duros juicios de nuestros adversarios.

Cada uno de los médiums objeto de este capítulo, tuvo uno o más libros consagrados a su labor. Sobre William Eglinton, de quien ahora hablaremos, hay un notable volumen, *Twixt Two Worlds*, por J. S. Farmer, que abarca casi toda su vida.

Eglinton nació en Islington el 10 de julio de 1857, y tras un corto período escolar, entró al servicio del negocio de impresión y edición, que explotaba un pariente. Desde niño reveló una vivísima imaginación, siendo soñador y sensitivo, pero, al contrario que muchos otros grandes médiums, no mostró en su niñez signo alguno que revelara sus facultades psíquicas. En 1874, a los diecisiete años, Eglinton entró en el círculo familiar donde su padre investigaba los fenómenos del Espiritismo. Hasta entonces el círculo no había obtenido ningún resultado, pero el día en que ingresó el joven la mesa se elevó del suelo, tanto, que los presentes tuvieron que ponerse en pie para continuar teniendo sus manos sobre el mueble. Fueron contestadas a satisfacción de los presentes cuantas preguntas se formularon. En la siguiente sesión el joven cayó en trance, y empezaron a recibirse comunicaciones de su madre fallecida. En pocos meses se desarrolló su mediumnidad con manifestaciones cada vez más notables. Se extendió su fama de médium, recibiendo numerosas demandas de sesiones, pero se opuso a todas las instancias que se le hicieron para que se convirtiese en médium profesional, hasta que finalmente decidió serlo en 1875.

Eglinton expone de esta manera sus ideas y sentimientos al comenzar su actuación como médium:

Mis hábitos antes de entrar en la nueva vida, eran los de un muchacho siempre alegre; pero desde que me encontré en presencia de los «investigadores» se infiltró en mí una sensación extraña y misteriosa que ya no debía abandonarme. Me senté a la mesa el primer día decidido a que si ocurría algo extraño yo podría evitarlo. Y, en efecto,

ocurrió, pero nada pude hacer para impedirlo. La mesa comenzó a dar señales de vida y de fuerza; se levantó del suelo súbitamente, elevándose en el aire, al extremo que tuve que levantarme para llegar a ella. Todo esto ocurría a plena luz de gas. Más tarde contestó con toda exactitud a las preguntas que se le dirigían.



WILLIAM EGLINTON

A la noche siguiente, asistimos llenos de emoción a las nuevas manifestaciones, con una asistencia aún más numerosa, pues la noticia de que «habíamos visto y hablado con los espíritus» cundió rápidamente.

Después de leer la oración acostumbrada, me pareció que ya no estaba en este mundo. Experimenté una sensación

extática, y caí en trance. Todos mis amigos eran novicios en la materia, y trataron volverme en mí, sin el menor resultado. Al cabo de media hora recobré la conciencia, sintiendo un gran deseo de volver a caer en el estado anterior.

Obtuvimos comunicaciones que fueron estimadas como concluyentes, y claramente, bajo mi punto de vista, el espíritu de mi madre había vuelto a nuestro lado. Entonces comencé a comprender cuán vacía y superficial había sido mi vida pasada, y sentí un placer indescriptible al saber, sin el menor género de duda, que los que se fueron de este mundo pueden volver a él para demostrarnos la inmortalidad del alma.

En la tranquilidad de nuestro círculo familiar disfrutamos hasta el más alto grado de la comunicación con los desaparecidos y he pasado muchas horas de felicidad de esta manera.

En dos aspectos se parecía su trabajo al de D. D. Home. El primero, que sus sesiones tenían lugar, generalmente, a plena luz, y siempre se sometía con la mejor voluntad a las pruebas que se le proponían. El segundo, que los resultados de sus sesiones fueron observados y recogidos por hombres eminentes y muy buenos testigos críticos.

Eglinton, como Home, viajó mucho, y su mediumnidad fue estudiada en numerosos sitios.

En 1878, se embarcó para Sudáfrica, y el año siguiente pasó a Suecia, Dinamarca y Alemania.

En febrero de 1880 estuvo en la Universidad de Cambridge, dando sesiones bajo los auspicios de la Sociedad Psicológica.

En marzo del mismo año se fue a Holanda y de allí a Leipzig, celebrando sesiones, a las que asistieron el profesor Zöllner y otros miembros de aquella Universidad.

Siguieron Dresde, Praga y Viena, dando en esta última treinta sesiones, a las cuales concurrieron muchos miembros

de la más alta clase social. En Viena fue huésped del barón de Hellenbach, conocido autor, que en su libro *Prejudices of Mankind*, describió los fenómenos allí registrados.

Después de regresar a Inglaterra partió para América, el 12 de febrero de 1881, permaneciendo allí unos tres meses.

En noviembre del mismo año marchó a la India, y después de dar numerosas sesiones en Calcuta, regresó en abril de 1882. En 1883 visitó París, y en 1885 volvió a Viena y París. Posteriormente visitó Venecia, que describió «como verdadera Meca del Espiritismo».

En París, Eglinton encontró al famoso artista M. Tissot, con quien tuvo una sesión, visitándole luego en Inglaterra. Tissot ha inmortalizado en un cuadro titulado «Aparición mediúmnica», una notable sesión de materialización, en la cual aparecieron dos figuras, una de las cuales era una señora, pariente del artista. El cuadro, de Tissot, verdaderamente hermoso, una de cuyas copias está expuesta en el domicilio de la Alianza Espiritista, de Londres, muestra a las dos figuras iluminadas por las luces sobrenaturales que llevan en las manos. Tissot ejecutó además un retrato del médium, que ilustra la portada del libro de Farmer, *Twixt Two Worlds*.

Un ejemplo típico de su primera mediumnidad física es el que refieren Kislingbury y el Dr. Carter Blake en *The Spiritualist* de 12 de mayo de 1876. Se cosieron las mangas de la chaqueta de Eglinton detrás de la espalda, cerca de la cintura, con hilo de algodón blanco, muy fuerte.

La comisión encargada de tomar esas precauciones ató luego al médium a la silla, pasándole una cinta por el cuello y colocándole detrás de la cortina de la cabina, frente a los concurrentes, con los pies y las rodillas visibles.

Delante del médium, fuera de la cabina y a la vista de los asistentes, se puso una mesita y encima de ella varios objetos.

Se situó un instrumento de cuerdas invertido sobre sus rodillas junto con un libro y una campanilla de mano.

Al cabo de unos instantes, las cuerdas del instrumento se pusieron a vibrar, aunque ninguna mano visible las tocara; el libro colocado enfrente de los asistentes se abrió y cerró gran número de veces, de modo que todos pudieron darse cuenta exacta del experimento; y la campanilla se puso a sonar sin que nadie la levantara ni agitase. Una caja de música que se emplazó después cerca de la cortina, quedando perfectamente visible, comenzó a tocar estando la tapa cerrada.

A través de la cortina se veían dedos y manos extendidas. Un instante después de estas últimas apariciones, el capitán Rolleston, que estaba entre los presentes, fue invitado a pasar la mano a través de la cortina y verificar si las ataduras y los cosidos permanecían intactos. El capitán comprobó que así era, en efecto, y lo mismo hicieron más tarde otros señores.

Era aquella una de las sesiones experimentales dadas bajo los auspicios de la Asociación Británica de Espiritistas, en su local social, 38, calle Great Russell, de Londres. Refiriéndose a ellas *The Spiritualist*, dijo (12 de mayo de 1876):

Las manifestaciones probatorias llevadas a cabo con Eglinton son de gran valor, no porque otros médiums no puedan obtener los mismos resultados concluyentes, sino porque en este caso han sido observados y registrados por críticos de calidad cuyo testimonio es de mucho peso ante el público.

Al principio, las materializaciones de Eglinton eran obtenidas solo a la luz de la luna, estando todos los presentes alrededor de la mesa y con supresión de la cabina. Además, el médium se hallaba generalmente en estado consciente. Actuó con aquella luz, inducido a ello, por un amigo que había asistido a una reunión con un médium profesional, y ya

desde entonces se creyó obligado a continuar de la misma manera.

Una característica de sus sesiones de materialización era el hecho de sentarse entre los presentes, quienes le tenían sujetas las manos. Bajo tales condiciones, fueron vistas formas completas, materializadas, con luz suficiente para que los reunidos las examinaran bien.

En enero de 1877, Eglinton dio en Londres una serie de sesiones no profesionales en el domicilio de la señora Mardougall Gregory (viuda del profesor Gregory, de Edimburgo). A ellas asistieron Sir Patrick y Lady Colquhoun, Lord Borthwick, Lady Jenkinson, Rev. Maurice Davies, Lady Archibald Campbell, Sir William Fairfax, Lord y Lady Mount-Temple, general Brewster, Sir Garnet y Lady Wolseley, Lord y Lady Avenmore, profesor Blackie y muchos otros. W. Harrison, director de *The Spiritualist*, describe así una de aquellas sesiones (*The Spiritualist*, 23 febrero 1877):

En la noche del lunes último, diez o doce amigos nos reunimos alrededor de una mesa circular, con las manos juntas, quedando el médium, W. Eglinton entre dos de los asistentes. No había en la habitación más personas que los sentados a la mesa. Un fuego mortecino daba una luz mitigada, que solo permitía ver el perfil de los objetos.

El médium se hallaba sentado en la parte de la mesa más cercana al hogar, es decir, de espaldas a la luz. Lentamente surgió del suelo una forma con el aspecto y las proporciones de un hombre, hasta el nivel de la mesa, y a la distancia de un pie, detrás del codo derecho del médium. La persona, inmediatamente más cercana, era la señora Wiseman. La forma aparecía cubierta con una vestidura blanca, pero no se le podía ver el rostro. Como estaba junto al fuego, los concurrentes más próximos a la forma podían verla más directamente, y como eran cuatro o cinco, no podía decirse que la aparición fuera resultado de impresiones subjetivas.

La forma, después de elevarse hasta el borde de la mesa, se hundió y ya no volvió a aparecer como si hubiera agotado todas sus fuerzas. Eglinton se hallaba en casa ajena y en traje de noche. Era aquella una manifestación que no podía ser producida por medios artificiales.

Otra reunión descrita por Dawson Rogers presentó características notables. Tuvo lugar el día 17 de febrero de 1885, en presencia de catorce investigadores. Aunque se usó un cuarto interior a guisa de cabina, Eglinton no la ocupó, sino que se colocó entre los concurrentes sentados formando un semicírculo.

En tales condiciones se materializó una forma que circuló entre los presentes estrechándoles las manos. Luego la forma se acercó a Eglinton, a quien sujetaba Rogers para evitar que cayera, y cogiéndole por los hombros le llevó consigo a la cámara que hacía oficio de cabina. Rogers dice:

La forma era la de un hombre, varios centímetros más alto y de más edad que el médium. Llevaba puesta una vestidura blanca vaporosa; parecía lleno de vida y animación y en ciertos momentos estuvo a más de 3 metros de distancia del médium.

Es muy interesante una fase de la mediumnidad de Eglinton conocida por pneumatografía, o escritura sobre pizarra, acerca de la cual hay multitud de testimonios. Lo digno de notar es que durante más de tres años estuvo dando sesiones sin producir ni un rasgo de escritura.

Solo a partir del año 1884 concentró sus fuerzas para aquella forma de manifestación, considerada como la más adaptada a los principiantes, sobre todo en las sesiones efectuadas en plena luz.

Eglinton, al negarse a dar una sesión de materialización ante cierto número de investigadores sin experiencia, alegó las siguientes razones:

Sostengo que el médium está colocado en una posición de mucha responsabilidad, y que por eso tiene la obligación de satisfacer solo hasta el límite de lo posible, a quienes a él acuden.

Ahora bien, mi experiencia, que es mucha y muy variada, me ha conducido a la conclusión de que ningún escéptico por honrado o de buena fe que sea, puede ser convencido en una sesión de materialización, y lo que ocurre en esos casos es que el escepticismo de los tales se hace mayor y el médium queda desacreditado.

Otra cosa bien distinta ocurre en un círculo de espiritistas bien armonizados y lo suficientemente avanzados para presenciar tales fenómenos con quienes siempre encuentro placer en reunirme. Los neófitos deben ser preparados por otros métodos.

Si a tu amigo le complace asistir a una sesión de escritura sobre pizarra, estaré encantado de concertar una hora; pero de otra clase no, por las razones antedichas, y sobre las cuales os ruego meditéis, así como todos los espiritistas conscientes».

En el caso de Eglinton, debe advertirse que fueron usadas las pizarras de colegio vulgares —siempre con libertad por parte de los concurrentes de llevar consigo las que ellos quisieran. Después de lavadas se ponía sobre ellas un trozo de tiza, colocándolas debajo de la mesa, apretadas contra esta por la mano del médium, cuyo pulgar se apoyaba sobre la superficie del mueble, siendo, por lo tanto, visible para todos los asistentes a la sesión. En el mismo momento se oía el rasgueo de la escritura, y después de una señal consistente en tres golpes, era examinada la pizarra, viéndose en ella un mensaje escrito. Después se usaron en las mismas circunstancias dos pizarras atadas fuertemente con bramantes, una contra otra, así como también una de las llamadas pizarras de caja, las cuales están provistas de cerradura y llave. Varias veces se obtuvo la escritura en una pizarra colocada en la

superficie superior de la mesa, con la tiza interpuesta entre ambas.

El célebre político, Gladstone, asistió a una sesión con Eglinton el 29 de octubre de 1884, manifestándose muy interesado por lo que sucedió. Al publicarse la reseña en el periódico *Light*, fue copiada por casi todos los periódicos importantes del reino, y gracias a tal publicidad el movimiento tuvo un auge considerable. Al terminar la sesión, Gladstone declaró:

Siempre he pensado que los hombres de ciencia se mueven dentro de los mismos moldes. Su noble trabajo se desenvuelve en esferas especiales de investigación, pero no se aventuran en exploraciones que estén en discrepancia con sus determinadas maneras de pensar. Incluso no es raro que lleguen a negar aquello que no hayan investigado, sin reflexionar que bien pueden existir fuerzas en la naturaleza que ignoren completamente.

Poco después, Gladstone, aunque nunca profesó el Espiritismo, confirmó su gran interés a favor de este, ingresando en la Sociedad de Investigación Psíquica.

Eglinton no se vio tampoco libre de los ataques acostumbrados. En junio de 1886, la señora Sidgwick, esposa del profesor Sidgwick, de Cambridge, uno de los fundadores de la Sociedad de Investigación Psíquica, publicó un artículo en la *Revista* de la citada corporación, titulado «Eglinton», en el cual, después de describir más de cuarenta sesiones de escritura sobre pizarra con dicho médium, dice:

Por lo que a mí se refiere, no tengo la menor duda en atribuir las manifestaciones a un hábil escamoteo.

Aquella señora no conocía bien a Eglinton ni, en realidad, había observado con la atención debida las experiencias de este. En el artículo invitó a los lectores que las hubieron presenciado a que diesen su opinión sobre ellas.

Y, en efecto, gran número de aquellos acudieron a su llamamiento. El doctor George Herschell, prestidigitador aficionado, dio a la señora Sidgwick una de las muchas réplicas convincentes que suscitó su artículo. La Sociedad de Investigación Psíquica respondió asimismo con un curioso informe de los resultados obtenidos por S. J. Davey, quien pretendía obtener mediante trampas, resultados parecidos y aún más sorprendentes en la escritura sobre pizarras que los obtenidos por Eglinton. En fin, C. C. Massey, abogado, un muy competente y experimentado observador, miembro también de la sociedad citada, corroboró la opinión de tantos otros escribiendo a Eglinton con referencia al artículo de la señora Sidgwick las siguientes palabras:

Estoy de acuerdo con lo que usted dice respecto de que dicha señora «no aduce ni una partícula como prueba» que apoye su injurioso juicio en contraposición con el cúmulo de testimonios que hay a favor de usted. Solo se apoya en presunciones contrarias al sentido común y a la realidad.

Al fin y al cabo, el rudo ataque de la señora Sidgwick contra el médium tuvo excelente resultado, porque provocó gran cantidad de testimonios en favor de la efectividad de las manifestaciones registradas en las sesiones de Eglinton.

En otras ocasiones fue también este objeto de denuncias de fraude. Una de ellas en Múnich, donde fue contratado para dar una serie de doce sesiones. Diez de ellas habían tenido pleno éxito, pero a la undécima se descubrió en la sala una rana mecánica, viéndose también que los instrumentos musicales preparados para la sesión habían sido ennegrecidos secretamente. Tres meses más tarde, uno de los asistentes a la sesión, declaró que él fue quien llevó a la sesión el juguete mecánico. No se encontró explicación al hecho de haberse hallado los instrumentos ennegrecidos, pero la circunstancia de que las manos del médium hubieran estado

constantemente atadas durante el experimento constituyó la mejor refutación del cargo.

Un conocimiento más completo nos ha demostrado con el paso del tiempo que los fenómenos físicos dependen del ectoplasma, y que este ectoplasma se reabsorbe en el cuerpo del médium junto con cualquier materia colorante que haya entrado en contacto con él. Así, en el caso de la señorita Golligher después de un experimento con carmín, el Dr. Crawford encontró manchas de carmín en varias partes de su piel. Así, tanto en el caso de la rana mecánica y del tinte negro sucedía como tantas otras veces que eran los contradictores los que estaban detrás y no el desafortunado médium.

Otro cargo más serio fue el que le hizo el archidiácono Colley al declarar que en el domicilio de Owen Harries, donde Eglinton daba una sesión, descubrió en una maleta del médium un trozo de muselina y una parte de barba, correspondientes supuestamente a las porciones de vestido y cabello de las figuras materializadas. La señora Sidgwick, en su artículo, reprodujo las acusaciones del archidiácono Colley, contra las cuales Eglinton opuso una negativa solemne.

Discutiendo aquel incidente el periódico *Light*, dijo que los cargos en cuestión se examinaron por el Consejo de la Asociación Nacional Británica de Espiritistas, pero no pudo dar fallo alguno por no haber logrado obtener pruebas directas de los acusadores. Y prosigue:

La señora Sidgwick ha suprimido algunos hechos en su artículo. En primer término, omite que los supuestos sucesos ocurrieron dos años antes de la carta en la cual el acusador formula los cargos, sin que en ese tiempo hiciera la menor revelación, decidiéndose únicamente ello a consecuencia de sus roces con la Asociación Nacional Británica de Espiritistas. En segundo lugar, la señora Sidgwick suprime de la carta citada pasajes muy esenciales. Por todo lo

cual, afirmamos que nadie acostumbrado a examinar y pensar las pruebas de una manera honrada, puede prestar a esa carta la menor atención.

Con todo, debe admitirse que cuando un espiritista de corazón como el archidiácono Colley, hace un cargo tan concreto, no puede repudiarse ligeramente. Hay siempre la posibilidad de que un gran médium, al notar que las fuerzas le abandonan, recurra al fraude para disimular la deficiencia en tanto que vuelve a recobrar sus facultades. Home nos relata cómo se vio privado de sus fuerzas tardando un año en volver a recuperarlas.

Cuando un médium vive de su trabajo, el menor debilitamiento de sus fuerzas puede constituir una gran tentación para recurrir al fraude. Como quiera que fuere en aquel caso, lo cierto es que existe un cúmulo de pruebas que abonan la realidad de los poderes de Eglinton y no hay manera de rechazar esas pruebas. Entre los que conocían sus facultades se cuenta Kellar, el famoso mago, quien afirmó que los fenómenos psíquicos de Eglinton iban mucho más allá de las posibilidades juglarescas.

No hay escritor que haya dejado huella más señalada en lo que al aspecto religioso del Espiritismo se refiere que el Reverendo W. Stainton Moses. Sus inspirados escritos confirmaron plenamente hechos que habían sido ya aceptados y definieron muchos otros de los que solo se tenían vagos indicios. Los espiritistas le reputan como el mejor exponente moderno de sus ideas. No lo consideran empero como infalible, ni él se tuvo por tal. Y en comunicaciones póstumas, con pruebas de ser verídicas, declara que su visión más amplia en la vida espiritual ha modificado sus ideas en determinados puntos. Tal es el inevitable resultado que la nueva vida tendrá para cada uno de nosotros. A esas ideas nos referiremos en el capítulo relativo a la religión de los espiritistas.

Además de predicador religioso muy inspirado, Stainton Moses era un poderoso médium, constituyendo uno de los pocos que podía seguir el precepto de demostrar con obras las palabras.

Aunque brevemente, referiremos aquí algunos de sus hechos como médium físico:

Stainton Moses nació en Lincolnshire el 5 de noviembre de 1839, educándose en la Escuela de Bedford y en el Colegio Exeter, de Oxford. Se consagró al sacerdocio, y después de algunos años de servicio en varios lugares, fue director del University College School. Es curioso que, durante una de sus vacaciones como profesor, visitara el monasterio del Monte Athos, permaneciendo allí seis meses, cosa muy rara en un protestante inglés. Más tarde aseguró que aquello fue el comienzo de su obra psíquica.



REV. W. STAINTON MOSES

En la época en que Stainton Moses solo era un sacerdote, tuvo ocasión de demostrar su valor y su sentimiento del deber. Se había declarado una grave epidemia de viruela en su parroquia y no había médico en ella. Uno de sus biógrafos dice:

Día y noche los pasaba a la cabecera de la cama de alguna pobre víctima del terrible mal, y a veces, después de haber asistido a los últimos momentos de los moribundos, se vio obligado a combinar los oficios de sacerdote con los de sepulturero, efectuando el enterramiento de los cadáveres con sus propias manos. Así, nada tiene de extraño que al despedirse de su parroquia recibiera los más calurosos testimonios de agradecimiento por parte de aquel vecindario.

En 1872 fue atraído al Espiritismo en las sesiones celebradas con William y Lottie Fowler. Ya desde mucho antes vio que poseía el don de la mediumnidad hasta un grado poco corriente.

Pero entonces llevó a cabo sus primeros y profundos estudios de la cuestión, poniendo toda su inteligencia en el examen de cada uno de los aspectos del problema. Sus obras con la firma de «M. A. Oxon», figuran entre las clásicas del Espiritismo, sobresaliendo las tituladas *Enseñanzas espiritistas* y *Aspectos superiores del Espiritismo*. Más tarde fue nombrado director del periódico *Light*, cuyas tradiciones y prestigio sostuvo durante varios años. Su mediumnidad progresó a la vez en vastas proporciones, comprendiendo casi todos los fenómenos físicos.

Tales resultados no fueron, sin embargo, conseguidos hasta que hubo pasado por su período de preparación.

Durante largo tiempo —dice— he estado sin poder lograr las pruebas que me hacían falta, y si hubiera hecho lo que tantos otros investigadores, habría muchas veces abandonado la empresa descorazonado. Mi estado de ánimo era

demasiado positivo y tuve que imponerme verdaderos sacrificios antes de conseguir lo que deseaba. Poco a poco, un día por un lado y al siguiente por otro, acabó por imponerse la evidencia *cuando estuvo abierta mi inteligencia para recibirla*. Seis meses de esfuerzos diarios persistentes me fueron necesarios para hacerme con la prueba de la existencia de los espíritus y de su poder de comunicación.

Por la acción psíquica de Stainton Moses, pesadas mesas se elevaron en el aire, y libros y cartas pasaron de una habitación a otra *a plena luz*. Hay pruebas irrecusables de tales manifestaciones suministradas por testigos de mayor excepción.

Serjeant Cox, ya fallecido, en su libro: *What am I?* registra el siguiente incidente acaecido con Stainton Moses:

Un día vino a mi casa para que nos fuéramos juntos a una cena a la que estábamos invitados. Ya entonces había demostrado tener un poder considerable como psíquico. Como había media hora de tiempo, pasamos al comedor. Eran solo las seis y por supuesto había plena luz del día. Me entretuve en leer algunas cartas mientras él leía *The Times*.

La mesa de mi comedor es de caoba, muy pesada, conforme al estilo antiguo, de 1,8 metros de ancho por 2,7 de largo. Descansa sobre una alfombra turca, la cual hace aún más difícil moverla. Según comprobamos después, para desplazarla, siquiera unos centímetros, fue precisa la fuerza de dos hombres fuertes. Ningún tapete cubría la mesa, sobre la cual caía de lleno la luz diurna.

En la habitación no había más personas que Stainton Moses y yo. De pronto oímos en la mesa fuertes y repetidos golpes. Mi amigo estaba en aquel momento sentado con el periódico entre ambas manos, uno de los brazos descansando en la mesa y el otro en el respaldo de la silla, medio vuelto con relación a la primera, de modo que los pies y las piernas no estaban debajo de la mesa, sino al lado de ella. El mueble comenzó a tener una especie de convulsión y se

movió de un lado a otro tan violentamente que sus ocho recias patas parecieron dislocarse. Luego avanzó 8 centímetros. Miré debajo del mueble para estar seguro de que nadie lo tocaba, pero continuó moviéndose y resonando sobre su superficie los golpes sordos.

Ese súbito acceso de fuerza en tal tiempo y en semejante sitio, sin otras personas presentes que mi amigo y yo, ajenos como estábamos a toda idea de invocación, nos causó a ambos la mayor estupefacción.

Mi amigo me dijo que hasta entonces jamás le había ocurrido nada semejante. En vista de ello le sugerí que sería una oportunidad inapreciable, con semejante fuerza en acción hacer una prueba de movimiento sin contacto. La presencia de dos personas solamente, en pleno día, el tamaño y el peso de la mesa podrían dar al experimento un carácter decisivo.

De acuerdo con mi sugestión permanecimos ambos de pie, cada uno a un extremo de la mesa, a 60 centímetros de distancia de esta y con las manos encima del mueble a una altura de 20 cm, es decir, sin tocarlo. Al cabo de un minuto, el mueble tuvo sacudidas violentas y empezó a moverse sobre la alfombra, recorriendo un espacio de 17 centímetros. Luego se levantó a 8 cm del suelo por la parte junto a la cual permanecía mi amigo, seguidamente hizo lo propio por el lado en que yo me hallaba, y finalmente, cuando mi amigo, manteniendo sus manos a una altura de 10 cm sobre la superficie de la mesa, ordenó que se levantara hasta tocarle tres veces las manos, el mueble obedeció. A otra orden igual, la mesa se elevó hasta tocar mis manos en circunstancias semejantes.

En Douglas (Isla de Man), durante un domingo de agosto de 1872, se dio una notable exhibición del poder de Stainton Moses. Los hechos relatados por él mismo fueron corroborados por el doctor y la señora Speer, en cuya casa dieron principio los fenómenos, durando desde por la mañana hasta las diez de la noche. Los ruidos seguían al médium por donde quiera que fuera, y hasta en la iglesia, tanto él, como

el doctor y la señora Speer los oyeron, estando sentados en un banco. Al volver de la iglesia Stainton Moses, se encontró en su habitación con que los objetos del tocador habían sido puestos sobre la cama en forma de cruz. Fue entonces en busca del Dr. Speer para que viera lo que había ocurrido, pero al regresar al dormitorio descubrió que el cuello que se había quitado minutos antes había sido colocado, aprovechando su ausencia, alrededor de la improvisada cruz.

De acuerdo con el Dr. Speer cerraron con llave la puerta del dormitorio y se fueron a comer.

En todo el curso de la comida continuaron los ruidos y la mesa, que era bastante pesada, se movió tres o cuatro veces. Inspeccionada de nuevo la habitación, se vio que otros dos objetos de tocador habían sido sacados del estuche y añadidos a la cruz. Hay que tener en cuenta que la primera vez no había nadie en la casa que hubiera podido preparar algún truco, y después se tomaron todas las precauciones necesarias para impedir cualquier artimaña.

En las sesiones que por aquellos días dio Stainton Moses con el doctor y la señora Speer, se recibieron varias comunicaciones, quedando en ellas bien demostrada la identidad de los espíritus, con nombres, fechas y lugares, desconocidos por los presentes, pero comprobados después.

Se dice que estuvo asociado a la mediumnidad de Stainton Moses un grupo de espíritus, que a través de aquel enviaron mensajes por medio de la escritura automática, comenzando el 30 de marzo de 1873 y continuando hasta el año de 1880. Puede verse una selección de dichos mensajes en la obra *Enseñanzas espiritistas*.

En la introducción de dicho libro, escribe Stainton Moses:

Las comunicaciones fueron siempre de carácter puro y elevado, de aplicación a mi caso, para mi propia guía y dirección.

Puede decirse que, en aquellos mensajes, que continuaron hasta 1880, no había nada vacío, nada baladí, nada incongruente o vulgar, nada falso o que indujese a error, nada que no fuera instructivo, que no ilustrara y guiase como fruto de espíritus aptos para tal misión. Sus palabras eran palabras de sinceridad, encaminadas a un fin serio».

En la obra de A. W. Tetley, *The Controls of Stainton Moses* (1923), puede hallarse la lista de las personas que intervinieron en aquellas comunicaciones, algunas muy conocidas.

Stainton Moses contribuyó a la formación de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, en 1882, pero dimitió del cargo que en ella ocupaba en 1886, disgustado por el trato que la Sociedad dio al médium William Eglinton.

Fue el primer presidente de la Alianza Espiritista de Londres, fundada en 1884, puesto que ocupó hasta su fallecimiento.

Además de los libros *Spirit Identity* (1879), *Higher Aspects of Spiritualism* (1880), *Psychography* (segunda edición, 1882) y *Spirit Teachings* (1883), colaboró asiduamente en la prensa espiritista, en el *Saturday Review*, el *Punch* y otros periódicos de primera línea.

F. W. H. Myers, en las *Actas de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas*, ha resumido magistralmente la mediumnidad de Stainton Moses, diciendo al morir este:

Considero su vida como una de las más notables de nuestra generación y de pocos hombres he oído hechos comparables en importancia a los de Stainton Moses.

Los diferentes médiums de quienes nos hemos ocupado en el presente capítulo representan los distintos tipos de

mediumnidad que dominaron en aquel período. No obstante, hubo otros muchos tan conocidos como los que hemos estudiado. Entre los más notables figuran la señora Guppy, que demostró facultades en algunos aspectos nadie ha superado; la señora Everitt, que durante toda su larga vida fue un excelente centro de fuerza psíquica, y la señora Mellon, que destacó, en Inglaterra y en Australia, con sus materializaciones y sus fenómenos físicos.

CAPÍTULO XVII

LA SOCIEDAD DE INVESTIGACIONES PSÍQUICAS

Estaría fuera de lugar en el presente volumen una relación completa de los trabajos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, con su extraña miscelánea de buenos servicios prestados a la causa y de obstrucción a la misma. Sin embargo, algunos de esos trabajos necesitan ser estudiados y otros discutidos.

En cierto sentido la obra de la Sociedad ha sido excelente, pero ya desde el principio cometió el error capital de adoptar un aire desdeñoso hacia el Espiritismo, lo cual tuvo por consecuencia el que se indispusiera con cierto número de personas que hubieran podido ayudarle en sus trabajos y, sobre todo, ofender a aquellos médiums sin cuya voluntaria cooperación la Sociedad no podía abrirse camino para su labor.

Actualmente la Sociedad posee un magnífico salón de sesiones, pero la dificultad está en convencer a los médiums para que actúen en él, y esa dificultad no puede por menos de existir, ya que, tanto el médium como la causa a que está adscrito, corren peligro cuando son mal interpretados o a las pruebas se hacen preceder los cargos injuriosos, como muchas veces ocurrió en pasadas ocasiones.

La investigación psíquica ha de empezar por respetar los sentimientos y las ideas de los espiritistas, pues no hay duda de que sin estos no existiría aquella.

Pero, en fin, aparte la indignación con que los espiritistas recibieron sus críticas ofensivas, no deben estos olvidar que la Sociedad realizó en distintas ocasiones, como ya hemos dicho, una labor excelente. Ha sido, por ejemplo, la madre de otras sociedades más activas que ella. Ha formado un número de personas, tanto en Londres como en América, que se rindieron a la evidencia, convirtiéndose en entusiastas adeptos del Espiritismo.

No es exagerado decir que casi todas las grandes figuras de nuestra intelectualidad acabaron, gracias a ella, por aceptar el psiquismo. Entre ellos, Sir William Crookes, Sir Oliver Lodge, Russel Wallace, Lord Rayleigh, Sir William Barrett, el profesor William James, el profesor Hyslop, el Dr. Richard Hodgson y F. W. H. Myers.

Había existido antes otro centro de la misma naturaleza, la Sociedad Psicológica de Gran Bretaña, fundada en 1875 por Serjeant Cox, tras cuya muerte, acaecida en 1879, se disolvió. El 6 de enero de 1882, Sir William Barrett convocó una reunión de eminentes personas para estudiar la fundación de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, y esta nació el día 20 de febrero, siendo elegido presidente el profesor Henry Sidgwick, de Cambridge, y para una de las vicepresidencias, el Rev. W. Stainton Moses. En el Consejo había espiritistas de tanta representación como Edmund Dawson Rogers, Hensleigh Wedgwood, George Wyld, Alexander Calder y Morell Theobald. Veremos en el curso de esta obra cómo la Sociedad de Investigaciones Psíquicas enajenó gradualmente las simpatías de muchos de sus mejores miembros, obligando a algunos a dimitir, y cómo esta funesta conducta se agravó en el transcurso de los años.

En los estatutos de la Sociedad se lee:

Tenemos la sensación firme de que nos hallamos en el momento oportuno para llevar a cabo una investigación bien organizada y sistemática respecto a ese vasto grupo de

fenómenos tan discutidos, calificados de mesméricos, psíquicos y espiritistas.

El profesor Sidgwick, al hacerse cargo de la presidencia, pronunció un discurso en el que, refiriéndose a la necesidad de la investigación psíquica, dijo:

Todos estamos conformes en que el actual estado de cosas es escandaloso, viviendo como vivimos en el siglo de las luces. Lo es que no averigüemos la realidad de esos maravillosos fenómenos —cuya importancia científica es inútil encarecer, aun cuando solo una décima parte de lo alegado por testigos dignos de crédito fuera cierto—, habiendo tantas personas solventes que han exteriorizado su creencia en ellos o demostrado su interés en la cuestión.

La posición de la Sociedad de tal suerte definida por su primer presidente era clara y razonable.

Contestando a una crítica, según la cual la consecuencia de su propósito podía ser la desautorización de las precedentes investigaciones sobre los fenómenos psíquicos realizadas por hombres de mucha responsabilidad científica, declaró:

No creo que puedan obtenerse pruebas mejores en calidad que las que han obtenido hombres de tan alta reputación como Crookes, Wallace y el profesor ya fallecido De Morgan. Pero es evidente que por buena que sea la calidad de esas pruebas, necesitamos aún muchas más.

Y añadió que como los hombres de ciencia aún no estaban en su gran mayoría convencidos, era indispensable acumular más pruebas, y más importante que eso, interesar al mundo docto en el examen y estudio de ellas.

Los primeros trabajos de la Sociedad estuvieron consagrados a la investigación experimental de la transmisión del pensamiento, materia que Sir William Barrett había sometido a la consideración de la Sociedad Británica en 1876.

Después de largas y pacientes investigaciones, se decidió que la transmisión del pensamiento o telepatía⁵¹, como fue llamada por F. W. H. Myers, era un hecho comprobado. En la época de los fenómenos mentales la labor de la Sociedad fue muy valiosa, según puede comprobarse por las *Actas* de la referida entidad, en las cuales está reflejada de una manera sistemática y meticulosa.

Sus investigaciones acerca de esa materia constituyeron fases muy importantes de los trabajos de la Sociedad. La investigación sobre la mediumnidad de la señora Piper fue también labor muy notable y a la que nos referiremos después.

En cambio, estuvo poco afortunada al considerar los llamados fenómenos físicos del Espiritismo. E. T. Bennett, que durante veinte años fue secretario adjunto de la Sociedad, dice acerca de ello:

Es notable, y aun diremos uno de los casos más notables en la historia de la Sociedad, que esa parte de la investigación haya sido tan negativa en resultados. Todo lo relativo al movimiento de mesas y otros objetos sin contacto y a la producción de ruidos y luces mediúmnicos, no solo en el seno de la Sociedad, sino también desde luego en el mundo intelectual ajeno a esta, se halla hoy en el mismo estado caótico en que lo dejó la Sociedad Dialéctica el año 1869. Y aun entonces el hecho del movimiento de una pesada mesa

⁵¹ El término «telepatía» fue acuñado específicamente por F. W. H. Myers, que en 1882 presentó la palabra en el primer volumen de las *Actas de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas* (*Proceedings of the S.P.R.*). Su intención era puramente científica: quería un término que no estuviera "contaminado" por teorías previas. Antes de él, el fenómeno se conocía con nombres imprecisos como «transferencia de pensamiento» o «simpatía magnética». «Propongo el término **Telepatía** (del griego *tele*, lejos, y *pathos*, sentimiento o sensación) para designar la comunicación de impresiones de cualquier tipo de una mente a otra, independientemente de los canales reconocidos de los sentidos». *Nota de Curso Espírita*.

de comedor sin contacto con ninguno de los presentes y hasta sin la presencia de un médium profesional, estuvo atestiguada por un número de personas muy conocidas. Si fue «escandaloso» el que la realidad de aquellos fenómenos no estuviese esclarecida cuando el profesor Sidgwick pronunció su discurso inaugural de la Sociedad, no es menos escándalo que ahora, después de transcurrido un cuarto de siglo, el mundo culto permanezca aún por lo general en una actitud de duda e incredulidad respecto a dichos fenómenos.

En efecto, ninguno de los volúmenes publicados por la Sociedad, arroja la menor luz sobre los citados fenómenos. Y en cuanto a los más elevados de carácter físico que implicaban la intervención de una inteligencia externa, como la escritura directa y la fotografía de espíritus, se llevó a cabo alguna investigación, pero en gran parte con resultados negativos.

Twenty Years of Psychical Research, por Edward T. Bennett (1904), págs. 21-2.

Tales cargos contra la actuación de la Sociedad los hacía un crítico amigo de ella.

Veamos ahora cómo la juzgaban los espiritistas de aquel tiempo. Ya un año después de la fundación de la Sociedad, un lector preguntaba en el periódico *Light* qué diferencia había entre la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y la Asociación Central de Espiritistas, y si existía algún antagonismo entre ambas. La respuesta la dio *Light* en un artículo, del cual reproducimos lo siguiente, en vista de su interés histórico al cabo de cuarenta años:

Los espiritistas no pueden dudar de que, con el pasar del tiempo, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas suministrará pruebas tan claras como incuestionables de la clarividencia, de la escritura espiritista, de las apariciones y de las distintas formas de los fenómenos físicos, como las ha aportado respecto de la transmisión del pensamiento. Pero entretanto, hay una marcada diferencia entre dicha Sociedad y la Asociación Central de Espiritistas. Los espiritistas

tienen una fe absoluta o mejor un conocimiento cierto acerca de hechos respecto de los cuales la Sociedad de Investigaciones Psíquicas aún no ha declarado poseer conocimiento alguno. Pero esta idea de la comunicación espiritista, de la conversación con parientes y amigos desaparecidos —tan preciosa para los espiritistas—, no tiene hoy interés. Ya se comprende que hablamos de la Sociedad, no de algunos de sus miembros. Como Sociedad están los que la forman estudiando aún los huesos y los músculos, sin haber penetrado todavía en el corazón y en el alma.

Light se refería luego a lo que llamaba probable futuro de esta forma:

Como Sociedad aún no pueden llamarse espiritistas. Pero esperamos que a fuerza de nuevas pruebas se conviertan, primero en «espiritistas sin los espíritus», y, finalmente, en espiritistas como los demás, con la satisfacción, por añadidura, de que alcanzaron tal estado después de haber asegurado todo paso dado en su camino e inducido con su cautelosa conducta a muchos hombres de sentimientos nobles y clara inteligencia a seguir su mismo derrotero.

Al final aseguraba *Light* que no había antagonismo alguno entre las dos corporaciones, pudiendo estar los espiritistas convencidos de que la Sociedad de Investigaciones Psíquicas realizaba muy útil trabajo.

El artículo es instructivo porque revela la benévola actitud del principal órgano espiritista con relación a la nueva Sociedad. Pero su profecía estuvo lejos de realizarse. Contrastando con aquella actitud, un pequeño grupo dentro de la Sociedad adoptó otra muy distinta, sino de hostilidad, al menos de constante negativa de la realidad de las manifestaciones físicas, a pesar de los valiosos testimonios de hombres cuya seriedad y experiencia les hacían dignos de crédito. Tan pronto como la Sociedad de Investigaciones Psíquicas empezó el examen de aquellos testimonios o —lo que ocurrió

más raras veces— a investigar por sí misma, comenzó a lanzar acusaciones de fraude contra los médiums o bien aceptó la posibilidad de que los resultados pudieran obtenerse por medios distintos de los sobrenaturales. Ahí está, por ejemplo, la señora Sidgwick —uno de sus más ofensivos miembros en este particular—, la cual, refiriéndose a una sesión con la señora Jencken (Kate Fox), efectuada con luz suficiente para leer, declaró que, al obtenerse la escritura directa en una hoja de papel suministrada por los asistentes, y colocada debajo de la mesa, «pensamos que la señora Jencken pudo haber escrito la palabra con el pie».

Sobre Henry Slade, dice:

La impresión que tengo después de diez sesiones con el doctor Slade es que los fenómenos son producto de fraudes.

Y de la escritura sobre pizarra, de William Eglinton:

En cuanto a mí, no vacilo en atribuir sus fenómenos a un hábil engaño.

Una médium, hija de un profesor muy conocido, expresó al autor cuán inconscientemente insultante resultaba la actitud de la señora Sidgwick en aquella ocasión.

Podríamos aportar nuevas citas de la misma índole relativas a aquellos y otros médiums. Un artículo titulado «Mr. Eglinton», debido a la señora Sidgwick, y publicado en la *Revista* de la Sociedad en 1886, provocó, según dijimos en el capítulo anterior, una verdadera tempestad de protestas que el periódico *Light* recogió en un número especial. Stainton Moses las encabezó con estas palabras:

Como la Sociedad de Investigaciones Psíquicas se ha colocado en una posición falsa, ante los hechos, su juicio sobre estos es también falso. La historia secreta de la Investigación Psíquica en Inglaterra, si llegara a escribirse, resultaría tan instructiva como sorprendente. Nosotros anticipamos, aunque ello nos cause un profundo pesar, porque no se nos

oculta la gravedad de nuestras palabras, que la política seguida por la Sociedad ha sido siempre obstruccionista, en lo que a la libre y plena discusión de estas materias se refiere.

En tales circunstancias corresponde a la Sociedad decidir si puede haber todavía avenencia entre ella y los espiritistas, o si ha de intensificarse el divorcio entre la una y los otros. Esta es la hora en que no ha habido aún ninguna desaprobación oficial de las afirmaciones de la señora Sidgwick, desaprobación que constituiría, sin duda, el primer paso para evitar la ruptura total.

Desde aquel año, el cuarto de existencia de la Sociedad, hasta ahora apenas ha variado aquel estado de cosas. Sir Oliver Lodge (*The Survival of Man*, 1909, pág. 6), lo describió exactamente al decir de la Sociedad:

Parece formada para la negación de los hechos, para las acusaciones de impostura, para el desaliento de los médiums y para repudiar toda revelación que llega a la humanidad desde las regiones de la luz y del conocimiento.

Esa crítica que acaso parezca severa en demasía revela, al menos, la opinión de elementos muy importantes acerca de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas.

Una de las primeras actividades públicas de la Sociedad, fue el viaje a la India de su representante, el Dr. Richard Hodgson, para investigar los supuestos milagros acaecidos en Adyar, sede de la señora Blavatsky, que tanta parte tuvo en la resurrección de la antigua sabiduría de Oriente para formar, bajo el nombre de Teosofía, un sistema filosófico que resultara inteligible y aceptable para el Occidente. No es este el lugar de discutir la personalidad compleja de aquella notable mujer, limitándonos a decir que el Dr. Hodgson formó la más desfavorable opinión, tanto de ella como de sus supuestos milagros.

Parecía que tal conclusión era definitiva, pero más tarde se adujeron nuevas razones para que se estudiase otra vez el

asunto, de todo lo cual puede hallarse noticia en la obrita de la señora Besant, *H. P. Blavatsky and the Masters of Wisdom*. Besant sostiene que los testigos a quienes pidió declaración el Dr. Hodgson eran tan maliciosos como corrompidos, y que muchos de los testimonios fueron adulterados al redactar el informe.

Lo cierto es que aquellos episodios dejaron una sombra sobre la reputación de la señora Blavatsky, sin que pueda afirmarse que se obtuviera ninguna prueba definitiva contra ella. Lo probado fue que el afán demostrativo de la Sociedad, cuando se proponía descubrir un fraude, era mucho más grande y tenaz que cuando de investigar algún fenómeno psíquico se trataba.

Pero, dejando esto, nos ocuparemos del asunto más agradable relativo al examen de la mediumnidad de la señora Leonore Piper, la famosa médium de Boston, ya que aquel fue el más bello resultado obtenido por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Dicho examen duró nada menos que quince años, dando origen a una documentación muy voluminosa. Entre los investigadores figuraban hombres tan conocidos y competentes como el profesor William James, de la Universidad de Harvard, el Dr. Richard Hodgson y el profesor Hyslop, de la Universidad de Columbia. Los tres sabios quedaron convencidos de la realidad de los fenómenos ocurridos en su presencia, inclinándose en favor de la interpretación espiritista de los mismos.

Como es natural, esto causó gran júbilo a los partidarios. E. Dawson Rogers, presidente de la Alianza Espiritista de Londres, en una reunión que celebró esta corporación el 24 de octubre de 1901, aludió al hecho con las siguientes frases (*Light*, 1901, pág. 523):

En los últimos días ha ocurrido un suceso que requiere le dediquemos algunas palabras. Como muchos saben, nuestros amigos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas

—algunos de ellos— se han pasado a nuestro campo. No quiero decir que hayan ingresado en la Alianza Espiritista de Londres, no, pero sí que algunos que se reían y burlaban de nosotros hace unos años, ahora se han adherido a nuestro credo y aceptan la hipótesis o teoría de que el hombre continúa viviendo después de la muerte, y que, en determinadas circunstancias, le es posible comunicar con los que dejó en la Tierra.

Recuerdo con este motivo, y no sin pesar, los primeros tiempos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Desgraciada o afortunadamente, yo era miembro del primer Consejo como lo era también nuestro querido amigo ya desaparecido, W. Stainton Moses. Los dos veíamos con pena el camino que seguía el Consejo de la Sociedad cada vez que se le sugería la posibilidad de demostrar la continuidad de la existencia del hombre después de la llamada muerte. El resultado fue que, no pudiendo resistir ya más, Stainton Moses y yo dimitimos de nuestro puesto en el Consejo. El tiempo viene ahora a proporcionarnos el desquite. Nuestros amigos de entonces ansiaban descubrir la verdad, pero confiaban firmemente que la verdad consistiera en que el Espiritismo era un fraude.

Afortunadamente han pasado aquellos días y aquellas actitudes y hoy podemos considerar a la Sociedad de Investigaciones Psíquicas como amiga nuestra. Sus trabajos vienen a confirmar nuestras ideas. Primeramente, F. W. H. Myers, cuya memoria nos es tan grata, declaró sin ambigüedades que había llegado a la conclusión de que solo la hipótesis espiritista explicaba los fenómenos que había presenciado. Luego está el Dr. Hodgson, que tanto persiguió a los que profesaban el Espiritismo —a la manera de Saúl contra los cristianos— y que finalmente se puso también de nuestra parte a raíz de su investigación sobre los fenómenos ocurridos con la señora Piper, declarando honrada y paladinamente que se convertía a nuestro credo. Y en estos últimos días ha aparecido un notable volumen del profesor Hyslop, de la Universidad de Columbia —editado por la

Sociedad de Investigaciones Psíquicas— que prueba que también él, vicepresidente de dicha Sociedad, está convencido de que la hipótesis espiritista es la única que puede explicar los fenómenos por él presenciados. Todos van viniendo a nuestro campo y esperamos que le llegue el turno a nuestro buen amigo Podmore.

Han transcurrido veinte años y podemos decir que ese vaticinio era demasiado optimista, lo cual no obsta para que la obra realizada por la señora Piper fuera de gran alcance.

El profesor James conoció en 1885 a la señora Piper, con quien uno de sus parientes había obtenido resultados mediúmnicos muy interesantes. Aunque era más bien escéptico, se decidió a investigar con ella, logrando un número de comunicaciones evidentes. Un día en que perdió su madre política el talonario de cheques, el Dr. Phinuit, espíritu guía de la señora Piper, le indicó por medio de esta el lugar donde se encontraba.

En otra ocasión, el mismo espíritu dijo al profesor James:

Su pariente, el muchacho Robert F., es compañero mío de juego en nuestro mundo.

Los F. eran primos de la señora James y vivían en una ciudad lejana. El profesor James creyó que el Dr. Phinuit se había equivocado respecto al sexo del hijo fallecido de los F. al decir que era niño. Pero quien se equivocó fue el profesor James, como luego pudo comprobarse, pues el hijo era un niño y el informe suministrado resultaba exacto. Esto demostró además que la médium no había leído en la mente consciente de James.

Podíamos citar otros muchos ejemplos de comunicaciones verídicas con el mismo espíritu del doctor Phinuit. El profesor James pinta a la señora Piper como persona absolutamente sencilla e ingenua, y respecto de la investigación acerca de la misma, dice:

El resultado es que me convencí absolutamente de que durante su trance sabía cosas de las cuales era imposible que hubiese oído hablar en estado de vigilia.

Después de la muerte del Dr. Hodgson, acaecida en 1905, el profesor Hyslop obtuvo a través de la señora Piper una serie de comunicaciones evidentes, que le convencieron de que continuaba en relación con aquel amigo y colega suyo.

Por ejemplo, Hodgson le recordó la persona de un médium sobre cuyas facultades diferían ambos en vida. Dijo que había visitado a aquel médium, añadiendo: «Le encuentro mejor de lo que pensaba».

Habló de una prueba con agua coloreada que él y Hyslop habían empleado con otro médium, que residía a 500 km de distancia de Boston, y acerca del cual nada podía saber la señora Piper. Le recordó también una discusión habida con Hyslop, acerca de las tachaduras hechas en el original de uno de los libros de este.

Los escépticos objetarán que aquellos hechos eran conocidos del profesor Hyslop, quien los transmitía telepáticamente a la señora Piper. Pero es el caso que al mismo tiempo se revelaban durante la comunicación peculiaridades personales del Dr. Hodgson, hasta entonces desconocidas por el profesor Hyslop.

Para que el lector juzgue sobre la evidencia de los fenómenos de la señora Piper, bajo el espíritu guía de Phinuit, reproducimos el siguiente caso:

En la 45ª sesión con dicha médium, celebrada el 24 de diciembre de 1889, y a la que asistían los señores Oliver Lodge y Thompson, Phinuit, dirigiéndose a la señora Thompson, dijo súbitamente:

—¿Conoce usted a Richard, Rich o Mr. Rich?

La señora Thompson contestó: «No. Solo conozco a un doctor Rich».

Phinuit prosiguió:

—Ese es. Ha fallecido, y por conducto de W. envía los más cariñosos recuerdos a su padre.

En la 83ª sesión, estando también presentes los señores Thompson, Phinuit dijo de pronto: «¡Aquí está el Dr. Rich!», después de lo cual el espíritu aludido empezó a hablar en los siguientes términos:

—Este caballero (es decir, el Dr. Phinuit), es muy amable dejándome que les hable a ustedes. Señor Thompson, necesito que transmita usted un mensaje a mi padre.

—Thompson: «Se lo transmitiré».

—Dr. Rich: «Mil gracias. Es usted muy amable. Fallecí casi de repente, lo cual afectó mucho a mi padre, quien no se ha repuesto aún de este golpe. Dígame que vivo y que le envío todo mi cariño. ¿Dónde están mis lentes? (La médium se pasa las manos por los ojos). Tenía la costumbre de usar lentes. (Así era, en efecto). Creo que los guarda él, así como ciertos libros míos. También tenía una cajita negra. Me parece que la guarda él también, pues no creo que se extraviara. Algunas veces pierde la cabeza, pero es algo simplemente nervioso y sin consecuencias».

—Thompson: «¿Qué hace su padre?»

La médium cogió una tarjeta y pareció escribir en ella, haciendo ademán de pegar un sello en uno de los ángulos.

—Dr. Rich: «Se ocupa de esas cosas. Señor Thompson, si quiere usted transmitir este mensaje, yo le ayudaré a usted en varias formas. Puedo y quiero hacerlo así».

Al referir aquel suceso el profesor Lodge, agrega:

Rich es el jefe de Correos de Liverpool. Su hijo, el Dr. Rich, era casi un desconocido para Thompson, y para mí lo era completamente. Pude comprobar que el padre quedó muy afectado por la muerte del hijo. Thompson fue a verle y le transmitió la comunicación. Rich juzgó el episodio muy extraordinario e inexplicable y lo atribuyó todo a algún fraude. Sin embargo, la frase «mil gracias», la considera característica de su hijo y además confiesa haber tenido recientemente vértigos de índole nerviosa. Rich no sabe lo

que su hijo quiere decir cuando habla de la «cajita negra». La única persona que podía dar informes sobre el particular se encuentra en Alemania. Pero se ha comprobado que el Dr. Rich hablaba constantemente de la cajita negra en su lecho de muerte.

Según el comentario de M. Sage «no hay duda de que los señores Thompson conocían al Dr. Rich, por haber estado con él una vez. Pero ignoraban por completo todos aquellos detalles. ¿De dónde los había sacado la médium? No podía ser por la influencia dejada por el Dr. Rich en algún objeto de su pertenencia, porque no había tal objeto en la sesión».

La señora Piper tuvo diversos guías en las varias fases de su larga actuación. Pero el más original fue el Dr. Phinuit. Pretendía haber sido médico francés, pero en el relato de su propia vida terrena había contradicciones y resultaba poco satisfactorio. No obstante, su actuación fue muy notable convenciendo a muchos de que era un efectivo intermediario entre los vivos y los muertos. Confesemos, sin embargo, que algunas de las objeciones que se le hacían eran muy sólidas. Pues, aunque es muy posible que una larga estancia en el otro mundo embote nuestros recuerdos terrenales, difícilmente podía esto ocurrir en la excesiva escala que suponían ciertas manifestaciones del intermediario. Por otra parte, la teoría, según la cual era él como una parte de la personalidad de la señora Piper, complica el asunto, pues muchos de los datos que comunicaba a través de la médium estaban fuera del conocimiento de ella.

En marzo de 1892, el control de Phinuit fue totalmente suplantado por George Pelham, cambiando entonces el valor de las comunicaciones a través de la señora Piper. George Pelham era un joven literato que murió de una caída de caballo, a la edad de treinta y dos años. Interesado en los estudios psíquicos, había prometido al Dr. Hodgson que, después de muerto, procuraría enviar pruebas de la

existencia del más allá, promesa que cumplió sobradamente, y el mismo autor ha de expresar aquí su agradecimiento a aquel buen espíritu, pues precisamente el estudio de los hechos de George Pelham hizo que su mente tuviera capacidad receptiva y simpática para recibir de él informes y pruebas decisivas durante la gran guerra. (Informes del Dr. Hodgson. Actas de la S. P. R., volumen XIII, págs. 284-584).

Pelham prefería escribir a través de la mano de la señora Piper, dándose a veces el caso de que mientras Phinuit hablaba, Pelham escribía. Pronto quedó establecida su identidad, reuniendo en las sesiones a treinta viejos amigos, desconocidos de la médium, a todos los cuales reconoció y trató el espíritu en el mismo tono que empleara en vida. Ni una sola vez confundió a un extraño con un amigo. «Me siento feliz aquí —decía Pelham— y más pudiendo comunicarme con vosotros».

No es posible que la continuidad de la individualidad terrena y el poder de comunicación extraterrena —dos cosas esenciales del Espiritismo— puedan ponerse de manifiesto mejor que se pusieron en aquella ocasión. Por lo que todo lo que nos pudo decir de su experiencia real en el otro mundo es de suma importancia. Aquí es donde el aspecto fenoménico del espiritismo da paso al religioso por lo que la garantía del más venerable de los profesores o escritos pueden darnos la misma convicción que el relato directo de aquel a quien conocimos. Las descripciones de Pelham indican una evolución gradual, que el plano espiritual es una continuación de la vida en la Tierra y presenta características muy parecidas, aunque generalmente más agradables. No es una vida de mero placer o pereza egoísta, pero si un lugar en el que nuestras facultades personales tienen un gran campo de acción.

En 1898, James Hervey Hyslop, profesor de Lógica y Ética en la Universidad de Columbia, ocupó el puesto del

doctor Hodgson como jefe experimentador. Aunque lleno también de escepticismo, no tuvo más remedio que llegar a las mismas conclusiones que su antecesor. Leyendo sus trabajos recopilados en varios libros, así como en el volumen XVI de las Actas de la S. P. R. (Society for Psychical Research) se tiene la sensación de que no pudo en modo alguno resistir a la evidencia. Su padre y muchos de sus parientes se le aparecieron y sostuvieron con él conversaciones que no era posible explicar por la telepatía ni por otro medio conocido. «Sostuve conversación con mi padre —dice—, con mi hermano, y con mis tíos», y cualquiera que lea sus relatos no tiene más remedio que reconocer su veracidad. Por eso adquiere todos los caracteres de un misterio que la Sociedad, que posee tales pruebas en sus propias «Actas», se resista aún a aceptar la creencia espiritista o por lo menos que no sea admitida por la mayoría de sus miembros.

Es interesante observar que cuando en su decimosexta conversación con los espíritus, el profesor Hyslop adoptó los métodos de los espiritistas hablando libremente y sin la preocupación de las pruebas, obtuvo una corroboración mayor que en las quince sesiones precedentes, en las cuales se había rodeado de todo género de precauciones. Hyslop ha dejado constancia que de 205 cuestiones mencionadas en estas conversaciones ha podido comprobar no menos de 152.

Tal vez la más interesante y dramática de aquellas conversaciones a través de la señora Piper, fue la efectuada con Richard Hodgson después de la muerte de este ocurrida en 1905. Eran dos hombres de cerebro privilegiado —Hodgson y Hyslop, el uno «muerto» y el otro disfrutando de todas sus facultades, hablando en su acostumbrado alto nivel por la boca y manos de una mujer en trance solo de mediana ilustración. Situación extraordinaria, casi inconcebible la de Hodgson, el hombre que durante tanto tiempo estuvo examinando el espíritu que se valía de la médium, convertido a

su vez en espíritu que de ella se sirviera para someterse al examen de su viejo colega. Todo el episodio es digno de un estudio cuidadoso.

Puede interesar al lector alguna descripción de esta médium extraordinaria. A. J. Philpott dice de ella:

La encontré una mujer gentil, bien parecida y de aspecto saludable, de mediana edad, superando la estatura media, con el pelo marrón. Tenía un buen carácter, parecía una mujer acomodada sin características destacables ya sean intelectuales o de otro tipo. Esperaba ver un tipo diferente de mujer, alguien con una personalidad más nerviosa. Esta mujer era tan tranquila como una matrona alemana. Evidentemente nunca se preocupó de la metafísica o cualquier otro tipo de cuestiones de carácter ambiguo o abstracto. De alguna manera, ella me recordó a una enfermera que conocí en un hospital. Era una mujer tranquila, dueña de sí misma.

Al igual que muchos otros grandes médiums, como Margaret Fox-Kane, era incrédula respecto a la fuente de sus propios poderes. Lo que por otra parte es algo natural en su caso ya que siempre estaba en trance profundo y obtenía el relato de lo ocurrido de segunda mano lo que le impedía apreciar lo que realmente ocurría. Ella misma se inclina a alguna explicación telepática cruda y superficial. Como en el caso de Eusapia Palladino, su mediumnidad se presentó después de una lesión en la cabeza.

Sus poderes parecen haberla dejado tan repentinamente como vinieron. El autor la conoció en Nueva York en 1922, momento en el que parecía haber perdido por completo todos sus dones personales, aunque aún conservaba su interés en el tema.

La Sociedad consagró un trabajo tan grande como paciente al examen de lo que se conoce con el nombre de

*correspondencias cruzadas*⁵². Cientos de páginas de las *Actas de la Sociedad* están dedicadas a dicha materia, que provocó entre sus miembros una gran controversia.

Se ha supuesto que la idea de tal estudio fue sugerida desde el más allá por F. W. Myers, como un método de comunicación que alejase a los investigadores de la telepatía entre los vivos. Lo indudable es que Myers cuando estaba en este mundo había considerado el proyecto en una forma más simple, es decir obtener la misma palabra o mensaje a través de dos médiums. Pero las «correspondencias cruzadas» de la S. P. R. eran de un carácter mucho más complicado, ya que no quería que uno de los escritos fuera mera reproducción de lo dicho en otro; antes bien, que representasen diferentes aspectos de la misma idea o que los informes que apareciesen en uno explicaran o completaran los del otro.

El trabajo de la S. P. R. en los últimos años, no aumentó su reputación. El autor, que es uno de sus más antiguos miembros, tiene que reconocerlo así con gran pesar. La Sociedad ha sido acaparada por un círculo de hombres cuyo principal cuidado no parece ser el probar la verdad, sino desaprobar cuanto tenga carácter sobrenatural. Dos grandes

⁵² Las «Correspondencias Cruzadas» es uno de los experimentos más sofisticados de la investigación psíquica, iniciado tras la muerte de Frederic Myers en 1901. Consistía en mensajes fragmentados recibidos por diferentes médiums en distintas partes del mundo (como la Sra. Piper en EE. UU. y la Sra. Verrall en Inglaterra). Había concordancia simple, varios médiums dan el mismo mensaje o la misma palabra clave casi al mismo tiempo. Otras veces eran fragmentos que carecían de sentido por sí solos, pero al ser reunidos por los investigadores, encajaban como un rompecabezas para formar un mensaje coherente y erudito. En la práctica, los investigadores (como Alice Johnson o los secretarios de la SPR) recibían por correo los diarios de escritura automática de diferentes médiums. Al poner las cartas y registros sobre la mesa y «cruzar» la información de los distintos sobres que llegaban de lugares como India, Nueva York o Londres, se daban cuenta de que los textos encajaban entre sí. Lo que demostró la SPR: Que los médiums no tenían contacto físico ni postal entre sí. Los mensajes llegaban a los investigadores de forma independiente. *Nota de Curso Espírita*.

hombres, Lodge y Barrett, quisieron oponerse a esa corriente, pero fueron arrollados. Así acontece que los espiritistas y sobre todo los médiums ven cada día con más aversión tanto a aquellos investigadores como a sus métodos. No se han dado cuenta dichos señores que un médium es, o debería ser inerte, y que hay una fuerza inteligente detrás del médium que solo puede ser atraída y animada merced a la simpatía y con el tacto más exquisito.

Eva, la médium francesa de las materializaciones, vino de su país a Londres, sometiéndose a la investigación de la Sociedad Psíquica, pero, como otras veces, los resultados fueron pobres por las exageradas precauciones tomadas con ella. El informe en el cual el Comité expone sus conclusiones es un documento contradictorio, pues mientras el lector puede deducir de él que no se obtuvieron resultados, el texto contiene fotografías de formas ectoplásmicas parecidas en pequeño a las obtenidas en París con la misma médium. La señora Bisson, protectora de Eva, y que la acompañó a Londres, lo que fue un grave inconveniente para ambas, se mostró naturalmente indignada ante semejantes resultados. Con referencia a estos, el Dr. Geley publicó un enérgico artículo en las *Actas del Instituto Metapsíquico*, en el que descubría las falacias de la investigación y la inutilidad del informe. Los profesores de la Sorbona podrían estar excusados por el tratamiento que le dieron a Eva por su desconocimiento de la ley psíquica, pero los representantes de un organismo científico psíquico deberían haber mostrado una mayor comprensión.

El ataque contra el Sr. Hope, el fotógrafo psíquico, fue examinado por un fuerte comité independiente y ha demostrado ser muy poco sólido, e incluso denotar algunas señales de una conspiración contra el médium. En este irreflexivo asunto la sociedad estaba implicada directamente, ya que uno de sus agentes participó en el procedimiento, y el

resultado fue una crónica en su *Revista*. Toda la historia de este caso, y la negativa de la Sociedad para hacer frente a los hechos cuando se les señaló, deja una sombra sobre el registro de todos los interesados.

A pesar de todo, no hay por qué renegar de la existencia de la *S.P.R.* Ha sido un centro de intercambio de ideas entre los psíquicos y como un medio camino para aquellos que, sintiéndose atraídos por el asunto, temieron, no obstante, una relación demasiado estrecha con una filosofía tan sustancial como es el Espiritismo. Constantemente pudo observarse entre los miembros de la Sociedad un movimiento desde la derecha de la negación a la izquierda de la aceptación. El hecho de que al fin y al cabo una serie de presidentes concluyeran por profesar el Espiritismo, constituye una prueba de que el elemento antiespiritual no era en definitiva demasiado intolerante e intolerable. En general, como todas las instituciones humanas, merece casi igual cantidad de plácemes que de censuras. Si, por un lado, su actuación presenta sombras, por otro tuvo puntos brillantes.

Constantemente hubo de luchar contra la imputación de ser una Sociedad puramente espiritualista, lo cual le habría privado de esa posición de prudente imparcialidad a que siempre aspiró, aunque no siempre lograra alcanzarla. Hay que reconocer que su actuación fue difícil muchas veces y que, si se ha sostenido durante muchos años, ello prueba que en su obra no faltaron del todo la prudencia y el saber, pudiendo esperarse que el período de esterilidad y de obra negativa haya terminado ya. Entre tanto, el Colegio Psíquico, institución fundada por el desprendimiento del señor y la señora Hewat McKenzie, viene demostrando suficientemente que el rigor en la consecución de la verdad y en la obtención de las pruebas necesarias, no es incompatible con el trato humano a los médiums y con una actitud de simpatía hacia la creencia espiritista.

CAPÍTULO XVIII

ECTOPLASMA

Desde los primeros tiempos los espiritistas afirmaron la existencia de alguna materia física como base de los fenómenos. En la literatura espiritista de la primera época se encuentran cientos de veces descripciones del denso vapor semiluminoso que se exhala de los costados y de la boca del médium y que es apenas visible en la oscuridad. Los autores fueron aún más lejos observando cómo el vapor se iba solidificando en una sustancia plástica en la que se moldeaban las distintas estructuras que aparecían en la sala de sesiones. Las observaciones más científicas posteriores confirman lo que los precursores establecieron.

Ya en 1877 el juez Peterson declara que vio con el médium W. Lawrence «una nube lanosa» que pareció brotar de uno de los costados de este y que gradualmente adquirió la forma de un cuerpo sólido. Habla también de una figura formada con «una bola de luz». James Curtis, experimentando con Slade en Australia, percibió en 1878 «un vapor gris blanquecino a manera de nube» que iba formándose y acumulándose hasta tomar la apariencia de una figura completamente materializada. Alfred Russel Wallace, operando con el Dr. Monck, ve una «masa blanca», que gradualmente toma la forma de una «columna de apariencia nubosa». La misma expresión de «columna nubosa» es usada por Alfred Smedley, refiriéndose a una aparición obtenida con el médium William, en la que se manifestó John King, hablando también de este como de «una nube ligeramente iluminada».

Sir William Crookes vio, actuando con el médium D. D. Home, una «nube luminosa» que se condensó hasta tomar la forma perfecta de una mano. E. A. Brackett, que operó con la médium Helen Berry en los Estados Unidos el año 1875, habla de «una sustancia blanca como una nube» que fue extendiéndose y alcanzó 1,5 metros de altura, «hasta que súbitamente surgió la forma completa, redonda, de Bertha». Edmund Dawson Rogers, describiendo la sesión celebrada con Eglinton en 1885, alude a «una sustancia blanquecina» salida de uno de los costados del médium. Vincent Turvey consigna la aparición de «una sustancia roja y viscosa» desprendida del médium con quien investigaba. Pero más interesante que la de esos testimonios es la definición dada por la extraordinaria médium especialista en materializaciones, Madame d'Espérance, la cual dice: «Me parecía sentir como si tiraran de hilos finísimos a través de los poros de mi piel». El Dr. Crawford habla de «varillas psíquicas» y de materia «parecida a esporas». Y en *The Spiritualist* puede leerse que el espíritu materializado de Katie King, manifestado a través de Florence Cook, «estaba unida con la médium por medio de hilos ligeramente luminosos y de apariencia nubosa».

Uno de los concurrentes al círculo de Madame d'Espérance, hace la siguiente descripción de producción de ectoplasma:

Primero se observó en el suelo, frente a la cabina, un trozo de algo blanco y de apariencia membranosa o nubosa, que gradualmente fue extendiéndose como si fuera una porción de muselina animada que se hubiera doblado varias veces. Sus dimensiones serían de 1,65 metros de altura, y unos 12 o más centímetros de grosor. Toda aquella masa comenzó a elevarse paulatinamente por su parte central, como si hubiera debajo una cabeza humana, al tiempo que la especie de membrana nubosa que descansaba en el suelo

tomaba la apariencia de una túnica cayendo en pliegues alrededor de la porción que ascendía tan misteriosamente. Cuando alcanzó la altura de más de 50 centímetros, diríase que la forma era la de un niño cuyos brazos se movieran en todas direcciones, cual si manifestara tener algo debajo de aquella envoltura. Así continuó ascendiendo, bajándose a veces para subir nuevamente a más altura que antes, hasta alcanzar 1,5 metros de elevación. En aquel momento pudo verse a la forma arreglándose los pliegues de la vestidura al nivel de su rostro. Levantó luego los brazos a bastante altura sobre la cabeza, y abriéndose paso a través de la masa nubosa de la vestidura, apareció ante nuestros ojos Yolande, descubierta, bella y graciosa, de 1,5 metros a lo sumo de estatura, cubierta la cabeza con una especie de turbante por debajo del cual se desbordaban sus largos cabellos negros que cayeron sobre sus hombros y espalda. Todo esto se realizó en diez o quince minutos.

El País de las Sombras, por Madame d'Espérance,
1897, págs. 254-5.

Edmund Dawson Rogers, describe un caso análogo, en el que estuvieron presentes, aparte del médium Eglinton, catorce personas, todas ellas muy conocidas. Dice que, durante la sesión, la luz era suficiente «para que todos y todo pudiera ser observado en la habitación», de suerte que cuando la «forma» permaneció ante él, «pudo distinguir claramente todos sus detalles».

Eglinton, sumido en trance, estuvo andando por la habitación, entre los concurrentes, por espacio de cinco minutos. A continuación:

...comenzó a emitir de sus costados, en ángulo recto, una sustancia blanquecina que cayó a su lado izquierdo. Aquella masa de materia blanca depositada en el suelo aumentó de volumen, comenzó a palpar, a moverse de abajo arriba, a deslizarse de un lado a otro, como impulsada por una fuerza motriz que parecía hallarse en el interior de sí misma.

Alcanzó la altura de un metro, y poco después, aquella «forma», rápida y silenciosamente, adquirió toda su estatura. Con un vivo movimiento de la mano, Eglinton separó la materia blanca que cubría la cabeza de la «forma» y en parte cayó por encima de los hombros de esta, convirtiéndose en vestidura. El lazo de unión con el costado del médium se cortó o se hizo invisible, y la «forma» avanzó hasta Everitt, le dio un apretón de manos y se mezcló entre los reunidos, teniendo con casi todos ellos la misma finura.

Esto acaeció en Londres el año de 1885. En 1905 ocurrió lo siguiente en una sesión que tuvo lugar en Argel, con la médium Eva, conocida entonces bajo el nombre de Marthe Béraud:

En aquella ocasión Marthe estaba sola en la cabina. Después de una espera de veinticinco minutos, la misma Marthe descorrió por completo la cortina y se sentó en su silla. Casi inmediatamente —siendo Marthe completamente visible por todos los concurrentes, los cuales podían, por lo tanto, distinguir con toda claridad sus manos, su cabeza y su cuerpo— vimos una cosa blanca y diáfana que aumentaba gradualmente de volumen al lado de Marthe. Primero parecía como un trozo de nube situado junto al codo derecho de Marthe y unida, al parecer, a su cuerpo. Era muy movediza y fue creciendo rápidamente hacia abajo y hacia arriba hasta adquirir la apariencia amorfa de una columna nubosa que llegó a 50 centímetros por encima de la cabeza de Marthe. No pude distinguir cabeza ni manos; lo que yo vi parecía una nube de copos blancos con brillo variable, que se condensaba gradualmente, concentrándose alrededor de un cuerpo invisible para mí.

La señora X.: *Anales de la Ciencia Psíquica*, vol. II, pág. 305.

Este relato compagina perfectamente con los de sesiones que tuvieron lugar muchos años antes. Pero si comparamos las apariciones de ectoplasmas de hace cuarenta y cincuenta años, con las de nuestros días, se observa cuánto más

notables fueron aquellos primeros resultados. Ello se debió a que, si bien los métodos entonces empleados eran «anti-científicos», según el criterio de muchos investigadores psíquicos modernos, los primeros experimentadores observaron mejor la regla espiritista, rodeando al médium de una atmósfera de amor y cordialidad.

Comentando las primeras materializaciones ocurridas en Inglaterra, dijo *The Spiritualist* (1873, págs. 82-3):

El estado de espíritu de los observadores se traduce en efectos ópticos durante las sesiones. La gente mundana y precavida no consigue presenciar más que débiles manifestaciones de los espíritus, los cuales tienen en tales circunstancias un aspecto pálido de fantasma, cosa, por lo demás, corriente cuando el poder del médium es escaso. (Esta descripción coincide singularmente con la de muchos de los rostros vistos en las sesiones con Eva).

En cambio, las personas con cuya presencia el médium se siente completamente a gusto, ven manifestaciones completamente puras, claras. Y es que los fenómenos espiritistas están gobernados por leyes fijas, pero actúan de tal modo, que los resultados son de un carácter especial cuando también es gente especial la que los presencia.

E. A. Brackett, autor del notable libro *Materialized Appearitions*, expresa el mismo juicio, y aunque esto cause irrisión en los círculos seudocientíficos, encierra una profunda verdad. He aquí sus palabras cuya importancia no está en su interpretación literal, sino en el espíritu de las mismas:

La llave que abre las glorias de la otra vida, es el afecto puro, sencillo y confiado como el que impulsa al niño a arrojarle en brazos de su madre. A aquellos demasiado ufanos de su intelectualismo, semejante gesto les parecería una renuncia de lo que llaman ejercicio de sus facultades superiores. Debo declarar por lo que a mí se refiere, que hasta el momento en que me decidí a adoptar, sinceramente y sin

reservas, aquella actitud, nada pude saber de esos asuntos, los cuales, en vez de ofuscar mi razón y mi juicio, han dado a mi mente una percepción más clara e inteligible que la que antes tenía. Ese sentimiento de delicadeza, de afecto amoroso que es la esencia de las predicaciones de Cristo, eternamente bellas, es el que debe encontrar su expresión íntegra en nuestra relación con los espíritus.

Si alguien pensara por lo que precede, que el autor era un pobre y crédulo juguete con quien cualquier médium podía engañarle con facilidad, una lectura detenida de su excelente libro le probará lo contrario. Brackett había sido un escéptico, lleno de dudas y perplejidades hasta que, por consejo de un espíritu materializado, decidió echar a un lado toda clase de reservas, y como él mismo dijo:

Saludar a aquellas formas como queridos amigos desaparecidos, venidos desde lejos, tras una ardua lucha para llegar hasta mí.

Su conversión fue instantánea:

Desde aquel momento —afirma— las formas que parecían carecer de vitalidad, estuvieron dotadas de una fuerza maravillosa. Surgían para saludarme, me tendían los brazos y las que hasta entonces se habían mostrado sordas, respondían ahora a mis llamamientos. Rostros que antes, más bien parecían máscaras, se mostraban ahora radiantes de belleza. Una que decía ser mi sobrina me favoreció con toda clase de demostraciones de afecto, y abrazándome y reposando su cabeza en mi hombro, me miró y dijo: «Ahora podemos todos acercarnos a ti».

Gran lástima fue que Eva no tuviera ocasión de desplegar sus facultades ante los miembros de la Sociedad Psíquica en una de esas sesiones espiritistas impregnada de una atmósfera de cariño, porque no hay duda de que se habrían podido producir investigaciones de muy distinto orden. En prueba de ello, citaremos el hecho de que la señora Bisson, en una

sesión familiar privada, obtuvo con su amiga magníficos resultados jamás alcanzados con los recelosos métodos de los investigadores científicos.

Eva, o Eva C., como se la conoce ordinariamente indicando la inicial C., su apellido Carriere, puede decirse que fue la primera médium de materializaciones, sometida a una investigación científica cuidadosa. Ocurrió el año 1903 en una serie de sesiones celebradas en la *Villa Carmen*, de Argel, con el profesor Charles Richet, cuya observación de la curiosa materia blanca que parecía fluir de la joven, le llevó a crear la palabra «ectoplasma». Eva tenía entonces diecinueve años, encontrándose en la plenitud de sus facultades, que más tarde habrían de quedar minadas merced a los largos años de investigación forzada. Varias veces se intentó rodear de una atmósfera de duda los resultados conseguidos por Richet, pretendiéndose que las figuras materializadas eran en realidad criados disfrazados, pero lo cierto es que los experimentos se llevaron a cabo a puertas cerradas y que los mismos resultados se consiguieron en otras circunstancias análogas. Por lo demás, casi es de justicia que el profesor Richet sufriese tales críticas molestas y desleales, ya que en su gran obra *Thirty Years of Psychical Research* (*Treinta años de investigación psíquica*), se muestra poco amable con los médiums, dando crédito a las fábulas que los desprestigian, y procediendo de acuerdo con el principio de que ser acusado es tanto como ser condenado.

Richet describe extensamente en los *Anales de la Ciencia Psíquica* la aparición con Eva de la forma materializada de un hombre que a sí mismo se llamaba «Bien Boa». Según el ilustre profesor, aquel hombre poseía todas las condiciones necesarias para la vida.

Anda, habla, se mueve y respira como un ser humano. Su cuerpo es resistente y posee cierta fuerza muscular. No es ni una figura, ni un muñeco, ni una imagen reflejada en un

espejo. Es un hombre que vive, y es menester rechazar resueltamente cualquier otra suposición distinta de una de las dos siguientes: es un fantasma dotado de todos los atributos de la vida, o es una persona que representa el papel del fantasma.

Obra citada, vol. II, pág. 273.

Con toda minuciosidad expone luego las razones que obligan a rechazar la última de las dos posibilidades.

Dando características de la forma, dice:

Bien Boa procura acercarse a nosotros, pero diríase que cojea; su marcha es vacilante. No puedo decir si anda o se desliza. En un momento dado tropieza como si fuese a caer, cojeando de un pie, al parecer incapaz de sostenerse (doy mi propia impresión). Luego se dirige hacia la cortina, y sin descorrerla se hunde, desaparece en el suelo, oyéndose al mismo tiempo un ruido: ¡clac, clac!, como el que produciría un cuerpo al caer.

Durante el desarrollo de esa escena la médium estaba en la cabina, perfectamente observada por otro testigo, Gabriel Delanne, director de la *Revue du Spiritisme*.

Richet prosigue:

Poco después (dos, tres o cuatro minutos), delante de la cortina, a los mismos pies del general, otro testigo, vemos de nuevo la misma bola blanca (¿la cabeza?), la cual sube rápidamente, casi perpendicularmente, *hasta la altura de un hombre* y luego súbitamente se hunde en el suelo con el mismo ruido ¡clac, clac! de un cuerpo que cae al suelo. El general siente en sus piernas el choque de la forma al caer.

La súbita aparición y desaparición de la figura era tan parecida a la acción a través de una trampilla, que al día siguiente Richet examinó minuciosamente el pavimento de la habitación, que era de losas de piedra y el techo de la cochera situada debajo, sin hallar señal de ninguna trampilla.

Para desvanecer los absurdos rumores de su existencia, pidió más tarde a un arquitecto que practicase un

reconocimiento de ambas habitaciones y le certificase el resultado. Tuvieron aún mayor interés aquellas manifestaciones porque anteriormente, en París, rara vez había logrado la médium materializaciones completas.

Richet llevó a cabo con Bien Boa un curioso experimento. Le hizo respirar en su frasco de agua de barita para ver si el aire exhalado contenía dióxido de carbono. Aunque con gran dificultad, la forma hizo lo que se le pedía, y en el líquido se produjo la reacción esperada. Durante el experimento la médium estuvo a la vista de todos y junto a ella se sentó uno de los testigos.

Richet registra un divertido incidente de aquella sesión. Cuando el agua de barita se puso blanca, los asistentes exclamaron: «¡Bravo!», y entonces la forma de Bien Boa entreabrió la cortina y apareció tres veces, saludando como un actor que es llamado a escena.

Richet y Delanne tomaron fotografías de Bien Boa, las que, a juicio de Sir Oliver Lodge, son de lo más perfectas en su género. Un detalle que llama poderosamente la atención en ellas es que un brazo de la médium aparece plano, lo cual revela el proceso de desmaterialización parcial que con tanta claridad se vio en otra médium, Madame d'Espérance. Richet observa oportunamente (obra citada, vol. II, pág. 288):

No temo declarar que el vacío de aquella manga, lejos de demostrar la existencia de fraude, prueba, por el contrario, que no lo hubo, hablando más bien en favor de una especie de disgregación material de la médium que esta no podía sospechar.

He aquí el relato de una espléndida materialización presenciada por Richet en Villa Carmen:

Casi en el mismo momento en que las cortinas se cerraron se abrieron de nuevo, apareciendo entre ellas el rostro de una mujer joven y hermosa que llevaba una corona en la cabeza y una especie de cinta dorada o de diadema en torno

de sus rubios cabellos. Reía a carcajadas y parecía muy alegre; recuerdo muy bien su risa y sus dientes, como perlas. Asomó dos o tres veces la cabeza, ocultándola luego, como un muchacho que se entretuviera jugando al escondite.

La aparición pidió a Richet que otro día llevara unas tijeras para cortar una guedeja de la cabellera de la «reina egipcia», como a sí misma se llamó. Y así lo hizo el profesor al siguiente día.

La «reina egipcia» volvió, pero solo nos mostró la corona de su cabeza y una cabellera tan rubia como abundante. Demostraba impaciencia por saber si yo había llevado las tijeras. Entonces cogí parte de sus largos cabellos, pero apenas pude distinguir el rostro, oculto detrás de la cortina. Cuando estaba a punto de cortar una guedeja de la parte superior de la cabeza, una mano enérgica que se movió detrás de la cortina me obligó a bajar el brazo y a cortar solo a unos 15 centímetros de la punta del pelo. Como cortaba despacio, la forma dijo en voz baja: «¡Aprisa, aprisa!», y desapareció. Conservo el mechón de pelo, que es muy fino, sedoso y de color natural. Su examen al microscopio prueba que se trata de cabello real, y me aseguran que una peluca de este costaría mil francos. El cabello de Marthe es muy negro y más bien corto.

Obra citada, pág. 508.

Aludiremos de paso a lo que Richet llama «infames relatos de periódicos». Alguno de estos publicó una supuesta confesión de engaño atribuida a la médium, así como también la no menos falsa afirmación de un cochero árabe al servicio del general Noel, dueño de la Villa Carmen, el cual aseguraba haber representado el papel de fantasma en la finca. Baste decir que jamás tuvo acceso aquel cochero al salón de las sesiones y que la médium desmintió siempre públicamente el cargo que se le hizo. Richet declaró que aun habiendo sido cierta la acusación, los investigadores psíquicos conocen el valor que hay que dar a semejantes

revelaciones, solo demostrativas de la versatilidad de los médiums. Resumiendo, las sesiones de Villa Carmen, Richet dice:

Las materializaciones producidas por Marthe Béraud son de la mayor importancia. Han aportado numerosos hechos que ilustran el proceso general de las materializaciones, suministrando a la ciencia metapsíquica datos completamente nuevos e imprevistos.

La primera investigación sistemática del ectoplasma fue emprendida por la francesa Madame Bisson, viuda de Adolphe Bisson, hombre público muy conocido. Eso coloca a la señora Bisson al lado de su compatriota Madame Curie, en los anales de la ciencia. La señora Bisson tuvo considerable influjo personal sobre Eva, contra la que se emprendió, después de los experimentos realizados en Argelia, la intolerante persecución acostumbrada. La tomó bajo su protección y la proveyó de todo lo necesario, comenzando seguidamente una serie de experimentos que duraron cinco años, y dieron tan sólidos resultados, que no una, sino acaso varias ciencias, nacerán de ellos en el futuro. En tales experimentos se asoció con el sabio alemán, de Múnich, el Dr. Schrenck-Notzing, cuyo nombre estará también eternamente unido a las primeras investigaciones acerca del ectoplasma.

Los estudios de ambos se desarrollaron entre 1908 y 1913, recogién dose en la obra de la señora Bisson, *Les Phenomenes dits de Materialisation*, y en la de Schrenck-Notzing, *Phenomena of Materialisation*.

El método que empleaban consistía en obligar a Eva a que se desnudara bajo su estricta vigilancia y a que se pusiera una bata desprovista de botones y atada fuertemente a la espalda. Solamente la quedaban libres los pies y las manos. De esta suerte, era llevada a la habitación donde se verificaban los experimentos y a la que no entraba nunca fuera de aquellos momentos. A un extremo de la habitación, había

un pequeño espacio cerrado con cortinas y abierto solo por delante. El objeto de aquel espacio acotado era concentrar el vapor ectoplásmico.

Describiendo los resultados obtenidos por ambos, el sabio alemán dice:

Muchas veces pudimos comprobar que, por un proceso biológico desconocido, surgía del cuerpo de la médium una materia semifluida al principio, que poseía alguna de las propiedades de una sustancia viviente, sobre todo la facultad de cambiar, de moverse y de asumir formas definidas.

Y añade:

Podría dudarse de la verdad de estos hechos si no hubieran sido centenares de veces verificados en el curso de pruebas laboriosas bajo condiciones tan variadas como rigurosas.

¿Puede darse, por lo que a esa sustancia se refiere, una reivindicación más completa de aquellos espiritistas que en el espacio de varias generaciones sufrieron con paciencia que el mundo les ridiculizara? Schrenck-Notzing dice en uno de sus escritos, exhortando a su animosa compañera de trabajo para que no decayese:

No desmaye en sus esfuerzos para abrir un nuevo dominio a la ciencia, ni por ataques insensatos, ni por calumnias cobardes, ni por la violencia de los malévolos, ni por cualquier forma de intimidación. Adelante en el camino que usted ha abierto, pensando en las palabras de Faraday: «Nada es demasiado extraño para ser verdadero».

Los resultados que ambos experimentadores obtuvieron son de los más notables que tengamos conocimiento. El testimonio de numerosos testigos competentes, al que acompañan muchas fotografías, demuestra que aquella materia gelatinosa extraordinaria fluía de la boca, nariz, orejas, ojos y piel de la médium. Son aquellas fotografías de aspecto

extraño y repulsivo, pero lo mismo puede decirse de muchos procesos de la Naturaleza.

Se ve en ellas el fluido viscoso, gelatinoso, colgar de la barbilla como cristales de hielo, caer por el cuerpo, formar como una especie de delantal blanco, o convertido en masas informes pegadas al rostro de la médium. Al ser tocado o herido por la luz, se encogía y era absorbido por el cuerpo como retrae los cuernos el caracol.

Una vez que aquella sustancia fue cogida y pinchada, la médium profirió fuertes gritos. Con asentimiento de la médium fue otra vez amputada una pequeña porción, la cual se disolvió en la caja donde fue colocada como si fuera un copo de nieve, dejando como única huella algo de humedad y un tejido epitelial parecido al de un hongo. El microscopio también reveló la presencia de células epiteliales de la membrana mucosa, lo que parece que indicaba su origen.

Bastaría la producción del ectoplasma para que el descubrimiento hubiese constituido una revolución y señalado una época, pero lo que sigue es aún más extraordinario, y responde cumplidamente a la pregunta que al llegar aquí pueden hacer los lectores: «¿Qué tiene que ver todo esto con los espíritus?» Por increíble que parezca, esa sustancia toma en el caso de ciertos médiums —y Eva era uno de ellos— formas definidas, o sea extremidades y rostros humanos, que primero aparecen con dos dimensiones en plano hasta moldearse por los bordes, completarse y destacarse. Muchas de las fotografías que tomaron los dos experimentadores, revelan esos extraños fantasmas, a menudo de bastante menor tamaño que tuvieron en vida. Algunos de los rostros reproducen indudablemente formas pensadas por Eva, existiendo un gran parecido entre algunas de ellas y las imágenes que la médium pudo haber visto y cuyo recuerdo quedó grabado en su mente. Uno de aquellos rostros tiene, por ejemplo, extraordinario parecido con el presidente Wilson, con un

bigote. Otro parecía una representación de Poincaré. En una fotografía se ve la palabra «espejo», impresa en la frente de la médium, lo cual, en opinión de algunos críticos, prueba que cortó aquella palabra de algún periódico para exhibirla en plena sesión, si bien no se dice el objeto perseguido con tal propósito. La explicación dada por la médium es que las fuerzas dominantes aquella vez deseaban sugerir, por vía de «aporte», la idea de que los rostros y figuras aparecidos no eran en realidad los suyos, sino tales como pudieran ser reflejados por un espejo.

Cuando Eva estaba en sus buenos momentos, lo cual ocurría rara vez y a costa de su salud, formaba una figura completa parecida a alguna persona fallecida; la cuerda que ataba aquella figura a la médium se aflojaba; y un soplo de vida animaba a la imagen que se movía, andaba y expresaba sus emociones íntimas. Schrenck-Notzing dice con referencia a aquella aparición:

Desde entonces el fantasma se ha revelado completo en varias ocasiones saliendo fuera del gabinete, comenzando a hablar y llegando hasta la señora Bisson, en cuya mejilla estampó besos que todos oímos.

Extraño final de una investigación científica y que venía a probar una vez más cuán imposible es, aun para los más esclarecidos materialistas, encontrar una explicación de los fenómenos espiritistas conforme a sus teorías.

Eran tan asombrosos aquellos resultados, que Schrenck-Notzing suspendió su juicio acerca de ellos hasta que fueran confirmados como lo están hoy. Regresó a Múnich y allí tuvo la suerte de encontrar una médium polaca llamada Stanislawa, que poseía la facultad de materializar. Gracias a ella pudo emprender en 1912 una serie de experimentos cuyos resultados recogió en su obra ya citada. Trabajando con Stanislawa, adoptó los mismos estrictos métodos que con Eva, consiguiendo idénticos resultados.

Apenas se distinguen las fotografías del ectoplasma tomadas con una de las que hizo con otra. Así, la acusación de fraude lanzada contra Eva, habría que repetirla respecto a Stanislawa. Muchos fueron los observadores alemanes que asistieron a las sesiones y las fiscalizaron.

Como correspondía a su espíritu teutónico, Schrenck-Notzing profundizó en la materia mucho más que la señora Bisson. Obtuvo cabello de una de las formas materializadas y lo comparó al microscopio con el cabello de Eva, dedujo que no podía ser de una misma persona. Así mismo hizo el análisis químico de una pequeña porción de ectoplasma, la cual, al ser quemada, dejó un residuo de ceniza, dejando un olor como de cuerno. Entre los elementos constituyentes de aquella sustancia, figuraban el cloruro de sodio (sal común) y el fosfato de calcio. Finalmente, obtuvo un filme cinematográfico del ectoplasma, saliendo de la boca de la médium. Parte de este aparece en su libro.

Hay que decir que, aunque la médium se hallaba en trance durante los experimentos, su estado no era inanimado, sino que parecía estar poseída por una personalidad independiente, lo que podría explicarse por una de sus individualidades o como una obsesión real externa. Personalidad que solía dirigirse con cierta severidad a la médium y advertía a Madame Bisson que necesitaba disciplina. En más de una ocasión aquel ente dio señales de gran clarividencia, explicando, por ejemplo, el defecto de un aparato eléctrico que no funcionaba.

Los resultados de Schrenck-Notzing, quedaron corroborados por el Dr. Gustave Geley, cuyo nombre será inmortal en los anales de la investigación psíquica. Geley era médico clínico, habiendo llegado a los más elevados puestos de su profesión. Fue atraído por las ciencias psíquicas y puesto acertadamente por M. Jean Meyer a la cabeza del Instituto Metapsíquico. Su labor y sus métodos constituyen un gran

ejemplo a seguir, distinguiéndose, no solo como hábil experimentador y observador preciso, sino además como profundo filósofo. Su gran obra *El Ser Subconsciente*, puede calificarse como libro de texto de toda una época. Como era de rigor, tuvo también que aguantar las picaduras de los sempiternos mosquitos humanos que asaltan a los primeros exploradores lanzados a través de la jungla fresca del pensamiento, pero salió al paso de sus impugnadores con valor y desenfado. Murió súbita y trágicamente. Había ido a Varsovia, en donde obtuvo moldes ectoplásmicos del médium Kluski, pero desgraciadamente, el avión en que viajaba se estrelló, muriendo Geley en el acto; fue una pérdida irreparable para la ciencia psíquica. Pertenecían al Instituto Metapsíquico dirigido por Geley y declarado de «utilidad pública» por el Gobierno francés, el profesor Charles Richet, el profesor Santoliquido, ministro de Salud Pública de Italia, el conde de Gramont, del Instituto de Francia; el Dr. Calmette, Inspector General de Medicina; Camille Flammarion, Jules Roche, ex ministro de Estado, y el doctor Treissier, del Hospital de Lyon. Más tarde se adhirieron a él, entre otras grandes figuras, Sir Oliver Lodge, el profesor Bozzano y el profesor Leclainche, miembro del Instituto de Francia e inspector general de los Servicios Sanitarios de Agricultura. El Instituto fue provisto de un buen laboratorio para la investigación psíquica, con biblioteca, salón de lectura y recibidores. Sus trabajos se publicaban en la *Revue Metapsychique*, órgano de la Sociedad.

El Instituto tomó la importante iniciativa de invitar a hombres eminentes en la ciencia y en la literatura, para que asistieran a las investigaciones psíquicas y participasen de ellas. Más de un centenar de aquellos hombres ilustres obtuvieron de ese modo pruebas originales, y en 1923, treinta, entre los cuales figuraban dieciocho médicos de fama, firmaron y publicaron una declaración de su creencia plena en la

efectividad de las manifestaciones psíquicas por ellos presenciadas bajo las más rígidas condiciones fiscalizadoras.

El Dr. Geley operó durante algún tiempo con Eva, desfilando por la sala en que se celebraron las sesiones hasta un centenar de hombres de ciencia. Tan evidentes fueron las pruebas obtenidas, que Geley resume sus impresiones con estas palabras:

No solo afirmo que no había engaño, sino que ni siquiera existía la posibilidad de engaño.

Siguiendo los antiguos procedimientos de investigación, halló los mismos resultados que hallaron sus antecesores, salvo que en sus experimentos las apariciones tomaban siempre la forma de rostros femeninos, algunas veces hermosos, y, según asegura, desconocidos para él. Acaso eran formas pensadas por Eva, ya que en ninguna de las sesiones pudo registrarse la presencia de un espíritu viviente. No obstante, bastó para que el Dr. Geley pudiera declarar:

Lo que hemos visto mata al materialismo. De aquí en adelante ya no hay lugar para él en el mundo.

Como es natural, se refería a aquel viejo materialismo, según el cual, el pensamiento no es más que un resultado de la materia, cuando lo cierto, y según revelan los nuevos descubrimientos, la materia es el resultado del pensamiento.

Después de sus experimentos con Eva, el Dr. Geley obtuvo aún más extraordinarios resultados con el médium polaco Franek Kluski, cuyas figuras ectoplásmicas eran tan sólidas que pudo tomar moldes de las manos en parafina. Aquellos moldes o guantes de parafina, que aún pueden verse en Londres⁵³ eran tan estrechos en la abertura de la muñeca, que no habría podido retirarse la mano sin

⁵³ Moldes similares existen en el Psychic College, 59 Holland Park, o en el Museo Psíquico, Abbey House, Victoria Street, Westminster.

romperlos. Solo era posible sacarla de ellos por desmaterialización de la misma mano ectoplásmica. En aquellos experimentos acompañaron a Geley, Richet y el conde de Gramont, cuya competencia era indiscutible. En el capítulo XX de esta obra, encontrará el lector más detalles de estos y otros moldes de figuras ectoplásmicas. Constituyen la más innegable y permanente de las pruebas de semejantes fenómenos, sin que crítica alguna pueda racionalmente invalidarlas.

El Dr. Geley también investigó con otro médium polaco llamado Jean Guzik, en el Instituto de París. Las manifestaciones de aquel médium consistieron en luces, en manos y rostros ectoplásmicos. Treinta y cuatro distinguidas personas, algunas de ellas completamente escépticas, afirmaron tras largas y minuciosas investigaciones, su creencia en aquellos fenómenos. Entre esos testigos había miembros de la Academia Francesa, de la Academia de Ciencias, de la Academia de Medicina, doctores en Medicina y en Derecho y hasta algunos expertos policías.

El ectoplasma es una de las sustancias más proteas, pudiendo manifestarse de muy distintas maneras y con diversas propiedades. Así lo demostró el Dr. Crawford, profesor de Ingeniería Mecánica en la Queen's University de Belfast. Crawford dirigió una importante serie de experimentos desde 1914 a 1920 con la médium Kate Goligher, cuyo relato consignó en tres volúmenes: *The Reality of Psychic Phenomena* (1917), *Experiments in Psychical Science* (1919) y *The Psychic Structures at the Goligher Circle* (1920). Desgraciadamente, Crawford falleció en 1920, pero su recuerdo será imperecedero, merced a los tres libros citados.

Para comprender debidamente los resultados conseguidos por Crawford deben leerse esos libros, pero en síntesis consignaremos que en ellos se demuestra que los levantamientos de mesas, los ruidos en el suelo y los movimientos

de objetos en la sala de las sesiones, son debidos a la acción de «varillas psíquicas» o, según las llama en la última de las expresadas obras, «producciones psíquicas» emanadas del cuerpo del médium. Cuando la mesa se levanta, aquellas «varillas» actúan de dos maneras: si la mesa es ligera, la varilla o instrumento psíquico no toca el suelo, sino que obra como «una palanca, fija sólidamente en el cuerpo del médium por una extremidad, mientras que la otra extremidad actúa en la superficie interior o en las patas de la mesa». Si esta es pesada, la reacción, en vez de partir del médium, procede del suelo de la habitación, donde la sustancia psíquica forma una especie de soporte entre la superficie inferior de la mesa levantada y el suelo. El médium, en los experimentos de Crawford, estaba colocado en una báscula, y cuando la mesa se levantaba, aumentaba su peso.

Crawford suministró una interesante hipótesis del proceso de formación del ectoplasma durante la sesión. Debe advertirse, que al hablar de «operadores» se refiere a los espíritus actuantes en los fenómenos:

Los operadores obran en el cerebro de los circunstantes y desde él sobre su sistema nervioso. Pequeñas partículas, mejor aún, moléculas, son proyectadas por el sistema nervioso a través de los cuerpos de los circunstantes, cintura, manos, dedos, etc. Tales partículas quedan libres, y como están dotadas de una considerable cantidad de energía latente a ellas inherente, esta puede reaccionar sobre cualquier sistema nervioso humano con el cual entre en contacto. La corriente de partículas de energía fluye alrededor de los reunidos, en parte probablemente por la periferia de sus cuerpos, y, aumentando gradualmente desde ellos, pasa al médium en un elevado grado de «tensión», le comunica su energía, recibe de él nuevo incremento, atraviesa otra vez el círculo de los reunidos y así sucesivamente. Finalmente, cuando la «tensión» es bastante alta, cesa el proceso circulatorio, y las partículas de energía son recogidas o

refundidas en el sistema nervioso del médium, quien desde entonces posee un depósito desde donde proyectarlas. Disponiendo entonces los operadores de una buena reserva de la mejor clase de energía, es decir, energía nerviosa, pueden actuar sobre el cuerpo del médium, el cual se encuentra de tal manera constituido, que por medio de la tensión nerviosa puede desprender una parte de su propia materia y proyectarla en plena sala de sesiones.

La realidad de los fenómenos psíquicos, pág. 243.

Acaso es este el primer intento hecho para explicar claramente lo que ocurre en una sesión de fenómenos físicos, y es muy posible que describa con fiel exactitud lo que realmente sucede. En otro lugar de su libro hace Crawford una importante comparación entre las primeras y las últimas manifestaciones psíquicas de una sesión, exponiendo la siguiente atrevida teoría de todos los fenómenos psíquicos:

He comparado la apariencia blanquecina y nubosa de esa sustancia en las distintas formas adoptadas por ella con fotografías de fenómenos de materialización en sus distintas fases obtenidas con diferentes médiums en todo el mundo, y la conclusión a que he llegado es que esa materia se parece extraordinariamente, si no es siempre la misma, en todos los fenómenos de materialización. De hecho, puede afirmarse que dicha materia blanquecina, traslúcida, nebulosa, es la base de todos los fenómenos psíquicos de orden físico. Sin ella hasta cierto punto no son posibles los fenómenos físicos y es ella la que da consistencia a las estructuras de todo género erigidas por los operadores en la sala de sesiones. Es la que, debidamente manejada y aplicada, permite a tales estructuras entrar en contacto con las formas corrientes de materia que nosotros conocemos, tanto si dichas estructuras se asemejan a aquellas de que me ocupo particularmente, como si son materializaciones de formas corpóreas, manos o rostros. Es más, me parece probable que esa materia sea la base de las estructuras erigidas aparentemente como manifestación de la forma particular de los fenómenos que se

llaman de voz directa, basándose también en ella fenómenos conocidos con el nombre de fotografía de los espíritus.

Mientras Crawford trabajaba en sus varillas ectoplásmicas, el Dr. Geley comprobaba los resultados obtenidos con Eva en una nueva serie de experimentos. Así resume sus observaciones:

Emana del cuerpo de la médium una sustancia amorfa o polimorfa hasta el más alto grado. Esa sustancia toma varias formas, pero en general muestra órganos más o menos compuestos, distinguiéndose: (1) la sustancia como una subestructura de materialización, (2) su desarrollo organizado. Su aparición se anuncia generalmente por la presencia de fluido, a manera de copos blancos y luminosos de tamaño que varía entre el de un guisante y el de una moneda de cinco francos, y distribuido por todas partes sobre el vestido negro de la médium, principalmente hacia el costado izquierdo. La sustancia emana de todo el cuerpo de la médium, pero principalmente de los orificios naturales y de las extremidades, de la parte superior de la cabeza, de los costados y de las puntas de los dedos. Pero lo más corriente es la emanación por la boca. La sustancia se presenta tan pronto con la consistencia de una pasta dúctil, como de una verdadera masa protoplasmática, o en forma de numerosos hilos delgados, de cuerdas de varios grosores, de radios rígidos, de anchas fajas, de membranas o de tejido como de lana de forma indefinida o irregular. La apariencia más curiosa es la de membrana, de gran extensión, provista de franjas cruzadas a manera de una red.

La cantidad de materia «exteriorizada» varía entre límites muy amplios. En ciertos casos envuelve por completo a la médium como si fuera un manto. Tiene tres colores diferentes: blanco, negro y gris. El color blanco me parece el más frecuente, tal vez porque es el que mejor se ve. A veces los tres colores aparecen simultáneamente. La visibilidad de la sustancia varía considerablemente aumentando o disminuyendo sucesivamente. La impresión al tacto es muy

diversa, siendo a veces húmeda y fría, como viscosa y pegajosa, y solo raramente seca y dura. Es móvil, con movimiento lento, subiendo o bajando a lo largo de la médium, por su espalda, pecho y rodillas, a manera de un reptil. A veces los movimientos son súbitos y rápidos, apareciendo y desapareciendo como un relámpago. Es extraordinariamente sensitiva, sobre todo a la luz.

El párrafo copiado es solo una parte del magistral análisis del Dr. Geley, que al final se refiere a este importante aspecto de sus observaciones:

Durante toda la duración del fenómeno de materialización, el producto formado está en evidente conexión fisiológica y psíquica con el médium. La conexión fisiológica es a veces perceptible en forma de un delgado cordón que une la sustancia con el médium, como el cordón umbilical liga el embrión a la madre.

Pero, aunque a veces ese cordón no sea visible, la relación psicológica es siempre muy estrecha. Toda impresión recibida en el ectoplasma reacciona sobre el médium y viceversa. La sensación refleja de la sustancia se confunde con la del médium. En una palabra, todo demuestra que el ectoplasma es el mismo médium parcialmente exteriorizado.

Si se compara este relato en sus detalles con los que aparecen al principio de este capítulo, veremos cuán numerosos son los puntos de semejanza entre ellos, y como después de tales confirmaciones no es ya escepticismo, sino fruto de la más supina ignorancia negar la existencia y naturaleza del ectoplasma.

Eva, como ya dijimos, vino a Londres y dio treinta y ocho sesiones bajo los auspicios de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, pero la relación de esas sesiones (Actas, vol. XXXII, págs. 209-343) constituye un documento poco satisfactorio. Afortunadamente, el Dr. Schrenck-Notzing consiguió disponer de otro médium, el joven de catorce años Willie S., gracias al cual pudo demostrar a todos la existencia

del ectoplasma, con resultados correspondientes a los obtenidos en París. La sustancia fue examinada por un centenar de selectos observadores, ninguno de los cuales pudo negar la evidencia de lo que vio. Eran profesores o ex profesores de Jena, Giessen, Heidelberg, Múnich, Tubinga, Upsala, Friburgo, Basilea y otras Universidades, junto con buen número de famosos médicos, neurólogos y sabios de todo linaje.

No puede, pues, haber duda sobre la existencia del ectoplasma. Pero no siempre y en todos los casos se produce. Se trata de una delicada operación que puede fallar, que explica que al practicarla fracasaron varios experimentadores, entre los cuales se contó un reducido comité de la Sorbona. Ya hemos visto que requiere hombres hábiles, así como buenas condiciones de orden mental y espiritual más que químico. Además, ha de ayudar el ambiente, pues si es antagónico, dificulta o impide totalmente la aparición, lo que acredita sus afinidades espirituales, diferenciando al ectoplasma de los productos puramente físicos.

¿Qué es por lo tanto esa sustancia? Algo que adopta una forma. ¿Quién determina la forma? ¿Es la mente del médium caído en trance? ¿Es la mente de los observadores? ¿Es una mente independiente? Los experimentadores se dividen en dos escuelas: una que está empeñada en buscar la causa y origen del ectoplasma en alguna propiedad extraordinaria latente en el cuerpo físico normal, y otra, a la que el autor pertenece, que cree que aquel es el eslabón que nos une con una cadena que da lugar a otra forma de vida. Y hay que añadir que en todo lo relativo a ese fenómeno no hay nada que no fuera conocido por los antiguos alquimistas de la Edad Media. Este hecho tan interesante, fue revelado por Foster Damon, de la Universidad de Harvard, al dar una serie de extractos de las obras de Vaughan, filósofo, que vivió hacia el año 1650, dónde con el nombre de «Primera materia» o de «Mercurio», se define una sustancia emanada del

cuerpo que tiene todas las características del ectoplasma. Eran tiempos en los que la Iglesia Católica de una parte y los puritanos de otra, se hacía muy difícil la labor del investigador psíquico. De ahí que los químicos de entonces disfrazaran sus conocimientos bajo nombres fantásticos, y que dichos conocimientos acabaran por desaparecer.

El autor ha visto frecuentemente ectoplasma en su forma vaporosa, pero solo una vez en su forma sólida, salvo en los casos en que pudo observar rostros o figuras completamente materializadas. Fue en una sesión con Eva, con la intervención de la señora Bisson. En aquella ocasión, la extraña y variable sustancia apareció como un pedazo de materia de 15 centímetros de longitud, no muy distinto de un trozo de cordón umbilical, adherido a la tela del vestido en la región del bajo vientre. Era visible a la luz y el autor fue autorizado a tocarlo, sacando la impresión de que se trataba de una sustancia viva que se encogía y latía al tacto. Excusamos decir que ninguna posibilidad de fraude había en aquel momento.

Para juzgar bien de los hechos que se conocen acerca del ectoplasma, conviene ver la apariencia de este en las fotografías psíquicas. La opinión más racional es que una vez formado el ectoplasma puede moldearse por obra de la mente, y que en los casos más corrientes esa mente puede ser la del médium inconsciente. Pero olvidamos con frecuencia que también nosotros somos espíritus, y que el espíritu que reside en el cuerpo posee probablemente facultades parecidas a las del espíritu que está fuera del cuerpo. En otros casos, como se revela especialmente con las fotografías psíquicas, resulta perfectamente claro que no es el espíritu del médium quien obra, sino que interviene alguna fuerza más poderosa y con un objetivo más consciente y definido.

Personalmente el autor es de la opinión que en el futuro se descubrirán diferentes formas de plasma con distintas actividades, formando una ciencia aparte que bien podría

llamarse Plasmología. También creo que todos los fenómenos psíquicos exteriores al médium, incluso la clarividencia, tienen el mismo origen. Así, un médium clarividente puede muy bien ser el que emita esta u otra sustancia parecida en forma de atmósfera a su alrededor para que el espíritu se manifieste a todos aquellos que estén dotados del poder de percepción. Así como el aerolito que pasa por la atmósfera de la Tierra es momentáneamente visible entre dos eternidades de invisibilidad, así también es posible para el espíritu al pasar por la atmósfera psíquica del médium que pueda revelar su presencia ectoplásmica por un momento.

Esta opinión no se funda en prueba alguna, sino que va más allá de lo que actualmente conocemos, pero Tyndall ha mostrado que semejantes hipótesis exploratorias pueden convertirse en el punto de partida de la verdad. La razón por la cual unas personas ven fantasmas y otras no, puede obedecer a que algunas suministran ectoplasma suficiente para la manifestación y otras no, al paso que el escalofrío, el temblor y el desmayo final de aquellas deben atribuirse no meramente al terror sino, en parte por lo menos, al súbito desgaste de sus reservas psíquicas.

Sea como quiera, el conocimiento ya bien sólido que hoy tenemos del ectoplasma nos proporciona una firme base material para la investigación psíquica. Cuando el espíritu descende sobre la materia necesita una base material. De lo contrario no podría impresionar nuestros sentidos materiales. En 1891, Stainton Moses, el psíquico más notable de su tiempo, se vio obligado a declarar:

Nada sé acerca del método o métodos por los cuales se producen las formas materializadas, fuera de lo que ya sabía la primera vez que las vi.

Si hoy viviera le sería difícil decir lo mismo. Gracias al descubrimiento del ectoplasma podemos explicarnos de modo racional los golpes, percusiones o ruidos que figuran

entre los primeros fenómenos espiritistas que llamaron la atención de las gentes. Prematuro es aún decir que pueden producirse esos ruidos de una sola manera, pero cabe afirmar que por lo general su producción se basa en la extensión de una varilla de ectoplasma, visible o no, y en su percusión en un objeto sólido. Probablemente tales varillas son los conductores de la fuerza, de la misma manera que un alambre de cobre puede conducir la descarga eléctrica destructora de un acorazado. En uno de los admirables experimentos de Crawford, notando que las varillas o radios ectoplásmicos procedían del pecho de su médium, le tiñó la blusa con color carmín y le ordenó que produjera ruidos en la pared opuesta. Y, en efecto, la pared apareció salpicada de manchas rojas, lo cual demuestra que la proyección ectoplásmica había arrastrado una parte del color a través del cual había pasado. De la misma manera, en los casos verdaderos de movimiento de la mesa, debe atribuirse este a la acumulación de ectoplasma en la superficie, expulsada por los varios concurrentes y utilizado después por la inteligencia directora. Crawford supuso que las varillas poseen en las extremidades apéndices ya para asir o para levantar, y el mismo autor tomó más tarde varias fotografías de esas varillas en las cuales se ve claramente un borde dentado en el extremo que muy bien pudiera servir para tal fin.

Crawford dedicó también la mayor atención a la relación existente entre el peso del ectoplasma emitido y la pérdida de peso que al emitirlo sufre el médium. Sus experimentos demuestran que todos somos médiums, que todos perdemos peso en las sesiones de materialización, y que los médiums propiamente dichos, solo difieren de nosotros en que pueden emitir una mayor cantidad de ectoplasma. Más grandes diferencias hay en otros aspectos de los hombres, puesto que unos tienen, por ejemplo, magnífico oído para la música y otros carecen en absoluto de él. En los experimentos de

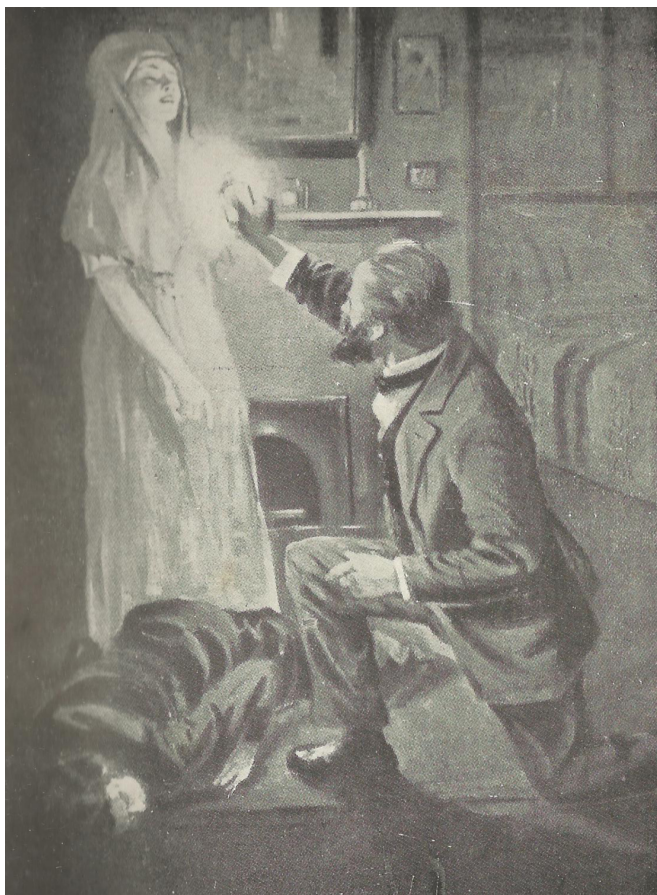
Crawford era corriente que la médium perdiese entre 4 y 6 kilos en una sola sesión, recobrando el peso inmediatamente después que su cuerpo reabsorbía el ectoplasma. En una ocasión fue registrada la enorme pérdida de 23 kilos, lo que hubiera hecho creer que la báscula no estaba bien, de no existir el antecedente de pérdidas superiores en otros médiums, como ocurrió en los experimentos de Olcott con los Eddy. Todavía son de notar otras propiedades del ectoplasma. La luz lo destruye, a no ser que se acostumbre gradualmente a ella o esté preparado para recibirla por los espíritus intermediarios. Pero siempre un chorro súbito de luz hace refluir la sustancia y esta es reabsorbida por el médium con la fuerza de una faja elástica al soltarse. Hay que renunciar a maquinaciones y tretas contra el ectoplasma, y toda fuerza empleada contra un objeto cualquiera sostenido por las varillas ectoplásmicas, es casi tan peligroso como la luz brusca e intensa.

El autor recuerda que en una sesión un concurrente ignorante cambió de lugar un objeto que flotaba en el aire delante de los reunidos, y aunque el acto fue realizado discretamente, la médium se quejó de dolor y malestar y tuvo que guardar cama algunos días. Otra médium padeció una fuerte y extensa irritación desde el pecho hasta la espalda, causada por el encogimiento de la banda ectoplásmica en el momento en que un mal intencionado encendió súbitamente una lámpara eléctrica. Cuando el ectoplasma se recoge en una superficie mucosa, la consecuencia puede ser una grave hemorragia. El autor podría citar varios casos más presenciados por él mismo.

No se puede en el espacio de un capítulo abarcar tema tan amplio, ni dar más detalles sobre un punto que por sí solo requeriría un volumen. Es seguro que nuestro conocimiento de esa extraña, protea, esquiva y penetrante sustancia aumentará de año en año, pudiendo profetizarse

que, si la última generación consagró su estudio al protoplasma, la próxima hará lo propio con su equivalente psíquico, llamado ectoplasma por Charles Richet, y por otros «plasma», «teleplasma» e «ideoplasma».

Ya desde la fecha en que se escribió este capítulo hasta la de su publicación, ha habido nuevas emisiones de ectoplasmas, debidas a médiums de varias partes del mundo. Las más notables las de Margery o señora Crandon, de Boston, médium a la que Malcolm Bird ha consagrado un volumen con su nombre.



Experimento de Sir William Crookes para verificar que médium y espíritu eran dos entidades distintas.

CAPÍTULO XIX

FOTOGRAFÍA ESPIRITISTA

La primera noticia auténtica de la producción de lo que se llama fotografías espiritistas, se remonta a 1861. Quien las obtuvo fue William H. Mumler, en Boston. En Inglaterra, se cuenta que Richard Boursnell llevó a cabo, en 1851, el mismo experimento, pero no se ha conservado ninguna de las fotografías que hizo. El primer caso comprobado en Inglaterra, data de 1872, y se refiere al fotógrafo Hudson.

Al igual que el desarrollo del Espiritismo moderno, aquel nuevo progreso fue pronosticado desde el más allá. En 1856, Thomas Slater, óptico, residente en Londres, celebró una sesión de Espiritismo junto a Lord Brougham y Robert Owen, en la cual se anunció por medio de golpes que llegaría un tiempo en que Slater tomaría fotografías de espíritus. Owen prometió que, si al llegar esa época él se encontraba en el mundo de los espíritus, aparecería en la placa.

Y, en efecto, estando Slater haciendo experimentos de fotografía espiritista, obtuvo en una placa el rostro de Robert Owen juntamente con el de Lord Brougham (*Milagros del Espiritismo moderno*, 1901). Alfred Russel Wallace describe así aquella fotografía:

La primera de las pruebas contenía dos cabezas al lado de un retrato de la hermana de Slater. Una de las cabezas era inconfundiblemente del fallecido Lord Brougham; la otra, mucho menos clara, fue reconocida por Slater como la de Robert Owen, con quien tuvo amistad íntima hasta el momento de su muerte.

El Dr. Wallace, agrega:

No es cosa esencial el que esas figuras sean exactamente identificadas o no lo sean. El hecho de que *cualquiera* de ellas, tan clara e inconfundiblemente humanas, salga en las placas tomadas en su propio laboratorio por un fotógrafo aficionado y experto óptico, que se fabrica el aparato por sí mismo, y sin otras personas presentes fuera de los miembros de su familia, es una verdadera maravilla.

En otra ocasión, apareció junto al fotógrafo una segunda figura en la placa tomada por Slater estando absolutamente solo, merced a haber ocupado la silla destinada al modelo después de destapar el objetivo.

El mismo Slater me mostró aquellas fotografías explicándome en qué condiciones se habían hecho. Es indudable que no podía haber trampa, y como se trata de una confirmación de lo que ya antes se había obtenido por fotografías profesionales, su valor es inestimable.

Desde Mumler en 1861 a William Hope en nuestro tiempo ha habido de veinte a treinta médiums con aptitud para la fotografía psíquica, y entre todos ellos produjeron miles de esos resultados sobrenaturales que se conocen bajo el nombre de «extras⁵⁴». Entre los más conocidos se encuentran Hudson, Parkes, Wyllie, Buguet, Boursnell, Duguid, Hope y señora Deane.

Mumler, empleado como grabador en una importante joyería de Boston, no era ni espiritista ni fotógrafo profesional. En momentos de ocio, al sacar una fotografía de sí mismo en el laboratorio de un amigo, obtuvo en la placa el esbozo de otra figura. El método que empleó fue enfocar una silla desocupada, y después de destapar el objetivo, sentarse en la

⁵⁴ En la terminología de la época, un «extra» es la figura, rostro o mensaje que aparece en la placa fotográfica y que no estaba presente físicamente frente al objetivo durante la exposición. Nota de Curso Espirita.

silla con la exposición requerida. Al dorso de la fotografía Mumler, escribió:

Esta fotografía fue hecha por mí un domingo, cuando fuera de mí mismo no había alma viviente en la habitación. En la forma que se ve a mi izquierda reconozco a mi prima fallecida hace doce años. *W. H. Mumler.*

La forma era la de una joven cuyo cuerpo y brazos se ven claramente, así como también la mesa sobre la cual se apoya uno de estos. De la cintura para abajo la forma (que al parecer vestía un traje sin mangas y cuello escotado), parece esfumarse en una densa niebla flotante en la parte baja de la fotografía.

La noticia de novedad tan extraordinaria cundió rápidamente, y Mumler fue asediado por toda la ciudad para que hiciese más fotografías. Al principio rehusó, pero al fin se avino a ello, y con la obtención de nuevos «extras» se extendió más su fama, no tardando en abandonar su empleo para consagrarse de lleno al nuevo trabajo. Como su caso es el de todos los médiums fotógrafos que le sucedieron, echaremos una rápida ojeada a su actuación.

Aficionados de la mejor reputación obtuvieron fotografías absolutamente evidentes y reconocibles de amigos y parientes fallecidos, quedando plenamente satisfechos y convencidos de la legitimidad de los resultados. Luego acudieron los fotógrafos profesionales seguros de que había alguna trampa, proclamando que si se les daba ocasión de realizar pruebas en las condiciones que ellos fijaran, descubrirían el fraude. Llegaron uno tras otro aportando muchos sus propias placas, sus máquinas y sus ingredientes químicos, pero aun dirigiendo y vigilando ellos todas las operaciones, les fue imposible descubrir trampa alguna. El mismo Mumler fue a sus laboratorios y les ayudó en el revelado de las placas y en todos los demás trabajos siempre con

el mismo éxito para él. Andrew Jackson Davis, a la sazón director del *Herald of Progress*, de Nueva York, envió a un fotógrafo profesional, William Guay, para que hiciera una información completa de aquellos acontecimientos. Pero no obstante habérsele permitido verificar y vigilar por sí mismo todo el proceso fotográfico, apareció en la placa una figura espiritista. Volvió a experimentar con Mumler en varias otras ocasiones y acabó convenciéndose de que aquel era un poderoso médium y ciertos sus fenómenos.

Otro operador, Horace Weston, fue también enviado por Black para investigar, al famoso retratista de Boston. Cuando regresó después de obtener sus correspondientes fotografías de espíritus, declaró que no pudo descubrir cosa alguna en las operaciones que no fuera lo corriente y normal en las fotografías ordinarias. Ante lo cual el mismo Black se trasladó al estudio de Mumler, revelando él mismo las placas que se hicieron. Durante esta operación, al ver que aparecía en ellas una figura al lado de la suya y al darse cuenta de que se trataba de un hombre que apoyaba un brazo sobre sus espaldas, exclamó asombrado:

¡Pero Dios mío! ¿es esto posible?

Mumler tenía más demandas de sesiones que las que podía dar, viéndose obligado a señalar a los solicitantes fechas con varias semanas de anticipación. Las peticiones procedían de todas las clases sociales: ministros, abogados, jueces, alcaldes, médicos, profesores, empresarios. Las publicaciones de la época están llenas con los relatos de los resultados indudables obtenidos con unos y otros.

En 1863, Mumler, como muchos médiums fotográficos que le sucedieron, encontró en sus placas «extras» de personas que estaban vivas. Sus más decididos defensores no pudieron aceptar aquel nuevo y asombroso fenómeno, y aunque continuaron creyendo en sus facultades,

comenzaron a sospechar que hacía algún truco. El Dr. Gardner, en carta al *Banner of Light* (Boston, febrero, 20, 1863), refiriéndose al nuevo fenómeno, escribió:

Mientras por un lado tengo la creencia completa de haberse producido por su mediumnidad retratos verdaderos, por otra, he tenido pruebas evidentes de fraude, por lo menos en dos casos. Mumler o algún cómplice suyo que ha asistido a las reuniones de la señora Stuart, con culpables de fraude al presentarnos como legítimos retratos de espíritus fotografías de una persona que vive actualmente en esta ciudad.

Lo que según los acusadores hacía más patente el caso, es que algunos «extras» de personas vivientes aparecían en dos placas diferentes. Ese «descubrimiento» soliviantó contra Mumler a la opinión pública tanto, que en 1868 tuvo que irse a Nueva York, donde sus asuntos prosperaron durante algún tiempo, siendo al fin detenido por orden del alcalde de la ciudad, a petición del redactor de un periódico que había recibido un «extra» irreconocible. Después de un largo proceso, fue absuelto sin la menor mancha en su reputación. La prueba de los fotógrafos profesionales no espiritistas, fue completamente favorable a Mumler.

Así, Jeremiah Gurney declaró:

He sido fotógrafo durante veintiocho años; he estudiado el proceso Mumler, y aunque estaba prevenido contra este, no pude hallar engaño o trampa alguna. Lo único que se salía de lo rutinario, era que el operador mantuviese su mano sobre la cámara.

Mumler falleció en la pobreza el año 1884, dejando un interesante y convincente relato de su labor en su libro *Personal Experiences of William H. Mumler in Spirit Photography* (Boston, 1875). Un ejemplar de esa obra puede verse en el Museo Británico.

Hudson, que fue en Inglaterra el primero en obtener la fotografía de un espíritu, de la que tengamos completa evidencia, rondaba los sesenta años por aquella época (marzo de 1872). La modelo fue Georgiana Houghton, la cual refirió extensamente el caso.

De la actuación de Hudson hay abundantes testimonios. Thomas Slater, a quien antes nos hemos referido, empleó las cámaras y placas de aquel, y después de minuciosa observación, declaró que «debía descartarse toda sospecha de engaño en la obra de Hudson». Entre otros, William Howitt, desconocido entonces para el médium, se presentó sin previo aviso en el estudio de este, y en el «extra» que Hudson le hizo, reconoció a sus dos hijos fallecidos, declarando que las fotografías eran «perfectas e inconfundibles».

El Dr. Alfred Russel Wallace obtuvo asimismo un buen retrato de su madre. Describiendo su visita, dice:

Posé tres veces, siempre escogiendo yo mismo la posición, y las tres veces apareció en el negativo una segunda figura junto a mí. La primera fue una figura masculina armada de una corta espada; la segunda, una señora situada a medio metro de distancia detrás de mí, mirándome y teniendo en la mano un ramillete de flores. La tercera vez, después de colocarme yo mismo y de haber sido puesta la placa en la cámara, pedí que la figura apareciera más cerca de mí. En la placa apareció una figura de mujer que estaba tan *junto* a mí, que sus vestidos cubrían la parte baja de mi cuerpo. Asistí al revelado de todas las placas y, en cada uno de los casos, la figura adicional aparecía en el mismo momento de verter el revelador; en cambio, mi imagen no surgía hasta unos veinte segundos después, por lo menos.

No reconocí a ninguna de aquellas figuras en los negativos, pero en cuanto tuve las pruebas, pude darme cuenta a la primera ojeada de que la tercera placa contenía el inconfundible retrato de mi madre, con todos sus rasgos y expresión; no era el parecido de una fotografía en vida, sino

una imagen idealizada, *en cualquier caso me pareció inconfundible*.

El segundo retrato, aunque distinto, también fue reconocido por el Dr. Wallace como el de su madre. El primer «extra» de un hombre no lo reconoció.

J. Traill Taylor, que era entonces director del *British Journal of Photography* (agosto de 1873), obtuvo con aquel médium resultados sobrenaturales con sus propias placas, estando Hudson, «durante la preparación, exposición o revelado, a 3 metros de la cámara oscura». Esto último debe aceptarse como prueba definitiva.

De otro médium fotográfico, F.M. Parkes, de Londres, se cuenta que era un psíquico natural, con facultad de visionario desde su niñez. No supo nada de Espiritismo hasta 1871. A principios del año siguiente practicó la fotografía con su amigo Reeves, propietario de un restaurante cercano a King's Cross. Tenía a la sazón treinta y nueve años. Al principio solo aparecieron en sus placas espacios y señales irregulares de luz, pero al cabo de tres meses obtuvo un espíritu perfectamente reconocible. Las personas que le sirvieron de modelo fueron el Dr. Sexton y el Dr. Clarke, de Edimburgo. El Dr. Sexton invitó a Bowman, experto fotógrafo de Glasgow, a que hiciese un detenido examen de la máquina, la cámara oscura y todos los aparatos usados. Después de verificada así, Bowman declaró que toda trampa era imposible. Durante algunos años no cobró aquel médium la menor remuneración por sus servicios. Stainton Moses, hablando de Parkes, dice:

Al hojear el álbum de Parkes, lo que más me llama la atención, es la enorme variedad de los retratos y luego los rasgos diferentes de la casi totalidad de ellos, tan distintos de los fantasmas convencionales. De los ciento diez que he visto hechos desde abril de 1872 hasta ahora, no hay dos iguales, y apenas dos que presenten algún parecido. Cada

uno es peculiar en sí mismo, mostrando en el rostro su autónoma individualidad.

Asegura luego que muchos de los «extras» fueron reconocidos por las personas fotografiadas.

El fotógrafo de espíritus francés, M. Ed. Buguet, estuvo en Londres en junio de 1874, y en su estudio fotografió a muchas personas conocidas. El director de *The Spiritualist*, Harrison, cuenta que Buguet daba a quien se lo pedía una prueba de la autenticidad del fenómeno, que consistía en cortar una esquina de la placa y añadirla a al negativo después del revelado. Stainton Moses pinta a Buguet como un hombre alto, delgado, de cara seria y facciones pronunciadas, con abundante y enmarañado cabello negro. Durante la exposición de la placa estaba sumido en trance parcial. Los resultados psíquicos que obtuvo fueron muy artísticos y bastantes más claros que los conseguidos por otros médiums. También era mayor en sus fotografías el tanto por ciento de espíritus conocidos. Detalle curioso de su labor es que obtuvo un número de retratos que eran el «doble» del modelo o de personas que vivían en su mismo estudio, pero que no estaban presentes en las sesiones. De Stainton Moses, en ocasión de estar en trance en Londres, se afirma que «apareció fotografiado por Buguet en una placa hecha en París, sirviendo de modelo Gledstanes». «Human Nature», vol. IX, pág. 97).

En abril de 1875, Buguet fue detenido y acusado en Francia de hacer fotografías fraudulentas de espíritus. Para salvarse declaró que todos los resultados se habían obtenido mediante engaño. Fue condenado a quinientos francos de multa y a un año de cárcel. Durante el juicio, personas respetables y muy conocidas expresaron su creencia en la verdad de los «extras» obtenidos por el acusado, a pesar de los «fantasmas» fingidos que Buguet dijo haber usado. La verdad de la fotografía de espíritus no depende de lo que

aquel médium hiciera o dejara de hacer. Quienes tengan interés en conocer los incidentes de su detención y proceso para sacar de ellos conclusiones claras, pueden leer *The Spiritualist* (vols. V-VII, 1875) y *Human Nature* (vol. IX, pág. 334).

Acerca de aquel asunto, dijo Stainton Moses:

No solo creo, sino que *conozco*, con la misma certeza que conozco otras realidades, que algunas de las fotografías de Buguet son auténticas.

En cambio, Coates dice que Buguet era un compañero indigno. No hay duda de que es muy débil la situación de un hombre que para probar que no es un farsante confiesa que mintió. Sin él, la causa de la fotografía psíquica aún se mantendría más firme. El proceso se siguió a instancias del arzobispo de Toulouse. Se dijo a Buguet que solo podría salvarse si se confesaba culpable de fraude. Viéndose acosado, hizo lo que tantas víctimas de la Inquisición: confesó a la fuerza, a pesar de lo cual le condenaron a doce meses de cárcel.

Richard Boursnell (1832-1909) ocupó una situación prominente en la fotografía espiritista. Era socio de otro fotógrafo de Fleet Street, asegurándose que ya en 1851 dio señales de mediumnidad, con aparición de manos y rostros en sus placas. Su socio le acusó de no limpiar bien las placas (por entonces se utilizaba el colodión húmedo) y tuvieron un altercado tras el que Boursnell no quería continuar más en el negocio. Tenía ya cerca de cuarenta años cuando volvieron a aparecer en sus placas las mismas señales acompañadas de formas «extra», con gran contrariedad suya, porque ello iba en perjuicio del negocio y le obligaba a destruir numerosas placas. W. T. Stead tuvo que vencer grandes dificultades para decidirle a operar juntos. Desde entonces obtuvo repetidamente lo que los antiguos

fotógrafos llamaban «vistas de sombras». Al principio no podían reconocerse, pero más tarde se obtuvieron algunas cuya identificación fue completa. Stead ha referido las precauciones que ambos adoptaban para garantizar la autenticidad de los resultados, señalando placas, etc., pero el hecho de aparecer en la placa, con parecido indudable, el pariente desconocido de un modelo igualmente desconocido, es una prueba superior a todas las precauciones, susceptibles de ser burladas por expertos prestidigitadores o trucos fotográficos.

Dice:

Una y otra vez envié amigos a Boursnell sin informarle de quiénes eran, ni decirle nada que sirviese para identificar al amigo o pariente nuestro cuyo retrato deseaban obtener, a pesar de ello, una y otra vez al revelar el negativo aparecía el retrato deseado, ya a espaldas o ya enfrente del modelo. Esto ocurrió tan frecuentemente que estoy convencidísimo de la imposibilidad de todo fraude. Cierta día, un editor francés, viendo aparecer el retrato de su difunta mujer al revelarse la placa, se arrebató de tal entusiasmo que insistió en besar al fotógrafo para gran vergüenza del anciano. En otra ocasión se trataba de un ingeniero de Lancashire, fotógrafo a su vez, obteniendo retratos de dos parientes difuntos del ingeniero y otro de un personaje eminente con quien había estado en estrecha relación. Y se dio el caso de un vecino que se acercó ajeno totalmente al estudio y que obtuvo el retrato de su hija fallecida.

En 1903, los espiritistas de Londres rindieron un homenaje a aquel médium, consistente en el regalo de una bolsa de oro y un pergamino firmado por más de cien representantes espiritistas. Con tal motivo se expusieron en la Sociedad Psicológica, de George Street, trescientas fotografías espiritistas, seleccionadas entre otras muchas hechas por Boursnell. Respecto del «parecido», objetaron ciertos

críticos que lo daban con su imaginación los modelos, ocurriendo alguna vez que dos de estos reivindicasen el mismo «extra» como el de uno de sus parientes. Pero a esto podía contestarse que el Dr. Alfred Russel Wallace, por ejemplo, era el mejor juez para decir si el retrato de su esposa, fallecida, era o no parecido. El Dr. Cushman (de quien más tarde hablaremos), mostró un «extra» de su hija Agnes a buen número de parientes y amigos, todos los cuales estuvieron conformes en que se parecía absolutamente. Pero aparte del mayor o menor parecido, lo cierto y evidente es que esos retratos paranormales existen, habiendo sido reconocidos en miles de casos.

Edward Wyllie (nacido en 1848 y fallecido en 1911), estuvo dotado de facultades mediúnicas, según comprobó gran número de investigadores especializados. Nació en Calcuta, siendo su padre el coronel Robert Wyllie, secretario militar del Gobierno de las Indias. Wyllie, que sirvió como capitán en la guerra Maorí, de Nueva Zelanda, ejerció allí la fotografía, pasando luego a California. Al cabo de algún tiempo sus fotografías comenzaron a revelar espacios de luz, y como esto iba en aumento, su negocio empezó a resentirse. Jamás había oído hablar de la fotografía de espíritus hasta que una señorita que posaba como modelo le sugirió tal hipótesis, como probable explicación del fenómeno. Experimentando con dicha señorita, comenzaron a aparecer rostros en la placa dentro de los espacios de luz. Desde entonces aquellos rostros se presentaron con tal frecuencia, operando con otros modelos, que no tuvo más remedio que abandonar su negocio, consagrándose por entero a la fotografía de espíritus. Pronto se le acusó de estafa, lo cual le disgustó de tal modo que procuró ganarse la vida por otros medios, aunque en eso fracasó y tuvo que volver a su trabajo de foto-médium, como le llamaba. El 27 de noviembre de 1900, el comité de la Sociedad de Investigación Psíquica de

Los Angeles le utilizó para llevar a cabo una investigación del fenómeno. Las siguientes preguntas que se le hicieron y a las que Wyllie contestó, tienen verdadero interés histórico:

Pregunta: ¿Promete usted a sus clientes obtener rostros de espíritus pidiéndoles, en cambio, precios que no sean corrientes?

Respuesta: De ningún modo. Ni garantizo ni prometo nada. Y además yo no tengo dominio sobre el fenómeno. Cotizo únicamente lo que valen mi tiempo y el material. Un dólar por sesión; y, si la primera prueba no es satisfactoria, hago una segunda gratis.

P.: ¿Deja usted de obtener «extras» algunas veces?

R.: Sí, muchas. El sábado último estuve trabajando toda la tarde y no obtuve nada.

P.: ¿Cuál es la proporción de esos resultados nulos?

R.: En una jornada de trabajo corriente, los resultados nulos suelen ser tres o cuatro cada día, y a veces más y a veces menos.

P.: ¿Qué proporción de rostros «extra» calcula usted que son reconocidos por el modelo o sus amigos?

R.: Durante siete meses del último año, en los cuales me preocupé de registrar todos los casos, observé que un tercio o más de los rostros «extra» aparecidos eran reconocidos. A veces hay en la placa tan solo un rostro «extra», y otras veces cinco o seis y aun ocho.

P.: En el momento en que ve usted al modelo, ¿conoce en su calidad de psíquico, si aparecerá o no en la placa su «extra»?

R.: A veces veo luces en torno del modelo y entonces siento con seguridad que algo va a ocurrir con la persona que posa, sin que yo pueda precisar qué. No me doy cuenta exacta del resultado hasta que veo la forma espiritual en el negativo, después del revelado.

P.: Si el modelo tiene un gran deseo de que aparezca en la placa algún pariente, o algún amigo, ¿es probable conseguirlo?

R.: No. Un estado violento mental o sentimental más bien dificulta la producción de manifestaciones, y hace menos probable que aparezca en la placa un «extra». El estado tranquilo, pasivo, es el más favorable para el logro de buenos resultados.

P.: ¿Los espiritistas obtienen mejores resultados que los incrédulos?

R.: No. Algunos de los mejores resultados los he obtenido cuando se sentaban en la silla los escépticos más recalcitrantes.

Con aquel comité no se obtuvieron «extras». Otro compuesto de siete personas sometió al médium a pruebas muy duras, a pesar de lo cual en cuatro de las ocho placas empleadas «se hallaron resultados que el comité no pudo explicar». Después de una detallada descripción de las precauciones tomadas, el informe que se hizo terminó diciendo:

En nuestra calidad de comité, no tenemos opinión en el asunto, aportando únicamente el testimonio de lo que conocemos. Individualmente disentimos unos de otros acerca de las causas probables de los fenómenos, pero coincidimos con unanimidad en los hechos palpables. Ofrecemos veinticinco dólares a cualquier fotógrafo de Los Ángeles que, con su habilidad o mediante alguna trampa, logre resultados parecidos en las mismas condiciones.

David Duguid (1832-1907), conocido médium especialista en la escritura y la pintura automáticas, mereció así mismo la atenta investigación de sus fotografías espiritistas por parte de J. Traill Taylor, director del *British Journal of Photography*, el cual consignó el fruto de sus trabajos en comunicación dirigida a la Sociedad Fotográfica de Londres y Provincias, el 9 de marzo de 1893:

Mis condiciones eran muy sencillas. En previsión de tener que habérmelas con un escamoteador y para defenderme contra todo engaño, exigí que usase mi propia máquina

fotográfica y los paquetes intactos de placas secas que había comprado en un comercio de los más reputados, negándome en absoluto a perder de vista ni una sola placa antes de que fuera revelada por mí mismo. Pero de la misma manera que yo le traté, así también me trató él a mí, al extremo de tener que ejecutar todas mis operaciones en presencia de un par de testigos.

Detalla el procedimiento adoptado y habla de la aparición de figuras «extra» en las placas, diciendo:

Unas estaban enfocadas, otras no; algunas aparecían iluminadas por la derecha, al paso que el modelo lo estaba por la izquierda. Algunos espíritus ocupaban la mayor parte de la placa, medio ocultando al modelo sentado; otros aparecían entre atroces viñetas o encerrados en un óvalo. Pero lo esencial es que ni una sola de esas figuras, que se destacaban con gran vigor en los negativos, fue visible para mí en forma alguna durante el tiempo de exposición, y desde luego declaro de la manera más rotunda que nadie tuvo la menor ocasión de manipular ninguna de las placas antes de ser colocadas en los chasis ni de ser reveladas.

Otras personas conocidas que sirvieron de modelo a Duguid afirmaron la misma notable evidencia de los resultados obtenidos por este. (James Coates, *Photographing the Invisible* (1921) y Andrew Glendinning *The Veil Lifted* (1894).

Stainton Moses, en el último capítulo que en su notable obra dedica a la Fotografía espiritista (*Human Nature*, volúmenes VIII y IX, 1874-5), expone la teoría según la cual las formas «extra» fotografiadas están modeladas sobre el ectoplasma (al que califica de «sustancia fluídica») por operadores invisibles, haciendo razonadas comparaciones entre los resultados obtenidos por diferentes médiums fotográficos.

Los «experimentos valiosos y concluyentes» de Beattie, así calificados por el doctor Alfred Russel Wallace solo pueden ser referidos brevemente. Se trataba de un fotógrafo

retirado de su profesión después de haberla ejercido veinte años.

Habiendo juzgado con mucho escepticismo sobre la autenticidad de muchas de las llamadas fotografías espiritistas, se decidió a investigar por sí mismo lo que en ello hubiese de verdad. No utilizó médium, sino a un íntimo amigo suyo que tenía cierta propensión a caer en trance, realizando con él y en unión del Dr. G. S. Thomson, de Edimburgo, una serie de experimentos durante el año de 1872, los cuales dieron por resultado la obtención en las placas de espacios de luz al principio y más tarde de figuras «extra» completas, notándose que estas últimas aparecían en el revelado mucho antes que el propio modelo.

Por iniciativa del *Daily Mail*, de Londres, se nombró en 1908 una comisión encargada de llevar a cabo «una investigación acerca de la autenticidad de las pseudo-fotografías espiritistas», pero aquella comisión no llegó a ningún resultado. Estaba formada por tres señores no espiritistas y otros tres espiritistas. Estos últimos declaran en su informe:

Solo pueden reconocer que la comisión ha fracasado en su propósito de probar la certeza de la fotografía espiritista, no porque las pruebas falten, sino por la deplorable actitud adoptada por aquellos miembros de la comisión que están desprovistos de toda experiencia y preparación en el asunto.

En estos últimos años, todo lo concerniente a la fotografía espiritista ha girado en torno del que se llamó Círculo de Crewe, compuesto por William Hope y la señora Buxton. El Círculo data de 1905, pero no llamó la atención de nadie fuera de aquella localidad hasta que el archidiácono Colley dio a conocer sus hechos tres años más tarde. Las primeras manifestaciones del fenómeno ocurrieron un día en que Hope tomó la fotografía de un compañero de trabajo teniendo por fondo una pared de ladrillo. Al ser revelada la placa, apareció además del retrato del amigo, la forma de

una mujer, de pie, a su lado, viéndose a través de ella la pared de ladrillo. El amigo preguntó a Hope cómo pudo colocar allí a aquella forma, en la cual reconoció a una hermana fallecida hacía algunos años. Hope, agrega:

No sabía por entonces ni una sola palabra acerca del Espiritismo. Llevé la fotografía al trabajo al día siguiente y un espiritista, al verla, me dijo que se trataba de lo que se llama fotografía de espíritus. Me sugirió la idea de repetir la prueba el sábado siguiente en el mismo lugar y con el mismo aparato, y así lo hice, apareciendo en la placa no solo la misma mujer, sino también un niño. Esto me pareció muy extraño, y, después de obtener nuevas placas en días sucesivos, acabé por abandonar mis experimentos.

Hope comenzó a destruir todos los negativos en los que había obtenido retratos de espíritus hasta que el archidiácono Colley le conoció y aconsejó que conservase aquellos retratos.

El archidiácono celebró su primera sesión en el círculo Crewe, el 16 de marzo de 1908. Trajo su propia cámara —una Lancaster de cuarto de placa que Hope todavía usa—, sus propias placas marcadas con diamante, diapositivas oscuras⁵⁵ y sus propios productos químicos para el revelado. Realizó por sí mismo todas las operaciones, limitándose el trabajo de Hope a apretar la pera de goma. En una de las placas aparecieron dos retratos de espíritus.

Desde aquel día, Hope y la señora Buxton, han tomado miles de fotografías de espíritus, rodeados ambos de todas las garantías imaginables, y están orgullosos de poder decir que nunca han cobrado un céntimo por su trabajo profesional, limitándose a cobrar solamente los gastos del material fotográfico empleado.

⁵⁵ Así era denominado el chasis o la tapa de madera/metal que protegía la placa de la luz.

M. J. Vearncombe, fotógrafo de profesión, en Bridgwater, tuvo la misma inquietante experiencia que Wyllie, Bournsnel y otros que obtenían manchas de luz en sus placas, e, igual que ellos, llegó a tomar fotografías de espíritus. En 1920, Fred Barlow, de Birmingham, un conocido investigador, obtuvo con este médium «extras» de rostros, y mensajes escritos, en condiciones probadas, sobre placas que no fueron expuestas en la cámara. Desde esa fecha Vearncombe ha conseguido otros muchos resultados evidentes en presencia de respetables testigos. (*Light*, 1920, pág. 190).

La más reciente mediumnidad de esta índole es la de la señora Deane, ya que su primera fotografía de espíritus data del mes de junio de 1920, habiendo obtenido desde entonces muchos «extras» bajo la más dura fiscalización, lo cual no fue obstáculo para que la calidad de su labor sea tan buena como la de sus predecesores. Recientemente ha conseguido dos resultados magníficos el Dr. Allerton Cushman, ilustre sabio americano, director de los Laboratorios Nacionales de Washington, quien realizó una inesperada visita al Colegio Británico de Ciencia Psíquica, en Holland Park durante el mes de julio de 1921, obteniendo allí por mediación de la señora Deane un hermoso y claramente reconocible «extra» de su difunta hija.

El 11 de noviembre de 1922, con ocasión del Gran Silencio, conmemorativo del armisticio, en Whitehall, tomó una fotografía de la enorme concurrencia congregada cerca del Cenotafio, revelándose en ella la presencia de varios rostros de espíritus, algunos de los cuales fueron reconocidos. El mismo fenómeno se repitió tres años consecutivos.

Los modernos investigadores han demostrado que esos resultados psíquicos no se obtienen, al menos en ciertos casos, a través del objetivo de los aparatos. En muchas ocasiones aquellos retratos paranormales se obtuvieron en

placas encerradas todavía en sus cajas, cajas que el modelo o modelos fotografiados tenían en sus manos.

Por otra parte, cuando se ha hecho el experimento usando a la vez dos cámaras, si aparece un «extra» se le encuentra en una sola de las cámaras, no en las dos. La teoría es que la imagen se precipita en la placa fotográfica, o bien que se adapta a la placa una pantalla psíquica.

El autor tiene en estos asuntos alguna experiencia personal en relación con el Círculo Crewe y la señora Deane. Con esta última, le consta que siempre se consiguieron resultados, aunque no pudieron reconocerse los «extras».

El autor conoce perfectamente el poder psíquico de la señora Deane, puesto de relieve durante la larga serie de experimentos llevados a cabo por Warrick en las más duras condiciones fiscalizadoras, según se relata en *Psychic Science* (julio de 1925).

Sin embargo, sus propias experiencias nunca fueron del todo evidentes, y si solo se apoyara en ellas, no podría hablar de este tema con absoluta certeza.

Tuvo la firme impresión de que las imágenes se precipitaban en las placas de la señora Deane durante los días de preparación del experimento, llevándolas ella consigo misma. Cree dicha señora que de esa forma se facilita la obtención de los resultados, pero es probable que esté equivocada.

Porque en una ocasión le cambiaron el paquete de placas por otro, en el Colegio Psíquico, y a pesar del engaño no dejó de obtener «extras». De todos modos, haría bien en abandonar los procedimientos con los que hoy logra resultados, ya que tan expuestos se hallan a escamoteos como el aludido⁵⁶.

⁵⁶ Después de escribir lo que antecede, el autor ha probado a la médium con sus propias placas, señaladas y reveladas por él mismo. De ocho experimentos realizados, obtuvo resultados psíquicos en seis.

Otra cosa ocurre con Hope. En las varias veces que el autor ha operado con él, siempre usó sus propias placas, marcándolas cuando ya estaban en la cámara oscura, manipulándolas y revelándolas por sí mismo. En casi todos los casos se obtuvo un «extra», aunque nunca fue claramente reconocido. Hope ha soportado los habituales ataques de la ignorancia o la maldad a que están expuestos todos los médiums y siempre ha salido de ellos con su honor intachable.

Merecen ser mencionados los resultados obtenidos por Staveley Bulford, que se dedica con talento a los estudios psíquicos y que ha conseguido producir excelentes y auténticas fotografías psíquicas. Nadie observará el desarrollo gradual de sus pruebas, desde las meras ráfagas de luz hasta las caras perfectas, sin quedar convencido de la realidad de los fenómenos por él logrados.

El tema sigue siendo oscuro y toda la experiencia personal del autor le inclina a creer que en cierto número de casos no hay reproducción alguna de índole externa, sino que el efecto se produce por una especie de rayos que llevan en sí mismos la imagen, que pueden penetrar a través de los cuerpos sólidos como la pared de la diapositiva oscura y fijar sus efectos en la placa.

El experimento ya citado de los dos aparatos usados simultáneamente estando el médium colocado entre ambos, parece concluyente desde el momento en que en una de las placas se vieron los resultados y en la otra no. El autor ha logrado resultados en placas que jamás salieron del chasis, tan claros como los obtenidos en las expuestas a la luz. Es probable que, si Hope no hubiera destapado jamás el objetivo, sus resultados hubieran sido los mismos.

Cualquiera que sea la explicación que con el tiempo pueda darse, solo hay una hipótesis que justifique los hechos, según la cual una sabia inteligencia invisible preside la operación y obra a su manera, provocando diferentes

resultados en el caso de cada médium. El autor podría indicar a simple vista cuál es el fotógrafo que tomó las placas que se sometan a su examen. Si partimos de que actúa dicha inteligencia invisible, comprenderemos por qué son violadas todas las leyes fotográficas normales y por qué las sombras y las luces no se corresponden y por qué, en una palabra, hay en las placas ciertas lagunas que sirven para que se despache a gusto cualquier crítico.

Comprenderemos así mismo, siendo el retrato obra de esa inteligencia invisible, por qué las placas son reproducciones de antiguos retratos y fotografías, y por qué es posible que el rostro de una persona que aún viva aparezca en la placa como si se tratase de un espíritu incorpóreo. El Dr. Henslow, cuenta que una rara inscripción griega del Museo Británico apareció en una de las placas de Hope, con una ligera alteración del griego, lo cual demuestra que no se trataba de una copia⁵⁷. En tal caso puede creerse que la inteligencia invisible notó la inscripción y la proyectó en la placa, pero la memoria le flaqueó ligeramente en el traslado. Esta explicación tiene el corolario desconcertante de que el mero hecho de obtener la fotografía psíquica de un amigo fallecido, no es prueba de que el amigo esté realmente presente en el momento de obtenerla. Solo habiéndose presentado con independencia de la fotografía en la sesión, antes o después de tomarse la placa, podríamos decir que teníamos algo de prueba.

Cree el autor que en sus experimentos con Hope ha coleccionado el proceso mediante el cual se producen las fotografías de espíritus, habiendo verificado una serie de pruebas que muestran las varias fases de dicho proceso. Sirvió de modelo para hacerlas William Jeffrey, de Glasgow. La primera mostró en la placa una especie de capullo de seda de materia

⁵⁷ *Proofs of the Truths of Spiritualism*, pág. 218. Henslow.

membranosa, que llamaremos ectoplasma, ya que los varios plasmas aún no han sido subdivididos. Era tan tenue como una pompa de jabón, constituyendo como la envoltura en cuyo interior iba a desarrollarse todo el proceso, de igual modo que en la cabina se desarrolla la fuerza de un médium. En la segunda placa se vio ya formado un rostro en el interior del capullo y que este se abría por su parte central. En las siguientes placas va destacándose el rostro y el capullo se abre del todo formando un arco sobre aquel y cayendo en forma de velo a derecha e izquierda. Tal velo es muy característico en los retratos hechos por Hope, tanto que solo falta cuando no hay «extra». Y como igual velo colgante se observa en otras fotografías de anteriores y diversos médiums, es de sentido común reconocer que rige en estos fenómenos una ley uniforme.

Al aportar este testimonio sobre el capullo psíquico, el autor confía contribuir modestamente a la mejor comprensión del mecanismo de la fotografía de espíritus, rama indudable de la ciencia psíquica, como todo investigador serio puede apreciar. Sin embargo, no negamos que a veces se ha convertido en instrumento de desaprensivos, ni afirmamos que, porque sean auténticos los resultados de un médium, haya que aceptar sin restricción ni discusión todo.



ALFRED RUSSEL WALLACE

CAPÍTULO XX

MODELADOS Y VOCES MEDIÚMNICAS

Es imposible consagrar un capítulo a cada una de las formas del poder psíquico, porque entonces rebasaríamos los límites de la presente obra. Pero los fenómenos de producción de la voz y de los modelados son tan interesantes, claros y evidentes, que merecen les dediquemos algunas páginas.

Miles de personas pueden repetir las palabras de Job:

«Y oí una voz» aludiendo a la voz que viene de alguien que no es ya de este mundo. Y pueden decirlo con la convicción que da la certeza.

La Biblia abunda en relatos de este fenómeno (Véase la obra de Usborne Moore, *The Voices* (1913), pág. 433), y las investigaciones psíquicas de los tiempos modernos no han hecho en esta, como en otras manifestaciones paranormales, más que confirmar fenómenos que ya ocurrieron en los comienzos del mundo.

Casos históricos de mensajes orales son los que oyeron Sócrates y Juana de Arco, pudiendo asegurarse a la vista de los nuevos descubrimientos que aquellas famosas voces fueron del mismo carácter paranormal que las que hoy día escuchamos.

¿Qué pensar de esas antiguas estatuas que hablaban, según clásicos testimonios? El erudito y anónimo autor —que

se dice fue el Dr. Leonard Marsh— del curioso libro *Apocastasis or Progress Backwards*, cita a Nono⁵⁸ diciendo:

Respecto a aquella estatua (Apolo), donde se puso de pie y la manera como hablaba, no he dicho nada. Sin embargo, no hay duda de que hubo en Delfos una estatua que emitió voces inarticuladas, o sea en el lenguaje de los espíritus, los cuales no tienen órganos que les permitan hablar articuladamente.

A lo que el Dr. Marsh pone este comentario:

El autor parece no estar bien informado acerca del poder de hablar que tenían los espíritus, pues en todas las historias antiguas se lee que su voz fue con frecuencia oída en el aire, expresada articuladamente y repitiendo las mismas palabras en distintos lugares, lo cual fue llamado y universalmente conocido con el nombre de «Vox Divina».

Prosigue diciendo que en la mencionada estatua el espíritu se encontró con un material muy difícil para las experimentaciones (probablemente piedra), que intentó articular la voz, pero le fue imposible porque la estatua «no tenía laringe ni demás órganos de la palabra, como tienen los médiums modernos». El Dr. Marsh sostiene en su libro que los fenómenos espiritistas; en la época en que lo escribió (1854) eran raros y escasos en comparación con los de la antigüedad. Los antiguos, dice, hablan de aquellos como de una ciencia, que era fuente de conocimiento cierto y seguro. El sacerdote era un médium transmisor de la voz, y esto explica lo que se llamaba el oráculo parlante.

Merece notarse que la voz, que fue una de las primeras formas de mediumnidad, con el moderno Espiritismo sigue

⁵⁸ Nonnus de Panópolis. Poeta griego (siglo V). Su testimonio evidencia que los fenómenos de «voz directa» existen desde la antigüedad, vinculando así los oráculos clásicos con la mediumnidad moderna bajo una misma raíz fenomenológica. *Nota de Curso Espírita*.

siendo todavía muy importante, al paso que otras formas de la primitiva mediumnidad se han vuelto raras. Como hay numerosos y competentes investigadores que ponen los fenómenos de la voz entre los más convincentes de las manifestaciones psíquicas, vamos a examinarlas brevemente.

Jonathan Koons, agricultor de Ohio, fue, según parece, el primero de los médiums modernos en quien se dieron aquellos fenómenos. En la choza llamada con tal motivo «Casa del Espíritu», produjo, durante el año 1852 y siguientes, un número de fenómenos sorprendentes, entre los cuales figuraban las voces de los espíritus hablando a través del megáfono o «trompeta». Charles Partridge, hombre público muy conocido y buen investigador, describe del modo siguiente la audición del espíritu, conocido por John King, hablando en una de las sesiones que en 1855 celebró con Koons.

Al final de la sesión el espíritu de King cogió, según su costumbre, la «trompeta», y dio una corta conferencia, hablando clara y distintamente de los beneficios que se derivan en el tiempo y en la eternidad del trato con los espíritus, y exhortándonos a ser discretos y serios en el lenguaje, diligentes en nuestras investigaciones, prontos a asumir las responsabilidades que estos privilegios imponen y caritativos con los investigadores ignorantes o los equivocados, templando nuestro celo con la inteligencia y buen sentido.

El profesor Mapes, distinguido químico americano, dice que, en presencia de los Davenport, conversó por espacio de media hora con John King, cuya voz era fuerte y clara. Robert Cooper, uno de los biógrafos de los hermanos Davenport, oyó con frecuencia la voz de King en pleno día, y a medianoche cuando paseaba por la calle con los Davenport.

En los días que corren hemos llegado a tener alguna idea del proceso en virtud del cual se producen las voces en las

sesiones, conocimiento que ha sido corroborado por las comunicaciones recibidas de los mismos espíritus. Parece que el ectoplasma procedente, sobre todo, del médium, pero también, aunque en menor proporción, de los circunstantes, es utilizado por los espíritus operadores para modelar algo parecido a la laringe humana, con objeto de producir la voz.

En la explicación dada a Koons por los espíritus, hablaron estos de una combinación de los elementos del cuerpo espiritual que corresponden a nuestro moderno ectoplasma, es decir, de «un aura físico que emana del médium». Esto concuerda con la explicación espiritista dada por mediación de la señora Bassett, conocida médium parlante inglesa de la década 1870-80:

Dicen que utilizan las emanaciones del médium y de otras personas de la reunión, a fin de formar el aparato fonético que les sirve para hablar.

La primera médium pública inglesa, señora Mary Marshall, (fallecida en 1875), fue vehículo de las voces proferidas por John King y otros espíritus. En 1869, W. H. Harrison, director de *The Spiritualist*, la sometió a las más difíciles pruebas. Como se supone que los primeros espiritistas eran personas fáciles de impresionar, resulta interesante ver de cuántas exigencias eran capaces. Hablando de la señora Mary Marshall, dice Harrison:

Mesas y sillas se movieron en pleno día y algunas veces se elevaron en el aire; en las sesiones nocturnas se oyeron voces y se vieron manifestaciones luminosas, todo lo cual se decía que era producto de los espíritus. En vista de ello, resolví concurrir asiduamente a las reuniones y seguir con atención los trabajos, seguro de descubrir algún fraude y dispuesto a denunciarla en presencia de todos los testigos, publicando después una información con dibujos de los aparatos de que la médium se valiese.

La voz del que se llama a sí mismo «John King», procedía, según me dijeron, de una inteligencia externa. Pero yo tenía la íntima convicción de que aquella voz era la de Marshall. Observando atentamente durante unas cuantas sesiones, noté que muy a menudo Marshall y John King hablaban al mismo tiempo. Esto desvaneció mi sospecha.

Luego me figuré que todo era obra de la señora Marshall, hasta que una noche me senté a su lado. Estaba a mi derecha y mientras yo le tenía cogidos la mano y el brazo, John King se presentó y habló junto a mi oído izquierdo. Y como la señora Marshall se había mantenido inmóvil rechacé también esta sospecha.

Más tarde, supuse que alguno de los visitantes con quien la médium estaría de acuerdo, emitía las voces atribuidas a John King, por lo cual resolví tener una sesión yo solo con los señores Marshall; pero en ella se presentó también John King y estuvo hablando por espacio de más de una hora.

Finalmente, sospeché que había alguna persona escondida que producía las voces, y para comprobarlo preparé dos sesiones en las cuales los señores Marshall se hallaran solos entre personas extrañas y en una casa desconocida para ellos, pero también entonces se presentó John King con las manifestaciones de siempre.

Y para acabar, John King, en la noche del jueves, 30 de diciembre de 1869, se presentó y habló con once personas en reunión celebrada en casa de la señora C. Berry, y a la que no asistieron los señores Marshall. En aquella sesión la médium fue la señora Perrin.

Harrison, que de tal suerte recibía cumplida satisfacción a su deseo de averiguar si algún ser humano, presente a las sesiones, producía las voces, no dice si estas dieran, como suelen hacerlo frecuentemente, pruebas de identidad que ni el médium ni ninguno de los concurrentes pueden dar en caso alguno.

Un investigador italiano muy conocido, el señor Damiani, declaró ante la Sociedad Dialéctica de Londres que

las voces le habían hablado en presencia de médiums no profesionales, y que, más tarde, conversaron con él en sesiones que tuvo con la señora Marshall, «poniendo de relieve las mismas particularidades de tono, expresión, volumen y pronunciación en unos y otros casos». Aquellas voces se referían a cuestiones de índole tan privada que nadie las podía conocer, llegando a vaticinarle hechos que se cumplieron con exactitud.

Es natural que los que por primera vez se encuentren en presencia de estos fenómenos sospechen la existencia de la ventriloquia como posible explicación de ellos. D. D. Home, con quien se producían frecuentemente, solía demostrar que esa objeción no era posible. Y el general Boldero, relatando la sesión dada por este médium cuando le visitó en su casa de Cupar en 1870, escribe:

Se oyeron voces que hablaban juntas en la sala, debiendo ser de dos diferentes personas a juzgar por los distintos tonos. No pudimos entender lo que decían, porque Home nos estuvo hablando al mismo tiempo. Al hacerle observaciones acerca de este extremo, nos contestó: Hablo expresamente para que ustedes puedan convencerse de que las voces no son obra de ventriloquia. La voz de Home era, en efecto, completamente distinta de las que vibraban en el aire.

El autor puede corroborar lo que antecede con su experiencia personal, pues ha oído repetidamente voces hablar a un mismo tiempo. De ello da algunos ejemplos más adelante, en el capítulo titulado «Algunos grandes médiums modernos».

El almirante Usborne Moore declara haber oído simultáneamente tres y cuatro voces de espíritus, experimentando con la médium señora Wriedt, de Detroit. En su libro *The Voices* (1913), aduce en confirmación de sus palabras el testimonio de una conocida escritora, La señorita Edith K. Harper.

Dice así:

Con respecto a los resultados obtenidos en las doscientas sesiones que dio Etta Wriedt, durante sus tres visitas a Inglaterra, cuya relación llenaría un grueso volumen de ser escritas *in extenso*, solamente reproduciré algunas de las notas tomadas por mí entonces sobre determinados detalles:

1. La señora Wriedt no caía nunca en trance, sino que conversaba con los concurrentes a la sesión, y nosotros la hemos oído hablar y discutir con un espíritu con cuyas opiniones no estaba conforme. Recuerdo la risa de Stead al oír cierta vez a la señora Wriedt regañando al espíritu del difunto director del *Progressive Thinker* por su actitud contra los médiums, y la confusión evidente de este, quien después de intentar una explicación, dejó caer la trompeta y se retiró descorazonado.

2. Dos, tres y hasta cuatro voces de espíritus hablaron simultáneamente a diferentes personas de las que asistían a la sesión.

3. Hubo mensajes en idiomas extranjeros, francés, alemán, italiano, español, noruego, danés, árabe y otros — desconocidos para la médium. Una señora noruega muy conocida en el mundo político y literario, oyó la voz de un hombre que dijo ser su hermano. Habló con él y pareció muy satisfecha de las pruebas incontrovertibles que de su identidad le dio.

En otra ocasión una voz habló en español rapidísimo, dirigiéndose decididamente a una señora de la reunión a quien ninguno de los presentes sabía conocedora de semejante lengua; la señora entró en conversación seguida en español con el espíritu, con evidente contento de este último». Mary Hollis, notable médium americana, que visitó Inglaterra en 1874 y en 1880 invitada por conocidos espiritistas de Londres, poseyó también, entre otras, la facultad de la «voz directa», según consta en el libro del Dr. N. B. Wolfe, *Hechos sorprendentes del Espiritismo moderno*. Era la señora Hollis mujer de exquisitos sentimientos y se cuentan por millares los seres humanos a quienes favoreció con sus consuelos. Sus dos guías espirituales «James Nolan» y un

piel roja llamado «Ski», hablaron muchas veces por su mediación. En una de las sesiones celebradas en casa de la señora Makdougall Gregory (1880), un sacerdote de la Iglesia de Inglaterra «observó que un espíritu cogía el hilo de una conversación con él interrumpida desde hacía siete años, quedando plenamente seguro de la autenticidad de la voz, muy peculiar y claramente audible para los que estaban al lado del sacerdote a quien iba dirigida.

Edward C. Randall da noticia de otra buena médium americana de voz directa, la señora Emily S. French, en su libro *The Dead Have Never Died*. Randall estudió durante veinte años las facultades de aquella médium, obteniendo con ella resultados sorprendentes.

Mercia M. Swain, que falleció en 1900, era una médium parlante a través de la cual el *Rescue Circle* (Círculo de Rescate) de California establecía comunicación y ayudaba a las almas imperfectas del más allá. El relato de estas extraordinarias sesiones, intervenidas por Leander Fisher, de Buffalo, y que duraron veinticinco años (de 1875 a 1900), figura con todo detalle en el libro del almirante Usborne Moore *Glimpses of the Next State*.

La señora Everitt, excelente médium no profesional, obtuvo voces en Inglaterra en 1867 y durante muchos años después.

La mayor parte de los grandes médiums físicos, especialmente los materializadores, han producido fenómenos de voces. Tales, por ejemplo, Eglinton, Spriggs, Husk, Duguid, Herne, la señora Guppy y Florence Cook.

La señora Elizabeth Blake, de Ohio, fallecida en 1920, fue una de las más extraordinarias médiums parlantes de que hay noticia, y tal vez la más convincente de todos, porque con ella se producían, por lo general, las voces en pleno día. Era una mujer pobre e iletrada que vivió en el pueblecillo de Bradrick, (Oeste de Virginia). Se reveló su mediumnidad

desde niña, y aunque era muy religiosa, fue expulsada, como tantos otros, del seno de la Iglesia, a causa de estar dotada de dicha facultad.

Casi no se ha escrito sobre ella y el único relato detallado es la monografía del profesor Hyslop. Ha sido repetidamente probada por científicos y médicos, siempre con la mejor voluntad por parte de la interesada. Pero como estos hombres no lograron detectar el menor fraude, no quisieron molestar al público dando a conocer los resultados de sus experimentos.

Hyslop se interesó en favor de aquella médium después de que un famoso prestidigitador americano le aseguró la autenticidad de los fenómenos provocados por la señora Blake.

Al describir los que él tuvo ocasión de presenciar, confiesa Hyslop, de forma poco usual, su ignorancia de los procesos ectoplásmicos en la producción de fenómenos de voces, diciendo:

El tono elevado de los sonidos en algunos casos excluye la suposición de que las voces puedan modularse en las cuerdas vocales de la médium. He oído los sonidos desde una distancia de veinte pasos, y hubiera podido oírlos desde cuarenta o cincuenta sin que la señora Blake moviera los labios.

Queda todavía por sentar una hipótesis clara que explique este aspecto de los fenómenos. Decir "espíritus" es cosa que no satisface al hombre de ciencia. Necesita conocer el proceso mecánico del fenómeno, del mismo modo que conoce y se explica el del lenguaje usual.

Puede ser cierto que los espíritus sean la causa primera, pero hay un lapso en el proceso desde la primera iniciativa al último resultado. Esto es lo que crea la perplejidad, mucho más que la suposición de que los espíritus están detrás de todo aquello. El hombre de ciencia no puede admitir que los espíritus consigan un efecto mecánico sin usar un instrumento mecánico también.

Ni nadie puede admitirlo, pero una y otra vez hemos tenido la explicación desde el más allá. La ignorancia del profesor Hyslop respecto a la relación existente entre los sonidos y su fuente, sería menos sorprendente si los propios espíritus no hubieran dado respuestas a sus preguntas.

El Dr. L. V. Guthrie, director del West Virginia Asylum, en Huntingdon, después de investigar con la señora Blake, quedó también convencido de sus poderes. Dice:

He tenido varias sesiones con ella en mi propio despacho, en la terraza al aire libre, y en una ocasión en un coche, según íbamos de camino. Repetidamente se ofreció a que tuviéramos una sesión empleando un tubo de chimenea en vez de la bocina de estaño que generalmente usaba y muchas veces la he visto producir las voces con la mano en el extremo de la bocina.

El Dr. Guthrie refiere los dos casos siguientes ocurridos con la señora Blake, en los cuales la información pedida era desconocida de los circunstantes y no podía ser conocida tampoco por la médium:

Una de sus jóvenes empleadas, cuyo hermano había ingresado en el ejército y marchado a las Filipinas, estaba deseosa de tener alguna noticia suya y le había escrito repetidamente y dirigido las cartas a su compañía en Filipinas, sin obtener respuesta. Finalmente fue a la señora Blake y oyó decir al "espíritu" de su madre que tendría contestación si escribía a su hermano en C. Así lo hizo y al cabo de dos o tres días recibió su respuesta: que había vuelto de Filipinas sin que nadie de su familia lo supiera.

El caso que sigue es más sorprendente:

Una conocida mía, de una importante familia del Sur, cuyo abuelo había sido hallado al pie de un puente con el cráneo destrozado, fue a ver a la señora Blake hace algunos años. No pensaba para nada en su abuelo en aquella ocasión. Así, pues, se mostró sorprendidísima al oír que el

«espíritu» de su abuelo le decía que no se había caído del puente abajo, como se sospechó al ver su cadáver, sino que le habían asesinado dos hombres para desvalijarle, arrojándole después desde lo alto del puente. El «espíritu» procedió a describir minuciosamente el aspecto de los dos asesinos y dio tales detalles que condujeron a la detención y confesión de uno de aquellos individuos.

Hyslop da detalles de un caso en el que a través de esta médium la voz comunicante proporcionó la solución adecuada para abrir una combinación de caja de caudales, desconocida para los concurrentes a la sesión.

Entre los modernos médiums parlantes ingleses, figuran las señoras Roberts Johnson y Blanche Cooper, John C. Sloan, William Phoenix, Potter, la señorita Dunsmore y Evan Powell, el médium galés.

H. Dennis Bradley ha dado un relato completo de la mediumnidad parlante de George Valiantine, conocido médium americano. Son imponderables los servicios prestados por Bradley y la labor que con verdadero sacrificio ha realizado en pro de la ciencia psíquica. Multitud de pruebas y testimonios constan en sus dos notables libros *Towards the Stars* y *The Wisdom of the Gods*.

Antes de poner término a este capítulo, dedicaremos algunas páginas a los sorprendentes experimentos relativos a las impresiones y modelados verificados con las figuras ectoplásmicas o formas materializadas. El primero en explorar ese campo de la investigación fue William Denton, autor de *Nature's Secrets*, libro de psicometría publicado en 1863. Trabajando en Boston el año 1875 con la médium Mary M. Hardy, empleó ya métodos muy parecidos a los usados después por Richet y Geley en sus recientes experimentos de París. Denton dio algunas pruebas públicas de modelado del rostro de un espíritu hecho en parafina. También se obtuvieron esos modelados operando con los médiums Dr. Monck,

señora Firman, señora Mellon y William Eglinton. Los resultados han sido corroborados por los últimos experimentos llevados a cabo en París, lo que constituye un sólido argumento en pro de su validez. William Oxley describe la manera cómo el día 5 de febrero de 1876 se obtuvo en Manchester un hermoso vaciado de la mano de una señora materializada por la médium señora Firman, y cómo otro vaciado tomado después de la mano de la médium resultó completamente diferente del primero. En aquella ocasión se encerró a la señora Firman en un saco metido por la cabeza y atado a la cintura, de modo que sus manos y brazos quedaban aprisionados. Esto alejaba toda posibilidad de trampa por parte de la médium, además de comprobarse que la cera aún estaba caliente lo que demostraba que no se había podido llevar a la sala de sesiones. En otra ocasión se obtuvo con la misma médium el vaciado de una mano y de un pie, siendo tan estrecha la abertura de la muñeca y del tobillo, que ninguna de ambas extremidades habría podido salir del molde sin la previa desmaterialización de la mano y del pie.

Los resultados con el Dr. Monck son igualmente indiscutibles. Oxley experimentó con él, obteniendo el mismo éxito que con la señora Firman. Con Monck logró diferentes modelados de dos distintas figuras. Hablando de aquellos experimentos, dice Oxley «que no debe exagerarse la importancia ni el valor de los modelados espiritistas; pero constituyen un hecho patente que pide de los hombres de ciencia una solución respecto al misterio de su producción». La pregunta está en pie. Houdini, el famoso prestidigitador y Sir Arthur Keith, un gran anatómico, intentaron hacer un modelado parecido con sus propias manos, sin conseguir otra cosa que poner de relieve la imposibilidad de obtenerlo.

El Dr. Nichols, biógrafo de los Davenport, logró con Eglinton vaciados de manos ectoplásmicas, entre las cuales cierta señora presente vio una con cierta deformidad igual

que la que tuvo una hija suya, que murió ahogada en el África Austral, a la edad de cinco años.

Pero el más concluyente y convincente de todos los vaciados fue el obtenido por Epes Sergeant, operando con la médium Hardy. Merece ser reproducido el resumen que de aquellos experimentos hizo Sergeant, que dice así:

1. Obtuvimos el molde de una mano perfecta, de tamaño natural, dentro de una caja cerrada, merced a la acción de alguna fuerza desconocida.

2. El experimento dejó a salvo la buena fe de la médium, cuyas facultades quedaron perfectamente comprobadas por los resultados.

3. Las condiciones en que se efectuó excluían por completo toda posibilidad de fraude y de ilusión por nuestra parte, de tal suerte que nuestro convencimiento fue completo.

4. Estas pruebas confirman plenamente el hecho ya hace tiempo conocido, de que manos evanescentes, proyectadas por un organismo invisible, pueden materializarse y hacerse visibles y tangibles.

5. El fenómeno del modelado junto con el de la llamada fotografía de espíritus, demuestra con más objetividad que ninguno la actuación de una fuerza inteligente distinta de todo organismo visible, ofreciendo base admirable para investigaciones interesantísimas a todo hombre de ciencia.

6. Esta pregunta: «¿Cómo se produjo el vaciado en el interior de la caja?», conduce a las más profundas consideraciones relacionadas con la filosofía del porvenir y con muchos problemas de psicología y fisiología, cuya solución abrirá nuevas sendas al conocimiento de fuerzas hoy latentes y del misterioso destino del hombre.

El informe va firmado por siete testigos de reputación.

Si el lector no quedara convencido con los ejemplos que hemos referido de la efectividad de las pruebas obtenidas respecto a los vaciados y modelados, puede leer las

conclusiones a que llegó el gran investigador Geley, después de sus clásicos experimentos con Kluski, que ya referimos.

El Dr. Geley recogió en la Revista Metapsíquica (junio de 1921) los resultados de la serie de once sesiones que tuvo con Kluski. Bajo una luz mitigada, la mano derecha de Kluski quedó sujeta por el profesor Richet y su mano izquierda por el conde Potocki. Se colocó una artesa que contenía cera en el punto de fusión por la acción del agua caliente, a unos 60 centímetros de distancia de Kluski, y para la finalidad de la prueba la cera fue impregnada (sin que el médium lo supiera) de colesterina química, a fin de descubrir toda sustitución, si la había.

Geley escribe:

Aquella luz débil no permitía ver el fenómeno, pero nos dábamos cuenta del momento de la inmersión de la mano por el ruido que se producía en el líquido de la artesa. Se verificaron dos o tres inmersiones. La mano que operaba se hundió en la artesa, se retiró de ella, y recubierta de parafina caliente tocó mis manos y las de todos los verificadores del experimento, volviendo a sumergirse en la cera. Después de la operación el guante de parafina, aun caliente, pero solidificado, fue colocado entre las manos de uno de los presentes.

De esta guisa fueron tomados nueve moldes: siete de manos, uno de un pie y otro de barbilla y labios. La cera de que estaban compuestos reveló en el análisis a que fue sometida la presencia de la colesterina. Geley publicó veintitrés fotografías de modelados y vaciados, en las que se ve que ni los pliegues de la piel, ni las uñas y ni las venas se parecían en nada a los de la médium. Se intentó obtener iguales modelados de manos de seres humanos con resultado negativo, pues se diferenciaban notablemente de los conseguidos en las sesiones con Kluski. Escultores y modeladores de gran reputación declararon que no conocían procedimiento alguno para producir modelados de cera como aquellos.

Geley resume los resultados diciendo:

Expondremos las razones por las cuales hemos llegado a convencernos de la autenticidad de los modelados de extremidades materializadas en nuestros experimentos de París y Varsovia.

Hemos demostrado que, por parte del médium, cuyas manos teníamos sujetas, era imposible todo fraude. Tampoco es admisible la trampa con un guante de goma, porque este daría burdos y absurdos resultados observables a simple vista.

No hay manera de lograr moldes de cera con objetos rígidos previamente dispuestos. Hágase la prueba y se verá que es imposible.

El empleo por la médium de otros objetos preparados con alguna sustancia fusible y soluble y disueltos en un cazo con agua después de obtener el vaciado, tampoco era posible dados los procedimientos utilizados por nosotros, ni allí teníamos ningún cazo con agua.

Es inadmisibles, así mismo, la creencia de haberse empleado una mano viviente (la de la médium o la de alguno de los presentes). Eso no podía hacerse por varias razones: la posición de los dedos en nuestros moldes imposibilitaba el retirarlos sin que el molde se rompiera; además esos moldes o guantes de cera se compararon con las manos del médium y con las de todos los concurrentes, comprobándose la desigualdad que había con ellas e igual desigualdad acusa sus medidas antropológicas.

Finalmente, podía lanzarse la hipótesis de que a pesar de todas nuestras precauciones la médium hubiera traído consigo los guantes, pero la desmentiría el hecho de que secretamente introdujimos productos químicos en la cera derretida y esos productos aparecieron también en los guantes.

Es inútil la evidencia para quien está lleno de prejuicios. Pero no habrá hombre normalmente dotado que lea lo que precede y dude de la posibilidad de tomar moldes de las figuras ectoplásmicas.



Richet, Geley y De Gramont obtienen el vaciado en parafina de manos ectoplásmicas, confirmando las experiencias anteriores de Oxley entre otros.



Mano ectoplásmica obtenida por el Dr. Geley e imposible de reproducir de otra manera. Nótese la estrechez de la muñeca comparada con el resto de la mano.

CAPÍTULO XXI

ESPIRITISMO FRANCÉS, ALEMÁN E ITALIANO

El Espiritismo en Francia se concentra en la figura de Allan Kardec, cuya teoría característica consiste en la creencia en la reencarnación.

Hippolyte Léon Denizard Rivail, conocido con el pseudónimo de Allan Kardec, nació el año de 1804, en Lyon, donde su padre ejercía la profesión de juez. En 1850, cuando las manifestaciones espiritistas en América empezaban a llamar la atención en Europa, Allan Kardec se entregó al estudio de ellas, utilizando primeramente la mediumnidad de dos hijas de un amigo suyo.

En las comunicaciones que obtuvo resultó que «espíritus de un orden muy superior al de los que vulgarmente comunicaban por mediación de aquellas dos jóvenes, aparecían expresamente por su conducto y continuarían apareciendo para que pudiera desempeñar en el mundo una importante misión religiosa».

Quiso ponerles a prueba dirigiéndoles una serie de preguntas relativas a los problemas de la vida humana, y por medio de señales dadas con golpes y de la escritura a través de la tablita, recibió las respuestas, sobre las cuales fundó su sistema de Espiritismo.

Después de dos años de estas comunicaciones, todas sus ideas y convicciones anteriores habían cambiado completamente. He aquí lo que a este respecto escribe:

Las instrucciones transmitidas constituyen una teoría completamente nueva de la vida humana y de sus destinos, la cual me parece perfectamente racional y coherente, admirablemente lúcida y consoladora, y profundamente interesante. He concebido la idea de publicar el fruto de mis experiencias, y al someter mi propósito a las inteligencias comunicantes, me dijeron que, en efecto, sus enseñanzas debían ser divulgadas por el mundo, respondiendo a la misión que me había confiado la Providencia.

Aquellas inteligencias le dieron todo género de instrucciones para la publicación de su obra *El Libro de los Espíritus*.

El libro apareció en 1857, alcanzando un gran éxito. En brevísimo tiempo se hicieron de él más de veinte ediciones, y la de 1857, revisada por el autor, constituye la obra de consulta de todo espiritista en Francia.

En 1861 publicó *El Libro de los Médiums*; en 1864, *El Evangelio según el Espiritismo*; en 1865, *El Cielo y el Infierno*, y en 1868, *La Génesis*. Tales son sus obras principales, figurando también entre sus producciones dos breves, pero interesantes tratados titulados *¿Qué es el Espiritismo?* y *El Espiritismo en su más simple expresión*.

Anna Blackwell, traductora inglesa de las obras de Allan Kardec, le describe en los siguientes términos:

Allan Kardec es de mediana estatura, robusto, de cabeza amplia, redonda, firme, con facciones muy marcadas y ojos grises claros; más que francés parece alemán. Es enérgico y tenaz, pero de temperamento tranquilo, precavido y realista hasta la frialdad, incrédulo por naturaleza y por educación, razonador lógico y preciso, y eminentemente práctico en ideas y acciones, estando igualmente libre del misticismo y del entusiasmo. Grave, de lento discurso, sin pretensiones en la forma, pero con cierta tranquila dignidad resultado de la seriedad y de la independencia de criterio, que son los

rasgos distintivos de su carácter. Sin buscar ni evitar las discusiones, nunca evitaba ofrecer observaciones sobre el asunto al que había consagrado toda su vida. Recibe afablemente a los innumerables visitantes que acuden de todas las partes del mundo a hablar con él acerca de las ideas de las cuales es el exponente más autorizado, contestando a consultas y objeciones, resolviendo dificultades, y dando informes a todos los investigadores serios con quienes habla libre y animadamente. La cara a veces se le ilumina con una sonrisa cordial y agradable, aunque tal era su sobriedad habitual de conducta que nunca se le vio reír. Entre los millares de personas que le visitan las hay de alto rango en el mundo social, literario, artístico y científico. El emperador Napoleón III, cuyo interés por los fenómenos espiritistas no es ningún misterio, le mandó llamar varias veces, sosteniendo con él largas conversaciones en las Tullerías acerca de las doctrinas que expuso en *El Libro de los Espíritus*.

Allan Kardec fundó la Sociedad de Estudios Psicológicos, que se reunía semanalmente en su casa para comunicar con los espíritus a través de médiums escribientes. Fundó la *Revue Spirite*, periódico mensual que aún se publica, y que dirigió hasta su muerte en 1869. Poco antes de morir, sentó las bases de una organización encargada de continuar su obra. La tituló «Comité Central», con atribuciones administrativas, divulgativas y entre otras responsabilidades proseguir la publicación de la *Revue Spirite*. Sus planes se llevaron a cabo con fidelidad.

Kardec consideró que las palabras «espiritual», «espiritualista» y «espiritualismo» tenían un significado bien definido, por lo cual las sustituyó por las palabras «Espiritismo» y «espiritista».

La filosofía espiritista se distingue por su creencia de que nuestro progreso espiritual se efectúa a través de una serie de encarnaciones.

Como los espíritus han de pasar a través de varias encarnaciones, se deduce de ello que todos hemos tenido varias existencias y que tendremos otras, más o menos perfectas, sea en esta Tierra o en otros mundos.

La encarnación de los espíritus se verifica siempre en la raza humana, sería un error suponer que el alma o espíritu podría encarnarse en el cuerpo de un animal.

Las sucesivas existencias corporales de un espíritu son siempre progresivas, jamás retrógradas, dependiendo la rapidez de nuestro progreso de los esfuerzos que hacemos para llegar a la perfección.

Las cualidades del alma son las del espíritu encarnado en nosotros, y así un hombre bueno es la encarnación de un espíritu bueno, y un hombre malo lo es de un espíritu no purificado.

El alma poseía su propia individualidad antes de su encarnación, y conserva esa individualidad después de su separación del cuerpo.

Al reintegrarse al mundo de los espíritus, el alma vuelve a encontrarse a todos aquellos que ha conocido en la Tierra, y todas sus existencias anteriores vuelven progresivamente a su memoria, con el recuerdo de todo lo bueno y todo el mal que ha hecho en ellas.

El espíritu encarnado está bajo la influencia de la materia; el hombre que supera esa influencia a través de la elevación y purificación de su alma, se acerca más a los espíritus superiores, entre los cuales se clasificará un día. El que se deja dominar por las malas pasiones y encuentra todo su placer en la satisfacción de sus apetitos más groseros, se acerca más a los espíritus impuros, dando preponderancia a su naturaleza animal.

Los espíritus encarnados habitan en las diferentes esferas del Universo. (Introducción a *El Libro de los Espíritus*.)

Kardec realizó sus investigaciones a través de la comunicación con esas inteligencias por medio de preguntas y respuestas y de esta manera obtuvo el material de sus libros.

Recibió mucha información acerca del tema de la reencarnación. A la pregunta: «¿Cuál es el objetivo de la encarnación de los espíritus?», se le contestó:

Es una necesidad que Dios ha impuesto como medio de alcanzar la perfección. Para algunos es una expiación, para otros una agradable misión. Para alcanzar la perfección, *es necesario que los espíritus se sometan a todas las vicisitudes de la existencia corporal*. Las enseñanzas de la expiación los irán depurando. La encarnación tiene otro objetivo y es que cada espíritu concurre con su trabajo al progreso universal; para lo cual asumen una organización física en armonía con el estado material del mundo al que la providencia los destina.

En Inglaterra los espiritistas no han llegado a ningún acuerdo respecto a la cuestión de la reencarnación. Algunos creen en ella, otros no, siendo la creencia más general que no habiendo sido probada dicha doctrina, lo mejor es excluirla del Espiritismo activo. Anna Blackwell, la traductora de Allan Kardec, dice a este propósito que, siendo la mentalidad del continente europeo más fácil para la recepción de nuevas teorías, ha aceptado la de Allan Kardec en tanto que la mentalidad inglesa «se niega por lo general a aceptar ninguna teoría hasta que ha comprobado los hechos en que se funda».

Thomas Brevior, director de *The Spiritual Magazine*, confirma con las siguientes palabras esa actitud de nuestros espiritistas:

Cuando la reencarnación tenga un aspecto más científico, cuando la abone una cantidad de hechos susceptibles de verificación como los del Espiritismo moderno, merecerá amplia y detenida discusión entre nosotros. Entretanto, dejemos a los especuladores que se diviertan levantando castillos en el aire; la vida es muy corta y hay demasiado que hacer en este mundo para que tengamos que ocuparnos en

erigir ni en demoler esos castillos en el aire. Es mejor trabajar en cosas sobre las cuales todos estamos conformes, que luchar por otras en las que acaso disentimos sin remedio.

William Howitt, reputado como uno de los incondicionales desde el principio del Espiritismo en Inglaterra, es todavía más enfático condenando la teoría de la reencarnación. Después de citar la observación de Emma Hardinge Britten, según la cual miles de seres protestan en el otro mundo a través de distinguidos médiums, de que no tienen conocimiento ni pruebas de la reencarnación, dice:

Si la reencarnación fuera un hecho cierto en vez de ser un hecho recusable, habría millones de espíritus que, al entrar en el otro mundo, buscarían en vano a sus parientes, hijos y amigos. ¿Ha llegado a nosotros alguna palabra de tal desdicha en los miles y miles de comunicaciones espiritistas? Jamás. De modo que, aunque solo fuera por esto deberíamos declarar falso el dogma de la reencarnación, como lo es el infierno del cual surgió.

Sin embargo, Howitt en su vehemencia olvida que puede haber un tiempo límite antes de la próxima reencarnación hasta un límite determinado y que también puede haber un elemento voluntario en el acto.

Alexander Aksakof, en un interesante artículo, en el que proporcionaba los nombres de los médiums del círculo Allan Kardec con algunos datos sobre los mismos, indicó asimismo que la creencia en la idea de la reencarnación, era muy fuerte por aquellos días en Francia, como puede verse, entre otras obras, en la de M. Pezzani, *La pluralidad de las existencias*. Aksakof escribe:

Se ve claramente que la propagación de esa doctrina por Kardec, fue asunto de su mayor predilección; desde un principio la reencarnación no es en sus libros como un tema de estudio, sino como un dogma. Para sostenerlo recurrió siempre a médiums escribientes, los cuales, como es sabido,

están fácilmente bajo la influencia de ideas preconcebidas, y el Espiritismo las ha engendrado con toda profusión; en cambio, a través de los médiums físicos, las comunicaciones son objetivas, y no se sabe de ninguna favorable a la doctrina de la reencarnación.

Kardec prescindió siempre de esta clase de mediumnidad, bajo pretexto de su inferioridad moral. Así el método experimental es totalmente desconocido en el Espiritismo, durante 20 años no ha tenido el más mínimo progreso y se ha mantenido en la ignorancia total del Espiritismo Anglo-americano. Los pocos médiums físicos franceses que desarrollaron sus facultades a pesar de Kardec, nunca fueron mencionados por él en la *Revue Spirite*. Permanecieron desconocidos para los espiritistas, solo porque en sus comunicaciones no se sustentaba la doctrina de la reencarnación.

D. D. Home, comentando el artículo de Aksakof, dice:

Me he encontrado con muchos reencarnacionistas, con más de doce María Antonietas, con seis o siete Marías, Reinas de Escocia, con veinte Alejandro Magno, pero me falta conocer a un simple John Smith. Si lo encuentran les ruego que lo conserven como una curiosidad.

Anna Blackwell resume con las siguientes palabras el contenido de los principales libros de Kardec:

El Libro de los Espíritus está dedicado a demostrar la existencia y los atributos del Poder Causal y la naturaleza de la relación entre este Poder y el Universo, poniéndonos en la senda de la divina operación.

El Libro de los Médiums describe los varios métodos de comunicación entre este mundo y el otro.

El Cielo y el Infierno expone la justicia del Gobierno Divino explicando la naturaleza del mal como resultado de la ignorancia, y mostrando el proceso mediante el cual los hombres pueden mejorar y purificarse.

El Evangelio según el Espiritismo es un comentario de los preceptos morales de Cristo, con un examen de su vida

y el estudio comparativo de sus actos y las actuales manifestaciones del poder espiritista.

La Génesis muestra la concordancia de la filosofía espiritista con los descubrimientos de la ciencia moderna.

Esas obras —dice— son reputadas por la mayoría de los espiritistas del continente como las bases de la filosofía religiosa del porvenir, filosofía en armonía con los progresos y descubrimientos científicos en los distintos ámbitos del conocimiento humano, promulgada por una cohorte de ilustres espíritus que operan bajo la dirección del mismo Cristo.

En conjunto, le parece al autor que la balanza de la evidencia muestra que la reencarnación es un hecho, pero no necesariamente universal. Respecto de la ignorancia en que sobre este punto se hallan los espíritus nada hay de extraño, puesto que es cosa del futuro y si nosotros no vemos aún claro acerca de nuestro futuro, es posible que los espíritus tengan las mismas limitaciones.

Cuando nos preguntamos «¿dónde estábamos antes de nacer?», solo es posible la respuesta partiendo de la reencarnación, con largos intervalos de descanso del espíritu, entre una y otra de nuestras vidas terrenas, pues es inconcebible que hayamos existido desde siempre. La existencia posterior parece el postulado de la existencia anterior, y a la pregunta natural: «Entonces, ¿por qué no nos acordamos de las existencias pasadas?» debemos contestar que tal recuerdo complicaría enormemente nuestra vida presente, y que aquellas existencias pueden muy bien formar un ciclo como vidas enhebradas en una sola personalidad. En ese punto convergen el pensamiento oriental y teosófico con la explicación que da en la doctrina suplementaria del Karma, de la injusticia aparente de una sola vida, constituyendo todo ello argumentos en favor de la reencarnación como lo son tal vez esos vagos recuerdos y cogniciones que a veces tenemos,

demasiado precisos en ocasiones para ser considerados como impresiones atávicas. Algunos experimentos hipnóticos, entre los que sobresalen los del famoso investigador francés, el coronel de Rochas, aportaban evidencias definitivas. El sujeto llevado a un estado de trance se le llevaba atrás en el tiempo hacia supuestas existencias anteriores. Muy difícil de rastrear las más alejadas mientras que las más próximas llevaban a la sospecha que fueran fruto del conocimiento normal del médium.

Antes de apartarnos de la historia del Espiritismo en Francia, debemos rendir tributo al espléndido grupo de escritores que la han adornado. Aparte de Allan Kardec y del trabajo científico de investigadores como Geley, Maxwell, Flammarion y Richet, hubo grandes espiritistas como Gabriel Delanne, Henry Regnault y León Denis, que han dejado su huella.

En la presente obra, limitada a las grandes líneas de la historia psíquica, no hay espacio para los innumerables riachuelos y meandros que surcan toda la faz de la Tierra. Desde la Argentina hasta Islandia, se ven los mismos resultados surgiendo de las mismas causas. La historia completa de ello requeriría otro volumen, pero dedicaremos, no obstante, unas páginas a Alemania.

Aunque tardía en seguir el movimiento organizado ya que no fue hasta 1865 en que se fundara *Psiche*, un periódico espiritista alemán. Alemania tenía por encima de todos los demás países una tradición de especulación mística y de experimentos mágicos que pudieron considerarse como una preparación para la definitiva revelación espiritual. Paracelso, Cornelius Agrippa, Helmont y Jacob Boehme, figuran entre los exploradores del espíritu abriéndose camino a través de la materia, por vaga que sea la meta que hayan alcanzado.

Mesmer alcanzó algo más definitivo llevando a cabo la mayor parte de su obra en Viena a finales del siglo XVIII. A pesar de sus equivocaciones en algunas cuestiones fue el primero en separar el alma del cuerpo ante la vista de la humanidad. Y un nativo de Estrasburgo el Marqués de Puysegur llevó su trabajo un paso más lejos descubriendo las maravillas de la clarividencia. Jung Stilling y el Dr. Justinus Kerner son nombres que también perdurarán en la historia del progreso del conocimiento humano a través de este camino de oscura niebla. El anuncio de la comunicación espiritista se recibió en Alemania con una mezcla de interés y escepticismo, transcurriendo mucho tiempo antes de que se alzaran voces autorizadas en su defensa. Finalmente, el asunto avanzó rápidamente con la histórica visita de Slade en 1877.

Después de someter a prueba sus manifestaciones, que obtuvo en Leipzig el respaldo de seis profesores: Zöllner, Fechner y Scheibner, de Leipzig; Weber, de Gotinga; Fichte, de Stuttgart, y Ulrici, de Halle. Como los testimonios de estos se reforzaron con la declaración jurada de Bellachini, el más famoso prestidigitador de Alemania, afirmando que no había posibilidad de engaño, el efecto producido en las mentes populares fue considerable, aumentado con la posterior adhesión de dos eminentes rusos, Aksakof y el profesor Butlerof de la Universidad de San Petersburgo. Sin embargo, la nueva creencia no parece que encontrase terreno completamente apropiado en aquel país militar y burocrático. Salvo por el nombre de Carl du Prel no recordamos otro que en Alemania se hubiese vinculado con la parte más importante del movimiento.

El barón Carl du Prel, de Múnich, comenzó su carrera como estudiante de misticismo y en su primera obra (*Philosophy of Mysticism*, 1889), trata, no del Espiritismo, sino más bien de las fuerzas latentes en el hombre, de los

fenómenos del sueño, del trance y del sueño hipnótico. En otro tratado, *A Problem for Conjurers*, hace el relato detallado de las etapas por las cuales pasó hasta llegar a su completa creencia en la verdad del Espiritismo. En este libro admite que los hombres de ciencia y los filósofos no son los más capacitados para descubrir trampas, pero recuerda al lector que Bosco, Houdini, Bellachini y otros ilusionistas declararon que en los médiums que habían investigado no habían encontrado engaño.

Du Prel no se contentó con testimonios de segunda mano, sino que efectuó una serie de sesiones con Eglinton y más tarde con Eusapia Palladino.

Prestó especial atención al fenómeno de la escritura directa, la escritura en pizarra, y dice de la misma:

Una cosa está clara, a saber, que la pneumatografía debe atribuirse a un origen transcendental. Hallamos:

1. Que la hipótesis de la pizarra preparada de antemano es inadmisibile.

2. Que el lugar dónde aparece lo escrito es inaccesible a las manos del médium. En muchos casos la doble pizarra está bloqueada, dejando solamente el pequeño hueco de la tiza.

3. Que la escritura se hace realmente en ese momento.

4. Que el médium no está escribiendo.

5. Que la escritura se realiza con tiza o lápiz.

6. La escritura se realiza por un ser inteligente, puesto que las respuestas se ajustan exactamente a las preguntas.

7. Este ser puede leer, escribir y entender el lenguaje de los seres humanos, y muchas veces aquellos que son desconocidos para el médium.

8. Se parece extraordinariamente a un ser humano, tanto por su inteligencia como por los errores en que incurre. Estos seres, pues, aunque invisibles, son de naturaleza humana. No tiene sentido luchar contra esta proposición.

9. Si estos seres hablan, lo hacen en idioma humano. Si se les pregunta quiénes son, responden que son seres que han dejado este mundo.

10. Cuando se hacen parcialmente visibles, con solo sus manos, por ejemplo, las manos tienen forma humana.

11. Cuando se aparecen completamente visibles, muestran forma y rostro humano. El Espiritismo debe ser investigado por la ciencia. Debería considerarme un cobarde si no manifestara abiertamente mis convicciones.

En tales circunstancias —dice tajante— la cuestión: ¿médium o prestidigitador? me parece que levanta mucha más polvareda de la que merece.

Observación que muchos investigadores psíquicos debieran tener en cuenta. Es interesante advertir que du Prel proclama injustificada, según su experiencia, la afirmación de que los mensajes sean estúpidos y triviales; asegurando al mismo tiempo que si él no ha encontrado en ellos señales de una inteligencia superior, claro es que antes había que considerar hasta qué punto puede apreciarse una inteligencia sobrehumana y cómo había de sernos inteligible.

Hablando de la materialización, dice:

Cuando esas apariciones se hacen enteramente visibles en el cuarto a oscuras, caso en el cual el propio médium está sentado en la cadena formada por los concurrentes a la sesión, toman forma y rostro humano. Es muy fácil decir que se trata del propio médium. Pero cuando el médium habla desde su asiento; cuando los que están próximos a él declaran que le tienen cogido de las manos, y al mismo tiempo veo ante mí una figura de pie; cuando el rostro de esta figura queda iluminado con el tubo de mercurio que está sobre la mesa —luz que no impide el fenómeno—, por lo que veo claramente, entonces la evidencia de los hechos me demuestra la existencia de un ser transcendental, incluso si con ello todas las conclusiones deducidas de mis estudios y trabajos de veinte años tengan que ser arrojadas por la borda. Si, por

el contrario, mis puntos de vista, como puede verse en mi *Philosophy of Mysticism*, han tenido otro rumbo, y se han justificado después con estas experiencias, me parecen como pequeños motivos subjetivos para combatir estos hechos estrictamente objetivos.

Y añade:

Tenemos, pues, la experiencia empírica de la existencia de tales seres transcendentales, de la que estoy convencido por la evidencia de mis sentidos de la vista y el oído y por el sentimiento de nuestra comunicación inteligente. En estas circunstancias, llevado al mismo resultado por dos métodos de investigación, merecería que los dioses me abandonaran, si no reconociese el hecho de la inmortalidad —o mejor dicho, ya que las pruebas no se extienden más—, la continuación de la existencia del hombre después de la muerte.

Carl du Prel falleció en 1899. Su contribución a la obra espiritista es probablemente la mayor llevada a cabo por un alemán. Encontró un formidable adversario en Eduard von Hartmann, autor de la *The Philosophy of the Unconscious*, que escribió en 1885 un folleto titulado *Espiritismo*, sobre el que escribe C. C. Massey:

Por primera vez, un hombre que ocupa una situación intelectual eminente, se presenta francamente ante nosotros, aunque sea como adversario. Se ha tomado el trabajo de investigar los hechos, si no por completo, al menos lo suficiente para revestir de autoridad su examen crítico. Y aunque al principio le guiaba el escepticismo más absoluto, llegó luego a la conclusión de que la existencia en el organismo humano de fuerzas y capacidades distintas de las conocidas por las ciencias exactas, está sobradamente probada por testimonios antiguos y contemporáneos. Reclama con urgencia la investigación de esas fuerzas por parte de comisiones nombradas y pagadas por el Estado. Rechaza con toda su autoridad de hombre de ciencia la suposición

de que los hechos son a priori increíbles o contrarios a las leyes de la naturaleza. Censura la impertinencia de las «denuncias» y califica de golpes en el vacío las estúpidas comparaciones que han querido hacerse entre los médiums y los prestidigitadores.

Massey añade que, desde el punto de vista de la filosofía de Hartmann, era inadmisibile la intervención de los espíritus, y la inmortalidad humana un engaño.

Alexander Aksakof contestó al folleto de von Hartmann en su revista mensual *Estudios Psíquicos*, indicando que no tenía la menor experiencia práctica de los fenómenos mediúmnicos y concedió insuficiente atención a los que no concordaban con sus personales teorías, siendo muchos los que existían completamente desconocidos para él.

Alemania ha producido algunos grandes médiums, entre los cuales no se suele hacer figurar a la señora Anna Rothe. Aunque fuera cierto que recurrió al engaño cuando sintió que le abandonaban sus poderes psíquicos, no es menos cierto que tuvo estos poderes en un alto grado y así está demostrado hasta la evidencia por el juicio sobre su presunta estafa en 1902.

La médium estuvo encarcelada por espacio de doce meses y tres semanas, y antes de comparecer ante el tribunal fue condenada a dieciocho meses de prisión y una multa de quinientos marcos. Cuando se celebró el juicio, varias personas de gran reputación presentaron pruebas a su favor, figurando entre ellas el señor Stocker, ex capellán de la Corte y el juez Sulzers, de la Audiencia de Zúrich. El juez declaró bajo juramento que la señora Rothe le puso en comunicación con los espíritus de su esposa y de su padre, que dijeron cosas que la médium no podría haber inventado, porque se referían a asuntos desconocidos para ella y para todos los mortales. También declaró que se habían producido en el

aire flores de la más rara especie en una sala inundada de luz. Su testimonio produjo gran sensación.

Pero lo mismo que en el caso Slade, respecto del magistrado Flowers, el resultado del pleito fue una conclusión inevitable. El discurso preliminar del «iluminado» tribunal alemán comenzaba diciendo:

El Tribunal no puede permitirse criticar la teoría espiritista, pero no puede desconocer que la ciencia y la generalidad de los hombres cultos declaran imposibles las manifestaciones sobrenaturales.

Ante semejante declaración, toda prueba era inútil.

En estos últimos años dos nombres alemanes adquieren gran relieve en relación con esta materia. Uno es el del Dr. Schrenck-Notzing, a cuyos magníficos trabajos de laboratorio ya nos hemos referido en el capítulo del ectoplasma. El otro es el del famoso Dr. Hans Driesch, profesor de Filosofía de la Universidad de Leipzig, quien en conferencia dada en la Universidad de Londres el año de 1924, declaró que «la realidad de los fenómenos psíquicos es hoy solamente puesta en duda por los dogmáticos incorregibles».

Esos fenómenos —dijo— han tenido que pasar por un período de arduas luchas antes de ser reconocidos y la principal razón por la que han tenido que luchar tan enérgicamente es porque no encajaban con la psicología ortodoxa y las ciencias naturales, como estas dos eran a finales del siglo XIX.

El profesor Driesch indica que las ciencias naturales y la psicología experimentaron un cambio radical desde comienzos de este siglo, mostrando de qué manera los fenómenos psíquicos se enlazan con las ciencias naturales «normales». Observa que «si estas últimas se niegan a reconocer su parentesco con las primeras, ello no afecta a la verdad de los mismos», y merced a varias ilustraciones biológicas muestra

como ha sido vencida la teoría mecanicista. Expone su teoría vitalista para «establecer mejores relaciones entre los fenómenos de biología normal y los fenómenos físicos en el ámbito de la investigación psíquica».

Italia en cierto sentido figura en orden superior con relación a los demás países europeos en el trato reservado al Espiritismo, a pesar de la constante oposición de la Iglesia Católica Romana, que ilógicamente estigmatiza como satanismo en los demás lo que ha reclamado como señal de santidad en sí misma. El *Acta Sanctorum* no es otra cosa que una larga crónica de fenómenos psíquicos con levitaciones, aportes, profecías y todos los demás signos del poder mediúmnico. Esta Iglesia sin embargo siempre persiguió al Espiritismo. Aunque muy poderosa con el paso del tiempo encontrará algo más fuerte que ella.

Entre los modernos espiritistas italianos destacan Mazzini y Garibaldi. En carta dirigida a un amigo el año de 1849, Mazzini esboza todo un sistema religioso-filosófico, en el cual se anticipa sorprendentemente a las más recientes ideas espiritistas. En ese sistema aparece el purgatorio temporal sustituido por un infierno perpetuo, se proclama la existencia de un lazo de unión entre este mundo y el otro, se define la jerarquía de los seres espirituales y se prevé un progreso continuo de estos hacia la perfección suprema.

Italia ha sido muy rica en médiums, teniendo además la suerte de contar con hombres de ciencia lo suficientemente bien orientados en el estudio de las ciencias psíquicas. Entre esos numerosos investigadores, todos ellos convencidos de la realidad de los fenómenos psíquicos, aunque no todos aceptaron la idea espiritista, se encuentran nombres como los de Ermacora, Schiaparelli, Lombroso, Bozzano, MorSELLI, Chiaia, Pictet, Foa, Porro, Brofferio, Bottazzi y muchos otros. Tuvieron la ventaja de contar para sus estudios con una médium como Eusapia Palladino, de la que ya nos

hemos ocupado, a la que siguieron otros médiums poderosos, tales como Politi, Carancini, Zuccarini, Lucia Sordi y especialmente Linda Gazzera. No obstante, allí como en otras partes, el primer impulso llegó de los países de habla inglesa. La visita de D. D. Home a Florencia en 1855, y la siguiente de la señora Guppy, en 1868, abrió la senda a través de la cual había de lanzarse antes que nadie Damiani, el primer gran investigador italiano que en 1872 descubrió las facultades extraordinarias de Palladino.

La obra de Damiani fue pronto secundada por el doctor G. B. Ermacora, fundador y director, con el Dr. Finzi, de la *Rivista di Studi Psichici*. Damiani murió asesinado en Rovigo, a los cuarenta años, constituyendo su desaparición gran pérdida para la causa. Acerca de él, dice Porro:

Lombroso le conoció en Milán asociado a tres médicos jóvenes libres de todo prejuicio: Ermacora, Finzi y Gerosa, a dos profundos pensadores que habían ya agotado el aspecto filosófico del Espiritismo, el alemán du Prel y el ruso Aksakof, a otro filósofo de profunda inteligencia y vasta erudición, Brofferio; y finalmente, al gran astrónomo Schiaparelli y al ilustre fisiólogo Richet.

Sería difícil —añade— reunir un grupo más selecto de hombres dotados de las necesarias garantías de seriedad, de competencias diversas, de habilidad técnica en la experimentación, de sagacidad y prudencia en las conclusiones.

A la vez que Brofferio en su valioso libro *Per lo Spiritismo* (Milán 1892), demolía uno a uno los argumentos de los detractores, reuniendo, coordinando y clasificando con incomparable talento dialéctico las pruebas en pro de nuestra doctrina, Ermacora aplicaba a su demostración todos los recursos de su poderosa inteligencia ejercitada en el uso del método experimental, hallando tanto placer en estos nuevos y fértiles estudios, que abandonó enteramente sus investigaciones en el terreno de la electricidad, las cuales le habían

dado ya la consideración de ser el legítimo sucesor de Faraday y de Maxwell.

El Dr. Ercole Chiaia, que falleció en 1903, fue un ardiente trabajador y propagandista a quien distinguidos hombres de ciencia debieron sus primeros conocimientos de los fenómenos psíquicos, entre otros, Lombroso, el profesor Bianchi, de la Universidad de Nápoles, Schiaparelli, Flournoy, el profesor Porro, de la Universidad de Génova, y el coronel de Rochas. Lombroso dijo de él:

Tenéis razón en honrar la memoria de Ercole Chiaia. En un país como Italia, donde se profesa horror a todo lo nuevo, es preciso mucho valor y nobleza de alma para convertirse en apóstol de teorías que se pretende ridiculizar, y ello con la tenacidad, con la energía que han caracterizado siempre a Chiaia. A él deben muchos —y yo entre ellos— el privilegio de ver un mundo nuevo abierto a la investigación a través del único camino que existe para convencer a los hombres cultos, es decir, la observación directa.

Sardou, Richet y Morselli rindieron también tributo de admiración a la obra de Chiaia.

Una de las más importantes labores de aquel hombre benemérito consistió en inducir a Lombroso a que investigara los fenómenos espiritistas. A raíz de los primeros experimentos con Eusapia Palladino, declaró el eminente psiquiatra y criminólogo:

Estoy avergonzado y apesadumbrado por haber negado con tanta tenacidad la posibilidad de los llamados hechos espiritistas.

Al principio Lombroso aceptó únicamente los hechos, oponiéndose a la teoría en ellos fundada. Pero aun esa admisión parcial causó gran sensación en Italia y en todo el mundo. Aksakof escribió al Dr. Chiaia:

¡Gloria a Lombroso por sus nobles palabras! ¡Gloria a ti por tu dedicación!

Lombroso constituye el magnífico ejemplo de conversión de un empedernido materialista después de largo y concienzudo examen de los hechos. En 1900 escribió al profesor Falcomer:

Estoy como una piedra en la orilla. Aún no me cubre el agua, pero noto que la marea sube, acercándose cada vez más al mar.

Como es sabido, acabó por ser un creyente completo, un convencido espiritista, como lo prueba su célebre libro *Y después de la muerte, ¿qué?*

Ernesto Bozzano, nacido en Génova el año de 1862, dedicó treinta años de su vida a la investigación psíquica, publicando el fruto de sus estudios en treinta largas monografías. En unión de los profesores Morselli y Porro, experimentó con Eusapia Palladino, y a la vista de muchos fenómenos objetivos y subjetivos, se adhirió «lógica y necesariamente» a la hipótesis espiritista.

Enrico Morselli, profesor de Psiquiatría en Génova, fue durante varios años, como él mismo declara, un escéptico de la realidad objetiva de los fenómenos psíquicos. Pero en 1901 y años siguientes tuvo treinta sesiones con Eusapia Palladino, llegando a un convencimiento completo de los hechos, ya que no de la teoría espiritista. Recogió sus observaciones en un libro que el profesor Richet califica de «modelo de erudición» (*Psicología e Spiritismo*, Turín, 1908).

Lombroso, en una reseña muy amable de este libro, se refiere al escepticismo del autor sobre ciertos fenómenos que había observado (*Anales de la Ciencia Psíquica*, vol. VII, pág. 376):

Morselli comete la misma falta que Flournoy con la señorita Smith⁵⁹, torturando su fuerte ingenio al no encontrar verdaderas ni creíbles las cosas que él mismo declara haber visto y que en efecto ocurrieron. Por ejemplo, durante unos cuantos días después de la aparición de su madre, reconoció conmigo que la había visto y que había mantenido con ella una conversación por señas, en la cual ella le indicaba con el dedo, apuntando tristemente a sus gafas y a su calvicie cuán largo tiempo hacía que le dejó joven y apuesto.

Al pedirle Morselli a su madre una prueba de identidad, ella le tocó en la frente buscándole una verruga; pero como primero tocara al lado derecho y después al izquierdo, en que verdaderamente tenía la verruga, Morselli no quiso aceptar esto como la evidencia de la aparición de su madre. Lombroso, con más experiencia, le señaló la torpeza de los espíritus que usan de la intervención de un médium por primera vez. La verdad es que Morselli experimentaba una gran repugnancia por aquella aparición de su madre con un médium en contra de su voluntad. Lombroso no puede explicarse semejante sentimiento. Y dice:

Confieso que a mí no solamente no me molesta, sino que, por el contrario, cuando volví a ver a mi madre, experimenté una de las alegrías más grandes de mi vida, una alegría que llegaba al espasmo, y que despertó un sentimiento no de resentimiento sino gratitud para el médium que me traía a mi madre a mis brazos después de tantos años.

Suceso extraordinario que me hizo olvidar no solo entonces, sino muchas veces, la humilde condición de Eusapia, que había logrado para mí, aunque fuese de manera puramente automática, lo que ningún gigante en poder y pensamiento jamás podría haber conseguido.

⁵⁹ Hélène Smith, la médium del libro de Flournoy, *From India to the Planet Mars* (*De la India al planeta Marte*).

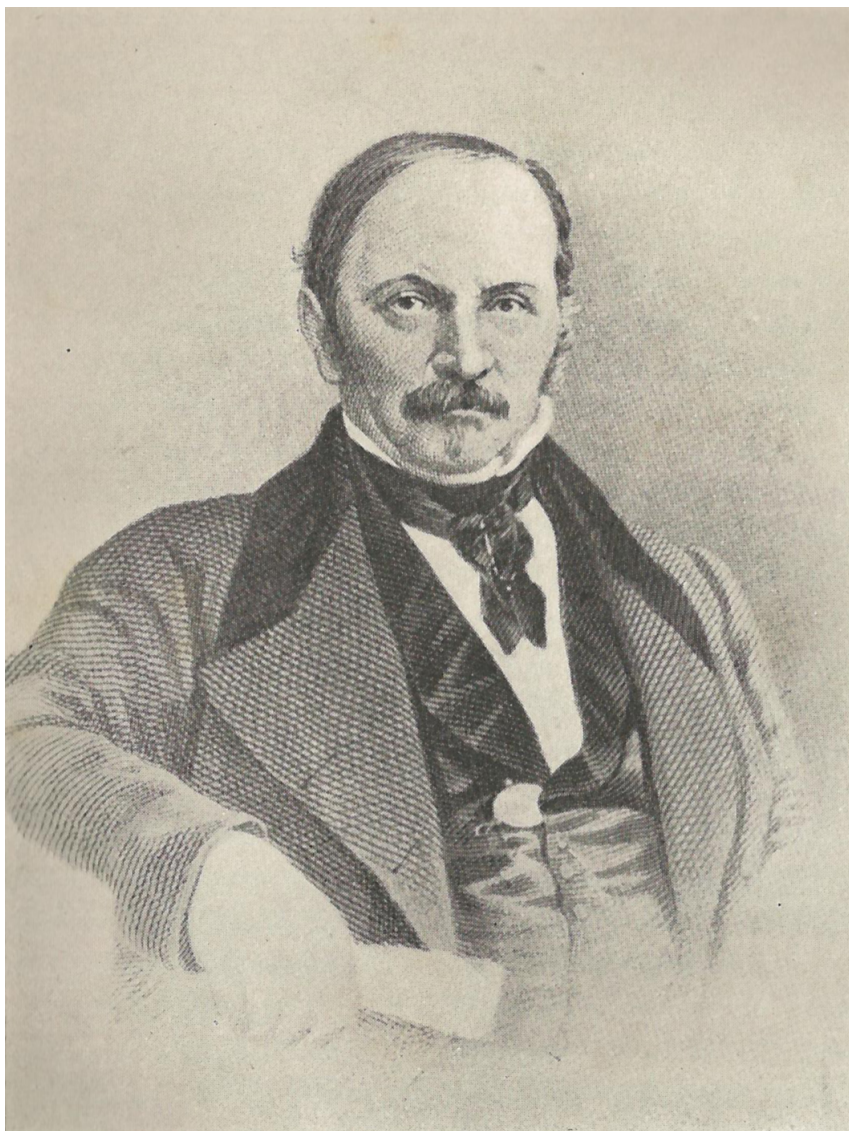
Morselli se colocó en posición parecida a la del profesor Richet respecto a la investigación psíquica, y, como este último sabio, influyó poderosamente en la opinión pública, contribuyendo a que tuviera sobre esta materia una idea más clara. Habla fuertemente del desvío de la ciencia escribiendo en 1907:

El Espiritismo viene discutiéndose desde hace cincuenta años, y aunque no es posible augurar cuándo quedará resuelta la cuestión, todos están conformes en concederle una gran importancia, siendo uno de los más grandes problemas legados por el siglo XIX al XX. Ya nadie puede ignorar que el Espiritismo constituye una tendencia importante en el pensamiento contemporáneo. Si durante mucho tiempo la ciencia oficial mostró su desvío por los hechos que el Espiritismo, bien o mal, equivocada o acertadamente, ha reunido hasta formar la base de todo un cuerpo de doctrina, tanto peor para la ciencia, y peor aún para sus hombres que permanecieron sordos y ciegos ante afirmaciones, no de sectarios, sino de observadores tan dignos y serios como Crookes, Lodge y Richet. No me avergüenzo de proclamar que en mis modestas fuerzas yo fui uno de los que contribuyeron a ese obstinado escepticismo, hasta el día en que, por fin, pude romper las cadenas de los prejuicios absolutistas que habían bloqueado mi juicio.

Hecho curioso es que la mayoría de los profesores italianos se adhieren a los hechos psíquicos, pero rehúsan seguir las conclusiones de los que llaman espiritistas. Ello aparece claro en las siguientes palabras de De Vesme:

Es de señalar que el interés por esas cuestiones revelado por el público en Italia, no habría nacido tan fácilmente si los hombres de ciencia que proclamaron la autenticidad de esos fenómenos mediúmnicos, no hubiesen hecho constar que el reconocimiento de los hechos no implicaba la aceptación de la hipótesis espiritista.

Hagamos constar, sin embargo, que hubo una minoría muy potente, que comprendió el significado íntegro de la nueva revelación.



ALLAN KARDEC

CAPÍTULO XXII

ALGUNOS GRANDES MÉDIUMS MODERNOS

Es monótono escribir acerca de los signos físicos con que se revela la inteligencia externa, porque todos obedecen a fórmulas estereotipadas, limitadas en su naturaleza.

Llenan su objeto, que no es otro que el demostrar la presencia de fuerzas invisibles, desconocidas por la ciencia, pero su método de producción y sus resultados son siempre reiterativos. Claro es que esto mismo, o sea la repetición constante de idénticas manifestaciones en todos los países del mundo, debería hacer ver a quienes piensen seriamente acerca de ellas que obedecen a leyes fijas, y no se trata de una sucesión esporádica de milagros, sino de una ciencia real en pleno desarrollo. Sus detractores han pecado por ignorancia y desprecio: «No comprenden que en esto hay leyes», escribió la señora Bisson después del fatuo intento de los doctores de la Sorbona para producir ectoplasma en condiciones que invalidaban su propio experimento.

Todo gran médium físico puede producir la voz directa independientemente de sus propios órganos vocales, la telequinesis o movimiento de objetos a distancia, los ruidos o percusiones, las levitaciones, los aportes o traslado de objetos a distancia, las materializaciones de rostros, extremidades o figuras completas, las conversaciones o escritos en estado de trance, la escritura dentro de pizarras en contacto y los fenómenos luminosos de distintas formas.

De todas esas clases de manifestaciones ha sido testigo muchas veces el autor, y como ya ha narrado las que en cada época se produjeron con los médiums a ella pertenecientes, hablará ahora solamente de los médiums modernos, exponiendo datos y observaciones propios.

Hay quienes cultivan solo un aspecto de la mediumnidad en tanto que otros exhiben todas las formas de este poder. Necesariamente los primeros serán más eficientes, como todo el que especializa sus facultades y las concentra en un fin determinado en vez de dispersarlas entre varios.

A veces, aparece un hombre tan maravilloso como D. D. Home, dotado de todos los poderes de la mediumnidad, pero esto es muy raro.

El más grande de los médiums conocido por el autor, es la señora Osborne Leonard. La característica de su mérito es que los dones que posee, por lo general son continuos. No se interrumpen con largos eclipses, sino que fluyen inagotablemente. La señora Leonard es de mediana edad, amable, agradable, de aire distinguido. Al caer en trance, su voz cambia por completo, interpretando lo que su pequeño guía, el espíritu de la niña Fedá, dice en voz alta y con palabras entrecortadas, todo ello mezclado con intimidades y bromas en las que se ponen de relieve la inteligencia y el simpático carácter de la niña.

En cierta ocasión el autor recibió una larga serie de mensajes sobre el destino futuro del mundo, a través de la voz y de la mano de su esposa, en su propio hogar doméstico. Cuando fue a visitar a la señora Leonard, no le dijo nada de lo ocurrido, ni tampoco habló de ello a nadie. Pero apenas se sentó y preparó el cuaderno para tomar notas de lo que sucediese, su fallecido hijo anunció su presencia y le habló sin interrupción por espacio de una hora. Fue un largo monólogo con pleno conocimiento íntimo de cuanto había ocurrido en la casa de sus padres, y todo lleno de pequeños

detalles de nuestra vida, completamente desconocidos para la médium.

En toda la sesión no se equivocó en punto alguno y habló de muchas cosas. Citaremos aquí, a modo de ejemplo, una parte de las menos personales:

Hay mucha falsedad en el progreso material y mecánico. Eso no es progreso. Si se construye este año un coche que haga tantos kilómetros, se puede al año que viene construir otro que haga el doble. No por eso es mejor. Es menester el progreso verdadero para llegar a comprender el poder de la mente y el espíritu y convencer a todos de la existencia de nuestro mundo.

Mucho podemos ayudar nosotros desde aquí con tal de que intenten algo los que están en la Tierra; pero no podemos esforzarnos con quienes no están preparados para tal ayuda.

Ese es vuestro trabajo: prepararnos la gente. Muchos yacen en una ignorancia sin esperanza alguna; pero sembrad, que la semilla fructificará, aunque no lo veáis.

El clero está sujeto a un sistema de ideas limitadas y herméticas. Sistema semejante a un alimento rancio de una semana en comparación con otro reciente. Hace falta alimento espiritual fresco y no enranciado. Sabemos cuán prodigioso es Cristo. Contemplamos su amor y su poder. Él nos puede ayudar tanto a vosotros como a nosotros. Pero encendiendo fuego nuevo y no removiendo las antiguas cenizas.

Eso es lo que necesitamos —el fuego del entusiasmo en los altares de la imaginación y del conocimiento—. Algunos temen a la imaginación, pero muy frecuentemente ella es la puerta del conocimiento. Las iglesias han sabido cuál era la verdadera doctrina, pero no la han sabido poner en práctica.

Es preciso ser capaz de demostrar el conocimiento espiritual de una forma práctica. El plano en que vivís es práctico solo en cuanto consideráis el conocimiento como

un impulso para la acción. En nuestro plano, conocimiento y fe son acción —y al pensar una cosa la realizamos en el acto de pensarla; mientras que en la Tierra son muchos los que dicen que una cosa está bien y no la hacen—. La iglesia enseña, pero no demuestra su enseñanza. La pizarra es útil a veces, ya lo sabes. Eso es lo que necesitáis. Hay que enseñar demostrando en la pizarra. Así los fenómenos físicos son realmente importantes. Habrá algunos, pero nos es difícil manifestarnos físicamente, porque la mayoría del pensamiento colectivo está contra nosotros y no a nuestro favor. Cuando el gran día llegue, la gente se estremecerá en su actitud cerrada e ignorante en contra nuestra. Eso abrirá el camino para una demostración más completa de la que hasta ahora hemos podido lograr.

Ahora es como si estuviéramos dando golpes contra una pared, y perdemos el noventa por ciento de nuestro poder golpeando e intentando hallar un agujero en ese valladar de ignorancia que nos impide acceder a vosotros. Pero muchos de vosotros utilizáis el cincel y el martillo para dejarnos pasar. No sois vosotros los que habéis levantado el valladar y nos animáis a franquearlo. Cuando se haya debilitado lo suficiente se derrumbará y en lugar de arrastrarnos entre dificultades todos cruzaremos juntos la banda del triunfo. Ese será el clímax del encuentro entre el espíritu y la materia.

Si la verdad del Espiritismo dependiera únicamente de las facultades de la señora Leonard, estaría evidenciada de forma abrumadora, pues entre tantos cientos de personas rara vez dejó de dar completa satisfacción a alguna. Hay sin embargo muchos clarividentes cuyas facultades son algo inferiores a las de la señora Leonard y que podrían quizá igualarse a ella si mostrasen la misma moderación en su uso. No le tienta la ambición y solo recibe a dos o tres clientes por día, lo que se debe sin duda a la excelencia de sus resultados.

Entre los clarividentes de Londres de que se ha servido el autor, ocupa preferente lugar Vout Peters. Otra excelente médium de estos tiempos es la señora Annie Brittain. Durante la guerra, el autor envió a dicha médium muchos desgraciados que habían sufrido alguna pérdida en sus familias y coleccionó las cartas en las cuales le dieron cuenta de las sesiones, todos con resultados muy notables. De los cien primeros casos ochenta obtuvieron un éxito completo, estableciéndose comunicación con las personas fallecidas. En algunas ocasiones el resultado fue de una extraordinaria evidencia, e inapreciable el consuelo recibido por los interesados. No hay sensación de alivio comparable a la del afligido que se da cuenta súbitamente de que el muerto no ha enmudecido para siempre, y de que su voz, tranquila y apagada, puede aún llegarle desde el más allá. Una señora me escribió que su vida había llegado a extremo tan insostenible que estaba resuelta a suicidarse; pero gracias a la intervención de la señora Brittain, renació la esperanza en su corazón. Cuando se piensa que esta insigne médium fue llevada ante un tribunal policíaco, maltratada por guardias ignorantes y condenada por un magistrado aún más ignaro, se tiene la sensación de estar viviendo en una de las edades más oscuras de la historia del mundo.

Como la señora Leonard, la señora Brittain tenía por guía el espíritu de una niña encantadora, llamada Belle.

En sus ya largas investigaciones, el autor ha conocido a muchas de estas pequeñas criaturas en diferentes partes del mundo, encontrando en ellas la misma voz y las mismas formas agradables. Tal similitud parecería mostrar la existencia de algún tipo de ley general en estos trabajos. Cuando Feda, Belle, Iris, Harmony y muchas otras parlotean con sus voces de falsete, el mundo es mejor gracias a su presencia y ministerio.

La señorita McCreadie es otra notable clarividente de Londres, perteneciente a la escuela más antigua, y que trae una atmósfera religiosa poco común.

Hay muchos otros, pero no podemos dejar de hacer alusión a las notables enseñanzas de Johannes y otros espíritus que se comunican a través de la señora Hester Dowden, la hija del famoso erudito de Shakespeare. Debería hacerse una referencia también al Capitán Bartlett, cuyos maravillosos escritos y dibujos permitieron a Bligh Bond descubrir ruinas de dos capillas en Glastonbury y que estaban enterradas de tal manera que solo el sentido clarividente podría haber encontrado su posición exacta.

Los lectores de *The Gate of Remembrance* comprenderán el impacto de este notable episodio.

Los fenómenos de voz directa se diferencian de la mera clarividencia y del habla durante el trance, en que los sonidos no proceden del médium, sino que se manifiestan con frecuencia a varios metros de distancia, persisten cuando la boca del médium se ha llenado a propósito de agua y se desdoblán en dos o tres voces simultáneamente. En casos tales suele emplearse una bocina de aluminio para aumentar la potencia de los sonidos y también para formar una pequeña cámara oscura, en la cual se materializan las cuerdas vocales del espíritu. Es un hecho muy interesante y que ha inducido a error a las personas de experiencia limitada, que los primeros sonidos se parezcan a la voz de los médiums. Pero esto dura poco y la voz va haciéndose característica, sin reminiscencias o a lo sumo recuerda la de alguna persona fallecida.

Es posible que la razón de tal fenómeno se halle en que el ectoplasma, en el cual tiene su origen, procede del médium con todas las peculiaridades de este, hasta que la fuerza independiente llega a imponer su dominio. En esas ocasiones, el escéptico debe tener paciencia y saber esperar los acontecimientos.

El autor ha conocido a un investigador ignorante y tan pagado de sí mismo que de la similitud de las voces dedujo la existencia de un engaño por lo que suspendió la reunión neciamente, siendo que habría podido resolver sus dudas poco después.

Experimentando con la señora Wriedt, el autor escuchó el fenómeno de voz directa, acompañado por golpes en el portavoz, todo ello a plena luz y con la médium sentada a unos metros de distancia, sin poder cambiar de sitio. No es raro oír dos o tres voces que hablan o cantan al mismo tiempo, lo cual se opone a toda idea de ventriloquia. El portavoz, que muchas veces está decorado en su parte exterior con un color luminoso, no es raro ver como flota a bastante distancia del médium, fuera del alcance de sus manos. En cierta ocasión, estando en casa de Dennis Bradley, el autor vio el portavoz iluminado voltear en el aire y tropezar con el techo como hubiera podido hacerlo una mariposa. El médium (Valiantine) fue después invitado a sentarse en la silla con el portavoz en la mano comprobándose que era imposible que llegase hasta el techo. Ocho personas respetables fueron testigos de esta prueba.

La señora Wriedt nació en Detroit hace unos cincuenta años, siendo tal vez más conocida en Inglaterra que ningún médium americano. De sus facultades, puede juzgarse por esta breve relación. Estando la médium de visita en la casa de campo del autor se sentó con él, con su esposa y con su secretario en una habitación perfectamente iluminada. Se cantó un himno, y antes de que terminara la primera estrofa se oyó una quinta voz de excelente calidad, la cual se unió al canto y permaneció unida hasta el final del himno. Los tres observadores fuimos unánimes en declarar que la señora Wriedt no dejó de cantar al mismo tiempo que nosotros. Por la noche tuvimos una sesión, a la que asistieron varios amigos. Una niñera fue abordada por el espíritu de su padre,

recientemente fallecido, con el acceso de tos seca que caracterizara sus últimos momentos, haciendo referencias a la herencia de una forma racional. Otro espíritu amigo del autor, el de un anglo-indio de carácter irritable, se manifestó reproduciendo exactamente hasta los límites de que la voz es capaz su manera de hablar, dando su nombre y aludiendo a hechos diversos de su vida. Otra niñera recibió la visita de un espíritu que decía ser su tía abuela. Ella negó el parentesco, pero al hacer averiguaciones posteriormente, en el seno de la familia, se descubrió que, efectivamente, ella había tenido una tía de ese nombre, que murió en la infancia. Mucho tendrá que esforzarse la telepatía para explicar esos casos.

En total el autor ha experimentado, por lo menos, con veinte médiums de voz directa, siendo a veces sorprendido por la gran diferencia de volumen del sonido comparado con la voz natural del médium. En cierta ocasión su asombro fue grandísimo cuando en la habitación de un hotel de Chicago abarrotado de gente se destacó una voz comparable tan solo al rugido de un león. El médium era un muchacho americano joven y delgado, que posiblemente no hubiera podido producir tales sonidos con sus órganos vocales.

George Valiantine ocuparía seguramente el segundo lugar, si el autor tuviese que hacer una lista de los médiums de voz directa con los que ha experimentado. Fue examinado por el comité de la *Scientific American*, siendo descalificado porque un aparato eléctrico detectó que se movía de la silla cuando sonaba la voz. Pero la prueba hecha por el autor, en la que un portavoz circuló por el aire fuera del alcance del médium, aleja la sospecha de que los resultados dependieran de que este dejara o no su asiento, aparte de que lo importante no es la forma cómo se produce la voz, sino lo que esta dice. Quienes lean la obra de Dennis Bradley *Towards the Stars*, en la cual narra la larga serie de sesiones celebradas en

Kingston Vale, se dará cuenta de la especial mediumnidad de Valiantine, cuyo poder psíquico es tan grande, que a semejanza de la señora Wriedt, no tiene necesidad de caer en trance para ejercerlo. Algo no muy común. Son estados de semitrance, que esperan por las investigaciones de los estudiantes del futuro.

Valiantine es un fabricante establecido en una pequeña ciudad de Pensilvania. Hombre tranquilo, agradable, afable, que está en la flor de la vida, y del que aún pueden esperarse grandes cosas.

Jonson, de Toledo (USA), es un médium materializador, verdaderamente único en su género, según he tenido yo ocasión de comprobar. Tal vez deba citarse junto al suyo el nombre de su esposa, ya que operan siempre unidos. La particularidad del trabajo de Jonson es que se desarrolla a la vista de todos los circunstantes, sentándose el médium fuera de la cabina, mientras su esposa, junto a él, dirige todo el trabajo. Quien desee amplios detalles sobre las sesiones de Jonson, los hallará en la obra del autor, *Our Second American Adventure*. En cuanto a su mediumnidad, ha sido objeto de un completo estudio por parte del almirante Usborne Moore (*Glimpses of the Next State*, págs. 195-322). El almirante, que figura con justicia entre los más grandes investigadores psíquicos, operó varias veces con Jonson, ayudándole en sus trabajos un ex jefe del servicio secreto de los Estados Unidos, que estableció cerca del médium una hábil vigilancia, sin descubrir nada contra este. Teniendo en cuenta que Toledo era entonces una ciudad de mediana importancia y que en alguna sesión llegaron a manifestarse hasta veinte diferentes espíritus, se tendrá idea de las dificultades insuperables que existían para el fraude. En la reunión a la que asistió el autor, apareció una larga sucesión de formas salidas una a una de una pequeña cabina. Eran hombres de todas las edades, mujeres y niños. La luz de una lámpara

roja permitía ver claramente los rostros, aunque no se distinguían bien los rasgos. Algunas de las figuras permanecieron fuera de la cabina hasta veinte minutos, conversaron con los reunidos y contestaron a las preguntas que estos les dirigían. Ningún hombre puede dar a otro un certificado en blanco de honradez, pero el autor declara que no tuvo duda alguna sobre la autenticidad del fenómeno.

Hay ciertos médiums que, sin especializarse en un sentido determinado, pueden producir manifestaciones paranormales en gran escala. Entre todos los que el autor ha tratado, sobresalen por su variedad y fuerza Ada Besinnet, de Toledo, en América, y Evan Powell, de Merthyr Tydvil, en Gales. Son dos médiums admirables y personalmente dignos de los dones que poseen. Entre las manifestaciones de Besinnet, figura la voz directa, con la particularidad de que frecuentemente se oyen dos o más voces a la vez. Su espíritu guía es masculino, se llama Dan, posee una notable voz de barítono, y quien la ha podido escuchar, considera que es imposible que proceda del organismo de aquella señorita. En ocasiones la voz de Dan se mezcla con la de una mujer, estableciéndose un dúo simultáneo. A veces se percibe un silbido muy notable por lo ininterrumpido, sin pausas para tomar aliento. Otra particularidad de esta médium es la producción de luces brillantes, que consisten en pequeños objetos sólidos, luminosos, uno de los cuales se posó cierta vez en el propio bigote del autor, a la manera de una luciérnaga. Pero el poder más notable de Besinnet es la aparición de caras de fantasmas en un espacio que se ilumina enfrente del espectador.

Algunas veces los rostros son sombríos, con cierto parecido al de la médium si esta se halla indispuesta o si el poder psíquico de la reunión es deficiente. En cambio, cuando las condiciones son buenas, los rostros son completamente distintos al de la médium.

El autor vio en dos ocasiones rostros, con tal claridad que puede jurar absolutamente sobre su veracidad. Uno el de su madre y otro el de su sobrino Oscar Hornung, un joven oficial que murió en la guerra. Eran tan claros y visibles como en vida. Otras noches hubo en que no pudo reconocerse a ninguna de las apariciones, entre las cuales había rostros de angélica belleza (Véase sobre el particular, *Our American Adventure*, págs. 124-132, *Glimpses of the Next State*, del almirante Moore, págs. 226-312) y finalmente el artículo de Hewat McKenzie, *Psychic Science*, de abril de 1922).

Al mismo nivel que Besinnet está Evan Powell, con idéntica variedad, aunque no siempre con el mismo tipo de poder. Los fenómenos luminosos de Evan Powell son tan buenos como los de Besinnet. Su producción de voces es superior. El autor ha oído esas voces espirituales dotadas de la misma intensidad de sonido que las voces humanas corrientes, y recuerda una sesión en que tres de ellas hablaban simultáneamente, una a Lady Cowan, otra a Sir James Marchant y otra a Sir Robert McAlpine. Con Powell eran cosa corriente los movimientos de objetos, y en una ocasión, una cómoda que pesaba 27 kilos fue suspendida durante cierto tiempo sobre la cabeza del autor. El mismo Powell pedía que le atara durante las sesiones, lo que, según él, convenía para su propia protección, ya que no podía responder de sus movimientos cuando estaba en trance. En tales condiciones era posible, no solo ponerse inconscientemente bajo la sugestión de los presentes, sino que las fuerzas maléficas, siempre opuestas al buen trabajo de los espiritistas, influyeran sobre el médium para que ejecutara hechos en su propio descrédito.

El profesor Haraldur Nielsson, de Islandia, cita lo ocurrido en una sesión, en que uno de los presentes cometió un fraude insensato, a instigación de un espíritu, según este último declaró más tarde. Puede afirmarse sin vacilación que

Evan Powell es actualmente el médium mejor dotado. Predica las enseñanzas del Espiritismo tanto personalmente como bajo el dominio de su espíritu guía. Posee todas las clases de mediumnidad y es lástima que las ocupaciones inherentes a su negocio de carbones en Devonshire le impidan estar constantemente en Londres ejerciendo sus extraordinarias facultades.

Otra notable manifestación de mediumnidad es la escritura sobre pizarra. Dicha facultad la posee en alto grado la señora Pruden, de Cincinnati, que recientemente visitó Inglaterra, exhibiendo sus admirables dotes ante cierto número de personas. El autor concurrió varias veces a sus sesiones, y ha explicado con detalles sus métodos. Como el pasaje es corto y puede aclarar el asunto se transcribe aquí:

Gran suerte para nosotros fue encontrarnos una vez más con una médium realmente extraordinaria, la señora Pruden, de Cincinnati, que había venido a Chicago para asistir a mis conferencias. Tuvimos una sesión en el hotel Blackstone, gracias a la cortesía de su dueño, Holmyard, siendo los resultados espléndidos. Su don principal es la escritura sobre pizarra, ejecutada con una perfección como jamás había yo visto hasta entonces.

Como se ha hablado tanto de pizarras con trucos, ella misma me manifestó el deseo de usar la mía invitándome a examinar atentamente la suya. La señora Pruden opera formando una especie de cámara oscura con un paño que cubre la mesa, debajo de la cual sujeta la pizarra con una mano.

El espectador sostiene la pizarra por el otro extremo. La otra mano de la médium queda libre y visible. La pizarra es doble, con un trocito de tiza entre las dos partes de que consta.

A la media hora de espera comenzó la escritura, siendo muy singular la sensación que experimenté en la mano con que sostenía yo la pizarra y percibiendo claramente el rasgueo y la vibración de la tiza al escribir. Cada uno de los

presentes habíamos escrito una pregunta en un papel que ocultábamos cuidadosamente doblado debajo del tapete, para que las fuerzas psíquicas pudieran realizar en buenas condiciones su trabajo, al que suele afectar la luz.

Todos obtuvimos en la pizarra respuesta a nuestras preguntas, y recogimos los papeles doblados comprobando que no habían sido abiertos. Hay que hacer constar que la habitación estaba iluminada por la luz del día y que la médium no podía hacer ningún movimiento sin ser vista por todos nosotros.

Esta mañana, en unión del Dr. Gelbert, un inventor francés, llevé a cabo un trabajo en parte espiritual y en parte material. Consulté a determinado espíritu si el trabajo era bueno, a lo que se me contestó en la pizarra: —«Confía en el Dr. Gelbert Kingsley». En mi pregunta no estaba el nombre del Dr. Gelbert, ni la señora Pruden conocía nada del asunto.

Mi esposa recibió por medio de la señora Pruden un largo mensaje de una querida amiga suya, firmó con su nombre. Esa firma era exactamente la suya. Fue otra demostración totalmente convincente. Durante la conversación se oyeron continuamente ruidos claros y nítidos sobre la mesa.

(*Our American Adventure*, págs. 144-5).

Una notable forma de mediumnidad es la aparición de imágenes en el cristal a través de una especie de neblina. El autor ha asistido una sola vez a esta clase de fenómenos, provocados por la mediumnidad de una señora de Yorkshire. Las vistas eran claras y bien definidas, sucediéndose unas a otras con intervalos de neblina. Consistían sencillamente en pequeñas imágenes, rostros oscuros y otras formas análogas.

Tales son algunas de las varias muestras del poder espiritual cuya evidencia fue un antídoto contra mi materialismo. Las formas más elevadas de aquel poder no son las de carácter físico, sino que se encuentran en los escritos inspirados

de hombres como Davis, Stainton Moses o Vale Owen. Nunca insistiremos bastante en que el mero hecho de que nos llegue un mensaje del más allá, no es garantía de su excelencia. En el lado invisible de la vida hay de todo, y como aquí hay igualmente ignorantes y mentirosos. Hay mucho de recusable e inútil en los mensajes. Lo aprovechable, en cambio, es digno de que le dediquemos la más grande y respetuosa atención. Pero incluso lo en apariencia mejor nunca tiene porqué ser definitivo y puede ser falible, como le pasó a Stainton Moses, que cuando llegó al otro lado admitió a través de la señora Piper que había puntos sobre los cuales había sido mal informado.

Los médiums a quienes hemos citado están tomados como tipo de las diversas actividades psíquicas, pero hay otros muchos que merecerían una mención detallada si dispusiéramos de espacio para ello. El autor ha operado distintas veces con Sloan y con Phoenix, de Glasgow, poseedores de facultades que abarcan casi toda la gama de los dones psíquicos, y ambos son o eran muy poco materialistas, con un santo desprecio por las cosas materiales de esta vida. La señora Falconer, de Edimburgo, también es una buena médium dotada de poder considerable.

El autor conoció de la generación anterior la mediumnidad de Husk y de Craddock, los cuales tenían sus buenos y malos momentos. Merecen también ser citadas la señora Susanna Harris y la señora Wagner, médiums físicas y, entre los aficionados, John Ticknor, de Nueva York, y Nugent, de Belfast.

En relación con John Ticknor el autor puede citar un experimento que él hizo e informó en el *Proceedings* de la Sociedad Americana de Investigación Psíquica. En este caso el autor tomó un cuidadoso registro del pulso del señor Ticknor en estado normal, cuando era controlado por el coronel Lee, uno de sus guías espirituales, y cuando estaba

bajo la influencia de *Halcón Negro*, el espíritu de un piel roja. Las cifras respectivas fueron de 82, 100 y 118.

Otra médium excelente, aunque desigual en sus resultados, es la señora Robert Johnson, que destaca en los fenómenos de la voz directa. En las sesiones de esta médium se halla ausente todo elemento religioso, y los alegres muchachos del País del Norte crean una atmósfera que si bien puede divertir a algunos puede repeler a aquellos que se acercan al asunto con sentimientos de solemnidad.

Uno de los espíritus guías de la señora Johnson es el también famoso médium en vida, David Duguid, cuya voz varonil, de acento escocés, no puede, en modo alguno, ser imitada por la garganta de una mujer. Y sus declaraciones están llenas de dignidad y sabiduría. El reverendo Dr. Lamond me ha asegurado que Duguid, en una de las sesiones que celebró con la señora Johnson, le recordó un incidente ocurrido entre ellos, probando así la realidad de su persona.

No hay fase más curiosa ni dramática en los fenómenos psíquicos, que la del aporte. Es tan sorprendente, que es difícil convencer al escéptico de su posibilidad. Ni siquiera el espiritista le dará crédito, sino después de toda una serie de casos indudables. La iniciación del autor en la esfera de los conocimientos ocultos, se debió en gran parte al ya fallecido general Drayson, que en aquella época —hará unos cuarenta años— venía recibiendo a través de un médium aficionado una constante serie de aportes de la más abigarrada variedad: amuletos, lámparas indias, frutas, y otras cosas. Era tan extraordinario el fenómeno, y tan fácil de simular, que a un principiante como yo, tenía que producirle el efecto más contrario, y más bien retrasó que facilitó su iniciación. No obstante, el autor, unido después al director de un conocido periódico que utiliza el mismo médium después de la muerte del general Drayson y operó con él continuando la misma serie de aportes, a pesar de las duras condiciones de

investigación a que le sometió y en que se realizaron las sesiones. Esto le hizo al autor reflexionar y le forzó a creer que se había equivocado en sus primeros juicios sobre la honradez del médium.

Uno de los médiums que más se destacan en aportes es Bailey, de Melbourne, y, el autor no confía en la acusación que sufrió en Grenoble. El propio relato de Bailey es que fue víctima de una conspiración religiosa. Alguien llevó un pájaro vivo a la sala en donde tenía lugar la sesión y en la que se sabía que el médium iba a ser desnudado y examinado. Los investigadores psíquicos como no habían encontrado el pájaro en sus ropas dijeron que el pájaro lo había escondido en su vientre el médium, supino ejemplo de los absurdos a que puede dar pábulo la incredulidad. El autor realizó con Bailey el experimento de un aporte que seguramente no puede invalidarse por más explicaciones que se le quieran dar al caso. He aquí su descripción de *The Wanderings of a Spiritualist*, págs. 103-105:

Colocamos a Bailey en un rincón de la sala, bajamos las luces, sin apagarlas, y esperamos. Casi inmediatamente comenzó a respirar con fuerza, como si se hallara en trance, y se oyeron unas palabras en una lengua extranjera desconocida para mí. Uno de los presentes, Cochrane, reconoció que era hindú y en seguida le contestó, cambiándose entre ellos algunas frases. La voz del espíritu dijo entonces en inglés que era un guía hindú consagrado a realizar aportes al médium, y que deseaba también realizarlos para nosotros. «Aquí está», dijo poco después, y la mano del médium se alargó exhibiendo algo que había en ella. Se dio toda la luz y vimos que era un nido de pájaro, perfectamente construido con pajas y musgo. Tendría 5 centímetros de altura, y desde luego, no podía creerse que fuera resultado de truco alguno. En el nido había un huevo, que el médium o, mejor dicho, el espíritu guía del hindú, obrando invisiblemente,

colocó en la mano de Bailey. Rompimos la cáscara y salió la albúmina, pero sin rastro alguno de yema.

—No nos es permitido entrometernos en la vida —se oyó decir—, si hubiera sido fecundado, no habríamos podido cogerlo. Tales palabras fueron dichas antes de que el huevo se hubiese roto, lo que prueba con toda evidencia que el espíritu sabía del estado del huevo.

—¿De dónde procede? —pregunté.

—De la India.

—¿Qué pájaro es?

—Lo llaman el gorrión de la jungla.

Yo me quedé con el nido y pasé toda la mañana en el museo comprobando si se trataba realmente de un nido de aquel pájaro. Parecía demasiado pequeño para ser de un gorrión de la India, pero no pude encontrarlo entre los nidos que había, todos de tipo australiano y ninguno parecido a aquel. En otras ocasiones los nidos y huevos aportados por Bailey, pudieron ser identificados. Se objetará que tales nidos podían haber sido importados de la India y comprados en Melbourne, pero es ofender al sentido común suponer que puedan ser comprados en el mercado nidos con huevos como aquel. Más cuerdo es pensar apoyados en la experiencia y las pruebas del Dr. McCarthy y otros investigadores, que Charles Bailey es un verdadero médium de aportes.

Hay que hacer constar que al regresar a Londres me traje para el British Museum una tableta asiria aportada por Bailey, la cual fue declarada ilegítima. Después de varias comprobaciones, resultó que esas tabletas son falsificaciones que hacen judíos de los suburbios de Bagdad y, por lo que se sabe, solo allí se encuentran. Por lo que la cuestión no se había resuelto. Es posible que sea más fácil transportar un objeto cargado de reciente magnetismo humano que el original tomado de un montículo.

Los críticos que sacan siempre a colación las mixtificaciones de Bailey, olvidan, por ejemplo, que poco antes de la

denuncia de Grenoble, fue sometido a gran número de pruebas en Milán, durante las cuales los investigadores tomaron la sabia precaución de vigilarle, sin que él se diera cuenta, hasta en su propio dormitorio. El Comité, compuesto de nueve personas, no pudo descubrir el menor engaño en las diecisiete sesiones que celebró con él entre febrero y abril de 1904.

El fenómeno de los aportes es tan incomprensible para nuestras inteligencias, que el autor, en cierta ocasión, preguntó a un espíritu guía si podía decirle algo que aclarara su misterio. La contestación fue:

Es un problema cuyos factores están más allá de la ciencia humana y que no podríais comprender con claridad. Se podría hacer una áspera analogía con el agua que se convierte en vapor, vapor que es invisible y que puede llevarse a otro lugar antes de convertirse de nuevo en agua visible.

Haré constar que tanto Stanford, de Melbourne, como el Dr. McCarthy, uno de los principales médicos de Sidney, llevaron a cabo una larga serie de experimentos con Bailey, quedando ambos convencidos de la autenticidad de sus facultades.

Los médiums citados no completan la lista de todos los que el autor ha tenido ocasión de conocer. Entre ellos figura también Eva, cuyo ectoplasma ha tenido entre sus propios dedos, y de la médium Frau Silbert, surgían brillantes luminosidades de su cabeza en forma de corona deslumbrante. Considera el autor que la sucesión de grandes médiums no se ha extinguido para quien investiga seriamente, y se cree en el deber de asegurar al lector que estas páginas están escritas por una persona que no ha reparado en medios ni en sacrificios para obtener un conocimiento práctico de lo que estudia. En cuanto a la acusación de credulidad lanzada invariablemente por los poco receptivos hacia todos los que

han podido formarse una opinión positiva sobre este tema, el autor asegura solemnemente que, en el curso de sus largos trabajos de investigación, no ha habido un solo caso en que resultara probado que se equivocó sobre nada fundamental, o que diera certificado de honestidad a una actuación que se haya demostrado posteriormente como falsa. Un hombre de fácil credulidad no pasa, como yo, veinte años de su vida leyendo y experimentando antes de llegar a conclusiones definitivas.

El relato de los casos de mediumnidad física estaría incompleto sin aludir a los notables resultados obtenidos por «Margery», nombre adoptado públicamente por la señora Crandon, bella e inteligente esposa de uno de los primeros cirujanos de Boston. Dicha señora dio muestras de su mediumnidad hace algunos años, y el propio autor fue el encargado de llamar la atención del Comité del *Scientific American* acerca de su caso. Sabiendo que la exponía a muchos problemas y molestias, que tanto ella como su marido soportaron con extraordinaria paciencia. Es difícil decir qué fue lo más molesto para ella: si la intervención de Houdini, el mago, con sus ignorantes suposiciones de fraude, o la de investigadores «científicos», como el profesor McDougall, de Harvard, que después de cincuenta sesiones y de firmar numerosas actas al final de cada una de ellas registrando los hechos ocurridos, todavía no han podido pronunciar un juicio definitivo sobre ellos, contentándose con vagas deducciones. No ayudó mucho la actitud de E. J. Dingwall, de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, de Londres, que también intervino en las investigaciones que proclamó en entusiastas cartas particulares la realidad de la mediumnidad de Margery pero en las reuniones públicas siempre negó sus propias convicciones. En cambio, más de doscientos testigos tuvieron la rectitud y la entereza necesarias para declarar la verdad de lo que habían visto sus ojos. El autor declara que

habiendo asistido a una sesión de las celebradas por la señora Crandon, quedó plenamente satisfecho de la autenticidad y alcance de sus facultades.

El espíritu que controlaba su mediumnidad era Walter, su hermano ya fallecido, que exhibía una marcada individualidad con un gran sentido del humor e ingenio. Era un fenómeno de voz directa, una voz masculina, que se emitía a unos centímetros delante de la frente del medio. Los fenómenos han sido progresivos, ampliando continuamente su gradación. El tañido de campanas eléctricas sin contacto se ha hecho hasta la saciedad, siendo difícil imaginarse a nadie, salvo un sordo o un experto científico, que pudiera ser capaz de albergar alguna duda. El movimiento de objetos a distancia, las luces espirituales, elevación de mesas, aportes, y finalmente la clara producción de ectoplasma con la claridad que puede dar una buena luz roja, son algunos de los fenómenos que se han sucedido. El trabajo paciente del Dr. y la señora Crandon seguramente será recompensado, y sus nombres perdurarán en la historia de la ciencia psíquica, a diferencia de sus detractores.

De cuantas formas tiene la mediumnidad, la superior y máspreciada es la llamada escritura automática, por ser el modo más directo para obtener las enseñanzas del más allá. Desgraciadamente es un método expuesto a decepciones, ya que está sometido al influjo de la inteligencia subconsciente del médium, y esta tiene ciertas fuerzas que no conocemos plenamente. Es imposible aceptar cualquier comunicación de escritura automática como una declaración cien por cien de la verdad del más allá. Igual que las vidrieras siempre van a teñir la luz que pasa por ellas nuestro organismo humano nunca será totalmente cristalino.

La verdad de las comunicaciones escritas depende de los distintos detalles que concurren para corroborar las afirmaciones recibidas, así como de la disparidad entre la mente del

que escribe y la del supuesto inspirador. Así, por ejemplo, cuando en el caso del escritor Oscar Wilde se obtienen comunicaciones que no solo son características de su estilo, sino que contienen alusiones constantes a oscuros episodios de su vida y que, finalmente, aparecen escritas con su propia letra, debe admitirse que la evidencia es abrumadoramente sólida. En todos los países de lengua inglesa existe hoy una gran cantidad de esos escritos, buenos, malos e indiferentes, pero los buenos reúnen todos los caracteres de inspiración y garantía necesarios. Los cristianos o los judíos podían preguntar por qué se admiten tantas partes del Antiguo Testamento escritas de aquella forma y se rechazan despectivamente las escrituras modernas: «Y ahí llegó un escrito de Elías el profeta, diciendo...», etc. (2 Crónicas, XXI, 12), es una de las varias alusiones que demuestran el antiguo empleo de esa forma particular de la comunicación espiritual.

De todos los ejemplos de los últimos años, ninguno puede compararse por lo completo y digno a los escritos del Rev. George Vale Owen⁶⁰. El titulado *The Life Beyond the Veil*, puede tener una influencia tan grande como la de Swedenborg. Hay un punto interesante observado por el Dr. A. J. Wood, y es que hasta en los puntos más sutiles y complejos existe un gran parecido en la obra de esos dos videntes y, sin embargo, no hay duda de que Vale Owen apenas conoce los escritos del gran maestro sueco. George Vale Owen es una

⁶⁰ George Vale Owen (1869-1931) fue un vicario anglicano cuya vida cambió radicalmente al recibir, por vía mediúmnica, una extensa serie de comunicaciones sobre la vida en las esferas espirituales. Estas crónicas fueron publicadas en varios periódicos como *The Sunday Pictorial* o *Weekly Dispatch* causando un impacto social tan inmenso que Owen se vio obligado a abandonar su parroquia debido a las presiones de la jerarquía eclesiástica. Su obra, compilada en cinco volúmenes bajo el título *The Life Beyond the Veil* (*La vida más allá del velo*), es considerada por los investigadores como una de las descripciones más detalladas y coherentes del mundo espiritual jamás recibidas en lengua inglesa. *Nota de Curso Espírita*.

figura tan sobresaliente en la historia del Espiritismo moderno, que bien merece una mención en estas páginas. Nació en Birmingham en 1869 y fue educado en el Instituto de Midland y en el Queen's College, de Birmingham. Después de desempeñar los curatos de Seaforth, Fairfield y de uno de los barrios de Liverpool, donde cultivó mucho el trato con los necesitados, fue nombrado vicario de Orford, cerca de Warrington, en donde a su actividad se debió la construcción de una nueva iglesia. Allí permaneció por espacio de veinte años, trabajando en su parroquia en medio del aprecio profundo de sus feligreses. Por entonces tuvieron lugar sus primeras manifestaciones psíquicas, viéndose impelido a ejercer sus dotes para la escritura automática. La primera inspiración que recibió para sus escritos provenía de su propia madre, y sucesivamente le llegaron luego otras de espíritus superiores o de «ángeles» que le servían de cortejo.

Todo ello constituye un relato de la vida en el más allá, y un cuerpo de filosofías y enseñanzas que al autor le parece reúnen las señales íntimas de un elevado origen. El relato es digno y ameno, escrito en un inglés ligeramente arcaico, lo cual le da un curioso sabor muy original.

En varios periódicos aparecieron extractos de aquellos escritos que llamaron tanto más la atención cuanto que procedían de la pluma de un vicario de la Iglesia. El manuscrito llegó a manos de Lord Northcliffe, que quedó profundamente impresionado igual que por la abnegación del autor que rehusaba cualquier remuneración por su trabajo. Este aparecía semanalmente en el periódico dominical *Weekly Dispatch*, pudiendo afirmarse que jamás llegaron tan directamente a las masas las elevadas enseñanzas del Espiritismo. Se demostró accidentalmente que la política de la prensa en el pasado había sido no solo ignorante e injusta, sino equivocada desde el punto de vista de sus propios intereses económicos, ya que la circulación del *Dispatch* tuvo un

aumento enorme durante el año en que se publicó el manuscrito. Estas obras fueron, sin embargo, altamente ofensivas para un obispo muy conservador, y Vale Owen, como todos los reformadores religiosos, sufrió la aversión y la persecución de sus superiores, en tales términos. Vale Owen preside actualmente un centro espiritista de Londres, al que con el magnetismo de su presencia atrae considerable público.

En un excelente retrato escrito, David Gow ha dicho de Vale Owen:

Su figura, alta y delgada, la palidez ascética de su rostro, iluminado por unos ojos grandes, su palabra tranquila, cargada de simpatía magnética, revelan por entero qué clase de hombre es. Descubriéndose un alma devota, que se mantiene sana y dulce por su amabilidad, buen humor y un sentido práctico de ver el mundo. Parece más penetrado del espíritu de Erasmo o de Melanchthon que del brusco Lutero. Acaso la Iglesia no necesite Luteros hoy en día.

El autor se ha visto honrado con la estrecha amistad de Vale Owen durante varios años, por lo que pudo estudiar y respaldar la realidad de sus facultades psíquicas.

El autor desea añadir que reunido solo con su esposa ha logrado el fenómeno de voz directa. Era una voz profunda, masculina, que se oía a medio metro sobre nuestras cabezas, saludándonos con palabras breves, pero perfectamente claras. Durante varios años el autor ha obtenido en su propio círculo interno inspirados mensajes a través de la mano y de la voz de su esposa, elevados mensajes y a menudo de la naturaleza más evidente. Pero de índole tan personal e íntima, que no son para consignarlos en estas páginas y se tratarán en un estudio general del asunto.

CAPÍTULO XXIII

EL ESPIRITISMO Y LA GUERRA

Muchas personas jamás habían oído hablar del Espiritismo hasta el período que comenzó en 1914, cuando en tantos hogares entró de repente el Ángel de la Muerte. Los adversarios del Espiritismo han considerado este trastorno mundial la causa principal del interés creciente que despiertan las investigaciones psíquicas. Se ha dicho también, por parte de estos adversarios sin escrúpulos, que la defensa que hace el autor del asunto, así como la de su ilustre amigo Sir Oliver Lodge, se debe al hecho de haber perdido ambos un hijo en la guerra, y que el dolor de la pena disminuyó sus capacidades de discernimiento, haciéndoles creer lo que en otras circunstancias no creerían. El autor ha refutado muchas veces tan torpe mentira y ya ha señalado el hecho de que sus investigaciones datan nada menos que de 1886. En cuanto a Sir Oliver Lodge, él mismo dice⁶¹:

Aquel acontecimiento no ha hecho más que fortalecer y dar más seguridad a mi propio testimonio, porque ahora tengo mi propia experiencia en vez de la de los demás. Mientras era dependiente de evidencias relacionadas con el duelo

⁶¹ *Raymond*, pág.374. Se refiere al libro *Raymond or Life and Death*, escrito por el físico Sir Oliver Lodge tras la muerte de su hijo menor en la Primera Guerra Mundial. Esta página específica suele citar las comunicaciones que Raymond enviaba desde el plano espiritual, describiendo la continuidad de la personalidad y las condiciones de vida en el más allá, lo que convirtió a Lodge en uno de los defensores más prominentes del espiritismo científico. *Nota de Curso Espírita*.

de los demás he tenido que ser cauteloso, y hasta guardar silencio en algunos casos. Solo con permiso podía reproducir parte de los hechos. Mis deducciones eran las mismas entonces, pero ahora los hechos son exclusivamente míos.

El Espiritismo contaba con millones de creyentes antes de la guerra, pero no era entendido por el mundo en general. La guerra cambió completamente las cosas. Las desgracias que cayeron sobre casi todos los hogares produjeron un súbito y hondo interés en la vida del más allá. La gente no solo preguntaba: «Si el hombre muere, ¿puede vivir de nuevo?», sino que quería ansiosamente conocer si era posible la comunicación con los seres perdidos. Se suspiraba por «el contacto con una mano desaparecida y por el sonido de una voz extinta». No era solo que miles de personas investigaron por sí mismas, si no que los propios fallecidos establecían el primer contacto, como en la historia temprana del movimiento. La prensa no pudo resistir la presión de la opinión pública, y se publicaron muchos relatos de soldados que habían «regresado», y en general de la vida después de la muerte.

En este capítulo solo nos referiremos a las diversas maneras en que el mundo espiritual se manifestó durante las distintas fases de la guerra. El conflicto en sí se predijo una y otra vez; hubo numerosas apariciones de soldados en sus propios hogares, y otros que advirtieron del peligro a sus compañeros en el campo de batalla; muchos fijaron sus imágenes en las placas fotográficas; se vieron en los campos de batalla; de hecho en aquellos escenarios bélicos había de vez en cuando una fuerte atmósfera de la presencia y acción del otro mundo.

El autor debe decir que su propia pérdida en nada influyó en sus opiniones, pero el espectáculo de un mundo sobreco-gido por el dolor y que pedía ansiosamente ayuda y conocimiento, tuvo sin duda que afectarle y hacerle

comprender que aquellos estudios psíquicos que había perseguido durante tantos años tenían una gran importancia práctica y ya no podían ser considerados como un mero pasatiempo intelectual o la fascinante búsqueda de una novela de investigación. En su propio hogar era evidente la presencia de los «muertos», y el relieve de los mensajes póstumos le indicaba el gran consuelo que provocaría a un mundo torturado, si podía compartir la certeza que había logrado para sí mismo. Ese convencimiento impulsó al autor y a su esposa a dedicar su vida al tema desde 1916, dando conferencias en muchos países, viajando a Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos y Canadá. El presente libro obedece también a ese primer impulso de lanzarse de lleno a la causa.

Este trabajo ocupa un pequeño lugar en la historia pero tratar la cuestión de la guerra es un capítulo necesario, ya que fue en esa atmósfera de la guerra en la que se engendró y creció.

La profecía es un don espiritual, y toda prueba evidente de su existencia indica poderes psíquicos.

Por lo que a la guerra se refiere, muchos podrían, por supuesto, con la sola razón y medios normales prever que la situación en el mundo era tan intolerable a causa del militarismo, que el equilibrio no podría sostenerse. Pero algunas profecías son tan precisas y detalladas que están más allá del poder de la mera razón y la previsión⁶².

El hecho general de una catástrofe mundial y la participación de Inglaterra en la misma, se describe en la comunicación de un espíritu, recibida por el círculo Oxley, en Manchester y publicada en 1885 en los siguientes términos:

⁶² Algunas referencias sobre ellas se encuentran en las siguientes publicaciones: *Prophecies and Omens of the Great War*, por Ralph Shirley, *The War and the Prophets*, por Herbert Thurston, y *War Prophecies*, por F. C. S. Schiller (*Journal of the S.P.R.*, Junio, 1916). *Angelic Revelations*, Vol. V, pág. 170-1.

Por dos veces siete años —desde el periodo que ya os hemos señalado—, las influencias que se concentran contra la nación británica triunfarán, habrá una valiente y un terrible derramamiento de sangre. Según los modos humanos de expresión, un destronamiento de los reyes, el gran motín y la perturbación, siendo mayor la conmoción entre las masas relativa a la riqueza y su posesión. Al usar estas palabras, me atengo a las formas de expresión humanas.

La cuestión más importante es saber si Inglaterra se perderá para siempre. Vemos las profecías de muchos y la actitud de muchos representantes del plano externo, y vemos con más claridad que muchos en la Tierra.

A menos que en la crisis que se avecina no intervenga el Gran Poder, es decir la gran potencia de funcionamiento de la que he hablado antes, e imponga la Paz, la profecía de algunos, según la cual Inglaterra se sumergirá en el abismo para siempre, se habrá cumplido. Al igual que los átomos específicos de la vida los que componen el Estado llamado Inglaterra deben hundirse durante un tiempo con el fin de que puedan aumentar de nuevo. Es necesario que se hunda a gran profundidad durante una temporada, porque está inmersa en el amor de lo que es falso y aún no ha adquirido la inteligencia que obra como poderosa palanca para levantar con sus brazos su propia dignidad. ¿Le va a ocurrir lo que al náufrago que, después de desaparecer tres veces bajo las aguas, se hunde definitivamente para siempre?

No, porque aparecerá una mano misericordiosa que vendrá a salvarla, levantándola por encima de los elementos que estaban a punto de tragársela. Hay una voz que grita enérgicamente: ¡Inglaterra primero, Inglaterra para siempre! Caerá en lo más profundo para que pueda subir más alto. Acerca de cómo, por qué y a través de qué procedimientos llegará a la salvación, hablaré más tarde, pero desde ahora afirmo que para ser salvada Inglaterra debe derramar su mejor sangre.

Recuérdese también la famosa profecía de Sonrel en 1868 sobre la guerra de 1870 y su profecía menos cercana de la

guerra de 1914 (Richet: *Thirty Years of Psychical Research*, págs. 387-9). La parte esencial de esta última profecía se expresa de esta manera:

Esperad, esperad que los años pasen. Es una gran guerra.
¡Cuánta sangre, Dios mío, cuánta sangre! ¡Oh, Francia, mi querido país, tú te salvarás! ¡Tú eres el Rin!

La profecía data de 1868, aunque no fue dada a conocer hasta el mes de abril de 1914 por el Dr. Tardieu.

El autor se ha referido previamente a la profecía dada en Sydney (*The Wanderings of a Spiritualist*, 1921, pág. 260), por la conocida médium Foster Turner. Fue en reunión celebrada un domingo del mes de febrero de 1914, en el Little Theatre, ante una concurrencia de cerca de mil personas. En un discurso pronunciado en estado de semitrance, la médium dijo, según las notas recogidas:

Aunque no se vea el menor asomo de una gran guerra, os anuncio que antes de que termine este año de 1914, Europa será anegada en sangre. Gran Bretaña, nuestra querida nación, será arrastrada a la más horrible guerra que el mundo ha conocido. Alemania será el gran enemigo, que arrastrará tras de sí a otras naciones. Austria caerá arruinada. Reyes y reinados serán barridos. Millones de preciosas vidas serán sacrificadas, pero al final Inglaterra triunfará y saldrá victoriosa.

La fecha exacta del final de la Gran Guerra fue dada por W. T. P. (comandante W. Tudor Pole) en su libro *A Plain Record of the After-Death Experiences of a Soldier killed in Battle* (Registros de las experiencias después de la muerte de un soldado muerto en la batalla). En dicho libro, publicado por vez primera en Londres el año de 1917, encontramos la siguiente comunicación:

Mensajero: En Europa habrá tres grandes federaciones de estados, que se formarán de forma natural y sin derramamiento de sangre pero primero debe combatirse el Armagedón.

W. T. P. : ¿Cuánto tiempo llevará esto?

Mensajero: No soy un ser muy superior, por lo que no se me revelan estos maravillosos acontecimientos. Pero si puedo ver que la paz se restablecerá en el 1919, y las federaciones mundiales llegarán durante los siete años siguientes. Aunque la lucha realmente terminará en 1918, pasarán varios años antes de que se restablezca el equilibrio y que la paz sea permanente.

En la lista de profecías, la de la señora Piper, famosa médium de Boston, merece señalarse, aunque según algunos adolezca de cierta vaguedad. Tuvo lugar hacia 1898, en una sesión con el Dr. Richard Hodgson, miembro eminente de las Sociedades Inglesa y Americana de Investigaciones Psíquicas.

Nunca desde los días de Melquisedec ha sido tan susceptible el mundo terrestre a la influencia de los espíritus. En el próximo siglo serán sorprendentemente perceptibles para la mente de los hombres. También voy a hacer una declaración que seguramente se verificará. Antes de la revelación clara de la comunicación con los espíritus, habrá una guerra terrible en diferentes partes del mundo. Esto precederá a una comunicación mucho más clara. El mundo entero necesita ser purificado y limpiado antes que el hombre pueda ver a través de su visión espiritual a sus amigos de este lado y tomará solo esta línea de acción para llegar a un estado de perfección. Amigo, piensa en esto.⁶³

J. G. Piddington, en las *Actas de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas* (vol. XXXIII, marzo de 1923), habla largo y tendido de las predicciones de la guerra contenidas en varias escrituras automáticas, particularmente en las de Alfred Lyttelton:

Dichos escritos en términos generales predijeron la Guerra, también lo hicieron muchas personas. En media docena de ellos, del 9 al 21 de julio de 1914, se anunciaba que la

⁶³ Registrado en *Light*, 1914, pág. 349.

guerra iba a estallar. Igual ocurrió con los de Sir Cecil Spring-Rice. Los escritos predecían que la guerra finalmente conduciría a una gran mejora en las relaciones internacionales y en las condiciones sociales. Es así como muchas decenas de miles de ciudadanos de a pie del Imperio británico creían o esperaban ver cumplida aquella frase: «que la Gran Guerra sería una guerra que pondría fin a la guerra».

Pero el paralelo entre las comunicaciones espiritistas y los augurios de los hombres que señalaban como próximo el momento en que la guerra podía estallar, es, en verdad, un paralelo superficial.

Los escritores, los soldados, los diplomáticos y los políticos que predijeron la guerra, hablaron de sus peligros y horrores, pero no de que tan espantosa tragedia fuese la gestación de un mundo más feliz. Los propagandistas de La Haya y otras Conferencias para allanar rivalidades internacionales, tampoco nos indicaron que una guerra mundial pudiera preceder al logro de sus deseos. Todos los anuncios implicaban el temor de un caos próximo; únicamente las comunicaciones espiritistas hablan además de una esperanza para el mundo en la guerra futura, y veían en el caos inminente el preludio de un nuevo cosmos.

La más exacta de todas las profecías relativas a la guerra, fue la de Sophie, joven griega, que después de haber sido hipnotizada por el Dr. Antoniou, de Atenas, formuló sus oráculos oralmente en estado de trance. Era el 6 de junio de 1914, y no solo predijo la Gran Guerra y enumeró los países que en ella participarían, sino que dio gran número de detalles, como el de la neutralidad de Italia al principio, su posterior alianza con la Entente, la acción de Grecia, el lugar y la batalla final de Vardar, etc.

Sin embargo, es interesante observar que cometió algunos errores que demuestran que la posición del fatalista no es segura, y que existe siempre un margen susceptible de estar influido por la energía y la voluntad humana.

Numerosos son los testimonios acerca de los fenómenos que podríamos llamar de intervenciones espirituales durante la guerra. El capitán W. E. Newcome ha descrito el siguiente:

Era en septiembre de 1916, cuando el 2º regimiento de Suffolk salió de Loos para el sector norte de Albert. Yo los acompañé, y cuando estábamos en primera línea de trincheras de ese sector, fui con ellos testigo de uno de los fenómenos más notables de la guerra.

Desde el final de octubre hasta el 5 de noviembre estuvimos ocupando la línea con muy pocas tropas. El 1 de noviembre los alemanes atacaron decididos a romper el frente. Había bajado a la línea de reserva, y durante mi ausencia, se inició el ataque alemán. Corrí a incorporarme a mi compañía, llegando a tiempo para echar una mano y enviar al enemigo a su propia línea. No pudo acceder a nuestras trincheras, pero el asalto fue duro y rápido, todos nosotros quedamos observando, esperando su próximo ataque.

No tuvimos que esperar mucho tiempo, pues en seguida vimos avanzar a los alemanes en masas compactas hacia la tierra de nadie, pero antes de que llegaran a nuestras alambradas, la figura blanca, espiritual, de un soldado, surgió de un socavón de granada o del suelo a menos de 100 metros a nuestra izquierda, justo enfrente de nuestras alambradas y entre la primera línea alemana y nosotros.

Hemos afirmado que es muy escasa la conexión entre la mediumnidad física y la moralidad. Esto puede llevar a suponer que el flujo ectoplásmico igualmente activo en un santo que en un pecador, afecta por igual a los fines materiales y produce, por ejemplo, el magnífico resultado de convencer a un materialista de la existencia de fuerzas invisibles. Pero advertiremos que en lo relativo a las enseñanzas, a los mensajes enviados, sea por la voz del espíritu, por la escritura automática o por otro medio, el continente corresponde siempre al contenido, y no cabe que una naturaleza exigua sirva de asiento a un gran espíritu. Se debería ser una

Dale Owen antes de obtener los mensajes de Dale Owen. Si un elevado médium degenera en carácter, es seguro que los mensajes cesen o lleven su parte de degeneración. De ahí que los mensajes de un espíritu divino, enviados periódicamente para purificar al mundo, de un santo medieval, de una Juana de Arco, de Swedenborg, de Andrew Jackson Davis, o del más humilde médium psicógrafo de Londres, obedecen al mismo impulso, es lo mismo pero en diferentes grados. Cada uno es un aliento genuino del más allá, pero cada intermediario determina con el valor de su personalidad la calidad del mensaje que por su intervención nos llega. Tal es cómo se revela ese maravilloso misterio, tan vital, y, no obstante, tan indefinido, porque su propia grandeza nos impide definirlo. Algo se ha hecho y adelantado para esclarecerlo, pero aún hay en su esencia muchos problemas cuya solución queda para los que nos sigan. Para estos resultarán muy elementales nuestras especulaciones más avanzadas, porque verán ante sí amplias perspectivas, extendidas hasta los más lejanos límites de la visión mental.

La primera idea de los soldados fue que era uno de los llamados Angeles de Mons, algunos le encontraron cierto parecido a Lord Kitchener y otros que su cara era la de Lord Roberts. Yo solo puedo decir que me produjo una gran conmoción, y durante algún tiempo fue la comidilla de la compañía.

El hecho puede ser avalado por sargentos y hombres de mi sección.

En el mismo artículo en el *Pearson's Magazine*, se cuenta la historia de William M. Speight, que había perdido a un hermano, oficial del ejército, y a su mejor amigo en el Saliante de Ypres, en diciembre de 1915. Por la noche Speight vio hermano salir de su refugio, y a la mañana siguiente, invitó a otro oficial a ir al refugio con el fin de confirmar si se repetía la aparición. Y, en efecto, el difunto oficial apareció

de nuevo, y, después de indicar un lugar en la salida del refugio, desapareció. Se cavó en el sitio indicado, y a una profundidad de algo más de un metro se descubrió una estrecha galería excavada por los alemanes, en la cual se habían preparado mechas y minas temporizadas preparadas para estallar 13 horas después. Gracias a este descubrimiento se salvó a mucha gente.

La señora E. A. Cannock, una clarividente muy conocida de Londres, describió (*Light*, 1919) en una reunión espiritista, de qué manera cierto número de soldados fallecidos ponían en ejecución un nuevo y convincente método para dar a conocer su identidad. Los soldados —según ella los veía con su clarividencia— avanzaban en fila conducidos por un teniente. Cada uno de ellos llevaba en el pecho una especie de cartel a gran tamaño, donde se leían sus nombres y el lugar donde habían vivido en la Tierra. La señora Cannock leyó aquellos nombres y lugares, gracias a lo cual muchos fueron identificados por las personas presentes. Un detalle curioso era que cuando el nombre era reconocido, su espíritu se desvanecía, ocupando su lugar otro de los que aún no habían sido identificados.

Como ejemplo de informes de la misma naturaleza, citaremos el caso que se ha llamado «telepatía del frente de batalla». El 4 de noviembre de 1914, la señora Fussey, de Wimbledon, cuyo hijo «Tab» servía en Francia en el 9º de Lanceros, se hallaba sentada en su casa, cuando de pronto sintió en un brazo la sensación lacerante de una herida. Se levantó con sobresalto gritando: «¡Cómo escuece!», y se frotó el brazo. Su marido se levantó para asistirla, pero no vio nada anormal. La señora Fussey continuó quejándose de dolores, y de pronto exclamó: «Tab» está herido en el brazo, estoy segura». El lunes siguiente llegó una carta desde Francia del hijo, en ella decía a sus padres que había recibido un disparo en el brazo y que estaba en el hospital. El caso

coincide con las experiencias perfectamente contrastadas de varios psíquicos que, por una ignorada ley de simpatía, sufrieron golpes simultáneamente con accidentes ocurridos a amigos o a extraños distantes.

En ciertos casos, los soldados fallecidos se manifestaron a través de la fotografía psíquica. Uno de los más notables ocurrió en Londres, el 11 de noviembre de 1922, aniversario del armisticio. Una médium, la señora Deane, tomó una fotografía de la muchedumbre reunida en Whitehall, cerca del Cenotafio, durante los dos minutos de Silencio, en la fotografía se podía ver un gran círculo de luz, en cuyo centro había dos o tres docenas de cabezas, muchas de ellas de soldados, a los que se fue reconociendo.

Las fotografías se repitieron en los años siguientes, y aunque la médium recibió los maliciosos e imprudentes ataques ya habituales, los testigos del fenómeno afirman su carácter sobrenatural.

Entre cientos de casos que pudieran citarse, vamos a contar uno bien típico. R. S. Hipwood, de Cleveland Road, Sunderland, lo describe así. (*The Case for Spirit Photography*, por Sir A. Conan Doyle, pág. 108):

Perdimos a nuestro único hijo en Francia, el 27 de agosto de 1918. Como soy gran aficionado a la fotografía, me interesaron mucho las tomadas en las sesiones del círculo de Crewe. Cogí una placa, escribí en ella mi nombre y la puse en el cámara, obteniendo una fotografía perfectamente reconocible de mi hijo. Hasta mi nieto, de nueve años, reconoció aquel «extra». Puede usted afirmar que la prueba que le envió es un retrato mío y de mi mujer, con el «extra» de mi hijo R. W. Hipwood, del 13º Regimiento de Gales, caído en Francia en el avance de agosto de 1918.

De los varios casos de aparición de soldados caídos, destaca el siguiente porque se recibieron los datos de dos fuentes distintas e independientes. Lo relató (*Light*, 20 de diciembre

de 1919) W. T. Waters, de Tunbridge Wells, empezando por advertir que era un principiante en el estudio del Espiritismo:

En el pasado mes de julio tuve una sesión con J. J. Vango, en el curso de la cual el espíritu guía me dijo de pronto que junto a mí había un soldado ansioso de que llevara un mensaje a su madre y a su hermana, habitantes en la ciudad. Contesté que no conocía a ningún soldado que hubiera fallecido. Sin embargo, el soldado no se retiraba, y como mis amigos parecían como si se hicieran a un lado para permitirle que hablara, prometí que procuraría cumplir sus deseos.

En seguida obtuve una referencia que me permitió reconocer en el joven soldado al hijo de unos conocidos de mi familia. Me dijo ciertas cosas, por las cuales quedé convencido de que era él, y entonces me dio el encargo de consolar y confortar a su madre y a su hermana (el padre murió cuando él era una criatura), las cuales, por espacio de más de dos años, habían estado sin saber cuál había sido su suerte, pues se le había dado solo por «desaparecido». Contó que los alemanes le habían herido y capturado, y que había muerto una semana después. Me imploró que dijera a sus seres queridos que a menudo estaba con ellos, y que lo único que se oponía a su completa felicidad, era el gran dolor de su madre y su incapacidad para darse a conocer.

Me disponía a cumplir la promesa, pero sabiendo que la familia del muchacho era bastante beata y por lo tanto se me mostraría escéptica, no me atrevía a transmitir el mensaje, seguro de que al oírle creerían que mi razón estaba trastornada. Primero me aventuré a hablar con su tía, pero en cuanto le dije las primeras palabras, me contestó: «No puede ser». Entonces decidí esperar una oportunidad para hablar con la madre directamente.

Antes de que llegara la ocasión propicia, una joven de la localidad que había perdido a su madre hacía dos años, y después de escuchar de mi hija que yo estaba investigando estos asuntos vino a verme y le presté mis libros. Uno de esos libros es Rupert Lives que le llamó especialmente la

atención y finalmente organizó una sesión con la señorita McCreadie, recibiendo tan convincentes pruebas de la vida de ultratumba, que hoy es una creyente convencida. En el curso de aquella sesión el soldado que vino a verme, se comunicó también a ella, repitiendo la misma descripción que a mí hizo, dando además su nombre —Charlie— y rogándole que transmitiera a su hermana y a su madre aquel mensaje que yo no me atrevía a transmitir. Tan ansioso estaba que al terminar la sesión se manifestó de nuevo implorando que no dejara de cumplir el encargo.

Estos hechos ocurrieron en diferentes fechas —julio y septiembre—, el mismo mensaje se da a diferentes personas a través de diferentes médiums, a pesar de lo cual la gente se empeña en decir que todo es un mito y que los médiums no hacen más que leer nuestros pensamientos.

Cuando mi amiga me contó su experiencia le pedí que me acompañara a casa de la madre, y me complace decir que el doble mensaje convenció tanto a la madre como a la hermana, mientras que su tía casi ha aceptado la verdad, aunque no del todo.

Sir William Barrett (*On The Threshold of the Unseen*, pág. 184), registra esta comunicación obtenida en Dublín a través de la ouija con la médium Travers Smith, la hija del fallecido profesor Edward Dowden. Su amiga la señorita C., que menciona el texto, era hija de un médico. Sir William lo llama «El caso del alfiler de corbata de perlas»:

C. tenía en nuestro ejército de Francia un primo oficial que murió en el campo de batalla un mes antes de la sesión, cosa que ella sabía. El nombre de su primo fue pronunciado de una manera inesperada, y el suyo propio dado en contestación a esta pregunta: «¿Conoce usted quién soy?», recibéndose a continuación el siguiente mensaje:

Decid a mi madre que entregue mi alfiler de corbata de perlas a la joven con la cual iba a casarme». Al preguntarle por el nombre y el domicilio de la joven, obtuvimos uno y otro. Con el nombre obtuvimos también el apellido, muy

poco corriente y completamente desconocido de los presentes. La dirección dada en Londres o era ficticia o errónea, pues la carta enviada fue devuelta por lo que se pensó que todo el mensaje era pura ficción.

Sin embargo, seis meses más tarde se descubrió que el oficial se había prometido, poco antes de partir para el frente, con una joven de ese nombre y apellido, y que nunca había contado a nadie. Ni su prima ni nadie de su familia en Irlanda conocían el hecho. Tampoco habían escuchado el nombre hasta que el Ministerio de la Guerra envió los efectos del difunto oficial.

Solo entonces se encontraron que había puesto el nombre de esta señora en su testamento como su pariente más cercano, nombre y apellido siendo precisamente los mismos que da a través del automatismo; y lo que es igualmente notable, un alfiler de corbata de perlas fue hallado entre sus efectos.

La madre y la prima del oficial me enviaron un documento firmado, certificando la exactitud de lo que precede. El mensaje fue transcrito en el momento y no de memoria después. Aquí no cabe explicar lo ocurrido por la memoria subliminal o la telepatía. La evidencia apunta inequívocamente a un mensaje telepático del oficial fallecido.

El reverendo G. Vale Owen en su obra *Facts and the Future Life* (1922, págs. 53-54), describe la vuelta del soldado George Leaf, que murió en la Gran Guerra:

Algunas semanas más tarde, su madre estaba ordenando la chimenea del salón. Estaba de rodillas frente a la reja cuando sintió el impulso de darse la vuelta y mirar hacia la puerta. Así lo hizo y vio a su hijo vestido con el traje de trabajo con que solía regresar a su casa por la noche. Como de costumbre, se quitó la chaqueta, la colgó en la puerta, y volviéndose a su madre, asintió con la cabeza, sonrió y se acercó a la cocina, dónde tenía el hábito de lavarse antes de cenar. Todo fue muy natural y realista. Sabía que era su hijo que había vuelto para demostrarle que estaba vivo en el

plano de los espíritus, realmente vivo, feliz y contento. Su sonrisa de amor también le decía que su corazón aún estaba con sus padres en el hogar. Como se trata de una mujer sensata no puedo dudar ni un momento de la veracidad de lo que me contó. Sumado a que desde su muerte se ha aparecido en la iglesia de Orford que solía frecuentar y en otros lugares.

Hay varios casos de visiones de soldados que coincidieron con el momento exacto de la muerte de estos, como el que se relata en la obra de Rosa Stuart, *Dreams and Visions of the War*, ocurrido a una viuda de Bournemouth, cuyo marido, sargento del cuerpo de los Devons, estuvo en Francia desde el 25 de julio de 1915, escribiendo regularmente a su esposa que se encontraba bien y sin novedad, lo que la mantenía bastante tranquila.

En la noche del 25 de septiembre de 1915, a las diez en punto, se hallaba sentada en la cama hablando con una amiga acerca de los asuntos del día y de la guerra, sin el menor deseo de acostarse. De pronto se callaron. La esposa había detenido la conversación en mitad de una frase; y se quedó mirando fijamente al espacio: ¡delante de ella, vestido con su uniforme, se hallaba su propio marido! Durante dos o tres minutos estuvo contemplándole, admirada de la expresión de tristeza que descubría en sus ojos. Levantándose rápidamente, fue hacia él, pero al llegar junto a la visión, esta se desvaneció. Aunque aquella misma mañana la mujer había recibido una carta en la que su esposo le decía que estaba bien, tuvo la sensación cierta de que la visión era de mal agüero. Y así resultó en efecto, pues poco después recibió una carta del Ministerio de la Guerra, diciéndole que había muerto en la batalla de Loos el 25 de septiembre de 1915, el mismo día en que le había parecido verlo junto a su cama.

Un aspecto profundamente místico de las visiones de la Gran Guerra es el que revela el suceso llamado «Ángeles de

Mons». Arthur Machen, conocido periodista londinense, relató la intervención de los arqueros ingleses del campo de Agincourt, en la terrible retirada de Mons. Pero luego declaró que lo había inventado. Los hechos demostraron después, como tantas veces, que la ficción estaba basada en hechos reales, o al menos esos hechos fueron reportados por numerosos testimonios. Harold Begbie publicó un pequeño libro, *On the Side of the Angels*, dando muchas pruebas, igual que el Sr. Ralph Shirley, editor de *Occult Review* (Londres) y *The Angel Warriors at Mons*, que incluye el testimonio de Begbie.

Un oficial inglés, en carta abierta al señor Machen, del *Evening News* (4 de septiembre de 1915), dijo que él era uno de los que habían luchado en Le Cateau el 26 de agosto de 1914, y que su división se retiró marchando toda la noche del 26 y durante el día 27. Dice:

En la noche del 27 iba a caballo con mi columna al lado de otros dos oficiales. Habíamos estado hablando y haciendo todo lo posible para no quedarnos dormidos.

Me di cuenta de que en el campo, a ambos lados del camino, marchaba un numeroso cuerpo de caballería, con toda la apariencia de estar divididos en escuadrones, parecían estar en la cresta del campo, siguiendo nuestra misma dirección y regulando el paso con el nuestro.

La noche no era muy oscura, y me parecía que podía ver el escuadrón de estos soldados de caballería con toda claridad.

Al principio no dije una palabra, limitándome a contemplarles durante más de veinte minutos. Los otros dos oficiales habían dejado de hablar.

Al fin, uno de ellos me preguntó si veía algo en el campo. Entonces le dije lo que había visto. El tercer oficial, por su parte, confesó que también él había estado contemplando a aquellos jinetes durante los últimos veinte minutos.

Tan convencidos estábamos de que se trataba de un cuerpo de caballería, que en el siguiente alto uno de los

oficiales, tomó un grupo de hombres y salió para reconocer el terreno. Y no encontró a nadie. La noche se oscureció y ya no pudimos ver más.

El fenómeno había sido observado por muchos hombres de nuestra columna. Es verdad que estábamos todos fatigados, pero es algo extraordinario que el mismo fenómeno haya sido observado por tanta gente.

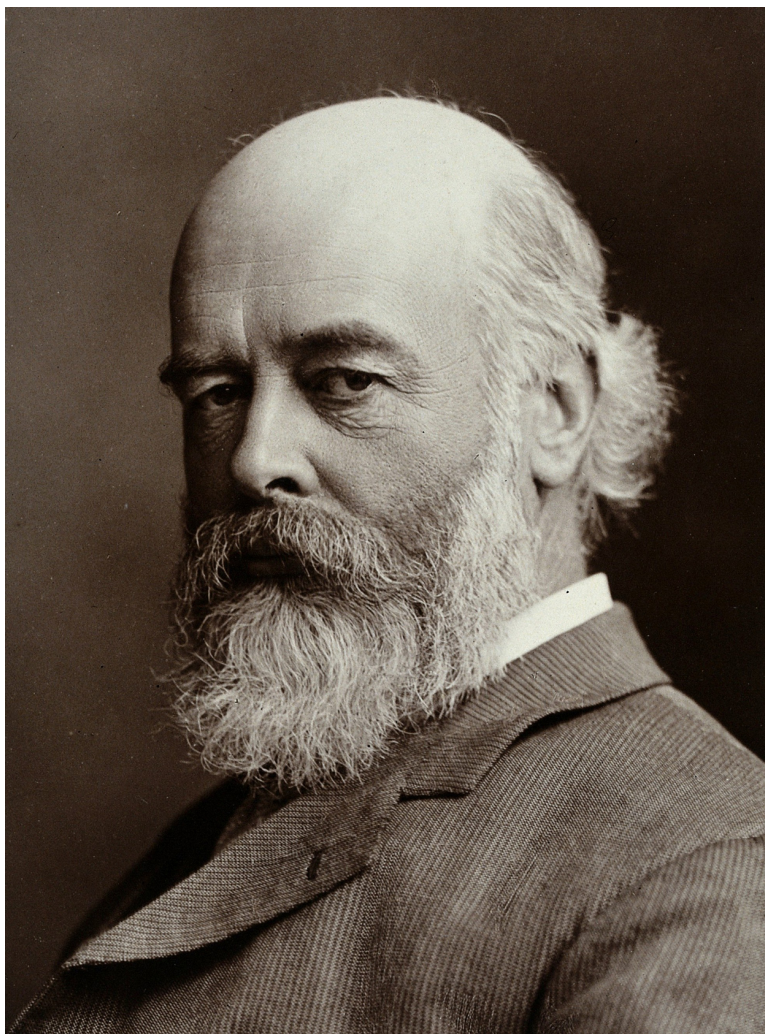
Por mi parte estoy absolutamente convencido de haber visto a aquellos jinetes, y seguro de que no eran efecto de mi imaginación. No trato de explicar el misterio, me limito a consignar el hecho.

Esta evidencia suena bien pero hay que reconocer que debido al estrés y la tensión las mentes de aquellos hombres no estaban en el mejor momento. Por otro lado es precisamente en esos momentos de dificultades que los poderes psíquicos del hombre suelen ser más vivos.

Otra profunda cuestión de la Primera Guerra Mundial lo constituye la consideración de que la guerra en la Tierra es un aspecto más de las luchas, en el plano invisible, entre el bien y el mal. El eminente teósofo, ya fallecido, A. P. Sinnett, se ocupa de este asunto en un artículo titulado «Super-Physical Aspects of the War» (*The Occult Review*, diciembre de 1914). No podemos detenernos aquí en el estudio de este punto, limitándonos a decir que existen pruebas de distintas procedencias que indican que lo que sostiene Sinnett se apoya en hechos.

Numerosos libros y escritos de todo género se consagraron a recoger los experimentos llevados a cabo con los caídos en la guerra, experimentos que, por otra parte, no difieren de los de otros tiempos, si bien alcanzan un tono más dramático por sus circunstancias históricas. El más notable de aquellos libros es *Raymond*, en el que su autor, Sir Oliver Lodge, refiere las comunicaciones con su hijo fallecido en el frente. Al tratarse de un científico tan famoso y un pensador tan profundo su valiente y franca confesión

produjo gran impresión en el público. El libro aparecería posteriormente más condensado y es probable que se mantenga durante muchos años como una obra clásica en esa materia. Otros libros de la misma clase, todos ellos corroborativos en sus principales detalles, son: *The Case of Lester Coltman*, *Claude's Book*, *Rupert Lives*, *Grenadier Rolf*, *Private Dowding* y otros. Todos confirman la existencia después de la vida que está descrita en un capítulo posterior.



SIR OLIVER LODGE

CAPÍTULO XXIV

EL ASPECTO RELIGIOSO DEL ESPIRITISMO

El Espiritismo forma un conjunto de ideas y conocimientos compatibles con todas las religiones. Sus principios fundamentales son la continuidad de la personalidad humana y la capacidad de comunicación después de la muerte. Estos dos principios básicos tienen una importancia primordial para un brahmán, un musulmán, un parsi y un cristiano. Por lo tanto el Espiritismo tiene un atractivo universal. Solo existe una escuela con la cual es absolutamente irreconciliable: la escuela del materialismo, que tiene atrapado al mundo, y es la causa de todas nuestras desgracias. Por lo que la comprensión y aceptación del Espiritismo son factores esenciales para la salvación de la humanidad; de lo contrario está destinado a caer cada vez más en una visión utilitaria y egoísta del Universo. El Estado materialista por excelencia fue la Alemania de antes de la guerra, pero los demás Estados modernos son del mismo tipo en diferentes grados.

Se puede preguntar, ¿por qué las antiguas religiones no son lo suficientemente fuertes para salvar al mundo de su degradación espiritual?, la respuesta es que todas lo han intentado y han fracasado. Las Iglesias que las representan degeneraron y se han vuelto mundanas y materiales. Perdieron todo contacto con la vida del espíritu, y se contentan con referirlo todo a los tiempos antiguos y al pago de sermones y rituales externos a base de tan enrevesadas e increíbles

teologías que las mentes honestas sienten náuseas solo de pensar en ellas. Nadie se ha mostrado tan escéptico e incrédulo acerca de las manifestaciones espirituales modernas como esos mismos clérigos, que profesan una completa creencia en sucesos similares de épocas pasadas y su total rechazo para aceptarlos ahora da la medida de la sinceridad de sus profesiones. Se ha abusado de la fe hasta el extremo de hacerla imposible para muchas inteligencias serias que exigen pruebas y conocimiento. Esto es precisamente lo que el Espiritismo ofrece. Funda nuestra creencia en la vida después de la muerte y en la existencia de mundos invisibles, no en la antigua tradición o en vagas intuiciones, sino en hechos probados. Es posible construir una ciencia de la religión que traiga al hombre una senda cierta y segura entre los pantanos de los distintos credos.

Al afirmar que el Espiritismo puede conciliarse con cualquier religión, no queremos decir que todas las religiones tienen el mismo valor, o que los postulados del Espiritismo en exclusiva sean mejores que los del Espiritismo unido a los de otro credo religioso. Individualmente el autor piensa que el Espiritismo suministra por sí solo todas cuantas enseñanzas necesita el hombre, pero ha encontrado muchas personas de alma superior que no pudieron prescindir de las convicciones de toda su vida y abrazaron la nueva verdad sin dejar la antigua creencia. Pero si alguien encuentra en el Espiritismo su única guía, no se sentirá en oposición con el cristianismo en sus principios esenciales, más bien encontrará su explicación. Ambos sistemas predicán la vida después de la muerte. Ambos reconocen que la vida que sigue a la muerte está regida por la conducta observada en la Tierra. Ambos profesan la creencia en un mundo poblado de espíritus, buenos y malos, llamados por los cristianos ángeles y demonios y por los espiritistas guías, espíritus elevados y espíritus sin desarrollar. Ambos creen que la

bondad, la generosidad, la dulzura, la pureza y la honestidad son virtudes necesarias. El fanatismo, sin embargo, es considerado como un error grave por los espiritistas mientras que es elogiado por la mayoría de las sectas cristianas. Para los espiritistas todo camino de elevación es respetable y reconocen que en todas las religiones hay almas santas y nobles, altamente desarrolladas que recibieron por intuición todo lo que el Espiritismo da por conocimiento. Pero la misión del Espiritismo no es para estos. Se dirige hacia los que abiertamente se declaran agnósticos y hacia aquellos, más peligrosos, que aparentan cierta forma de creencia, y sin embargo son irreflexivos y materialistas de corazón.

En opinión del autor el hombre que más beneficios recibe de la nueva revelación, es aquel que estuvo entregado a otros credos religiosos y los encontró igualmente insuficientes. Al llegar a tal estado, se halla como en un valle de tristeza, con la muerte esperándole al final, y sin otra religión práctica que el cumplimiento pleno del deber. Semejante situación produce hombres buenos pero muy alejados de su felicidad personal. Si entonces les llega la prueba positiva de la existencia del más allá, ya sea súbitamente, ya por una convicción paulatina, la nube desaparece; ya no está en el valle, sino en la cresta del más allá, y a su vista se extiende un panorama sucesivo de cordilleras, cada una de las cuales es más bella que la anterior. Todo es luz donde antes había sombras. El día de esa revelación se ha convertido en el día de la coronación de su vida.

Contemplando la excelsa jerarquía de seres que están por encima de él el espiritista se da cabal cuenta de que algún arcángel puede de tiempo en tiempo visitar a la humanidad con alguna misión de enseñanza y esperanza. Hasta la humilde Katie King, con su mensaje de inmortalidad transmitido a un gran científico, era un ángel de lo alto. Francisco de Asís, Juana de Arco, Lutero, Mahoma, Bab-ed-

Din, y tantas otras figuras religiosas, fueron ángeles llegados de lo alto. Pero por encima de todos se halla Jesús, el hijo de un artesano judío a quien llamamos “Cristo”. No está en nuestro menguado cerebro calcular el grado de divinidad que había en Jesús, pero sí podemos decir con toda certeza que estaba más cerca de lo divino que nosotros, y que sus enseñanzas, que el mundo aún no sigue, son las más bellas, desinteresadas y misericordiosas de que tengamos conocimiento, como no sean las de su santo compañero Buda, también mensajero de Dios, pero cuyo credo era más para oriente que para la mente europea.

Sin embargo, cuanto más fijemos la atención en las enseñanzas de nuestro inspirado Maestro, menos relación veremos entre sus preceptos y los dogmas y acciones de sus actuales discípulos. Gran parte de aquellas enseñanzas se han perdido y si queremos encontrarlas tenemos que examinar la práctica de la Iglesia primitiva, guiada y regida por los que estuvieron en inmediato contacto con Él.

Entonces observaremos que aquello que llamamos espiritismo, parece haber sido familiar al círculo de Cristo, que los dones del espíritu exaltados por San Pablo son exactamente los dones que exhiben nuestros médiums y que los milagros, que inculcaron en los hombres de aquellos tiempos la convicción de la realidad de otro mundo, existen y pueden tener los mismos resultados hoy. Después de haber vagado de una ortodoxia a otra, resulta que el humilde y «adogmático» espiritista, con sus mensajes espirituales directos, su comunicación con los santos y su vinculación con las altas enseñanzas del que ha sido llamado el Espíritu de Verdad, está más cerca del Cristianismo primitivo que cualquier otra religión.

Es bastante sorprendente que cuando leemos los primeros documentos de la Iglesia y especialmente los escritos de los llamados “Padres” nos demos cuenta de que el

conocimiento psíquico y las prácticas psíquicas estaban de moda en aquellos días. Los primeros cristianos vivían en íntimo y familiar contacto con los seres invisibles, y su fe absoluta y constante se fundaba en el conocimiento positivo y personal que adquirirían con dicho contacto. Tenían conciencia, no por mera especulación, sino como un hecho absoluto, que la muerte significa sencillamente el paso a una vida más amplia, tanto, que podría ser más adecuado llamarle nacimiento. Y, como consecuencia de ello, no la temían en modo alguno y la consideraban como el Dr. Hodgson cuando exclama: «¡Apenas puedo resistir la espera!» Solo en bienes se traducía esto para su conducta en la Tierra. Si los conversos en tierras lejanas demuestran hoy al convertirse al cristianismo que se deterioran y se vuelven peores, es porque el cristianismo moderno ha perdido toda la virtud que tenía el primitivo.

Además del testimonio de los primeros padres de la Iglesia, existen otros que prueban cuáles eran los sentimientos de los primitivos cristianos. Principalmente las inscripciones de las catacumbas. Acerca de esas inscripciones cristianas escribió el Rev. Spence Jones, decano de Gloucester, un interesante libro que recoge estos extraños escritos. Estas inscripciones tienen la ventaja sobre todas nuestras pruebas documentales de no haber podido ser forjadas ni tergiversadas. El Dr. Jones, que leyó cientos de ellas, dice:

Los primeros cristianos hablaban de los muertos como si vivieran todavía, ellos hablan con sus muertos.

Tal es la doctrina de los espiritistas de nuestros días, doctrina que las iglesias han abandonado. Las tumbas primitivas cristianas presentan un extraño contraste con las de los paganos que había alrededor. Estas últimas se referían siempre a la muerte como un final, terrible e irrevocable. «Fuisti Vale», resume su sentimiento. Los cristianos, en

cambio, se referían siempre a la feliz continuidad de la vida. «Ágape, vivirás para siempre». «Victorina está en paz y en Cristo». «¡Que Dios renueve tu espíritu!» Estas inscripciones serían suficientes para demostrar que una nueva y consoladora visión de la muerte había llegado a la raza humana.

Las catacumbas son además una prueba de la sencillez del cristianismo primitivo antes de que viniera a complicarle, con toda suerte de abstracciones y definiciones complejas, la mente griega o bizantina y que han causado infinita maldad en el mundo. El símbolo predominante de las catacumbas era el del Buen Pastor, tierna idea del hombre que conduce a los indefensos corderos. Por mucho que se busque en las catacumbas de los primeros siglos, no se encontrará ni rastro de sacrificios sangrientos ni dogmas de un nacimiento virginal. Se encontrará al Buen Pastor, el ancla de la esperanza, la palma del martirio, y el pez que era el juego de palabras y símbolo del nombre de Jesús. Todo apunta a una religión sencilla. El cristianismo era mejor cuando estaba en manos de los humildes. Fueron los ricos, los poderosos y los doctos los que lo degradaron, complicaron y arruinaron.

No es posible, a pesar de todo, sacar escritos psíquicos de las inscripciones o dibujos de las catacumbas. Para eso debemos acudir a los textos de los Padres pre-Nicea, y allí hay tantas referencias que servirían para compilar un pequeño libro sobre ellas. Expondremos antes la equivalencia de nuestros pensamientos y frases con los suyos para que se comprenda mejor la verdadera significación de estos. A la profecía, por ejemplo, la llamamos nosotros mediumnidad, y un ángel será sinónimo de un guía o espíritu elevado. Tomemos al azar algunas citas típicas:

San Agustín en su *De cura pro Mortuis*, dice: «Los espíritus de los muertos pueden ser enviados a los vivos y revelarles lo que ellos saben y que han aprendido de otros

espíritus o de los ángeles», «o por revelación divina». Esto es puro Espiritismo exactamente como lo conocemos y definimos. San Agustín no habría hablado con tanta seguridad ni tanta precisión si no hubiera estado perfectamente familiarizado con el asunto. No hay ningún indicio de que sea ilícito.

En *La Ciudad de Dios*, insiste sobre lo mismo, describiendo las prácticas que permiten al cuerpo etéreo de una persona comunicar con los espíritus y guías y tener visiones. Estas personas eran, por supuesto, los médiums, nombre que designa simplemente al intermediario entre los encarnados y desencarnados.

San Clemente de Alejandría hace alusiones análogas, y lo mismo San Jerónimo en su controversia con Vigilancio el Galo. Eso era, no obstante, en fecha posterior al Concilio de Nicea.

Hermas, era alguien un tanto misterioso, de quien se dice que fue amigo de San Pablo y que ha sido discípulo directo de los Apóstoles. Se le atribuye la autoría del libro *El Pastor*. Tanto si es suyo como si no, el libro revela estar escrito por alguien que vivió en los primeros días del cristianismo, y que representa las ideas que entonces prevalecían. Dice:

El espíritu no contesta a todas las preguntas que cualquiera le dirija, porque, como procede de Dios, no habla a los hombres cuando estos quieren, sino cuando Dios lo permite. No obstante, cuando un hombre, asistido por un espíritu emanado de Dios (por un espíritu-guía), entra en una reunión de fieles, y se hace oración, el espíritu inunda a ese hombre y habla según la voluntad de Dios.

No puede darse una descripción más exacta de nuestra propia experiencia psíquica cuando las sesiones se verifican de una manera apropiada. Nosotros no invocamos a los espíritus como aseguran los críticos ignorantes, ni sabemos lo

que va a ocurrir. Pero oramos —usando el «Padre Nuestro» como norma— y aguardamos los acontecimientos. De esa suerte, el espíritu escogido y autorizado, viene a nosotros y habla o escribe a través del médium.

Hermas, como San Agustín, no se habría expresado con tanta precisión si no hubiera tenido la experiencia personal del procedimiento.

Orígenes hace diversas alusiones al conocimiento psíquico. Es curioso comparar la crasa ignorancia de los actuales jefes espirituales con la sabiduría de los antiguos. Podríamos citar varios textos de Orígenes, pero bastará uno muy breve tomado de su controversia con Celsio:

Muchos han alcanzado la fe cristiana, a pesar de sí mismos, porque sus corazones han cambiado súbitamente por algún espíritu, ya sea en una aparición o en un sueño.

Exactamente de esta misma manera los líderes del materialismo contemporáneo, desde el Dr. Elliotson en adelante, han terminado creyendo en la vida futura y su relación con esta vida por el estudio de la evidencia psíquica.

Los primeros Padres de la Iglesia son los más precisos en este punto, porque estaban más cerca de la gran fuente psíquica. Así, Ireneo y Tertuliano, que vivieron a finales del siglo segundo, abundan en alusiones a los signos psíquicos, mientras Eusebio, escribiría después que lamentaba su escasez y se queja de que la Iglesia se había vuelto indigna de ellos.

Ireneo escribió:

Oímos de varios hermanos en la Iglesia, que poseen dones proféticos (es decir, mediúmnicos), y hablan a través del espíritu en toda clase de lenguas, levantando el velo de las cosas ocultas a los hombres, y descubriendo los misterios de Dios.

Ningún pasaje describiría mejor las funciones de un buen médium.

Tertuliano, en su controversia con Marcio, hizo de los dones espiritistas argumento principal. Demostró que tales dones eran más numerosos entre sus amigos, figurando entre ellos las comunicaciones en estado de trance, las profecías y la revelación de secretos. De modo que muchas cosas, hoy ridiculizadas o condenadas por tantos clérigos, eran el año 200 algo fundamental en el cristianismo. En su *De anima*, dice Tertuliano:

Tenemos hoy entre nosotros una hermana que posee dones en forma de revelaciones recibidos por su espíritu en la Iglesia durante los ritos del Día del Señor, y en pleno éxtasis. Conversa con los ángeles, (es decir los espíritus más elevados), ve y oye misterios, lee en el corazón de ciertas personas y cura a quienes se lo piden. Entre otras cosas, dijo, se me mostró un alma en forma corpórea, pero no vacía. Por el contrario, parecía como si pudiera tocarse y era blanda, lúcida, de color del aire y de la forma humana en todos los detalles.

En las *Constituciones Apostólicas* hay toda una mina de referencias sobre las opiniones de los cristianos primitivos. No son textos apostólicos, pero Whiston, Krabbe y Bunsen están todos de acuerdo en que por lo menos siete de los ocho libros son auténticos documentos ante-Nicenos, probablemente de principios del siglo III. Su estudio revela hechos muy curiosos. En los servicios usaban el incienso y las lámparas encendidas como en las prácticas católicas de nuestros días. Los obispos y los sacerdotes eran hombres casados. Había todo un sistema de exclusión para el que infringiera las reglas de la Iglesia. Si un cura compraba un beneficio era repudiado. El vegetarianismo y la abstinencia total de vino era algo prohibido y castigado. Esta última ley, tan singular, probablemente nació como reacción contra una herejía que

imponía ambas cosas. El clero debía comer carnes blancas, sin sangre, a la manera de los judíos modernos. El ayuno era riguroso, un día cada semana, al parecer el jueves, y cuarenta días en la Cuaresma.

Es sobre el tema de los «dones» es decir las diversas formas de mediumnidad, que aquellos documentos antiguos arrojan luz. Entonces como ahora la mediumnidad adoptaba formas muy diferentes: el don de lenguas, el de curación, el de profecía y similares. Harnack dice que en cada Iglesia Cristiana primitiva había tres mujeres discretas: una para curaciones y dos para profecías. El tema está discutido ampliamente en las *Constituciones*. Parece que los que poseían dones se envanecieron por ellos, y se les recuerda que un hombre puede estar adornado por tales facultades y carecer de grandes virtudes, siendo entonces espiritualmente inferior a otros hombres desprovistos de dones.

El objeto de los fenómenos que producían era, al igual que en el Espiritismo moderno, convertir a los incrédulos más que entretener a los ortodoxos.

Son, no para aquellos que los lleven a cabo, sino para convencer a los incrédulos, a fin de que quienes no se persuaden por la simple palabra queden confundidos con los hechos, innecesarios para los que creemos, pero sí para los que no creen, tanto judíos como gentiles.

Constituciones, libro VIII, sec. I.

Más adelante los diversos dones que corresponden grosso modo a nuestras diferentes formas de mediumnidad, se explican así:

«No le sea permitido a nadie que produce señales y maravillas juzgar a ningún fiel que no se le haya concedido lo mismo. Porque los dones que Dios concede por intercesión de Cristo son diversos y un hombre recibe un don y otro, otro. Así uno recibe la palabra de sabiduría» (don de hablar

en trance), «y otro la palabra de conocimiento» (inspiración), «otro el discernimiento de espíritus» (clarividencia), «otro la previsión de sucesos futuros, otro la palabra de enseñanza» (espíritus de apostolado), «otro la paciencia». Todos nuestros médiums necesitan este don.

Y uno se pregunta dónde, fuera de las filas espiritistas, se hallan esos dones o esas observancias en cualquiera de las iglesias que pretenden ser ramas de esta antigua raíz.

Las altas presencias espirituales se reconocen continuamente. Así en la «Ordenación de los Obispos» encontramos que «el Espíritu Santo está también presente, de la misma manera que todos los demás santos espíritus y ministrantes». En conjunto, sin embargo, diría que ahora tenemos un mayor conocimiento de los hechos psíquicos que los autores de las *Constituciones* y que esos documentos representan probablemente una extensión de aquella íntima «Comunión de Santos» que existió en el siglo primero. Esto nos hace pensar que el poder psíquico no es algo fijo e inmutable, sino que viene como las olas que van, vienen y fluyen. Actualmente estamos en una marea alta, pero sin garantías de que perdure.

Puede razonablemente afirmarse que siendo muy limitado nuestro conocimiento de los hechos que forman la historia primitiva de la Iglesia, podríamos tal vez ponernos en relación con alguna elevada inteligencia de las que tomaron parte en aquellos hechos, adquiriendo por su medio, nuevas fuentes de información. Esto en realidad ya ha ocurrido obteniéndose algunos inspirados escritos, e incluso mientras se hace la corrección de este libro se ha producido un interesante desarrollo que demuestra la relación existente entre el otro mundo y los religiosos primitivos.

Recientemente han aparecido dos de esos escritos trazados por la mano de la médium semi-inconsciente

Cummins⁶⁴, escritos que recibía a la extraordinaria velocidad de dos mil palabras por hora. El primero pretende ser un relato de la misión de Cristo de Felipe el evangelista, y el segundo es un complemento de los Hechos de los Apóstoles, supuestamente de Cleofás. El primero ha sido ya publicado (*The Gospel of Philip the Evangelist / El Evangelio de Felipe el Evangelista*) y el segundo lo será en breve (bajo el título de *The Scripts of Cleophas / Los Escritos de Cleofás*).

No se ha hecho aún el examen crítico del escrito de Felipe, pero una lectura cuidadosa del mismo ha convencido al autor de que tiene una dignidad y fuerza a la altura de los hechos que relata, explicando de una manera clara y lógica muchos puntos que han desconcertado a los comentaristas. El escrito de Cleofás es aún más notable, al extremo de que el autor cree que puede calificarse de sublime y constituye una de las más evidentes señales de origen sobrenatural que registra la historia del movimiento espiritista.

Se ha sometido al examen del Dr. Oesterley, capellán del Obispado de Londres y una de las primeras autoridades en tradición e historia eclesiástica. Ha declarado que tiene todas las señales de provenir de alguien que vivió en aquellos días y estaba en íntima relación con el círculo apostólico. En el escrito se advierten interesantes detalles de erudición, como el del uso del *Hanan* hebreo como el nombre del Sumo Sacerdote. Otros numerosos detalles prueban que está muy lejos de la capacidad de cualquier falsificador. Entre otros

⁶⁴ Se refiere a Geraldine Cummins (1890-1969), célebre médium irlandesa destacada por su escritura automática de alta calidad literaria y teológica. Su obra más famosa, *The Scripts of Cleophas*, pretendía ser una crónica detallada de la Iglesia primitiva escrita bajo la influencia de inteligencias espirituales, lo que la sitúa como una figura clave en la validación intelectual del fenómeno mediúmnico. Cuando Doyle dice sobre la fecha de publicación del segundo libro «lo será en breve» señalar que los dos libros fueron publicados finalmente en 1928. *Nota de Curso Espírita*.

puntos interesantes, Cleofás describe el encuentro del Pentecostés y declara que los apóstoles se sentaron en círculo, cogidos de las manos como el Maestro les había enseñado.

Sería desde luego algo maravilloso si el verdadero significado del Cristianismo, tanto tiempo perdido, ahora deba ser descubierto, una vez más por la ridiculizada y perseguida creencia, cuya historia queda aquí grabada.

Los dos escritos constituyen, a juicio del autor, dos de las más impresionantes pruebas de la comunicación con los espíritus, en su aspecto intelectual. Parecería imposible explicarlos de otra manera.

Los espiritistas se dividen por razón de creencias en dos ramas: una compuesta de los que aún permanecen en el seno de sus iglesias respectivas, y otra de los que han formado sus propios centros. Estos últimos tienen en Gran Bretaña más de cuatrocientos lugares de reunión bajo la dirección general de la Spiritualist's National Union. Hay gran elasticidad en sus creencias. En términos generales puede afirmarse que están unidos por siete principios esenciales, a saber:

1. La paternidad de Dios.
2. La fraternidad entre los hombres.
3. La comunicación con los “santos” y el ministerio de los «ángeles».
4. La supervivencia humana a la muerte física.
5. La responsabilidad personal propia.
6. Recompensa o sanción por las acciones buenas o malas.
7. Progreso eterno abierto a todas las almas.

Como se ve, todos esos puntos son compatibles con el cristianismo, a excepción tal vez del quinto. Los espiritistas consideran la vida y muerte de Jesucristo en la Tierra, como un ejemplo en lugar de una redención de la humanidad. Todo hombre tendrá que responder de sus pecados y nadie

se librará de la expiación. No es posible que el tirano o el depravado por algún truco espiritual del llamado arrepentimiento escapen de su merecido. Un verdadero arrepentimiento puede ayudarlo, pero pagará su deuda de todos modos. Aunque como la misericordia de Dios es más grande de lo que el hombre pueda imaginar cada caso es particular y tiene sus propios atenuantes según las circunstancias de tentación, herencia, influencia del medio antes de imponer cualquier castigo. Tal es, en general, la creencia de los centros espiritistas.

En otra parte⁶⁵ el autor ha indicado que aunque la investigación psíquica sea en sí misma distinta a la religión, las deducciones que podemos sacar de ella y las lecciones que podemos aprender «nos revelan por igual la continuidad de la vida del alma, la naturaleza de esa vida y como depende de nuestra conducta aquí. Si esto es distinto de la religión, confieso que no comprendo en qué consiste la diferencia».

El autor habló también del Espiritismo como de una gran fuerza unificadora, el único que ha demostrado estar conectado con cada religión cristiana o no. Aunque sus enseñanzas modifiquen el Cristianismo, no es para contradecirlo sino más bien para explicarlo y hacerlo progresar. También ha afirmado el autor que la nueva revelación será absolutamente fatal para el materialismo.

En esta época materialista se puede decir que sin la creencia en la supervivencia del hombre después de la muerte, el mensaje del Cristianismo cae en gran medida en oídos sordos. El Dr. McDougall en su discurso presidencial de la Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas, alude a la relación existente entre la decadencia de la religión y la difusión del materialismo.

⁶⁵ *La Nueva Revelación* (*The New Revelation*, 1918) de Arthur Conan Doyle.

A menos que la investigación psíquica —dice— descubra hechos incompatibles con el materialismo, este continuará creciendo. No hay otra fuerza que pueda contenerlo. La religión revelada y la filosofía metafísica están igualmente indefensas ante la marea que avanza. Y si esa marea sigue subiendo y avanzando como hasta ahora, todas las señales apuntan a que sus efectos serán destructores, que barrerá todas las conquistas duramente ganadas por la humanidad, todas las tradiciones morales que son obra del esfuerzo de incontables generaciones en pro de la verdad, la justicia y la caridad.

Es pues importante tratar de averiguar en qué grado el Espiritismo y la investigación psíquica tienden a inducir o reforzar las creencias religiosas.

En primer lugar, tenemos muchos testimonios de la conversión de materialistas gracias al Espiritismo y a la creencia en el más allá, como, por ejemplo, el profesor Robert Hare y el profesor Mapes, en Estados Unidos, el Dr. Alfred Russel Wallace, el Dr. Elliotson, el Dr. Sexton, Robert Blatchford, John Ruskin y Robert Owen, en Inglaterra. Se podrían mencionar muchos otros.

Si el Espiritismo se entiende correctamente no hay duda de su armonía con la religión. He aquí la definición del Espiritismo tal como lo da en cada número la revista espiritista semanal de Londres, *Light*:

Es una creencia en la existencia de la vida del espíritu aparte e independiente del organismo material, y en la realidad y el valor de la comunicación entre espíritus encarnados y desencarnados.

Pues bien, esas creencias son artículos de fe cristiana.

Si hay una clase que debiera como ninguna exaltar las tendencias religiosas del Espiritismo, es el clero. Algunas decenas de sacerdotes progresistas han expresado sus puntos

de vista sobre este tema en términos muy claros. Echemos un vistazo a sus declaraciones.

El Rev. H. R. Haweis, en una comunicación a *La Alianza Espiritista*, de Londres, el 20 de abril de 1920⁶⁶, dice que no ve nada contrario a la verdad en el Espiritismo, y que lo considera un título del verdadero cristianismo.

En verdad —agrega— el Espiritismo tiene estrecho parentesco con el cristianismo, del cual parece una consecuencia lógica, y en modo alguno su contradicción ni su antagonista. La deuda del clero —si entiende verdaderamente sus intereses— para con el Espiritismo, es realmente muy grande. En primer lugar, el Espiritismo ha rehabilitado la Biblia. No puede negarse que la fe en la Biblia y su respeto habían decaído mucho, a causa del creciente escepticismo por lo que se refiere a sus pasajes milagrosos. Los apologistas aceptaban la belleza de la doctrina cristiana pero no podían tolerar el elemento maravilloso del Antiguo y del Nuevo Testamento. Se veían constreñidos a creer en los milagros de la Biblia, y al mismo tiempo, se enseñaba que fuera de los sucesos bíblicos, nunca había sucedido nada sobrenatural.

Pero ahora se han vuelto las tornas. La gente cree en la Biblia, por el Espiritismo, y los que no creen en el Espiritismo, es por culpa de la Biblia. Llegó a decir el Rev. Haweis que cuando empezó su ministerio intentó salvar el obstáculo de los milagros tratando de explicarlos de alguna manera. Pero más tarde se encontró que no podía explicar las investigaciones de Crookes, Flammarion y Russel Wallace.

⁶⁶ El Rev. H. R. Haweis falleció en 1901. La mención a una «comunicación» en 1920 pudiera ser una errata de fechas, pero en nuestra opinión se refiere, con toda probabilidad, a un mensaje recibido por vía mediúmnica en la *London Spiritualist Alliance*. Doyle cita estas comunicaciones de «desencarnados» con la misma autoridad que las declaraciones de personas vivas, dada su convicción absoluta en la supervivencia. *Nota de Curso Espírita*.

Por su parte el Rev. Arthur Chambers, antiguo vicario de Brockenhurst, ha inculcado en muchas mentes la idea de la vida espiritual antes y después de la muerte. Su libro *Our Life after Death* lleva ya más de ciento veinte ediciones. En una conferencia «El Espiritismo y la luz que arroja sobre la verdad cristiana», dice:

El Espiritismo, por sus continuadas investigaciones de los fenómenos psíquicos y por su insistencia en proclamar la intercomunicación entre los dos mundos, que es un hecho hoy en día, ha mostrado a gran número de personas que existen muchas cosas en el cielo y en la tierra, apenas soñadas antes por la filosofía. Y ha hecho que muchos de ellos comprendan, como las mujeres y hombres cristianos, una poderosa verdad entretejida de religión. Una verdad que es esencial para la recta comprensión de nuestro lugar en el vasto Universo.

Una verdad a la que la humanidad de todas las edades se ha aferrado a pesar del desdén de los incrédulos, los ceños fruncidos y de las condenaciones de los maestros de religión.

Me viene a la mente, en conclusión, el particular modo en que las enseñanzas espiritistas han levantado las ideas religiosas de nuestra época. Nos ha ayudado a formarnos una idea grandiosa de Dios y su propósito.

En otro bonito pasaje, dice:

Sí; el Espiritismo ha hecho mucho, muchísimo, en pro de la mejor comprensión de los grandes hechos básicos inseparables del Evangelio de Jesús. Ha ayudado a hombres y mujeres a contemplar con una visión más clara al Gran Espíritu del Dios Padre, en el cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser, y ese vasto Universo del que somos ahora, y siempre seremos, una parte constituida.

Como cristiano espiritista tengo gran esperanza, gran fe en lo que ha de ser el Espiritismo, que tanto ha hecho por la enseñanza cristiana y por el mundo en general, ahuyentando de nosotros el temor a la muerte y ayudándonos a darnos

cuenta de lo que Cristo realmente enseñó y reconocer lo que es realmente Cristo a la luz de las verdades espiritistas.

Chambers refiere que en cartas procedentes de distintas partes del mundo, multitud de personas le comunican a diario el consuelo, el alivio y la confianza plena en Dios que han adquirido gracias a la lectura de su libro *Our Life After Death*.

El Rev. F. Fielding-Ould, vicario de la Iglesia de Regent Park, Londres, es otro de los que audazmente ha proclamado los beneficios del Espiritismo. En un discurso acerca de «La relación entre el Espiritismo y el cristianismo», dice (21 de abril de 1921):

El mundo necesita las enseñanzas del Espiritismo. El número de personas irreligiosas que hay en Londres hoy es asombroso en extremo. Hay un gran número de personas en todas las clases sociales (y estoy hablando desde mi propia experiencia) que carecen totalmente de religión. No rezan, jamás asisten a ninguna iglesia y creen que todo acaba con la muerte. Podrán llamarse protestantes, católicos o judíos, pero son como las botellas vacías en una bodega en las que solo queda la etiqueta de cosechas famosas.

Y añade:

No es inusual que las almas desfallecidas y acongojadas se *reconforten con el Espiritismo*. ¿Acaso no conocemos todos a personas que habían renunciado a la religión y vuelven a ella gracias al Espiritismo? Los agnósticos que perdieron toda esperanza en Dios y en la inmortalidad, a los cuales la religión les parecía mera forma y puro armazón, y que al final vuelven a ella aceptando todas sus manifestaciones. El Espiritismo viene a ser para ellos como el amanecer para el hombre que ha pasado la noche con fiebre y sin dormir. Al principio eran incrédulos hasta que finalmente se sintieron tocados en el corazón. Dios había regresado a sus vidas; y no saben expresar cuánta es su alegría y gratitud.

El Rev. Charles Tweedale, vicario de Weston (Yorkshire), que ha trabajado con valentía en esta causa, refiriéndose a la consideración del Espiritismo por la Conferencia Episcopal en Lambeth Palace, del 5 de julio al 7 de agosto de 1920, dice acerca de las investigaciones psíquicas: (*Light*, 30 de octubre de 1920):

Mientras el mundo entero ha despertado su interés, la Iglesia, que pretende ser custodia de la verdad religiosa y espiritual, ha hecho oídos sordos, hasta hace muy poco y por extraño que parezca, a la realidad de ese mundo espiritual, el testimonio de cuya existencia es la principal razón de que la Iglesia exista.

Incluso ahora, solo empieza a dar algunas señales débiles de lo importante que es este asunto para ella.

Señal de los tiempos fue la discusión de los fenómenos psíquicos en la conferencia de Lambeth, y el que su secretario pusiera en manos de todos los obispos allí presentes mi folleto: *Los fenómenos espiritistas y las Iglesias*. Otro signo importante de los tiempos es la elección de Sir William Barrett para abordar el Congreso acerca de los asuntos psíquicos.

El informe de las Actas de la Conferencia de Lambeth, a que nos referimos, alude como sigue a la investigación psíquica:

Es posible que nos hallemos en los umbrales de una nueva ciencia, que por otro método de los hasta aquí seguidos, nos confirme en la seguridad de un mundo más allá del que vemos y de algo en nuestro interior que nos comunique con ese mundo.

No podemos suponer nunca límites a Dios y a los medios que puede utilizar para llevar al hombre a la conquista de la vida espiritual.

Una vez hecha esta declaración tan cauta, el informe añade:

Pero no hay nada en el culto de ciencia semejante que esclarezca, y sí en verdad mucho que oscurece la inteligencia de ese otro mundo y nuestra relación con él, como revelado en el Espíritu de Cristo y en la enseñanza de la Iglesia, y que menoscaba los medios que se nos han dado para alcanzar y habitar en buena compañía ese mundo.

Bajo el epígrafe de «Espiritismo», dice el informe:

Aunque haya que reconocer que los resultados de la investigación han animado a mucha gente a encontrar un propósito espiritual a la vida humana y que ayuda a creer en la supervivencia después de la muerte, hay muchos peligros en la tendencia de hacer del Espiritismo una religión. La práctica del Espiritismo como un culto envuelve la subordinación de la inteligencia y la voluntad a fuerzas o personalidades desconocidas, y, por lo tanto, una abdicación de sí mismo.

Un conocidísimo colaborador de *Light*, que firma con el pseudónimo de «Gerson», comenta así lo anterior:

Hay indudablemente peligro en la *subordinación de la inteligencia y de la voluntad a desconocidas fuerzas*; pero la práctica de la comunicación espiritista no incluye necesariamente, como parecen creer los obispos, tal subordinación. Otro peligro, desde su punto de vista, es la tendencia a hacer del Espiritismo una religión. *Light* y los que participan de sus opiniones, no han sentido nunca la menor inclinación a ese respecto.

La posibilidad de la comunicación espiritista es simplemente un hecho en la Naturaleza, y nosotros no intentamos exaltar un hecho natural a la categoría de religión. Al mismo tiempo, una elevadísima forma de religión puede asociarse con un hecho natural. El reconocimiento de la belleza y el orden del universo no constituye en sí una religión, pero en tanto en cuanto inspira reverencia por la fuente de tal belleza y orden, es una ayuda al espíritu religioso.

En el *English Church Congress* de 1920, el Rev. M. A. Bayfield leyó un documento titulado: la Ciencia Psíquica, una aliada del cristianismo, que decía:

Muchos sacerdotes miran a la ciencia psíquica con recelo, y algunos con positivo antagonismo y alarma. Bajo su nombre popular de Espiritismo ha sido denunciada como anticristiana. Sería cosa de demostrar, por el contrario, que esta rama de los estudios es una aliada de nuestra fe. Todo aquel que no es materialista es espiritista, y el cristianismo es esencialmente una religión espiritual.

Procede luego a poner de relieve los servicios prestados por el Espiritismo a la cristiandad, al hacer posible la creencia en un elemento milagroso del Evangelio.

El Dr. Elwood Worcester, en un sermón titulado «Los aliados de la Religión», pronunciado en la iglesia de San Stephen, de Filadelfia, el 25 de febrero de 1923, habla de la investigación psíquica como verdadera amiga de la religión y aliada espiritual del hombre. Y dice:

Ha iluminado también muchos pasajes importantes de la vida del Señor y ayudado a comprender y aceptar acontecimientos que, de otra suerte, rechazaríamos. Me refiero particularmente a los fenómenos concernientes al bautismo de Jesús, su aparición sobre el Mar de Galilea, su transfiguración y, sobre todo, su resurrección y subsiguiente aparición a sus discípulos. Además es nuestra única esperanza real para resolver el problema de la muerte. De otra fuente no se vislumbra solución alguna nueva de ese eterno misterio para nosotros.

El Rev. G. Vale Owen nos recuerda que aun cuando hay espiritistas que, al mismo tiempo, son cristianos, el Espiritismo no se limita al cristianismo. En Londres hay, por ejemplo, una Sociedad de espiritistas judíos. Al principio la Iglesia se opuso a la Evolución, pero al fin la aceptó en consonancia con la fe cristiana. Y concluye diciendo:

Así como la aceptación de la Evolución dio al Cristianismo una más amplia y digna concepción de la creación y su Creador, así también la aceptación de las grandes verdades que persigue la ciencia psíquica, convertirá a los agnósticos en creyentes o hará de un judío un judío mejor, de un mahometano un mahometano mejor, de un cristiano un cristiano mejor y, sin duda alguna, a todos más dichosos y felices.

Claramente se desprende de los extractos anteriores que muchos clérigos de la Iglesia de Inglaterra y de otras Iglesias están de acuerdo acerca de la influencia beneficiosa que tiene el Espiritismo sobre la religión.

Otra importante fuente de información sobre las tendencias religiosas del Espiritismo, es la que procede del mismo mundo de los espíritus. De él salieron materiales de gran riqueza; pero entre muchos, nos limitaremos a la reproducción de un texto obtenido por la mediumnidad de Stainton Moses del libro *Spirit Teachings*:

Amigo, cuando te pregunten acerca de la utilidad de nuestro mensaje y de sus beneficios, diles que es un evangelio que revelará un Dios de ternura, de piedad y de amor, en vez de la legendaria creación de crueldad y pasiones.

Diles que, gracias a él, conocerán a las Inteligencias consagradas al amor, a la gracia, a la piedad y a la ayuda del hombre, así como a la adoración del Supremo».

O este de la misma fuente:

El hombre ha ido construyendo gradualmente en torno a las enseñanzas de Jesús un valladar de deducciones, especulaciones y comentarios, semejante a aquel con el que los fariseos rodearon la Ley mosaica. La tendencia ha sido hacerlo a medida del hombre perdiendo de vista el mundo espiritual. Y así sucede que vemos el materialismo más duro y frío deducido de enseñanzas y doctrinas que tenían por objeto inspirar espiritualidad para acabar con rituales sensuales.

Nuestra misión consiste en hacer con el Cristianismo lo que hizo Jesús con el Judaísmo. Hemos de renovar las antiguas formas, espiritualizarlas e infundirles vida nueva. Queremos resucitar, no abolir. Diremos una y otra vez que nosotros no quitamos ni una tilde de la enseñanza que Cristo dio al mundo. Pero deseamos acabar de una vez con las apostillas materiales puestas por el hombre a esas enseñanzas, sacando a la luz el espiritualismo que en la doctrina se esconde.

Nuestra misión consiste en continuar la antigua enseñanza que el hombre ha alterado de forma tan extraña. Su fuente es idéntica, su curso paralelo, y el mismo su fin.

Y este de *Letters from Julia*, de W. T. Stead:

Habéis recibido la enseñanza evangélica; rezáis y cantáis tal cual los santos que aquí y allá constituyen el único ejército del Dios Vivo; pero cuando cualquiera de nosotros, desde el Otro Lado intenta hacer algún esfuerzo para demostrar esa unidad y haceros sentir que os acompaña tal inmensidad de testigos, entonces es la protesta airada. ¡Está en contra de la voluntad de Dios! ¡Esos son cosas del demonio! ¡Es conjurar con los espíritus infernales!» ¡Ay, amigo mío, no te dejes engañar por esos gritos embusteros! ¿Soy un demonio? ¿Es que obro contrariamente a la voluntad de Dios cuando constantemente te inspiro una fe mayor en Él, más amor por Él y por todas sus criaturas, y en fin, cuando quiero llevarte cada vez más cerca de Dios?

Finalmente, he aquí un extracto de los *Mensajes de Mes-lom*:

Toda doctrina que lleve a la humanidad a creer que hay otra vida y que el alma se fortifica venciendo flaquezas y luchando denodadamente, es buena, porque encierra mucha parte de verdad. Si, de añadidura, cree en un Dios de amor, es mejor; y si la humanidad comprendiera verdaderamente ese Divino amor, todo sufrimiento cesaría, incluso en la Tierra.

Estos pasajes son de un tenor elevado, tienden ciertamente a preparar la mente humana para cosas más altas y para la comprensión de las más hondas intenciones de la vida.

F. W. H. Myers, recobró merced al Espiritismo la fe que había perdido en el Cristianismo. En su libro *Fragments of Prose and Poetry*, dice:

No puedo equiparar mis actuales creencias con el Cristianismo. Más bien las considero como un desarrollo científico de la actitud y enseñanzas de Cristo.

Si me preguntáis cuál es el fin de esas enseñanzas, la respuesta es simple y concisa. Es el que no puede dejar de ser, el fin que tiene toda buena enseñanza, el primitivo y más verdadero fin del mismo Cristianismo. Es una reafirmación, con nuevas pruebas de la existencia de Cristo, de su doctrina relativa a la vida del espíritu y de su mandato para que rijamos nuestra conducta por el amor a Dios y a nuestro prójimo.

Muchos escritores han hablado de la luz arrojada por la investigación psíquica moderna sobre las narraciones bíblicas; pero la expresión más acabada de semejante punto de vista se encuentra en *Human Personality* de F. W. H. Myers:

Me arriesgo ahora a afirmar y preveo que a consecuencia de las nuevas pruebas todos los hombres razonables, de aquí a cien años, creerán en la Resurrección de Cristo, mientras que a no ser por esa evidencia, ningún hombre razonable hubiera creído tal dentro de cien años.

Especialmente en lo referente a la vida del alma después de la muerte del cuerpo, que cada vez tiene menos fuerza por el único testimonio de una tradición remota; y necesita apoyarse cada vez más en el testimonio de la experiencia y las investigaciones modernas.

Supongamos, por ejemplo, que recogemos muchas historias de primera mano, y que se rechacen como producto de alucinaciones, tergiversaciones y otras causas de error.

¿Podemos esperar que alguien razonable que ve reducidos a la nada esos maravillosos fenómenos con testimonios actuales acepte que esas maravillas han sucedido en un país oriental y en edad remota y supersticiosa? Si los resultados de toda investigación psíquica fueran negativos, ¿no recibiría la evidencia cristiana —hablo de *evidencia* y no de *emoción*— un golpe certero?

En cuanto al testimonio de hombres públicos eminentes, pudieran citarse muchos. Así, Sir Oliver Lodge, escribe:

Aunque no es la fe religiosa la que me ha conducido a mi actual estado de conciencia, todo cuanto he aprendido contribuye a aumentar mi amor y reverencia hacia la figura central del evangelio.

Lady Grey de Fallodon, rinde elocuente tributo al Espiritismo definiéndolo como algo que ha vitalizado la religión y ha consolado a miles de personas. Hablando del Espiritismo, dice:

Como entidad actuante, está más cerca del espíritu del Nuevo Testamento de lo que la grey eclesiástica cree. La Iglesia de Inglaterra haría bien en considerar al Espiritismo como a un aliado, ya que ataca al materialismo y no solo identifica el mundo material con el universo espiritual, sino que atesora no pocos conocimientos y útiles consejos.

Y añade:

Encuentro que es una corriente vivificante que trae el aliento vivo de antiguas creencias. La Palabra que solemos asociar con la Sagrada Escritura es, en esencia, idéntica al mensaje que ahora viene a nosotros en estos escritos automáticos.

Aquellos de nosotros que han profundizado en la Nueva Revelación, saben que el Espiritismo da una lectura moderna de la Biblia, y solo por eso las Iglesias deberían considerarlo un gran aliado de la religión.

El Dr. Eugene Crowell expone⁶⁷ que la Iglesia Católica Romana sostiene que las manifestaciones espirituales se producen constantemente bajo la divina autoridad de la Iglesia. Pero la Iglesia Protestante, que cree en las manifestaciones espirituales de Jesús y sus discípulos, repudia todos los hechos similares que se registran en nuestros días.

Así —dice— la Iglesia Protestante, cuando a ella acuden los que están espiritualmente agotados —y hay millones en esta situación— y le piden ansiosamente un alimento espiritual, no tiene nada que ofrecerles, o en el mejor de los casos nada más que migajas.

El protestantismo está hoy aprisionado entre las dos enormes piedras de molino del materialismo y del catolicismo, cada uno de los cuales le cerca con más ahínco para asimilárselo, o reducirle a polvo. En su estado actual, carece del poder y vitalidad necesarios para resistir la acción de estas fuerzas, y su única esperanza reside en la sangre fresca que solo el Espiritismo puede infundir en sus venas exhaustas. Creo, sin ningún género de duda, que esta es una parte de la misión que incumbe al Espiritismo, y fundo en mi creencia, tanto en las palpables necesidades del protestantismo, como en la capacidad del Espiritismo para llevarla a cabo.

El Dr. Crowell afirma que, a pesar de la difusión de la cultura, los hombres de hoy no se preocupan lo debido de las cuestiones que se refieren a su vida espiritual y a su existencia futura, pero piden pruebas de lo que antes aceptaban por fe. Esas pruebas la teología es incapaz de suministrarlas. El Espiritismo—sostiene— ha sido enviado para proporcionar estas pruebas, que no se pueden obtener de ninguna otra fuente.

⁶⁷ *The Identity of Primitive Christianity and Modern Spiritualism* 2 Vols., 2ª edición, Nueva York, 1875.

No terminaremos este capítulo sin hacer referencia a la opinión de los Unitarian Spiritualists. Su entusiasta y capacitado líder es Ernest W. Oaten, director de *The Two Worlds*. Según su opinión, de la que solo disienten algunos extremistas, el Espiritismo es una reconstrucción más que una destrucción del ideal cristiano. Después de un reverente relato de la vida de Cristo, hecho a la luz de los actuales conocimientos psíquicos, dice Oaten:

Hay quien afirma que yo tengo en poco a Jesús de Nazaret. Sin embargo, creo conocer su vida mejor que ningún cristiano. No hay alma en toda la historia a la que yo tenga en más alta estima. No me gusta el lugar equivocado y engañoso en que le han puesto aquellos que son tan incapaces de comprenderle como de descifrar jeroglíficos egipcios. Yo le amo y le debo mucho y Él podría enseñar mucho al mundo si se le bajara del pedestal de idolatría y adoración y caminase con Él en el jardín.

Se puede decir que mi lectura de su vida es «naturalista». Entiendo que debe ser así. No hay nada más divino que las leyes que rigen la vida. El Dios que trajo esas leyes las hizo aptas para todos sus propósitos y no tiene necesidad de reemplazarlas. El Dios que controla los procesos terrenales es el mismo que controla los procesos de la vida espiritual.⁶⁸

Aquí ponemos punto a este tema. Hemos tratado de demostrar la existencia de los signos materiales que los gobernantes invisibles de la Tierra envían para satisfacer la demanda de pruebas materiales exigidas por la creciente mentalidad del hombre.

Hemos demostrado así mismo, que a esos signos materiales acompañan mensajes espirituales semejantes a los que recibieron las grandes figuras religiosas del mundo primitivo, renovando la hoguera de creencias, que hoy estaba casi

⁶⁸ *The Relation of Modern Spiritualism to Christianity*, pág. 23

convertida en cenizas. El hombre había perdido el contacto con las vastas fuerzas que están a su alrededor, y el Espiritismo, que es el más grande movimiento registrado desde hace dos mil años, viene a salvarlo de esa situación, a disipar la niebla que lo envuelve y a mostrarle nuevas capacidades y vistas ilimitadas que están más allá alrededor de él. Ya brilla el sol de la verdad en las cumbres; pronto lucirá también en el valle.

CAPÍTULO XXV

LA OTRA VIDA VISTA POR LOS ESPIRITISTAS

El espiritista tiene una gran ventaja. Al establecer comunicación con las inteligencias del más allá que antes habitaron en cuerpos terrenales lógicamente les pregunta con entusiasmo en cuanto a sus condiciones actuales y los efectos que han tenido sus acciones aquí en su posterior destino. Las contestaciones a esta última pregunta justifican en buena parte las creencias de la mayoría de las religiones y demuestran que el camino de la virtud es también el de la felicidad. Se nos presenta un sistema definido para nuestra consideración, que aclara las vagas cosmogonías de épocas anteriores. Este sistema se halla expuesto en muchos libros que relatan la experiencia de la vida nueva. Es preciso recordar que no son libros de autores profesionales. En este lado está el «escritor automático», en el otro la inteligencia que transmite, que no tiene por qué haber sido dotado por la naturaleza de sentido literario o tener experiencias previas en la elaboración de una narración. Lo transmitido es, además, el resultado de un complicado y engorroso proceso, muchas veces molesto para su autor. Si pudiéramos imaginar un escritor terrenal que usara un teléfono de larga distancia en lugar de una pluma, tendríamos una idea aproximada de las dificultades con que tropieza el operador. Y, sin embargo, a pesar de tales deficiencias y dificultades, la mayor parte de esos relatos son claros, dramáticos y sumamente interesantes. Apenas pueden dejar

de ser interesantes ya que el camino que nos describen hoy es el que seguiremos mañana.

Se ha dicho que estas narraciones varían mucho y son contradictorias. Hasta ahora el autor no ha encontrado nada de eso. En sus largas lecturas, (en las que ha leído detenidamente muchos volúmenes de presuntas experiencias póstumas, así como numerosas comunicaciones obtenidas de forma privada, en grupos familiares, y reservadas del público por previo acuerdo), ha comprobado que existe una verdadera armonía entre todos. Hay relatos sensacionales y otros que producen decepción; pero, en general, las descripciones de la otra vida son sobrias, sensatas, y aun cuando difieran en pormenores de poca monta, concuerdan en lo esencial. Las de nuestra vida terrena diferirían también en detalles ante un crítico del planeta Marte que leyera las relativas a un campesino indio, a un esquimal y a un profesor de la Universidad de Oxford. En el más allá nos vamos a encontrar esos mismos extremos ya que esas almas provienen de esta esfera de la vida. Con sus diferentes grados morales que define la separación entre sus moradores. El cielo no es diferente del infierno. En este planeta nos podemos sentir en un cielo o en una imitación del infierno dependiendo de nuestras condiciones internas y externas, mientras que el purgatorio bien pudiera ser llamado la condición más común.

Se pueden dividir en tres los estados del más allá.

Existen los espíritus aún sujetos a la Tierra, que cambiaron su cuerpo mortal por el etéreo, pero que están muy cerca de la superficie de este mundo, al que los liga la tosquedad de su naturaleza y la fuerza y arraigo de sus instintos. Tan tosca puede ser la contextura de la forma ultraterrena de estos espíritus, que llegue hasta hacerse perceptible aun para los que carecen de las dotes especiales de la clarividencia. Es una clase infeliz de espíritus sin rumbo, que explica esos

fantasmas, espectros, apariciones y cohabitantes de casas, que han llamado la atención de la humanidad en todas las épocas. Seres, por lo que podemos comprender, que no han comenzado aún su vida espiritual, para bien o para mal. Es solo cuando rompen las fuertes ataduras terrenales que empiezan la nueva existencia.

Los que comenzaron realmente esa existencia se encuentran en un estrato de la vida adecuado a su condición espiritual. En él se hallan los crueles, los egoístas, los fanáticos y los frívolos, que, en castigo de sus faltas, vagan en compañía de sus semejantes por mundos cuya luz varía desde la niebla a la más absoluta oscuridad, según su desarrollo espiritual. La situación de estos espíritus no es permanente. Tan solo los incapaces de hacer un esfuerzo por elevarse permanecen así un tiempo indefinido. Los que siguen el consejo de los buenos espíritus, incluso aquellos anclados en la Tierra, aprenden a elevarse a zonas más luminosas. En el círculo de sus comunicaciones familiares, el autor ha tenido contacto con esos seres y ha recibido muestras de su gratitud por haberles dado una idea más clara de su estado, su causa y remedio⁶⁹.

Esa clase de espíritus parece ser una constante amenaza para la humanidad. Si el aura protectora del individuo es defectuosa, puede llegar a ser parasitaria, estableciéndose dentro de ella e influyendo al anfitrión en sus acciones. Es posible que la ciencia del porvenir llegue a explicar por esta causa muchos casos, difíciles de explicar hoy, de manías, de violencias sin sentido, o de adquisición repentina de malos hábitos, formando un argumento en contra de la pena de muerte, puesto que la acción criminal puede ser

⁶⁹ Las obras del Dr. Wickland *Thirty Years among the Dead* y el apéndice del Almirante Osborne Moore *Glimpses of the Next State* dan buena cuenta de las condiciones de estos espíritus sujetos a la tierra.

consecuencia de más elementos. Este es un tema todavía oscuro y que se complica por la existencia de formas creadas por el pensamiento, pero, en todo caso, no todos los espíritus atados a la Tierra son necesariamente malos. Quién sabe si los devotos monjes de ruinas como las de Glastonbury⁷⁰ permanecen noche y día deambulando en ellas por la fuerza de su misma devoción.

Si es incompleto nuestro conocimiento de la condición de estos espíritus, aún lo es más el que tenemos de los lugares donde purgan sus faltas. Sobre este punto hay un relato sensacional en el libro del Sr. Ward *Gone West*; otro más sensato y verosímil en el del Rev. Vale Owen *Life Beyond the Veil*, los que corroboran las visiones de Swedenborg como el libro *Spiritualism* del juez Edmonds y otros volúmenes. Sabemos también de esos mundos merced a los informes de los espíritus superiores que llegan hasta nosotros en su labor de misioneros, labor que parece que pasan tantos peligros y tantas dificultades como los que pudiera rodear al hombre que tratase de evangelizar a los más salvajes de la Tierra. Tales informes nos hablan de los espíritus superiores que descienden a las bajas esferas; de sus combates con las fuerzas del mal; de príncipes poderosos de las tinieblas que son formidables en sus reinos, y de toda la enorme cloaca de almas que vierte en el psiquismo del mundo sus aguas residuales. Todo, sin embargo, debe ser considerado desde el punto de vista correctivo en lugar del punto de vista penal. Son como sombríos salones de espera —hospitales de almas enfermas— donde esa experiencia del castigo conduce al paciente a la salud y a la felicidad.

⁷⁰ Sir Arthur Conan Doyle alude aquí al célebre caso de Frederick Bligh Bond, arquitecto y director de excavaciones en la Abadía de Glastonbury. Bond localizó estructuras desaparecidas, como la Capilla de Edgar, basándose en planos recibidos mediante escritura automática de monjes fallecidos, caso que detalló en su obra *The Gate of Remembrance* (1918). *Nota de Curso Espírita*.

Más completos son nuestros informes acerca de la región dichosa, en la que se encuentran todos los grados de alegría y belleza que corresponden al progreso espiritual de los que la habitan. El aire, los hogares, el paisaje, las ocupaciones en esa región fueron descritos muchas veces con todo detalle y hasta con el comentario de que las palabras no pueden hacer justicia a su gloriosa realidad. Acaso en las descripciones haya algo de parábola o analogía; pero el autor se siente inclinado a tomarlas como reflejo de la verdad y a creer que el Summerland, como lo ha llamado Davis, es tan objetivo y real para sus moradores como nuestro mundo lo es para nosotros. Fácil es objetar: ¿Por qué entonces no le vemos?; pero debemos comprender que la existencia etérea tiene que producirse en términos etéreos, y lo mismo que nuestros cinco sentidos materiales nos ponen en armonía y acuerdo con el mundo material, así en ellos su cuerpo etéreo se armoniza y conforma con las visiones y sonidos del mundo etéreo. Y aquí la palabra «éter» se usa solo por carecer de otra que exprese algo mucho más sutil que nuestra atmósfera. No existe prueba alguna de que el éter físico sea también el medio del mundo de los espíritus. Puede haber otras esencias mucho más delicadas que el éter, como el éter cuando es comparado con el aire.

Partiendo de esto, el cielo espiritual sería como reproducción sublimada y etérea de la Tierra y de la vida terrena. «Como es arriba, es abajo», dijo Paracelso, y al decirlo definió la tónica del Universo. No varían las cualidades espirituales o intelectuales al pasar el ser de un lugar a otro de la gran mansión universal. Tampoco se cambia de forma, salvo que el joven y el viejo tienden hacia la normalidad de su plena madurez. Admitido esto, habremos de admitir también la deducción lógica de que todo en el más allá es lo mismo que en este mundo y las ocupaciones y el sistema general de la vida están en consonancia con las aptitudes y

gustos del individuo. El artista sin arte o el músico sin música, serían allí como aquí figuras verdaderamente trágicas. De hecho existe en el más allá una organización sumamente compleja, dentro de la cual cada ser halla el trabajo de su agrado y el que más satisfacción puede producirle, estando a veces la elección en su mano. Así, en *The Case of Lester Coltman*, el estudiante muerto escribe:

Después de mi fallecimiento estuve indeciso durante algún tiempo respecto a si mi trabajo sería la música, o la ciencia. Tras pensarlo mucho, decidí que la música fuese mi *entretenimiento*, y mi ocupación la ciencia en todas sus ramas.

Después de esta declaración, es natural que se desee algunos detalles sobre la clase del trabajo científico realizado por Lester Coltman y las condiciones en que lo realizaba. Acerca de este punto es muy claro lo que dice:

El laboratorio que dirijo se dedica principalmente al estudio de los gases y fluidos que forman la barrera que, a fuerza de profundos estudios y experimentos, lograremos atravesar. El éxito de esta investigación será el ¡Ábrete, Sé-samo! en la puerta de comunicación entre la Tierra y estas esferas⁷¹.

Lester Coltman da otra descripción de su trabajo y de cuanto le rodea, que bien puede ser citado como típico de muchos más:

Estimo perfectamente explicable y natural el interés de los seres terrenos por averiguar la forma en que están constituidos nuestros hogares y los establecimientos en que se llevan a cabo nuestros trabajos, pero no es cosa fácil hacer una descripción en términos terrenales. Mi estado de bienestar servirá de ejemplo para deducir otros modos de vida,

⁷¹ *The Case of Lester Coltman*, por Lilian Walbrook, págs. 32 a 34.

según el temperamento y la inteligencia de cada uno. Mi trabajo continúa aquí como comenzó en la Tierra, o sea en el terreno científico. Para progresar en mis estudios visito frecuentemente un laboratorio, que posee instalaciones completamente extraordinarias para llevar a cabo los experimentos. Tengo casa propia, verdaderamente deliciosa, con una gran biblioteca en la que hay toda clase de libros de consulta: históricos, científicos, de medicina y de todos los géneros de literatura. Para nosotros estos libros son tan importantes como para vosotros los de la Tierra. Tengo una sala de música que contiene todas las formas de expresar sonido. Tengo cuadros de rara belleza y mobiliario de diseño exquisito. Actualmente vivo solo, pero recibo con frecuencia la visita de amigos, y yo también los visito en sus casas y, si alguna vez me acomete una ligera tristeza, voy a ver a aquellos a quienes más quise en la Tierra.

Desde mis ventanas ondulantes admiro un paisaje extraordinariamente bello, y a corta distancia existe una casa comunitaria donde muchas almas buenas que trabajan en mi laboratorio viven en feliz armonía. Mi asistente jefe es un chino anciano, de gran ayuda en el análisis químico, es como si fuera el director de esta comunidad. Alma admirable, que goza de grandes simpatías y está dotado de profunda filosofía.

Es muy difícil hablaros del trabajo en el mundo de los espíritus. Cada uno tiene su misión, según sus posibilidades. Si un alma llega directamente de la Tierra o de cualquier otro mundo material, tiene que aprender todo lo que descuidó en su existencia anterior con objeto de acercarse a la perfección. Si ha hecho sufrir a sus semejantes en la Tierra, sufrirá él. Si tiene gran talento lo perfeccionará aquí, pues si vosotros tenéis bella música u otra cualquier clase de arte o ciencia, los de aquí son mucho mejores. La música es una de las más poderosas fuerzas de nuestro mundo.

Pero aunque las artes y los talentos aquí alcancen su máximo, el trabajo fundamental de todas las almas es perfeccionarse a sí mismas para la vida eterna.

Hay magníficas escuelas para enseñar a los hijos espirituales. Además del aprender todo sobre el universo y otros mundos, otros reinos debajo de Dios, se les enseña lecciones de generosidad, de verdad y honor. Aquellos que aquí recibieron instrucción como espíritus niños, si llegan a ir a vuestro mundo, ostentan el más refinado y bello de los caracteres.

Los que pasaron su existencia material en trabajos físicos tienen que aprenderlo todo en cuanto llegan aquí. La vida de trabajo es maravillosa y, a la vez que enseñan, aprenden los maestros de almas. Las almas literarias se convierten en grandes oradores y hablan y enseñan con palabra elocuente. Los libros son diferentes a los vuestros. El que haya estudiado leyes en la Tierra, entrará en la escuela de los espíritus como profesor de justicia. El soldado que profese culto a la verdad y al honor, guiará a las almas de cualquiera de nuestras esferas para luchar por la fe correcta en Dios.

En el círculo familiar del autor, un espíritu femenino, habló así de la vida en el más allá, respondiendo a la pregunta:

—¿Qué haces?

—Me ocupo de música, de los niños y de otra porción de cosas. Más, mucho más que en la vieja tierra. Aquí no hay nada que suscite disputas y esto contribuye a que la felicidad sea mayor y más completa.

—Dinos algo acerca de tu vivienda.

—Es preciosa. Jamás vi en la Tierra una casa que se le pueda comparar. ¡Y cuántas flores! Por todas partes ostentan la variedad extraordinaria de sus colores y sus maravillosos olores, cada uno diferente, pero todos se mezclan deliciosamente.

—¿Puedes ver las otras casas?

—No, podría alterar su paz. Hay momentos en que se necesita estar solamente en comunicación íntima con la Naturaleza. Cada casa es un oasis, más allá del cual hay sorprendentes panoramas y otros hogares llenos de seres buenos, amables, de risas y alegría por el mero hecho de

vivir en medio de tantas bellezas. No hay en la Tierra mente alguna que pueda concebir esta alegría y esta hermosura.

En el mismo círculo familiar del autor se recibió también este mensaje:

—Por amor de Dios, sacude y despierta a esas gentes que no quieren creer. El mundo necesita saber lo que aquí pasa.

Si yo en la Tierra hubiese sabido lo que aquí me esperaba, mi vida habría sido muy distinta.

Aquí no hay luchas ni maldades. Yo me intereso por muchas cosas de carácter humano, sobre todo por la regeneración y el progreso del mundo terrenal. Soy uno de los que aquí trabajan por vuestra causa mano a mano con vosotros.

Nada temáis: la luz será tanto más viva cuanto más profundas sean las tinieblas que atraveséis. Pronto aparecerá, si Dios quiere. Nada podrá impedirlo. No hay poder de las tinieblas que resista un minuto la luz divina. Todos los que pugnan contra ella serán barridos sin remedio. Apoyaros en nosotros, que nuestra ayuda es formidable.

—¿Dónde estás?

—Es muy difícil de explicarlo dadas las condiciones que aquí reinan. Me hallo en el lugar donde hubiera querido hallarme, en el mejor que podía desear. Desde él estoy en contacto íntimo con los que vivís en la superficie de la Tierra.

—¿Cuál es tu alimento?

—No como el vuestro, es mucho más agradable. Esencias deliciosas, maravillosas frutas y otras cosas que no tenéis en la Tierra.

—Os esperan, infinidad de sorpresas, todas bellas y nobles, dulces y radiantes. La vida es solo una preparación para estas esferas. Sin esa preparación no habría podido entrar en este glorioso y maravilloso mundo. En la Tierra aprendemos nuestras lecciones y este mundo es nuestra gran recompensa, nuestro verdadero hogar, nuestra verdadera vida, luz tras los nubarrones».

El tema es tan vasto que apenas si puede ser esbozado en un capítulo. Remitimos al lector a la maravillosa literatura sobre el asunto. *Raymond*, de Lodge; *Life Beyond the Veil*, de Vale Owen; *The Witness*, de la señora Platts; *The Case of Lester Coltman* y otros muchos libros, dan una clara y consistente representación de la vida más allá.

En la lectura de los numerosos relatos sobre la vida espiritual, uno se pregunta hasta qué punto se puede confiar. Es tranquilizador encontrar que todos están de acuerdo en gran medida, lo que es sin duda un argumento a favor de su veracidad. Podría afirmarse que esta analogía es debida a que todos proceden de una fuente común; pero es una suposición insostenible. Muchos de ellos proceden de seres que no han podido, en modo alguno, conocer las opiniones de los demás, y sin embargo, están de acuerdo hasta en los más pequeños e inverosímiles detalles. En Australia, por ejemplo, ocurrió al autor el siguiente asombroso caso: Hubert Wales, que era persona de lo más escéptica posible, leyó un libro del autor⁷² sobre la forma en que se desarrolla la vida del más allá y en seguida fue a buscar un escrito que él había recibido años antes y que había acogido con divertida incredulidad. He aquí lo que me escribió:

He leído su artículo y me ha dejado sorprendido y pasmado la circunstancia de que las revelaciones que se me habían hecho acerca de cómo es la vida en el otro mundo coinciden hasta en detalles nimios con lo que usted expone como resumen de los datos que ha obtenido por distintos conductos.

El resto de la carta de Wales puede verse en el Apéndice.

Si esta filosofía girase en torno de los grandes altares y de la adoración a su alrededor, se podría decir que son cosas que nos han enseñado desde la infancia. Pero es cosa muy

⁷² *La Nueva Revelación*.

distinta y mucho más racional. Es el campo abierto donde pueden tener desarrollo las facultades con que todos hemos sido dotados. La ortodoxia ha aceptado la existencia de los tronos, las coronas y demás objetos celestiales. ¿No es lógico suponer que si algunas cosas pueden sobrevivir, sobreviva todo lo existente en la forma adecuada al ambiente que lo rodea? Es probable que los Campos Elíseos de los antiguos y los felices terrenos de caza de los pieles rojas se aproximen a la realidad más que todas las fantásticas representaciones del cielo y del infierno que la visión extática de los teólogos ha conjurado.

Un cielo cotidiano y familiar puede parecer material a muchas mentes, pero debemos recordar que la evolución ha sido muy lenta en el plano físico y es igualmente lenta en el espiritual. Es muy humilde nuestro estado actual para pasar de un salto por todos los estados intermedios y alcanzar de un salto lo celestial. Esa será la obra de siglos. Haciéndonos mejores nosotros mismos, se volverá mejor cuanto nos rodea e iremos evolucionando de cielo en cielo hasta que el destino del alma humana se pierda en una gloria radiante, que los ojos de la imaginación no pueden ver.

APÉNDICES

NOTAS AL CAPÍTULO IV

Testimonios de que la casa de Hydesville era frecuentada por los Espíritus antes de que la ocupara la familia Fox⁷³.

La señora Ann Pulver certifica:

Conocía al señor y a la señora Bell (ocupantes de la casa en 1844). Les visitaba frecuentemente y tenía en su casa mis agujas de hacer medias porque acostumbraba a trabajar en su compañía. Una mañana la señora Bell me dijo que se encontraba mal y que la noche pasada apenas si había dormido. Al preguntarle qué le pasaba, me contestó que no lo sabía, pero que había estado muy agitada, que le había parecido oír pasos de alguien que andaba por las habitaciones y que su marido tuvo que levantarse para asegurar las ventanas, después de lo cual se sintió más tranquila. Le pregunté qué creía que podía ser aquello. Me contestó que podían ser ratones. Más tarde le oí hablar de ruidos en los cuales no podía hallar ninguna explicación.

La señorita Lucretia Pulver atestigua:

Viví en la casa durante todo el invierno con la familia de Bell. Trabajé al servicio de ellos algún tiempo y otra parte la pasé como huésped. Durante los últimos días que estuve

⁷³ Los testimonios de las familias Bell y Weekman son cruciales para la defensa de los fenómenos espíritas. Establecen que los ruidos (raps) ocurrieron en 1844 y 1846, años antes de la llegada de la familia Fox en 1847. *Nota de Curso Espírita*.

con ellos, oí golpear frecuentemente en mi dormitorio, debajo de las patas de la cama. Mientras estuve en la casa dormí siempre en la misma alcoba, escuchando los ruidos varias noches consecutivas. Una noche me pareció oír a un hombre andar en la despensa, situada cerca del dormitorio, y en comunicación con este por una escalera. Aquella noche me acompañaba la señorita Aurelia Losey, que también oyó los ruidos, las dos nos asustamos, y se levantó para atrancar puertas y ventanas. Los ruidos parecían indicar que la persona andaba por la despensa, el sótano y la recorría. No había nadie más en aquel momento excepto mi hermano pequeño, que dormía en la misma habitación con nosotros. Creo que cuando esto ocurría serían las doce de la noche. Nos habíamos acostado a las once, y estábamos aún despiertas al sonar los ruidos. Los señores Bell se habían ido a Loch Berlin y no volvieron hasta el día siguiente.

Esto demuestra que los extraños ruidos se escucharon en la casa en el año de 1844. Otra familia de apellido Weekman vivió allí en 1846-7 y tenía una experiencia similar.

Declaración de la señora Hannah Weekman

He oído hablar de los misteriosos ruidos que se producen en la casa actualmente ocupada por el señor Fox. Nosotros vivimos año y medio y de ella nos mudamos a la que hoy ocupamos. Hará un año, cuando aún estábamos allí, oímos una noche como si golpearan en la puerta de la calle. Yo me había acostado; mi marido aún no, por lo que salió a abrir, no hallando a nadie. Estaba a punto de acostarse cuando escuchamos de nuevo un golpe en la puerta. Volvió a abrir y dijo que allí no había nadie. Entró y se acostó. Estaba muy enfadado y decía que tal vez fuera algún muchacho de la vecindad que quería burlarse de nosotros. Pero de nuevo sonaron los golpes y otra vez se levantó y salió con el mismo resultado nulo. Le dije que no saliera al aire libre, por si era algún mal intencionado quería que saliese y hacerle daño.

Regresó y nuevamente no pudo ver nada. Escuchamos una buena cantidad de ruido durante la noche que no sabíamos exactamente de dónde provenía, a veces sonaba como si alguien caminase en el sótano, pero la casa era vieja y pensamos que podría ser ruido de tablas sueltas o algo por el estilo.

Noches después una de nuestras hijas, que dormía en la habitación en donde se escuchaban ruidos, nos despertó a todos gritando muy alto. Mi marido, la criada y yo nos despertamos y corrimos a la alcoba de la niña para ver qué ocurría. Encontramos a mi hija sentada en la cama asustadísima, llorando y gritando. Decía que había visto agitarse algo sobre su cabeza y su rostro, algo frío que no podía decir qué era. Esto fue entre las doce y la una de la madrugada. Se vino a la cama con nosotros y pasó mucho tiempo antes de que pudiera dormirse. Tenía por entonces ocho años.

No me ocurrió nada más mientras vivimos allí, pero mi marido me dijo que cierta noche oyó que alguien le llamaba por su nombre en algún lugar de la casa, sin que pudiera descubrir desde dónde ni quién. Yo no estaba en casa aquella noche, porque había ido a asistir a un enfermo. Jamás pensamos por entonces que la casa estuviera embrujada».

Firmado

HANNAH WEEKMAN

11 de abril de 1848

Declaración de Michael Weekman

Soy el esposo de Hannah Weekman. Hemos vivido en la casa que ahora ocupa el señor Fox y en la cual se dice que se oyen extraños ruidos. Vivimos allí hace cosa de año y medio, y una noche, a la hora de acostarnos, escuché que llamaban a la puerta. No dije «¡Adelante!» como suelo hacer si no que fui a la puerta. Pero no vi a nadie, y cuando me disponía a acostarme, oí golpear nuevamente, por lo que abrí rápidamente la puerta sin ver a nadie. Di unos cuantos

pasos fuera sin ver a nadie por allí. Me acosté creyendo que alguien quería divertirse a mi costa. A los pocos minutos volví a oír los golpes, y después de unos minutos fui de nuevo a la puerta. Tenía la mano apoyada en la puerta cuando los golpes redoblaron. Abrí rápidamente y me lancé fuera resueltamente, pero no vi absolutamente nada. Busqué en torno, y no pude descubrir cosa alguna. Mi esposa entonces me aconsejó que no saliera por si se trataba de alguien que quería agredirme. Yo no sabía que pensar de algo tan extraño e inexplicable.

Después refiere el caso de la niña que se asustó, como se ha explicado anteriormente.

Una noche, después de esto, cerca de la medianoche, estaba despierto, y oí como me llamaban por mi nombre. Sonaba como si estuviera en el lado sur de la habitación. Me senté en la cama pero ya no volví a escuchar. Mi esposa no estaba en casa esa noche. Se lo conté después, y me dijo que posiblemente había estado soñando. Mi esposa solía tener mucho miedo a esos ruidos extraños de la casa.

»No puedo dar cuenta de que estos ruidos tengan un aspecto sobrenatural. Pero estoy dispuesto a hacer declaración jurada de los hechos anteriores, si es necesario.

Firmado
MICHAEL WEEKMAN
11 de abril de 1848

Extracto de un artículo de Horace Greeley⁷⁴ en el *New York Tribune* dando su opinión sobre las hermanas Fox y su mediumnidad.

⁷⁴ Fue uno de los periodistas y políticos más influyentes de EE. UU. (candidato a la presidencia del país y fundador del *New York Tribune*). Su respaldo público fue un «punto de inflexión» que otorgó respetabilidad social al movimiento de las hermanas Fox, sacándolo del ámbito de espectáculo de feria y elevándolo a materia de estudio serio. *Nota de Curso Espírita*.

La señora Fox y sus tres hijas salieron ayer de esta ciudad de regreso a Rochester, después de permanecer aquí varias semanas, durante las cuales sometieron la misteriosa influencia que parece les acompaña, a toda clase de pruebas y fiscalizaciones por parte de los centenares de personas que las visitaron. Las habitaciones que ocupaban en el hotel fueron registradas y vigiladas; se las llevó a casas de las cuales no tenían la menor noticia; se puso un cristal debajo de la alfombra sin que ellas lo supieran a guisa de aislador contra las vibraciones eléctricas; se les ha desnudado por un comité de señoras elegidas sin previo aviso, tomándose todas las precauciones imaginables. Y, a pesar de eso, los golpes y ruidos han seguido produciéndose, sin que nadie se explique cómo es que suceden.

A los diez o doce días abandonaron las habitaciones del hotel, visitando en sus propias casas a varias familias interesadas en la materia y entre las cuales su singular influencia pudo ser examinada de una manera más tranquila y más de cerca que en el hotel donde todas las personas que acudían eran extrañas y guiadas por mera curiosidad más que por un interés racional, cuando no por una predeterminada e insuperable hostilidad.

Nuestra casa fue una de esas viviendas en la que estuvieron durante tres días, y sería la mayor de las cobardías no declarar que estamos convencidos, sin la menor duda, *de la integridad y buena fe* que resplandeció en los experimentos. Cualquiera que sea el origen de los ruidos, afirmamos que no eran el fruto de fraude cometido por las señoritas en cuya presencia se produjeron. Pusimos a prueba esto a fondo para nuestra satisfacción.

Su conducta y manera de comportarse no son las de unas embaucadoras, y nadie que las conozca a fondo puede creerlas capaces de trampa tan torpe, impía y vergonzosa. Y además, no es posible que semejante engaño hubiera podido durar tanto tiempo. Un escamoteador realiza un truco y pasa rápidamente a otro sin dar tiempo al público para estudiarlo. No está semanas y semanas haciendo el mismo

experimento a la vista de los espectadores, a plena luz del día, que acuden allí casi exclusivamente para ver si descubren la trampa. Si lo que estas señoritas hacen y cuentan que ocurrió en su casa, con todos los detalles y explicaciones que acerca del particular suministran a unos y a otros, fuera falso, no tardarían en enredarse en un laberinto de contradicciones. Por supuesto pueden surgir una variedad de opiniones entre los que hayan asistido a las sesiones una sola vez en compañía de tanta mezcla de gente y hayan oído las preguntas dirigidas a la inteligencia invisible, y las contestaciones dadas por medio de golpes o ruidos interpretados con un alfabeto, y queden confundidos, muy poco satisfechos y muy raramente convencidos. Difícilmente una materia de tanta gravedad puede presentarse en condiciones menos favorables para convencer a la gente. Pero los que se hayan parado a estudiar el fenómeno, creemos, estarán tan convencidos como lo estamos nosotros de que los ruidos y las manifestaciones no son producto de las hermanas Fox ni de ser alguno humano con ellas relacionado.

Cómo son producidos y de dónde proceden, son cuestiones que pertenecen al campo de la investigación y con las que no estamos familiarizados. Las señoritas Fox dicen que tales manifestaciones se han visto ya en otras varias familias y que están destinadas a ser cada vez más claras y frecuentes, hasta llegar a un punto en que todos los que quieran puedan comunicarse libremente con sus parientes y amigos desaparecidos de este mundo. De esto nada sabemos nosotros ni nada podemos deducir. No queremos ni siquiera reproducir las preguntas que dirigimos y las respuestas recibidas durante dos horas de conferencia ininterrumpida que tuvimos con los «golpeadores». Si lo hiciéramos, seríamos acusados de hacerlo expresamente para sostener la teoría que considera estos fenómenos como manifestaciones de los espíritus. H. G.

NOTA AL CAPÍTULO VI

Retrato a la pluma de Lake Harris, por Laurence Oliphant

Mucho fue lo que se discutió acerca de los raros cambios de Masollam. Su voz parecía tener dos tonos, y al pasar de uno a otro, causaba el efecto de un eco repitiéndose a distancia, una especie de fenómeno de ventriloquia poco agradable al oído. Cuando hablaba con la que podría llamarse su voz «cercana», era generalmente rápido y vivo; cuando pasaba de ella a la voz «lejana» era solemne e impresionante. Su cabello, que un día fue negro corvino, estaba ahora surcado por hilillos blancos, pero era aún abundante y caía en melena sobre sus orejas y hasta cerca de los hombros, dándole un aspecto leonino. Sus cejas estaban bien pobladas y los ojos parecían luces llameantes en el fondo de oscuras cuencas. Tenían, como su voz, una doble expresión, lejana o cercana, enfocando los objetos como un telescopio, y aumentaban desmesuradamente de tal modo que parecían querer lanzar la visión más allá de sus límites naturales. A veces parecía que perdían la sensación de la realidad, dando impresión de ceguera, pero de súbito las pupilas se ensanchaban lanzándose como rayos en medio de la tempestad, imprimiendo al rostro un aspecto extraordinariamente brillante. La boca aparecía medio oculta por un poblado bigote y por una larga barba algo gris. Sería querer penetrar en los secretos de la Naturaleza o por lo menos en los del señor Masollam, investigar si aquellos cambios bruscos en su expresión eran voluntarios o no. En menor escala esos cambios son naturales en todos según la clase de emociones que sentimos. La particularidad de Masollam consistía en que sus cambios de expresión eran tan rápidos e intensos, que cabía la sospecha de que fueran debidos a

una rara facultad. Tenía un poder de cambiar de aspecto, que en las demás personas, especialmente en las del bello sexo, se ejerce siempre contra la voluntad. En una hora se transformaba en un hombre anciano. Y ese cambio se operaba con tal naturalidad, de una manera tan franca en la expresión y en las maneras, que dejaba perpleja a la gente. Diríase que tenía dos caracteres en uno solo, lo cual entrañaba un curioso problema moral y fisiológico, había un extraño atractivo en ello. Aquel hombre podría ser el mejor o el peor de los hombres.

NOTA AL CAPÍTULO VII

Testimonios adicionales del profesor y la señora De Morgan

El profesor De Morgan dice:

Di una reseña de todo ello a un amigo, hombre de gran sentido común, que no estaba dispuesto a dejarse convencer, pues pensaba que todo era una hábil impostura. “Pero —dijo— lo que usted me cuenta es muy singular: iré a ver a la señora Hayden, solo y sin darle mi nombre. No creo que escuche a ningún «espíritu», pero si así fuera, espero descubrir la trampa”. Y fue, en efecto, viniendo luego a contarme lo que presencié. Me dijo que en cuanto a precauciones, había ido más lejos que yo, pues exigió tener el alfabeto consigo detrás de un biombo plegable, dirigiendo las preguntas y recibiendo las respuestas con aquel alfabeto. En la habitación no había nadie más que él y la señora Hayden. El «espíritu» que se presentó explicó con todo detalle cómo había muerto. Mi amigo me dijo que quedó absorto al extremo de olvidar todos sus recelos.

Este fue el principio de una serie de experimentos, algunos de ellos tan notables como el que ha citado; otros, menos importantes en sí, pero también de gran peso en conjunto, por las decisivas garantías de que estaban rodeados.

Es preciso que el asunto sea estudiado atentamente, con toda perseverancia, hasta llegar a un esclarecimiento indudable; de lo contrario, quizá vaya perdiendo terreno, hablándose de él solo por casualidad; pero una nueva era de fenómenos volverá a ponerlo sobre el tapete. Hace doce o trece años el tema despertó el mayor interés en todas partes, y durante ese tiempo varias veces se anunció la extinción de la «espiritumanía». Pero los que querían extinguirla son

precisamente los que en ella se han quemado. Aunque fuera un absurdo como se pretende, su acción habría resultado útil por haber llamado la atención sobre las «manifestaciones» de otro absurdo, o sea la filosofía de las posibilidades e imposibilidades. Como los extremos se tocan, el «encuentro» ha servido para que ambos contrarios se pongan en evidencia y todos veamos que si el Espiritismo es una impostura o un engaño, está al mismo nivel de la filosofía que se le opone.

Al aparecer el libro de la señora De Morgan el *Publisher Circular* publicó un juicio sobre las facultades críticas del profesor De Morgan, del que copiamos lo siguiente:

Los novelistas y literatos merecen ser perdonados por su tendencia a lo irreal y visionario; pero que un autor tan célebre que ha escrito trabajos de consulta sobre la lógica formal, el cálculo diferencial y la teoría de las probabilidades, pueda figurar con su esposa al lado de los creyentes en los «espíritus golpeadores» y en los movimientos de mesas, es cosa que sorprenderá a muchas personas. Tal vez no hay entre nuestros escritores quien sepa mejor que De Morgan combatir una falacia o ridiculizar a los ignorantes que pretenden pasar por hombres de ciencia. Y son muchos y muy interesantes los artículos que a él se deben con tal fin. Por eso es difícil comprender que un hombre así pueda figurar al lado de Home y la señora Newton Crosland. Y, sin embargo, ahí está el hecho: De Morgan se declara «perfectamente convencido de haber visto y oído, de una manera que hace imposible la incredulidad, cosas llamadas espirituales, y que ningún ser racional puede explicar por impostura, coincidencia o error.

Agregamos al anterior el testimonio de la señora De Morgan:

Hace diez años que empecé a observar atentamente los fenómenos del Espiritismo. Debí la primera experiencia a la

señora Hayden, de Nueva York. Todos mis informes coincidían en que no era posible dudar de la honradez de la señora Hayden; por lo demás, el resultado de nuestra primera sesión, cuando mi nombre era *perfectamente desconocido* para ella, fue suficiente para demostrarme que en aquella ocasión no era víctima del engaño ni de mi credulidad.

Después de describir los preliminares de la sesión con la señora Hayden, para quien ninguno de los presentes era conocido ni había mencionado su nombre, añade:

Hacía un cuarto de hora que estábamos sentados y empezábamos a pensar que era un fracaso, cuando se oyó un ligerísimo ruido, al parecer en el centro de la mesa. Grande fue nuestro contento cuando la señora Hayden, que hasta entonces era presa de la mayor ansiedad, dijo: «¡ya vienen!» ¿Quiénes venían? Ni ella ni nosotros podíamos decirlo. Pero los ruidos se hacían más fuertes, al parecer para afirmar nuestra convicción en su autenticidad. La señora Hayden, dijo: Hay un espíritu que desea hablar con uno de ustedes, pero como no conozco los nombres de los caballeros ni de las señoras presentes, los iré indicando y pediré al espíritu que golpee cuando oiga el de las personas que busca. A ello accedió el compañero invisible dando un golpe. Seguidamente la señora Hayden fue dando nuestros nombres.

Con gran sorpresa mía y hasta con disgusto (pues yo no lo deseaba), ningún ruido se oyó hasta que la médium dio el mío. Yo era la última del círculo, pues estaba sentada a su derecha y ella había comenzado por la izquierda. Se me invitó a que hiciese alguna pregunta indicando las letras en un alfabeto de letras grandes, pero como ningún deseo tenía de lograr el nombre de ningún pariente o amigos muertos, no me detuve en ninguna letra. No obstante, con gran sorpresa mía, fue pronunciado el nombre nada vulgar de un querido pariente que había desaparecido de este mundo hacía diecisiete años, y cuyo apellido era el de mi familia, no el de mi marido. Luego pronunció la frase: Soy feliz con F.

y G., nombres que expresó con todas sus letras. A continuación recibí la promesa de una futura comunicación con los tres espíritus, los dos últimos de parientes que habían fallecido veinte y doce años antes, respectivamente. Otras personas de las allí presentes, recibieron después comunicaciones por medio de ruidos, algunas tan verdaderas y satisfactorias como las recibidas por mí, y otras falsas e incluso burlonas.

La señora De Morgan observa que en otras sesiones con la señora Hayden, ella y sus amigos presenciaron nuevos experimentos comprobados más tarde y resultó que varias personas, tanto de su familia como extrañas a ella, poseían la facultad mediúmnica en mayor o menor grado.

NOTA AL CAPÍTULO X

¿Fueron los Davenport prestidigitadores o espiritistas?

Como Houdini ha llegado a poner en duda si los mismos Davenport se declararon espiritistas, para aclarar definitivamente este punto copiamos el siguiente párrafo de una carta escrita por ellos en 1868 a *Banner of Light*, importante periódico espiritista de los Estados Unidos.

Es chocante que cualquier individuo sea escéptico o espiritista pueda creer esas declaraciones después de catorce años de la más amarga persecución y de la oposición más violenta, que culminó con los atropellos de Liverpool, Huddersfield y Leeds, dónde nuestras vidas estuvieron en peligro, expuestas a la furia de turbas brutales, perdimos nuestros bienes y setenta y cinco mil dólares, todo porque no quisimos renunciar al Espiritismo, y declararnos ilusionistas bajo la amenaza y el acoso de la mafia que nos instaba a hacerlo. Lo único que diremos es que denunciemos todas esas declaraciones basadas en mentiras.

NOTA AL CAPÍTULO XVI

La mediumnidad del Rev. W. Stainton Moses

Describiendo un fenómeno de levitación, Stainton Moses escribe:

Estaba sentado en un ángulo de la habitación cuando mi silla fue arrastrada hasta el rincón y luego levantada del suelo unos 30 centímetros, descendiendo de nuevo. En presencia del doctor y la señora S. volví a elevarme, sacando entonces de mi bolsillo un trozo de tiza y señalando con ella la pared situada a mi espalda, a la altura de 1,5 metros del suelo. Sin que, al parecer, mi posición sufriera cambio alguno, fui bajando suavemente, hasta que me vi de nuevo en la silla. Tuve la sensación de ser menos pesado que el aire. No percibí presión en parte alguna del cuerpo; tampoco me hallaba en trance ni en estado inconsciente. Por la señal que había trazado en la pared deduje que mi cabeza llegó a estar cerca del techo. Mi voz, según me dijo el Dr. S., tenía un sonido extraño. Me di perfecta cuenta de la ascensión, que fue gradual y segura, pero sin otra sensación que la de creermé más ligero que el aire. Mi posición, como he dicho, no cambió: fui sencillamente levantado y descendido a mi silla.

Acerca del paso de la materia a través de la materia, gracias a la mediumnidad de Stainton Moses, tenemos el siguiente relato:

El 28 de agosto de 1872 fueron aportados al salón en que tenía lugar la sesión, siete objetos situados en otras tantas habitaciones, y el día 30 lo fueron cuatro, entre ellos una campanilla del comedor inmediato. Dicha habitación y el

vestíbulo adjunto estaban iluminados por la luz del gas, de manera, que al abrirse las puertas, por poco que esto fuera, hubiera entrado un chorro de luz en el salón oscuro donde nos hallábamos. Como esto no ocurrió nunca, tenemos la plena seguridad, con apoyo de lo que el Dr. Carpenter considera la autoridad suma, o sea el Sentido Común de que las puertas permanecieron cerradas. En el comedor había una campanilla que comenzó a sonar, marcando con su sonido la trayectoria que iba recorriendo a medida que se aproximaba a la puerta que la separaba de nosotros. ¡Y cuál no sería nuestro asombro cuando nos dimos cuenta de que, a pesar de estar la puerta cerrada, el sonido se oía cada vez más cerca! Evidentemente la campanilla sonaba en nuestro propio salón, alrededor del mismo y con toda su fuerza. Cuando dio la vuelta completa descendió, pasó debajo de la mesa, junto a mi codo derecho, sonó muy cerca de mis narices, giró en torno a mi cabeza, cruzó entre los presentes, sonando con fuerza junto a sus rostros y, finalmente, se posó en la mesa.

El Dr. Speer describe en los siguientes términos la aparición de una luz espiritual y la materialización de una mano, en sesión celebrada con Stainton Moses el 10 de agosto de 1873:

Un amplio globo de luz salió del lado de la mesa opuesto al mío, se elevó a la altura de nuestros rostros y se desvaneció. Fue seguido de otros varios, todos los cuales salieron del lado opuesto al que yo me encontraba y lo mismo de la derecha como de la izquierda del médium. A petición nuestra, la más cercana de las luces se colocó despacio en el centro de la mesa. Parecía envuelta en una vestidura. En aquel momento el médium estaba en trance, y su espíritu guía me indicó que colocara la luz en la mano del médium. No habiéndolo podido conseguir porque se desvaneció, dijo que golpearía en la mesa junto a mí. Inmediatamente apareció la luz, la cual se posó en la mesa, a mi lado. «¡Atención, escuche, voy a golpear!». Suavemente la luz se

elevó y dio tres golpes muy distintos sobre la mesa. «Ahora voy a mostrarle a usted mi mano». Apareció entonces una luz grande y muy brillante, en cuya parte interior se vio la mano materializada del espíritu, cuyos dedos se movían junto a mi rostro, todo ello de la manera más clara y perceptible que pueda concebirse.

Stainton Moses registra el siguiente caso de fuerza física:

En cierta ocasión nos aventuramos a aceptar en nuestro círculo, contra todo lo aconsejado, a un extraño. Ocurrieron algunos fenómenos sin importancia, sin que apareciera el espíritu guía ordinario. Pero en cuanto nos sentamos, se presentó dando sobre la mesa tales golpes a modo de martinete, que no es fácil los olvidemos. El ruido se oyó en la habitación situada arriba, dando la impresión de que la mesa iba a caer hecha pedazos. En vano nos separamos de la mesa para evitar las consecuencias. Los terribles golpes aumentaron en intensidad retumbando toda la habitación, seguidos de la amenaza de un castigo, si otra vez traíamos extraños a las sesiones. No lo hicimos más, y es difícil que nos expongamos a una reprimenda tan seria.

NOTA AL CAPÍTULO XXV

Escritura automática de Wales

Wales escribe al autor:

No creo que en mis precedentes lecturas haya nada que pueda explicar semejante coincidencia. En todo caso nada he leído sobre ello en cuanto usted ha publicado, e intencionadamente no he querido leer *Raymond* y libros parecidos para que no viciaran mis propios resultados, y las *Actas de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas* no tratan, como usted sabe, de la vida en el más allá. Como quiera que sea, en distintas ocasiones he obtenido declaraciones de los espíritus sobre su vida en aquellas regiones. Sus cuerpos, a pesar de imperceptibles para nuestros sentidos, son tan sólidos como los nuestros, presentando las mismas características, pero embellecidos. No tienen edad ni dolor; no son ricos ni pobres; se visten y se alimentan; no duermen, aunque hablan de pasar en ocasiones a un estado semiconsciente al que llaman «sueño reposado», que parece corresponder más o menos al estado hipnótico—. En un período de tiempo regularmente más corto que el promedio de la vida terrenal, pasan a un estado superior de existencia. Los que tienen ideas, gustos y sentimientos parecidos están juntos. Las parejas no necesariamente se reúnen, pero el amor del hombre y la mujer continúa, aunque libre de los elementos que con frecuencia impiden aquí su realización perfecta. Inmediatamente después de la muerte el ser queda en un estado de reposo semiconsciente que puede durar diversos períodos. No pueden sufrir dolores corporales, pero son susceptibles de sentir cierta ansiedad mental. La muerte dolorosa es «absolutamente desconocida», las creencias religiosas no

establecen la menor diferencia de estados después de la muerte, y, en fin, su vida es intensamente feliz y nadie que haya estado desearía ya volver aquí. No he encontrado una acepción propia para la palabra «trabajo» pero si a los diferentes intereses que les ocupaban. Para nosotros significa «trabajar para vivir», pero según me han declarado en varias ocasiones, no es ese el caso de aquellos seres, cuyas necesidades están todas misteriosamente satisfechas.

Tampoco obtuve ningún informe acerca del «estado penal temporal», pero concluí que allí los seres empiezan su evolución moral e intelectual en el punto que tenían al abandonar la Tierra, y como su estado de felicidad se basa sobre todo en la perfección y progreso moral, los que pasan a un más bajo nivel moral están durante distintos períodos de tiempo incapacitados para apreciar y disfrutar de ese estado.